EL HIJO DE CAÍN



JON VENDON

Lectulandia

Un hombre enfermo busca asistencia médica en una base militar española situada en Oriente Próximo, pero su estado es de tal gravedad que muere antes de dos horas.

El fallecido lleva consigo algo que puede cambiar el futuro de la humanidad, ante lo cual, el Ministerio de Defensa envía a la base a varios agentes del Centro Nacional de Inteligencia.

Los espías desplazados encuentran algo inesperado, una amenaza que les llevará a recorrer varios países y a enfrentarse a un enemigo invisible que intentará por todos los medios detener la investigación. Lo que no imaginan es que el tiempo se acaba y que solo disponen de unos días para impedir una catástrofe de incalculables consecuencias.

Jon Vendon

El hijo de Caín

ePub r1.0
Titivillus 30.06.2022

Jon Vendon, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El hijo de Caín

Capítulo 1: El libanés

Capítulo 2: Carlos

Capítulo 3: La confirmación

Capítulo 4: El pasado siempre vuelve

Capítulo 5: En la base

Capítulo 6: Karim Assad

Capítulo 7: Biblos

Capítulo 8: Unas instalaciones sospechosas

Capítulo 9: Moscú

Capítulo 10: La carta

Capítulo 11: Boris Nikitin y el FSB

Capítulo 12: Regreso a España

Capítulo 13: La pista norteamericana

Capítulo 14: El señor Hoffmann

Capítulo 15: Nueva York

Capítulo 16: La huida

Capítulo 17: El plan

Capítulo 18: Esperando una respuesta

Capítulo 19: Un golpe de suerte

Capítulo 20: La hora decisiva

Capítulo 21: El regreso

Capítulo 22: La hora de Caín

Nota del autor

Agradecimientos

Para Chelo

«Somos como mariposas que vuelan durante un día pensando que lo harán para siempre».

Carl Sagan.

Capítulo 1: El libanés

Día 1. 16 de diciembre. Distrito de Marjayoun, el Líbano.

Antonio Martínez, el capitán médico, caminaba con premura hacia el barracón de mando de la base Miguel de Cervantes. Si lo que suponía era cierto, todo el personal de la base se hallaba en grave peligro. Se detuvo para plantearse cómo explicar lo que debía contar, también si no estaba exagerando. Recapituló de nuevo lo sucedido y no albergaba ninguna duda. Lo que había matado a ese hombre solo tenía un nombre.

La puerta del barracón estaba abierta. «Menos mal», pensó el capitán, que así evitaba tocarla con sus manos, ya que, a pesar de habérselas desinfectado, estaba sudando profusamente como consecuencia de la apresurada caminata y de la ansiedad. Se detuvo para tomar aliento a través de la mascarilla quirúrgica que ocultaba parte de su cara, también se secó el sudor del rostro y de las manos con un pañuelo de papel que guardó en el bolsillo de su bata. Tenía que hablar personalmente con el general Ramírez, el oficial al mando de la base. Atravesó el umbral de la puerta y se dirigió hacia el despacho del general, ubicado al fondo del pabellón. Varios oficiales lo saludaron y él les devolvió el saludo. Por fortuna, ninguno le tendió la mano, no habría podido estrechársela, ni tan siquiera de haber llevado puestos los guantes quirúrgicos.

—¿Puedo ayudarle en algo, capitán? —le preguntó el asistente del general, el coronel José Merchán.

José le caía bien y sabía que el sentimiento era recíproco. Era algo más joven que él, aunque nadie lo diría por la avanzada alopecia que lucía su cabeza. Tenía cincuenta y cinco años, lo sabía porque unos días antes había sido su cumpleaños e invitó a los oficiales a una merienda donde no faltó el cava y la tarta. Alto y enjuto, con los ojos de un verde esmeralda y unos rasgos delicados, debió haber sido un rompecorazones en su juventud. Ahora estaba casado y tenía dos hijos que, para su pesar, habían decido no seguir con la tradición castrense que atesoraban los Merchán desde la batalla de Lepanto, cinco siglos atrás. Pero como el deber obliga y las formas también, en público se saludaban formalmente.

—Tengo que hablar ahora mismo con el general.

—¿No puede esperar? El general está reunido.

—No, estamos ante una emergencia sanitaria —afirmó con rotundidad Martínez.

—Está bien. Se lo comento al general y ahora le digo algo. Tome asiento mientras tanto, lo veo agotado.

El coronel Merchán entró en el despacho del general, pero el capitán no se sentó a esperar; antes de que Merchán cerrase la puerta, Martínez la cruzó evitando tocarla.

—¡¿Pero qué coño hace?! Le acabo de decir que espere —le reprochó el coronel aproximándose al capitán médico, captando la atención de los oficiales de distintas nacionalidades de la FINUL, la Fuerza Interina de las Naciones Unidad en el Líbano, quienes se hallaban reunidos con el general.

El capitán retrocedió dos pasos. Sería una temeridad que alguien lo tocase, aunque fuese de manera accidental.

—Capitán, estamos en plena reunión de coordinación —dijo el general molesto—. ¿A qué viene tanta prisa?

El general Javier Ramírez estaba al fondo de la larga mesa, en pie y junto a un mapa de la zona fronteriza entre el Líbano e Israel proyectado en la pantalla que también hacía las veces de pizarra. Con las persianas de las ventanas del despacho cerradas, la única fuente de luz era la que proveía el proyector, lo que dificultaba ver la expresión del rostro de los reunidos, aunque el capitán médico intuía que sería de expectación o incredulidad.

Javier y él eran buenos amigos. Desde que coincidieron en la Academia General Militar de Zaragoza, cuarenta años atrás, entre ellos se había establecido una relación que solo las vicisitudes de los conflictos armados podían forjar. Siempre que era destinado a una misión en el extranjero, Javier se las arreglaba para que él fuese el médico que lo acompañase. Llevaban vidas paralelas, y tanto sus hijos como sus esposas mantenían cierta relación.

—General, tenemos un grave problema sanitario en la base —afirmó mirando de soslayo a los oficiales extranjeros—. Hay que tomar medidas extraordinarias de inmediato y necesito su autorización.

—*Excuse me* —se disculpó el general, aproximándose al doctor—. Antonio, ¿tan grave es?

—Eso me temo.

—Joder. Vale. Dame unos minutos y estoy contigo, ya estamos a punto de acabar.

—Te espero fuera —dijo el médico.

Los minutos se convirtieron en más de media hora. Bajo un sol impenitente, a pesar de estar en diciembre, el capitán, en pie y caminando en

círculos sobre la tierra yerma, tuvo tiempo más que de sobra para cavilar sobre los posibles escenarios y la manera de proceder en cada uno de ellos. Al fin, los oficiales de la FINUL comenzaron a salir por la puerta conversando entre ellos, en dirección a los vehículos militares estacionados en la entrada de la base. Entonces escuchó la voz de Javier.

—Capitán, ya puede entrar.

—Cierra la puerta, José —le pidió el general a su asistente cuando el médico irrumpió azorado.

—A ver, cuéntame qué sucede —le solicitó Javier, invitándole a tomar asiento.

—Será mejor que no me siente. He puesto en cuarentena el hospital de la base. Hay que activar el protocolo de contención por contaminación biológica, además de solicitar el material necesario para aislar el hospital. No disponemos del equipamiento necesario, y si pedimos que nos lo envíen desde Madrid llegará tarde. Sugiero que solicitemos ayuda al resto de los miembros de la FINUL a través de la ONU.

—Un momento, tranquilízate, Antonio. Explícame primero por qué debo tramitar esa solicitud —requirió el general.

—Por supuesto. —El doctor extrajo un teléfono móvil del bolsillo de su bata—. Tienes que ver esto, pero no toques el teléfono y mantente a un metro de mí.

—Me estás asustando. ¿A qué viene tanta precaución? —quiso saber el general.

El capitán hizo caso omiso a la pregunta, seleccionó una imagen, extendió su brazo y se la mostró al general.

—Este hombre ha llegado hace algo más de una hora a la puerta principal de la base y se ha desplomado en el suelo. Los soldados de la entrada, siguiendo el protocolo, lo han cacheado. Tras comprobar que iba desarmado y estaba inconsciente han llamado a los servicios médicos, que lo han trasladado al hospital. Apenas tenía pulso cuando llegó. Al quitarle la ropa para realizarle una exploración me llamaron, entonces tomé una serie de fotografías, esta es una de ellas. Acaba de morir.

—¿Qué es esto que tiene en la piel? —preguntó Javier.

—Pústulas, me temo que producidas por la viruela.

—¿No estaba erradicada esa enfermedad?

—Tienes razón en una cosa: el último caso de viruela conocido es de 1978. En 1980 la OMS la declaró erradicada, pero mira esto.

Antonio desplazó el dedo sobre la pantalla del móvil y le mostró otra imagen. Se trataba de un joven asiático, todo su cuerpo estaba cubierto por las mismas erupciones que el recién fallecido.

—He visto casos de otras enfermedades eruptivas, como el sarampión, la rubeola o el herpes —continuó el doctor—. Ni siquiera la peste presenta estas pústulas. El fallecido mostraba el exantema pustuloso característico de la viruela. Es cierto que necesitaría de una analítica completa para confirmarlo, por eso le hemos extraído muestras de sangre y del tejido cutáneo, pero no podemos arriesgarnos. Es una enfermedad altamente contagiosa. Creo que es un caso de viruela mayor con una tasa de mortalidad muy alta. Dios no lo quiera, pero podría tratarse incluso de la variedad hemorrágica, la más grave, produce la muerte a los cinco o seis días de mostrar los primeros síntomas, y en la piel y las mucosas del fallecido había signos de hemorragias recientes.

—Un momento, Antonio… —El máximo responsable de la base apoyó sus manos sobre una de las sillas y miró a un punto indefinido de la pared, después al capitán médico—. Todo el personal de la base está vacunado contra la viruela.

—Y el fallecido, que debía rondar los cincuenta años, también lo estaba. El programa de vacunación era obligatorio y se hizo a escala mundial en las décadas de 1960 y 1970.

—¡Mierda! —espetó el general, mientras su asistente asistía atónito a la conversación—. Vamos a tranquilizarnos. Tenemos un supuesto caso de viruela. ¿Cuándo crees que dispondremos de la confirmación?

—Aquí no puedo realizar los test. Las muestras saldrán esta tarde para Madrid. Ya he indicado que es prioritario, así como de la peligrosidad del envío. También he exigido la máxima confidencialidad. Con suerte tendremos resultados del laboratorio del Hospital Central de la Defensa en Madrid en un par de días, pero para entonces… igual es demasiado tarde.

—¿Has dicho que pretendes enviar las muestras al Hospital Gómez Ulla?

—Así es, es lo que dicta el protocolo. Deberíamos avisar a las autoridades sanitarias libanesas, entregarles el cuerpo de ese hombre y que estén preparadas ante una posible crisis sanitaria.

—De momento no vamos a decirles nada. Si ese hombre ha decidido venir aquí por algo será. Además…

—Javier —le interrumpió el capitán médico—, creo que cometes una grave irresponsabilidad. No es cosa nuestra. Estamos aquí para evitar conflictos fronterizos entre el Líbano e Israel, no para solucionar problemas sanitarios.

—Soy el responsable de esta base. Ese hombre ha acudido a nosotros y debemos saber por qué.

—Dado su estado, dudo que haya podido llegar hasta aquí sin ayuda. Desde Blat o Ebel El Saqi, que son las poblaciones más cercanas, hay varios kilómetros. Alguien lo ha tenido que acercar. Si ese alguien ha estado en contacto con el fallecido, es muy posible, casi seguro, que se ha contagiado, si es que antes no lo estaba.

—¿Y si ha sido intencionado? —preguntó el general—. Si tienes razón y es viruela, puede que lo hayan acercado para contagiarnos.

—¿Estás sugiriendo un ataque biológico? —le interpeló el médico.

—Sabían que lo atenderíamos. Si hubiese llegado menos grave lo habríamos rechazado.

Antonio sopesó la posibilidad que proponía el general. No era descabellada, pero eso implicaba una conspiración y mucho dinero, algo fuera del alcance de cualquier grupo extremista de la zona. Debían haber podido acceder a una cepa del virus, y solo había dos lugares en el mundo donde se conservaban sendas muestras criogenizadas: el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades (CDC) de Atlanta, en Estados Unidos, y el Centro Estatal de Virología y Biotecnología (VECTOR), en Novosibirsk, Rusia; a no ser, claro, que como sugirió Brian Mahy, director de un equipo de investigadores de seis países: «Siempre es posible que un virus de viruela haya estado deliberadamente conservado en algún lugar del mundo por gobiernos o grupos sociales con el fin de contar con esa arma biológica», algo que también compartía Wolfgang Joklik y su equipo, compuesto por investigadores estadounidenses, rusos y británicos, lo que finalmente inclinó la balanza a favor de no destruir las muestras de Estados Unidos y Rusia, acordada para 1993.

En cualquier caso, en el hospital de la base, aislado dentro de un sarcófago al vacío, se encontraba el cadáver de un hombre que había muerto por la viruela. El capitán no tenía ninguna duda. Lo que no tenía tan claro era a cuántas personas podría haber contagiado, incluido él mismo, por eso confinó en el hospital a todos los integrantes de la misión que tuvieron contacto con el personal que atendió al fallecido o, que hubiesen accedido al hospital durante o después de atender al libanés.

—¿Qué hacemos? —preguntó Antonio.

—Con vuestro permiso —intervino el coronel Merchán, que había mantenido un prudente silencio—. Creo que lo mejor sería informar al Mando de Operaciones del Estado Mayor de la Defensa.

El general y el capitán se miraron y asintieron.

—Buena idea, José —reconoció el general—. Llamaré al teniente general Juan Manuel López del Hoyo y le pondré al tanto del suceso. Esto nos excede.

Capítulo 2: Carlos

Día 2. 18 de diciembre. Guadarrama, Madrid.

Carlos estaba acabando de recoger la mesa del comedor mientras Marisa fregaba los platos de la cena en la cocina de la rústica casa que habían comprado cuatro años atrás. Se trataba de una vivienda unifamiliar de dos plantas con mil metros cuadrados de terreno, donde Carlos disponía de un pequeño huerto, robado al jardín que Marisa cuidaba con esmero. El teléfono comenzó a emitir el timbreo de una llamada y Marisa descolgó el teléfono accesorio de la cocina.

—¿Diga?… Carlos, es para ti.

—¿Quién es? —preguntó él.

—Miguel —contestó Marisa sin salir de la cocina.

El rictus de Carlos se tornó serio.

Carlos Hernández había sido agente del CNI, el Centro Nacional de Inteligencia español. A pesar de la oposición de su padre, militar de carrera, había optado por estudiar medicina. Acabó los estudios en un tiempo récord y se especializó en epidemiología. Con un máster y un doctorado *Cum Laude*, de pronto le empezó a atraer la posibilidad de ser militar, pero no como su padre, él quería acción. Superó las duras pruebas de acceso y entrenamiento de la Unidad de Operaciones Especiales de la Marina, en Cartagena, similares a las de los SEAL de la Armada Estadounidense. Poco después, participó en varias operaciones secretas de sabotaje contra campos de entrenamiento de Al Qaeda en África y Pakistán.

Con un cociente intelectual de ciento setenta y dos, no pasó inadvertido para el Centro de Inteligencia de la Armada, ni tampoco para el CNI, que lo reclutó y lo formó como especialista en amenazas químicas, nucleares y biológicas.

En diciembre de 2018, junto a tres agentes más, se le asignó la misión de comprobar el potencial armamentístico del DAESH. Se integraron en la unidad de Inteligencia Vigilancia y Reconocimiento del ejército español desplegada en la base de Al Asad, en Irak. El cinco de diciembre salieron de

la base con rumbo a la frontera siria. Cuando estaban llegando a la población iraquí de Al-Kaim, un niño se cruzó en la carretera. A pesar de los bocinazos del claxon el crío no se movía. Salvador pisó el freno a fondo deteniendo el todoterreno a escasos metros del niño, que entonces echó a correr. Un camión salió de la nada y les bloqueó el avance. Salvador dio marcha atrás, pero una furgoneta se había cruzado en la carretera, a unos cincuenta metros, de ella descendió un hombre con un lanzagranadas. De nada sirvió el blindaje del todoterreno ante un proyectil lanzado por el RPG-7 de fabricación rusa. Carlos pudo salir a tiempo, aunque ello no evitó que la onda expansiva le hiciese volar varios metros. A pesar de resultar herido en su brazo izquierdo y del zumbido persistente instalado en sus oídos, alcanzó una pequeña construcción de adobe, desde donde observó cómo los asaltantes festejaban su hazaña. No debieron verle abandonar el vehículo, seguramente por la humareda resultado de la deflagración. Tuvo suerte, sus compañeros no. Se practicó un torniquete en el brazo herido y esperó hasta que anocheciese para salir de su escondrijo de adobe. Había perdido su teléfono móvil, pero no tenía la más mínima intención de volver para buscarlo. Su única oportunidad dependía de que el dispositivo localizador vía satélite que llevaba insertado subcutáneamente en el abdomen siguiese operativo. Debía alejarse lo más posible del lugar del atentado. Lo hizo cuando oscureció.

Un ruido familiar lo despertó cuando estaba amaneciendo. Un helicóptero V22 Osprey de la Fuerza Aérea Estadounidense ocultaba parcialmente el sol en el horizonte.

Cuando volvió a recobrar la conciencia, estaba siendo explorado por un médico estadounidense en las instalaciones sanitarias de la base Al Asad. El médico recomendó su traslado inmediato al hospital de Ramstein, en Alemania, cerca de la base aérea norteamericana, donde fue intervenido quirúrgicamente de las lesiones producidas en su brazo. Tras una semana de hospitalización, viajó en un vuelo comercial hasta Madrid para finalizar su recuperación en el hospital militar Gómez Ulla.

Durante todo ese tiempo nadie habló del incidente que le costó la vida a sus tres compañeros, porque no había sucedido. La ocultación de los hechos era una práctica habitual cuando intervenían espías, españoles o de otros países.

Un mes más tarde, junto con el alta médica, presentó su renuncia en el CNI, también en el ejército. En ambos casos fue aceptada.

Ahora, a sus cuarenta y cinco años y con una pensión militar que le permitía vivir sin apuros económicos, dedicaba su tiempo a su mujer, a su

huerto y, paradojas del destino, a la lectura de novelas de espionaje. Para descargar adrenalina y mantenerse en forma, cada mañana corría una hora entre los pinos y las encinas que rodeaban la urbanización, incluso había establecido amistad con un grupo de guadarrameños, con los que cada día, después de la siesta, procuraba jugar unas partidas de cartas en el Bar Manolo.

—Atiendo la llamada en el salón —le dijo a Marisa.

Cogió el teléfono inalámbrico y comprobó que, tal y como esperaba, la llamada procedía de un número oculto, entonces pulsó el botón verde.

—¿Diga?

—Hola, Carlos. Soy Miguel. ¿Cómo estás? ¿Y Marisa?

—¡¿Cómo cojones has conseguido este número de teléfono?! —preguntó Carlos enfurecido.

—En la guía telefónica —contestó Miguel.

—¡Déjate de gilipolleces! Este número es secreto.

Carlos había solicitado una línea privada a la compañía telefónica. Nadie, salvo la propia compañía, podía saber a quién correspondía el número asignado a la línea de su casa.

—¿Así es como saludas a un antiguo compañero y amigo? Eres un experto en bioseguridad, pero parece que se te ha olvidado todo lo relativo a ciberseguridad. Para la agencia no hay nada secreto, deberías saberlo.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó sin rodeos.

—Se ha declarado una alerta sanitaria de nivel 1 en la base Miguel de Cervantes, en el Líbano, y…

—Sé perfectamente dónde está esa base —le interrumpió Carlos—. Me importa una mierda lo que sea que esté ocurriendo. Estoy fuera, Miguel. Buscad a otro.

—No hay nadie tan bueno como tú en esto. Créeme, no te llamaría si no fuese imprescindible.

—Mira, Miguel, voy a colgar. No volváis a molestarnos.

—Está bien, pero antes de colgar escucha lo que tengo que decirte. Si después decides quedarte al margen, tienes mi palabra de que nadie se volverá a poner en contacto contigo.

—Sé breve —le apremió Carlos.

—Ayer por la mañana, un ciudadano libanés se desplomó delante de la puerta de acceso a la base. Lo trasladaron al hospital de la instalación, donde falleció antes de dos horas. El capitán médico lo examinó y decretó el

aislamiento del hospital, incluido todo el personal sanitario y los pacientes. El fallecido murió de viruela y ahora toda la base está en cuarentena.

—¿Viruela? Eso es imposible.

—No, Carlos. Las muestras del paciente llegaron esta mañana al laboratorio del Gómez Ulla. Dada la urgencia, esta tarde ya tenían los resultados: viruela.

—¿Qué variedad? —preguntó Carlos.

—Viruela mayor, puede que hemorrágica.

—Dios.

—Carlos, ¿sigues ahí?

El prodigioso cerebro del exagente comenzó a procesar información a toda velocidad.

—¿Carlos?

—¿Cuántos afectados hay?

—En la base ninguno, fuera no se sabe.

—¿Cómo que no se sabe? ¿Qué dicen las autoridades sanitarias libanesas?

—No se ha informado al Gobierno del Líbano.

—¿Pero están locos o qué? Es una enfermedad de declaración obligatoria. Tienen que informar a la OMS.

—Escucha, Carlos. Sospechan que podría tratarse de un atentado biológico contra la base. Ese hombre no pudo llegar por su propio pie a las instalaciones militares en el estado en que se encontraba. Alguien sabía lo que hacía acercándolo a la entrada de la base casi inconsciente, era la única manera de que entrase en las instalaciones militares. Es la teoría que manejamos.

—Me lo pensaré —dijo Carlos.

—Entonces anota este número de teléfono…

—Todavía recuerdo los números de teléfono y las extensiones de la agencia —lo interrumpió.

—Este es nuevo y exclusivo para este caso. ¿Tienes a mano algo donde anotarlo?

—No me hace falta. Dímelo. Ya me conoces.

Carlos memorizó el número de teléfono y lo almacenó en algún lugar de su extraordinario cerebro, junto con el resto de números telefónicos del CNI.

—Ya llamaré si me interesa, pero no os hagáis demasiadas ilusiones. Adiós, Miguel.

Carlos colgó presionando el botón rojo del teléfono inalámbrico.

Miguel se encontraba en un despacho de la sede central del CNI en Madrid, pero no era un despacho cualquiera, era el del director de la agencia de inteligencia: el general Fernando Sainz de Rozas.

—Ya lo ha oído, señor —le dijo Miguel al director.

—¿Y qué opina, teniente Expósito? ¿Cree que aceptará?

—No estoy seguro, aunque debería haber cambiado mucho para resistirse a investigar un asunto de tal calado. Por lo que han descubierto los de ciberseguridad, parece que desde su ordenador indaga frecuentemente sobre temas de terrorismo. Además, no ha dejado de buscar información sobre los nuevos brotes epidémicos en los últimos meses, quizás años.

—¿Sabrá que hemos entrado en su ordenador?

Miguel soltó una carcajada.

—Disculpe, señor. No se ofenda, pero si lo hubiese conocido no haría esa pregunta. Carlos es un superdotado. Por supuesto que lo habrá deducido. No creo que vuelva a usar su ordenador ni su teléfono móvil, y si lo hace será para confundirnos.

—Era por algo relacionado con la agencia, ¿verdad? —preguntó Marisa.

—¿Lo has escuchado todo?

—Solo lo que le decías a Miguel.

Marisa conoció a Miguel y a Carlos en una exposición de pintura renacentista en el Museo Nacional del Prado. Iban impecablemente vestidos con uniformes de oficiales de la armada. Siempre le habían atraído los uniformes, pero es que a ellos les quedaban realmente bien, sobre todo a Carlos, cuya pícara mirada la atrapó cuando intercambiaron las primeras palabras. Era una etapa feliz de su vida, entonces desconocía que ambos eran agentes del CNI.

—¿Vas a volver? —preguntó ella.

Carlos, que miraba absorto las cumbres nevadas del Sistema Central, tardó unos segundos en contestar.

—No, para mí es el pasado. Tú y yo llegamos a un acuerdo y yo cumpliré mi parte.

Marisa se aproximó a su marido y le tomó la mano.

—¿Es grave? Si te han llamado debe de ser por algo serio.

—Podría tratarse de algo muy grave —respondió él.

—Vas a volver, lo presiento, porque nunca lo has dejado del todo. A veces te pasas horas buscando y leyendo artículos sobre terrorismo y

geopolítica.

—Tienes razón —admitió mirándola a los ojos—, pero no me implico personalmente. Te hice una promesa y también me la hice a mí.

—Le has dicho que lo pensarías.

—Era una forma de quitármelo de encima.

—No me mientas, Carlos. Lo veo en tu mirada. Estás pensando en volver, en salvar al mundo —dijo enojada. Arrojó el trapo de cocina que llevaba en la mano sobre la mesa del comedor y volvió a la cocina.

—¡Marisa! Por favor, no te enfades. Sabes que te quiero, que eres lo más importante para mí.

Ella salió de la cocina y recogió el trapo de la mesa. Entonces lo miró a los ojos con gesto serio. Carlos no pudo aguantar la mirada de Marisa y agachó la cabeza. Tenía razón. La llamada de Miguel le había provocado una excitante descarga de adrenalina y hacía tiempo que no sentía esa agradable sensación. La corteza frontal de su prodigioso cerebro ya había comenzado a trabajar frenéticamente barajando las distintas posibilidades, las motivaciones, el origen de la viruela…

—Lo siento, tienes razón. Lo estoy sopesando. ¡Joder! —exclamó de repente. Se llevó el dedo índice a los labios indicándole a Marisa que no hablase. Comenzó a revisar lugares donde hubiesen podido colocar micrófonos o microcámaras. Examinó las lámparas, las estanterías y los conductos de ventilación; miró bajo las mesas y las sillas, tras los cuadros, los libros y las figuras decorativas. Subió a la primera planta para continuar su registro. No encontró nada.

«Vale, no hay cámaras ni micrófonos ocultos», se dijo a sí mismo, pero habían obtenido el número de su teléfono fijo y, con toda probabilidad, también los de su móvil y el de Marisa. «Entonces, ¿por qué me han llamado al teléfono fijo?», pensó. Tenía una corazonada. Descendió las escaleras hasta la planta baja, donde encontró a Marisa desconcertada. Se acercó y le susurró al oído:

—¿Llevas tu móvil encima?

—No. Me estás asustando —contestó ella en voz baja.

—Vamos afuera —sugirió él.

Ambos salieron al jardín y Carlos miró a su esposa.

—¿Has recibido alguna llamada en tu móvil desde un número oculto o desconocido en las últimas veinticuatro horas?

—No sé. Quizás un par, pero ninguna de números ocultos. Si no recuerdo mal eran de suministradores de servicios de telefonía e internet, de seguros…

Ya sabes, lo habitual. ¿Me quieres decir que está pasando? —preguntó angustiada.

—Marisa, ¿cuántas veces te he dicho que no atiendas llamadas de teléfonos que desconoces?

—Mira, Carlos. Yo no voy a volverme paranoica. Quería y quiero llevar una vida normal —contestó de manera tajante.

—Lo siento, cariño. Han encontrado el número de nuestra línea telefónica. Seguro que también disponen del número de los móviles, posiblemente los han *hackeado*, igual que los ordenadores.

—¿Y por qué iban a hacer eso?

—Por curiosear, para conocer mi estado psicológico, mis inquietudes; si seguía interesado en el terrorismo o en las nuevas epidemias… Yo qué sé.

»Voy a salir un momento. Iré al locutorio del pueblo. Si haces o recibes una llamada de teléfono, compórtate con naturalidad y no des detalles sobre mí. Como te he dicho, puede que hayan intervenido el teléfono.

Carlos se alegraba ahora de no tener más dispositivos con conexión a internet en casa que los dos portátiles y los móviles.

—¿Tardarás mucho?

—No lo creo. Volveré en un par de horas como máximo.

—Por favor, no te retrases. Quisiera que estuvieses aquí antes de acostarme.

—No te preocupes. Volveré pronto.

Antes de salir, Carlos se cubrió con una chaqueta cortavientos que cogió del perchero de la entrada. Besó a Marisa en los labios y se dirigió al coche, un Seat Toledo que estaba en la rampa de entrada a la casa, justo detrás del Mini Cooper de su mujer.

Tuvo que estacionar el automóvil a dos manzanas del locutorio. A esas horas la mayoría de los vecinos había vuelto a casa y encontrar estacionamiento era complicado. Caminaba por viejas calles iluminadas por nuevas farolas con lámparas LED, confiriendo al ambiente un aspecto espectral.

Llegó al locutorio regentado por Hasan, un paquistaní afincado en Guadarrama mucho antes que él. Conocía a Hasan de vista, como a casi todos los habitantes del pueblo, incluso aquellos que tenían una segunda residencia en la localidad y que solo iban los fines de semana o las vacaciones. Nunca antes había entrado en el locutorio, cuya entrada estaba presidida por un rótulo en español y en árabe. A través de los cristales de la puerta pudo apreciar la presencia de Hasan, sentado y mirando lo que supuso era el

monitor de un ordenador. No había nadie más dentro, al menos en la hilera de ordenadores de la derecha, siete en total, pero no podía descartar que hubiese alguien en alguna de las cinco cabinas telefónicas situadas a la izquierda.

Una campanilla anunció su entrada.

—Buenas noches —dijo cuando aún repiqueteaba la campanilla. Se escuchaba una emisión televisiva en urdu. Por lo que pudo llegar a entender, se trataba de una teleserie.

—Buenas noches —saludó Hasan sin dejar de mirar la pantalla.

—Quiero usar internet.

—Puedes ponerte donde quieras, pero el cinco está averiado. ¿Cuánto tiempo?

—No estoy seguro, una hora o algo más —contestó Carlos.

—Una hora, un euro; más de una hora, dos euros.

Carlos buscó la silla menos sucia y se sentó. Al parecer, los usuarios comían o bebían durante sus conexiones, una máquina de refrescos y aperitivos situada en la entrada del locutorio debía ser la responsable, eso y la falta de limpieza.

Una mujer negra hablaba, o más bien gritaba en español y con acento caribeño dentro de una de las cabinas, el resto estaban desocupadas.

Carlos abrió el navegador, entro en PubMed, el motor de búsqueda de publicaciones biomédicas de referencia, e introdujo las palabras *variola virus y smallpox* (viruela en latín y en inglés). Quería conocer los últimos estudios sobre el virus.

Aunque las investigaciones con el virus humano estaban prohibidas, las variantes del virus que afectaban a otras especies animales se habían utilizado para investigar sobre posibles tratamientos en caso de que la viruela reapareciese en humanos. Como suponía, existían multitud de estudios publicados que sugerían la protección contra la enfermedad humana a partir de los buenos resultados obtenidos en animales.

Comprobó que existían grandes reservas con millones de dosis de vacunas contra la viruela y que, en la actualidad, determinados grupos de riesgo seguían siendo vacunados, como las personas que trabajaban con el virus o los militares, en este último caso por prevención ante el potencial uso de la viruela como arma biológica. Paradójicamente, en la vacunación no se utilizaba el virus de la viruela, sino que consistía en la inyección cutánea repetida de *vaccinia virus*, un virus de origen bovino del mismo género que *variola virus* que inmuniza ante la viruela y todos los virus del género

orthopoxvirus, pero con efectos secundarios —bien lo sabía él—, a veces graves.

Lo más inquietante que encontró en su búsqueda era la posibilidad de adquirir la secuencia genética del virus de la viruela humana por un módico precio. Así, cualquier laboratorio con capacidad para sintetizar esa secuencia de ADN podría crearla, modificarla e insertarla en el virus de la viruela de animales, como las aves o los roedores, incluso en células humanas. Las posibilidades eran infinitas y la probabilidad de éxito demasiado inquietante. Ante un virus humano generado y modificado a propósito en un laboratorio nadie estaría inmunizado, porque sería una nueva cepa.

—Señor. Tengo que cerrar —dijo Hasan.

Carlos miró su reloj de pulsera. Eran las doce menos diez. Llevaba más de dos horas y media delante de la pantalla. Le dio tres euros a Hasan y salió del locutorio a toda prisa. Le había dicho a Marisa que volvería pronto y le había vuelto a fallar.

El móvil de Miguel comenzó a sonar cuando se disponía a acostarse. Miró la pantalla y reconoció el número, era de la central del CNI. Descolgó.

—¿Miguel?

—Dime, Marcos.

Marcos Moreno era otro de los agentes asignados al caso de la viruela detectada en la base del Líbano, y al que le había tocado realizar el turno nocturno de vigilancia.

—El pájaro se ha movido. Acabamos de detectar una serie de búsquedas relacionadas con la viruela en un locutorio de Guadarrama.

—¿Podemos descartar que haya sido otra persona la que ha realizado esas búsquedas?

—El móvil de Carlos está en su domicilio, pero el caso es que, ni lo he visto ni se le ha escuchado hablar en las últimas horas.

El *spyware*, o programa espía del CNI que había sido instalado en los móviles y los ordenadores de Carlos y Marisa, recopilaba toda la información de los dispositivos infectados. Registraba y rastreaba las llamadas efectuadas o recibidas, localizaba la ubicación del dispositivo y grababa y filmaba lo que captaban el micrófono y las cámaras de los móviles, también los ordenadores o cualquier aparato electrónico conectado con estos, aunque estuviese apagado.

—Gracias, Marcos. ¿Algo más?

—No. Su mujer se ha pasado estas horas viendo un programa televisivo de La Sexta. Lo deduzco por el audio, puesto que las pantallas de los portátiles estaban tapadas y los móviles sobre alguna mesa. Me conozco de memoria el techo de una habitación y parte del comedor.

—Si hay algo nuevo me lo cuentas mañana. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Marcos, que colgó.

Miguel reflexionó sobre lo impropio del comportamiento de Carlos. El exagente sabía qué la búsqueda de información sobre la viruela en Guadarrama lo delataría. «No debe importarle tanto como conocer qué está sucediendo», dedujo. Al día siguiente, una vez en las instalaciones del CNI, comprobaría las búsquedas realizadas. Sobre lo que no albergaba ninguna duda era el interés de Carlos por el incidente del Líbano, aunque de ahí a llegar a reincorporarse al servicio activo e implicarse en el operativo que se estaba preparando distaba mucho.

Llegó al chalé a las doce y cuarto. Carlos se bajó del coche para abrir la cancela y observó que las luces de su casa estaban apagadas, salvo la de la entrada, que siempre permanecía encendida por la noche. Volvió al coche, lo estacionó y cerró la verja de entrada a la finca. Subió los tres peldaños que lo separaban de la puerta, sacó las llaves del bolsillo del pantalón, introdujo una de ellas en la cerradura y con suavidad la giró. Entró en el recibidor y, sin encender la luz, dejó las llaves de casa y del coche en una bandeja metálica que había sobre el mueble de la entrada. Subió las escaleras alumbrado únicamente por la escasa luz de la luna que atravesaba las ventanas, giró el pomo de la puerta de la habitación y la abrió. Marisa parecía dormida, la cadencia de su respiración así lo indicaba. Se desnudó dejando la ropa sobre la silla de su lado de la cama, retiró el nórdico, se tumbó con cuidado y se cubrió.

Marisa se había despertado antes de que él entrase en la habitación, pero prefirió hacerse la dormida. No le apetecía iniciar una conversación que probablemente acabase en una discusión.

Capítulo 3: La confirmación

Día 3. 19 de diciembre. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

La base se encontraba en estado de excepción. Después de la confirmación de que el hombre que había sido atendido dos días antes había fallecido por la viruela, no se permitía la entrada ni la salida de nadie. El general Javier Ramírez había tenido la precaución de esperar los resultados de la analítica del fallecido antes de avisar a los mandos de la FINUL. La tarde del dieciséis de diciembre llamó a los oficiales de la misión de paz para informarles de que había un brote de gripe en la base. Excusó su ausencia de la próxima reunión por prevención; asimismo, les informó de que, por motivos sanitarios, todas las operaciones asignadas al destacamento español quedaban suspendidas hasta que el brote remitiese.

El capitán médico había ordenado a un soldado con conocimientos sanitarios la extracción de muestras de sangre y de la mucosa bucal de todo el personal de la base militar. Las muestras habían salido hacia Madrid en un vuelo especial dentro de contenedores de bioseguridad. El capitán y las otras ocho personas que habían estado en contacto con el fallecido permanecían aislados en un anexo del hospital, donde también se encontraba el cofre sellado con el cadáver del libanés. El responsable médico también exigió la desinfección de la base española, incluyendo la ropa y los objetos personales de todos los integrantes de la misión. La lejía y el resto de desinfectantes se habían agotado, pero tenían reservas de jabón y detergente. Se guardó una provisión de alcohol y tintura de yodo para atender a pacientes, a la espera de los suministros enviados desde Madrid, que llegaron a la base ese mismo día en un avión Airbus A400M. Con el material también vinieron cinco médicos, diez enfermeros y quince soldados de la UME —la Unidad Militar de Emergencias—, especializados en ataques nucleares, bacteriológicos y químicos, o NBQ de la GRUPABI, el grupo de armas biológicas.

El capitán sabía que el periodo de incubación del virus de la viruela era de unas dos semanas, aunque entre diez y setenta y dos horas después de la exposición ya se podía detectar la presencia del virus en la sangre. Durante la incubación, los infectados no presentaban síntomas de la enfermedad y no la podían contagiar. Con los primeros síntomas, similares a los de una gripe, el

afectado ya podía transmitir la enfermedad. Sin embargo, algunos miembros del equipo médico y un soldado mostraban fiebre, dolores musculares y tos.

«Tiene que ser otra enfermedad, quizás gripe, aunque estén vacunados», trató de autoconvencerse el capitán medico. Una tremenda sensación de inquietud se adueñó de él, que escuchó el timbreo del teléfono y descolgó.

—Antonio, ya han llegado los de la UME —le dijo el general Javier Ramírez.

—¿Y el material de biocontención y los retrovirales?

—Han traído todo lo que pediste. Los soldados de la UME van a instalar una carpa junto a la puerta con el aislamiento y las duchas de desinfección, después entrarán.

—Gracias a Dios —dijo el capitán.

Con una mezcla de sorpresa y curiosidad, los miembros de la base observaban como trabajaban los soldados de la UME. Ataviados con trajes de bioseguridad, parecían astronautas en lugar de militares. En menos de media hora habían desinfectado con compresores el recinto hospitalario y lo habían cubierto con una especie de carpa circense en la que habían instalado un sistema de ventilación controlada para mantener la presión negativa dentro del hospital. Posteriormente, montaron otras dos carpas en las dos únicas entradas habilitadas, una de ellas era la que daba acceso adonde estaban los nueve incomunicados. Ambas carpas estaban divididas en dos compartimentos, el más próximo a la puerta tenía duchas de desinfección.

—Vamos a entrar —anunció una voz al otro lado de la puerta.

La escena que presenció Antonio le recordó a la película *E. T., El extraterrestre*, cuando un grupo de militares entran en casa del niño que esconde a E. T. vestidos con los trajes de bioseguridad, aunque en este caso no había focos iluminándolos y otorgándoles un aspecto fantasmagórico, sino la luz natural filtrada por el plástico de la carpa.

Entraron cinco miembros de la UME, uno de ellos se adelantó.

—Buenas tardes, capitán. Soy el teniente Soriano, médico a cargo de catorce hombres que están aquí para ayudarles —se presentó el teniente, prescindiendo del saludo reglamentario y ofreciéndole a cambio la mano enguantada a Antonio, quien se la estrechó.

—Bienvenido, teniente. No lo entretendré. Supongo que tienen mucho trabajo por hacer, pero debo advertirle de que varios de los soldados que me acompañan están enfermos.

—¿Y por qué no ha informado de ello?

—Comenzaron a encontrarse mal ayer por la tarde, demasiado pronto para que se trate de viruela. Además, están vacunados. Atendiendo a los síntomas, lo más probable es que se trate de alguna infección respiratoria, puede que gripe. El general Ramírez está al corriente de la situación. Nadie fuera de este recinto ha presentado síntomas de enfermedad respiratoria.

El teniente asintió.

—Tiene razón. No hay casos registrados en los que la enfermedad evolucione tan rápido, pero los test han dado positivo. —El capitán médico mostró su incredulidad enarcando las cejas, pero no podía negar la evidencia —. Hemos traído los antivirales que solicitó —continuó Soriano—. Hay dosis suficientes para todo el personal de la base. De colega a colega —le susurró, acercando su visera protectora a la cara de Antonio—, este es un asunto muy jodido. Se trata de la variedad hemorrágica de la viruela. La tasa de mortalidad es próxima al 100 %. El alto mando ha preferido que se lo dijese yo personalmente, y entre nosotros debe de quedar. No queremos que cunda el pánico, ¿verdad, Martínez?

Antonio asintió. «Soriano tiene razón, si se corre la voz entre los efectivos de la base podría haber revueltas, incluso intentos de deserción».

—Ahora dígame, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el capitán.

—¿Dónde está el cadáver?

—En aquel cofre, sellado al vacío —contestó Antonio, señalando con el dedo índice una de las esquinas de la sala—. No disponíamos de una nevera adaptada para algo así.

—¿Le practicaron la autopsia?

—Es un ciudadano libanés, o al menos eso pensamos, puesto que no portaba encima ninguna identificación. En cualquier caso, no es español. Se supone que no estamos autorizados. La autopsia se la debería realizar un forense libanés.

—Está bien, no se preocupe, ahora nos encargamos nosotros —dijo el teniente de la UME apoyando su mano sobre el hombro de Antonio—. Ya me han informado de que el general Ramírez ordenó, a instancia suya, la desinfección de todo la base, incluido el personal. Que se lavó la ropa con agua hirviendo y que se ha obligado a los soldados a mantener una higiene diaria exhaustiva. También se ordenó evitar el contacto personal y se aisló en el hospital a aquellos susceptibles de haber tenido contacto con el personal sanitario que atendió al fallecido.

—Así es, teniente.

—Nosotros vamos a implementar la desinfección, comenzando por extraer al difunto y ubicarlo en una tienda aparte dentro de la base, al menos hasta recibir órdenes de lo que hacer con el cadáver.

Los cuatro soldados de la UME ya habían desinfectado el sarcófago, le habían añadido un precinto adicional y lo habían colocado sobre una angarilla metálica con ruedas, que en ese momento estaban sacando del recinto. No habían transcurrido ni cinco minutos cuando dos de los soldados volvieron a entrar con un contenedor y un equipo de desinfección a presión. Comenzaron por desinfectar el suelo, las ventanas, las paredes y el techo; después siguieron con el escaso mobiliario. Del contenedor sacaron mascarillas y ropa militar de tamaño XL que depositaron sobre la única mesa existente.

—Capitán —prosiguió Soriano—, diga a sus hombres que se desnuden, que dejen sus ropas dentro del contenedor y que depositen sus objetos personales en sus camas. Después deben salir para desinfectarse en las duchas que hemos dispuesto en la entrada. Haga usted lo mismo cuando ellos hayan acabado.

El capitán Antonio Martínez ordenó a los ocho soldados que hiciesen lo que le había sugerido el teniente de la UME. Uno de los soldados era una mujer, por tanto, mientras se desnudaba, se duchaba y se volvía a vestir con un uniforme muy holgado, los hombres de la UME y los de su compañía se volvieron de espaldas a ella para no incomodarla.

Una vez acabado el aseo personal con un antimicrobiano añadido al agua de la ducha, los soldados y el capitán se vistieron con la nueva ropa, provocando con ello la sorna de los tres más corpulentos hacia la mujer y los cuatro soldados restantes, por quedarles los uniformes demasiado grandes. Asimismo, recogieron los objetos personales que habían procedido a desinfectar los dos soldados de la UME mientras se duchaban.

—Bueno, esto ya está —comentó Soriano—. Ahora retiraremos las sábanas y las mantas de las camas y les suministraremos otras limpias. Siempre habrá un soldado de mi unidad de guardia en la entrada. Espero que lo comprenda, cumplo órdenes —le dijo con un tono de disculpa a Martínez.

—Comprendo la situación —contestó con condescendencia el capitán, y preguntó—: ¿Y el resto del hospital y de la base?

—No se preocupe, están en buenas manos. Vamos a proceder a realizar una minuciosa desinfección y a proveer de ropa nueva a los integrantes de la misión. Me haré cargo del hospital junto al equipo médico desplazado para ello. Le mantendré informado de cualquier novedad.

—Los historiales médicos están en papel e informatizados, pero para acceder a ellos necesita…

—Lo sé —le interrumpió Soriano—. Necesito una clave de acceso personal que ya me facilitaron en Madrid. Preocúpese de estar atento a la aparición de cualquier nuevo síntoma entre los soldados, y no me refiero exclusivamente a los de la viruela. Por cierto, ¿cómo ha justificado el aislamiento y las medidas adoptadas?

—No se lo he podido ocultar a los dos médicos y a los enfermeros. Habrían llegado a la misma conclusión que yo. Son los únicos que saben que el paciente falleció por la viruela. Al resto les hemos dicho que se trataba de ántrax forunculoso, pero que no podíamos descartar el carbunco, de ahí las medidas extraordinarias de aislamiento. A los soldados se les requisaron el primer día los dispositivos con conexión a internet. Creo que puedo asegurar que desconocen el verdadero motivo de esta situación. A los que no están en este anexo se les permiten las comunicaciones con el exterior, incluidas las videoconferencias, pero siempre desde un ordenador de la base y con la supervisión de un oficial.

—Perfecto. No les diga a sus sanitarios que tratamos con la variedad hemorrágica de la viruela —le susurró el teniente a Martínez—. Una pregunta, capitán, ¿identificaron al fallecido?

—No, como le he dicho, estaba indocumentado y sin dinero. Los que lo acercaron a la base debieron robarle todo. La documentación también tiene valor aquí.

—A pesar del estado de descomposición, podemos intentar extraer las huellas dactilares —aseveró Soriano—. ¿Le hicieron fotografías?

—Sí —contestó Martínez—, aunque las pústulas pueden hacer difícil la identificación facial, a no ser, claro, que las viese algún conocido.

El capitán extrajo su móvil y le mostró al teniente las fotografías. La cara del fallecido estaba repleta de abultamientos.

—Tiene razón. Será complicado —admitió el teniente médico—. Probaremos primero con las huellas dactilares.

—¿Y qué van a hacer con ellas?

—Nosotros nada, pero el CNI sí. Ellos sabrán cómo obtener información.

—¿El CNI? —preguntó inquieto Martínez.

—El alto mando ha confirmado que enviarán a varios agentes. No creo que tarden mucho en llegar.

Carlos apenas pudo dormir esa noche, su cabeza no cesaba de barajar posibilidades sobre el suceso del Líbano. Tampoco tenía tranquila la conciencia, había roto una promesa y él era un hombre de palabra. Se vistió con ropa y calzado deportivo, con cuidado de no despertar a Marisa, y salió a correr, pero ese día cambió el recorrido habitual.

Después de su carrera matutina quería ganarse el perdón de Marisa preparando un suculento desayuno. Hizo unos huevos fritos acompañados de lomo embuchado, lo dispuso en dos platos sobre el mantel de la mesa del comedor, donde también había una jarra de zumo de naranja recién exprimido, una cafetera, aún humeante, unas tostadas, mantequilla y mermelada casera de fresa producto de su huerto.

Escuchó la ducha, esa de la que se había privado para no despertarla. Antes, en el jardín, había cortado varias flores de hibisco que había depositado en un jarrón de vidrio con agua, dejando que las flores rojas presidiesen la mesa.

—Buenos días —escuchó a su espalda.

Se dio la vuelta. Allí estaba ella, con su húmeda melena rubia goteando sobre el albornoz blanco. Los pies descalzos, los ojos turquesa, mirándolo. Seria.

—Buenos días, cariño —dijo él.

—¿Crees que con lo que has preparado se me va a pasar el enfado?

Carlos se aproximó y la intentó besar, pero ella giró la cara.

—Lo siento.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Estaba preocupada, Carlos. Dijiste que vendrías pronto y… Es igual, debí habérmelo imaginado. Una llamada y todo lo que habíamos creado se va al carajo.

—Perdona. Estaba haciendo unas búsquedas por internet y se me pasó el tiempo volando —le susurró al oído.

—Podías haberme llamado para decirme que te retrasabas.

—No podía, ya sabes por qué. Y por favor, baja la voz.

—Me da igual que nos oigan, porque saben como yo lo que va a pasar.

—Sentémonos y desayunemos —sugirió él.

—No tengo hambre. Cómetelo tú —dijo Marisa irritada mientras subía las escaleras.

Estaba completamente abatido. Se sentó en una de las sillas, se sirvió una taza de café a la que añadió un poco de miel y comenzó a remover la

cucharilla dentro de la taza, con la mirada perdida. De pronto, asestó un fuerte golpe con su puño sobre la mesa. Una de las tazas cayó al suelo haciéndose añicos y la que segundos antes estaba removiendo se volcó.

Marisa escuchó el ruido y bajó de nuevo. Se encontró a Carlos recogiendo los restos de la taza, con la mano ensangrentada.

—Carlos, te has cortado. Déjame que le eche un vistazo a esa herida.

—No es nada —dijo él, que continuó arrastrando los fragmentos hasta el recogedor con la escoba, mientras un goteo de sangre dibujaba figuras abstractas en el suelo del comedor.

Ella se acercó y lo cogió por los hombros.

—Mírame, cariño.

Carlos la miró. Sus ojos vidriosos se cruzaron con los de su mujer.

—Perdona —se disculpó ella—, creo que he sido muy dura contigo. Ya acabo yo de recoger el estropicio, pero antes curemos esa herida.

Él dejó el recogedor y la escoba apoyados en la mesa y acompañó a Marisa hasta la pila de la cocina. Ella colocó la mano herida bajo un chorro de agua, tiñendo de púrpura el fregadero.

—Creo que no necesitará sutura —afirmó Marisa—, es un corte limpio y pequeño. No te muevas, voy a por la tintura de yodo y unas gasas.

Fue hasta el botiquín que tenían en el aseo de la planta baja, cogió la tintura yodada, gasas y esparadrapo y regresó a la cocina. Tomó delicadamente la mano de su marido, echó una buena cantidad del antiséptico sobre la herida y la secó con una gasa, después colocó un par de gasas sobre el corte y las fijó con el esparadrapo.

—Tengo hambre. ¿Qué tal si desayunamos? —propuso ella—. Pero antes dúchate, que hueles a… —Iba a decir que olía fatal, pero prefirió suavizarlo —. Hueles a sudor. Pon el chándal en la cesta de la ropa sucia y cámbiate. Vístete con algo más apropiado.

Carlos asintió, subió las escaleras y, ya aseado y vestido, bajó y se sentó a la mesa. Marisa, que había sustituido la taza rota por otra nueva, sirvió café, primero a él y después a sí misma, untó varias tostadas con la mermelada y dijo:

—Mucho más sabrosa que la que venden. ¿No te apetece?

Carlos cogió una tostada y se la llevó a la boca.

—Sí, está buena. Algo tengo que hacer bien, ¿no?

—Cariño, haces muchas cosas bien. Lo siento, de verdad.

—No, Marisa. Toda la culpa es mía.

—Lo he estado pensando. No te voy a decir que me haga ilusión que vuelvas al CNI, me preocupa que arriesgues tu vida de nuevo. Te amo y no quiero perderte, pero tampoco deseo que renuncies a echarles una mano por mí, siempre que sea una excepción.

Carlos agachó la cabeza.

—Lo puede hacer otro.

—Sabes que no. Si te han llamado es porque no disponen de nadie como tú. Llama y diles que aceptas, creo que lo podré soportar.

—Yo tampoco quiero perderte —añadió él, tomando con sus manos la cara de Marisa.

—Entonces vete y vuelve sano y salvo.

—Te lo juro —afirmó Carlos, que besó a Marisa.

—¿A qué esperas? Llámalos ya —lo alentó ella.

Carlos se levantó, descolgó el teléfono y marcó el número que le facilitó Miguel. Al cabo de unos tonos escuchó la voz de su excompañero y amigo al otro lado de la línea.

—Buenos días. Me alegro de que hayas llamado.

—Yo no puedo decir lo mismo. Espero no arrepentirme —replicó Carlos.

—Salimos mañana para el Líbano. Entiendo que te apuntas.

—Así es, pero necesito más información.

—Tú dirás —contestó Miguel.

—¿Hay más casos de viruela en algún lugar, por remoto que sea?

—No tenemos constancia de ningún caso.

—¿Ni siquiera en el Líbano?

—No que nosotros sepamos.

—Esto es muy raro. Si esa persona ha contraído la enfermedad alguien se la ha debido contagiar, y él a otros.

—Igual es demasiado pronto —replicó Miguel—. Puede que aparezcan en los próximos días, o no, lo cual nos reafirmaría en la hipótesis de un ataque biológico planificado contra la base.

—Será mejor que nos informemos sobre el terreno. ¿Cuántos formamos parte del equipo?

—Tú, yo y dos agentes más.

—¿Los conozco?

—Lo dudo, no has trabajado con ellos antes.

—No me gusta trabajar con gente que no conozco. No me siento seguro.

—No tenemos elección. Los que conoces están en otras misiones, pero tranquilo, son buenos.

—Eso ya lo veremos —repuso Carlos.

—¿Te paso a buscar mañana?

—No sé si a Marisa le hará mucha gracia que vengas.

—Venga, Carlos, siempre me he llevado bien con Marisa. Hace tiempo que no la veo y me gustaría saludarla.

Carlos, que había activado el altavoz, miró a Marisa buscando su aprobación. Ella se encogió de hombros, pero enseguida hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está bien. ¿A qué hora pasarás a buscarme?

—Por la mañana, a eso de las ocho. Iré solo, el resto nos esperará en la base aérea de Torrejón de Ardoz. El vuelo sale a las diez.

—Pues pásate antes y desayunas con nosotros. No creo que sea necesario que te facilite la dirección —dijo Carlos con sarcasmo.

—Lo siento. Ya sabes cómo funciona la agencia.

—Conmigo no hacía falta, hubiese bastado con llamarme. No era necesario espiar mis comunicaciones ni invadir nuestra intimidad.

—Lo sé. No ha sido cosa mía. Intenté hacer entrar en razón al nuevo director, pero no hubo manera de convencerle, no te conocía como Jesús, él no lo habría permitido. —Jesús de la Orden había sido el director del CNI hasta el cambio de gobierno en 2018—. ¿Os va bien a la siete de la mañana?

Carlos volvió a mirar a Marisa.

—Dile que nos va bien a las siete —afirmó ella.

—Supongo que la has escuchado. Mañana a las siete, pero elimina cualquier *software* que hayáis instalado en nuestros dispositivos y dejad de rastrearnos.

—Tienes mi palabra. En cuanto cuelgue hablo con el director y me encargo de solucionarlo personalmente en la unidad de ciberseguridad.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana. Dale un beso de mi parte a Marisa.

El teléfono comenzó a emitir el tono discontinuo indicativo de que Miguel había colgado.

—¿Te ayudo a preparar la maleta? —se ofreció Marisa.

—Gracias, pero prefiero llevarme una mochila con lo más básico, aunque mejor lo dejamos para después de comer. Ahora me gustaría que diésemos un paseo.

El encapotado cielo anunciaba lluvia y la temperatura había descendido varios grados respecto al día anterior. Carlos y Marisa se abrigaron con un jersey de lana y un abrigo y salieron a dar una vuelta por los alrededores de la

urbanización. Querían decirse muchas cosas, pero apenas hablaron, cuando lo hicieron fue para tratar sobre temas intrascendentes. Era un comportamiento que habían interiorizado y que repetían antes de sus despedidas, cuando Carlos tenía que partir hacia alguna misión.

Capítulo 4: El pasado siempre vuelve

Día 4. 20 de diciembre. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

El capitán Martínez se despertó con escalofríos y dolor de cabeza. Miró su reloj de pulsera, eran las 05:47 h. Se levantó de la cama con dificultad y se acercó a la mesa, iluminada tenuemente por la lámpara de techo nocturna. Se colocó el termómetro de mercurio —una reliquia, pero lo consideraba más fiable que los electrónicos— y esperó unos minutos. 39,5 ºC era la temperatura que marcaba el termómetro. Cogió una linterna clínica y, como pudo, se aproximó hasta las camas de los otros ocho ocupantes de la improvisada habitación para tomarle uno a uno la temperatura. Todos tenían fiebre, y algunos, aquellos que enfermaron antes, mostraban erupciones en la lengua y la boca. A pesar de los retrovirales que les habían administrado el día anterior, la enfermedad avanzaba inexorable. Caminó con dificultad hasta la entrada, abrió la puerta y se encontró con el soldado de guardia de la UME.

—Tengo que hablar con el teniente. Es urgente.

El interfono sonó a las siete menos dos minutos. Marisa observó por la pequeña pantalla incorporada el rostro inconfundible de Miguel. Estaba igual que cuatro años atrás, con su perenne sonrisa, aunque con menos pelo en la cabeza y alguna arruga más en el rostro.

—Buenos días —saludó Miguel mostrando a la cámara del interfono una bolsa de la chocolatería San Ginés.

Situada en el pasadizo que le daba nombre, San Ginés era la chocolatería preferida de Marisa en Madrid. Su chocolate con churros le había granjeado fama mundial, aunque a ello también había contribuido que, «La Escondida», como se la conocía durante la segunda república, hubiese sido escogida por los bohemios y los eruditos de las artes y las letras.

—Si no me abrís se van a enfriar los churros y el chocolate.

—Buenos días, Miguel. Anda entra —contestó Marisa mientras presionaba el botón de apertura del portón de acceso al jardín y abría la puerta de entrada al chalé.

Vestido impecablemente con su uniforme militar, Miguel traía además un ramo de rosas. Echó un vistazo a su alrededor y se dirigió hacia las escaleras de acceso al porche.

—Estás preciosa, como siempre. Ten —dijo, entregándole el ramo de rosas—, ponlas en un jarrón con agua, pero antes dame un par de besos, no los guardes todos para el engreído de tu marido.

Ambos se besaron en la mejilla y, en la proximidad, ella percibió el olor característico de la crema de afeitar de Miguel, aquella que a Marisa siempre le había gustado.

—¿Dónde está el señor de la casa? —preguntó Miguel.

—Aquí —respondió Carlos mientras salía de la cocina y se dirigía hacia la mesa del comedor, donde depositó la bandeja con el desayuno, consistente en galletas caseras, tostadas, su mermelada de arándanos, tres tazas grandes, una cafetera humeante y dos jarras: una de cerámica con leche y otra de vidrio transparente con zumo de naranja recién exprimido.

—Yo he traído chocolate y churros de San Ginés —dijo Miguel mientras alzaba la bolsa cual trofeo—. Y lo mejor de todo, están calientes. No sé con qué material fabrican estos recipientes para que mantengan la temperatura el chocolate y los churros —comentó mientras extraía de la bolsa tres vasos de plástico y otra bolsa de papel de la que sobresalían una docena de churros—, pero antes dame un abrazo.

Miguel dejó la bolsa junto a la bandeja y se fundió en un abrazo con Carlos, con palmaditas en la espalda incluidas. A Marisa, que acababa de colocar las rosas en un jarrón de barro, le parecía que ambos competían por ver quién las daba más ruidosas.

—Coño, Carlos. Estás igual, parece que no hayan pasado ya cuatro años.

—Cuatro años, dos meses y dieciséis días —concretó Carlos.

—Lo que digo, no has cambiado un ápice. Ese supercomputador que tienes por cerebro está en perfectas condiciones.

—¿Desayunamos? —sugirió Marisa.

—Por supuesto, tengo un hambre canina —respondió Miguel.

Los tres dieron buena cuenta del ágape, comenzando por los churros con chocolate.

La conversación durante el desayuno fue banal, centrándose en la exquisitez de los alimentos. Cuando ya habían finalizado de comer, Marisa hizo una pregunta que la inquietaba:

—¿Y Sonia y Miguelín? ¿Cómo están?

Un día, más de cuatro años atrás, cuando la relación entre los dos matrimonios era algo habitual, Sonia, la mujer de Miguel, le había contado que su matrimonio zozobraba.

La sempiterna sonrisa de Miguel desapareció. Se limpió los labios con una servilleta y con gesto serio dijo:

—Sonia y yo nos hemos dado un tiempo, hace meses que nos separamos. Ahora vivo solo en una buhardilla de La Latina, cerca de la basílica de San Francisco.

—Lo siento mucho —se lamentó Marisa.

—No te preocupes. Son cosas que pasan, sobre todo en nuestra profesión.

Nada más decir la frase, Miguel se arrepintió. Poco antes del atentado de Irak, Marisa y Carlos habían atravesado una crisis que casi acaba con su matrimonio. Paradójicamente, ver la muerte tan cerca los unió.

—Miguelín ha crecido mucho, está así de alto. —Extendió el brazo a la altura de su tórax para orientarles sobre la estatura de su hijo—. Lo veo cada dos semanas si mis obligaciones me lo permiten. Me lo quedo el fin de semana que me corresponde, siempre que puedo, claro.

Los ojos de Miguel se tornaron vidriosos y Marisa sintió lástima del hombretón. Miguel siempre había sido la felicidad personificada, irradiaba optimismo y era el gracioso de las reuniones, pero también se sentía mal consigo misma. Poco antes de retirarse a su chalé de la sierra madrileña, ella y Carlos ya habían decidido empezar una nueva vida, una en la que no tuviesen cabida las amistades de la agencia, lo que incluía a las esposas o las parejas de los compañeros de su marido. Ahora era consciente de que había cometido un error. Sonia, Marisa, Carla y Paloma habían congeniado muy bien. Se reunían en la casa de alguna de ellas o salían de compras cuando alguno de sus maridos estaba en una misión. Compartían sus alegrías, pero también sus penas. Hacían de dique de contención cuando la marea del miedo crecía en alguna de las cuatro. Y ahora hacía más de cuatro años que no sabía nada de ninguna de las tres. La embargó una profunda sensación de tristeza y arrepentimiento. Ellas, especialmente Sonia, le habían dado ánimos para darle una oportunidad a su relación con Carlos cuando esta pasaba por sus peores momentos. Sentía que las había traicionado, que había sido una egoísta, y se consideraba, en parte, responsable de la ruptura de un matrimonio. Tenía que volver a hablar con ellas, de momento empezaría con Sonia.

—Miguel, si no te importa, ¿puedes darme el número de teléfono de Sonia? Es que al trasladarnos perdimos el contacto y no sé si sigue manteniendo el mismo número.

—Sigue teniendo los mismos números telefónicos, tanto de la línea fija como del móvil, pero te los facilito, por si acaso.

Miguel le dijo los números telefónicos de Sonia y Marisa los introdujo en la agenda de su móvil. A ella le resultaban familiares, lo que indicaba que Miguel tenía razón y, por tanto, los debía tener anotados en la agenda telefónica de papel.

—Sonia ha cambiado de trabajo —continuó Miguel—, ahora está en una gestoría de la calle Serrano. No suele llegar a casa antes de las seis de la tarde, pero la puedes llamar al móvil a cualquier hora.

—Gracias —dijo Marisa.

—Supongo que le hará ilusión hablar contigo. Erais buenas amigas, ¿no?

—Sí que lo éramos —contestó ella con una inflexión de tristeza en su voz.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos —comentó Carlos mientras se levantaba y la luz matutina que atravesaba las ventanas del comedor se reflejaba en las condecoraciones de su traje de oficial de la marina.

Miguel retomó su sonrisa y le dio un par de besos de despedida a Marisa.

—Te prometo que lo cuidaré y te lo traeré enterito.

—Más te vale —le dijo Marisa.

Miguel se dirigió hacia el porche de la casa dejándolos un momento a solas para que se despidiesen. Marisa agarró las solapas de la chaqueta de Carlos, se puso de puntillas y le besó.

—Cuídate y llámame a menudo. Ah, y cuida también de Miguel. Os quiero a los dos de vuelta.

Él la miró a los ojos antes de hablar.

—Te quiero más que a nada en el mundo, y no voy a dejar que nada ni nadie nos separe. Ahora me tengo que ir, ya sabes lo poco que me gustan las despedidas. Te llamaré —le dijo mientras se encaminaba hacia la puerta y ella se quedaba de pie, aguantando las lágrimas hasta que los dos amigos partiesen hacia un incierto destino.

Los dos uniformados se calaron las gorras y avanzaron hasta el portón de la valla, fue en ese momento cuando Carlos se giró y vio a Marisa en el porche del chalé. Ella se llevó los dedos de la mano a la boca para lanzarle un beso de despedida que Carlos le devolvió. Marisa se giró, entro en el salón y cerró la puerta. De pronto, le asaltó una sensación de tremenda soledad, de miedo, algo que hacía años que no sentía. Las lágrimas comenzaron a correr por sus pecosas mejillas y los sollozos a brotar de su boca.

—Es nuevo, ¿no? —preguntó Carlos ante el gesto de desconcierto de Miguel—. Me refiero al coche.

—Ya tiene dos años. Lo compré de segunda mano. Desde que lo vi circulando me enamoré de él —respondió Miguel.

Los dos se subieron al coche, Miguel en el asiento del conductor y Carlos en el del acompañante. El Tiguan derrapó sobre la gravilla de la entrada, pero en cuanto pisó el asfalto salió disparado propulsado por un motor diésel de dos litros.

—En menos de media hora estamos en Torrejón de Ardoz —afirmó Miguel.

—Tampoco es necesario correr. Aún queda hora y media para que despegue el avión.

—Lo sé, pero me gusta notar los 150 caballos del «bicho» —dijo Miguel.

—Por cierto, ¿cuál es el nombre de la misión?

—Cervantes, operación Cervantes —respondió Miguel—. En la guantera tienes tu acreditación como agente del CNI.

Carlos abrió el compartimento del salpicadero y cogió la tarjeta plastificada del ejército. Le llamó la atención que hubiesen utilizado la fotografía que había empleado para renovar el Documento Nacional de Identidad unos meses atrás. «Si el CNI quiere algo lo consigue», pensó.

Marisa descolgó el teléfono y marcó el número del móvil de Sonia. Tuvo que esperar varios tonos, pero al final escuchó la voz de su amiga.

—Si me llama para que me cambie de compañía telefónica o para venderme cualquier cosa, no me interesa. —Ya iba a colgar cuando Marisa le habló.

—Hola, Sonia. Soy Marisa.

—¿Ha pasado algo?

—Han pasado muchas cosas, en mi vida y en la tuya. ¿Qué te parece si quedamos para tomar algo como en los viejos tiempos y hablamos? —propuso Marisa.

—Pues claro —afirmó Sonia—. ¿Cuándo te va bien que quedemos? ¿Aviso a las demás?

—Lo antes posible, y no avises de momento a Carla y a Paloma.

—Como prefieras. Salgo a las seis de trabajar y no tengo que recoger a Miguelín de las actividades extraescolares hasta las ocho. ¿Te va bien si quedamos a las seis y cinco en la cervecería José Luis? Está junto a mi oficina, en el número ochenta y nueve de la calle Serrano. No es la típica cervecería, tienen bastantes mesas.

—Me parece bien. Quedamos esta tarde. No te entretengo más, debes estar muy atareada.

—Marisa… me alegro de que me hayas llamado.

—Y yo de haberte llamado. Hasta esta tarde.

Durante el trayecto hasta la base aérea de Torrejón de Ardoz, el móvil de Miguel comenzó a emitir el timbreo típico de una llamada entrante. La pantalla indicaba que la llamada provenía de la sede central del CNI en Pozuelo de Alarcón. Miguel activó el «manos libres» y redujo la velocidad a la que circulaba.

—¿Miguel? Soy Fernando Sainz de Rozas.

—Dígame, señor. ¿Ha ocurrido algo?

«Algo debe haber pasado. No es normal que el director del CNI se ponga en contacto con los agentes momentos antes de partir a una misión», pensó Miguel.

—Un pequeño contratiempo. ¿Está con usted Carlos Hernández?

—Sí, lo acabo de recoger de su domicilio.

—Parece que hay varios casos de viruela en la base Miguel de Cervantes. El general Ramírez, al mando de la base, me lo acaba de confirmar. Tenemos que retrasar el despegue del vuelo. Estamos esperando la llegada de trajes de bioseguridad de nivel 3 y 4, así como de varias carpas de aislamiento, medicación y material para la desinfección. De todo esto se encargan una docena de sanitarios de la UME, que deberían llegar en unas horas y que también viajarán en el mismo vuelo que ustedes. Ya he informado a los otros dos agentes integrantes del operativo de esta circunstancia. ¿Me escucha, Hernández?

—Sí, alto y claro.

—Soy el director del CNI.

—Fernando Sainz de Rozas, ¿verdad?

—Así es. Le agradezco que haya aceptado colaborar de nuevo con el CNI.

«Colaborar. ¡Qué cinismo! Voy a trabajar para el CNI, me voy a jugar el cuello», pensó Carlos.

—He leído su historial y es impresionante. También me han hablado muy bien de usted sus antiguos compañeros.

—Gracias. He aceptado… trabajar de nuevo para el CNI por sentido de responsabilidad. Espero no arrepentirme. Únicamente exijo que no se me oculte nada durante la operación, absolutamente nada. Es preciso que tenga

toda la información de la que se disponga en tiempo real. Puede que además precise de más ayuda material y de efectivos sobre el terreno, en el Líbano, pero también en otros países, así como libertad de movimientos. Si no es así, me retiraré. ¿Me escucha?

Al otro lado de la línea, y durante unos segundos, solo hubo silencio. El director del CNI no estaba habituado al tono exigente de Carlos, pero no le quedaba más remedio que claudicar. Carlos era imprescindible en la operación.

—Está bien, Hernández, cuente con ello. Ahora debo colgar, tengo una reunión con el ministro de defensa. Manténganme permanentemente informado sobre los avances en la investigación.

El general colgó y Miguel soltó una sonora carcajada.

—Debe haberle sentado como un tiro que un exagente le hable de esa manera.

—Son mis condiciones. No sabemos nada. Puede que el caso de la base Miguel de Cervantes tenga ramificaciones inesperadas.

Cuando llegaron a la base aérea de Torrejón de Ardoz, Miguel le mostró su documentación al soldado de la entrada, quien de soslayo miró a Carlos.

—¿Y él? —preguntó mientras observaba las condecoraciones que lucía la guerrera blanca de Carlos.

—Viene conmigo. ¿Algún problema… Herranz? —le interpeló Miguel tras comprobar su apellido en el parche cosido sobre el bolsillo izquierdo de la guerrera.

—Ninguno, señor —contestó, y se dirigió hacia la garita para alzar la barrera.

Miguel estacionó el Tiguan en uno de los aparcamientos de la base aérea y los dos agentes salieron del vehículo. Caminaron dejando atrás varios cuarteles, hasta que por fin alcanzaron su objetivo: el hangar donde estaba el Airbus A400M, el avión que los llevaría hasta el Líbano y, bajo una de sus alas, dos soldados. Carlos supuso que eran los compañeros que le mencionó Miguel.

Cuando se estaban acercando, Carlos se fijó en que uno de los dos agentes tenía rasgos magrebíes.

—No me gusta el de la derecha —dijo Carlos.

—¿No te habrás vuelto xenófobo de repente?

—No es eso.

—Ahmed es ceutí, y su familia es española —dijo Miguel—. Se alistó en la Legión antes de que lo reclutásemos. Es un excelente tirador, capaz de

acertar a un objetivo en movimiento a cien metros con una pistola. Créeme, si hubiese un tiroteo te gustaría tenerlo a tu lado.

—Da igual, Miguel. Hay algo en él que no me gusta —comentó justo antes de llegar a la posición de los dos agentes.

—Carlos, te presento a los agentes Ahmed Abdeselam y Marcos Moreno. Ahmed, Marcos, os presento a Carlos Hernández, historia viva del CNI y uno de los mejores agentes de la agencia desde que se fundó.

Carlos extendió el brazo y le dio un apretón de manos a los nuevos compañeros.

—Puesto que vamos a tener que esperar un buen rato a los de la UME, ¿qué te parece si nos quitamos los trajes de gala y los sustituimos por los de campaña? —propuso Miguel. Ahmed y Marcos ya lo habían hecho.

Miguel abrió un baúl metálico y extrajo dos bolsas que contenían uniformes militares de camuflaje en árido pixelado, compuestos cada uno por una chaqueta con cremallera, unos pantalones, un par de botas altas, un par de calcetines, también altos; una camiseta de manga corta *beige*, un jersey caqui, un casco táctico y una chapa colgante identificativa con un número, el grupo sanguíneo y un falso apellido: Fernández para Carlos y Gómez en el caso de Miguel. Encima del bolsillo de lado izquierdo de la chaqueta había un parche cosido con los falsos apellidos.

Después de cambiarse de ropa, Miguel extrajo de otro contenedor un par de pistolas de fabricación alemana Heckler & Koch USP Standard del calibre 9 mm Parabellum, con sus respectivos cargadores y las fundas para la pierna. Los dos enfundaron las armas y las ajustaron con correas elásticas en su pierna derecha.

—¿Imagino que llevamos todas las armas y la munición necesaria? —preguntó Carlos.

—Llevamos lo habitual para este tipo de operaciones —intervino Miguel —. Hay cuatro fusiles HK G36, un fusil para francotirador M24A3, granadas, equipos de visión nocturna, micrófonos, rastreadores por satélite… No te preocupes, no echarás nada de menos.

Los agentes introdujeron los contenedores en la bodega del avión y los aseguraron mediante correas y dispositivos de amarre.

A las doce y diez, dos horas más tarde de la prevista para el despegue, entraron en el hangar dos camiones de la UME. De ellos descendieron los doce militares que había comentado el director del CNI. Uno de ellos se aproximó hasta los cuatro agentes.

—Buenas tardes. Soy el teniente Miquel Irausti de la UME, en concreto, de la Unidad de Armas Biológicas, y estoy al mando de este equipo sanitario hasta que lleguemos al Líbano.

El teniente estrechó la mano de los cuatro agentes, que se presentaron con sus verdaderos nombres y sus falsos apellidos, mientras el resto de los integrantes de la UME cargaban el material en la bodega del avión. Dos pilotos del ejército del aire entraron en el hangar charlando amistosamente. Uno de ellos le preguntó al teniente de la UME por el tiempo que tardarían en cargar y asegurar los contenedores y saludó con la mano al resto de los componentes del vuelo antes de acceder a la cabina con su compañero y encender los motores. El avión despegó de la base aérea a las 12:35 h.

Marisa había llegado a la cervecería de la calle Serrano poco antes de las seis. Se dirigió hacia una de las pocas mesas disponibles, se sentó y pidió una cerveza Mahou de barril, que le sirvieron con unos cacahuetes. Quince minutos más tarde entró Sonia. Parecía más joven que la última vez que se vieron. Se había cambiado el color del cabello, de su moreno original a un castaño oscuro, también se lo había cortado, ahora lucía media melena. Vestía un traje negro compuesto por una chaqueta y una falda a la altura de las rodillas, lo que contrastaba con la camisa blanca. Calzaba unos zapatos negros con tacones de aguja. El conjunto favorecía su esbelta figura.

Sonia vio a Marisa y esta se levantó.

—¡Sonia, qué alegría verte! Estás espléndida.

—Tú tampoco estás nada mal, parece que te ha sentado bien salir de la ciudad.

Las dos se dieron un par de besos y se sentaron. Un camarero se aproximó para tomar nota de lo que quería consumir Sonia.

—Otra Mahou, Alberto. Bueno, cuéntame qué ha sido de tu vida estos últimos cuatro años.

—Carlos y yo nos compramos un chalé en una urbanización de Guadarrama. Dejé el trabajo, con la indemnización y la paga que le quedó a Carlos tenemos más que suficiente. Me dedico a las cosas de casa y tengo un jardín que cuido con esmero. Ahora leo más. Ya ves, llevo una vida de lo más anodina. Y tú, ¿qué tal?

El rictus de Sonia se tornó serio.

—Me separé de Miguel hace aproximadamente un año —respondió con los ojos vidriosos—. Cambié de empresa y ahora estoy en una asesoría, justo

aquí al lado.

—Lo siento de veras. ¿Y Miguelín? ¿Cómo lo lleva?

—Como te puedes imaginar: mal. Echa de menos a su padre, con suerte lo ve cada dos semanas. De todas formas, tampoco es que lo viese mucho más antes de separarnos. —Sonia agachó la cabeza, apretó los labios e hizo un gesto negativo con la cabeza. Cuando la volvió a levantar una lágrima corría por su mejilla—. No puedo olvidarlo, lo intento, pero no puedo. Echo de menos su olor, sus caricias, su optimismo, sus bromas…

—Él no lo está pasando nada bien. Esta mañana ha estado en nuestra casa, ha venido a recoger a Carlos para una misión y lo he visto mal.

—¿Carlos en una misión? ¿No lo había dejado definitivamente?

—Sí, Sonia, ese era el acuerdo al que habíamos llegado, pero supongo que si su país lo necesita él no se va a negar —dejó caer con retintín—. ¿Sabes? Discutimos —continuó Marisa—. Al principio no me lo podía creer, e imagino que Carlos no lo habría aceptado sin mi visto bueno. Vi ese brillo especial en sus ojos, el que a veces tenía antes de retirarse cuando lo mandaban a alguna operación. No me sentía con fuerzas para obligarle a renunciar a sus sueños por mí. No quiero tenerlo como un perrito faldero, y ahora sufro. Tengo miedo de nuevo, como antes.

Sonia se levantó de su silla y la abrazó.

—Tengo miedo Sonia, mucho miedo —dijo entre sollozos, mientras algunos de los hombres sentados en la barra las miraban de soslayo.

—Alberto, por favor. Cóbrate las dos cervezas —solicitó Sonia al camarero—. Ahora vamos a dar una vuelta. Creo que nos vendrá bien tomar el aire.

—De acuerdo —contestó Marisa mientras se enjugaba las lágrimas con unas servilletas de papel.

Después de pagar, las dos salieron a la calle, repleta de tiendas de lujo. Se detuvieron en una de ellas, especializada en ropa y accesorios de bebé. Marisa rompió a llorar de nuevo.

Carlos y ella lo había intentado todo, incluso habían recurrido a la reproducción asistida. Después de seis abortos había perdido toda esperanza. Los especialistas no encontraban el motivo por el que sus embarazos se interrumpían espontáneamente, los dos eran fértiles. Un afamado ginecólogo les comentó que, a veces, había problemas de incompatibilidad, que los dos podrían tener hijos, pero con otras parejas. Ella quería a Carlos, y aunque su marido le había propuesto utilizar la inseminación *in vitro* con un donante anónimo, Marisa siempre se negaba. Quería un hijo, pero de él.

El mismo ginecólogo les dijo que, a veces, la obsesión por el embarazo y el miedo al aborto eran los responsables de que algunas parejas no pudiesen tener hijos. Que cuando dejaban de obsesionarse ocurría el milagro, y que, en esos casos, después del primer hijo llegaban los siguientes, como si el cuerpo que los traicionaba de pronto se hubiese convertido en su aliado.

—Lo siento, Marisa.

—No te preocupes, no es culpa tuya. No podemos borrar del mapa todas las tiendas para bebés.

Siguieron caminando, en silencio. Llegaron hasta la avenida de Concha Espina y giraron a la izquierda hasta el parque de Berlín. Se sentaron en un banco, frente a otro ocupado por un anciano que daba de comer a las palomas trozos de pan.

—Creo que deberíamos vernos de vez en cuando —sugirió Marisa—. ¿Sigues quedando con Carla y Paloma?

—Hace tiempo que no nos vemos, más o menos desde que me separé de Miguel.

—Pues es una lástima. Formábamos un buen grupo, ¿verdad? Al menos nos servía para desconectar y echar unas risas.

—Es cierto, las echo de menos —asintió Sonia, y añadió—: ¿Qué te parece si las llamo yo y concretamos un encuentro en mi casa?

—Estaría bien.

Sonia sacó su móvil del bolso.

—¿Carla? Soy Sonia. ¿A que no imaginas con quién estoy?

—Ni idea —respondió Carla.

—Con Marisa. Hemos pensado que estaría bien que nos volviésemos a reunir, como antes.

—Por mí no hay problema. ¿Has hablado con Paloma?

—Aún no. ¿Crees que le apetecería?

—Seguro que sí, cuando nos vemos siempre salís las dos en las conversaciones.

—Habíamos pensado en quedar mañana por la tarde en mi piso, a eso de las seis y media —dijo mirando a Marisa en búsqueda de su aprobación. Ella asintió—. ¿La llamas tú y me devuelves la llamada en un rato? Ah, y por los niños no hay problema, podéis traerlos.

—De acuerdo, ahora la llamo y te lo confirmo en un rato.

Carla colgó y Sonia miró sonriente a Marisa.

—Creo que nos vamos a poder ver de nuevo las cuatro.

—Ojalá —afirmó sonriendo Marisa.

Tras unos minutos, el teléfono de Sonia comenzó a emitir el timbreo de una llamada entrante. Era Carla.

—Hola, Sonia. ¿Aún estás con Marisa?

—Sí, está a mi lado.

—Pues dile que tiene un morro que se lo pisa, pero que mañana nos vemos en tu casa. Las cuatro juntas de nuevo.

Sonia se giró hacia Marisa.

—Dice Carla que…, que mañana nos volvemos a reunir las cuatro. Supongo que no te has olvidado de donde vivo.

—Claro que no. Hay cosas que no se olvidan.

Sonia retomó la llamada.

—Hasta mañana, y no os retraséis.

—Hasta mañana. Dale un beso de mi parte a Marisa.

Capítulo 5: En la base

Día 4. 20 de diciembre. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

El avión aterrizó en la improvisada pista de aterrizaje junto a la base Miguel de Cervantes a las 19:45, hora local del Líbano, tras más de cinco horas de vuelo y dando trompicones por el deplorable estado de la pista. Una vez se detuvo, Carlos observó por la ventanilla del avión que los estaba esperando un grupo de efectivos de la UME. Vestían trajes de bioseguridad de nivel 4, fabricados de una sola pieza, con respiración autónoma y guantes integrados; trajes que serían desinfectados después de cada uso con duchas especiales. «Definitivamente, la situación es grave», pensó.

Nada más descender del avión, uno de los efectivos de la UME se dirigió hacia el teniente Miquel Irausti, entablando una conversación que se alargó varios minutos. Mientras, los agentes del CNI descargaban sus contenedores, lo mismo que el resto de militares de la UME que habían viajado con ellos.

—Agentes —llamó su atención Irausti—. Yo vuelvo a España en este avión —dijo señalando la aeronave de la que acababan de descender—. Les presento al teniente Soriano, médico y responsable de todo el equipo de la UME; en realidad, todos pertenecemos al regimiento NRBQ Valencia1, con sede en Paterna. El teniente llegó hace dos días junto a quince sanitarios y quince soldados.

—¿Quién es el jefe de este operativo? —preguntó Soriano en voz alta a través de la pantalla facial.

—Yo, teniente de la marina Miguel Gómez —contestó con voz firme Miguel mientras hacía el saludo preceptivo llevándose la mano a la visera de la gorra—. Le presento al resto de integrantes del operativo.

Uno a uno, Miguel fue presentando al teniente Soriano a los tres compañeros.

—¿Podemos hablar a solas un momento, Gómez?

—Por supuesto, teniente —respondió Miguel.

Los dos hombres se alejaron unos metros del resto.

—Supongo que está al tanto de la situación en la base.

—Estamos al tanto de la situación a las ocho y media, hora local de España —concretó Miguel.

—Entonces sabrán que hay varios posibles casos de viruela mayor entre el personal de la base.

—Así es. Es lo que nos han notificado y por lo que hemos compartido el vuelo con doce de sus hombres.

—Todos ellos son médicos. Han traído consigo trajes de biocontención de nivel 4, como el que llevo puesto ahora, y que se tendrán que colocar ustedes para acceder a la base. ¿Saben cómo funciona el traje?

—Por supuesto. Además, en el equipo disponemos de un experto en bioseguridad: el teniente de la marina Carlos Fernández.

—Como sabrá, el fallecido carecía de documentación. Hemos conseguido unas impresiones dactilares del sujeto. Espero que les sirva de algo. —Soriano le extendió un portafolio que Miguel abrió. En una hoja había impresas unas huellas dactilares—. El estado de descomposición del cadáver no era muy avanzado —añadió Soriano.

—Gracias, teniente. Todo lo que obtengamos de ese sujeto nos será de utilidad —afirmó Miguel.

Ambos volvían hacia el avión cuando Soriano llamó la atención de Miguel.

—Otra cosa, Gómez. Nosotros vamos a colaborar estrechamente con ustedes. Espero reciprocidad.

—Disculpe, teniente. Nosotros tenemos una misión que exige confidencialidad. Habrá cosas que le podamos contar y otras que no. Solo respondemos ante nuestro mando en Madrid —repuso Miguel.

—Está bien, pero la seguridad de la base recae en nosotros, y el máximo responsable soy yo. En eso tendrán que aceptar nuestras normas. No lo olvide, teniente.

—No lo olvidaré —dijo Miguel, al que no le gustaba el tono prepotente del teniente, aunque tuviese razón. A ellos les habían asignado una misión: descubrir a los responsables del supuesto ataque biológico a la base y sus motivaciones, la del teniente era garantizar la seguridad de la base.

—Los de la UME nos han dicho que tenemos que ponernos esto encima de la ropa si queremos entrar en la base —afirmó Ahmed señalando cuatro trajes encima del contenedor.

—Sí, es por nuestra seguridad —le confirmó Miguel, que ya había vuelto con sus compañeros.

—Pues resta movilidad.

—Cierto, Ahmed —admitió Carlos—. Son trajes de una sola pieza, con presión positiva y respiración independiente. Casi como un traje espacial,

aunque mucho más ligero y cómodo. Te acostumbrarás.

Tras colocarse los trajes, los cuatro agentes arrastraron los dos contenedores de material hasta la entrada de la base militar ayudándose con transpaletas eléctricas. Los sanitarios del regimiento NRBQ, guiados por Soriano, los precedían con sus propios contenedores. Cuando estaban entrando en el recinto, se cruzaron con un par de soldados de la UME ataviados con los mismos trajes que ellos. Portaban dos cajas precintadas de pequeñas dimensiones hacia el avión. Carlos dedujo que las cajas contenían muestras biológicas.

En la entrada de la base se habían habilitado dos carpas con duchas desinfectantes. Ninguno de los sanitarios las utilizó, los agentes tampoco. Las duchas servían para desinfectar los trajes antes de abandonar la instalación militar.

Carlos observó con detenimiento el interior del complejo. En la base debería haber al menos cien efectivos, pero solo se veían unos cuantos miembros de la UME yendo de un lado para otro. Los soldados del destacamento tenían que estar en los barracones. Al observarlos, uno de ellos le llamó rápidamente la atención, la cruz roja sobre la carpa que lo cubría indicaba que era el hospital. En las dos entradas al hospital había sendas carpas de desinfección custodiadas por miembros de la UME. Era el epicentro de la enfermedad, de la viruela.

—Síganme. Supongo que desean hablar con el general al mando de la base —sugirió Soriano.

—Por supuesto —respondió Miguel.

Llegaron a la entrada del barracón de mando y entraron. Allí había varios soldados y algún oficial que los miraba con curiosidad. Siguieron a Soriano hasta el final del pasillo, que acababa en un despacho acristalado donde se podía ver al general y varios oficiales discutiendo acaloradamente. Soriano golpeó la puerta con sus nudillos, lo que provocó el inmediato cese de reproches dentro del despacho. El general Ramírez se giró, caminó hasta la puerta y la abrió.

—General, aquí están los cuatro agentes del CNI —intervino el teniente de la UME—. Si no desea nada más, me retiro.

—Gracias, Soriano —contestó el general, y se dirigió a los oficiales con los que unos momentos antes estaba discutiendo—: Ya continuaremos más tarde donde lo habíamos dejado. —Ambos asintieron y salieron del despacho tras el teniente Soriano. El general se dirigió entonces a los dos agentes—. Pasen y tomen asiento, por favor.

Ramírez cerró la puerta y se sentó en una silla, detrás de la enorme mesa, claramente diseñada para desplegar mapas, pero que en ese momento estaba prácticamente vacía. Carlos, Miguel, Marcos y Ahmed hicieron el preceptivo saludo militar llevándose la mano derecha a la altura de la sien, después se sentaron frente al general.

—Vaya, veo que les han obligado a ponerse esos ridículos trajes de plástico. Por lo visto, los vamos a tener que llevar todos los miembros de la base que no estamos enfermos, de momento.

—General, soy el teniente Gómez. Le presento al resto de miembros del equipo: el teniente Fernández y los sargentos Hassan y Labrador.

—Encantado de conocerlos, aunque lamento que sea en estas circunstancias. ¿En qué puedo ayudarles?

—Según el informe, al palestino enfermo de viruela tuvieron que acercarlo, ya que estaba moribundo —expuso Miguel.

—Es la conclusión a la que llegamos.

—¿Y las cámaras perimetrales? ¿No registraron nada?

—Sí, al individuo acercándose. Algunas tienen un alcance de varios centenares de metros durante el día, otras solo enfocan el perímetro de la base, unas decenas de metros; estas últimas son las que filmaron al individuo cuando se aproximaba. Desde el primer día solicitamos al Ministerio de Defensa la instalación de una cámara de visión nocturna con un alcance de kilómetros, y, a ser posible, con un ángulo de rotación de 360°, pero se nos denegó por falta de presupuesto.

—Curioso que las que tienen más alcance no lo registraran. ¿Hay algún ángulo muerto con estas cámaras? —preguntó Miguel.

—En efecto, pero eso lo cubren las de menos alcance.

—He visto garitas de vigilancia. ¿Tampoco lo vieron los soldados de guardia?

—Andamos escasos de personal. Siempre hay un soldado en la garita de la entrada a la base que está orientada al sur. El cabo que controla las cámaras dio aviso de la aproximación del sujeto al soldado de guardia de la garita de la entrada. El resto no las solemos utilizar si no es para vigilar la seguridad de las misiones a su salida y regreso.

Carlos hizo un gesto reprobatorio negando con su cabeza y preguntó:

—¿Podemos revisar esas imágenes?

—Por supuesto, acompáñenme.

Los cinco salieron del despacho y caminaron solo unos metros, hasta que el general se detuvo delante de una mesa donde había un cabo de espaldas a

ellos y mirando una pantalla.

—Gutiérrez. No hace falta que se levante —dijo el general cuando el cabo se disponía a levantarse para saludarle—. ¿Puede mostrarles a estos caballeros las imágenes de la llegada del libanés a la base?

—Desde luego, señor.

Carlos se sentó junto al cabo, el resto miraban la pantalla de pie. Gutiérrez buscó las filmaciones del día catorce de septiembre hasta localizar las grabaciones en las que aparecía el sujeto. Fue pasando secuencialmente las imágenes desde el instante en que, por primera vez, se veía al individuo.

—Un momento —dijo Carlos—. ¿A qué ubicación exacta corresponde la primera toma?

—Al este de la base, a unos cien metros, que es el alcance máximo de esta cámara.

—¿Qué hay más allá?

—Una carretera que solemos transitar.

—¿A qué distancia?

—A unos doscientos metros de la base.

—¿Y más lejos?

—Campo, por donde a veces pasan pastores con sus rebaños de cabras u ovejas.

—¿A dónde lleva la carretera?

—A muchos sitios, pero las poblaciones más cercanas son Blat y Ebel el Saqi.

—¿Cuál es la más cercana a la base?

—Prácticamente están a la misma distancia —intervino el general—, algo menos de tres kilómetros.

—¿Hay cámaras que graben esa carretera?

—Sí, pero no todo el recorrido. Uno de los puntos que no graban es donde suponemos que dejaron al sujeto —expuso el cabo.

—¿Hay mucho tránsito en esa carretera? —continuó preguntando Carlos.

—No mucho, unas decenas de coches por hora durante el día.

—Demasiados como para calcular cuál fue el que pudo dejar al enfermo. Una persona sana recorrería ese trayecto hasta la base en menos de cinco minutos, pero en su estado… podría ser el triple.

Carlos se volvió hacia su compañero.

—Miguel, creo que debemos revisar ese tramo de carretera y el posible trayecto que siguió hasta llegar a la base.

Los cuatro agentes desinfectaron sus trajes de bioseguridad antes de desprenderse de ellos en las duchas instaladas en la entrada de la base. Se desplegaron en abanico, con Miguel y Carlos a la cabeza. Siguieron el trayecto que habían visto en las grabaciones, y que días antes había hecho el fallecido, y caminaron más lejos. Buscaban señales, algún objeto, algo que les diese una pista a seguir. No encontraron nada.

Llegaron a la carretera, si es que se podía llamar así al poco asfalto que quedaba sobre la tierra.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Miguel a Carlos, que iba ganando autoridad en el grupo por momentos.

—¡Shhh! —mandó callar Carlos—. ¿Oís eso?

Después de que pasasen un par de coches, los balidos se escucharon con más nitidez. Debía haber un rebaño de cabras u ovejas cerca. Por la orientación del sonido, todo parecía indicar que procedía de detrás de un montículo al nordeste de donde se encontraban, a unos doscientos metros. Los agentes abandonaron la carretera y caminaron sobre el pedregoso suelo hasta alcanzar la cima. Como suponían, un pequeño rebaño de cabras pastaba los escasos matorrales que rodeaban una pequeña construcción de adobe.

La presencia de cuatro soldados en la loma llamó enseguida la atención del pastor, que debía de estar acostumbrado, puesto que pasados unos segundos dejó de mirarlos.

—Creo que por hoy ya está bien, volvamos a la base —sugirió Miguel.

—Un momento. Me gustaría echarle un vistazo a esa caseta de abobe —propuso Carlos.

—Seguramente será del pastor —intervino Marcos, mientras Ahmed asentía mostrando su conformidad.

—Pues preguntémosle.

—De acuerdo, Carlos, pero no nos entretengamos mucho —le apremió Miguel.

Los cuatro agentes descendieron el montículo en dirección a la construcción de adobe. A medida que se acercaban, el rebaño de cabras se fue dispersando, creando así un pasillo por el que llegaron hasta el pastor.

Ahmed tomó la palabra dirigiéndose en árabe al apático señor.

—*Salam aleikum* (que la paz sea contigo) —saludó.

—*Wa alaikum assalam* (y contigo) —contestó el cabrero, que debía rondar los cincuenta años, aunque aparentase algunos más.

—Me llamo Ahmed y estoy destacado en la base militar española. ¿Es suya la caseta? —preguntó señalando la ruinosa construcción.

—No.

—¿Quién es su propietario?

—¿Por qué le interesa saberlo?

—Nos gusta conocer y tener buenas relaciones con nuestros vecinos —contestó sonriendo Ahmed.

El pastor se tomó unos segundos antes de responder.

—Pertenece a Mohamed Salem, o al menos era su propiedad. A mí me permitió pastorear en estos terrenos, pero hace años que no sé nada de él. No ha vuelto por aquí desde que se trasladó a Beirut cinco años atrás.

—¿Podemos inspeccionar la caseta?

—¿Para qué?

—Por motivos de seguridad.

—Hagan lo que quieran, pero no creo que le guste a Farid. Usa esa casa para sus cosas.

—¿Quién es Farid?

—Una mala persona. Farid Abboud es un mal musulmán —afirmó el pastor mientras se alejaba con su rebaño haciendo aspavientos con las manos.

—Gracias —le dijo Ahmed al pastor llevándose la mano al pecho, aunque dudaba que lo hubiese escuchado entre los validos de las cabras.

Ahmed se dio media vuelta y caminó hasta encontrase con sus compañeros, a los que contó lo que le había dicho el pastor.

—¿Creéis que el tal Farid podría ser nuestro libanés? —preguntó Ahmed.

—Podría ser —afirmó Marcos—. Es factible que recorriese la distancia que lo separa de la base desde esta ubicación sin ayuda; lo raro es que la puerta está cerrada. —Una cadena con un cerrojo hacía las veces de improvisada cerradura—. ¿Quién se tomaría la molestia de cerrar la puerta con un candado en el estado en el que se encontraba?

—Alguien que quisiese ocultar algo —contestó Carlos.

—Pues entremos. A ver qué encontramos —sugirió Ahmed, que extrajo del bolsillo una ganzúa.

—¡Quieto, Ahmed! —le ordenó Miguel—. Si ese hombre ha estado ahí dentro nos exponemos a contagiarnos con la viruela.

—Si ese hombre abandonó su refugio hace días, ya no debe haber virus vivos —replicó Ahmed.

—No sabemos a qué nos enfrentamos —intervino Carlos—. Es muy probable que se trate de una variedad nueva del virus. Mejor ser precavidos. Podemos volver más tarde con trajes de bioseguridad. —Carlos buscó la mirada aprobatoria de Miguel.

—Es el especialista. Estoy de acuerdo con él —dijo Miguel, que miró al cielo buscando la puesta de sol—. Lo haremos esta noche con los trajes de bioseguridad.

—Está bien, tú estás al mando —acató Ahmed frunciendo el ceño.

Cuando los agentes retornaron a la base, el soldado de guardia abrió la puerta de forma remota. Los cuatro se colocaron los trajes de bioseguridad sobre su ropa y se dirigieron a la carpa dispuesta para ellos, todos menos Carlos, que se encaminó hacia el barracón de mando.

—¿A dónde se supone que vas? —preguntó Miguel.

—Le prometí a Marisa que la llamaría.

—Lo puedes hacer desde aquí. Ya tenemos conexión vía satélite.

—Ya lo sé, pero quiero comprobar la seguridad de las conexiones telefónicas y, de paso, hablar con el general Ramírez.

Miguel, sonriendo, le hizo un gesto con la mano para que se fuese.

Según iba avanzando, los pocos soldados con los que se cruzaba lo observaban de reojo a través de las pantallas faciales de sus trajes.

«¿Acaso saben que soy un agente del CNI? Seguramente sí. La misión es secreta, pero no podemos pasar desapercibidos dentro de la base», pensó. Tampoco es que a Carlos le importase que lo supiesen, lo único que quería era que no les causasen problemas y, sobre todo, que no se lo contasen a nadie del exterior. En cualquier caso, se lo comentaría al general Ramírez.

Cuando llegó al barracón de mando, abrió la puerta, la cruzó y pudo apreciar que el número de soldados era muy inferior al de su primera visita, el resto debía estar cenando. Su estómago también le recordaba que era hora de cenar. La puerta del despacho del general Ramírez estaba abierta, entró e hizo el reglamentario saludo militar, llevándose la mano derecha al lateral de la pantalla que le cubría el rostro. El general estaba comiéndose un bocadillo mientas revisaba informes. No llevaba el traje de bioseguridad, que había dejado, o más bien tirado, en una de las sillas.

—Buenas noches, general. Soy el teniente Fernández, del CNI. Si le he interrumpido puedo volver más tarde.

Ramírez depositó el bocadillo en un plato, se limpió los restos de los labios con una servilleta de papel que arrojó a una papelera, devolvió el saludo militar con desgana y contestó:

—Ya sé quién es, Fernández. Ese jodido plástico que cubre su cara es transparente, y por supuesto que me ha interrumpido, pero siempre lo hará, porque suelo estar muy ocupado. —El tono de voz de Ramírez denotaba hastío—. ¿Qué es lo que desea?

—Necesito hacer una llamada. Además, me gustaría hablarle sobre algo que nos inquieta.

—Comience por lo segundo. ¿Qué les preocupa?

—La confidencialidad de nuestra misión. ¿Cree que los efectivos de la base saben que somos agentes del CNI?

El general se encogió de hombros y contestó:

—Yo solo informé a los integrantes de esta misión de que vendrían nuevos efectivos de la UME, especialistas en defensa nuclear, biológica y química. Por lo que yo sé, el único que tiene conocimiento de la presencia de agentes del CNI es el capitán médico Martínez, persona de mi entera confianza, además de los miembros de la UME, que también recibieron instrucciones de no revelar su presencia. Ahora bien, sus salidas de la base para realizar su trabajo no van a pasar desapercibidas. Por tanto, tarde o temprano es normal que los soldados a mi cargo se hagan preguntas y lleguen a alguna conclusión. ¿Supongo que ya cuentan con ello?

—Por supuesto, no sería la primera vez que eso ocurre. Si empieza a escuchar rumores dígales la verdad, pero pídales que mantengan la confidencialidad.

Ramírez buscó la mirada de Carlos y, con gesto serio, respondió:

—Teniente, les hemos retirado los teléfonos móviles, hay nueve de sus compañeros, todos sanitarios, aislados en un módulo vigilado las veinticuatro horas, igual que el hospital de campaña; les hemos mentido sobre la gravedad de la situación, hay un montón de gente desinfectando continuamente todo. No se les permite salir de la base y les obligamos a vestirse con trajes de bioseguridad. No son tontos. Ahora mismo, me conformaría con que no se amotinasen en cualquier momento. Tarde o temprano tendremos que contarles la verdad.

Carlos asintió con la cabeza. Sabía que el general tenía razón. No podrían mantener la situación controlada durante mucho tiempo.

—General, estoy de acuerdo con usted. Dadas las circunstancias, opino que los miembros de la base tienen que conocer la verdad, cuanto antes mejor. Apelo a su sentido de la responsabilidad. Si se consigue controlar el foco de la infección no hay riesgo para la salud de la tropa. ¿Se han enviado muestras de todo el personal de la base a Madrid?

—Sí, se encargó de ello Antonio… el capitán médico de la base.

—¿Y ya tienen los resultados?

—Así es —dijo el general con gesto sombrío—. No solo están infectados los nueve sanitarios, también hay cinco casos más entre el personal del

hospital. Por eso también están aislados y con vigilancia todos los enfermos y el personal sanitario del hospital.

—Joder —espetó Carlos, que enseguida pensó en el teniente Soriano y en el director del CNI. «¿Por qué ninguno de los dos nos dijo nada?»—. ¿Y por qué nadie nos lo ha comunicado?

—Pensaba que ya lo sabían —contestó el general sorprendido.

—Pues no. Ya hablaremos con el teniente Soriano —afirmó Carlos indignado—. Me gustaría que a partir de ahora nos mantuviese informados de las novedades en el estado de salud de todos los integrantes de la base, incluido el personal de la UME.

—Cuente con ello, Fernández.

—Desearía hablar por teléfono. Es una llamada personal.

—¿No disponen ustedes de un equipo de comunicaciones propio?

—Así es, pero aún no hemos tenido tiempo de ponerlo en funcionamiento —mintió Carlos.

—Le acompañaría al centro de comunicaciones, pero ya ve —dijo mirando su bocadillo—, mi cena está ansiosa porque me la coma y yo por comérmela. No le costará encontrarlo. Cuando salga del centro de mando gire a la izquierda, verá dos barracones, es el segundo empezando por la izquierda. Es la hora de la cena, no obstante, debería haber alguien de guardia, aunque estos días percibo cierta desidia en los soldados y no me extrañaría que no hubiese nadie. Llamaré para avisar de su llegada y autorizar la llamada.

—Por cierto. Esta noche vamos a salir para hacer un reconocimiento de una zona cercana —añadió Carlos.

—¿No la habían inspeccionado esta tarde?

—No del todo, general.

Ramírez, que fijó su mirada en la de Carlos unos segundos, como si pretendiese sondear la mente del agente en busca de respuestas, añadió:

—Está bien. Gracias por informarme. Buenas noches, teniente.

Carlos salió del puesto de mando y se dirigió a su izquierda. No vio a nadie, y aunque ya había anochecido, la iluminación que proporcionaban las lámparas de vapor de mercurio confería a la base un aspecto espectral. Se encaminó hacia el barracón que le había indicado el general y golpeó con sus nudillos la puerta, pero nadie la abrió. Volvió a llamar con el mismo resultado. Entonces, miró a través de una ventana situada apenas a dos metros de la puerta. El militar estaba allí, con los auriculares cubriendo sus orejas. El movimiento de sus labios denotaba que estaba conversando con alguien. Era joven, no más de veinticinco años, y reía delante de la pantalla. «O habla con

su pareja o con otra mujer, quizás con un hombre», dedujo Carlos, que abrió la puerta y la cerró dando un sonoro portazo.

El soldado se levantó, se quitó los auriculares y se colocó el casco del traje de bioseguridad ajustando la cremallera.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó de forma casi inaudible.

—Soy el teniente Fernández. He llegado en el avión de esta tarde y me gustaría hacer una llamada privada. Acabo de estar con el general Ramírez y me ha dicho que le llamaría.

El soldado miró el teléfono situado en una mesa adyacente, entonces vio la luz indicadora de una llamada perdida, descolgó el teléfono y marcó un número.

—Lo siento, señor. Yo… Sí, soldado de primera Mejías, señor… Había ido al baño y no lo escuché…

«El responsable de las continuas interrupciones en las explicaciones del soldado es con toda probabilidad el general —dedujo Carlos—. Y menuda excusa: había ido al baño. Podría haber dicho que había salido a fumar o a tomar el aire, hubiese sido más creíble».

—Sí, señor. Aquí está.

Tras unos segundos en los que el soldado palidecía por momentos mientras escuchaba el teléfono, contestó:

—No volverá a ocurrir más se lo…

Carlos sonreía, aunque sentía lástima por el soldado, al que después de una buena reprimenda el general había colgado, dejándolo con la palabra en la boca.

El soldado se cuadró ante Carlos, del que apenas le separaban un par de metros, lo suficiente como para que el agente pudiese ver a una mujer desnuda contoneándose en la pantalla, algo que no pasó desapercibido para el soldado que, inmediatamente, desconectó la videollamada mientras Carlos le devolvía el saludo.

—Puede hacer la llamada, pero tengo que tomar nota de quién se conecta y del tiempo que está hablando. Es el protocolo.

—¿También ha seguido el protocolo con la videollamada que estaba realizando? —preguntó Carlos con ironía.

El soldado, sabiéndose descubierto, no contestó.

—Tranquilo, hombre. Sé lo que es estar aislado. No se preocupe por mí, no he visto nada —dijo Carlos con un guiño de complicidad.

—Dígame el número de teléfono. Supongo que desea una videollamada.

Carlos asintió y le dijo el número de teléfono del móvil de Marisa. El soldado anotó el número en un listado junto al apellido de Carlos y su rango. Posteriormente, utilizó el teclado situado debajo de la pantalla para introducir el número telefónico de Marisa y le hizo un gesto a Carlos para que se sentase. Carlos se sentó delante de la pantalla donde aparecía el número de teléfono de su mujer y miró de reojo al soldado.

—Ah…, sí. Disculpe, es la costumbre. Ya salgo.

Cuando Mejías salió del barracón Carlos miró su reloj, eran las diez de la noche, por tanto, las nueve en España, una hora menos en las Islas Canarias. Se echó a reír ante la ocurrencia de la muletilla sobre las Islas Canarias, tan habitual en los espacios informativos españoles. Clicó sobre el número telefónico que resaltaba en la pantalla, el de Marisa. Ella apareció en la pantalla y a él le pareció más guapa que el día anterior.

—He estado a punto de colgar porque no reconocía el número —dijo Marisa—. Luego he recordado que me podías llamar desde un número que no fuese el de tu móvil.

—La próxima vez intentaré llamarte desde mi móvil. Estás muy guapa, tienes un brillo especial en la mirada.

—Gracias, yo no puedo decir lo mismo de ti. ¿Qué es eso que llevas puesto? Pareces un astronauta —bromeó mostrándole su hermosa sonrisa.

—Es un traje de bioseguridad de nivel cuatro, sirve para aislarnos de cualquier patógeno.

Marisa se llevó instintivamente la mano a la boca.

—¡Por Dios, Carlos! ¿Qué está sucediendo allí?

—Sabes que no puedo contártelo, pero no te preocupes, no es la primera vez que me encuentro en una situación similar.

—Y tú sabes perfectamente que no lo puedo evitar. Los recuerdos de la última misión…

Carlos observaba como Marisa se enjugaba las lágrimas con un pañuelo que siempre le despertaba una sonrisa, uno con dibujos de ositos. Pero en ese momento de silencio no pudo reprimir un sentimiento de culpabilidad. Ninguna de sus misiones había sido segura, y esta no iba a ser la excepción. Prefirió cambiar de tema.

—¿Cómo te ha ido el día?

—He estado con Sonia esta tarde —contestó Marisa, que ya había recuperado la sonrisa al tiempo que sus ojos se iluminaban de nuevo.

—De ahí esa cara de felicidad. Creo que sería muy buena idea que os reencontraseis todas de nuevo. Hacíais un buen grupo y os lo pasabais muy

bien juntas.

—Hemos quedado mañana en casa de Sonia, con los niños…, para merendar. Como antes.

El rostro de Marisa se tornó serio. Carlos, que intuyó el motivo del rápido cambio en el rictus de su esposa, decidió atajarlo con una nueva pregunta.

—¿Cómo has visto a Sonia?

Ella torció el gesto.

—La veo muy afectada. Me ha confesado que echa de menos a Miguel. Que siente su ausencia como una pérdida.

—Vaya par. Miguel está igual, intenta aparentar ser el mismo de siempre, pero a veces lo observo y es como si estuviese ausente. No sé lo que ha podido suceder, pero creo que no pueden vivir el uno sin el otro.

—Me siento culpable, Carlos. Ella me ayudó cuando estábamos pasando por los peores momentos de nuestra relación, y yo la dejé sola cuando le sucedió lo mismo que a nosotros.

—No te culpabilices, amor mío, ¿cómo ibas a saber lo que estaba sucediendo?

—De eso se trata. Después de… Cortamos todo contacto con las amistades relacionadas con la agencia —sentenció ella, sin atreverse a nombrar la palabra Irak—. Puede que hiciéramos lo correcto al principio, pero… no sé. Pienso que nos excedimos, que teníamos que haber retomado la relación con ellos y ellas tras un tiempo prudencial. Tampoco tenían la culpa de lo que te sucedió.

Aunque la decisión de interrumpir cualquier vínculo con el CNI la tomaron los dos, fue Marisa la más tajante a la hora de dejar claro que era un punto y final. Pero la vida da muchas vueltas y ahora ambos se percataban de su error. Él estaba haciendo de nuevo lo que más le gustaba y ella parecía la de antes; hablaba con renovada ilusión, aunque fuese de un suceso tan desagradable como es la separación de unos amigos. Seguían viéndose con sus familiares, a pesar de la distancia: los de él, en Valladolid; los de ella, en Barcelona. Incluso habían hecho alguna amistad en Guadarrama, pero ninguna tan estrecha como las que habían tenido durante su estancia en el CNI. El peligro y el miedo también consiguen sacar lo mejor de las personas; en el caso de los agentes, porque la vida de uno depende de sus compañeros; en el caso de las parejas de los agentes, porque nadie mejor que alguien que sienta la desazón que tú padeces como para comprenderte y apoyarte.

—¿Le has contado algo a la familia? —preguntó Carlos.

—Acabo de hablar con mi madre.

—¿Y?

—Si lo que quieres saber es si le he dicho que te has marchado… Pues no. ¿Y tú?

—Tampoco —contestó él.

El silencio interrumpió la conversación unos segundos. Ambos se miraban sin saber bien qué decir. Entonces, Marisa intervino:

—¿Deberíamos escondérselo, mentirles?

—No, no creo que sea una buena idea. Además, sería muy difícil ocultárselo si esto se alarga.

—Y se alargará, ¿verdad?

Carlos agachó la cabeza un instante. Su cerebro era un prodigio para la lógica, pero en las relaciones personales no pasaba de un aprobado. «¿Qué debo contestarle si no tengo ni idea del tiempo que nos llevará la misión? Es mejor curarse en salud», pensó mientras volvía su mirada a la pantalla.

—Es probable que la operación se prolongue más de lo que yo hubiese querido. La próxima vez que hables con alguno de tus padres o hermanos, díselo. Ahora tengo que pensar cómo se lo cuento a los míos. Tengo que dejarte por hoy. Aún no he cenado —dijo mientras se llevaba la mano a la boca y después a la pantalla, regalándole así un beso desde la distancia a Marisa, que le devolvió el gesto—. Te quiero, Marisa.

—Y yo a ti —suspiró ella.

—Pásatelo bien mañana con las chicas, cariño. Hasta luego —se despidió Carlos, que desconectó la videollamada.

Se levantó de la silla ergonómica, se dirigió hacia la puerta y la abrió. Al salir se encontró al soldado fumando.

—¿Ya ha acabado?

—Sí. Gracias, Mejías.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —le interpeló el soldado cuando Carlos ya se había alejado unos pasos. El agente se detuvo y se giró.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Son de alguna unidad especial, ¿verdad?

—Algo así. Ya se lo explicarán sus mandos.

Y sin esperar más preguntas, Carlos se encaminó hasta la carpa donde se encontraban sus compañeros, pero antes de llegar se cruzó con un grupo de soldados que se gastaban bromas a la salida de la cantina, desde donde le llegó un olor a estofado que le despertó el apetito.

—Hola. Ya veo que me habéis dejado algo de comer —les dijo a sus compañeros cuando entró en la carpa. Antes, se había quitado el cilindro que

le cubría la cabeza, para lo que tuvo que bajar la cremallera del traje hasta abrirlo lo suficiente, notando el aire de la despresurización en su rostro. Aunque no hacía calor, liberarse de ese trozo de plástico le hizo sentirse mucho más cómodo.

—Pues pensábamos comérnoslo todo —bromeó Miguel.

—¿Cuál es el menú de la cena?

Ahmed le mostró una lata y añadió:

—Lo de siempre, producto fresco. Puedes elegir, cocido madrileño, fabada asturiana, lentejas…

—Vale, vale. Ya lo pillo.

Carlos cogió una lata de raviolis de la improvisada estantería de resina que ocupaba uno de los laterales de la carpa, la abrió y vació su contenido en un cazo con asa, lo colocó sobre un hornillo de *camping* encendido situado en una pequeña mesa plegable; se fue hasta el pequeño frigorífico y sacó una botella de bebida isotónica que destapó, vertió su contenido en una taza metálica que había cogido de la estantería junto a un plato hondo del mismo material. Para cuando volvió a la mesa plegable, como todo el mobiliario, los raviolis ya se habían calentado. Volcó el cazo en el plato y apagó el hornillo. Después, con el plato en una mano y la taza en la otra, se sentó en la única silla libre alrededor de la mesa central, cogió una cuchara de plástico de la mesa y comenzó a ingerir la comida precocinada.

—¿Cómo está Marisa? —preguntó Miguel.

Carlos se encogió de hombros y contestó:

—Ya te puedes imaginar, como siempre que estoy en una misión fuera de España. Por cierto, esta tarde ha estado con Sonia y mañana han quedado las dos con Carla y Paloma en tu ca… en casa de Sonia con los niños para tomar algo.

—Me alegro —afirmó Miguel, serio.

Carlos se percató de la situación incómoda que había provocado y cambió de tema.

—¿Qué hay de postre?

—¿No lo has visto en el frigorífico? —intervino Marcos—. El jefe de cocina… ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Capitán Antúnez —contestó Ahmed.

—Pues eso —continuó Marcos—. Como te decía, el capitán Antúnez debió suponer que no teníamos alimentos frescos y hace unos quince minutos nos trajo fruta y yogures.

—Qué atento —añadió Carlos—, pero hubiese preferido el estofado que se han metido entre pecho y espalda los soldados de este destacamento. No os podéis imaginar lo bien que olía. Estar fuera de España tiene algunas ventajas, como que el servicio de cocina no se haya externalizado a empresas de *catering*.

Carlos se levantó para ir a coger una pieza de fruta de la nevera. Aparte de una docena de yogures de sabores, también había dos naranjas y tres manzanas de la variedad *Golden*. Él cogió una naranja y se volvió a sentar en la silla, sacó su navaja suiza y, con el pequeño cuchillo incorporado, comenzó a pelar la naranja. Observó que en la mesa, frente a Miguel y Marcos, había peladuras de naranja. Ahmed cortó una manzana por la mitad mientras lo miraba, antes de asestarle los primeros bocados, pero no usó la navaja suiza para cortarla, sino el cuchillo de combate. Carlos lo interpretó como un gesto desafiante, chulesco. Cada vez le gustaba menos Ahmed.

—¿Has terminado de cenar? —quiso saber Miguel.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Me gustaría hablar contigo un momento, a solas.

—Está bien, salgamos fuera —sugirió Carlos—. Pero yo no me vuelvo a poner esa escafandra.

—Ni yo tampoco —dijo Miguel después de soltar una carcajada.

Los dos salieron fuera de la carpa y caminaron unos metros bajo la mirada recriminatoria de un soldado con el que se cruzaron y que llevaba puesto el traje de bioseguridad.

—¿Es lo que me imagino?

—No sé qué es lo que imaginas. Te quería preguntar cómo había visto Marisa a Sonia. Si le ha contado algo. No sé…

—Pues eso es exactamente lo que me imaginaba. Por lo que me ha contado Marisa, Sonia no está con nadie. Te echa de menos, como tú a ella.

Miguel soltó un suspiro y le mostró a Carlos una de sus mejores sonrisas.

—¿Pero qué coño os pasó para que os separaseis?

—No es tan difícil de entender. Vosotros casi acabáis igual —replicó Miguel—. Este trabajo no tiene horarios ni fines de semana. Desde que nació Miguelín Sonia se empezó a sentir más inquieta de lo normal. Se mostraba irascible y me recriminaba que no pasase más tiempo en casa. Que si no me veía nunca. Que si a saber si realmente estaba trabajando las noches que no volvía. —Miguel suspiró antes de continuar—. Me encargaron la misión de desenmascarar a una espía doble de la que el CNI comenzó a sospechar. Tuve que ganarme su confianza, ya sabes.

—¿Te acostaste con ella?

—¡No! —negó rotundamente Miguel—. Y no porque ella no quisiera. Un día, estábamos cenando en su apartamento de diseño en la calle Gregorio Marañón, yo ya tenía pruebas de su conexión con el MI6 británico, pero habíamos concertado una cita para cenar en su casa y decidí seguirle la corriente. Me recibió con una bata, recién duchada y muy perfumada. ¿Te imaginas? Pues va y me dice, señalando al dormitorio: «Miguel, qué te parece si vamos directamente a los postres». Yo le dije que tenía mucho apetito y, de pronto, se me echó encima como una gata en celo. Me pude zafar de ella, pero el perfume quedó impregnado en mi ropa. Le aclaré que todo había sido un malentendido. Por lo visto, la muy imbécil se había enamorado de mí. Aún escucho sus gritos llamándome maricón de mierda mientras yo corría escaleras abajo. Pensaba que aparecería la policía en cualquier momento. — Miguel se tomó un respiro antes de continuar.

»Cuando llegué a casa, Sonia estaba despierta, viendo una serie de televisión. A pesar de que intenté comportarme con naturalidad, debió notar que estaba alterado. Se acercó, me preguntó si me sucedía algo, y entonces estalló. Olió el perfume en mi ropa y me dijo que me quería fuera de casa esa misma noche. Intenté explicarle lo sucedido, pero fue inútil, ya no me escuchaba. Histérica, comenzó a sacar mi ropa del armario y a arrojarla sobre la cama. Miguelín se despertó y la vio llorando. Me llevé al niño a su habitación y le leí un cuento. Le dije: "papá tiene que marcharse un tiempo, cuida de mamá mientras yo no esté". Los siguientes días estuve durmiendo en un hostal inmundo, lo primero que encontré, y todos los días la llamaba varias veces. Nunca atendió mis llamadas.

»Pasado más o menos un mes —continuó Miguel—, me presenté en su oficina, donde me dijeron que había cambiado de trabajo. Un día la seguí desde casa con el coche cuando llevaba a Miguelín a la escuela, y continué siguiéndola hasta ver como su Fiat Cinquecento entraba en un aparcamiento de la calle Serrano. Observé como abandonaba el *parking* caminando calle arriba con un elegante vestido, me bajé del coche y la seguí a una distancia prudencial. Acostumbrado como estoy a seguir a la gente, me sentía nervioso, como un novato. Vi como entraba en un portal y me aproximé a la puerta para revisar las placas de las oficinas del edificio. Había varios despachos: médicos, abogados… y una gestoría. Supuse que pretendía desprenderse de todo su pasado para iniciar una nueva vida. Salió sobre la una para almorzar en un bar cercano, media hora después volvió a entrar en el edificio. A las seis en punto entró en el aparcamiento y salió con el Cinquecento. La seguí para

saber si se veía con alguien, pero no, fue directamente a recoger a Miguelín de las clases de inglés extraescolares y de allí a casa.

»Repetí la vigilancia durante un mes, los días que tenía permiso. Nunca la vi con ningún desconocido, y al final dejé de comportarme como un celoso. Me había hecho a la idea de que habría rehecho su vida con alguien y ahora me dices que me echa de menos. —Miguel suspiró—. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Podríamos quedar un día los cuatro cuando esto acabe —sugirió Carlos.

—¿Una encerrona? No, gracias.

—¿Y si nos hacemos los encontradizos? Yo podría decirle a Marisa que saliese con Sonia a dar una vuelta y nosotros apareceríamos por allí.

—Parece mentira, Carlos. Con lo inteligente que eres y qué tontería acabas de decir. ¿Acaso crees que Sonia no se daría cuenta de la argucia?

—Pues seguramente sí, pero menos es nada.

—Venga, pongámonos en marcha, que no me quiero acostar muy tarde.

Miguel dio media vuelta y se encaminó a la carpa seguido por Carlos.

—Que todo el mundo coja el material y se ponga los trajes de bioseguridad —ordenó con determinación Miguel en cuanto entró.

Los cuatro buscaron las armas cortas y Ahmed se hizo además con un fusil de asalto HK G36. También introdujeron en las mochilas botellines de agua y equipos de visión nocturna, así como cargadores para las armas.

Salieron de la carpa sin apagar la luz y se encaminaron hacia la entrada de la base. El soldado que hacía guardia en la garita de la entrada no los escuchó acercarse, tampoco los vio. Aparentemente estaba dormido, al menos eso indicaba su postura: sentado, con la cabeza ladeada y el rifle apoyado en la pared.

—¡Soldado, abra la puerta! —vociferó Miguel cuando se encontraba a un par de metros de la salida.

El soldado se despertó sobresaltado. Su actitud era sancionable y lo sabía.

—No puede salir nadie a estas horas. Cumplo órdenes —fue su escueta respuesta.

—Pues no está al tanto de la situación. Hable con el general Ramírez.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo. —El soldado descolgó el teléfono de la garita y marcó un número—. Buenas noches, señor. Cuatro militares pretenden salir. Ya les he dicho que… Sí, señor… —Se hizo el silencio durante varios segundos en los que el soldado palideció—. Sí, señor… Me ha quedado claro. A sus órdenes, mi general.

Sin mediar palabra, el soldado desbloqueó la puerta y las dos enormes baldas metálicas se abrieron. Los cuatro agentes se ducharon para desinfectar los trajes de bioseguridad, abandonaron el recinto y avanzaron ayudándose de las linternas tácticas led de alta potencia. Cuando estaban llegando a la carretera, Miguel, que encabezaba el grupo, extendió su brazo derecho para indicar al resto que se detuviesen y se volvió hacia ellos.

—Creo que ya es el momento de que os quitéis los trajes —dijo usando un micrófono incorporado a la altura de su boca.

—¿No los vamos a necesitar en la caseta? —preguntó Ahmed.

—Solo Carlos y yo. Tú y Marcos no vais a entrar, os quedaréis vigilando en la loma.

Los agentes se deshicieron de los trajes, que dejaron sobre el suelo con un localizador vía satélite. Extrajeron de las mochilas el armamento y el equipo de visión nocturna y apagaron las linternas. Miguel le dijo a Carlos que cogiese su traje y ambos lo ataron a la mochila, con cuidado de que no rozase el suelo para no rasgarlo.

Cruzaron la carretera y alcanzaron la loma desde la que se divisaba la construcción que horas antes estaba rodeada de cabras. Ahmed y Marcos se echaron cuerpo a tierra, en sentido opuesto, de tal manera que Ahmed vigilaba en entorno de la construcción y Marcos la carretera.

Miguel y Carlos se quitaron los equipos de visión nocturna y se volvieron a colocar los trajes de bioseguridad. Encendieron de nuevo sus linternas y comenzaron a caminar hacia la caseta. Al aproximarse fueron reduciendo el ritmo del paso. Cuando ya se encontraban a unos pocos metros de su objetivo, Miguel se llevó los dedos índice y medio a sus ojos, mirando a Carlos, quien entendió la orden de revisar el perímetro de la construcción y comprobar la existencia de algún sonido indicador de la presencia humana, puesto que no se apreciaba ninguna luz procedente de la caseta. Después de inspeccionar la deteriorada construcción, le hizo un gesto a Miguel para que se aproximase.

Carlos desenfundó su pistola con la mano derecha y la colocó a la altura de sus ojos, apoyándola sobre su antebrazo izquierdo, cuya mano sostenía la linterna a modo de puñal, apuntando a la puerta. Entretanto, Miguel sacó la ganzúa, pero no había nada que abrir con ella, el candado y la cadena estaban tirados en el suelo. Alguien se les había adelantado. Abrió la puerta de madera bruscamente y entró apuntando con la linterna a derecha e izquierda, mientras Carlos lo cubría desde la puerta con su arma. Unas moscas alzaron el vuelo desde un plato que había en el suelo y que contenía algo que en su día debió

de ser comida. No había mobiliario, solo un colchón y una manta a un lado de este.

Mientras Miguel inspeccionaba de forma exhaustiva la parte delantera, Carlos hacía lo propio en la parte más cercana a la puerta. Miguel observó la presencia de varios cubiertos y un hornillo de gas, un vaso y algunos platos más; un abrigo y un par de camisas y pantalones perfectamente doblados junto al colchón, también varias botellas de agua, algunas vacías, así como una botella de *whisky*, también vacía. «O no era musulmán o le importaban una mierda los preceptos del Corán», pensó Miguel. A la izquierda del colchón, a unos dos metros, había un plástico negro. En una esquina, debajo de unas hojas de periódico, vio un vial de vidrio.

—Carlos, he encontrado algo.

—Yo también, una cartera con documentación, abierta. Quien haya entrado antes que nosotros le ha debido echar un vistazo, pero no con intención de robar, hay varios billetes de 1000 libras libanesas —dijo Carlos, que se aproximó a Miguel mientras introducía la cartera en una bolsa que a su vez metió en la mochila.

Carlos se acercó hasta donde se encontraba su compañero y retiró lentamente el plástico. No encontró nada y alumbró el vial; entonces dio un par de pasos hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel.

—¡Sal fuera! Ahora.

Miguel cruzó la puerta caminando de espaldas y sin dejar de alumbrar a su compañero con la linterna.

El tubo estaba vacío y el tapón había desaparecido. Examinó la etiqueta en la que aparecían impresas las palabras *poliomyelitis vaccine* y una numeración. No podía sacar ninguna conclusión definitiva, pero si de algo estaba seguro era de que no se trataba de una vacuna contra la poliomielitis lo que había contenido el tubo, tenía que ser viruela. Ahora todo empezaba a cobrar sentido, el libanés debió contraer la enfermedad al abrir el vial. Aunque tenía que contrastarlo en un laboratorio especializado en patógenos altamente peligrosos, Carlos no encontraba otra respuesta más plausible. Depositó el vial vacío en un tarro de cristal que encontró, cerró la tapa de rosca y lo depositó en el suelo. Sacó cinta americana de su mochila y precintó todo lo bien que pudo el bote de vidrio antes de introducirlo en una bolsa de plástico que también cerró. Miguel, que lo observaba inquieto, intervino:

—¿Qué es?

—En la etiqueta pone vacuna para la poliomielitis, pero me temo que es viruela.

—¿Y es seguro llevarlo a la base?

Carlos se encogió de hombros.

—Pues no, pero no lo vamos a dejar aquí. Lo he precintado y lo desinfectaremos antes de introducirlo en la base. También deberíamos meterlo dentro de un contenedor al vacío. Me temo que vamos a tener que pedir ayuda a Soriano. Deberías avisar a Ahmed y a Marcos para que se adelanten y se coloquen los trajes de bioseguridad.

—No me gusta nada todo esto. ¿Estamos seguros?

—Con los trajes sí. Y no se te ocurra rasgártelo con una piedra o una rama —dijo sonriendo Carlos.

—Ahmed, Marcos. Id a colocaros los trajes de bioseguridad —les ordenó Miguel usando el micrófono—. Nos reuniremos con vosotros en unos minutos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Marcos.

—Hemos encontrado un vial vacío, podría haber contenido el virus de la viruela con la que se contagió el libanés.

Miguel y Carlos se reunieron con Ahmed y Marcos, ya protegidos con los trajes de bioseguridad.

—¿Eso no es peligroso? —preguntó Marcos señalando la bolsa de plástico que llevaba en la mano Carlos.

—Es posible —afirmó Carlos—, pero mientras llevemos los trajes estamos protegidos. Ahora vayamos a la base, hay que desinfectarlo y precintarlo al vacío.

Julio no tenía pulso, tampoco Emma, la enfermera. El capitán Martínez apenas se podía mantener en pie mientras exploraba a los seis compañeros restantes. La fiebre y el dolor de cabeza que padecía se le hacían insoportables. Pendiente como estaba de sus subordinados, no se había percatado de las pústulas que poblaban su piel. La visión en el espejo lo paralizó. Se estaba muriendo. Como pudo, descolgó el teléfono y llamó al general.

—Dime, Antonio. ¿Alguna novedad? —preguntó el general Ramírez, que por toda respuesta escuchó el golpe seco propio de alguien que cae al suelo. Colgó y marcó el teléfono del teniente Soriano.

—Buenas noches, general. —Escuchó al otro lado de la línea.

—Soriano, acaba de llamarme el capitán médico, pero no ha pronunciado ninguna palabra. Creo que se ha desmayado. Mande a alguno de sus médicos al pabellón.

—Ahora mismo aviso al soldado de guardia y envío a varios sanitarios.

—Voy para allí, teniente.

—No creo que sea prudente, general. Deje que mis sanitarios evalúen la situación. Yo le llamo en unos minutos.

—Le acabo de decir que voy —afirmó con rotundidad Ramírez.

—Como quiera, pero no entre en el pabellón.

El general colgó, se puso el traje de seguridad que tanto odiaba y salió del centro de mando. Antes de llegar al pabellón donde se encontraba el capitán médico, pudo observar como un miembro de la UME colocaba una cinta plástica rodeando la entrada del pabellón. En la cinta estaban impresas las palabras «NO PASAR» y su traducción al inglés: «DO NOT CROSS». Entonces se aproximó al soldado.

—Soy el general al mando de la base. Exijo que me explique qué está sucediendo.

—Señor, lo desconozco. Se me ha ordenado que coloque la cinta perimetral y que impida que nadie la cruce.

—Voy a entrar.

—Lo siento, general. Estoy autorizado para emplear la fuerza si es necesario —dijo, desenfundando su arma y apuntando con pulso trémulo al general Ramírez.

—Pero ¿qué se supone que hace? Tranquilícese, soldado. Deje de apuntarme y llame al teniente Soriano.

El soldado uso su radio sin dejar de apuntar a Ramírez.

La escena que observaba el teniente Soriano era espeluznante. El capitán médico apenas tenía pulso, igual que tres de sus ayudantes. Los cinco restantes habían fallecido. Todos presentaban pústulas hemorrágicas. Tardó unos segundos en percatarse de que le estaban llamando por radio.

—Teniente, el general Ramírez pretende entrar en el pabellón. Se lo he impedido.

—¿Lleva puesto el traje de bioseguridad?

—Sí, señor.

—Pues déjelo pasar, Pérez.

Los cuatro agentes llegaron a la base y se aproximaron a la puerta de acceso.

—¡Quédense donde están! —Escucharon por megafonía.

Miguel se adelantó haciendo caso omiso.

—Repito. ¡No se muevan!

Miguel observó como el soldado de guardia le apuntaba con su fusil, pero siguió avanzando hasta llegar a la puerta.

—Lo siento. Nadie puede entrar ni salir de la base —se disculpó el soldado sin dejar de apuntar con su arma.

—¿Quién ha dado la orden? —preguntó Miguel.

—El general Ramírez.

—Soy el teniente Gómez. Dígale al general que tenemos que entrar, aunque antes debemos precintar un objeto.

Cuando recibió la llamada, Ramírez estaba llorando. Era el responsable de la vida de los soldados de la misión y acababa de perder a cinco en un solo día. El capitán médico se encontraba en estado crítico, con una vía intravenosa de suero y un cóctel de analgésicos, igual que el resto de sanitarios del pabellón. No les daban más de unas horas de vida si no ocurría un milagro. Había hecho caso al teniente Soriano y había dado la orden de prohibir la entrada o la salida de la base. La actividad era frenética en el interior del pabellón. Los sanitarios de la UME comenzaban a sacar ataúdes para llevarlos a la improvisada morgue.

La situación en el hospital no era mucho mejor; prácticamente todos los ingresados mostraban síntomas de padecer viruela y dos ya habían muerto. A uno de los enfermeros, preso del pánico, tuvieron que reducirlo por la fuerza para evitar que saliese del hospital. En el exterior se había formado un corrillo de soldados que cuchicheaban en voz baja. Pronto sería *vox populi* la muerte de varios de sus compañeros. La situación se podía descontrolar, y ese era el peor de los escenarios posibles.

—Diga —contestó al fin el general.

—Señor. Cuatro militares que han salido esta noche pretenden entrar. El oficial al mando me ha dicho que necesitan precintar un objeto antes de acceder a la base.

—Está bien. Dígales que esperen un momento. —El general se acercó al teniente Soriano—. Teniente, los agentes han salido y han encontrado algo que precisan precintar antes de entrar en la base.

—General, ¿me está diciendo que han abandonado la base y no se me ha informado?

—Mire, teniente, puede que usted sea el responsable sanitario de la base, pero yo soy el máximo responsable. Sí, debería habérselo dicho, pero de todas formas habrían salido. El caso es que ahora ya lo sabe. ¿Va a ayudarles o no?

Soriano estaba indignado, pero se contuvo y preguntó:

—¿Qué dimensiones tiene ese objeto?

—Lo desconozco —afirmó el general, que llamó por radio al soldado de guardia—. Soldado, ¿puede preguntarles qué tamaño tiene el objeto?

—Por supuesto, señor.

El soldado trasladó la pregunta del general a los agentes.

Carlos, que llevaba la bolsa con el vial, le echó un vistazo.

—Unos diez centímetros de largo por dos de diámetro —dijo mostrando la bolsa con su brazo extendido.

El soldado le facilitó las medidas al general quien, a su vez, se las dijo al teniente Soriano. Este llamó a uno de los soldados de la UME.

—López, prepare el equipo de precintado y sáquelo fuera de la base. Cuatro militares han encontrado un objeto sospechoso y hay que sellarlo al vacío, pero primero desinféctelo.

López colocó el pesado equipo de precintado y desinfección sobre un carro. Con dificultad, lo empujó por el irregular suelo de tierra, atravesó la puerta de la base y lo llevó hasta los agentes.

—¿Qué contiene la bolsa?

—Un vial —respondió Carlos.

—¿No podría concretar más?

—Me temo que no. Hay que precintar el objeto lo antes posible —dijo Miguel.

Carlos entregó la bolsa al soldado y este la escrutó tratando de desentrañar el contenido del vial.

—En la etiqueta pone que es una vacuna contra la poliomielitis.

—Eso pone —repuso Miguel.

El soldado López desinfectó la bolsa utilizando para ello un espray a presión. La precintó al vacío dentro de otra bolsa con la palabra *biohazard* (riesgo biológico) y el símbolo compuesto por tres círculos en forma de trébol con otro círculo en medio. Supuso que tanto secretismo implicaba que el contenido del vial podría ser peligroso. Iba a meter la bolsa en una caja cuando Carlos lo interrumpió.

—Ya es suficiente. Del resto no encargamos nosotros.

Carlos le arrebató sin miramientos la bolsa al soldado ante la mirada reprobatoria de este. Los agentes y el soldado se dieron una ducha

desinfectante antes de entrar a la base, donde ya les estaban esperando el general Ramírez y el teniente Soriano. Al fondo, pudieron ver como varios ataúdes metálicos eran trasladados del pabellón de aislamiento a la morgue. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Carlos. Los ataúdes centelleaban a la luz de las farolas, unos ataúdes que contenían muerte, muerte y miedo, miedo reflejado en las caras de varios soldados que observaban la lúgubre escena.

—¿Nos van a decir qué hay dentro? —inquirió Soriano fijando su mirada en la bolsa que llevaba Carlos.

—No lo sabemos con seguridad. Lo enviaremos a analizar a Madrid —intervino Carlos.

—Espero que no tenga nada que ver con el brote de viruela que ya se ha cobrado la vida de siete componentes del destacamento —se apresuró a decir el general Ramírez.

—Lo encontramos junto a la documentación del palestino fallecido, o eso creemos por la fotografía de su documento de identificación —continuó Carlos mientras les mostraba la fotografía—. No estaría de más contrastar las huellas dactilares del documento con las que obtuvo del fallecido el teniente Soriano —añadió Carlos mirando fijamente al teniente, quien, a regañadientes, aceptó—. Estaba en una construcción de adobe que utilizaba como vivienda Farid Abboud, a unos quinientos metros en dirección nordeste. Es lo que nos comentó esta mañana un pastor que estaba en la zona y que coincide con el nombre que aparece en la documentación. El pastor no parecía tenerle mucho aprecio a Farid. La presencia del pastor nos obligó a posponer la inspección de la edificación para esta noche, pero alguien se nos adelantó. Encontramos reventada la cadena que, junto a un sencillo candado, hacía las veces de cerradura. Los que lo hicieron no lo revolvieron todo. Fuese lo que fuese lo que buscaban lo encontraron pronto, ni siquiera se llevaron el escaso dinero que contiene la cartera. El vial tiene una etiqueta impresa donde indica que es una vacuna contra la poliomielitis. Debía formar parte de una remesa, que es con toda probabilidad lo que buscaban y se llevaron él o los intrusos. Obviamente, debieron darse cuenta de que faltaba un vial. No parece un trabajo muy profesional, o eso, o tenían prisa y no se entretuvieron en buscarlo.

—La incógnita es saber cómo… —Miguel abrió la cartera para leer el nombre que constaba en el documento de identificación—. Farid Abboud pudo hacerse con el material biológico. Dudo que trabajase en un laboratorio, quizás de transportista. Si el vial contenía el virus de la viruela todo cobraría sentido. Es la hipótesis más plausible.

—Mañana deberíamos enviar el vial a Madrid para su análisis inmediato —continuó Miguel—. Por tanto, si no hay un vuelo programado, solicítelo, general. Por otro lado, mañana a primera hora comenzaremos a investigar quién era y a qué se dedicaba Farid Abboud. Sospecho que a nada bueno.

—Necesitaremos que le hagan un pase como trabajador contratado por la base —añadió Carlos, dirigiéndose al general Ramírez y eludiendo al teniente Soriano—. No se compliquen, pongan que era limpiador y añadan la fotografía escaneada y el resto de datos que necesiten de su documento de identidad.

—¿Y cuándo se supone que empezó a trabajar en la base? —preguntó Ramírez.

Carlos lo pensó solo un momento antes de responder.

—Dos días. Se le hizo el contrato hace dos días, pero solo trabajó ayer. Hoy no se ha presentado en su puesto de trabajo. Las cámaras de seguridad lo grabaron entrando en un pabellón restringido después de manipular la cerradura, y también cuando salió. Es lo que diremos a la policía para justificar nuestras pesquisas: que ha robado material de la base, sin especificar.

—La base pertenece al municipio de Blat —dijo Ramírez—. No tengo mucho trato con el capitán de la policía de Blat, Mohamed Dumani, pronto sabrán por qué. Esta misma noche o mañana a primera hora lo llamaré a su despacho para avisarle de la llegada de cuatro oficiales que están investigando un incidente.

—Solo iremos yo y Fernández —dijo Miguel.

—Pues entonces dos oficiales —rectificó el general.

Carlos tomó la palabra mirando, esta vez sí, al teniente Soriano.

—¿Cuántos son…? Los muertos y los moribundos.

—Ya se lo ha dicho el general.

—No, solo ha mencionado el número de fallecidos hasta ahora. Nos interesa saber el estado de los infectados.

Soriano lanzó una mirada desafiante a Carlos antes de contestar.

—Hay tres en estado crítico en el pabellón de aislamiento y siete más en el hospital, que trasladaremos inmediatamente al pabellón de aislamiento.

—¿Y con síntomas? —preguntó de nuevo Carlos.

—Todos, incluso los tres médicos y las enfermeras de la base. Mis hombres han tenido que hacerse cargo de los pacientes. Ninguno parece responder al tratamiento.

El rostro de Carlos denotaba su preocupación, sus peores previsiones se estaban cumpliendo. Los resultados serológicos de todos los miembros de la base llegarían por la mañana en el vuelo de Madrid, el mismo que llevaría el vial para ser analizado. Solo entonces conocería el alcance del contagio. Si había quedado reducido a los soldados ingresados en el hospital, podrían controlar el foco de infección sin demasiadas dificultades, pero si había contagiados entre los no ingresados, sería prácticamente imposible evitar su expansión dentro de la base.

—¿Tiene algún plan de contingencia en caso de que…? Bueno, ya sabe —le preguntó Carlos a Soriano.

—Por supuesto —se limitó a decir el teniente, sin dar detalles.

Carlos asintió con un gesto de la cabeza y la mirada perdida.

Los cuatro agentes, el general y el teniente sanitario avanzaron por la base bajo la atenta mirada de un grupo numeroso de soldados. Uno de ellos se aproximó.

—Cabo Ruiz —se presentó el soldado—. Sé que me estoy saltando la cadena de mando, mi general, pero los soldados están muy nerviosos. Llevan más de media hora viendo como sacan a compañeros en ataúdes del hospital, creo que merecen una explicación de lo que está sucediendo.

El general miró al teniente Soriano y este le hizo un gesto afirmativo.

—Ruiz, nos encontramos en una situación crítica. Se ha declarado un brote de viruela muy letal en la base. La introdujo el libanés que falleció, y ahora parece que contagió a los soldados y a los sanitarios que lo atendieron. Ha muerto el capitán médico y sus ayudantes, así como varios soldados, el resto de los ingresados también están infectados y tememos por su vida. Mañana llegan los análisis de todos los militares de la base, incluidos el suyo y el mío. Confiemos en que no haya más positivos que los que muestran síntomas.

»Dígaselo a los soldados —continuó el general—, yo se lo comunicaré a los oficiales. Pídales responsabilidad, que respeten estrictamente las normas de protección y que no se quiten los trajes de bioseguridad. Es una orden, y quien se la salte será arrestado sin miramientos.

—A sus órdenes, señor. —El cabo hizo el saludo militar, se dio la vuelta y se dirigió hacia el grupo de soldados, que ahora era mucho mayor.

Un vocerío nada tranquilizador procedente del grupo de militares llegaba hasta los agentes, el general y el teniente Soriano, que se encaminaban a sus respectivos pabellones.

—¿A dónde enviamos el vial? —preguntó Miguel mientras cruzaba la puerta de la carpa de los agentes.

—Al nuevo laboratorio de bioseguridad de nivel 4 de Paracuellos del Jarama, el Severo Ochoa —respondió Carlos.

Tras la crisis sanitaria provocada por la repatriación a España de varias religiosas contagiadas en 2014, pero, sobre todo, después de la pandemia provocada por el SARS-CoV-2 en 2020, el Gobierno Español había encargado la construcción del primer laboratorio en el país preparado para custodiar y estudiar patógenos humanos altamente peligrosos. Dirigido por expertos microbiólogos repatriados de otros países, decenas de empleados habían sido instruidos en la manipulación de los virus, las bacterias y los hongos más peligrosos de los que se tenía conocimiento, todos salvo uno: el virus de la viruela.

—¿Están preparados? —preguntó Miguel, ya en la carpa de los agentes.

—Deberían estarlo. Ya llevan más de un año trabajando con patógenos.

—Pero no con uno como este —rebatió Miguel.

—¿Y prefieres que se lo enviemos a los rusos o a los estadounidenses?

—No, por supuesto que no. Solo me preocupa la seguridad. Habría que advertirles de la posible peligrosidad de la muestra. Hablaré con Sainz de Rozas esta misma noche para que los avise y obtenga su compromiso de confidencialidad.

Carlos soltó una risotada que secundaron Ahmed y Marcos.

—No son agentes, Miguel. No podemos estar seguros de que no se van a ir de la lengua —repuso Carlos.

—¿Y si solo se encarga uno de la recogida, el procesamiento y el informe final? Creo que el jefe de microbiología del Severo Ochoa… ¿Cómo se llama?

—Federico Anglés —respondió Carlos—. Podría ser.

—A una persona se la puede controlar —añadió Miguel, que ya estaba pensando en intervenir las comunicaciones de doctor Anglés.

—Buena idea —intervino Marcos, mientras Ahmed parecía no prestar atención a la conversación; estaba tallando con su cuchillo una madera que había recogido en la «excursión nocturna».

Miguel descolgó el teléfono vía satélite, marcó un número y activó el altavoz para que pudiesen escuchar la conversación sus compañeros. Tras unos segundos, el general Sainz de Rozas contestó.

—¿Alguna novedad?

—Muchas, señor. La viruela se ha cobrado la vida de varios integrantes de la base, entre ellos el capitán médico, y me temo que esto no ha hecho más que empezar. Si en los resultados de la analítica que llegan mañana alguno de los soldados que no están en el hospital da positivo, nos enfrentamos a un goteo de muertos y a una posible rebelión.

Al otro lado de la línea se estableció un prolongado silencio, un silencio que interrumpió Miguel.

—¿Señor, sigue ahí?

—¿Y a dónde iba a ir? Solo estaba pensando. ¿Crees que es factible que este asunto sea confidencial?

—Uno o dos muertos se podrían justificar, pero tantos… Las familias insistirán en ver a sus seres queridos, y entonces observarán las terribles pústulas.

—¿Y usando maquillaje?

—Imposible, señor. Esos bultos no los oculta nada.

Se impuso de nuevo un silencio.

—¿Cuánto tiempo podemos tener esto oculto?

—Quizás una semana, señor. Pero se me acaba de ocurrir una idea. El general de la base podría decirles a los familiares de los fallecidos, la mayoría sanitarios, que ha habido una emergencia de salud en una población y se les ha asignado la misión de asistir a los enfermos. Eso nos daría más tiempo.

—¿Y no les extrañará que no contacten con sus familiares?

—Probablemente. Ya improvisaremos algo, como decir que se les ha averiado el equipo de transmisiones y solo se pueden comunicar por radio con la base.

—Excelente idea, Miguel.

—Entonces se lo comunicaré lo antes posible al general Ramírez. Espero que esté de acuerdo. Por otro lado, a falta de confirmación, creo que hemos encontrado el origen del brote. También hemos identificado al sujeto que introdujo la viruela en la base, solo falta contrastar las huellas dactilares. Su nombre es Farid Abboud. Esta noche hemos entrado en lo que al parecer era su vivienda. Alguien se nos anticipó, pero encontramos un vial vacío, supuestamente de una vacuna contra la poliomielitis; al menos es lo que ponía en el envase, aunque me temo que contenía el virus de la viruela.

—¿Cómo pudo hacerse el tal Farid con ese vial? —se interesó el director del CNI.

—Es lo que intentaremos averiguar mañana. El general Ramírez nos ha organizado un encuentro con el jefe de la policía de Blat bajo la excusa de que

Farid Abboud trabajaba en la base y robó material.

—Perfecto. Averiguad lo antes posible de dónde obtuvo Farid ese vial y reportadme cualquier novedad.

—Una cosa más. Habíamos pensado enviar la muestra al centro de bioseguridad Severo Ochoa, pero que solo el jefe del laboratorio, Federico Anglés, sea el responsable de la recogida, procesamiento y redacción del informe.

—Y así poder monitorizar sus comunicaciones, ¿verdad, Miguel?

—Sí, señor.

Una sonora carcajada se escuchó al otro lado de la línea.

—Por supuesto, Miguel, por supuesto —contestó Sainz de Rozas aún riendo—. ¿Miguel?

—Diga, señor.

—Buen trabajo. Felicita de mi parte a Marcos, Ahmed y…

—Carlos, señor. Y no hace falta, están todos escuchando esta conversación.

—Claro. Buenas noches y buena suerte.

—Buenas noches, señor.

Miguel colgó el teléfono y miró a sus compañeros.

—Debemos darnos prisa. En el mejor de los casos, solo disponemos de un par de semanas para resolver este rompecabezas. Es el tiempo que tenemos antes de que los cadáveres sean repatriados a España. Tengo que hablar con el general Ramírez para pedirle que siga las instrucciones del jefe. Espero que las acepte. Trataré de ser lo más convincente posible.

Miquel usó sus nudillos para llamar a la puerta del despacho de Ramírez, a pesar de que se encontraba abierta. El general, visiblemente cansado, elevó la vista de la mesa y, con su mano enguantada, le hizo un gesto a Miguel para que se acercase.

—¿Qué desea, agente?

—Acabo de hablar con el director del CNI y me ha pedido que le proponga mantener en secreto las muertes de los soldados. Para ello, el director ha pensado en que debería llamar a sus familiares y decirles que han salido en misión humanitaria para controlar un brote de la enfermedad que se le ocurra, a ser posible en una localidad recóndita.

El general tomó aire y lo expiró con intensidad mientras miraba el techo. Tras unos segundos, buscó la mirada de Miguel a través de la pantalla facial, ligeramente empañada.

—¿Le apetece tomar algo conmigo? —propuso Ramírez mientras sacaba una botella de *whisky* y dos vasos de un cajón de la mesa—. Lo lamento, no tengo hielo —continuó el general, al tiempo que se deshacía de la protección facial del traje.

—No importa. Acepto su invitación.

El general llenó los dos vasos del líquido ambarino y le ofreció uno a Miguel mientras él se bebía el suyo de un trago.

—Soriano era un buen amigo —dijo Ramírez—. Llevábamos juntos muchos años, siempre solicitaba que me lo asignasen en las misiones fuera de España. Conozco a su mujer, Raquel, también a sus dos hijos. Podía haber hecho carrera en el ejército, pero… —Una lágrima corrió por su mejilla—. Prefirió dedicarse en cuerpo y alma a sus pacientes. Era un gran profesional. No solo aisló a los posibles contagiados, además hizo un rastreo para localizar a los efectivos de la base que pudieran haber tenido contacto con los sanitarios que atendieron al libanés, o a aquellos que entraron en el hospital para hacer alguna visita. Los encontró y los puso en cuarentena dentro del hospital. Nadie salió de allí, salvo él el primer día para comunicarme la alerta, y siempre con un estricto distanciamiento, evitando el contacto físico y con la mascarilla quirúrgica cubriéndole la cara. Pidió al jefe de cocina que dejase las comidas en la entrada del hospital y del pabellón de aislamiento… —Ramírez buscó la mirada de Miguel antes de continuar—. Ya imagino que le trae sin cuidado mi relación personal con el capitán médico.

—Se equivoca. Nosotros también establecemos relaciones de amistad con algunos compañeros y sus familias. Entiendo por lo que está pasando.

—Gracias, Gómez. Ahora debo informar al teniente general Juan Manuel López del Hoyo y pedirle autorización para su propuesta… Quiero decir, la propuesta del director del CNI.

—Por supuesto. Estoy convencido de que el director del CNI ya se ha puesto en contacto con teniente general Juan Manuel López del Hoyo para coordinarnos. Espero que no haya más positivos que los ya recluidos en el hospital y el pabellón de aislamiento —afirmó Miguel.

—Ojalá —dijo el general Ramírez.

Ambos sabían que si la viruela había salido del hospital la situación se volvería tremendamente compleja, sería inevitable el contagio de grupo entre los soldados. La buena noticia es que no había soldados con síntomas. «O quizás lo ocultan —pensó Miguel—. No, es altamente improbable dada la rápida evolución de la enfermedad. Además, algo así no se le habría pasado por alto al teniente Soriano. Deben explorar a los militares a diario».

—¿En qué está pensando, teniente? —preguntó el general.

—En si los soldados son revisados por los sanitarios de la UME.

—Así es. Cada día, los médicos y enfermeros los exploran en busca de síntomas —confirmó el general—. Ustedes se libran, de momento, porque cuando llegaron entraron en la base con estos malditos trajes puestos.

Miguel suspiró aliviado, apuró su vaso de *whisky*, se levantó de la silla e hizo el preceptivo saludo militar.

—Buenas noches, general.

—Buenas noches, teniente.

Capítulo 6: Karim Assad

Día 5. 21 de diciembre. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

Después de desayunar un café con leche, unos huevos fritos y un zumo de naranja, cortesía del capitán de cocina, Miguel y Carlos se dieron la obligada ducha desinfectante y se quitaron el traje de bioseguridad antes de abandonar la base. Desde su salida de Madrid habían descuidado su higiene personal, haciendo del olor axilar su carta de presentación. Antes, Miguel había solicitado un vehículo ligero que estaba estacionado delante de la puerta de acceso, un todoterreno URO VAMTAC con la llave puesta en el contacto. Se subieron, Miguel en el asiento del conductor y Carlos en el del acompañante.

Con la asistencia del GPS para localizar la comisaría, tomaron el camino de tierra y llegaron al cruce con la carretera que el día anterior habían cruzado a pie. Miguel giró a la izquierda y aceleró, pronto tuvo que reducir la velocidad, obligado por los socavones que poblaban la carretera, haciendo que el vehículo militar, pese a su tracción en las cuatro ruedas, perdiera la trayectoria. En cinco minutos ya habían llegado a la comisaría de Blat. Miguel estacionó el URO junto a un par de destartalados y polvorientos coches de policía. Los dos agentes se bajaron del vehículo dando un pequeño salto ante la mirada de varios viandantes y dos policías que apuraban sus cigarrillos en la entrada de la comisaría. Nada parecía indicar que en ese pueblo se produjesen muchos delitos.

—Buenos días —saludó Miguel en inglés a los policías—. Nos está esperando el comisario Mohamed Dumani.

—Un momento, por favor —le contestó uno de los policías en un inglés que no superaría los exámenes finales de primaria en España.

Después de hablar por radio unos segundos, el policía le dijo a Miguel que podían pasar.

—El capitán les espera en la tercera puerta a la izquierda.

Miguel y Carlos recorrieron el pasillo central del edificio de una sola planta hasta llegar a la puerta, cerrada y con una placa metálica donde se podía leer en árabe el nombre del capitán de la policía. Tanto Miguel como Carlos hablaban árabe, pero preferían no utilizarlo si no era necesario. Por otro lado, les daba una ventaja estratégica si sus interlocutores lo utilizaban

pensando que ellos no lo entendían. Dentro del despacho se escuchaban las voces de al menos dos personas, pero no estaban dispuestos a esperar. Carlos miró a Miguel y este golpeó la puerta con sus nudillos. La conversación cesó de inmediato y una voz autoritaria se escuchó al otro lado de la puerta.

—Ya están aquí los españoles. —Fue lo que oyeron los dos agentes, seguido de unos pasos que precedieron la apertura de la puerta.

Un hombre alto y orondo, de unos cincuenta años, fue el que abrió la puerta. Al fondo del espacioso despacho y, de espaldas, había otro hombre sentado delante de una mesa de trabajo repleta de carpetas que apenas permitían ver el mueble archivador adosado a la pared.

—Buenos días. ¿Cuál es el motivo de su visita? —preguntó en español el que parecía ser Mohamed Dumani, sin invitarles a pasar dentro del despacho.

El comisario era un hombre de aspecto cuidado. Más cerca de los sesenta que de los cincuenta años, tenía cara de pocos amigos y una cabeza rala.

—Soy el teniente Miguel Gómez y este es mi compañero, el teniente Carlos Fernández. Venimos de parte del general Ramírez para hacer unas preguntas al capitán Dumani.

Después de escrutarlos, el hombre se presentó sin hacer ningún ademán de estrecharles las manos.

—Entonces soy yo con quien tienen que hablar. Pasen y tomen asiento, por favor.

El comisario recorrió los pocos metros que lo separaban de la mesa seguido por Miguel y Carlos mientras el hombre sentado se levantaba de la silla.

—Les presento al subcomisario Michel Diab, mi mano derecha —dijo Dumani.

El subcomisario les saludó llevándose la mano derecha a la frente, se dirigió hacia la puerta y la cerró, quedándose dentro y en pie mientras los agentes se sentaban en dos sillas, delante del comisario.

—¿Les importa si Michel se queda mientras conversamos?

—En absoluto —contestó Miguel—. Por cierto, ¿dónde ha aprendido a hablar tan bien español?

—En un centro de lenguas de Beirut, aunque realmente aprendí a desenvolverme en la lengua de Cervantes durante mi estancia en la Academia de Oficiales de la Guardia Civil de Aranjuez. Me gustó su país, al menos lo poco que puede ver. Bien, ustedes dirán a qué debo su visita.

—¿No se lo dijo el general Ramírez? —preguntó Miguel.

—Me habló de un robo en la base española, pero no me dio más detalles.

Miguel dejó sobre la atestada mesa el falso documento a nombre de Farid Abboud que lo acreditaba como trabajador externo de la base militar, confiando en que el comisario no lo contrastase con el documento de identificación de Abboud, que deberían tener en la base de datos de la comisaría, puesto que las fotografías serían las mismas en ambos documentos: el de identidad y el de permiso de trabajo.

El comisario cogió el documento y lo miró detenidamente, mientras de soslayo, lanzó un par de miradas a los agentes. Carlos pudo apreciar en la mirada de Abboud la duda sobre la autenticidad del permiso de trabajo. El capitán devolvió el documento a Miguel y dijo:

—Sí, es Farid Abboud, un ratero de poca monta. ¿Qué les ha robado?

—No estamos autorizados para facilitarle ese tipo de información —contestó Miguel.

—Sí, claro —afirmó en árabe el comisario con un tono de voz desafiante.

—Solo le podemos decir que lo que robó es… por decirlo de alguna manera, material peligroso si cae en manos inapropiadas —añadió Miguel dando por hecho que Dumani interpretaría que se refería a armamento o explosivos.

—Supongo que Abboud no tendría autorización para acceder al lugar en donde se almacena ese… «material peligroso».

—Así es —intervino Carlos—. Le acabamos de decir que lo robó. No forzó la cerradura, utilizó una ganzúa, entró y se lo llevó unos minutos antes de acabar su jornada laboral. Está registrado por las cámaras de seguridad de la base.

—No parecen tener mucha seguridad en la instalación militar. ¿Me permiten que les haga una pregunta? Si es que están autorizados a contestarla —dijo con sarcasmo el comisario.

—Pregunte —accedió Miguel.

—Normalmente, antes de contratar a alguien en la base nos piden sus antecedentes penales. No me consta ninguna solicitud a nombre de Farid Abboud.

«*Touché*», pensó Miguel, mientras el comisario tamborileaba con los dedos repletos de anillos de su mano derecha sobre la mesa, esperando la respuesta, aunque fue la agilidad mental de Carlos la que les sacó del atolladero.

—Farid Abboud se presentó en la base anteayer solicitando un trabajo, precisamente el día en que urgía un limpiador para una carpa desalojada. Dada la prisa por volver a usar esa instalación, se le contrató el mismo día con

la intención de solicitar el certificado de penales al día siguiente; es decir, ayer.

—¿Y cuándo perpetró el robo?

—El mismo día que empezó a trabajar —contestó Miguel.

—¿Y no sospecharon nada cuando no se presentó a su puesto de trabajo al día siguiente, o sea, ayer?

—Suele suceder, por eso ahora pagamos por meses o semanas en lugar de cada día, para evitarlo —le informó Carlos—. No nos percatamos del robo hasta ayer, en una revisión rutinaria. Fue entonces cuando revisamos las grabaciones de las cámaras de seguridad de la base.

El comisario ya se había percatado de que Carlos tomaba la iniciativa cuando la conversación se complicaba, y se preguntaba si esos dos tenientes, a los que no había visto nunca, habían sido enviados a la base española para llevar la investigación sobre Farid Abboud; en cuyo caso, debía haber algo más que un robo. Miró a Carlos y habló:

—No sabemos nada de Farid Abboud desde el día en que lo contrataron, pero Ismail Chedraui, el pastor que lleva su rebaño a diario a pastar junto al cobertizo que usa Abboud como vivienda, me ha contado esta mañana que la cerradura había sido forzada y la puerta estaba abierta. También me ha comentado que vio a unos soldados españoles merodear por la zona ayer, y que uno de ellos le hizo una serie de preguntas sobre el propietario del cobertizo. No tendrán nada que ver, ¿verdad?

—No, puede estar tranquilo —mintió Carlos—. Es cierto que, en una inspección rutinaria de la zona perimetral de la base, uno de nuestros compañeros le preguntó al pastor por el propietario del cobertizo, y que este le dijo que vivía en Beirut, aunque hacía tiempo que no lo veía por el pueblo. También que Abboud lo utilizaba como vivienda. Eso, y ver el cobertizo cerrado con una cadena y un candado, le hizo pensar que Farid había huido tras el robo. Por eso estamos aquí. ¿Conoce a alguien a quien pudiera recurrir Farid Abboud para ocultarse?

—No —afirmo el comisario.

—¿Y a alguien a quien pudiese vender el material robado? —preguntó de nuevo Carlos.

—Tampoco.

«Dos respuestas negativas sin pestañear. No me lo creo. El comisario sabe más de lo que nos está contando», pensó Carlos.

—Por cierto. Hace días que no vemos a sus vehículos blindados españoles recorrer nuestras carreteras, más o menos desde el día que desapareció

Abboud…, quiero decir desde el día en que lo contrataron. ¿Ocurre algo?

«Ha dicho desapareció, no que hubiese huido; además de la referencia a la ausencia de los carros blindados. El comisario es un buen observador y con grandes dosis de deducción. No debemos minusvalorarlo», se dijo Carlos, que ya había preparado una respuesta.

—Nada grave. Ha habido un brote de gripe en la base que aconseja que los soldados no abandonen la instalación si no es imprescindible. De paso, se les han asignado mejoras en la seguridad de la base, supervisados por especialistas enviados desde Madrid.

—Creo que no le molestaremos más por hoy —intervino Miguel, que había notado como crecía la tensión entre Carlos y el comisario—. Le agradeceríamos que, si tiene noticias sobre Farid Abboud, se pusiese en contacto con el general Ramírez.

—El subcomisario les acompañará hasta su vehículo —dijo Dumani, sin levantarse de la mesa ni hacer intención de estrecharles las manos.

—No es necesario —afirmó Miguel.

—Es una cuestión de cortesía profesional —insistió Dumani.

«Y una mierda cortesía. Lo que no quiere es que preguntemos a nadie más de la comisaría», dedujo Carlos mientras se dirigían a la puerta del despacho.

Los dos agentes y Michel, que cerró la puerta antes de abandonar el despacho, se encontraban ya en el largo pasillo central cuando el subcomisario miró hacia atrás y les comenzó a hablar en voz baja, casi inaudible, en un inglés más que aceptable.

—No son los únicos que buscan a Abboud.

—¿Y por qué nos cuenta esto? —Quiso saber Miguel.

—Porque el comisario es un hombre muy desconfiado. Para él son una fuerza de ocupación. Yo, por el contrario, valoro su trabajo, considero que hacen una labor encomiable, conteniendo tanto los ataques de Hezbolá como los del ejército israelí.

—Nos puede dar algún nombre —preguntó Miguel mientras caminaban lentamente hacia la salida de la comisaría.

—Karim Assad. También está buscando a Farid Abboud desde hace días. Assad es un traficante de drogas, armas y mujeres, que opera con impunidad en el Mediterráneo Oriental. Estuvo ayer en la comisaría hablando con el comisario, pero yo no estuve presente en la conversación. Sabemos, gracias a las informaciones de la Jefatura Central, que Assad ha atracado su yate en el puerto de Beirut varias veces en los últimos meses. La agencia de aduanas ha hecho varios registros en el yate, pero no han encontrado nada. Es posible que

recoja la mercancía en otro puerto, aunque también es factible que alguno de sus acólitos lo haga en un lugar que desconocemos y la trasladen por tierra.

—¿Cuál es el puerto o la ciudad costera más próxima? —preguntó Carlos.

—La más cercana es Biblos. Allí hay un puerto pesquero —afirmó el subcomisario Diab.

Al llegar a la entrada, los dos policías ya no estaban, pero sí los dos coches de policía que los agentes habían visto al llegar a la comisaría. Michel Diad les acompañó hasta el blindado y les deseó suerte estrechándoles las manos, después desanduvo el camino hasta la comisaría. Miguel utilizó las llaves para abrir las puertas del vehículo y se subió, introdujo la llave en el contacto y la giró. El motor rugió como una alimaña a la que se molesta. Miguel acababa de poner su mano sobre el cambio de marchas cuando Carlos le agarró el antebrazo. Iba a pronunciar algo, entonces vio que Carlos se llevaba el dedo índice a los labios y después a su oído izquierdo, indicando que se mantuviese en silencio ante la posibilidad de que los estuviesen escuchando. Miguel se encogió de hombros y condujo por las intrincadas calles anexas al zoco hasta llegar a la carretera que les llevaría a la base. No había recorrido ni dos kilómetros cuando Carlos habló:

—Para, tengo ganas de orinar.

—¿Ahora? —protestó Miguel, que detuvo el vehículo en el estrecho arcén.

Carlos saltó del vehículo y se introdujo debajo del coche. Miguel, sin saber muy bien qué estaba sucediendo, salió del todoterreno para hablar con Carlos.

—Pero que… —Es todo lo que alcanzó a decir antes de que Carlos sacara su brazo mostrando en su mano un objeto metálico y cúbico.

Carlos le entregó el objeto a Miguel, salió de debajo del coche, se puso en pie, caminó alejándose del vehículo y se sacudió el uniforme generando una polvareda que lo envolvió unos segundos.

—Joder Carlos. Ese cabrón nos ha colocado un rastreador. ¿Crees que además nos pueden estar escuchando? —dijo Miguel cuando lo alcanzó.

—¿Tienes el móvil a mano? —preguntó Carlos.

—Por supuesto —contestó Miguel mientras extraía el teléfono de uno de los bolsillos del pantalón.

—Pues úsalo para llamar ahora mismo a la base. Dile a Marcos o Ahmed que soliciten a la central la autorización para usar Pegaso. Una vez que la reciban, que vayan inmediatamente al despacho del general Ramírez, que conecten el equipo a la línea telefónica del general y que este haga una

llamada al comisario Dumani preguntando por nosotros. Con suerte tendrá conexión a través de un enrutador con fibra y el móvil conectado al wifi. Si es así, rastrearemos todas sus llamadas, mensajes y movimientos. Espero que no sea tarde.

Miguel marcó un número en el teclado de su móvil de alta seguridad y transmitió a Marcos y Ahmed las instrucciones precisas para activar Pegaso, un programa espía, o *spyware*, que habían clonado los informáticos del CNI a partir de Pegasus. Desarrollado por la empresa israelí NSO Group, Pegasus se vendía a gobiernos y agencias de inteligencia para introducirlo en cualquier dispositivo con conexión a internet, y así poder leer mensajes de texto, rastrear llamadas, recopilar contraseñas, rastrear la ubicación del teléfono y recopilar información de las aplicaciones. Los *hackers* del CNI habían conseguido acceder al código fuente y lo habían modificado para implementar su seguridad, eliminando las «puertas» de entrada instaladas por NSO y, así evitar un posible rastreo por parte de la compañía o de cualquier agencia de inteligencia.

Miguel pulsó la tecla de desconexión y se quedó mirando abstraído su teléfono unos segundos, hasta que el sonido de un automóvil, que en esos momentos circulaba por la carretera, lo sacó de su ensimismamiento.

—Nos ha utilizado —afirmó Miguel—. ¿Crees que es posible que los dos policías de la entrada hayan instalado un micrófono dentro del blindado?

—Es posible. Han desaparecido y no han utilizado ninguno de los dos vehículos policiales. Tú o yo también podríamos abrir el blindado sin llave y colocar un diminuto e imperceptible micrófono. Esto huele mal.

—Vámonos —dijo Carlos—. Volvamos a colocar el rastreador donde estaba y hablemos durante el trayecto de la presunta desaparición del «fiambre» libanés. Será lo mejor para no despertar sospechas si nos están escuchando.

—Muy listo. Pretendes utilizar otro vehículo y usar este para despistar.

—No exactamente. Mi intención es usar este blindado y seguirles el juego, solo que ahora la iniciativa la llevamos nosotros. Ya sabemos que nos vigilan, pero no por qué. El comisario sabe mucho más de lo que nos ha contado el subcomisario. Además, ahora cobra sentido la insistencia en que nos acompañase al vehículo Michel, cuestión de deducción, lo supuse al comprobar que nos mentía. Quería asegurarse de que no comprobásemos los bajos del todoterreno al abandonar la comisaría. Y luego está esa reunión con el traficante.

—Crees que el comisario está implicado.

Carlos asintió con la cabeza antes de responder.

—Para mí está claro. Es la historia de siempre: un puesto de responsabilidad mal pagado con una inflación galopante, el desengaño de toda una vida dedicado al servicio público sin un ascenso ni reconocimiento por los servicios prestados. El terreno abonado para que alguien sin escrúpulos te haga una oferta que no puedes rechazar y que te garantiza una jubilación en un país con playas de esas que salen en las fotos de las agencias de viajes. Ahora vámonos. Tenemos que volver a la base.

Miguel y Carlos se subieron al blindado y llegaron a la base Miguel de Cervantes. Durante el trayecto vieron como un avión realizaba la maniobra de aterrizaje. No era un avión cualquiera, era un Airbus A400M del ejército español. Hablaron de lo extraño que les parecía todo, de sus dudas sobre que el comisario les hubiese contado toda la verdad sobre Farid Abboud y de intentar encontrarlo por su cuenta. De que posiblemente estuviese escondido en algún lugar de la costa esperando poder salir del Líbano. En definitiva, preparando el terreno para que Dumani conociese los pasos que supuestamente seguirían.

Ambos bajaron del blindado y se encaminaron a la puerta de la base. Se colocaron el traje de bioseguridad y atravesaron la puerta principal. Observaron un cierto revuelo en un corrillo de soldados que hablaban entre ellos hasta que llegaron a su altura, momento en el que algunos de los soldados les lanzaron unas miradas amenazadoras. Ellos prosiguieron hasta entrar en el cuartel de mando y se dirigieron al despacho del general, donde Marcos y Ahmed ya estaban rastreando las llamadas con todo el equipo de transmisiones y varios ordenadores, mientras el general Ramírez observaba con perplejidad el trabajo de los dos agentes, de manera que no los vio llegar.

—Buenos días —saludó Miguel, provocando que Ramírez dejase de prestar atención a Ahmed y Marcos para centrarse en los recién llegados.

—Buenos días. ¿Me puede explicar qué están haciendo sus subordinados?

—¿No se lo han dicho? —preguntó Miguel.

—Me han hablado de tecnicismos mientras irrumpían en mi despacho con sus trastos y empezaban a manipular las líneas de comunicación. Después me han dicho que hiciese una llamada al comisario Dumani preguntando por ustedes dos.

—¿Y la ha hecho? ¿Ha hablado con Dumani? —le interpeló Carlos, haciendo un gesto con la mano a Marcos para que se callase cuando este intentaba decir algo.

—Sí, he hecho lo que me han pedido que haga —dijo Ramírez con un tono de voz que denotaba hastío—. Y ahora, ¿me van a aclarar qué está sucediendo?

Carlos miró a Miguel y este le hizo un gesto de aprobación con su cabeza.

—Verá —intervino Carlos—, el comisario nos ha ocultado información crucial, lo que nos hace sospechar que podría estar implicado en el tráfico de viales de la viruela. El subcomisario Diab nos ha contado que un tal Karim Assad, un traficante internacional, se reunió ayer con el comisario, y que el tal Assad había estado haciendo preguntas sobre Farid Abboud. Poco después, alguien forzó la entrada a la caseta que utilizaba Abboud como vivienda. El comisario fue informado de este hecho por el pastor que a diario lleva a pastar sus cabras donde está la caseta, mucho antes de nuestra incursión nocturna. Además, después de la reunión con el comisario descubrimos un dispositivo de geolocalización en los bajos del blindado, y no descartamos que quien lo colocó también haya instalado un micrófono dentro del vehículo.

Ramírez se recostó en su cómoda silla ergonómica con la mirada perdida en algún punto del amplio barracón de mando. Después, tomó aire por la nariz y lo expiró por la boca, miró a Miguel y dijo:

—Lo que insinúan es preocupante, muy preocupante. Si es así, esto excede las competencias de la misión en el Líbano.

—Las suyas sí, pero no las del CNI —repuso Miguel, quien se situó al lado de Ahmed y Marcos.

—¿Habéis podido instalar Pegaso en algún dispositivo del comisario?

Marcos alzó la mano mostrando su pulgar mientras escuchaba, con ayuda de unos auriculares, algo que no alcanzaba a oír Miguel. Ahmed ya se había desprendido de los suyos y se dirigió a Miguel.

—Ha habido suerte. Cuando el general llamó a Dumani, este estaba hablando por teléfono y utilizaba su móvil conectado a la red de internet de la comisaría. Al estar el teléfono fijo asociado con el enrutador, pudimos instalar Pegaso durante la llamada. Ahora mismo Marcos está rastreando la llamada que estaba haciendo Dumani desde su móvil.

—El cabrón interrumpió la llamada con un «ya hablamos en otro momento» nada más colgar al general. Pero Pegaso ha hecho su trabajo y tenemos localizada la llamada —añadió Marcos, que ya se había quitado los auriculares y giró la pantalla del ordenador para mostrar un mapa—. Se hizo desde Biblos, en concreto, desde el puerto y utilizando una conexión vía satélite.

Carlos y Miguel cruzaron sus miradas. Sin decir nada lo estaban diciendo todo.

—Así que el puerto de Biblos —dijo Miguel—. ¿Puedes darnos la ubicación exacta?

—Un momento. Aquí está, con un margen de error de un metro. Es una embarcación de unos ochenta metros de eslora, un yate de lujo. Ese no cuesta menos de cien millones de euros. La llamada se ha hecho desde la cubierta. Gracias a las cámaras térmicas del satélite puedo contar más de veintidós personas, algunas armadas.

—¿Cuántas? —inquirió Miguel ante la atónita mirada del general.

—¿Armadas?

—Sí, Marcos, armadas.

—Cinco con lo que parecen subfusiles, pero no podemos descartar que haya algunos más con armas cortas. Dame un momento.

Marcos amplió la imagen para observar uno a unos a los ocupantes del yate. Gracias al contraste térmico podía distinguir cualquier objeto de pequeñas dimensiones que portasen los observados.

—Cuento cuatro más con pistolas —dijo finalmente Marcos—. Nueve en total.

—Parece que, a pesar del tamaño, el barco atracado en el puerto de pescadores podría tratarse del yate de Karim Assad —intervino Carlos señalando con el dedo el monitor.

—Podría —apuntó Miguel—, pero hay una cosa que no encaja. ¿Cómo tardaron tanto en darse cuenta de que les faltaba el material robado por Farid Abboud? ¿Es posible que Abboud solo robase un vial de la caja y no se percatasen hasta que las abrieron?

—No lo creo —afirmó Carlos—. Tendría que haber desprecintado la caja para volver a precintarla después. Demasiado tiempo. Lo más rápido era llevarse una caja llena de viales, es pequeña y pesa poco. Además, en la caseta que utilizaba de vivienda había un plástico, y al lado, en la tierra, la marca rectangular de lo que podría ser una caja de laboratorio de las que se usan para transportar viales o tubos de ensayo. Puede que escondiesen el vehículo con el que trasladaban la carga a la espera de la llegada de Karim Assad y no se percatasen de la sustracción hasta que hicieron la trasferencia al barco.

—¿Y por qué no se han ido si tienen la carga completa desde ayer? —preguntó Miguel.

—Quizás ya esté en camino de su destino en otro barco —sugirió Carlos —. No tiene por qué transportarla en su yate. Puede que Assad haya decido estar unos días por la zona para averiguar el paradero de Farid Abboud. Dudo que solo buscasen la caja. Esa gente no es de la que deja cabos sueltos, y me temo que pretenden acabar con Abboud, al fin y al cabo, no saben que ha muerto. Creo que sospechan que el finado está en la base. Por eso nos han colocado un rastreador y posiblemente un micrófono.

Carlos interrumpió su explicación para hablar con el general. Ramírez había asistido a la conversación sin decir nada, imperturbable, como si no entendiese nada de lo que decían.

—General, ¿han llegado los resultados de los análisis de los soldados de la base? Hemos visto como aterrizaba el Airbus.

—Sí, justo estaba revisando el informe del laboratorio cuando sus compañeros han irrumpido en mi despacho.

Un tenso silencio se instaló en el despacho mientras el general extraía varias hojas de un portafolio. Alzó su mirada y sonrió.

—Están limpios. Todos los efectivos que no se encuentran en las instalaciones hospitalarias están sanos. Ninguno presenta anticuerpos para la viruela, aunque lamentablemente han fallecido dos de los hospitalizados.

—Lo sentimos, señor —dijo Carlos—. Pero entonces, los sanos podrían salir de la base. Es que vamos a necesitar que cuatro de los soldados hagan una «excursión» esta noche con el blindado que acabamos de usar.

—¿El que lleva el rastreador y probablemente un transmisor? No me gusta que utilicen a los soldados en sus operaciones. No quiero ni puedo poner en riesgo sus vidas —replicó Ramírez.

Miguel, sin tener ni idea de lo que pretendía Carlos, era perfectamente consciente de que no podía garantizar la seguridad de los soldados. No tenía más remedio que mentirle al general para desbloquear la situación y conseguir su colaboración.

—General, le doy mi palabra de que sus soldados no van a asumir ningún riesgo innecesario.

—En tal caso, en principio no hay problema, aunque debo consultarlo con el teniente Soriano. Es quien tiene la última palabra, pero las órdenes se las daré yo. Ya he tenido una reunión con la tropa esta mañana y les he explicado la situación sanitaria de la base. Creo que los ánimos están más calmados, espero que aún se tranquilicen más cuando les comunique que han dado negativo en el test de la viruela. Pero insisto, si el teniente Soriano da el visto

bueno, seré yo quien les diga lo que tienen que hacer. ¡Y por Dios, localicen ese transmisor antes de que salgan!

El general buscó la mirada de Miguel.

—Una cosa más, Gómez. Si les ocurre algo a los soldados, aunque solo sea un rasguño, me encargaré personalmente de usted. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor. Alto y claro.

Carlos hizo un gesto de desaprobación con la cabeza. «No puedo permitir que la arrogancia del teniente de la UME mande a la mierda toda la misión», se dijo a sí mismo.

—Ahmed —continuó Carlos—, necesitamos un automóvil civil. Ve a la carpa y busca por internet cualquier anuncio de venta de un coche. A ver si tenemos suerte y encontramos uno en Ebel El Saqi. Ni se te ocurra comprarlo en Blat.

—Pensaba que las órdenes las daba Miguel —remarcó Ahmed lanzándole a Carlos una mirada cargada de rabia que este aguantó sin inmutarse.

Miguel, que percibía como crecía la tensión entre los dos agentes, decidió intervenir.

—Ahmed, haz lo que te ha pedido Carlos. La decisión es mía —mintió—, Carlos no ha hecho más que transmitírtela.

Ahmed mostró una sonrisa impostada y abandonó el despacho.

—Y tú, Marcos —continuó Miguel—, desmonta el material del despacho del general y utiliza el detector de radiofrecuencia para ver si han colocado un micrófono dentro del vehículo.

—¿Y qué hago si lo encuentro? —preguntó el agente.

—Lo dejas donde está y me lo comunicas.

—Está bien —admitió Marcos.

Cuando Marcos abandonó el despacho, Miguel cerró la puerta y miró al general unos segundos antes de hablar.

—Lamento muchísimo las molestias que le hayamos podido causar. También le pido disculpas por no avisarle, pero no había tiempo que perder si queríamos pillar a Dumani con las manos en la masa.

—Ya ha conseguido lo que quería, ¿verdad? Imagino que tengo las comunicaciones intervenidas —dijo resignado Ramírez, que se había sentado en su silla, tras el escritorio.

—No, sus conexiones están libres del programa espía —afirmó Miguel—. Marcos se aseguró de ello antes de marcharse. Solo se utilizaron como puente para instalar el programa en el teléfono móvil del comisario. Con suerte,

pronto se autoinstalará en todos los dispositivos con conexión a internet con los que se comunique.

—Ya —dijo no muy convencido Ramírez—. ¿Y qué instrucciones debo de darles a los soldados?

—Eso dependerá de si, como sospechamos, han colocado un micrófono en el todoterreno —dijo Miguel mientras miraba de reojo a Carlos, esperando que le sacase del atolladero, puesto que el plan era de su compañero.

Carlos captó la señal de socorro que le envió Miguel e intervino.

—General, lo que pretende decir el teniente Gómez es que vamos a necesitar que cuatro de sus hombres rastreen hoy la edificación que utilizaba Farid Abboud como improvisada vivienda, así como los alrededores de la misma. Si Marcos encuentra un micrófono lo dejará en su sitio, y nosotros cuatro grabaremos dos conversaciones que deberán reproducir dentro del blindado, una para la ida y otra para vuelta al cuartel, absteniéndose de conversar durante ambos trayectos o si están a menos de diez metros del vehículo. Saldrán poco después de que lo hagamos nosotros, sobre las 03:00 h, y tienen que permanecer en la zona unas cuatro horas. En el improbable caso de que vean o sospechen que pueden estar observándolos, abandonarán la misión y regresarán a la base. En todo momento deben llevar pasamontañas cubriendo sus rostros.

—Y durante ese tiempo ustedes irán a Biblos. Una maniobra de distracción —añadió el general.

—Así es, señor —continuó Carlos—. Escoja usted los hombres que considere adecuados para la misión de esta noche.

—¿Desean algo más, agentes?

—Por el momento no, señor —contestó Miguel.

—Entonces les agradecería que saliesen del despacho. Tengo muchas cosas que hacer y estoy seguro de que ustedes también.

Miguel y Carlos se disponían a salir del despacho cuando, a través del cristal de la puerta, vieron como Marcos se acercaba hasta llegar al umbral de la puerta cerrada. Carlos la abrió.

—Nada. No he encontrado ningún transmisor dentro del blindado —afirmó Marcos.

—¿Estás seguro? —preguntó Miguel ante la atenta mirada del general Ramírez.

—Por supuesto. He pasado el detector de radiofrecuencia por todas las superficies, incluso las cerradas, como la guantera. He explorado con mis manos todos los recovecos y solo he encontrado un mechero y alguna moneda

entre las juntas de los asientos —dijo mientras exponía en su mano el miserable botín: varias monedas de veinte y cincuenta céntimos de euro y un mechero en el que la fotografía de una mujer semidesnuda en relieve parecía contonearse ante la mirada de sus inesperados observadores.

—Entonces, ya no es necesario que grabemos nuestras conversaciones para el corto viaje de sus hombres —apuntó Miguel mirando al general—. Nos vamos, señor. Si tiene alguna duda háganosla llegar. Ya sabe donde estamos.

Cuando entraron en la carpa, Ahmed estaba hablando por teléfono con alguien, seguramente un vendedor. Los móviles cifrados de los agentes tenían la posibilidad de cambiar el prefijo y el número del teléfono por el de cualquier país, incluyendo la compañía suministradora del servicio telefónico, para ello solo tenía que entrar en la configuración del dispositivo y modificarla. Por otro lado, también eran imposibles de rastrear, por tanto, un agente podía estar llamando por teléfono a la cajera de la cola del supermercado y ella pensaría que la llamada procedía de Londres.

—Creo que lo tengo —dijo Ahmed tras colgar—. Se trata de un Renault Megane de 1990. Pide 3000 euros, pero tengo que verlo y regatear el precio. Le he dicho que soy un empresario marroquí visitando la zona, que he quedado con un buen amigo de negocios y que solemos hacernos bromas cada vez que nos vemos. Que quería ver la cara que pone cuando me presente en su residencia de Beirut con un coche destartalado. Casi me cuelga, se ha sentido herido en su orgullo al denominar de esa manera a su coche. He tenido que disculparme y decirle que estaba seguro de que el coche era magnífico, pero que suelo conducir vehículos de alta gama. Al final he quedado dentro de un rato en su domicilio de Ebel El Saqi. Alguien me tendrá que acercar, yo no me puedo presentar con un vehículo militar.

—Te puedo llevar yo —se ofreció Carlos.

—No —repuso Miguel—, te quiero aquí por si hay algún problema con la asignación de los soldados que irán esta noche con el blindado a rastrear la zona de la vivienda de Abboud. Que te aproxime Marcos con otro vehículo hasta Ebel El Saqi. Una vez te hagas con el coche, vuelves a la base con él.

—¿Qué es eso de los soldados? —preguntó Ahmed.

—Mientras nosotros nos desplazamos esta noche a Biblos con el Megane, cuatro soldados irán con el blindado que utilizamos esta mañana a dar una vuelta por los alrededores de la caseta de Abboud.

Miguel descolgó el teléfono y llamó al general Ramírez para pedirle otro vehículo. Tras unos tonos, el general descolgó.

—¿Qué es lo que quieren ahora? —pregunto Ramírez con una entonación que denotaba hastío.

—Lamento interrumpirle de nuevo, pero necesitamos un vehículo para ir a Ebel El Saqi.

—Pueden usar el que han utilizado esta mañana.

—No es conveniente que rastreen esta salida. ¿Nos puede facilitar otro?

—Hay que desinfectarlo, teniente. ¿Para cuándo lo quiere?

—Lo antes posible, señor, es urgente. ¿Cuándo podría estar disponible?

—Haré lo que pueda. Ahora daré la orden de que se lo preparen y lo dejen fuera de la base. Calcule una media hora. ¿Alguna cosa más?

—¿Ha hablado ya con el teniente Soriano?

—Sí, acaba de venir para leer el informe del laboratorio. Ahora se dirige hacia su carpa.

Miguel se asomó a la puerta sin soltar el teléfono. Soriano venía hacia él sin el traje de biocontención y con cara de pocos amigos.

—¿Qué es eso de que necesitan cuatro soldados para hacer su trabajo? —espetó Soriano.

—Buenos días… teniente —contestó Miguel, que dio un paso adelante, hasta invadir el espacio personal de Soriano y escrutarlo lentamente de arriba abajo—. Veo que se ha quitado el traje de bioseguridad. ¿Significa eso que ya ha pasado el peligro?

—Significa que solo los soldados del hospital están infectados. Teniendo en cuenta la rápida evolución de la enfermedad, creo que ya no será necesario que los efectivos de esta misión lleven trajes de bioseguridad. Pero no debemos bajar la guardia. Hoy volveremos a extraer muestras de sangre a todo el personal, a ustedes también.

—¿Eso significa que podemos contar con los cuatro soldados que le hemos solicitado al general Ramírez?

Soriano apretó los dientes y se tomó unos segundos antes de contestar.

—Supongo que sí, pero me gustaría saber a dónde van a ir, por si pueden tener contacto físico con alguien.

—¿Sabe, teniente? Se trata de un asunto confidencial y cuanta menos gente lo sepa mejor. No tenemos la obligación de decírselo.

Soriano contuvo la rabia que le provocaba la actitud chulesca del agente. Podría impedir la salida de los soldados, pero no tenía ningún motivo que lo justificase, e inventarse cualquier excusa lo podría comprometer ante sus superiores.

—Está bien. Cuenten con los cuatro soldados, pero, por su bien, espero que no les suceda nada —espetó Soriano mientras se encaminaba hacia el hospital.

—¡Teniente! —dijo Miguel desde la puerta de la carpa con una sonrisa burlona, obligando a Soriano a detenerse y girarse para clavar su mirada en la de Miguel—. Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió Soriano herido en su orgullo.

Cuando el teniente de la UME se alejó lo suficiente, varias carcajadas sonaron al unísono dentro de la carpa.

—Vaya demostración de autoridad —afirmó Marcos aún riendo.

—Menudo engreído. Ya se lo estaba mereciendo —añadió Ahmed, que rebuscaba en el contenedor, del que sacó ropa para mostrársela a sus compañeros.

—¿Qué os parece? ¿Pasaré por un empresario marroquí? —preguntó mostrando una camisa blanca, un pantalón de pinzas negro y unos lustrosos zapatos de marca.

—Pasarás por un moro de mierda bien vestido —contestó Marcos, provocando de nuevo una risotada por parte de Carlos y Miguel a la que se sumó el propio Ahmed.

Unos minutos más tarde sonó el teléfono, Miguel descolgó. Era el general Ramírez.

—Dígame, señor.

—Por fin me he deshecho del maldito traje de plástico. Comenzaba a parecerme a… ¿cómo se llama esa serie infantil?… A uno de los *Teletubbies*. Ya tiene el vehículo que solicitó en la entrada de la base. ¿Ha hablado con Soriano?

—Sí, acabo de hablar con él y ha autorizado la salida de los cuatro soldados.

—Recuerde que deberían estar preparados para las 03:00 h —concretó Miguel.

—Lo estarán. No se olvide de lo que le he dicho sobre la seguridad de los soldados.

—Gracias, señor. No le molesto más —añadió Miguel antes de colgar.

Marcos y Ahmed se deshicieron de sus trajes de bioseguridad en la entrada de la base, junto a la cual, ya les esperaba un todoterreno URO VAMTAC. Se subieron, lo arrancó Marcos y pusieron rumbo a Ebel El Saqi.

En la carpa de los agentes, Carlos tenía la mirada perdida y el rostro pálido, como si hubiese visto un fantasma.

—Carlos, ¿te encuentras bien? —preguntó Miguel sin obtener respuesta. Así que, cogió a Carlos por los hombros y lo zarandeó. Estaba sudando y cerró los ojos un momento. Cuando los volvió a abrir, miró a Miguel.

—Ha vuelto a pasar. Lo mismo que algunas de las veces antes de que Marisa tuviese un aborto espontáneo. Lo mismo que antes del atentado de Irak, donde fui el único superviviente. Ya te lo intenté contar una vez, pero te reíste de mí.

—Pues cuéntamelo ahora.

—Desde que era un niño, a veces tenía presentimientos que siempre anunciaban la muerte de alguien cercano, aunque nunca sabía ni quién ni cuándo moriría. No es que pudiese ver el futuro, era una sensación acompañada de un pensamiento que aparecía sin que yo pudiese evitarlo ni elegirlo. Simplemente llegaba, como llegan las tormentas de verano, sin avisar. La primera vez me sucedió unos días antes de que muriese mi abuelo materno de un infarto.

»Oculté esa capacidad innata porque ni siquiera estaba seguro de que la tuviese, hasta que, pasados unos años y unas muertes presentidas, lo conté, primero a mi madre y luego a Marisa. Mi mujer se lo tomó a risa, pero mi madre no. Me dijo que me sentase en una silla de la cocina mientras ella dejaba de amasar la harina con la que luego haría una tarta casera. Cerró la puerta y se sentó frente a mí. Como si fuese un niño, me acarició la cabeza con su mano y me contó que era algo familiar: «Mira, hijo. Esto siempre ha pasado en la familia. Tú lo has heredado de mí y yo de mi padre, que a su vez lo heredó de tu bisabuela. Todavía recuerdo las visitas que, siendo yo niña, recibía en la casa del pueblo. A veces aparecía alguien del pueblo, incluso de otros pueblos preguntando por la tía María. Entonces, tu bisabuela me decía que me fuese a jugar y no volviese en una hora. Pero claro, a veces regresaba antes y me sentaba en el banco de piedra granítica, junto a la puerta. De vez en cuando, solía ver a alguna mujer que salía llorando, porque casi siempre eran mujeres; otras, al contrario, mostraban una inmensa sonrisa. En cualquier caso, todas le daban las gracias y algunas pesetas, “la voluntad” decía la abuela María, dinero que ponía a buen recaudo en el bolsillo de su bata de luto; porque en aquella época todas las mujeres mayores de edad vestían de riguroso luto. Tres años tenían que guardar el luto, ya fuese por un padre, un hermano o un primo segundo.

»Tu bisabuela podía ver el pasado y el futuro de las personas con solo mirarlas y tocarlas y, aconsejar o consolar, según fuese el caso. Mi padre, tú y yo, solo podemos percibir que algo malo va a pasar. No sabemos ni a quién ni

cuándo, y eso no es un don, es una maldición, porque no podemos hacer nada para evitarlo, solo esperar que suceda».

—¿Y crees que alguno de nosotros morirá en esta operación? —preguntó Miguel, que obligó a sentarse a Carlos junto a él agarrando la mano temblorosa de su amigo.

—No tengo ni idea, pero podría ser.

—Extremaremos las precauciones —afirmó Miguel.

—Claro, claro… extremaremos las precauciones —repitió Carlos, sabedor de que, si alguno de sus compañeros iba a morir, nada lo podría evitar.

—¿Qué, haciendo manitas? Si molesto me voy —dijo Marcos desde la entrada de la carpa.

—No seas gilipollas —dijo Carlos—. Has vuelto muy pronto de Ebel El Saqi.

—La carretera estaba en mejor estado que la de Blat. Tampoco encontramos tráfico. Además, he dejado a Ahmed en la entrada del pueblo. No era buena idea que lo viesen salir de un vehículo militar.

—Y eso lo decidió Ahmed o tú —preguntó Carlos, quien ya había recuperado el color de su cara por la adrenalina que recorría su organismo.

—Lo sugirió Ahmed y yo estuve de acuerdo. Cuando cierre la compra del automóvil me llamará.

Carlos frunció el ceño ante la explicación de Marcos, pero no añadió nada más.

Marisa se detuvo delante de la puerta de la calle Velázquez. Se trataba de un edificio histórico, con escaleras de mármol, techos de cuatro metros de altura y un ascensor al final del recibidor de más de cien años de antigüedad. La normativa urbanística impedía realizar reformas de la fachada y los espacios comunes que no fuesen más allá del mantenimiento o por motivos justificados de causa mayor. El portero, Antonio, un hombre en edad de jubilación, se percató de su presencia desde su puesto, junto al ascensor. Se levantó de la silla y bordeó el mostrador de madera noble con una agilidad impropia de su edad. Al llegar a la puerta de entrada del edificio, acercó su cara al cristal y, mostrando una sonrisa, abrió la enorme puerta.

—Señora Marisa. ¡Qué alegría verla de nuevo por aquí! ¿Cuándo fue la última vez que vino?… Más de tres años, ¿verdad? La señora Sonia me ha dejado el aviso de que vendría. Por favor, pase.

—Gracias, Antonio. Yo también me alegro de volver a verte —dijo nada más entrar en el regio recibidor—. ¿Cómo está la familia?

—Bien, señora. Manuela con los achaques de la edad, ya sabe, la hipertensión, la artrosis… Y mis hijos ya abandonaron el «nido». José vive con su novia en Vicálvaro, y Daniel se fue a estudiar a Granada, como si no hubiese universidades en Madrid… Dice que la Facultad de Derecho de Granada es la mejor, aunque yo creo que es más bien una cuestión de faldas. Estuvo el verano pasado haciendo un recorrido por las provincias de Granada y Málaga con sus amigos y volvió con otra cara, esa cara de bobo que se te queda cuando estás enamorado. Yo ya se lo he insinuado varias veces, pero no suelta prenda. Supongo que es por cómo son las relaciones hoy, ya me entiende —dijo el portero guiñando un ojo—. Hoy con una y mañana con otra. Disculpe, la estoy entreteniendo con mis cosas y debe de querer reunirse con la señora Sonia.

—No se preocupe. Nunca me supone una molestia hablar con usted. Me alegro de que la familia esté bien. Dele recuerdos a su mujer de mi parte. Por cierto, ¿ya han llegado Carla y Paloma?

—No, señora, aún no han llegado.

Marisa se encaminó hacia el vetusto ascensor. Viendo el portero que llevaba una bolsa en la mano derecha, se adelantó y le abrió la puerta.

—Gracias, Antonio —dijo ella.

—Huele muy bien. ¿Unos dulces? —preguntó Antonio mirando la bolsa.

—Una tarta casera.

—Que la disfruten. Cómo en los viejos tiempos, ¿verdad?

—Sí, como en los viejos tiempos —afirmó ella.

Marisa presionó el botón de la tercera planta y comenzó a ascender, lentamente, envuelta por los chirridos de las cadenas del ascensor. Cuando se detuvo el elevador, abrió la puerta metálica y se dirigió a su derecha, hacia la puerta con la letra C, en la que destacaba una gran mirilla circular dorada con trabajados troquelados. Pulsó el timbre y poco después escuchó unos pasos acercándose. Sonia abrió la puerta y le dedicó su mejor sonrisa.

—Hola, Marisa. Eres la primera.

—Ya me lo ha comentado Antonio.

—¿A qué sé lo que traes en esa bolsa?… Una tarta de manzana, ¿verdad? Si es que huele todo el rellano. Pero pasa, pasa. Vayamos al salón —le sugirió Sonia.

Todo estaba como recordaba Marisa: el recibidor, el larguísimo pasillo con puertas a ambos lados, los mismos cuadros de montañas y marinas

colgados de las paredes, el amplio salón, con muebles de diseño que ponían un toque de color al antiguo piso… Todo menos un par de detalles: el aroma a la crema de afeitar de Miguel, que había sido sustituido por una fragancia a cítricos proveniente de algún ambientador, y las fotografías. Ya no estaban las instantáneas de Miguel, únicamente quedaban las fotos familiares donde los tres sonreían, Sonia, Miguel y Miguelín. El niño jugaba a la Play Station, ajeno a su presencia. «Tenía razón Miguel, ha crecido mucho», se dijo a sí misma.

—Miguel. ¡Mira quién ha venido a visitarnos! Te acuerdas de Marisa, ¿verdad?

El niño miró a Marisa un instante y continuó jugando.

—Hay que ver como son los niños de ahora —dijo Sonia—. Los malcriamos y luego pasa lo que pasa, se vuelven maleducados.

—Deja que juegue, no importa —añadió Marisa, que comenzó a sentir como la tristeza la embargaba. «No, por favor, ahora no. Aguanta Marisa», pensó, intentando infructuosamente infundirse ánimos.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Deben ser Carla y Paloma —apuntó Sonia, que se perdió en el pasillo.

Unos segundos después, una algarabía de voces infantiles inundó la entrada, y más tarde, conforme los niños llegaban al salón, toda la vivienda. Entretanto, la desazón de Marisa seguía creciendo.

—¡Qué alegría volver a verte, Marisa! —dijo Paloma, que ya había soltado a sus dos retoños y le dio un abrazo y dos besos.

—Hola, Marisa. Te veo espléndida. Se ve que te ha sentado bien el campo —añadió Carla, mientras intentaba calmar el llanto de su bebé moviendo rítmicamente el cochecito y haciendo malabarismos para darle un par de besos a su amiga.

A pesar de su forzada sonrisa, los ojos de Marisa empezaban a tornarse vidriosos.

—¿Qué hacéis todavía de pie? Dejad a los niños y sentaos en el sofá mientras preparo café para acompañar la rica tarta de manzana que ha hecho Marisa —les sugirió Sonia.

—Lo siento, Sonia —intervino Paloma—, yo no he podido traer nada, he tenido una tarde de locos. Primero la reunión con la asociación de padres de la escuela, después recoger a los niños de extraescolares. El tiempo justo para cambiarnos de ropa y venir aquí.

—Yo he llevado a Mikel a la revisión de los seis meses con el pediatra. Ya sabes lo que son esas visitas. Tú tienes que estar a la hora y el doctor te

atiende una hora más tarde. He venido directamente desde la consulta y tampoco he podido traer nada —se excusó Carla.

—No os preocupéis por esas cosas, no nos vamos a acabar la tarta de Marisa —añadió Sonia, que se adentró en la cocina.

Marisa quedó atrapada en medio de Carla y Paloma, estratégicamente sentadas a ambos lados, por si tenían que salir corriendo para deshacer cualquier entuerto en el que se viesen involucrados sus hijos, o atender al pequeño de seis meses, que ya había dejado de llorar; ahora le tocaba a ella tomarle el relevo, aunque en silencio, el mismo que había guardado desde que llegaron Carla y Paloma con sus hijos. Unas lágrimas recorrieron sus mejillas, sacó un pañuelo de papel de su bolso, se sonó la nariz y aprovechó para enjugarse las lágrimas. «Por favor, ahora no, ahora no. Aguanta, puedes hacerlo», se dijo. La visión de los niños jugando…, del bebé a menos de un metro de ella… Sus fantasmas maternales habían despertado después de mucho tiempo, en el peor momento, cuando se había reencontrado de nuevo con sus amigas. Por suerte, estaban demasiado pendientes de sus hijos como para percatarse del rictus de su cara.

Sonia entró en el salón portando una bandeja en la que destacaba una humeante cafetera y una lechera de porcelana. Depositó la bandeja sobre la mesita situada frente al sofá y sacó cuatro servilletas de algodón con motivos florales del cajón de la mesita, sirvió café en cuatro tazas, también de porcelana, y comenzó a cortar la tarta de manzana en porciones.

—Voy a por los platos para la tarta. Para los niños traeré unos de cartón que me sobraron del cumpleaños de Miguelín —dijo Sonia antes de encaminarse de nuevo a la cocina, momento que aprovechó Marisa para levantarse.

—Tengo que ir al baño.

Fue entonces cuando sus tres amigas se dieron cuenta de que algo no iba bien. Marisa se llevaba el pañuelo a la cara.

—¿Te encuentra bien? —preguntó Carla.

—Sí. No es nada. Enseguida vuelvo —respondió sin detenerse.

—Me parece que está llorando —musitó Paloma—, la he visto con un pañuelo en las manos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Carla.

—Dejadme a mí, creo que ya sé lo que le pasa —añadió Sonia, que había hecho un corrillo con Carla y Paloma—. Me parece que es por los niños. Ya sabéis que ella y Carlos… Bueno, que no pueden tener hijos.

—¿Pero no estaba yendo a una clínica de fertilidad? —preguntó Paloma.

—Estaba —afirmó Sonia—, pero lo dejó cuando lo del accidente de Carlos en Irak. Me lo dijo ella misma poco antes de irse a vivir a la sierra. Voy a hablar con Marisa —dijo, yendo hacia el baño. Una vez allí, llamó suavemente a la puerta.

—Marisa, soy Sonia —dijo con voz tranquilizadora. Al otro lado de la puerta del baño se escuchaba el llanto ahogado de su amiga—. Venga, mujer. Ábreme y hablamos. Apenas has probado bocado. Carla y Paloma están preocupadas.

Unos segundos más tarde, Sonia escuchó cómo se descorría el pestillo, pero la puerta no se abrió, lo que interpretó como una invitación a entrar y eso hizo, cerrando la puerta tras ella y echando el cerrojo. Marisa se encontraba sentada en el inodoro, enjugándose las lágrimas con papel higiénico, cabizbaja.

—Lo siento mucho, Sonia. No debería haber venido. Recojo mi bolso, mi abrigo y me voy. Vosotras seguid con la merienda, disfrutad de…

—No digas tonterías —la interrumpió Sonia—. Tú te quedas con nosotras, que ha costado mucho volvernos a encontrar. Es por los niños, ¿verdad?

Marisa comenzó a sollozar. El llanto se alternaba con suspiros quejicosos. Sonia se acercó, se arrodilló delante de su amiga y le ofreció unos pañuelos de papel que acababa de coger de uno de los cajones del mueble de baño que soportaba dos senos con sus correspondientes grifos. Marisa sustituyó el papel higiénico por varios pañuelos que extrajo del envoltorio plástico.

—Huele a menta.

—¿Qué? —preguntó Sonia.

—Que los pañuelos huelen a menta —contestó Marisa, que ahora reía.

—Mira que eres tonta. ¡Venga, levántate y vayamos con las demás!

—Vale, pero déjame que me maquille un poco. Ya tengo un aspecto bastante deplorable como para salir con el rímel corrido —dijo con una risa contagiosa.

Las dos salieron del baño y se encaminaron hacia el salón.

Capítulo 7: Biblos

Día 5. 21 de diciembre, 20:00 h. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

Ahmed había conseguido el Renault Megane por dos mil quinientos euros, quinientos más de lo que costaba, pero no era cuestión de perder el tiempo en un tira y afloja que se podía alargar bastantes horas, incluso un día. Lo había estacionado junto a la puerta de la base, al lado del todoterreno con rastreador que usarían los soldados en la maniobra de distracción.

—¡Ya era hora! —dijo Miguel, que junto a Carlos y Marcos extraían del contenedor ropa de paisano y armamento.

—Lo siento, pero no he podido acabar antes. El vendedor era muy tozudo. Además, un sanitario de la UME me estaba esperando para extraerme sangre.

—Ya me lo imagino —dijo Miguel—. A nosotros nos sacó sangre hace una hora. Encárgate de los equipos de visión nocturna y de comunicación.

Los cuatro agentes cenaron el rancho preparado para la tropa. Después comenzaron a preparar el material para la operación, lo introdujeron en cuatro bolsas de mano y cuatro pequeñas mochilas negras. Cuando acabaron, empezaron a jugar a las cartas.

El teléfono fijo sonó y Miguel miró el número que aparecía en la pantalla. Era el general Ramírez.

—¿Ya están preparados? Porque los cuatro soldados asignados se dirigen al URO VAMTAC. —Se escuchó al otro lado de la línea.

—Sí, señor, en cinco minutos estamos listos. Que sus hombres esperen media hora tras nuestra partida para revisar el terreno.

—Le recuerdo que…

—No se preocupe —le interrumpió Miguel, conocedor de las palabras que iba a escuchar del general—, sus soldados no correrán ningún peligro.

—Suerte —dijo Ramírez.

—Gracias —respondió Miguel, que colgó.

En menos de cinco minutos, los agentes se habían colocado los chalecos antibalas y la ropa de camuflaje por debajo de la de paisano. Habían introducido el armamento y todo el equipo restante en cuatro bolsas de mano. Comprobaron que el yate de Karim Assad no hubiese zarpado y salieron hacia

la puerta de la base. Tras cruzarla, se encontraron con los cuatro soldados apoyados en el blindado. Uno de ellos se acercó hasta su posición.

—Buenas tardes. Se presenta el sargento Abascal. Tengo órdenes de hablar con el teniente Gómez.

—Soy yo, sargento —dijo Miguel dando un paso al frente—. Usted dirá.

—Solo es para confirmar las instrucciones que nos ha dado el coronel Merchán. Nos ha dicho que tenemos que esperar media hora a que ustedes se vayan con… con ese turismo —afirmó señalando el polvoriento Megane—. Una vez trascurrido ese tiempo, debemos rastrear esta zona —el sargento sacó un mapa y señaló un punto— durante unas cuatro horas. Que debemos usar pasamontañas y que, en caso de observar o sospechar que alguien nos esté vigilando, tenemos que interrumpir la misión y volver a la base.

—Le han informado bien, sargento.

—¿Y en caso de recibir fuego enemigo?

—Repelan la agresión y pidan refuerzos a la base —afirmó Miguel.

Los cuatro agentes cargaron el material en el maletero del Megane y subieron al coche. Miguel desplegó un mapa de Biblos, colocó y activó un localizador vía satélite que les indicaría la ruta a seguir. Volvió a plegar el mapa y se lo pasó a Carlos, que ocupaba el asiento del acompañante, entonces se giró hacia los asientos traseros.

—¿Todo bien por ahí atrás?

—Si hago como que no se me está clavando un muelle, todo bien —comentó jocoso Marcos.

—Iremos hacia Blat y después hacia Bikouane, allí la carretera debería estar en buen estado —informó Miguel—. Desde Bikouane conduciré sin parar hasta Biblos. Estacionaremos cerca de la iglesia de San Juan, a unos doscientos metros del puerto. ¿Alguna pregunta?

Al no obtener respuesta, arrancó el vehículo.

Tras algo menos de media hora llegaron a Biblos. Era evidente que no se trataba de un pueblo, sino de una histórica y pequeña ciudad con mucha actividad durante el día, pero a las tres y media de la madrugada no se veía un alma por la calle. A medida que se adentraban en el casco antiguo, en dirección al puerto, las calles se volvían más estrechas. Los alrededores de la iglesia de San Juan estaban bastante congestionados de vehículos mal estacionados; por tanto, Miguel giró en la primera calle a la derecha hasta encontrar un lugar donde aparcar el Megane sin llamar la atención. Los cuatro descendieron del vehículo. Miguel abrió el maletero y los agentes sacaron las armas, los cargadores y diverso material, como las cámaras de visión

nocturna, que metieron en cuatro mochilas, una para cada uno. Las pistolas las introdujeron en una funda especial adaptada para el chaleco antibalas, de manera que no fuesen visibles.

—Ahmed, Marcos, tomad la segunda calle a derecha y bajad en dirección al puerto —les ordenó Miguel—. Buscad un lugar desde donde podáis ver con nitidez el yate y manteneos en esa posición a la espera de instrucciones. Carlos y yo iremos por la calle paralela unos minutos después de que salgáis. Intentaremos encontrar la mejor ubicación para observar sin ser observados. Activad los micrófonos y el auricular, así como el localizador.

Los cuatro agentes se colocaron los diminutos dispositivos de comunicación, el micrófono en el cuello de la camisa y el auricular en el canal auditivo. El geolocalizador, del tamaño de un teléfono móvil, lo fijaron al cinturón mediante una cinta de velcro. Marcos y Ahmed partieron con sus mochilas; Ahmed llevaba además una bolsa de mano con un rifle de largo alcance desmontado, un fusil Accuracy AXMC 338. Cuando doblaron la esquina, Carlos y Miguel comenzaron a descender por la calle que les llevaría hasta el puerto.

—¡Hombre abatido!, ¡hombre abatido! —Escucharon simultáneamente Miguel y Carlos en sus auriculares. Era la voz de Ahmed, pero no habían oído ningún disparo.

—¡Ahmed! ¿Qué ha pasado? —preguntó Miguel sin obtener respuesta—. ¡Ahmed, responde!

No hubo respuesta y la inquietud se instaló en Carlos y Miguel, que miraba su localizador para ubicar a los dos compañeros.

—Están a unos cincuenta metros —dijo Miguel, que empezó a acelerar el paso precedido de Carlos.

Carlos se detuvo al llegar a la esquina de la calle por donde habían bajado Marcos y Ahmed, le hizo una indicación a Miguel para que se detuviese y ambos permanecieron unos segundos pegados a la pared. No se escuchaba nada. Carlos le hizo una señal a Miguel llevándose los dedos a los ojos y apuntando después hacia la calle.

En las películas, el soldado coloca su casco o su gorra sobre su fusil y la muestra esperando el disparo que le oriente sobre el origen del enemigo, pero eso no ocurre en las misiones de espionaje. Si alguien les estaba esperando para dispararles, no caería en un truco tan infantil. No, esperaría a tenerlos en el punto de mira y apretar el gatillo.

Carlos se ajustó el fusil de asalto y el monitor de rastreo. Corrió y se lanzó al suelo para acabar rodando en el callejón que daba continuidad a la calle

donde estaba hacía un par de segundos.

—Miguel, ¿has visto algo? —preguntó susurrando al micrófono.

—Me ha parecido ver un cuerpo tendido en la calle, pero ningún movimiento.

El prodigioso cerebro de Carlos se puso en marcha y en unos segundos llegó a una conclusión, pero tenía que verificarla. Miró el localizador y pudo comprobar que tanto Ahmed como Marcos se encontraban a menos de treinta metros, entonces uso el micrófono de nuevo.

—Ahmed, te tengo localizado, a ti y a Marcos, estamos cerca. ¿Estás bien? ¿Has visto o escuchado algo hace unos segundos?

—Solo a alguien corriendo, ¿eras tú?

—Sí, era yo.

—Estoy agazapado en la entrada de un portal e intacto —continuó Ahmed —, pero Marcos no ha corrido la misma suerte, me temo que está muerto. Iba delante de mí cuando lo vi caer. Le dispararon en la cabeza y yo me refugié en el portal que tenía más cerca. Creo que ha sido un francotirador y ha disparado con silenciador, no escuché la detonación.

—Joder —dijeron casi al unísono Miguel y Carlos.

Carlos le indicó mediante gestos a Miguel que debían inspeccionar la zona para intentar localizar al supuesto francotirador. Miguel, que no comprendía por qué se lo comunicaba mediante señas pudiendo utilizar el micrófono, se encogió de hombros y poco después le mostró su dedo pulgar en señal de aprobación. Inclinó ligeramente su cabeza para aproximar su boca al micrófono y habló:

—Carlos y yo vamos a inspeccionar la zona para intentar localizar al francotirador. Tú no te muevas del portal.

—De acuerdo —dijo Ahmed.

Carlos entró en un edificio y subió las escaleras. No se encontró con nadie y alcanzó el rellano que debía conducir al tejado, del que solo lo separaba una puerta que no estaba cerrada. La cruzó de cuclillas y observó que el tejado del edificio era en realidad una cubierta plana rodeada de un murete de un metro de alto, al que se aproximó lentamente observando a través del equipo de visión nocturna. Se parapetó y, con mucho cuidado, colocó el fusil con el silenciador sobre el murete. Observó a través de la mira telescópica del arma la calle donde se encontraba Ahmed y lo vio, de pie, inmóvil, refugiado en un portal. También estaba inmóvil el cuerpo de Marcos, tendido en el suelo boca arriba, a unos pocos metros de Ahmed. Sacó de la mochila un dispositivo de similar tamaño y aspecto que un teléfono móvil. Se trataba de un radar que

permitía ver a través de las paredes, lo activó y, a modo de cámara fotográfica, comenzó a observar los edificios de la calle, planta por planta, partiendo de aquel en que se encontraba Ahmed y siguiendo calle abajo en dirección al puerto. La calle acababa en un cruce, al otro lado había unas pequeñas edificaciones que también comprobó con el radar. No vio nada sospechoso, nadie apostado en ninguna ventana, portal, tejado o balcón, ni armado ni desarmado. Bajó de nuevo a la calle y se dispuso a hablar por el micrófono.

—Miguel, acabo de rastrear la zona con el radar. En el lado de la calle donde te encuentras tú no he observado a ningún posible tirador.

—Yo tampoco en tu lado —afirmó Miguel—. Más allá de donde termina la calle, cerca del puerto, no hay más que pequeñas construcciones cuya baja altura dificulta la visibilidad sobre el lugar en que ha sido abatido Marcos.

—Y tú, Ahmed, ¿qué opinas? —prosiguió Miguel—. ¿Estás seguro de que el disparo procedía de la parte inferior de la calle?

—Sí, completamente seguro —afirmó con rotundidad Ahmed—. Como te dije, estábamos bajando la calle cuando Marcos recibió el impacto de la bala y cayó hacia atrás.

—El tirador podría haber cambiado de ubicación —comentó Miguel—. Puede que se haya retirado a una posición más próxima al puerto.

—Solo hay una forma de saberlo —dijo Carlos—. Miguel, reúnete conmigo en la esquina donde nos separamos.

Antes de que Miguel respondiese, Carlos cruzó la calle. No hubo ningún disparo. Se pegó a la pared y esperó a Miguel, que llegó pasados unos segundos.

—Qué raro es todo esto —se extrañó Miguel—. ¿Cómo sabía el tirador que veníamos si el rastreador está en el blindado, cerca de la base? ¿Y por qué se ha ido pudiendo matarnos?

—La primera pregunta puede que tenga una rápida respuesta. La segunda depende de la primera —apuntó Carlos.

Miguel se aproximó a Carlos invadiendo su espacio personal.

—Déjate de juegos de palabras. Si tienes que decir algo, dilo.

—Pues digo que salgamos de aquí y bajemos la calle con los fusiles listos para disparar hasta alcanzar la posición de Ahmed y Marcos.

Carlos dobló la esquina y avanzó calle abajo, refugiándose cada pocos metros en algún portal desde el que apuntaba el fusil haciendo un barrido con la mira telescópica a derecha e izquierda, arriba y abajo. Unos metros más

atrás lo seguía Miguel. Finalmente, llegó hasta el portal donde se encontraba Ahmed.

—Voy a tomarle las constantes vitales a Marcos, entretanto, cubre la parte baja de la calle —le instó a Ahmed. Utilizando señas, a Miguel le dijo que cubriese la parte de la calle que habían dejado atrás.

Carlos se acercó a Marcos seguido de cerca por Ahmed, se puso en cuclillas para observar de cerca el cuerpo de Marcos y dejó su fusil en el suelo. Los ojos de su compañero estaban abiertos e inmóviles, como si estuviese mirando las estrellas, que esa noche eran especialmente luminosas, todo lo contrario que los ojos de Marcos, oscuros, apagados. No tenía pulso ni tampoco respiraba. Carecía de sentido hacer maniobras de reanimación, puesto que no servirían de nada después de tantos minutos de anoxia cerebral. Un gran charco de sangre lo rodeaba, y como si se tratase de ríos, pequeños regueros de color púrpura se abrían paso calle abajo entre el empedrado. En la frente de Marcos se podía apreciar el orificio de entrada de la bala que le había atravesado el cráneo como si fuese de mantequilla. Le levantó la cabeza y observó el orificio de salida en la región occipital, mucho mayor que el de entrada. Un fragmento de cráneo con el cabello ensangrentado colgaba de la parte posterior de su cabeza, pero ni el orificio de entrada ni el de salida se ajustaban al calibre de la munición empleada por el rifle de un francotirador. Buscó señales de la proyección de sangre y tejido encefálico y las encontró, aunque no donde debían estar, tras el cadáver, sino delante, en el suelo y en la pared. El cuerpo de Marcos había sido movido para aparentar que el disparo procedía de la parte baja de la calle, cuando en realidad lo había recibido desde la zona alta. La sombra que proyectaba el fusil de Ahmed se movió con celeridad; sin dudar, le asestó una patada en la zona posterior de la rodilla, lo suficiente como para desviar el disparo. Desenfundó su pistola y, cuando se disponía a disparar a Ahmed, este se desplomó sobre él como un muñeco, haciéndolo caer de lado y quedando atrapado bajo el cuerpo de Ahmed. Entonces pudo ver a Miguel acercándose, sin dejar de apuntar con su arma.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel.

—Perfectamente —contestó mientras se zafaba del cuerpo de Ahmed.

—¿Cómo lo sabías? ¿Cómo llegaste a la conclusión de que fue Ahmed quien mató a Marcos? —preguntó Miguel.

—Ya te dije que no me gustaba. Desde que llegamos a la base estuve observándolo. Tallaba la madera con saña y lanzándome miradas, como si intentase provocarme. En las reuniones muchas veces parecía ausente, absorto en sus pensamientos. Cuando fue a Ebel El Saqi para comprar el Megane me

ofrecí a llevarlo, pero tú decidiste que fuese Marcos. De haber ido yo lo habría seguido, y puede que hubiese descubierto algo sospechoso, aunque también es posible que ahora el muerto fuese yo y no Marcos.

—¿No me estarás culpando de la muerte de Marcos?

—No, yo tampoco estaba seguro hasta esta noche. Cuando llamó para decirnos que habían abatido a Marcos y le preguntaste no contestó, debía estar ocupado colocando el cadáver para que pareciese que le había disparado un francotirador. Además, su silencio haría que acudiésemos sin tomar precauciones hasta esta calle, donde nos debía estar esperando para matarnos, como hizo con Marcos. Pero no nos ajustamos a sus planes. En lugar de eso hicimos lo que teníamos que hacer, asegurar el perímetro y descartar la presencia del francotirador. Eso lo desconcertó y cambió de estrategia. Dejaría que nos acercásemos. Conmigo inspeccionado el cuerpo de Marcos y tú detrás, no le resultaría muy difícil disparate a ti y después a mí. No contaba con que me percataría tan rápido de que a Marcos lo habían disparado desde el lado contrario al que siempre sostuvo que lo hicieron, incluso cuando le preguntaste si estaba seguro.

Miguel estuvo unos segundos en silencio, uno de esos silencios que parecen hacer más ruido que cualquier sonido. Finalmente, habló:

—Entonces, se puede decir que nos hemos salvado la vida el uno al otro, tú desequilibrándolo lo justo como para que la bala que tenía como destino mi cabeza se perdiese en el cielo, y yo disparándole en la frente un segundo después.

—Dejémoslo en tablas —apuntó Carlos—. Ahora tenemos dos problemas: esconder los cuerpos de Marcos y Ahmed y seguir con la misión con dos efectivos menos.

—Creo que deberíamos abortar esta misión y hablar con Madrid para pedir refuerzos.

—¿Y de dónde vendrán? ¿De Madrid? ¿De Israel? ¿Cuánto tardarían en llegar en el mejor de los casos? Desde Israel varias horas, suponiendo que tengamos agentes operativos en territorio hebreo. No somos la CIA, Miguel. El CNI no dispone de un helicóptero que pueda traerlos en media hora.

—Es un suicidio —dijo Miguel—. Lo más probable es que Ahmed avisase a Karim Assad de nuestra llegada.

Carlos se agachó y comenzó a buscar en los bolsillos de Ahmed.

—¿Qué haces? —quiso saber Miguel.

—Buscar un teléfono móvil, no el suyo, sino alguno que pudiese haber comprado en Ebel El Saqi.

Carlos rebuscó en todos los lugares donde pudiera haber guardado Ahmed un terminal. Cuando acabó, alzó la cabeza.

—Nada. Si lo usó ya no lo tiene —prosiguió Carlos—. Puede que se deshiciese de él tras llamar a quien fuese que llamase para informar de la operación, o igual utilizó una cabina de teléfono.

—¿Y un micrófono oculto? —sugirió Miguel.

—Lo buscaré mientras vas por el Megane y lo traes. Tenemos que ocultar los cuerpos antes de que alguien los vea, y no se me ocurre mejor lugar que el maletero del coche.

Miguel dejó su arma y fue en busca del Megane. No tardó ni cinco minutos cuando ya giraba con dificultad en la esquina de la calle donde estaba Carlos y los dos cadáveres. Condujo contra dirección hasta llegar a la altura de su compañero. Salió y, con el motor en marcha, abrió el maletero del automóvil, donde colocaron los cadáveres de los dos agentes, debajo de las bolsas con el material imprescindible para la operación.

—¿Algún micrófono? —preguntó Miguel.

—No —fue la escueta respuesta de Carlos.

—Entonces lo estacionaré al final de la calle —dijo Miguel, refiriéndose al Renault—. Allí hablamos.

Carlos se subió al coche y Miguel lo condujo hasta encontrar un hueco entre dos pequeñas edificaciones. Paró el motor y ambos salieron. Un intenso hedor a pescado podrido invadía el ambiente; procedía de la construcción que quedaba a su derecha.

—¡Mierda! ¡Joder!, ¡joder!, ¡joder! —repitió Carlos. Unas lágrimas reprimidas recorrían sus mejillas—. El cabronazo se ha cargado a Marcos. ¿Tenía familia?

—Sí, esposa y dos hijos —respondió Miguel—. No es culpa tuya, Carlos. Son gajes del oficio.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo. Cada vez que pierdo a un compañero me siento culpable.

—¿Lo dices por el presentimiento de que alguien iba a morir?

—Quizás. Algo me decía que tenía que haber llevado a Ahmed a Ebel El Saqi.

—Ya lo hemos hablado, puede que entonces el muerto fueses tú.

—Ese no era mi presentimiento. Es igual, dejémoslo. Ahora tenemos que centrarnos en la misión.

—¿Cuál es tu idea? Porque seguro que tienes un plan alternativo ahora que somos dos menos y puede que en el yate estén alerta.

—El plan es el mismo —respondió Carlos—. Supongo que Ahmed tenía órdenes de liquidarnos, que se presentaría en la base con nuestros cuerpos explicando que habíamos caído en una emboscada. Fin de la operación Cervantes. Pero dudo que antes no informase a Assad. Puede que en estos momentos se encuentre en su camarote esperando la confirmación de Ahmed. Debemos darnos prisa, el tiempo corre en nuestra contra.

—Estamos en inferioridad —aseveró Miguel—. Es una temeridad. Además, le prometí a Marisa que te protegería, que te llevaría a casa sano y salvo.

—Marisa —suspiró Carlos—. Hoy se reunían todas para merendar con los niños. Debería haberla llamado —comentó mientras se frotaba la nuca, cabizbajo—. En fin, son gajes del oficio —dijo Carlos parafraseando a Miguel—. No es la primera vez que nos enfrentamos a un enemigo más numeroso. Es el momento de pasar a la acción.

Miguel y Carlos se quitaron la ropa de paisano, dejando al descubierto un uniforme negro, igual que el chaleco antibalas de kevlar. Se embadurnaron la cara con una crema del mismo color que solo dejaba a la vista sus ojos. Si permanecían inmóviles y tumbados, nadie que pasase a esas horas a su lado se percataría de su presencia. Cada uno se cubrió la cabeza con un gorro negro. Metieron la ropa de la que momentos antes se habían desecho en una bolsa que colocaron en el asiento posterior del Megane, sacaron varios cargadores de repuesto para sus armas: las pistolas, los dos fusiles HK G36 y un rifle para francotirador M24A3, así como unas granadas de mano y equipos de visión nocturna, además del radar y el geolocalizador. Salvo las armas y varios cargadores, el resto lo introdujeron en dos mochilas.

—Se me olvidaba —añadió Carlos, que extrajo del maletero una pequeña bolsa de plástico y un temporizador—. C4. Quizás lo necesitemos para reventar algo o a alguien.

Carlos, que no quería darle a Miguel la oportunidad de replantearse la operación, comenzó a caminar por un sendero desde el que se podía ver la bahía y las luces del puerto. Llegaron a una pequeña ensenada en la que unas barcas pesqueras bailaban al son de las olas. Se tumbaron uno junto al otro, Carlos sacó el rifle de francotirador de su funda y enroscó un silenciador en la punta del cañón.

—No pretenderás usarlo, ¿verdad? —preguntó Miguel—. ¿Cuánto hace que no disparas con uno como este?

—Varios años. Quizás sea mejor que lo dispares tú —reconoció Carlos, que le pasó el rifle a Miguel.

No muy lejos, en el puerto, el monocular de visión nocturna le permitía ver a Carlos el yate amarrado a un pantalán. Constaba de dos cubiertas, la primera con una pequeña pasarela en el lado de babor, en la segunda se hallaba el puente de mando. Las luces del barco, que se reflejaban en el mar, eran más intensas que la escasa iluminación que proporcionaban las dos farolas del pantalán.

—Cuatrocientos cincuenta metros, cuarenta y siete grados a tu derecha —le susurró a Miguel, que ajustó la mira telescópica y la dirección del rifle a las coordenadas.

—Tengo a tiro a dos. Un hombre en la primera cubierta, a babor, cerca de la popa, y otro sobre el puente de mando, ambos armados. Que empiece la fiesta.

Miguel hizo dos disparos seguidos. Los dos a la cabeza de los objetivos. Ambos hombres cayeron abatidos y esperó. Al cabo de unos segundos, y probablemente alertado por el sonido de los cuerpos al caer, un tercer hombre apareció por la popa, se detuvo y comenzó a apuntar con su fusil semiautomático en varias direcciones. Miguel apretó el gatillo y el hombre desapareció de su vista tras ser alcanzado por la bala. Siguió apuntando, rastreando cualquier movimiento.

—¿Ves a alguien? —preguntó Miguel sin soltar el rifle.

—Acaba de entrar alguien en el puente de mando. No va armado. Debe ser el capitán —respondió Carlos.

—Esperaremos —dijo Miguel—. Tarde o temprano echarán de menos a los tres «fiambres» y se pondrán a tiro.

Pero pasaban los minutos y Miguel empezaba a impacientarse. No podía usar el radar, porque a esa distancia la resolución del dispositivo era prácticamente nula; por tanto, no sabía cuántos hombres armados podría haber en el yate. Que horas antes hubieran localizado a siete, no significaba que quedasen cuatro con vida, podrían ser más y eso le inquietaba. Así que se arriesgó, apuntó a una de las dos pequeñas farolas de vidrio del pantalán y disparó, dejando a oscuras unos metros de la estructura flotante que daba a la embarcación y haciendo que cientos de minúsculos cristales se dispersasen; unos cayeron al agua, otros sobre el pantalán, lo que no pasó desapercibido para el tripulante de la cabina de mando, que descolgó un teléfono.

En menos de un minuto, un hombre armado abrió una puerta de la segunda cubierta de babor seguido de otro. Dos disparos. El primero derrumbó al que ya había salido de la puerta, el segundo impactó en la cabeza

del que lo seguía lanzándolo hacia atrás. Debió de caer por alguna escalera, puesto que desapareció del campo visual de Miguel.

«Aún deben quedar al menos dos, pero ya tienen que estar sobre aviso», pensó Miguel, que disparó contra la segunda farola para provocar la mayor oscuridad posible. Si hubiesen sido cuatro, los siguientes pasos a seguir eran sencillos: tres asaltarían el yate y uno se quedaría cubriéndolos con el rifle. Pero solo quedaban Carlos y él.

—¿Te ves preparado o voy yo? —preguntó Miguel sin dejar de apuntar al barco.

—Estoy en perfecta forma física —contestó Carlos.

Entonces, se levantó, desenrolló la gorra convirtiéndola en un pasamontaña y corrió como un fantasma entre la negrura de la noche hasta salvar la distancia que lo separaba del pantalán. Cuando llegó, se detuvo un instante y comenzó a caminar despacio sobre la estructura de madera, hacia el yate, con su fusil con silenciador apuntando al frente. En la cabina de mando ya había tres tripulantes, uno de ellos no dejaba de dar órdenes a los otros dos. El rugido del potente motor diésel del yate se escuchó de pronto. Uno de los tripulantes abandonó la cabina y apareció en la cubierta tras girar por la proa. Se llevó la cara a la mano ante la visión de los cadáveres y se encaminó hacia la pasarela. «Va a desamarrar el yate», pensó Carlos, que sin dudarlo, apunto y disparó. El tripulante cayó al mar. Carlos siguió avanzando entre la oscuridad del pantalán con todos los sentidos alerta. Llegó a la pasarela justo cuando alguien apareció en la primera cubierta, se trataba de un segundo tripulante que se desplomó dejando una mancha de salpicaduras de sangre en la blanca pared del yate, justo donde un segundo antes se encontraba su cabeza. Un ruido de cristales rotos lo alertó. Una segunda bala era la responsable.

—Carlos, estoy a cincuenta metros de ti —escuchó por el auricular incorporado a su oído derecho. Era Miguel—. Me he cargado al capitán. Ese yate tiene la potencia suficiente como para salir del puerto sin soltar amarras, aunque para ello arranque parte de la barandilla de la primera cubierta. Sube al barco, yo te cubro.

Carlos cruzó la pasarela y accedió a la primera cubierta. Sorteó uno de los cuerpos sin vida y, pegado a la pared de babor, se desplazó en dirección a la popa, hasta una cristalera. Se asomó un segundo. A pesar de que se trataba de una gran estancia, seguramente el salón principal, no vio a nadie dentro. Retrocedió hasta llegar a una puerta, extendió su brazo izquierdo para alcanzar la manilla, empujó hacia abajo y tiró ligeramente sin dejar de apuntar

con su fusil. La puerta se entreabrió y espero un par de segundos, tras los cuales accedió a un pasillo apuntando a derecha e izquierda. No había nadie. En la popa, el pasillo acababa en el salón que vio desde fuera, pero no entró. Había una puerta abierta antes de llegar al salón, hacia allí se encaminó pisando el suelo enmoquetado y ricamente ornamentado con motivos florales. La puerta daba acceso a una escalera ascendente, también enmoquetada y con las barandillas doradas. Subió las escaleras con su arma en posición de ataque y sin quitar el dedo del gatillo. Un nuevo pasillo se intuía mientras ascendía con el equipo de visión nocturna, a pesar de que todas las luces del yate estaban encendidas. El último peldaño daba a un pequeño rellano. Seguía sin escuchar nada, solo su respiración y el ruido del motor del barco. Observó el pasillo desde un lado de la puerta, después desde el otro. Vacío. Recorrió el pasillo en dirección a la proa, despacio. Encontró una puerta con las letras W. C. y la abrió. Tampoco encontró a nadie. Empezó a pensar en lo extraño que era que no se hubiese cruzado con alguien. «Hemos matado a ocho, cinco del equipo de seguridad y tres tripulantes. Antes de salir de la base había veintidós personas, por tanto, ¿dónde se han metido los catorce restantes, incluidos los dos de seguridad que no hemos matado? ¿Han abandonado el yate? No; en ese caso, el capitán no habría intentado abandonar el puerto. Tengo que encontrarlos antes de que me encuentren a mí».

Carlos se dirigió hacia la popa. A su izquierda comenzaba una cristalera por donde podría ser visto desde fuera del yate, por tanto, disparó a las lámparas que iluminaban el pasillo dejándolo a oscuras, entonces avanzó. Alguien abrió una puerta a su derecha y la volvió a cerrar, era una camarera con delantal y cofia, una mujer muy atractiva y de generosas curvas. Él se detuvo amparado por la oscuridad, la camarera no, lo que provocó que se topara con Carlos y cayese al suelo la bandeja que portaba, con la vajilla y la cubertería incluidas. Le tapó la boca con su mano izquierda y la apretó contra él antes de que pudiese soltar un grito que alertase al resto de los ocupantes del barco, aunque el ruido que había producido la bandeja y su contenido ya habría sido escuchado por alguien. Pudo apreciar el miedo en la mirada de la camarera y, sin dejar de taparle la boca, la intentó tranquilizar en inglés y en árabe:

—No se mueva. No le voy a hacer daño, pero tengo que inmovilizarla.

Carlos dejó el arma a su lado, sacó cinta americana de su mochila y le cubrió la boca. También extrajo de la mochila unas bridas y se las ajustó a las muñecas y los tobillos. Entonces, escuchó unos pasos detrás de él y pensó que había llegado su hora. Rodó sobre sí mismo lanzándose al suelo, intentando

apuntar al sujeto con la pistola que en unas décimas de segundo había extraído de la funda, pero antes de que pudiese disparar, un fogonazo iluminó el pasillo y un fornido hombre con un fusil AK-47 cayó boca abajo, a un par de metros de él. Más atrás estaba Miguel, que se acercó hasta llegar a su posición.

—Dos a uno. Roto el desempate de hace un rato —le susurró al oído Miguel haciendo referencia a la muerte de Ahmed—. Ya solo queda uno armado, supuestamente. Antes de subir he bajado a la sala de máquinas, he eliminado a dos como este —dijo mirando al que acababa de matar—. También he reducido a un par de mecánicos, a un tripulante, al cocinero, a su ayudante y a otra camarera.

—Nos faltan como mínimo cinco, y al menos uno va armado —añadió Carlos, avanzó hasta la puerta por donde había salido la camarera, pidiéndole a Miguel que se situase a un lado mientras él se disponía a abrirla desde el lado contrario, pero no lo consiguió, estaba cerrada con llave—. Tendré que utilizar el C4 —murmuró.

El agente sacó con cuidado el explosivo del plástico que lo envolvía, cortó un pequeño fragmento con precisión quirúrgica y, cual plastilina, lo pegó en la cerradura. Insertó un pequeño detonador cilíndrico en el C4. Miguel y Carlos se apartaron unos metros de la puerta y se tumbaron boca abajo; entonces, Carlos apretó el botón de un pequeño dispositivo de detonación remota. Un seco estruendo resonó en el pasillo y lo iluminó solo un segundo. Los agentes se levantaron, atravesaron la pequeña nube provocada por la explosión y se situaron de nuevo a ambos lados de la puerta entreabierta; Miguel la abrió un poco más con la punta de su fusil. Una ráfaga de un arma automática atravesó la puerta y llenó de agujeros la cristalera emplazada en la pared opuesta, que instantes después se desmoronó llenando de cristales el pasillo. Miguel sacó de su mochila una máscara antigás adaptada para los equipos de visión nocturna, se la mostró a Carlos y este retrocedió unos pasos; se la ajustó y lanzó un bote con gas inmovilizante a través de la puerta, lo más lejos que pudo. El gas, incoloro e inodoro, podía matar a quien lo respirase durante un cuarto de hora, incluso menos. Los dos agentes escucharon el carraspeo y la tos de al menos dos personas. Otra ráfaga de disparos precedió la precipitada salida del tirador, que fue abatido por Carlos. Miguel se aproximó al cuerpo inerte, tendido boca arriba en el suelo. No era Karim Assad. Tras cinco minutos, solo se escuchaba toser dentro de la estancia, si se trataba de Assad, debían mantenerlo con vida. Carlos ya se había colocado la máscara antigás y Miguel inició una cuenta atrás con sus

dedos. Al llegar a cinco, los dos agentes irrumpieron en la cabina lanzándose al suelo, Carlos a la izquierda y Miguel a la derecha. Escucharon varios disparos de una pistola mientras ellos eran detenidos en su recorrido por dos sofás en lo que aparentaba ser un despacho.

En su precipitada entrada, Carlos observó como la única fuente de luz procedía del fondo de la estancia y creyó distinguir que se trataba de una lámpara de pie. Mediante gestos, informó a Miguel de sus planes, entonces fue él el que inició la cuenta atrás con los dedos de su mano derecha, comenzando por el pulgar; cuando llegó al dedo meñique, Miguel lanzó un bote de gas hacia el fondo del despacho, pero sin quitarle la anilla de seguridad, solo pretendía distraer a quien hubiese disparado. En ese instante, Carlos se levantó y disparó una certera ráfaga contra el origen de luz. Como había observado con anterioridad, era una lámpara de pie situada en una esquina, pero vio algo más: un hombre. Todo quedó a oscuras salvo para los agentes, a oscuras y en silencio, un silencio que momentos después interrumpió un gemido de dolor.

—Me temo que le he dado —murmuró Carlos.

Los dos agentes se levantaron y se encaminaron hacia el fondo del despacho, ocupado por una gran mesa situada delante de una estantería de libros, varias sillas y una butaca junto a una lámpara de pie, apoyada sobre la pared. Sin dejar de apuntar con sus armas, alcanzaron la butaca; en el suelo, tumbado boca arriba, yacía un cuerpo. Carlos se aproximó, alejó la pistola que se encontraba junto al hombre arrastrándola con su pie y se inclinó sobre él. Era Karim Assad —habían recibido en la base una serie de fotografías del traficante desde la sede del CNI— y no tenía pulso, pero sí un par de heridas sangrantes, una en el pecho, la otra en el hombro derecho. Carlos situó su mano sobre la nariz y la boca de Assad.

—¡Mierda! Ha entrado en parada cardiorrespiratoria —se quejó.

Sin perder el tiempo, extrajo de la mochila un sobre y lo abrió; el contenido era una jeringa con una larga y gruesa aguja, que insertó, como si de un puñal se tratase, en el centro del pecho del traficante. La adrenalina, inyectada directamente en el corazón de Assad, le devolvió a la vida. El traficante tosió, inspiró profundamente y abrió los ojos, oscuros y vacíos, carentes de cualquier atisbo de humanidad.

—¿Dónde están? ¿Dónde escondes los viales con la viruela? —preguntó Miguel.

Assad soltó una carcajada entrecortada por tosidos sanguinolentos.

—No tenéis ni idea de dónde os habéis metido —contestó con dificultad —. Estáis muertos.

—Tú eres quien va a morir si no respondes nuestras preguntas —amenazó Carlos mientras presionaba con su bota la herida del hombro.

El traficante emitió un ahogado grito de dolor.

—¡Hijos de perra! ¿Acaso pensabais que encontraríais algo en el yate? —espetó Assad.

—Si colaboras podemos ayudarte a seguir vivo, de lo contrario morirás —mintió Carlos, consciente de que ya no se podía evitar la muerte del traficante. La herida del pecho le había provocado una gran pérdida de sangre, pero tenía que intentar jugar esa baza.

—Vas a morir aquí, solo, como un perro —añadió Miguel, situando su cara a unos pocos centímetros de la del moribundo.

—Estáis muertos —repitió Assad con un hálito de voz. Fueron sus últimas palabras antes de fallecer.

—¡Joder! Lo hemos perdido. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Miguel.

Carlos comenzó a rebuscar en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón de Assad. Cual trofeo, mostró a su compañero el teléfono móvil del traficante y lo introdujo en su mochila. Después, se dirigió hacia la mesa del despacho, sobre la cual había un ordenador portátil encendido. Comenzó a abrir cada una de las carpetas que había en el escritorio del ordenador. Encontró varios archivos comprimidos que no pudo abrir porque requerían contraseña. Era lo que estaba buscando. Insertó un lápiz de memoria en uno de los puertos USB del ordenador y copió los archivos.

Miguel, tras escudriñar en la librería, había abierto los cajones del escritorio. Un portafolio le llamó la atención, en la cubierta había impresas unas letras cirílicas, era ruso. El portafolio estaba vacío, tampoco encontró ningún documento escrito en ruso en los cajones. Tocó el hombro de Carlos y este se giró.

—¿Se te ocurre algo? Es lo único extraño que he encontrado y está vacío, el resto son documentos sin interés —dijo Miguel mostrando el portafolio a Carlos.

—Caballo de Troya —contestó Carlos después de leer las palabras en ruso —. Han debido deshacerse del contenido precipitadamente. Lo más probable es que lo hayan hecho durante nuestra incursión al yate. Busca en la papelera y en la trituradora de papel, yo le echaré un vistazo a la chimenea.

El despacho disponía de una chimenea de gas que en ese momento estaba encendida. Carlos retiró el cristal térmico protegido por sus guantes.

—Limpio. Aquí no han quemado nada.

—Yo tampoco he encontrado ningún papel escrito en ruso —añadió Miguel.

Carlos sacó de la funda el cuchillo militar de acero y titanio y se dirigió hacia el cadáver de Assad.

—¿Qué haces? —preguntó Miguel.

—Este cabrón se lo ha debido tragar. Lo voy a abrir en canal.

Cuando Carlos comenzaba a rasgar la camisa de Assad, el sonido de unas sirenas lo detuvo.

—Vámonos de aquí —le apremió Miguel—. Han debido avisar a la policía, o peor aún, al ejército.

Los dos agentes abandonaron el despacho, se quitaron las máscaras antigás y avanzaron por el pasillo de la segunda cubierta, dejando atrás a la camarera, que los miraba aterrorizada. Descendieron rápidamente las escaleras que les conducirían hasta la primera cubierta y alcanzaron la puerta de salida, donde se detuvieron mientras las sirenas se escuchaban cada vez más cercanas. Miguel echó un vistazo al exterior, no había nadie. Le hizo una señal a Carlos y los dos descendieron por la pasarela hasta el pantalán. Corrieron los escasos cien metros que los separaban de tierra firme y giraron a su derecha. Cuando llegaron al Renault Megane, se quitaron el equipo de visión nocturna y se limpiaron la cara hasta hacer desaparecer cualquier resto de la crema negra de camuflaje. Se volvieron a vestir con la ropa de paisano y dejaron sus equipos de visión nocturna, los fusiles y el rifle en el maletero, sobre los cuerpos de Ahmed y Marcos. Miguel puso en marcha el vehículo y abandonaron el lugar a toda velocidad. Esta vez no volverían por donde había llegado a Biblos, tomarían carreteras secundarias para evitar los probables controles policiales.

Tras más de media hora circulando por caminos polvorientos, y con ayuda del localizador por satélite, alcanzaron la carretera principal. Desde lo alto de la colina donde se encontraban podían ver Biblos y distinguir los destellos azulados generados por las luces estroboscópicas de decenas de vehículos. Miguel sacó su teléfono móvil y llamó al general Ramírez, que contestó al cabo de unos segundos.

—¿Diga?

—Buenas noches, general, soy el teniente Gómez. Espero no haberle despertado.

—¿Acaso cree que podría dormir estando ustedes en una operación y con cuatro de mis soldados dando vueltas ahí fuera? —dijo con tono airado.

—Disculpe, señor, es evidente que ha hecho lo que debía. Nosotros hemos cumplido nuestra misión, pero tenemos dos bajas, los agentes Hassan y Labrador.

—Lo siento —dijo el general—. Discúlpeme, creo que he sido algo grosero. Lamento la muerte de sus compañeros.

—No es necesario que se disculpe, general. Entiendo perfectamente la delicada situación en que le hemos colocado. Nos dirigimos hacia la base, estaremos allí en menos de media hora. Avise al teniente Soriano para que prepare dos féretros.

—Lo haré. ¿Y mis hombres?

—Cuando lleguemos nosotros pueden volver.

—Está bien —afirmó Ramírez—. Tengo que hablar con usted cuando regresen. Nos vemos en la base.

El general colgó y Miguel aceleró mientras observaba por el retrovisor como poco a poco Biblos desaparecía.

Capítulo 8: Unas instalaciones sospechosas

Día 6. 22 de diciembre, 06:30 h. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

Llegaron a la base militar antes del amanecer, como estaba previsto. Miguel redujo la velocidad y detuvo el vehículo a unas decenas de metros de la entrada. Carlos se bajó y se encaminó hasta la garita.

—¡Alto! Identifíquese —dijo el soldado de guardia en la garita.

—Somos los tenientes Fernández y Gómez. Regresamos de una misión.

—Ah, sí, disculpe. Ya había recibido el aviso de que llegarían.

La enorme puerta comenzó a abrirse, dejando que la luz interior de la base iluminase el vehículo donde Carlos se había vuelto a subir. Miguel se percató entonces de la cantidad de polvo acumulado en el parabrisas delantero, accionó el limpiaparabrisas y observó absorto el ir y venir de las escobillas sobre el cristal.

—¿Entramos? —sugirió Carlos sacándolo de su ensimismamiento.

—Sí, claro —respondió Miguel—. Esperemos que Soriano haya preparado los ataúdes. Deberían salir lo antes posible hacia Madrid.

—Cierto. ¿Te sucede algo?

—Tengo que notificar la muerte de Ahmed y Carlos al «jefe». Ahmed no estaba casado, pero Marcos sí… Deja una viuda y dos hijos pequeños. Conozco personalmente a su mujer… es un encanto. Debería ser yo quien se lo comunicase, aunque le corresponda a Sainz de Rozas como responsable al mando del CNI.

Carlos negó con la cabeza antes de hablar.

—¿Por qué no se lo dices a Sainz de Rozas? Quizás acepte que seas tú quien le comunique la muerte de Marcos a su mujer.

—Lo intentaré, pero más tarde, ahora debemos entrar.

El Megane atravesó la puerta y se detuvo en seco. Delante, en pie y con los brazos en jarras, les esperaba Soriano. Miguel y Carlos se bajaron del vehículo y el primero tomó la palabra.

—¿Ya le ha dicho Ramírez que hemos sufrido dos bajas? —preguntó Miguel mientras Carlos abría el maletero.

Sin contestar, Soriano rodeó el coche hasta llegar a la altura de Carlos. Observó los dos cadáveres y, con sarcasmo, añadió:

—Mi enhorabuena. Veo que la misión ha sido todo un éxito.

Miguel fue directamente hacia el teniente. Carlos, que lo vio venir, lo detuvo abrazándolo antes de que agrediese a Soriano.

—Es un hijo de puta, teniente —le dijo Miguel a Soriano—. Tenga cuidado, porque cualquier día, cuando menos se lo espere, le partiré la cara.

—¿Me está amenazando?

—Le estoy advirtiendo. No juegue con su suerte —contestó iracundo Miguel, mientras Carlos pugnaba para que no se escapase de sus brazos—. Haga su trabajo y ordene a sus hombres que trasladen los cuerpos a un ataúd.

Soriano no contestó. Se alejó del vehículo y entró en una de las carpas de la UME. A los pocos segundos de entrar, cuatro soldados salieron de la carpa empujando dos angarillas sobre las que había un par de ataúdes metálicos.

—Buenas noches, o buenos días, según se mire —saludó uno de los efectivos de la UME—. El teniente nos ha ordenado colocar dos cadáveres en sendos ataúdes. ¿Dónde…?

El soldado no acabó la pregunta, ya había visto los cuerpos de Ahmed y Marcos en el maletero.

—¿Qué les ha sucedido? —continuó el soldado.

—¿Usted qué cree… Juárez? —le interpeló Carlos, tras leer el apellido del soldado impreso encima del bolsillo izquierdo de su chaqueta.

El soldado no contestó, en su lugar, apremió a sus tres compañeros para que se acercasen. Entre los cuatro sacaron los cuerpos del maletero y los colocaron dentro de los ataúdes.

—¿Los nombres de los fallecidos, por favor? —preguntó otro de los soldados.

Carlos le dijo los nombres y los falsos apellidos de los dos agentes. El soldado lo anotó en un rótulo situado en la parte frontal del ataúd, abrió un portafolio y extrajo dos impresos, los rellenó y se los entregó a Carlos junto con un bolígrafo.

—Necesito que los firme.

—Lo haré yo —intervino Miguel, que cogió los impresos y los observo con detenimiento. Ambos eran idénticos, contenían varios apartados para rellenar, pero el soldado solo había completado los correspondientes a los nombres de los fallecidos y la fecha de defunción, dejando en blanco el espacio reservado para las causas de la muerte.

—Herida de bala mortal en la cabeza —dijo Miguel mientras le devolvía firmados los dos impresos, uno por cada fallecido.

—¿Disculpe? —inquirió el soldado.

—Que han muerto por herida de bala en combate —contestó Miguel—. No lo ha apuntado en el informe.

—Gracias, ahora lo anoto. Aunque debe confirmarlo un médico de la UME.

Los soldados abandonaron el lugar transportando los dos ataúdes. Miguel y Carlos recogieron las armas y el resto del material militar del Megane para llevarlo hasta su carpa. Después, fueron hasta el barracón de mando, entraron y se dirigieron hacia el fondo, hasta el despacho del general Ramírez, pero solo hallaron al asistente del general ordenando unos papeles, de espaldas a la puerta.

—Buenos días, coronel —saludó Miguel llevándose la mano a la sien—. Habíamos quedado en vernos con el general. ¿Sabe dónde se encuentra?

—Buenos días —respondió el coronel Merchán, que se volvió y correspondió al saludo militar de Miguel—. Ya debería estar de vuelta. Ha ido un momento al hospital.

—¿Al hospital? —preguntó contrariado Carlos.

—Teniente, acaba de fallecer el último paciente que aún permanecía con vida —informó Merchán—. Van a proceder a desinfectar toda la instalación.

—Buenos días —dijo Ramírez según entraba por la puerta—. Ahórrense los saludos militares y tomen asiento.

Ramírez se sentó en su silla, detrás de la mesa, mientras Carlos y Miguel hacían lo propio en un par de sillas, delante del general, al otro lado de la gran mesa que presidía el despacho.

—Sentimos mucho que hayan muerto todos los enfermos. Nos lo acaba de comunicar el coronel —intervino Miguel.

El general dirigió una mirada sombría a los dos agentes, abrió uno de los cajones y sacó una botella de *whisky* y cuatro vasos.

—Yo lo tomo solo. ¿Quieren hielo? Sé que es un poco pronto para beber; por tanto, si no desean tomar *whisky* a estas horas lo entenderé, pero yo lo necesito.

Miguel miró de soslayo a Carlos y este asintió. Merchán se sentó al lado de Carlos.

—Lo tomaremos sin hielo —dijo Miguel—. Por cierto, ¿ya han vuelto los cuatro soldados de la misión de reconocimiento?

Ramírez vertió el líquido ambarino en los cuatro vasos, les entregó tres a los dos agentes y a su ayudante y bebió de un trago el contenido del suyo.

—Sí, han vuelto sin novedades. Tienen trece días, ni uno más para hacer lo que tengan que hacer antes de que de parte del fallecimiento de los

soldados a capitanía y a sus familiares, si es que son capaces, puesto que solo quedan ustedes dos —amenazó el general—. Ahora, si no les importa, me gustaría hablar a solas con el coronel.

—Solo una cosa más, señor. Necesitamos que el traslado de los cadáveres de nuestros compañeros se realice lo antes posible —añadió Miguel.

—Hasta esta tarde no sale un vuelo para Madrid. Daré las instrucciones precisas para que los cuerpos sean repatriados. Y ustedes supongo que tomarán el mismo vuelo, ¿verdad? —dijo el general. Más que una pregunta parecía ser una orden.

—Es lo más probable —admitió Carlos.

—Se me olvidaba. El comisario Dumani ha llamado preguntando por ustedes cuando estaban fuera.

—¿A qué hora? —preguntó Carlos.

—Sobre las tres y media de la madrugada.

—¿Y qué quería?

—Quería hablar con ustedes. Le dije que estaban en una guardia en las afueras de la base. Me contestó que les gradecería que fuesen por la mañana a su despacho, que tenía una información que podría serles de utilidad. Desconozco que tejemanejes se traen entre manos, pero parecía muy nervioso. Espero que no hayan comprometido las buenas relaciones con el comisario.

—Gracias, general —fue la escueta respuesta de Miguel.

Carlos y Miguel apuraron sus vasos y salieron del barracón de mando para dirigirse al suyo. Por el camino se encontraron con el blindado utilizado en la maniobra de distracción. Carlos se introdujo bajo el vehículo y cogió el rastreador. El pequeño led verdoso aún parpadeaba, seguía estando operativo y Carlos lo dejó en el suelo, fuera de la carpa.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar con el móvil de Assad y la información obtenida del ordenador —propuso Carlos nada más entrar en la carpa.

—¿No deberíamos dormir algo? Además, habrá que informar de las muertes a Sainz de Rozas —sugirió Miguel.

Carlos suspiró y se giró hacia su amigo.

—Creo que antes de darle la noticia deberíamos tener algo que justifique sus muertes. Yo también tengo que llamar a Marisa, pero lo primero es lo primero.

—Voy a por unas anfetaminas —continuó Carlos cuando ya se disponía a abrir el botiquín metálico que descansaba sobre una estantería. Lo abrió y

extrajo un tubo con un tapón de rosca que abrió y volcó sobre la palma de su mano. Del tubo salieron varios comprimidos, se llevó dos a la boca y los tragó inclinando la cabeza hacia atrás—. ¿Quieres? —le preguntó a Miguel, mostrándole el resto de comprimidos que le quedaban en su mano.

—Está bien —asintió su compañero, tomó tres comprimidos y los ingirió con un poco de agua de su cantimplora.

—¿Te parece bien si yo «exprimo» el teléfono móvil mientras tú te encargas del contenido del lápiz de memoria? —propuso Carlos.

—De acuerdo.

—Pues adelante, no hay tiempo que perder. Por cierto, ¿mis claves de acceso cibernético siguen siendo las mismas?

—Así es. Se reactivaron antes de salir de Madrid.

Carlos fue hasta una estantería, sacó de la caja un dispositivo con un enchufe mini USB y lo enchufó en el móvil de Assad. Lo llevó a la mesa y conectó el dispositivo a un ordenador portátil. Abrió un programa de desencriptado y en unos segundos tenía acceso al contenido de la tarjeta SIM y la tarjeta de memoria SD del teléfono. Comenzó por la tarjeta SIM, de donde descargó todos los contactos del traficante, así como los registros de las llamadas y los mensajes. Después, copió los archivos y carpetas de la tarjeta SD. En otro ordenador portátil, delante de Carlos, Miguel desencriptaba las carpetas del lápiz de memoria para poder acceder a su contenido.

—Tengo algo, Miguel. Hay varias llamadas de Assad a Dumani, y la última es de esta misma noche, poco después de que atacásemos el yate. También hay varias de Dumani a Assad en los últimos días. Además, he encontrado un mensaje dirigido al un tal Dimitri Ivanov de ayer: «Paquete enviado. Llegada aproximada a Novorosíisk 24 de diciembre».

—Eso es dentro de dos días —afirmó Miguel—. Va en barco. La viruela viaja en barco. ¿Has dicho Dimitri Ivanov? Ese nombre me suena, pero es bastante común en Rusia. ¿Has encontrado algo más?

—Sí —admitió Carlos—. De momento, varias llamadas desde un teléfono iraní. Una dirección de una empresa petroquímica en Irán y el pago de unos aranceles fronterizos en Irak desde una cuenta de las Bahamas.

—¿Qué te sugiere?

—Que la mercancía procedía de Irán, pero que yo sepa, no tienen las instalaciones ni la capacidad de producir una variante de la viruela.

—Que sepamos —refutó Miguel—. Habría que investigar a esa empresa petroquímica. Déjame que busque en los archivos centrales. Igual encuentro algo.

Miguel se conectó con el servidor del CNI, tecleó su clave y accedió a los archivos clasificados. Tras introducir el nombre de la empresa: Iran Oil Research, comenzaron a aparecer informes de la CIA y el MI6 británico, además de uno del CNI que se basaba en la información de las otras dos agencias y de un agente iraní que trabajaba para la agencia española.

Miguel miró a Carlos.

—Esa empresa ha sido investigada por posibles irregularidades concernientes a su actividad. Por lo visto, sospechaban que se utilizaba para enriquecer uranio. Lo afirman tanto los estadounidenses como los británicos. Un agente de campo contratado por el CNI confirma las sospechas de la CIA y el MI6.

—¿De cuándo son esos informes? —preguntó Carlos.

—El último de hace seis meses. Al parecer, los norteamericanos intentaron boicotear la actividad de la empresa mediante un troyano, pero el ataque cibernético falló.

—¿Desde dónde podría haber llegado esta cepa de virus? Los países limítrofes tampoco tienen laboratorios de bioseguridad para manipular virus tan peligrosos… Un momento… El mar Caspio.

—¿Acaso sugieres que el virus procede de Rusia? —preguntó Miguel—. No tiene sentido, ¿lo fabrican en Rusia y luego vuelve a Rusia? Y, en ese caso, ¿por qué trasladarlo hasta el Líbano y desde allí a Rusia por el Mediterráneo y el mar Negro cuando podían hacerlo a través del mar Caspio?

—No sé, Miguel. Quizás tienes razón y la empresa iraní dispone del personal y del material para manipular el virus. Puede que el destino no fuese solo Rusia.

25 de junio. Seis meses antes.

Estaba manipulando el virus dentro de una cabina de flujo laminar con presión negativa. Ataviado con el traje de bioseguridad de color rojo, no pudo evitar que las gotas de sudor procedentes de su frente alcanzaran sus ojos, burlando cejas y pestañas, dificultando su trabajo. Vertió el contenido del vial descongelado sobre una placa de Petri y esperó a que el agar lo absorbiera. Rellenó el vial con solución salina y lo cerró, tomó una muestra de apenas unos milímetros cúbicos de la placa de Petri y la colocó bajo su dedo meñique enguantado, flexionando las falanges para no perderla. Con la otra mano recogió la placa y el vial, se levantó de la silla ergonómica y tiró la placa en un contenedor rojo donde se depositaban las muestras biológicas peligrosas

para ser incineradas. Depositó de nuevo el vial en el congelador de donde lo había extraído y cerró la tapa hermética. Se dirigió a la zona de descontaminación: una sala anexa donde estaba la ducha desinfectante. Apoyó con disimulo la mano en la pared extendiendo el dedo meñique y memorizó la junta del azulejo donde se había apoyado. Se duchó y se deshizo del traje de bioseguridad, que colgó en una percha. Volvió a apoyar su mano sobre la junta donde había dejado la muestra vírica y la recogió, ya líquida, con la uña de su dedo meñique, que había dejado crecer a propósito para la ocasión. Abandonó la sala de descontaminación y completó el formulario que colgaba de la pared junto con un bolígrafo, anotando la hora de salida y el falso experimento, así como su nombre y su firma.

Empezó a trabajar en el laboratorio de alta seguridad cuando apenas tenía veinticinco años y un futuro prometedor como becario. De eso ya habían transcurrido otros veinticinco años. Durante ese tiempo había conseguido la plaza de director de investigaciones microbiológicas. Siempre era el primero en llegar y el último en irse del laboratorio. Casi no había visto crecer a sus dos hijas y su mujer lo había abandonado para sustituirlo por un agente inmobiliario diez años más joven que ella. No se lo podía reprochar, pero lamentaba que el divorcio le hubiese alejado aún más de sus hijas. Ya apenas hablaba con ellas y cuando lo hacía era a través del teléfono. Las dos tenían una familia y le habían dado tres nietos que solo vio en los bautizos. Sí, vivían a miles de kilómetros, pero ni ellas le habían invitado a visitarlas ni él quería importunarlas, por mucho que las echase de menos, sobre todo los fines de semana, cuando se quedaba viendo viejas películas en su canal de televisión favorito y sentía el peso de la soledad. Pero ahora la vida le daba una nueva oportunidad en forma de playa paradisíaca en una isla caribeña.

Entró en su despacho, colgó la bata en la percha y, antes de salir, le echó un último vistazo al lugar donde más horas había pasado en su vida. Apagó la luz y cerró la puerta para encaminarse hacia el ascensor; una vez dentro, pulsó el botón que lo llevaría desde el sótano aislado donde se encontraba hasta el frío vestíbulo del edificio. Salió del ascensor y se dirigió hacia el escáner corporal con el dedo meñique flexionado. El vigilante de seguridad lo saludó mientras él esperaba que la luz verde del escáner se encendiese. Solo fueron unos segundos, pero en esta ocasión se le hicieron eternos. El led verde parpadeó y salió del escáner caminando hacia la salida. Deslizó su tarjeta identificativa delante de un lector electrónico y la puerta principal de vidrio del edificio se abrió. Salió a la calle y torció a la derecha, en dirección a la parada del autobús. Miró su reloj para comprobar que solo le quedaban tres

horas para tomar su vuelo. Para cuando se diesen cuenta a la mañana siguiente de que «el jefe» no acudía a su puesto de trabajo, él ya estaría tomando un mojito en un hotel con vistas al mar Caribe. Se encontraba a unos pocos metros de la parada, ya veía como se aproximaba el autobús, cuando un hombre alto y rubio intentó decirle algo, él lo esquivó, pero no pudo evitar que unas manos lo agarrasen por la espalda. Notó un pinchazo en el cuello y en unos segundos se encontraba dentro de un automóvil que emprendió la marcha. Sus últimos pensamientos antes de perder la consciencia fueron para sus hijas, que desembalaban los regalos junto al árbol de navidad, mientras su mujer le dirigía una sonrisa cómplice.

—¿Y el agente de campo que trabaja para el CNI? Podríamos hablar con él —preguntó Carlos.

—Para eso necesitamos autorización. Su nombre es Sangak.

—Eso es un tipo de pan —apuntó Carlos.

—¿Qué quieres decir?

—Que su nombre, Sangak, es un tipo de pan iraní.

—Ya me has demostrado tus enormes conocimientos de la gastronomía persa, ¿ahora qué hacemos?

—¿Sigue funcionando el protocolo especial de contacto? —preguntó Carlos.

—Sí —fue la escueta respuesta de Miguel.

El protocolo de contacto permitía la comunicación entre todos los agentes y colaboradores del CNI. Consistía en una pregunta para la que había una única respuesta. La pregunta y la respuesta se cambiaban una vez al mes, salvo que hubiera sospechas de que alguien ajeno a la agencia pudiera tener acceso; en cuyo caso, se volvía a crear una nueva.

—Sáltate la solicitud y llama a Sangak. Todavía estamos autorizados a hacerlo si la situación es urgente, ¿verdad? —propuso Carlos.

—Así es —respondió Miguel—. Pero no es una situación de máxima urgencia.

—¿Ah, no? Tenemos un cargamento de viruela viajando hacia Rusia, es muy contagiosa y ha provocado la muerte de todos los enfermos de la base. ¿No te parece que es una urgencia?

Miguel descolgó el teléfono vía satélite y marco un número que previamente había localizado en los registros del CNI. A los pocos tonos, un hombre con acento persa respondió al otro lado de la línea.

—Hola. ¿Qué hay hoy para comer?

—Aún no lo sabemos —contestó Miguel—. Soy el agente Gómez, de Madrid. Estamos en una operación donde ha aparecido el nombre de una empresa iraní que investigaste, su nombre es Iran Oil Research.

—Ah, sí —dijo Sangak—. Había sospechas de una actividad anormal en las instalaciones de esa empresa. Los americanos introdujeron un troyano para…

—Eso ya lo sabemos —le interrumpió Miguel—. Cuéntanos algo que no sepamos.

—Podrían estar realizando enriquecimiento de uranio en las instalaciones, pero nunca se pudo comprobar.

—¿Y tú qué opinas?

—Tengo un contacto en la empresa. Me dijo que él no podía asegurarlo, pero que había encontrado indicios de que algo extraño estaba sucediendo.

—¿A qué te refieres con extraño?

—La empresa fue inspeccionada por funcionarios de la seguridad iraní. Eso es lo que me dijo mi contacto.

Carlos se levantó de la silla y, llevándose el dedo índice a la oreja, le indicó a Miguel que activase el altavoz para poder seguir la conversación. Miguel hizo lo que le pidió su compañero y reanudó la conversación.

—Inspeccionada… Eso significa que el gobierno iraní no estaba implicado en lo que sea que se estuviese haciendo en esas instalaciones, o al menos lo aparentaba. ¿Realizaron la inspección *in situ*? —preguntó Miguel.

—Sí, según mi contacto, poco después del intento de ataque cibernético. No hallaron ninguna irregularidad en las instalaciones.

—¿Cómo es de fiable tu contacto y los resultados de la inspección?

—Mi contacto es… es mi cuñado. En cuanto a la inspección…, todo lo fiable que puede ser en este país —dijo Sangak evidenciando sus reticencias.

—Entonces, es posible que se esté realizando alguna actividad ajena a la propia de la empresa —afirmó Miguel.

—Sí, podría ser.

Carlos cogió del brazo a Miguel y le hizo una señal para indicarle que quería hablar con él.

—Un momento, no cuelgues. Tengo que revisar una información —le dijo Miguel a Sangak. Dejó el teléfono sobre la mesa y salió de la carpa, donde lo esperaba Carlos, con las manos en los bolsillos y mirando al sol, que ya comenzaba a despuntar en el horizonte.

—¿Qué quieres?

Carlos fijó su mirada en los ojos de Miguel y con semblante serio, dijo:

—Me temo que en esas instalaciones se puede estar fabricando el virus. Creo que ha llegado el momento de mover ficha en el tablero. Puede que no lleguemos a descubrir nada, como la CIA, pero no es imprescindible, basta con poner un cebo y ver si pican. Pídele a Sangak que nos facilite el teléfono de algún directivo de la empresa, y que lo haga ya.

Miguel volvió a entrar en la carpa seguido de Carlos, haciendo aspavientos con sus manos, cogió el teléfono y llamó de nuevo.

—Sangak, consigue el teléfono de algún directivo de Iran Oil Research. Utiliza tu contacto. Lo necesitamos inmediatamente. Dejo la línea abierta.

—Intentaré hablar con mi cuñado. A estas horas ya debe estar en las oficinas de la empresa. ¿Tan urgente es?

—Lo es, de lo contrario no estaríamos hablando en estos momentos. Por cierto, ¿tiene tu cuñado acceso a todos los archivos de la empresa?

—No, solo a los archivados en papel.

—¿Le puedes pedir que compruebe bajo cualquier excusa esos archivos?

—¿Y qué le digo que busque exactamente?

—Documentos de hace seis meses, antes de la incursión cibernética de la CIA. En ruso o en inglés. Otra cosa, dame las coordenadas de la fábrica.

—Está bien, lo intentaré —afirmó Sangak.

Los minutos transcurrían con una lentitud que comenzaba a exasperar a los agentes, sobre todo a Carlos, que había comenzado a frotar sus manos sobre sus muslos. Finalmente, el agente iraní respondió:

—Tengo varios teléfonos, entre ellos el del despacho del presidente y el del gerente de Iran Oil Research.

—¿Algún teléfono móvil? —preguntó Miguel.

—No, esos son personales y solo accesibles para el personal de confianza.

—Está bien. Dime los números de teléfono de los despachos del director y del gerente, así como las coordenadas de la fábrica.

Miguel anotó en su libreta los teléfonos que le proporcionó Sangak junto a los nombres y apellidos de los dos ejecutivos. También apuntó las coordenadas de la instalación. Se despidió del agente iraní emplazándolo para recibir una llamada en unos minutos. Colgó, cambió el prefijo del teléfono por el de Irán y marcó el teléfono del director. Tras unos tonos de llamada, una voz femenina y joven respondió en árabe estándar, por suerte para Miguel, puesto que en Irán hay multitud de dialectos.

—Despacho del director de Iran Oil Research. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera hablar con Babak —contestó Miguel, que utilizó el nombre de pila en lugar del apellido del presidente, para aparentar familiaridad—. Soy un viejo amigo del director.

—Lo siento, el señor Moradi está reunido.

«La manida escusa de la reunión», pensó Miguel, que ya lo había previsto.

—Su nombre, por favor —le inquirió la secretaria.

—Solo dígale que se trata de caballo de Troya, él lo entenderá.

El silencio al otro lado de la línea hizo dudar a Miguel, pero, tras unos segundos, la secretaria contestó:

—Le paso con el señor Moradi.

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó un hombre de unos setenta años, lo que dedujo Miguel por la ligera disfonía de su voz.

—Ese es el menor de sus problemas, Moradi. Tenemos pruebas de que en las instalaciones de la compañía se está produciendo un virus con la intención de utilizarlo como arma biológica. Babak, lo que hacen está muy mal, pero que muy mal. Contradice la convención de Ginebra y los mandatos de la ONU, pero eso ya lo sabe, ¿verdad? ¿Puede imaginar lo que pagaría la CIA o el Mossad por una información de esta naturaleza? ¿Se hace una idea de lo que tardarían sus amigos del Pentágono o del Mossad en lanzar un ataque fulminante contra sus instalaciones?

—No sé de qué me habla —respondió Moradi con tono nervioso. Colgó.

—¿Lo tienes? —preguntó Miguel.

—Pegaso ya está dentro del servidor de la empresa —afirmó Carlos—. Ahora vamos a observar los movimientos en la fábrica mientras el programa espía hace su trabajo.

—Mejor observa tú, yo voy a llamar a Sangak y a comprobar los archivos y las comunicaciones de la empresa.

Carlos conectó con el satélite Paz y enfocó la cámara de este en las coordenadas de la fábrica. Poco a poco la imagen se fue volviendo más nítida. Un complejo petroquímico apareció en la pantalla del ordenador. No habían transcurrido ni diez minutos cuando, por una puerta accesoria, unos operarios sacaron con carretillas eléctricas varios contenedores de la instalación. Un cuarto de hora más tarde tres camiones llegaron al lugar. Los empleados estaban cargando los contenedores en los camiones cuando una deflagración iluminó por completo la pantalla del ordenador.

—¡¿Pero qué coño ha pasado?! ¡Acaba de volar la fábrica! ¿Me escuchas, Miguel? —preguntó alzando el tono de voz.

Miguel, que se había colocado unos auriculares mientras revisaba el contenido del servidor de Iran Oil Research, se sobresaltó y se giró hacia Carlos.

—¡Que ha reventado la planta de la empresa cuando iban a cargar tres camiones que acaban de llegar! —reiteró Carlos, girando el ordenador portátil para que lo pudiese ver Miguel.

—¡Joder! —espetó Miguel—. ¿Ha explotado o la han bombardeado?

—Es difícil de saber hasta que se difumine algo la columna de humo. Antes de la explosión, varios operarios estaban cargando lo que parecían tanques de cultivo microbiológico.

—¿Los americanos? ¿Los rusos?… ¿Israel?

Carlos tenía la mirada perdida, una señal de que su corteza cerebral estaba procesando información a una velocidad imposible para la mayoría de los humanos. En esos momentos lo mejor era no interrumpirle, bien lo sabía Miguel.

—Ninguno —afirmó de pronto, saliendo de su «trance».

—¿Y entonces? —preguntó Miguel.

—La explosión se ha producido poco después de la conversación con Moradi.

—Cierto. Se supone que solo nosotros y los responsables de la empresa, además de los trabajadores involucrados, sabían que se estaba produciendo la viruela en esa planta. Puede que alguien tuviese la línea telefónica intervenida y…

Carlos volvió a su ensimismamiento. En esta ocasión se tomó más tiempo. Harto de esperar, Miguel intervino.

—¿Me vas a contar tu teoría? Te recuerdo que no nos sobra el tiempo.

—Déjame pensar —fue la escueta respuesta. Tras varios minutos, habló —: Nadie reconocerá ningún ataque porque no lo ha habido.

—Eso no significa que no lo hayan hecho.

—Pues claro que sí. Si el Pentágono o el Mossad supiesen que se estaba produciendo viruela industrialmente tendrían motivos para el ataque, no se esconderían. Voy a ralentizar todo lo que pueda la grabación en el segundo previo a la explosión. Si ha sido un misil o una bomba lanzada desde una aeronave debería aparecer unas milésimas antes de la deflagración.

Carlos retrocedió la grabación hasta un segundo antes de la explosión y fue avanzando en secuencias de diez milésimas de segundo.

—No aparece ningún misil —dijo mostrándole el portátil a Miguel—. La explosión ha sido interna. Eso confirma lo que he estado pensando, que, o ha

sido una coincidencia y algún sistema de la planta petroquímica ha fallado haciéndola saltar por los aires o… alguien la ha hecho explotar, y yo no creo en las coincidencias. Voy a sintonizar algún canal iraní.

Carlos tecleó una serie de comandos en el portátil y accedió al Canal 1, el más antiguo de la televisión iraní. Una joven presentadora daba cuenta de la explosión en la planta petroquímica. En las imágenes aparecía un video grabado con un móvil donde se podía intuir el alcance de la destrucción. Las llamaradas ascendían centenares de metros sobre la planta y el humo impedía ver la magnitud de la devastación. La periodista hablaba de un número de muertes aún por verificar. Los camiones de los bomberos acababan de llegar al lugar, igual que las ambulancias.

—El caso es que el plan ha funcionado —sentenció Miguel—. Intentaban llevarse las pruebas de la producción industrial del virus.

El teléfono comenzó a emitir el sonido de una llamada entrante y Miguel descolgó. Se trataba de Sangak.

—Gómez, tengo algo. Mi cuñado ha encontrado un par de archivadores. Le ha llamado la atención que no tuviesen ningún rótulo identificativo y ha fotografiado varias de las páginas que contenían. Se trata de documentos en ruso. Te acabo de enviar las imágenes de los documentos a la dirección de correo electrónico que me facilitaste.

—Perfecto, Sangak, buen trabajo. Por cierto, la instalación que estamos investigando acaba de saltar por los aires. Puede que se trate de un ataque premeditado. Intenta conseguir información al respecto y asegúrate de eliminar las copias de los documentos de tu móvil y del de tu cuñado. Llámame cuando sepas algo de la explosión, yo te volveré a llamar si es necesario. Y otra cosa, todo esto debe de quedar entre nosotros. No reportes nada a la central del CNI hasta que te dé el visto bueno.

—Pero entonces no…

—Sí, no cobrarás por ello, de momento —le interrumpió Miguel—. Pero te doy mi palabra de que recibirás tus honorarios por el trabajo en cuanto podamos verificar la información.

—Está bien. Espero que la información sea útil.

Miguel pulsó el botón rojo del teléfono para colgar y, sin demora, abrió la carpeta de mensajes recibidos en su portátil. Las imágenes de los folios eran de buena calidad, la suficiente como para leer el contenido, en ruso.

Caballo de Troya aparecía en uno de los documentos, un folio en el que hacía referencia a un nuevo compuesto para ser utilizado en las refinerías de petróleo, con un contrato de confidencialidad firmado por el presidente de

Iran Oil Research, Babak Moradi; la fecha, el veintisiete de junio; la empresa remitente, Derivados petroquímicos Ivanov INC; la dirección, un número de una calle situada en un polígono industrial a las afueras de Moscú, un número de teléfono y una dirección URL de una página web empresarial.

—¿Eso es todo? —preguntó Carlos, que había observado como Miguel iba pasando y leyendo los documentos en su móvil.

—Aquí no hay nada más, pero bien podría tratarse del envío de la muestra del virus, modificado o no. Voy a ver qué encuentro en el servidor de la empresa.

—Al menos tenemos el nombre y la dirección de la empresa que envió el pedido, con el apellido del tal Dimitri, además del teléfono y la página web. Te ayudo —se ofreció Carlos—. Cuatro ojos ven más que dos.

Y en eso estaban los agentes cuando sonó el teléfono. Miguel observó el número que aparecía en la pantalla. Se trataba de Sangak.

—Gómez, según mi cuñado, la sede central de la compañía se ha llenado de funcionarios de la Seguridad Nacional. La policía secreta se acaba de llevar detenidos al presidente y al gerente de la empresa. Lo están registrando todo y ya han comenzado a desmontar los ordenadores para requisarlos.

—Gracias. Te llamo más tarde si necesito algo más. Ahora será mejor que nos demos prisa antes de que intervengan el servidor —dijo Miguel a su compañero.

Tras más de media hora registrando el servidor de la compañía, el tiempo justo antes de que fuese apagado, no encontraron nada relevante, al menos nada que aportase más información de la que ya disponían, ni siquiera con el programa de recuperación de archivos borrados.

—¿Y ahora? —preguntó Miguel.

—Ahora voy a hacer una videollamada a Marisa. Le prometí que la llamaría cuando pudiese.

Miguel salió de la carpa. No quería estar presente en una conversación privada, aunque se moría de ganas por saber algo de Sonia, lo que fuese.

Marisa, que todavía dormía, se despertó al escuchar el timbreo de su teléfono móvil. Se desperezó con un bostezo mientras estiraba sus brazos y descolgó el teléfono, aún cubierta por la manta nórdica. Su cara se iluminó al ver a Carlos en la pequeña pantalla.

—Buenos días, princesa —saludó Carlos con una sonrisa forzada que no pasó desapercibida para Marisa—. Pensaba que ya estabas despierta.

—Hola, cariño. Ayer se alargó la merienda y regresé tarde a casa. ¿Qué hora es allí?

—Las ocho y diez. Pero cuéntame, ¿cómo fue la merienda?

Marisa se incorporó, ataviada con su pijama de franela, y se sentó en el borde de la cama. La calefacción se había encendido y por la ventana podía ver como nevaba. Un fino manto de nieve comenzaba a cubrir las copas de los árboles del jardín, anunciando la inminente Navidad.

—Pues imagínate —dijo ella—, después de tanto tiempo sin vernos teníamos un montón de cosas que contarnos. Nos pusimos «moradas» de comer. Les encantó la tarta de manzana que hice, y bueno… bebimos un poco más de la cuenta —añadió, y una sonrisa se dibujó en su rostro, pero ni una sola referencia a los niños ni a su ataque de llanto—. ¿Y tú? ¿Cómo va la misión?

—Se ha complicado. Puede que vuelva a Madrid esta tarde, pero no lo puedo asegurar.

—Dime la verdad, ¿qué ha pasado? —insistió ella.

—Nada del otro mundo, lo habitual en estos casos.

—Carlos, te conozco. Esas ojeras…, tu cara de preocupación. Me estás ocultando algo y no me gusta que lo hagas.

—Nada, de verdad, créeme.

Carlos sabía que con la llegada de los cadáveres de Ahmed y, sobre todo de Marcos, era cuestión de tiempo que Marisa se enterase de la verdad, pero no quería preocuparla innecesariamente.

—En fin, tú mismo. Ya eres mayorcito y sabes que no me gusta que me mientas, y menos desde… —Marisa rememoró la llamada informándole de la hospitalización de Carlos en Alemania, los días sin dormir hasta que lo pudo ver—. Es igual. No he dicho nada.

—Hemos realizado una misión de reconocimiento esta noche y aún no he dormido.

—¿Y Miguel? Le dije a Sonia que estaba contigo y le cambió la cara. ¿Crees que no debí decírselo?

—Qué más da eso, están separados, ¿no?

—Supongo que tienes razón, pero ella, quiero decir, Sonia… Igual son imaginaciones mías. Sé que no está con nadie, ella misma me dijo que desde que lo dejaron no había habido otro. Estoy casi segura de que aún lo ama, esas cosas no se pueden ocultar.

—¿Te contó el motivo que le llevó a echarlo de casa?

—Algo me dijo de que lo había pillado con otra, pero evitó entrar en detalles.

—Miguel me ha contado la historia. Dice que todo fue un malentendido. Yo le creo.

—Qué situación más extraña —afirmó Marisa—. Parece que los dos se siguen queriendo y sin embargo…

—Pues sí. Me alegro de que te lo hayas pasado bien. Creo que ha sido una buena idea retomar las viejas amistades. Ahora te tengo que dejar. Te volveré a llamar en cuanto me sea posible. Te quiero, no lo olvides.

—Y yo a ti. Cuídate y cuida de Miguel. No sé qué sería de mí si te pasara algo.

La mirada de Marisa se tornó vidriosa. Unas lágrimas se empeñaban en enturbiar la despedida, pero las contuvo como pudo.

—No te preocupes, tomamos todas las precauciones. Un beso, mi amor.

Carlos se llevó la mano derecha a sus labios y después a la pantalla. Marisa hizo lo mismo antes de que Carlos cortase la comunicación.

Miguel, que aguardaba fuera, entró cuando Carlos lo avisó.

—¿Qué te ha contado Marisa? ¿Cómo está Sonia? —preguntó impetuoso al tiempo que se sentaba en la mesa.

—Sonia no está con nadie, ni parece tener intención de hacerlo. Marisa opina que sigue enamorada de ti.

Miguel suspiró, como si con el aire que acababa de expulsar de sus pulmones se hubiese quitado un peso de encima.

—Creo que los dos estáis haciendo el imbécil. Os comportáis como unos críos enfurruñados. ¿Por qué no le dices lo que sientes cuando volvamos? —sugirió Carlos.

—Lo pensaré.

—No lo pienses y hazlo, ¡joder! Renuncia a tu orgullo, aunque solo sea para arreglarlo.

—Ya te he dicho que lo pensaré. No olvides que fue ella la que me echó de casa —dijo con tono reprobatorio Miguel.

—Vale, vale. Haz lo que quieras. Es tu vida. Ahora tenemos trabajo.

—¿Cuándo vamos a informar a Sainz de Rozas de lo sucedido? —preguntó Miguel.

—Cuando sepamos los siguientes pasos que vamos a dar. La viruela llegó con toda probabilidad desde Rusia, modificada o no. En Rusia está uno de los dos laboratorios en los que, en teoría, se conservan muestras del virus.

—¿Y Dumani?

—No ha concretado una hora —afirmó Carlos—. Disponemos de toda la mañana para ir a su despacho. Esto es más prioritario. Tenemos el nombre, el

número de teléfono y hasta la página web, además de la dirección de la empresa que supuestamente envió el virus. La localizaré y preguntaré por el tal Ivanov. Es probable que no sea más que una tapadera, pero debemos confirmarlo. Mientras tanto, podrías intentar contactar con alguno de los agentes de Moscú. Dale las coordenadas y que vaya hasta la nave.

Carlos configuró el teléfono vía satélite para que le asignase, de forma aleatoria, un número de teléfono fijo de Moscú, y llamó al teléfono de la empresa rusa. La voz femenina y agradable de un contestador automático le contestó: «El número del teléfono al que llama no existe. Por favor, compruebe que el número marcado es correcto». Volvió a teclear el número de teléfono por si se había equivocado en algún dígito. Obtuvo la misma respuesta del contestador automático mientras se preguntaba por qué siempre se utilizaba la voz de una mujer. Localizó las coordenadas de la nave industrial y dirigió la cámara del satélite hacia esa posición. Allí estaba, aislada y aparentemente abandonada. El tejado tenía varios orificios que no parecían recientes y no se apreciaba ninguna actividad alrededor.

Miguel buscó entre los nombres de los agentes alguno que los dos conociesen personalmente. Alexander Semenov trabajaba en el Ministerio de Interior de la Federación Rusa desde los tiempos de la URSS. Un hombre de unos cincuenta años, robusto, metro ochenta de estatura; rubio, con ojos verdes en una cara ruda pero amable. La última vez que lo vio, una incipiente calvicie comenzaba a relucir en su cabeza. Marcó el número de teléfono de Semenov y, después de confirmar la contraseña, continuó hablándole en ruso.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó Miguel.

—Estoy en mi puesto de trabajo. Ahora salgo a tomar un café y te llamo.

Semenov se levantó de la silla ergonómica situada frente a una moderna mesa de escritorio, igual que el ordenador de última generación, con una pantalla HD de 22 pulgadas, lo que contrastaba con la vetusta oficina de la época soviética. El único cambio en las últimas décadas había sido la sustitución de la fotografía de Mikhail Gorbachov por las de los sucesivos presidentes de Rusia. Ahora, la fotografía que presidía la entrada era de Vladimir Putin.

Salió de la oficina, situada en la cuarta planta, y se encaminó hacia el ascensor que también hacía las veces de montacargas. Entró y presionó el botón de la planta baja. Cuando la puerta corredera se abrió, se dirigió a la máquina expendedora de bebidas calientes, presionó el botón del café largo y se puso en cuclillas, observando cómo el chorro de café llenaba el vaso de plástico, que retiró antes de que el avisador acústico indicase que lo podía

hacer. La máquina vertía más café del que podía contener el vaso. Ya había avisado a la empresa propietaria de la máquina varias veces, pero como todo en la administración pública, se demoraba sin una justificación plausible.

Con el café en la mano derecha y un cigarrillo en la izquierda, se dirigió hacia el escáner corporal donde se detuvo unos segundos. El empleado de seguridad miró, primero a él y luego a la pantalla del escáner, con desgana. Se encaminó hacia la vieja puerta giratoria de cristal y la cruzó. El contraste térmico provocó que se le erizase el vello bajo su jersey de cuello alto. «Debí haber cogido el abrigo», pensó. Descendió los cinco escalones que lo separaban de la acera y giró a la derecha, hasta un callejón resguardado del gélido viento. La temperatura no superaría ese día los diez grados centígrados bajo cero, según había leído en el Komsolskaya Pravda esa mañana mientras viajaba hacia su trabajo en un atestado vagón del metro moscovita. Tomó un sorbo de café y dejó el vaso en la repisa de una ventana del ministerio. Se encendió un cigarrillo e hizo la llamada.

—¿De qué se trata esta vez, Gómez? —preguntó en español con un fuerte acento ruso, prolongando la erre, algo que a Miguel le resultaba divertido.

—Estamos en una investigación en la que ha surgido un tal Dimitri Ivanov, relacionado con la empresa Derivados petroquímicos Ivanov INC. Necesitamos con urgencia que recabes información, tanto del individuo como de la empresa —le pidió Miguel, que consideró innecesario facilitarle a Semenov toda la información de la que disponían—. Te envío la dirección que nos consta y algún dato más.

—No creo que sea necesario, pero envíamelo, por si acaso.

Miguel le envió el nombre del sospechoso, la dirección, el número de teléfono y la URL de la empresa.

—Recibido —le confirmó el agente ruso—. Dame un rato y te digo algo.

—De acuerdo, espero tu llamada.

—Ya los tenemos —apuntó Carlos.

—¿Qué es lo que tenemos?

—Dos billetes en primera clase en un vuelo a Moscú. Despega esta noche a las 00:45 h desde el aeropuerto Ben Gurion. La hora prevista de llegada es las 05:59 h. Un poco caro, pero se supone que vamos en misión diplomática.

—¿Sin pedir autorización? ¿Te has vuelto loco?

Carlos, impertérrito, continuaba tecleando en su ordenador.

—¿Me vas a contestar o no? —insistió Miguel.

—Un momento. Ya están confirmados el vuelo y la reserva en el hotel Baltschug Kempisky para dos noches. Ahora ya puedes hablar con Sainz de

Rozas.

—Está claro que haces lo que te da la gana —dijo Miguel, marcando el número de teléfono del despacho del director del CNI. Tras dos tonos, escuchó la voz del general.

—Ya era hora. Estoy esperando noticias vuestras desde ayer.

—Lo lamento, señor. La operación se ha complicado. Marcos y Ahmed han muerto esta noche cuando íbamos a asaltar el barco de un traficante internacional, Karim Assad. Tenemos pruebas que lo implican en el transporte del virus de la viruela. Serán repatriados esta tarde en el vuelo que sale hacia la base aérea de Torrejón de Ardoz. Yo y…

—¡Joder! —le interrumpió Sainz de Rozas—. ¿Cómo sucedió?

—Mejor se lo aclaro en el informe. —Miguel ya tenía casi acabado el informe sobre la incursión nocturna en el yate de Dumani.

—Por supuesto que me entregarás un informe, y lo harás personalmente, cuando regreséis con los cuerpos de Moreno y Abdeselam. ¿Qué sucedió? ¿Cómo puedes ser tan temerario como para perder dos hombres a las primeras de cambio? —preguntó con un tono autoritario, casi amenazante.

—General, nos vamos esta noche a Moscú. Tenemos que hacer los preparativos, desmontar el material, empaquetarlo y enviarlo a Madrid con los cuerpos de Marcos y Ahmed.

—No tienes mi autorización. Te ordeno que regreséis los dos en el vuelo militar de esta tarde.

Carlos, que había escuchado la conversación, le quitó el teléfono de la mano a Miguel.

—Escuche, soy Hernández. Le dije que aceptaba formar parte de esta operación si podía desplazarme de un lugar a otro sin restricciones, eso incluye el viaje a Moscú. Es imprescindible para esclarecer el origen del brote de viruela en la base. Lea el informe que le vamos a enviar y puede que así lo comprenda.

—Usted puede ir donde le plazca como civil, pero Expósito tiene orden de…

Carlos colgó el teléfono dejando con la palabra en la boca a Sainz de Rozas. El terminal comenzó a sonar de nuevo.

—Soy el director del CNI. No se le ocurra volver a…

Carlos volvió a colgar.

—Te has pasado. A ti te da igual, pero yo me juego un expediente disciplinario, que me aparten del CNI, o incluso la cárcel —dijo Miguel enojado.

—Lo siento, Miguel. Acaba de redactar el informe y se lo envías a ese patán que tienes de jefe. Creo que después de leerlo comprenderá la importancia de nuestro viaje a Moscú.

Apenas acababa de colgar el teléfono cuando ya había otra llamada entrante. Carlos miró la pantalla.

—Es Semenov —dijo ofreciéndole el teléfono a Miguel.

—Hace un frío de cojones, Gómez —se quejó Semenov, que ya daba buena cuenta del segundo cigarrillo.

«¿Otra vez?», le había preguntado unos instantes antes el vigilante de seguridad de la entrada, cuando lo vio aparecer dispuesto a salir a la calle, a lo que Semenov contestó: «Sí, ¿algún problema?». El vigilante negó con la cabeza y el agente abandonó el edificio para ir a la misma calle desde donde había hecho la primera llamada.

—La empresa fue dada de alta en el registro mercantil el día catorce de junio, como fabricante de productos químicos. Dimitri Ivanov consta como el gerente. Tengo su documento de identificación y su última dirección conocida. Te envío una fotografía de carnet con su domicilio. La página web está inactiva o dada de baja. En cuanto a la nave industrial, la información es correcta.

—Gracias. Llegaré a Moscú mañana de madrugada. Iré acompañado por otro agente: Fernández. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto, cómo me iba a olvidar, no se encuentra uno cada día con una mente tan privilegiada. Aún me pregunto cómo pudo desenmascarar a la célula chechena.

—Podrías hacerle una discreta visita esta tarde en su domicilio, solo para saber si está allí. Ya nos encargamos nosotros del resto.

—Por supuesto, será un placer. ¿Lo queréis vivo o muerto? Es una broma —dijo antes de soltar una sonora carcajada.

—Pero ve con cuidado. Puede que no esté solo y es muy probable que sea agresivo. Y, sobre todo, procura no levantar sospechas, no queremos que se escape.

—No te preocupes, sé hacer mi trabajo. ¿Nos veremos mañana? —preguntó Semenov.

—Seguramente. Ah, y gracias. Si obtienes algo más sobre Ivanov llámame a este móvil, es un número nuevo de un teléfono encriptado.

Miguel le facilitó el número de su teléfono móvil oficial y colgó antes de dirigirse a Carlos.

—Acabo el informe, se lo envío a Sainz de Rozas y vamos ver a Dumani después de empaquetar todo el material que no necesitemos en Moscú.

—De acuerdo —dijo Carlos.

Capítulo 9: Moscú

Día 7. 23 de diciembre, 16:20 h. Base Miguel de Cervantes, el Líbano.

Miguel y Carlos ya habían desmontado todo el mobiliario. La comida, casi todas las armas y el resto del equipo lo habían metido en el contenedor que viajaría a Madrid junto a los féretros de Ahmed y Marcos. La excepción fue la ropa de civil, la de camuflaje y el equipo de visión nocturna; dos armas cortas, la munición necesaria, unas granadas de mano y el equipo de comunicaciones.

Carlos salió de la carpa, recogió del suelo el rastreador que les había «prestado» Dumani y lo desactivó. Podría haberlo hecho desmontándolo, pero optó por algo más radical: cogió una maza y lo golpeó con rabia, hasta dejarlo convertido en un amasijo de metal y cables que introdujo en unos de los bolsillos de su pantalón de campaña.

Los dos agentes se subieron en el blindado. Miguel condujo hasta la comisaría de Blat y estacionó el vehículo en el mismo lugar que en su primera visita. Cuando Miguel estaba realizando la maniobra de aparcamiento, a Carlos le llamó la atención la ausencia de vehículos policiales en el estacionamiento. Ambos se bajaron del blindado y se dirigieron a la entrada, donde un policía se interpuso en su camino.

—Buenos días —saludó Miguel—. Somos los tenientes Gómez y Fernández, de la base militar española. El comisario Dumani nos ha pedido que vengamos a verlo.

Al policía le mutó la cara, mostrando un gesto de sorpresa antes de hablar.

—El comisario… no está. Les atenderá el subcomisario Diab. Lo encontrarán en…

—Gracias, conocemos el camino —le interrumpió Miguel, que accedió junto a Carlos al pasillo central del edificio.

—¿Son imaginaciones mías o ha sucedido algo? —preguntó Carlos, que a medida que avanzaba observaba como en los despachos y en las salas no había nadie.

Miguel no contestó, pero en su rostro se podía percibir inquietud.

Llegaron a la puerta del comisario, que permanecía abierta, y se encontraron a Diab, de espaldas a ellos, revisando documentos de un

archivador que iba lanzando al suelo.

—Buenos días —saludó Miguel—. El comisario Dumani nos había citado esta mañana.

Diab se sobresaltó y se volteó hacia los agentes. Su rostro, sudoroso, mostraba una mezcla de inquietud y sorpresa.

—No se han enterado, ¿verdad? Al comisario lo han asesinado esta noche. Una patrulla lo encontró junto a su coche sobre las cinco de la mañana. Dos disparos en la nuca, con silenciador, según las primeras impresiones del forense. Mejor así, estaba frente a su casa. No me quiero imaginar lo que le habría sucedido a su mujer o a la hija, que aún convive con ellos, de haber encontrado el cadáver antes que los policías.

Carlos miró de soslayo a Miguel y este le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Lo lamentamos —mintió Carlos, en su fuero interno se alegraba de que hubiese un corrupto indeseable menos—. ¿Tenía el comisario enemigos conocidos?

—Pues claro. Es…, era policía y había detenido a muchos delincuentes a lo largo de su carrera, algunos asesinos. La mayoría acabó en prisión.

—¿Había recibido algún tipo de amenaza en los últimos días? ¿Estaba realizando algún tipo de investigación sobre elementos potencialmente peligrosos? —continuó Carlos.

—No que yo sepa. Es lo que estaba intentando encontrar cuando me han interrumpido. Además, el juez ha decretado el secreto del sumario. No puedo contarles nada. Sin embargo, sí puedo decirles que esta noche unos intrusos bien entrenados han atacado el yate de Karim Assad, cerca de aquí, en Biblos. Han acabado con la vida de al menos ocho personas. Los supervivientes afirman que se trataba de un comando de unos diez hombres. Assad ha muerto —apuntó el subcomisario con una ligera sonrisa, mirando primero a Miguel y luego a Carlos—. Tampoco sabían nada de esto, ¿verdad? —Había un tono sarcástico en las palabras de Michel Diab que no pasó desapercibido a los dos agentes.

—Es la primera noticia que tenemos de Assad desde que nos habló ayer de él y de su visita al comisario —dijo Miguel.

—Claro, claro —afirmó sin mucha convicción el subcomisario.

—No le molestamos más. Traslade a su familia nuestras condolencias —añadió Carlos.

—Lo haré. Y ahora, si no les importa, seguiré con mi trabajo.

—Por supuesto —afirmó Miguel, que se acercó a Diab ofreciéndole su mano. El subcomisario se la estrechó, igual que a Carlos.

—Espero que encuentren a Farid Abboud y recuperen lo que les robó de la base. Aunque yo no sería muy optimista al respecto. Parece que se lo ha tragado la tierra. Por mi parte, si me entero de algo, me pondré en contacto con la base.

—Una cosa más. ¿Tiene idea del asunto sobre el quería hablar con nosotros el comisario? —preguntó Carlos.

—No, solo sé que estuvo en su despacho hasta altas horas de esta noche.

—Gracias y buenos días —se despidió Miguel.

Al llegar al blindado, Carlos sacó de su bolsillo lo que quedaba del dispositivo rastreador que pensaba haber entregado al comisario y lo dejó caer al suelo. Ante la curiosa mirada de Miguel y del policía que hacía guardia en la entrada de la comisaría, Carlos se deslizó debajo del vehículo. Unos instantes después salió, abrió la puerta del acompañante y se sentó, pero estaba ausente. Miguel arrancó y puso en marcha el pesado blindado, mirando de reojo a Carlos, que estaba ahí, era un decir, porque parecía hallarse en otro lado, con la mirada perdida. La parte más asombrosa de su privilegiado cerebro se había activado de nuevo, de hecho, nunca estaba inactivada por completo, pero algo hacía que, de vez en cuando, su corteza cerebral funcionase a pleno rendimiento y le llevase a encontrar luz donde para los demás solo había sombras.

Durante el camino hacia la base militar no intercambiaron palabra alguna. Cuando estaban llegando, Carlos habló:

—Todos los que han tenido o tienen relación con el virus están muertos o lo van a estar próximamente. Primero Ahmed, luego Assad, más tarde los supuestos productores del virus en la explosión de la fábrica petroquímica, ahora Dumani, y quién sabe qué ha sido de los directivos de Iran Oil Research.

—Por eso has comprobado los bajos del blindado. Buscabas una bomba, ¿verdad? —preguntó Miguel.

—Sí. No estamos seguros. Debemos estar alerta y avisar al general Ramírez de que la base tampoco es segura, al menos mientras nosotros permanezcamos en ella. Tenemos que abandonarla lo antes posible.

—Crees que nos pueden estar rastreando.

Carlos encogió los hombros.

—En principio, los cortafuegos de nuestras comunicaciones son invulnerables, al menos de momento. Pero saben dónde estamos. Ahmed,

Assad, Dumani… Con todos ellos hemos tenido contacto. Sospecho que, o ellos han llamado, o lo más probable es que sus comunicaciones sí que estuviesen intervenidas. Puede que hasta tengan imágenes de nosotros dos.

—Entonces…, ¿crees que la explosión de la fábrica fue intencionada?

—Estoy seguro.

Con un pase robado a uno de los empleados de la empresa, aprovechó el cambio de turno para pasar inadvertido entre los cientos de trabajadores que a esas horas de la mañana se disponían a entrar en las instalaciones de la planta petroquímica. Había memorizado el plano de la fábrica, sabía perfectamente a dónde ir y es lo que hizo. Se dirigió hacia los tanques productores de óxido de etileno y colocó varias cargas explosivas en cada uno de ellos. Activó el temporizador y caminó hasta la salida, donde acababan de llegar unos camiones que comenzaban a ser cargados. Nadie reparó en él, así que aceleró el paso hasta llegar a su vehículo, estacionado en el aparcamiento de la empresa. Arrancó y abandonó el lugar a toda velocidad, aun así, no pudo evitar que el coche fuese zarandeado por la onda expansiva de la explosión. Miró por el retrovisor y sonrió al ver el alcance de la destrucción. Era un mercenario con muy buena reputación, porque siempre cumplía los «encargos» y no preguntaba nunca, eso garantizaba su integridad.

El teléfono móvil de Miguel comenzó a vibrar. Era Sangak.

—No te lo vas a creer. Mi cuñado me acaba de llamar. Han secuestrado a los directivos de la empresa.

—¿La policía?

—No, la policía ha sido atacada durante el trayecto hacia el cuartel general. El furgón que transportaba a los ejecutivos ha sido asaltado. Casi todos los policías han muerto. De los directivos no se sabe nada, solo que se los han llevado en un vehículo de gran cilindrada que ahora mismo están buscando. Las entradas y salidas a Teherán han sido bloqueadas por el ejército. Los controles son muy estrictos y piden la colaboración ciudadana, lo acabo de escuchar en la radio. En las oficinas de la empresa la policía ha intensificado el registro con más agentes.

—Ya están muertos —masculló Carlos.

—Un momento, Sangak —intervino Miguel—. ¿Qué acabas de decir? —preguntó a su compañero.

Carlos giró la cabeza hacia él.

—Que los directivos están muertos. Los encontrarán en cualquier momento, o quizás nunca —afirmó Carlos elevando el tono de voz.

Miguel retomó la conversación con Sangak.

—Si tienes nueva información, llámame a este teléfono. Nosotros nos vamos esta tarde.

—Volvéis a Madrid —afirmó Sangak.

—Así es —mintió Miguel, consciente de que cuanto menos supiese nadie de sus intenciones menos riesgo habría—. Volvemos a casa.

Miguel colgó y se volteó hacia Carlos.

—Creo que con esto podemos desechar la idea de que el gobierno iraní estuviese al tanto de la producción de viruela.

—Oficialmente puede ser, pero no podemos descartar que alguien del gobierno o de la administración esté implicado; de hecho, es lo más probable —afirmó Carlos.

La tarde transcurrió más rápida de lo esperado. Miguel le comunicó a la viuda de Marcos la muerte de su marido sin demasiados detalles, ya se encargaría Sainz de Rozas de ello. Sabía por experiencia que era mejor mostrarse sereno y dejar llorar a la mujer; no había nada que él pudiese hacer para detener el dolor infringido por la noticia de una muerte.

Tras sugerir al general Ramírez que implementase las medidas de seguridad en la base, incluyendo el despliegue de defensas antiaéreas y la consiguiente reprimenda por parte de Ramírez, recordándoles que disponían de menos de trece días para solucionar la crisis de la viruela, se despidieron e introdujeron todo el material en un contenedor. Ante la arisca mirada de Soriano, Miguel y Carlos transportaron el contenedor hasta la rampa del avión ayudándose de una transpaleta eléctrica. Esperaron la introducción de los dos féretros de sus compañeros por parte de dos soldados de la UME y, a modo de despedida, ambos hicieron un saludo militar mientras los introducían en la bodega del avión. Posteriormente, uno de los soldados que había cargado los ataúdes usó una carretilla eléctrica para subir el contenedor, salvando así la inclinada pendiente de la trampilla del avión. Cuando ya regresaban a la base, con el sol poniente sobre el horizonte, el teléfono móvil de Miguel comenzó a sonar; era Semenov.

—Buenas tardes, Miguel. Ivanov se ha esfumado. He enseñado a los vecinos una foto del sujeto y nadie parece haberle visto. Me he tomado la

libertad de llamar a la puerta. La anciana que me ha abierto me ha contado que llevaba de alquiler algo menos de cuatro meses. Me he puesto en contacto con el arrendatario. Por lo visto, le alquiló la vivienda a Ivanov de una forma inusual. Ivanov le pagó dos meses por adelantado y en efectivo, lo hizo depositando el dinero dentro de un sobre que introdujo en el buzón; a cambio, le pidió al propietario que hiciese lo mismo con el contrato firmado y las llaves, también que dejase el buzón abierto. Se empadronó el mismo día que recogió el contrato del buzón. Las cámaras de seguridad de la junta del distrito no han sido de utilidad, estaban averiadas. El arrendador me ha dicho que tras los dos meses dejó de pagar, esperó unos días y se lo alquiló a la anciana. Según él, nada hacía indicar que allí hubiese vivido nadie. La compañía de luz y la del agua habían cortado el suministro por falta de pago. Estaba muy cabreado. Solo me ha asegurado que por la voz parecía un hombre joven. En la base de datos de Interior hay tres individuos fichados que podrían coincidir con el tal Ivanov. He descartado a los dos primeros porque han sido detenidos por delitos menores, pero el tercero ha cumplido condena por un linchamiento al propietario de un club nocturno, ya sabes, de chicas guapas.

—Prostitutas —afirmó Miguel.

—Sí, pero de lujo. Esas cuestan mil dólares el «polvo». Al enseñarle la fotografía al propietario del puticlub, este lo ha reconocido. Se le relaciona con la *Bratvá*, la mafia rusa; en concreto con el clan de Grygoriev, que también ha pasado por prisión. No obstante, no tenemos constancia de que tras la excarcelación de Ivanov este haya vuelto al redil de Grygoriev. Parece ser que abrió su propio negocio de importación y exportación de Vodka y caviar, para lo que utilizaba la nave industrial que me dijiste. ¿Quieres que le eche un vistazo?

—No, ya lo haremos nosotros cuando lleguemos a Moscú —contestó Miguel—. ¿Te puedes tomar libre mañana?

—Sí, el jefe de mi unidad me debe unos cuantos favores. Tengo ganas de que nos tomemos unos tragos de Vodka, como en los viejos tiempos.

—Pues claro. Nos vemos en el aeropuerto. Lleva tu coche. ¿Todavía tienes esa birria de Lada?

—Me deshice de él para comprarme un BMW X3.

—La hora de llegada prevista del vuelo al aeropuerto de Sheremétievo es las 05:59 h.

—Allí estaré.

Tras pasar varios controles israelís con el destartalado Renault Megane, Miguel y Carlos llegaron al Aeropuerto Ben Gurion de Tel Aviv a las 22:30 h, más de dos horas antes del despegue del vuelo que los llevaría a Moscú. Estacionaron el viejo Renault en el aparcamiento del aeropuerto y Miguel abrió el maletero, donde pese a la limpieza, aún se distinguían las manchas de sangre de Ahmed y Marcos. Sacó dos mochilas y una pequeña maleta con el distintivo de valija diplomática. Entregó a Carlos su mochila y ambos se encaminaron hacia la terminal de vuelos internacionales. Puesto que no tenían nada que facturar, se dirigieron hacia el control de seguridad, donde apenas tuvieron que hacer una breve cola antes de depositar todos los objetos que llevaban en dos bandejas que, junto a las dos mochilas, dispusieron en la cinta tranportadora para ser escaneados. Miguel mostró al empleado de seguridad la pequeña maleta. Ya habían atravesado el arco de seguridad que emitía insistentemente un pitido cuando un militar se aproximó a ambos.

—Documentación, por favor —les pidió en inglés con tono severo.

Los dos agentes le entregaron sus pasaportes junto con las acreditaciones diplomáticas y la maleta. El militar escrutó con detenimiento los documentos y la valija diplomática. Tras algo más de cinco minutos, les entregó sus pertenecías y habló:

—Adelante. Que tengan un buen vuelo a Moscú.

—Gracias —contestó Carlos.

Él y Miguel recogieron las mochilas y los objetos personales, incluyendo los móviles y los dos ordenadores portátiles, comprobaron en una pantalla cercana la puerta de embarque de su vuelo y fueron hasta la sala VIP, donde una amable azafata de ojos turquesa les pidió los billetes. Una vez acabado el trámite, se dirigieron hacia el servicio de *catering*. De entre el gran surtido de comida y bebida dispuesto para los viajeros más pudientes se decantaron por dos refrescos, un par de botellines de agua y dos sándwiches vegetales con atún. La sala estaba casi vacía a esas horas. Se sentaron en un cómodo sofá delante de una mesa y dieron buena cuenta de la comida, sin reparar en la presencia de una mujer joven situada tres mesas más lejos.

La mujer, con el pelo rubio recogido en un moño y ataviada con un abrigo de piel de visón, llevaba puestas unas gafas de sol de marca que no se quitó mientras miraba en la pantalla de su teléfono una fotografía. En ella aparecían dos militares frente a un carro blindado, se trataba de Miguel y Carlos. Alzó la mirada del teléfono y la dirigió a los dos agentes, que ya se levantaban de la mesa.

Una vez en la zona de embarque, y después de haber sellado sus pasaportes, los dos agentes se sentaron en una de las hileras de asientos anodinos e incómodos tan frecuentes en todos los aeropuertos, pero dándose la espalda el uno al otro para controlar más espacio visual. Quedaba más de una hora para el despegue y ya se había formado una cola de impacientes pasajeros. Ellos entrarían los primeros sin necesidad de hacer cola. Y así fue, antes de la hora prevista, dos azafatas, esbeltas y delgadas, retiraron la cinta corredera. Una de ellas comunicó por megafonía el inicio del embarque.

Los agentes se dirigieron a la puerta de embarque, donde una de las azafatas comprobó sus pasaportes, pasó las tarjetas de embarque por el lector electrónico y les deseo un buen vuelo en español. Recorrieron la descendente pasarela hasta llegar a la entrada del avión, donde un tripulante de cabina les acompañó hasta sus amplios y cómodos asientos de primera clase. Colocaron las mochilas y la valija en el compartimento superior destinado a tal fin y se sentaron. Disponían de sus propios monitores individuales en el respaldo de los asientos anteriores a los suyos, en ese momento mostraban una imagen estática con el logotipo de la compañía aérea y un mensaje de bienvenida en hebreo, inglés y ruso.

El vuelo despegó diez minutos antes de lo previsto. Una vez se apagaron los indicadores luminosos del cinturón de seguridad, Carlos se lo desabrochó y se levantó para ir al baño, pero no por una urgencia fisiológica, sino para comprobar el pasaje; por eso, en lugar de utilizar el baño de primera clase se dirigió al de la clase turista, situado en la cola del avión. Transcurridos unos tres minutos, salió y comenzó a recorrer el estrecho pasillo. Volvió a escrutar el pasaje, pero esta vez de frente a los pasajeros. Por suerte, la aeronave iba medio vacía, lo que facilitó su inspección ocular. Su sexto sentido y su experiencia, sobre todo lo primero, le hacía casi infalible a la hora de detectar sujetos peligrosos. No observó a ninguno y se sentó junto a Miguel, que en ese momento estaba escuchando música a través de los auriculares facilitados por la compañía aérea. Miguel se quitó los cascos para preguntar:

—¿Todo bien?

—Sí —contestó Carlos, antes de que Miguel se volviese a colocar los auriculares.

Carlos miró la pantalla que tenía frente a él y comenzó a pensar, primero en Marisa, aunque poco después su cerebro entró en ebullición. Las imágenes de las víctimas de los últimos días se sucedían a toda velocidad, los pensamientos también. Llegó a varias conclusiones, algunas descabelladas,

otras no; estas últimas debería corroborarlas más adelante, según los acontecimientos que determinarían su validez.

—Ya estamos llegando —le dijo Miguel zarandeándolo. Carlos se despertó de forma súbita, con el recuerdo aún presente de su último sueño. Caminaba por un Madrid desierto. En las vacías calles solo se escuchaba en trino de los pájaros y algún ladrido lejano. Le recordaba a la escena de la película *Abre los ojos*, cuando Eduardo Noriega está en medio de la calle Princesa de Madrid, solo, sin tráfico ni transeúntes—. Estás sudando y murmurabas algo ininteligible —le comentó Miguel.

—He tenido una pesadilla.

—Ajústate el cinturón y coloca el respaldo en posición vertical. Luego me cuentas esa pesadilla.

Por megafonía, el capitán de la aeronave acababa de comunicar la temperatura en el aeropuerto moscovita: 15 ºC bajo cero. Los agentes cruzaron sus miradas. Conscientes de que no llevaban ropa de abrigo, tendrían que comprarla en las tiendas *Duty Free* del aeropuerto.

—He soñado que caminaba por el centro de Madrid en pleno día y no me cruzaba con nadie. La ciudad parecía desierta.

—¿Esa es una de tus visiones? —preguntó Miguel riendo.

—No seas gilipollas. Solo ha sido un sueño.

—¿Te preocupa que pueda suceder? —inquirió su compañero, esta vez serio.

Carlos miró a un lado y otro de la cabina y, en voz baja, contestó:

—Por supuesto. Si liberan ese virus, aunque sea accidentalmente, dudo mucho que se pueda evitar de nuevo su propagación, tal y como ocurrió en la base. Y, sin vacuna, esta variante de la viruela llegaría en pocos días a todos los continentes. La tasa de mortalidad en el cuartel fue del cien por cien de los contagiados. Podría ser peor que la peste negra de la Edad Media. Claro que estoy preocupado.

—Para eso estamos nosotros —musitó Miguel.

El avión aterrizó en el aeropuerto Moscú-Sheremétyevo a las 05:50 h, aún de noche. Los dos agentes recogieron sus equipajes haciendo caso omiso a la recomendación de permanecer sentados y con el cinturón de seguridad abrochado, como el resto del pasaje de primera clase. Se situaron los primeros en la puerta cuando esta se abrió y avanzaron por la suave pendiente del *finger*. El aeropuerto era tan anodino y similar como el resto de los aeropuertos modernos. Todos parecían clones diseñados por el mismo equipo de arquitectura. Se encaminaron hacia la salida pasando por la zona de

recogida de equipajes, donde encontraron una oficina de cambio abierta. Un hombre corpulento y vestido con un impecable traje les dio los buenos días en inglés. Miguel sacó de la valija un fajo de billetes de cien euros.

—Cincuenta mil euros en Rublos —le dijo Miguel.

El empleado se agachó mostrando su incipiente alopecia en la coronilla, abrió la caja fuerte y, tras algo menos de un minuto, se incorporó y colocó un montón de billetes de quinientos, mil, dos mil y cinco mil rublos sobre el mostrador, así como varias monedas. Puesto que un euro equivalía a más de noventa rublos, Carlos pensó que iban a utilizar muy pocas monedas.

Tras pasar el control aduanero, salieron al amplio espacio de las llegadas internacionales. Allí, al fondo, entre algunas decenas de personas que esperaban a sus familiares o amigos, estaba Alexander Semenov. Ya habían pasado unos años desde la última vez que se vieron, pero seguía siendo el grandullón de ojos verdes, grandes y almendrados que, pese a estar sonriendo, infundía respeto, acentuado por su estatura: casi dos metros y más de cien kilos de músculo.

—Buenos días —les saludó cuando llegó a su altura, abriéndose paso sin problema entre el pequeño grupo de personas que se saludaban—. ¿Cómo ha ido el vuelo? —preguntó en ruso.

—Bastante bien —respondió Miguel que, pese a medir poco más de metro ochenta, parecía un enano al lado de Alexander.

Después de estrechar la mano a los dos agentes, Miguel le informó de la necesidad de comprar ropa de abrigo.

—Aquí es muy caro. Ropa de marca y mala —afirmó Semenov en español—. Puedo llevaros más tarde a una tienda de un amigo que…

—No tenemos tiempo que perder —le interrumpió Miguel—. Compraremos algo aquí para salir del paso.

—Como queráis —dijo Alexander alzando los brazos en señal de rendición.

Miguel, Carlos y Alexander entraron en la única tienda de ropa que a esas horas estaba abierta al público. Compraron dos jerséis de lana de cuello alto, un par de abrigos largos y dos pares de guantes de cuero, así como dos gorros con orejeras con el emblema de la antigua Unión Soviética que encontraron en una tienda de suvenires cercana. Pagaron en efectivo y, después de abrigarse, salieron de la terminal. El frío impactó en sus caras como un chorro de agua helada, y la nieve congelada les hizo resbalarse un par de veces antes de llegar al reluciente BMW de Alexander, estacionado en la zona reservada

para los taxis. La identificación del Ministerio de Interior, colocada en el salpicadero, evitó que la grúa retirase el coche.

A pesar de que la temperatura dentro del automóvil no debía superar los cero grados, los dos agentes sintieron un rápido alivio cuando se sentaron en los asientos de cuero, Miguel en el del acompañante y Carlos en la parte posterior. Alexander encendió un cigarrillo, activó la calefacción y arrancó el vehículo antes de hablar.

—¿A dónde vamos?

—A la nave de Ivanov —respondió Miguel.

—Ya lo suponía —apuntó Alexander, que aceleró en cuanto entró en la autopista.

—Hay algo más —intervino Carlos—. Sabemos que un barco con mercancía peligrosa se dirige al puerto de Novorosíisk. Puede que ya haya atracado. ¿Podrías utilizar tus contactos para saber qué barcos llegan hoy al puerto?

—No podrías ser más concreto… ¿Un carguero, una embarcación de recreo…? En ese puerto, además de una base militar de la Marina, hay mucho tráfico naval.

—No lo sabemos —le informó Carlos—. Tanto podría ser un carguero como un barco de pesca. Solo tenemos conocimiento de que partió de algún puerto del Líbano hace dos o tres días, pero podría haber transferido la mercancía a otro barco en alta mar. Esperemos que no.

—Algo es algo. Hago una llamada y acciono el altavoz para que la podáis escuchar. Supongo que no me podéis decir qué clase de mercancía peligrosa transporta, ¿verdad?

—Supones bien —contestó Miguel.

Alexander hizo la llamada. Tras unos segundos, alguien al otro lado de la línea contestó.

—Hola, Alexander. Me acabas de despertar. ¿A qué viene tanta prisa?

—No tengo tiempo para explicarte los motivos. Si te parece bien, mañana podemos ir al Kirsduk, tomarnos unos vodkas en compañía de varias señoritas y te lo cuento.

—Joder. Tengo a mi mujer tumbada en la cama y la acabas de despertar con tu llamada —bisbiseó su interlocutor.

—Pues dale un beso de mi parte a Natasha. Envíame el teléfono del práctico del puerto de Novorosíisk.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Dame un momento.

Pasaron unos minutos antes de recibir respuesta.

—Te lo acabo de enviar al teléfono.

—Gracias. Te debo una. Ahora tengo que colgar.

En la pantalla del tablero de instrumentos de BMW, sincronizada con el teléfono móvil de Semenov, apareció un número de teléfono y el agente pronunció la palabra llamar. Tras unos segundos, alguien respondió.

—Está llamando al práctico del puerto de Novorosíisk. ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Alexander Semenov, del Ministerio de Interior. Número de identificación A15MI2088. Necesito que me diga si ha atracado un barco procedente del Líbano o tiene previsto hacerlo en las próximas horas.

—¿No le han dicho nada?

—¿Nada de qué?

—De la operación desplegada por parte del ejército. Hace unas cuatro horas, han asaltado un barco pesquero libanés y lo han remolcado hasta las instalaciones militares.

—¡La madre que los parió! Ya podía estar esperando que me llamasen —espetó Alexander irritado—. Vaya panda de incompetentes. Esto en otros tiempos no habría pasado. Gracias por la información. Ahora mismo llamo a Defensa para que me expliquen lo sucedido.

Semenov colgó y miró a Miguel. Era una mirada de reproche que, viniendo de quien procedía, casi era un ultimátum, pero Miguel mantuvo la serenidad antes de hablar.

—No me mires así, te hemos dicho lo que podemos. Por cierto, ¿podrías enterarte de lo que ha sucedido? Ya sabes… quién estaba al mando de la operación, qué buscaban… Esas cosas.

—Sí, claro. Conozco a un tipo importante en el Ministerio de Defensa y lo tengo cogido de los huevos. Se dice así, ¿verdad?

—Más o menos —intervino Carlos.

—Ese tío vendía armas rusas a los chechenos y se ha forrado. Si no colabora sabe que puedo hacer llegar esa información a su superior, incluso a la prensa, y entonces estaría muerto —fue la respuesta de Alexander antes de pronunciar en voz alta: Llamar a Grigori Antonov.

De nuevo, a través de los altavoces del vehículo se escucharon varios tonos de llamada antes de que Antonov contestase.

—¿Qué quieres ahora, Semenov? —La voz denotaba hastío.

—Buenos días, Grigori. ¿Crees que esas son formas de hablarle a un amigo?

—Tú y yo no somos amigos. ¡¿Qué demonios quieres a estas horas?!

Alexander soltó una sonora carcajada antes de contestar.

—Necesito que me digas qué ha pasado esta noche en la base naval de Novorosíisk. Por lo visto, han asaltado un barco de pesca y lo han remolcado hasta la base. Quiero saber por qué y quién lo ha ordenado. Si te enteras de algo más también me sería de utilidad.

—¿Para cuándo lo quieres?

—Para ayer.

—¡No jodas! Necesito al menos un par de horas.

—Entonces espero tu llamada en dos horas.

—Y si no…

—Dos horas he dicho. Ni un minuto más. ¿Queda claro, traficante? —le interrumpió Alexander, que colgó para volver a fijar su mirada en la autopista —. Creo que nos siguen —dijo mirando el retrovisor—. El coche negro.

Carlos se giró y vio una berlina negra tras un Fiat 500, y cómo la berlina abandonaba la autopista en la primera salida.

—Falsa alarma. Acaba de abandonar la autopista —remarcó Carlos cruzando su mirada con la de Alexander en el retrovisor.

—Mejor. No queremos compañía, ¿verdad? —añadió el ruso soltando una risotada.

A esas horas, el tráfico en las circunvalaciones de Moscú era escaso, de manera que, en algo menos de una hora, se encontraban en las coordenadas que le había facilitado Miguel a Alexander. La nave industrial presentaba un aspecto de abandono, con los cristales rotos y herrumbre en las puertas. Se encontraba en la zona más alejada del polígono industrial.

Los tres se bajaron del BMW. Previamente, Carlos había sacado dos pistolas de la valija diplomática y le había dado una a Miguel. Comenzaron a caminar hacia la enorme puerta de la construcción, provocando el crujido de la nieve con cada uno de sus pasos. Aún era de noche y no pudieron distinguir la pequeña puerta a un lado de la entrada principal hasta que se encontraron frente a ella. La cerradura era sencilla, de manera que a Alexander le costó menos dos minutos abrirla con una ganzúa. La puerta chirrió cuando la empujó para abrirla, como si se quejase de que la sacasen de su descanso. Primero entró Miguel, con el arma en su mano derecha, apuntando y apoyada sobre su antebrazo izquierdo, cuya mano sostenía, como si se tratase de un

puñal, una linterna Maglite. Alexander y Carlos se quedaron fuera, uno a cada lado de la puerta, pendientes del aviso de Miguel para que entrasen.

La escasa luz de la luna se colaba por los agujeros del techo que ya había visto por satélite Miguel. Este, rastreó el lugar apuntando alternativamente a derecha e izquierda, arriba y abajo. Pequeños montículos de nieve se acumulaban en el suelo, justo debajo de los boquetes de la techumbre. La nave estaba vacía; no obstante, el agente preguntó en voz alta:

—¿Hay alguien?

El eco de su voz reverberó en las paredes y el techo. Nadie contestó. El polvo en suspensión brillaba con la luz de la linterna, como diminutas luciérnagas que resaltaban el abandono del edificio. Al fondo vio unas escaleras metálicas ascendentes que finalizaban en una construcción: un despacho.

—Podéis entrar —vociferó Miguel.

Carlos y Alexander atravesaron la puerta y accedieron al recinto apuntando con sus pistolas y las linternas. El español examinó la parte derecha de la nave, mientras que el agente ruso se encargó de la izquierda. Carlos encontró numerosos orificios en el suelo. Por su forma y tamaño, aparentaban haber servido de anclaje de maquinaria pesada, el óxido del suelo así lo indicaba. Había algunos papeles amarillentos y varios trozos de plástico quebradizos reposando en el suelo. A medida que avanzaba, el agente los recogía, les echaba un vistazo y los dejaba caer tras comprobar que no aportaban nada a la investigación. Alexander y Carlos se encontraron al final de la nave industrial, junto a las escaleras metálicas, y subieron por ellas.

—¿Has encontrado algo? —preguntó el agente ruso.

—No —contestó Carlos sin darse la vuelta—. Esto parece estar abandonado desde hace años; mejor dicho, décadas. Nada indica que haya habido actividad reciente.

Miguel ya llevaba unos minutos dentro del viejo despacho, que aún conservaba parte del mobiliario: una mesa de madera, cuatro sillas del mismo material con respaldos plásticos de un rojo que en su momento debió resplandecer; un armario repleto de cajones, algunos abiertos; un archivador metálico y una fotografía enmarcada de Mijaíl Gorbachov colgada de una de las paredes no acristaladas. Por supuesto, no había corriente eléctrica, Miguel lo había comprobado presionando varios interruptores.

Los tres comenzaron el registro del despacho con la presunción de que no iban a encontrar nada relevante, y así fue, polvo era lo único que hallaron, polvo y un portafolio vacío.

—Tienes razón, esta nave no se ha usado en decenios —dijo Miguel, mirando primero a Carlos y después a Alexander—. ¿No se hace una comprobación de la empresa antes de concederle los permisos para la actividad?

Alexander se encogió de hombros.

—En Rusia con dinero se pueden ahorrar algunos trámites.

—No me jodas —espetó Miguel golpeando la mesa con el puño de su mano izquierda.

—En España también sucede, ¿verdad? —masculló el agente ruso.

Miguel musitó algo ininteligible, inspiró profundamente y exhaló el contenido de sus pulmones para añadir:

—Aquí no es, ¿entonces dónde?

En ese momento escucharon como un vehículo se aproximaba, apagaron sus linternas y, evitando hacer ruido, fueron hasta la puerta de entrada, entreabierta. Carlos miró con cautela amparado en la oscuridad. Vio como un hombre de estatura mediana recogía la correspondencia del buzón, este, se subió a un Opel Corsa con el motor en marcha y se alejó calle arriba. Los tres agentes salieron a la carrera manteniendo un difícil equilibrio sobre la nieve helada y se subieron en el BMW. Alexander arrancó cuando el Corsa casi había desaparecido de su campo de visión y aceleró. En menos de un minuto se encontraban a unos doscientos metros del vehículo que perseguían. Alexander redujo la velocidad y apagó las luces, manteniendo la distancia en un intento de que el BMW pasase desapercibido, hasta que el Opel Corsa se detuvo frente a una nave industrial más pequeña que la anterior. Carlos se bajó del coche y avanzó hacia el sujeto, que estaba introduciendo la correspondencia en un buzón. El hombre se subió en su coche y abandonó el lugar. Alexander hizo lo mismo, aceleró pasando como una exhalación cuando llegó a la altura de Carlos y alcanzó el vehículo. Emitió un par de ráfagas con las luces de carretera, pero el Corsa no se detuvo. Semenov apretó el acelerador, lo rebasó y cruzó el BMW en medio del camino, obligando al otro vehículo a frenar. Los agentes se bajaron del coche, encañonaron al conductor y se aproximaron al vehículo hasta llegar a su posición, iluminándolo con sus linternas.

—Baje del coche con las manos en alto —exigió Alexander.

El hombre salió del vehículo intimidado por la amenaza que suponían dos pistolas apuntándolo. La luz de la potente linterna le hizo girar la cara. No aparentaba más de treinta años. Nada en su aspecto o indumentaria inducía a pensar que se tratase de un sujeto peligroso.

—No me maten, por favor. Llevo algo de dinero en la cartera. Tengo familia, dos hijas y…

—No le ocurrirá nada si sigue al pie de la letra mis instrucciones. Apoye las manos en el coche con las piernas abiertas —le requirió Alexander.

El hombre hizo lo que le pidió el agente ruso y este comenzó a cachearlo. No palpó ningún arma, pero extrajo una cartera del bolsillo trasero del pantalón de pana y un móvil del abrigo que se guardó en el bolsillo del suyo. Lo primero que vio al abrir la cartera fue una foto familiar junto a un árbol de Navidad. El hombre que tenía enfrente aparecía junto a la que debía ser su esposa y dos niñas que no superaban los diez años, más pendientes de las cajas de regalos que de la cámara, todos con la sonrisa forzada propia de las fotos que pasan a la posteridad. Encontró el documento de identificación que buscaba.

—Aleksei —continuó el agente ruso—. ¿Qué haces aquí? Date la vuelta lentamente o esta se puede disparar —amenazó agitando su pistola.

—Me contrataron para recoger la correspondencia del buzón de una nave abandonada que hay más abajo y depositarla en el de esta —dijo girando su cabeza en dirección al buzón.

—¿Quién te contrató?

—No sé su nombre. Vi un anuncio donde se ofrecía trabajo pegado en un poste de la luz y llamé al número de teléfono. El hombre con el que hablé me dijo lo que tenía que hacer y yo no pregunté. Me advirtió de que si faltaba un solo día buscaría a otro. Me paga bien, o mejor dicho, me pagaba. Cinco mil rublos que depositaban cada día dentro de un sobre en el primer buzón, el único de los dos del que tengo la llave.

—¿No te pareció mucho dinero para algo tan sencillo?

—Sí, al principio pensé que podría tratarse de un bromista, pero el sobre con el dinero estaba siempre ahí, con la correspondencia. La vida es cara en Moscú, con mi sueldo y el de mi mujer apenas llegamos a fin de mes. Hace ya dos días que no aparece el sobre, pero yo sigo viniendo —respondió más tranquilo.

Alexander se encendió un cigarrillo antes de continuar con el interrogatorio.

—¿No has llamado para saber por qué no te pagan?

—Lo he hecho, pero salta un contestador diciendo que ese número no existe.

Miguel frunció el ceño. Alexander, impertérrito, observaba alternativamente al hombre y a la cartera de este, cada vez más convencido de

que Aleksei no iba a aportar nada novedoso.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Cinco o seis meses.

—¿Cinco, o seis? —inquirió Alexander.

—Algo más de cinco —concretó.

—Y ese hombre, ¿no te pidió información personal antes de… contratarte?

—Me preguntó mi nombre completo, mi edad y si tenía familia. También me pidió que le enviase en ese momento una fotografía de mi documento de identidad y que me esperase. Así me tuvo más de diez minutos, hasta que por fin habló para decirme que el trabajo era mío, lo que tenía que hacer y a qué hora. También me dijo que no debía contárselo a nadie, ni siquiera a mi mujer, y lo hizo con un tono intimidatorio.

Carlos, que llevaba unos minutos escuchando, intervino.

—¿Qué nos puedes decir sobre la correspondencia?

—No me entretengo en revisarla. Son cartas, correo comercial… Lo normal —contestó mirando al frente, de donde procedía la voz de su interrogador, al que no podía ver porque le deslumbraba la luz de la linterna, pero que por el acento sabía que no era ruso.

—Te suena el nombre de Ivanov —preguntó Carlos, quien observó como al hombre le mutaba el rostro.

—Mire, no quiero problemas. Las cartas iban dirigidas a Derivados Petroquímicos Ivanov INC.

—¿Y el remitente? —insistió Carlos.

—La mayoría eran rusos, pero había alguno de Irán.

—¿Algo sobre Iran Research Oil?

—Podría ser, pero no estoy seguro.

—¿Han recogido la correspondencia en estos dos últimos días? —preguntó Alexander.

—Sí. —Fue la escueta respuesta del hombre, que se volvió para señalar con su cabeza el buzón con una portezuela translúcida.

—Está bien. Lárgate, pero no le hables a nadie de esta conversación si aprecias tu vida y la de tu preciosa familia —amenazó el agente ruso. Se estaba marcando un farol, no tenía ninguna intención de hacer daño a nadie, pero debía mostrarse amenazante para que el hombre mantuviese la boca cerrada.

El sujeto se subió al Opel Corsa, arrancó y esquivó el BMW derrapando sobre la nieve acumulada en el arcén. Aceleró y se alejó del lugar como alma

que lleva el diablo. Lo que no sabían los agentes era que alguien, agazapado entre unos matorrales, a unos quinientos metros, los estaba observando y grabando con un equipo de visión nocturna.

Los tres agentes se encontraban en la puerta principal del edificio de una sola planta. Junto a la entrada había un pequeño panel para la identificación digital. Carlos colocó su dedo sobre el dispositivo, pero este no se encendió, lo que indicaba que no había corriente eléctrica y eso facilitaba la labor de entrada sin que saltasen las alarmas.

A Alexander solo le costó unos segundos abrir la puerta manipulando la cerradura con una ganzúa. Los tres entraron apuntando con sus linternas y las pistolas. Lo primero que percibieron fue dos olores: el primero, metálico, podía proceder de cualquiera de las múltiples estanterías, casi vacías, de lo que a todas luces parecía un almacén; pero el otro era un hedor inconfundible. Los tres estaban acostumbrados al olor penetrante que desprendía un cadáver en descomposición, ahora solo tenían que encontrarlo. Como era de esperar, las luces no funcionaban, por tanto, cada uno se adentró en uno de los tres pasillos que delimitaban las filas de estanterías que casi llegaban hasta el techo.

—¡Aquí! —exclamó Miguel.

Carlos y Alexander se dirigieron hacia el origen de la voz. En el suelo, alumbrado por la linterna de Miguel, había un cuerpo hinchado, con un orificio de entrada de bala en su nuca. Carlos se ajustó los guantes y lo volteó, no sin cierta dificultad. Se trataba de un hombre. El agente registró los bolsillos buscando alguna identificación. En el bolsillo interno de su chaqueta Armani encontró lo que buscaba: la cartera. La abrió y sacó su documento de identidad.

—Es él —dijo mostrando el documento con el nombre de Dimitri Ivanov y una fotografía que poco se asemejaba a la cara destrozada por el orificio de salida de la bala que había acabado con su vida.

Carlos siguió rebuscando en la cartera de Ivanov. A parte de unas cuantas tarjetas bancarias, algunas a nombre de la empresa, varias tarjetas de visita y algunos billetes, no encontró nada, ni siquiera una fotografía. En los bolsillos tampoco, salvo unas cuantas monedas y un pañuelo.

—Por el estado del cuerpo y la temperatura ambiente, debe llevar al menos dos días muerto —apuntó Miguel.

—Coincide con los días que el «cartero» lleva sin cobrar —añadió Alexander.

—¿Y las llaves? —preguntó Carlos—. Este «fiambre» no lleva ninguna encima. Tampoco un móvil. Debieron usarlas para abrir el buzón y cerrar la puerta. El orificio de entrada parece de un arma corta. —Alexander afirmó con la cabeza.

En la pared, frente al cadáver, había salpicaduras de sangre y de masa encefálica. Carlos buscó por los alrededores hasta que encontró un destornillador, que utilizó para horadar el orificio donde debería estar alojada la bala, pero el proyectil no estaba, tampoco encontraron el casquillo.

—Se han tomado muchas molestias en ocultar las pruebas incriminatorias —dedujo Carlos.

El teléfono de Alexander comenzó a sonar y el agente miró la pantalla. Se trataba de Grigori Antonov. Poco más de una hora antes de lo pactado. Descolgó.

—En qué cojones andas metido, Semenov —escuchó el ruso al otro lado de la línea—. Nadie en La Marina reconoce saber nada de ninguna operación, pero mi contacto me ha confirmado que ha encontrado información sobre la operación, la hora y el nombre: Aquiles. Nada más, no puede acceder al documento completo, está catalogado como alto secreto.

Los agentes españoles se miraron.

—Aquiles, el héroe mitológico de la Batalla de Troya. ¡Caballo de Troya! —dijo Carlos.

Miguel asintió.

—¿Qué coño está pasando aquí? —inquirió Alexander.

—Por tu seguridad es mejor que no lo sepas —respondió Miguel.

—¿Por mi seguridad o porque no me lo podéis decir?

—Por ambas cosas —contestó Carlos.

Revisaron el resto de la nave industrial buscando casquillos o impactos de bala. No encontraron ninguna señal de un tiroteo. Las pocas cajas, apiladas en las estanterías, estaban vacías y sin ninguna anotación. No hallaron nada de interés, tampoco en el resto del edificio, incluyendo la oficina, cuyo mobiliario tenía todo el aspecto de haber sido vaciado con precisión milimétrica.

Después de hacer unas fotografías de la escena del crimen, se quitaron los guantes y los guardaron en sus abrigos, comprobaron que no se hubiesen dejado nada dentro de la nave y salieron de ella. Las primeras luces del alba despuntaban al este con tonos anaranjados. Un coche con las luces apagadas se aproximaba hasta su posición. Cuando llegó a su altura, esquivó el BMW de Alexander y los rebasó en menos de un segundo, entonces encendió las

luces. Ni siquiera pudieron identificar la marca, menos aún la matrícula. Pero nadie en sus cabales iría tan deprisa por ese suelo resbaladizo sin un motivo justificado, y menos aún con las luces apagadas.

—Igual llega tarde al trabajo —bromeó Miguel mientras se sacudía del abrigo las gotas de agua que las ruedas del vehículo habían dispersado.

—Una berlina negra —apuntó Carlos—. Puede que tuvieses razón cuando dijiste que nos seguían en la autopista, Alexander.

—Pero se desvió en una salida, tú mismo lo dijiste —replicó el ruso—. Además, nadie nos ha seguido en el polígono industrial.

—Igual no le hizo falta porque ya intuía a dónde nos dirigíamos.

—¿Insinúas que sabía lo de Ivanov? —intervino Miguel.

Carlos volvió a perderse en sus pensamientos. Los sentidos lo captan todo, pero solo nos fijamos en lo que nos interesa. A veces, hay imágenes que quedan almacenadas en nuestro subconsciente que solo la hipnosis puede revelar. No era el caso de Carlos, él podía recuperarlas con un mínimo estímulo, como la aparición del coche negro. La vio. Aquella mujer se había sentado frente a ellos en la cafetería de aeropuerto Ben Gurion, aunque lejos. Era rubia, alta, miraba un periódico o una revista con las gafas de sol puestas. «¿Quién lee con las gafas de sol?», se preguntó.

—Creo que alguien nos vigilaba en el aeropuerto, en concreto una mujer. Llegó a la cafetería poco después de nosotros y se sentó a una mesa, a unos veinte metros. No consumió nada y leía una revista con las gafas de sol puestas. Lo acabo de recordar. Tampoco iba en nuestro vuelo.

—Podría ser la pasajera de otro vuelo que estaba esperando su salida —repuso Miguel ante la perplejidad de Alexander—. Hay mujeres muy presumidas a las que les gusta hacer ostentación de su estatus con los bolsos, la ropa o los complementos, como las gafas de sol, seguramente de esas que cuestan más que el salario de un trabajador.

—También estaba sentada en la sala de espera de nuestro vuelo. Calzaba unas botas altas de piel con unos prominentes tacones. La vi cuando íbamos a embarcar.

—¿Y lo dices ahora? Yo no recuerdo haberla visto.

Carlos lanzó una mirada de reproche a Miguel.

—Es que es ahora cuando lo he recordado. Pero estás en tu derecho de no creerme.

—Está bien, supongamos que es verdad. Eso significa que alguien quería saber que vuelo tomábamos o confirmar que, en efecto, volábamos a Moscú. Lo que implicaría que igual nos estaban esperando en el aeropuerto

Sheremétievo y nos siguieron hasta aquí… Eso explicaría lo del coche de la autopista, una berlina que podría ser la que me acaba de empapar. Eres un genio, Carlos.

—La puerta no estaba forzada —dijo Alexander—. O el que mató a Ivanov lo conocía y este lo abrió, o cortaron la luz para que no saltase la alarma.

Los tres agentes siguieron el cableado eléctrico hasta que encontraron donde había sido seccionado: a una altura de cuatro metros, cerca del poste de la luz.

—Parece claro —afirmó Miguel—, cortaron la luz y con ella la alarma, abrieron la puerta inmediatamente y ejecutaron a Ivanov.

—¿Por qué hablas en plural? —preguntó Carlos mientras se rascaba la mejilla—. Yo opino que lo hizo una sola persona, quizás dos. Ivanov debía estar solo. Creo que había quedado con alguien a quien conocía. No hay señales de lucha ni de que se hubiese defendido. Dudo mucho que alguien como él no fuese armado, y solo hemos encontrado el impacto de la bala que lo mató. De haber sido un ataque, lo habría intentado repeler. No, lo del corte de la corriente eléctrica lo hizo quien lo mató para despistar a la policía cuando encontrasen el cadáver.

—Entonces, ¿dónde está el arma de Ivanov? ¿Sugieres que se la llevaron? —apuntó Alexander mientras aplaudía.

—Sí, con su móvil. ¿O tampoco tenía móvil? —aseguró Carlos.

Miguel y Alexander cruzaron sus miradas, entonces, aplaudieron los dos, pero esta vez como reconocimiento a la pericia de Carlos.

—Solo tengo una duda: ¿Quién lo mató y por qué? Se supone que lo necesitaban para almacenar los viales de la viruela modificada. ¿Crees que podría estar involucrado el FSB? —preguntó Carlos mirando a Alexander.

—¿El Servicio Federal de Seguridad? Podría ser. Ha ganado mucha relevancia desde que Putin llegó a la presidencia. Al fin y al cabo, él fue miembro del KGB y su sustituto, el FSB tuvo un papel importante en el conflicto checheno. Creo que podemos salir de dudas si hablas con Boris Nikitin. Él te debe mucho por la redada a los chechenos —afirmó el agente ruso mirando a Carlos—. Pero será mejor que nos vayamos de aquí. Se está haciendo de día.

Los tres agentes se subieron al BMW y se alejaron del lugar.

—¿A dónde os llevo? —preguntó Alexander.

—Tenemos reservada una habitación en el Kempisky —respondió Carlos receloso, pensando que si habían conocido sus movimientos también podrían

saber donde se alojaban.

—Entonces, al hotel. Pero antes deberíamos desayunar. Os invito a un discreto bar.

Capítulo 10: La carta

Día 8. 24 de diciembre. Moscú.

Llegaron al barrio donde residía Alexander, un conglomerado de edificios de la era soviética a las afueras de Moscú, unas construcciones de veinte plantas, anodinas, grises. Todas iguales y sin balcones, innecesarios en una ciudad donde siempre era invierno; aunque en realidad, hacía años que el cambio climático también había alcanzado esa latitud y los veranos eran sofocantes.

Había comenzado a nevar; sin embargo, la actividad era la de un día normal, con la gente dirigiéndose a las estaciones del metro o a las paradas de autobús. Algunos utilizaban sus propios vehículos, dejando así plazas de aparcamiento libres, lo que aprovechó Alexander para estacionar su embarrado BMW delante de un bar, tan añejo como el resto del barrio.

—Tomaremos algo antes de llevaros al hotel —dijo el agente ruso.

Los tres se bajaron del coche. Alexander no se molestó en cerrar el automóvil con el mando a distancia. Era muy conocido, puesto que toda su vida había vivido allí, incluso de niño, cuando correteaba por las calles, casi sin tráfico. Nadie iba a tocar el coche, una placa del Ministerio de Interior junto a la matrícula disuadiría a cualquier delincuente despistado de otro barrio, pero Carlos y Miguel no dejaban de mirar el maletero de reojo mientras caminaban hacia el bar.

—No os preocupéis —les tranquilizó Alexander—, nadie va a tocar vuestras cosas.

Nada más abrir la puerta del bar, una bofetada de aire impactó en sus cuerpos. Era caliente y con un olor peculiar: una mezcla de aroma de comida, café y alcohol. Los receptores nasales de los españoles no percibían el olor a frituras ni a cerveza, tan propias de los bares españoles. No, era otro tipo de grasa, manteca o mantequilla. El aceite de oliva no solo era prohibitivo por su precio, sino que los siglos de tradición culinaria rusa habían impuesto el uso de grasas mucho más calóricas y menos saludables.

El local era lóbrego, porque a pesar de tener todas las luces encendidas, estas eran de baja potencia. También carecía de ventanas que incrementasen la pérdida de calor a través de los cristales. Parecía sacado de una película de la guerra fría, con fotografías de Lenin y Stalin y una bandera roja con la hoz

y el martillo enmarcada cual trofeo. El mobiliario consistía en una hilera de taburetes metálicos y sin respaldo delante de una larga barra de granito con un reborde de cuero, unas pocas y antiguas mesas de madera pegadas a la pared, rodeadas de sillas con respaldo de pana roja; en una de ellas se encontraba el único cliente del local a esas horas, un anciano que leía el periódico. La única licencia a la modernidad eran una máquina tragaperras y otra dispensadora de tabaco, ambas en la entrada.

—¿Lo de siempre, Alexander? —pregunto el camarero, un hombre de avanzada edad, con la cara rubicunda y repleta de arrugas.

—Sí, Konstantin.

—¿Y tus amigos?

—Un par de cafés con leche y unos huevos con beicon —respondió Carlos ante el gesto de aprobación de Miguel.

Los tres se sentaron a la mesa más distante de la barra y del anciano.

—¿Qué sentido tiene que maten a quien debía recibir el cargamento? —preguntó Miguel.

—No podemos descartar que haya sido el FSB, aunque tengo otra teoría —dijo Carlos.

—¿Y cuál es?

—Mejor hablamos primero con Nikitin, si es que quiere colaborar —contestó Carlos, dejando en el aire una de las posibilidades que había estado sopesando en el avión.

Alexander, atento a la conversación, buscó un contacto en su agenda de papel, mucho más segura que la lista del teléfono. Lo encontró y se lo mostró a Carlos, este lo anotó en una servilleta y la guardó en el bolsillo del pantalón. El camarero se acercó a la mesa donde sirvió vodka en un pequeño vaso y depositó los dos cafés con leche y dos platos con una ración abundante de beicon y dos huevos fritos, después se retiró a la barra.

—Estás seguro de que esta línea está operativa —preguntó Carlos.

—Es el número de Nikitin cuando lo de los chechenos. Por probar no pierdes nada —afirmó Alexander.

Tras dar buena cuenta del desayuno y de los dos vodkas que se había bebido Alexander, los agentes se levantaron de la mesa y se encaminaron hacia la puerta de salida del bar. Alexander se despidió del camarero.

—Hasta mañana, Konstantin.

—Hasta mañana, que pases un buen día —respondió este.

La nieve caía con más intensidad que cuando entraron al bar.

—Hay alguna cabina telefónica por aquí —preguntó Carlos.

—A unos cien metros, en la esquina. Os acompaño —se ofreció Alexander.

La cabina era muy pequeña y sin puerta, con el espacio justo para Carlos y Miguel. Mientras el agente ruso esperaba fuera, Carlos descolgó e introdujo los pocos rublos que les habían dado en monedas en la oficina de cambio del aeropuerto, marcó el teléfono de la servilleta y esperó varios tonos, hasta que alguien al otro lado de la línea descolgó.

—¿Cómo ha conseguido este teléfono? —preguntó el interlocutor con un tono de voz que denotaba autoridad y que Carlos reconoció como la de Boris Nikitin.

—Soy Carlos Fernández, del CNI. Hace cinco años colaboramos en la desarticulación de un comando checheno.

Silencio.

—Hola, Carlos. ¿Qué haces en Moscú? —preguntó Nikitin. Carlos se percató de que los prefijos de los teléfonos públicos habían delatado su presencia en la ciudad—. Supongo que no es una visita de cortesía.

—No, no lo es. Estamos en una operación, siguiendo un rastro que nos ha llevado hasta Rusia. ¿Te suena de algo caballo de Troya o Aquiles?

Otra pausa.

—No sé de qué me hablas, Carlos.

—Esta es una conversación entre amigos. Nosotros tenemos información que puede seros de utilidad y viceversa.

Otro silencio, esta vez más duradero.

—Está bien, tú ganas —concedió Boris—. ¿Dónde te alojas?

—Prefiero que nos veamos en un sitio público… Un momento.

Carlos tapó con su mano el micrófono del teléfono y miró a Alexander.

—¿Sigue abierto el McDonald’s que hay junto al Ministerio de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa?

—¿El de la calle Arbat? —preguntó el agente ruso.

—Sí, ese.

—Está abierto —contestó ofreciéndole unas monedas a Carlos, por si tenía que depositar más dinero para que no se cortase la comunicación. El agente las aceptó y continuó con la conversación.

—Nos vemos esta tarde a las 20:00 h en el McDonald’s de la calle Arbat. Ve solo.

—De acuerdo, nos vemos allí. Espero no arrepentirme —afirmó Boris, que colgó.

—¿Os llevo al hotel? —preguntó Alexander.

—Deberías dormir algo —le sugirió Miguel.

—Gajes del oficio —afirmó el agente con una sonrisa—. Vamos al coche, luego vuelvo y me doy una ducha en casa antes de ir al ministerio.

Tras más de una hora soportando los continuos atascos de tráfico, el BMW de Alexander se detuvo frente a la entrada del lujoso hotel, junto al río Moscova. El portero abrió la puerta trasera del vehículo antes de que Miguel y Carlos pudiesen hacerlo. Vestido de forma impecable, con uniforme verde de galeras y capas, incluyendo el preceptivo sombrero de copa, les dio la bienvenida y, cubriéndolos con un enorme paraguas, los acompañó hasta la parte trasera del coche. Recogieron las dos mochilas y la valija diplomática del maletero ante la impertérrita mirada del portero, más acostumbrado a grandes maletas, por lo que hizo un gesto al botones para que se retirase cuando ya descendía la rampa con el portaequipajes. Les invitó a acompañarle hasta la entrada principal del hotel. Carlos se adelantó, pero Miguel se quedó hablando con Alexander a través de la ventanilla bajada del BMW.

—Buen trabajo —le dijo tendiéndole la mano—. Nos has sido de gran ayuda.

Alexander le estrechó la mano y tiró de ella hasta situar la cabeza de Miguel a unos centímetros de la suya.

—Tened mucho cuidado. No sé de qué va todo esto, pero si os han seguido creo que debéis estar preparados para cualquier cosa. Si queréis protección dímelo, puedo conseguiros un par de matones de confianza.

—Te agradezco la oferta, pero no es necesario.

—Suerte, amigo —le deseó Alexander, que subió la ventanilla y se alejó hasta perderse entre el tráfico.

Miguel entró en el lujoso vestíbulo del hotel Kempisky, una espaciosa estancia con suelos de mármol, alfombras persas y mobiliario de maderas nobles. Innumerables sofás de piel rodeaban mesas bajas de cristal, la mayoría desocupados. Un pianista amenizaba la estancia desde el fondo del vestíbulo. Carlos ya estaba tramitando el registro y Miguel se acercó a su compañero. Tras el mostrador, uno de los recepcionistas —vestido con un impecable traje negro a juego con la corbata y en contraste con la camisa blanca— buscaba la información de la reserva en un ordenador, fuera de la vista de los clientes.

—Dos noches en una *suite* para dos personas con desayuno incluido, ¿verdad, señor… Fernández? —dijo en inglés, pronunciando con dificultad el falso apellido de Carlos—. ¿El caballero es el otro huésped de la *suite*? —preguntó mirando a Miguel, quien asintió—. ¿Pueden entregarme sus pasaportes y una tarjeta de crédito, por favor?

Miguel y Carlos le entregaron los documentos requeridos.

—Un momento, ahora se los devuelvo.

Se escuchó el sonido de una fotocopiadora. Tras ello, el recepcionista, Yuri —ese era el nombre que aparecía en la tarjeta que pendía del bolsillo izquierdo de su chaqueta—, les entregó sus pasaportes y la tarjeta bancaria a nombre de Miguel.

—Su habitación es la 725. Que disfruten de su estancia —les deseó entregándoles dos tarjetas para acceder a la habitación.

Ya en el ascensor, Carlos vio reflejada su cara en el espejo. Evidenciaba el cansancio y el sueño acumulados. Al salir en la séptima planta, la última del hotel, se encontraron en un recibidor que daba a un pasillo. Encima, colgada del techo, una placa indicaba la distribución de las habitaciones, la suya quedaba a la derecha. Caminaron por el suelo enmoquetado con motivos florales hasta encontrar su habitación, Carlos introdujo su tarjeta en la ranura de la cerradura electrónica y, casi de inmediato, una luz verde se encendió y el agente bajó el tirador para abrir la puerta. La *suite* era enorme, el salón era dos veces el tamaño del apartamento de Miguel y un ejemplo de ostentación: el suelo de mármol pulido, las paredes recubiertas de un papel listado en tonos claros; cuadros, sin duda originales, distribuidos de forma equilibrada; varios sofás de piel dispuestos alrededor de una mesa baja de madera noble, donde reposaba una bandeja de plata repleta de frutas: naranjas, peras, trozos de piña, plátanos, uvas… A la derecha, una mesa blanca con incrustaciones decorativas modelo Luis XV, igual que las cuatro sillas que la rodeaban. Al fondo, una enorme ventana de dos piezas daba al río Moscova, con las vistas despejadas. Una mesa de trabajo, pegada a la pared izquierda, disponía de todo lo necesario: una agenda, un ordenador portátil conectado por cable ethernet; una impresora, lápices, bolígrafos y rotuladores. El televisor, de al menos 60 pulgadas, reposaba encima de una chimenea de gas que dotaba a la estancia de un aspecto cálido con sus llamas rojizas y, como no podía faltar, una nevera minibar, y encima, una repisa de obra con una cafetera Nespresso, una bandeja con las cápsulas de café y sobres de distintas infusiones; además de chocolatinas, un calentador de agua y una jarra llena del líquido transparente.

Carlos accedió al corto y ancho pasillo desde el que se divisaba el dormitorio. Una Cama *King Size* con dobladillos a ambos lados presidía la habitación. Dos mesillas de noche con varios libros y una caja de bombones de una prestigiosa marca suiza estaban adosadas a ambos lados de la cama. En la pared de la derecha, un tocador con todo lo necesario para el acicalado

de una mujer: peines, cepillos, pintalabios, perfume, maquillaje… Frente a la cama y sobre otra chimenea encendida, un televisor iluminaba la habitación y mostraba un video con todas las instalaciones y los servicios del hotel. En la pared del fondo otro gran ventanal ofrecía una vista bucólica de Moscú, apenas visible por la intensa nevada. Y, a un lado, una butaca de terciopelo sobre una alfombra persa, igual a las dos que había a ambos lados de la cama.

—Voy a darme una ducha —dijo Miguel.

Encendió la luz antes de entrar en el gran baño y, ante sus ojos, apareció un espacio diáfano; al fondo, una bañera con patas que simulaban las de un felino; a su lado, una ducha acristalada donde cabía medio equipo de fútbol. El resto lo completaba un mueble de baño con dos senos y la grifería dorada, así como varios cajones; además del secador de pelo, una bandeja de mimbre con toallas medianas y otra con todo tipo de jabones y sales de baño; dos albornoces blancos y dos pares de zapatillas del mismo color.

El móvil de Miguel emitió el sonido de una llamada entrante. Era Sainz de Rozas, el jefe. Descolgó.

—Miguel, te llamo a ti porque estás al mando de la operación y Hernández no parece querer entrar en razón. ¿Realmente es necesario que estéis en Moscú?

—Señor, debo decirle que Hernández tenía razón. Hemos localizado el cuerpo sin vida de Dimitri Ivanov, el supuesto encargado de recoger y almacenar el envío del virus en una nave industrial de Moscú. Lo han asesinado unos días antes de la llegada del cargamento. Por otro lado, el barco que transportaba los viales con el virus de la viruela modificado ha sido interceptado por la marina rusa y remolcado a las instalaciones militares del puerto de Novorosíisk.

—Pues déjenselo a los rusos —dijo Sainz de Rozas elevando el tono de voz.

—De momento proseguimos con la investigación. Han muerto soldados españoles, no podemos dejar que el responsable quede impune. Además, tenemos una entrevista esta tarde con un agente del FSB ruso que puede ser muy esclarecedora. —Miguel omitió intencionadamente la sospecha de que les estaban siguiendo. «No es conveniente darle más motivos a Sainz de Rozas para que exija nuestro regreso a España», concluyó el agente.

La respuesta del general se hizo esperar.

—Está bien. Hablen con el agente ruso y sáquenle lo que puedan. Si eso sirve para localizar al hijo de puta que ha creado la variante vírica me conformo. Llámame esta noche o mañana por la mañana.

—Así lo haré, señor.

Miguel colgó e hizo un aspaviento con su mano, mirando a Carlos, que negó gesticulando con la cabeza. Se desnudó, entró en la ducha, abrió la llave del agua caliente y se enjabonó. Tras enjuagarse, se quedó un rato bajo los chorros de agua caliente por el efecto relajante que le producía el agua resbalando por todo su cuerpo. Salió de la ducha en medio del vapor de agua que confería al baño un aspecto fantasmagórico, se colocó uno de los albornoces, se calzó las zapatillas del hotel y vio a su compañero en la puerta.

—Mi turno —dijo Carlos mostrando una sonrisa.

—Todo tuyo. Ahora solo me faltan unas horas de sueño para sentirme como nuevo. Por cierto, creo que deberíamos hacer turnos para dormir antes de la cita con Nikitin. Miguel miró la hora en su reloj sumergible y continuó —: Te dejo la primera guardia hasta la una y media de la tarde. El resto para mí.

—¡Muy amable! —protestó con ironía Carlos—. Estoy que me caigo, pero supongo que con la ducha me despejaré.

Miguel sacó de la valija un detector de radiaciones electromagnéticas semejante a una raqueta de pádel y comenzó a pasarla por todas las paredes de la *suite*.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Carlos desde la entrada del pasillo.

—No parece haber ningún micrófono. También he revisado todas localizaciones y los objetos susceptibles de esconder microcámaras. Nada de nada.

—Mejor —admitió Carlos—. Tampoco vamos a usar el ordenador del hotel.

—Me voy a acostar. Despiértame a la una y media, o a la una, si tienes mucho sueño —dijo Miguel.

Carlos cogió el mando a distancia del televisor y el manual de instrucciones. Había una gran selección de canales entre los que escoger, también de pago, pero ninguno en español. Se sentó en el cómodo sofá de piel, frente a la chimenea y el televisor. Optó por un canal de cine clásico y seleccionó la película Casablanca en versión original. Ya la había visto con anterioridad, pero en español. Sus párpados empezaron a cerrarse cuando Rick —Humphrey Bogart— se dirige al pianista con la famosa frase: «Tócala otra vez, Sam».

Entonces, algo dentro de su campo de visión le llamó la atención. La luz que se filtraba por debajo de la puerta de la *suite* desapareció. Algo o alguien estaba al otro lado. Cogió su pistola y, evitando hacer ruido, se encaminó

hacia la puerta. Para entonces, la luz volvía a colarse por debajo de la puerta. La abrió y echó un vistazo al pasillo. No había nadie, así que volvió al cómodo sofá, miró la hora que marcaba su reloj de pulsera y se tumbó.

—¡Carlos! ¡Carlos! —La voz de Miguel zarandeándole lo despertó, mientras el televisor mostraba el logotipo de la marca coreana del fabricante desplazándose por la oscura pantalla.

—Lo siento, me he quedado dormido. Ha habido un momento en que me ha parecido que había alguien tras la puerta de entrada de la habitación, a la dos y cuarto. Lo he debido soñar.

—Quizás no —afirmó Miguel.

Había un sobre en el suelo de la entrada, justo delante de la puerta. Lo recogió, comprobó que no era del hotel y salió al pasillo con la bata y las zapatillas de baño. Una empleada de la limpieza estaba arrastrando una aspiradora muy silenciosa. Cuando Miguel llegó a su altura esta se sobresaltó.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor. ¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó la empleada a Miguel tras apagar la aspiradora.

—¿Ha visto a alguien detenerse delante de la habitación 725?

—No, pero comprenda que no puedo ni debo estar pendiente de lo que hacen los clientes. He visto y he oído entrar y salir a varios huéspedes, algunos de sus habitaciones, otros que se dirigían o salían del ascensor, pero solo los he saludado, no he reparado mucho en ellos y ellas. En este hotel la discreción es una norma.

—Está bien. Gracias y buenas tardes —se despidió Miguel, que dio media vuelta y regresó a la *suite*, donde examinó el sobre ante la atenta mirada de Carlos.

No utilizó guantes, porque dio por hecho que no habría huellas dactilares que examinar. Lo abrió usando el abrecartas del escritorio, sacó el folio que contenía, lo desplegó y su rictus se tornó serio.

—¿Qué pone en la carta? —preguntó preocupado Carlos.

—Léelo tú mismo —contestó su compañero entregándole la hoja impresa.

Lo primero que hizo Carlos fue comprobar al trasluz la existencia de algún tipo de marca oculta. No encontró ninguna. El tipo de letra era Times 12, dedujo que impresa con alguna impresora de una marca común y, por tanto, imposible de localizar. Comenzó a leer en voz alta:

«Estimado señor Fernández, ¿o debería llamarle agente Hernández?

Nos ponemos en contacto con usted para comunicarle que estamos al corriente de su interés en nuestro proyecto, lo cual nos halaga. También conocemos la investigación que está realizando junto con el agente Expósito, incluida la visita a la comisaría de Blat y su más que probable ataque al yate de Karim Assad, lo que de ser cierto, le agradecemos, puesto que el traficante estaba siendo un problema para nuestra organización.

Lamentamos el desgraciado accidente en la base Miguel de Cervantes, algo que nunca debió ocurrir.

Dicho todo lo anterior, les sugerimos que regresen a España lo antes posible y se olviden de este asunto. De lo contrario, nos veríamos obligados a intervenir para interrumpir su actual misión.

Atentamente,

Los Elegidos».

—¿Sabes lo que significa esto? —preguntó Carlos mostrando la misiva a Miguel—. Que no solo nos están siguiendo, sino que además conocen nuestros apellidos reales.

—Eso no puede ser…, a no ser que Ahmed se lo hubiese contado a alguien de esa organización.

—Es lo más probable, pero existen otras posibilidades —afirmó Carlos—. Puede que haya más de un topo en el CNI. También es posible que, por difícil que parezca, hayan entrado en el servidor de la central, lo que implicaría que no solo está comprometida nuestra misión, sino la vida de todos los agentes.

Miguel asintió con la cabeza, mostrando un rictus de preocupación.

Alguien llamó a la puerta. Antes de despertar a Carlos había pedido que les sirviesen el almuerzo en la habitación. Miguel, con su pistola en la mano derecha, tras la espalda, abrió la puerta con la mano que le quedaba libre. Una joven camarera vestida con pantalones negros y un chaleco a juego sobre una camisa blanca le saludó con una sonrisa.

—Buenos días. Traigo la comida que han solicitado.

A Miguel, que ya había colocado la pistola dentro de la parte posterior de su pantalón, no le pasó desapercibida la belleza de la joven. Sus ojos eran de un azul claro que contrastaba con su cabello moreno. De tez rubicunda, su cara era armoniosa, con los labios perfectamente perfilados y una nariz respingona.

—Adelante —dijo apartándose de la puerta.

—¿Les parece bien si lo dejo aquí? —preguntó mientras llevaba el carrito hasta la mesa adosada a la pared.

—Perfecto —contestó Miguel.

Después extrajo de su cartera un billete de dos mil rublos y se lo extendió a la camarera cuando pasó junto a él dirigiéndose a la puerta de la *suite*. Esta le volvió a obsequiar una sonrisa mientras guardaba el billete en el bolsillo derecho de su pantalón.

—Que disfruten de la comida. Pasaré a recoger el carro más tarde.

—Gracias —dijo Miguel, que aprovechó la salida de la camarera para volver a echar un vistazo al pasillo, donde no había nadie. Colgó el cartel de no molestar y cerró la puerta—. ¿Quieres dormir un rato más? —le preguntó a Carlos con ironía.

—Que te den —respondió Carlos mostrando el dedo corazón extendido —. Si teníamos alguna duda de que nos estaban siguiendo, ya se ha despejado. ¿Por qué nos amenazan? Esa gente no se anda con tonterías… Dumani, Ivanov… Si alguien les estorba le pegan un tiro y se acabó el problema —dijo mirando a Miguel, quien respondió.

—¿Cómo estás tan seguro de que son… —Miguel echó un vistazo a la carta— Los Elegidos?

—Casi con total certeza. Saldré de dudas cuando hablemos con Boris esta noche.

—Yo voy a bajar un momento a preguntar en la recepción —dijo Miguel —. Quizá sepan algo del sujeto que dejó la carta. Hay cámaras de seguridad en el pasillo.

—Está bien, pero no tardes o se enfriará el almuerzo. Yo aprovecharé para llamar a Marisa.

—No creo que me lleve más de unos minutos —añadió el agente, que cogió un panecillo de semillas para llevárselo a la boca antes de salir y cerrar la puerta.

Carlos llamó a Marisa. Tras unos tonos, la pantalla mostró la cara de su mujer.

—Buenos días, Ahora mismo estaba pensando en ti —dijo ella con una sonrisa—, debe ser telepatía. ¿Cómo estás, cariño? Te veo cansado.

—Porque lo estoy, he dormido poco. Sin embargo, tú estás radiante. ¿No te habrás enamorado? —preguntó Carlos antes de soltar una risotada.

—Pero mira que eres tonto.

Los ojos de Marisa tenían una luminosidad ausente en sus últimas conversaciones, algo que no pasó desapercibido para Carlos.

—No sé por qué, pero creo que me ocultas algo —la arengó él.

Marisa, sonriente, apartó un momento la mirada de la cámara del teléfono, pensando en cómo decírselo. Optó por ser directa.

—Estoy embarazada.

—¿Estás segura? —preguntó Carlos incrédulo.

—Absolutamente. Ya he pasado por esto muchas veces y el test no se equivoca —afirmó mostrando el test de embarazo que había comprado en la farmacia—. Debo estar de cuatro meses, pero con mis reglas irregulares no lo puedo asegurar. Hoy me visita Ángeles.

—¿La doctora Belmonte?

—Pues claro, mi ginecóloga. Ella confirmará mi embarazo y de cuantas semanas estoy.

—No deberías…

—Sé lo que me vas a decir —le interrumpió Marisa—. Que no me haga ilusiones, que ya hemos pasado por esto antes… Tengo un buen presentimiento. Las otras veces no había superado los dos meses de embarazo. Ahora solo quiero que regreses.

—Es lo que más deseo en este momento, créeme, pero esta misión es importante, puede que la más… —Carlos pensó las palabras que debía pronunciar para no sembrar más inquietud en Marisa, en su estado no le convenía—. Solo serán unos días más. Ahora estoy en Moscú. Si todo va bien, volvemos pasado mañana. ¿A qué hora tienes la visita médica?

—A las cuatro y media de la tarde. Me ha hecho un hueco en su apretada agenda.

—Lamento no poder ir contigo a la visita. ¿Te acompañará alguien? Sería conveniente por…

—Vendrá Sonia conmigo —se anticipó ella—. Ha pedido permiso en la empresa para salir antes.

—Perfecto. Llámame cuando sepas algo.

Carlos estuvo tentado de pedirle que le llamara desde una cabina, pero ni siquiera estaba seguro de que su teléfono o el de Marisa estuviesen intervenidos; por tanto, prefirió arriesgarse.

—Lo haré. No te preocupes.

»¡Carlos!

—Dime.

—Vuelve. —Sonó a ruego, a ruego y a miedo. Era un «vuelve antes de que te pase algo» que no pasó inadvertido para Carlos.

—Por supuesto, amor mío.

—¿Y Miguel?

—Ha ido a hacer una gestión a la recepción del hotel. —Un incómodo silencio se estableció en la conversación—. Tranquila, volveremos juntos.

Los ojos de ella se tornaron vidriosos y una lágrima amenazaba con derramarse por su mejilla.

—Voy al huerto a por una coliflor para la comida. Te llamo esta tarde.

Él se llevó la mano a los labios y después la colocó sobre la pantalla. Ella hizo lo mismo. Por un momento, antes de colgar, los miles de kilómetros que los separaban parecían haber desaparecido mientras sus dedos se tocaban de forma virtual.

—Buenas tardes —preguntó Miguel en ruso a uno de los empleados de la recepción.

—Buenos tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Este sobre ha aparecido debajo de la puerta de mi habitación, la 725 —dijo Miguel haciéndole entrega del sobre vacío.

Tras revisarlo con detenimiento, el recepcionista habló:

—No es del hotel.

—Eso ya lo sé —afirmó Miguel con gesto serio—. Exijo una explicación. Alguien lo ha dejado y ese alguien ha tenido que ser grabado por las cámaras del hotel.

—Lo lamento, señor. Puede haber sido un cliente del hotel o alguien ajeno al establecimiento.

Miguel negó con la cabeza, comprobó que su reloj marcaba las 14:49 h, se inclinó sobre el mostrador hasta invadir el espacio personal del recepcionista y miró el nombre que mostraba la tarjeta dorada que portaba en la chaqueta.

—Yaroslav, quiero hablar con el director del hotel ahora mismo —le dijo con un tono que no admitía discusión.

—Un momento, señor.

Yaroslav descolgó el teléfono y marcó una extensión. Comentó el caso a su superior y este a su vez al director, eso es lo que dedujo Miguel de las palabras que, en voz baja, pronunciaba el recepcionista.

—El director le atenderá enseguida, señor… —El recepcionista intentaba encontrar en la pantalla del ordenador el nombre del huésped de la habitación 725.

—Gómez. Mi nombre es Miguel Gómez —se anticipó el agente.

—Por favor, señor Gómez, tome asiento —sugirió el recepcionista señalando el sofá más próximo—. ¿Desea tomar algo mientras espera?

—No, gracias —fue la escueta respuesta de Miguel.

Antes de sentarse en el cómodo sofá de cuero, optó por escudriñar la amplia sala en busca de un posible observador. Escrutó a las pocas personas que permanecían sentadas en el lujoso salón amenizado por el pianista. Descartó a un grupo que conversaba, centrándose en aquellos que estaban solos. También excluyó a una mujer de avanzada edad que, pese a la confortable temperatura ambiental, lucía un abrigo blanco de piel de armiño. Quedaban dos candidatos: un hombre de mediana edad con apariencia de ejecutivo que no levantaba la mirada de su ordenador portátil y una mujer rubia, de espaldas, y que, en apariencia, prestaba toda su atención al pianista. Se disponía a aproximarse a la mujer cuando escuchó como le llamaban por su apellido. Miguel se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un hombre de unos cuarenta años, con el pelo rubio engominado y peinado hacia atrás. Los verdes ojos del hombre irradiaban serenidad y confianza. Vestía un impoluto traje de color marrón oscuro sobre una camisa negra y una corbata del mismo color.

—¿Señor Gómez? —preguntó en inglés. Miguel asintió—. Soy Feodor Mykolaiv, el director ejecutivo de este hotel. Lamento el desafortunado incidente. Hablaré personalmente con el portero y los recepcionistas y les preguntaré si han observado algo anormal. Es todo lo que puedo hacer por usted y su acompañante —se excusó, mostrando una sonrisa propia de un anuncio de pasta dentífrica.

—Señor… Mykolaiv, puede hacer mucho más —contestó Miquel en ruso, clavando su mirada en la del director—. Hay cámaras por todo el hotel. Quien haya dejado el sobre tiene que aparecer en las grabaciones de seguridad.

—Lo siento, pero la ley de protección de datos personales nos impide compartir esas grabaciones sin autorización judicial.

Miguel inspiró profundamente antes de hablar.

—Pero usted puede visionarlas.

—Solo en el caso de incidentes graves. La privacidad de la empresa es una de sus virtudes —añadió orgulloso el gerente.

—Espere un momento —le pidió Miguel.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y llamó a Semenov. A pesar de correr el riesgo de desenmascarar al agente ruso, este era, en ese momento, su única baza. Se alejó unos metros de Mykolaiv y, mientras escuchaba los tonos de llamada, observó de reojo a la mujer rubia,

que en ese momento abandonaba el hotel y se subía a un taxi: un Mercedes Benz negro. Era joven, alta, delgada, de rasgos eslavos y calzaba unas botas de piel que se ajustaban a la descripción que había hecho Carlos.

—Hola, ¿alguna novedad? —preguntó Semenov en ruso, recostado en una silla, en su despacho del Ministerio de Interior.

—Esta tarde alguien ha depositado debajo de la puerta de nuestra habitación una carta con un contenido amenazador.

—¡Joder! Tu ruso es aún peor que mi español —exclamó con una carcajada tras cerrar la puerta de la oficina—. ¿Qué decía exactamente?

—No puedo transcribirte el contenido, lo que sí te puedo decir es que están al tanto de nuestros movimientos y que compromete la operación. Te llamo porque el director del hotel se niega a revisar las grabaciones de esta noche.

—Tengo que salir del ministerio por un caso de narcotráfico. En veinte minutos estoy allí. Ponme con el director.

Miguel se aproximó al responsable del hotel y le ofreció su teléfono.

—Alguien quiere hablar con usted, Mykolaiv. Será mejor que escuche lo que tenga que decirle.

Tras un rato sin decir palabra, el director, que había comenzado a sudar por la frente, habló:

—Sí… Lo comprendo… Podemos hacer una excepción… Lo espero. En cuanto llegue, vaya directamente a mi despacho situado en la planta baja. Pregunte en recepción. Sí…, ahora se lo paso. —Mikolaiv se secó la frente con el inmaculado pañuelo blanco que asomaba unos segundos antes del bolsillo de su chaqueta. Cariacontecido, le devolvió el teléfono a Miguel y se dio la vuelta para encaminarse hacia una puerta con un letrero en ruso y en inglés: *only staff* (solo para el personal). Usó una llave para entrar y cerró la puerta tras él.

—¿Alexander? ¿Qué le has dicho? Está muy alterado.

—Le he comentado que estoy al tanto de que en su hotel se ejerce la prostitución de lujo con mujeres sin papeles que pertenecen al crimen organizado.

—Hace unos años —continuó—, tuvimos que intervenir por el caso de una joven bielorrusa a la que habían dado tal paliza que estaba medio muerta cuando llegó la ambulancia. La mujer estaba aterrorizada cuando la interrogamos dos días más tarde en el hospital. No soltó prenda sobre su agresor, tampoco del proxeneta. Según nos contó, trabajaba por su cuenta. Nada nuevo, porque es lo que dicen todas. Así que, la deportamos a su país

con un nuevo pasaporte, ya que el suyo lo había perdido… Mentía, obviamente. Esos pasaportes son la garantía en las redes de trata de mujeres para que no puedan escapar. Un documento por el que tiene que abonar sumas de dinero considerables para recuperar su libertad, imposibles de pagar; además de la amenaza a su familia, hijos, padres… Son unas pobres desgraciadas obligadas a realizar cualquier perversidad que le exijan los clientes. Algunas aparecen muertas en el río o tiradas en las cunetas de las afueras de la ciudad. —Alexander suspiró—. Hay mucho hijo de puta que disfruta pegando a las mujeres amparado por el secretismo de estas mafias.

—Creo que pasa en todos los países —intervino Miguel—, pero continúa, por favor.

—En el caso de la bielorrusa no hizo falta su colaboración. Nadie se había registrado en la habitación donde fue agredida, lo que conllevó una sanción administrativa al hotel y la destitución del director. Llegamos a tiempo para entrar en la sala de videovigilancia, antes de que el empleado de seguridad eliminase las grabaciones. Gracias a ellas localizamos al «depredador», había sido condenado por agresiones a otras mujeres en varias ocasiones. Apretándole un poco confesó ser el proxeneta. El muy imbécil, siguiendo la tradición, decidió «estrenar» a la nueva chica en una lujosa *suite* en lugar de optar por uno de sus locales. Tuvimos suerte, había pasado del tráfico de estupefacientes al de mujeres, mucho más rentable y seguro. Murió en la cárcel a los pocos días de ingresar, mientras permanecía en prisión incondicional antes del juicio. Alguien debió enterarse de que prostituía a menores de edad, o quizás fue un sicario de alguna de las mafias que se dedican al negocio de la prostitución quien recibió la orden de matarlo ante la posibilidad de que revelase sus contactos. Nunca lo sabremos, lo apuñalaron en medio de un tumulto que hizo imposible determinar quien fue su ejecutor. En parte me alegro, esa escoria no tiene derecho a vivir.

—No, no merecen vivir —dijo Miguel.

—Las cosas no han debido cambiar desde entonces —añadió Alexander —, porque cuando he amenazado al director con un registro del hotel se ha puesto muy nervioso. No quiere correr la misma suerte que su antecesor.

—¿Te has marcado un farol? —le preguntó Miguel.

—Sí —afirmó el ruso antes de soltar una risotada—, pero ha funcionado, ¿no?

—Desde luego, parece muy afectado, como si le hubieses notificado la muerte de su madre. ¿Crees que ordenará que borren las grabaciones?

—Lo dudo, se juega mucho más que el puesto. A no ser que estuviese implicado… No, no lo creo. Nos vemos en la recepción en veinte minutos, media hora a lo sumo.

—De acuerdo, mientras subiré a comer algo —dijo Miguel antes de colgar. Miró su reloj de pulsera, un modelo de aviador, y calculó que había estado casi media hora en el enorme salón. «Seguramente se ha enfriado el almuerzo», pensó.

Cuando Miguel llegó a la puerta de la *suite*, el cartel de no molestar ya no estaba colgado del pomo de la puerta. Usó su tarjeta magnética y entro en la habitación.

—Ya era hora —le reprendió Carlos, erguido junto a uno de los sofás—. Anda, come algo, aunque esté frío. ¿Era guapa? —preguntó sonriendo.

—Ja…, ja…, ja. Qué gracioso eres. La cosa se ha complicado un poco. He tenido que recurrir a Alexander para poder ver las grabaciones de las cámaras de seguridad. Llegará en un rato —añadió Miguel antes de llevarse una cuña de queso a la boca—. Por cierto, creo haber visto a la rubia del aeropuerto Ben Gurion. ¿Me estás escuchando?

—¿Qué? —contestó Carlos, que caminaba nervioso de un lado al otro de la estancia—. Siéntate, tengo algo que contarte.

Los dos tomaron asiento, uno frente al otro.

—Marisa está embarazada. Creo que esta vez todo va a ir bien.

—Me acabas de alegrar la mañana, o más bien la tarde —concretó Miguel mirando su reloj de pulsera—. Ven aquí.

Los dos agentes se fundieron en un abrazo durante unos segundos, tras los cuales, Miguel se separó de Carlos, apoyó sus manos sobre los hombros de su amigo y, mirándolo fijamente, añadió:

—Esto se merece algo más que un zumo.

En ese momento escucharon unos golpecitos en la puerta. Miguel ocultó su pistola tras la espalda, antes de observar por la mirilla que se trataba de la camarera que les había servido el almuerzo. Introdujo el arma en la parte trasera del pantalón y abrió la puerta.

—Buenos días. Vengo a recoger el carro.

—Adelante —dijo Miguel, que se apartó de la puerta para facilitarle la entrada.

—¿No es de su gusto? —preguntó la joven tras comprobar que la mayoría de los alimentos estaban intactos.

—En absoluto —respondió Miguel—. Es que ha surgido un imprevisto y no hemos podido acabar de almorzar.

—Puedo pasar más tarde, si así lo prefieren.

—Gracias, pero no es necesario. Puede llevárselo —repuso él buscando la mirada de la camarera, al tiempo que le mostraba una amable sonrisa.

Tras la salida de la empleada, Miguel abrió la puerta del minibar. El refrigerador contenía todo tipo de bebidas, desde agua y refrescos hasta destilados. Sacó dos botellines de champán, cerró la puerta y, con la mano libre, cogió dos copas de la estantería de cristal situada encima del minibar. Descorchó las pequeñas botellas que derramaron parte del espumoso contenido sobre su mano antes de servirlo en las copas y ofrecerle una a Carlos.

—Felicidades.

—Gracias, Miguel.

Entrechocaron las copas, que emitieron un tintineo antes de que ambos tomasen el primer trago.

—¿Qué me estabas contando antes? —preguntó Carlos.

—He tenido que recurrir a Alexander ante la negativa del director a mostrarme las grabaciones de esta tarde. Llegará en… unos cinco minutos —concretó verificando la hora en su reloj de pulsera—. También me ha parecido ver a la mujer que, según tú, nos seguía en el aeropuerto Ben Gurion: alta, rubia, con gafas de sol y unas botas de piel de tacón alto. No he podido hablar con ella, ha tomado un taxi antes de que pudiese abordarla. ¿Crees que puede haber sido ella la que ha depositado el sobre?

Carlos se tomó unos segundos antes de contestar.

—No lo creo, ni siquiera sé si se trata de la misma mujer que vi en Tel Aviv. Además, de haber sido ella, ¿por qué asumir el riesgo de que la descubriésemos?

—Yo no me percaté de su presencia en Israel. Bien podría pensar que desconocíamos su existencia —aseguró Miguel, que se bebió el champán y dejó la copa sobre la mesa.

—Puede que tengas razón. En cualquier caso, si ha sido ella la que ha solicitado el taxi, va a resultar casi imposible saber a dónde ha ido, y aunque lo supiéramos, dudo que nos llevase a encontrar una localización que comprometiese lo que sea que estén haciendo Los Elegidos.

Cuando Semenov entró en el hotel, sin esperar a que el portero le abriese la puerta, Carlos y Miguel ya le estaban esperando junto a la recepción. Alexander, que llevaba un pequeño maletín en su mano izquierda, cruzó unas palabras con el recepcionista más próximo y le mostró su identificación. En menos de un minuto el director se presentó.

—Buenos días. Soy Feodor Mykolaiv, director de este hotel. Usted debe ser Semenov —dijo visiblemente inquieto.

—Así es —afirmó Alexander—. ¿Podemos ir ya a la sala de seguridad?

—Por supuesto. Acompáñenme.

Los tres agentes siguieron al director hasta un ascensor exclusivo para el personal, donde Mykolaiv insertó y giró una llave en el panel anexo. La puerta corredera del ascensor se abrió y los cuatro entraron en la cabina. El director presionó el botón del segundo sótano. Cuando la puerta se volvió a abrir, Mykolaiv les hizo un gesto para que lo siguiesen por el pasillo, se detuvo ante una puerta de seguridad y pasó su tarjeta por un lector electrónico. Un clic anunció el desbloqueo de la puerta, que el director, aún inquieto, abrió girando el pomo. La sala se encontraba en semipenumbra. En ella destacaban, al fondo, multitud de pantallas que alternaban imágenes de distintas localizaciones del edificio y de los alrededores del hotel. Bajo las pantallas, sentados, dos vigilantes corpulentos se giraron hacia los visitantes.

—Iván, Denis, os presento a Alexander Semenov, inspector del Ministerio de Interior, y a sus acompañantes —el director sacó un papel de su bolsillo y lo leyó—, Miguel Gómez y Carlos Fe…

—Fernández —le interrumpió Alexander. Los dos empleados de seguridad asintieron con la cabeza a modo de saludo.

—Como os he comentado hace unos minutos, los caballeros desean revisar las grabaciones de esta tarde.

El director se adelantó y colocó tres sillas giratorias detrás de las de los vigilantes; entretanto, los dos empleados no apartaban la vista de los recién llegados con una mirada que intentaba dejar claro que no eran bienvenidos.

—Por favor, tomen asiento —dijo el director señalándoles las sillas ergométricas.

Carlos y Miguel se sentaron a ambos lados de Alexander, quien, a pesar de la agradable temperatura de la sala, en ningún momento se desprendió de su abrigo.

—¿Qué desean ver exactamente? —preguntó Iván con desidia.

—De momento, el pasillo de la habitación 725, desde las 11:00 h de hoy —contestó en ruso Miguel.

Iván localizó la grabación y la reprodujo a cámara rápida en el monitor que tenía enfrente. La actividad en el pasillo era mínima: algunos clientes que se dirigían a sus habitaciones, una joven ataviada con ropa insinuante que entraba en una habitación franqueada por un sonriente sexagenario y poco más, hasta que, de pronto, una mujer con un sombrero negro y unas gafas de

sol que impedían ver gran parte de su rostro apareció saliendo del ascensor, caminó hasta la *suite* de Carlos y Miguel y sacó de su abrigo algo que parecía un sobre.

—Por favor, ralentice y reproduzca de nuevo este fragmento —solicitó Carlos, que se había puesto en pie y se acercó a la pantalla, como Miguel.

El empleado de seguridad hizo lo que le pidió el agente español.

—Pare la grabación —le pidió Miguel cuando la mujer elevó la vista hacia la cámara—. ¿La reconocen? —les preguntó a los vigilantes de seguridad.

—No —contestaron casi al unísono.

—Comprenda que es muy complicado identificar a una mujer entre tantos clientes, y si además lleva puestas gafas de sol… —intervino el director.

Alexander lanzó una mirada de desaprobación al máximo responsable del hotel antes de hablar.

—Veo que continúan sin controlar la actividad de sus clientes.

—Ni siquiera sabemos si es una huésped —dijo con voz temblorosa el director.

—Continué con la reproducción —le pidió Carlos a Iván—. ¡Ahí está!

En la pantalla se apreciaba con nitidez como la mujer depositaba un sobre blanco por debajo de la puerta de la *suite*. Después, desanduvo el camino hasta el ascensor y desapareció de la vista tras las puertas del mismo.

—Las 14:16 h. Coincide con la hora en que me volví a acostar. Eso lo recuerdo, aunque pensara que lo había soñado está claro que no —aseguró Carlos al ver la hora en la parte superior derecha del monitor—. Siga a la mujer antes de aparecer en el pasillo y tras hacerlo.

En la reproducción se podía apreciar como la mujer entraba en el hotel a las 14:13 h y 52 s, se encaminaba hacia el ascensor y, ya en este, tecleaba el número siete. Segundos después abandonaba el ascensor y, después de dejar el sobre, hacía el recorrido inverso. Se sentó en una de las butacas de la recepción cercana a la puerta y, poco después, cuando Miguel hizo acto de presencia, cambió de ubicación, se sentó frente al pianista e hizo una llamada. Salió del hotel a las 14:57 h y 10 s. En la entrada la recogió un Mercedes. Ninguna cámara exterior había grabado su llegada en coche. Entró caminando, como confirmaban las cámaras de la puerta principal y las perimetrales.

—Si la ha acercado al hotel un vehículo, ha debido ser en la calle, fuera del alcance de las cámaras —apuntó Carlos—. ¿Es la misma mujer que has visto esta mañana? —preguntó mirando a Miguel.

—Al menos vestía igual, salvo por el sombrero. Sus rasgos faciales, las botas y las gafas de sol son los mismos. ¿Podemos hablar a solas un momento? —le preguntó a Carlos.

Los dos agentes se alejaron unos metros; entonces, Miguel le susurró unas palabras acercándose a su compañero.

—¿Es la mujer rubia que viste en el aeropuerto Ben Gurion?

—Por la estatura, las gafas, su rostro, las botas y el abrigo, yo diría que sí. O sea, que nos siguió en Tel-Aviv y después en Moscú. Tuvo que tomar otro avión, quizás uno privado —balbuceó Carlos.

Los dos agentes volvieron a la zona de los monitores, pero no se sentaron.

—Ahora nos gustaría ver las grabaciones de la recepción de esta mañana —comentó Miguel.

En las imágenes comprobaron que la misma mujer entraba en el hotel a las 06:30 h. Se sentó en uno de los sofás y rechazó lo que aparentaba ser la invitación de un camarero para tomar algo. De la misma manera que por la tarde, accedió a las instalaciones del hotel caminando. Cuando Carlos hizo acto de presencia en la recepción, la mujer se desplazó hacia el pianista, se volvió a sentar e hizo una llamada de espaldas al agente español, que estaba hablando con el recepcionista, momento que aprovechó para salir del hotel caminando.

—¿Podrían grabar todo lo que hemos visto y entregarnos una copia? —preguntó Carlos.

Los vigilantes miraron al director y este asintió; tras lo cual, seleccionaron los videos, y uno de ellos, Denis, los copió en un lápiz de memoria que iba a entregar a Carlos cuando Alexander se lo arrebató de las manos, antes de ponerse en pie.

—Gracias —le dijo el agente ruso al director—. Usted no me ha visto, ni a mí ni a mis amigos. ¿Queda claro…, Mykolaiv? Asegúrese de que lo ocurrido en esta sala no salga de ella.

—Por supuesto —contestó el director, con la frente perlada de sudor—. ¿Necesita algo más?

—Que nos acompañe hasta la *suite* de los caballeros y nos sirvan una botella de Vodka a cargo del hotel.

Mykolaiv pidió por teléfono que se llevase una botella de Beluga Noble a la *suite*. Él y los tres agentes abandonaron la sala de seguridad y se dirigieron al ascensor. Una vez en la séptima planta, les acompañó hasta la puerta de su habitación, de donde ya salía un camarero.

—¿Necesitan algo más?

—No, gracias —respondió Alexander.

—En tal caso, vuelvo a retomar mis obligaciones.

El director se alejó caminando y los tres agentes accedieron a la habitación. Alexander cerró la puerta y, tambaleante, se recostó en uno de los sofás.

—Creo que me vais a tener que echar una mano —dijo llevándose la mano al costado derecho. Se desbotonó el abrigo, levantó la parte inferior del jersey y la camisa dejando a la vista un vendaje manchado de sangre.

Carlos y Miguel, sorprendidos, se aproximaron a Alexander.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han atacado? —quiso saber Miguel, mientras Carlos comenzaba a deshacer el vendaje.

—Ha sido esta mañana, cuando salía de casa. Un desgraciado ha intentado matarme con una navaja en el rellano del portal. Por suerte, he escuchado un movimiento y he podido repeler el primer ataque; quería rebanarme el cuello y lo he esquivado, pero no he podido evitar que me la clavase en el costado. Hemos forcejeado y el muy cabrón ha conseguido huir.

—Tienes que ir a un hospital —le urgió Carlos.

—Es solo un rasguño. Me he hecho una primera cura en casa. Afortunadamente, mi mujer aún dormía. En el maletín hay todo lo necesario para desinfectar y suturar la herida.

—Insisto. Esta herida la tendría que ver un médico, puede que tengas dañado el riñón.

—Y yo digo que no. Papeleo, explicaciones… Y vuestra operación. Además, no meo sangre, y si me hubiese seccionado una arteria ya me habría desangrado.

—Como prefieras, pero si tienes fiebre o el dolor aumenta, júrame que acudirás a un médico —insistió Miguel.

Alexander asintió sin mucha convicción.

Carlos echó un chorro de alcohol directamente en la herida, lo que provocó un alarido de Alexander. A continuación, limpió la herida con gasas, constatando que apenas sangraba. Cogió un tubo de antibiótico en polvo, lo destapó y vertió el contenido dentro de la incisión. Tras ello, comenzó a suturar la herida, la roció con tintura de yodo, la protegió con una gasa y, por último, la cubrió con un vendaje compresor alrededor de la cintura.

—Gracias, Carlos.

—No sé si te he hecho un favor o lo voy a tener que lamentar —respondió este.

—¿Pudiste verle la cara? —preguntó Miguel.

—Por supuesto, la tengo grabada aquí —dijo el ruso llevándose el dedo índice a la frente.

—Entonces, igual lo puedes identificar —añadió Carlos.

—Si está fichado, sin duda que daré con ese hijo de puta.

—No sé si es buena idea que sigas ayudándonos. Creo que te han atacado por nuestra investigación, por lo que sabes, aunque no sea mucho —afirmó Carlos.

—Con más motivo, ahora es una cuestión personal. Han intentado matarme y no creo que por dejar de prestaros mi ayuda cejen en su empeño.

—Lo siento mucho —se disculpó Miguel.

—No te preocupes, son gajes del oficio. Ya empiezo a coleccionar heridas, esta es la quinta —dijo Alexander con una sonora carcajada—. Un trago de vodka me vendría bien.

En la mesa pegada a la pared había una bandeja de plata con la botella del destilado transparente junto a tres pequeños vasos de cristal anaranjado. Carlos llevó la bandeja a la mesa baja de vidrio templado y sirvió el vodka en los tres vasos.

—Por ti, Alexander —dijo Miguel alzando su vaso, antes de beberse de un trago todo el contenido. Lo mismo hicieron Carlos y Alexander, que volvió a rellenar los vasos antes de brindar de nuevo.

—Por vosotros, camaradas.

—¿Y ese asunto de narcotráfico? —le interpeló Miguel—. ¿No pretenderás ir con esa herida? Sería conveniente que descansases.

—Un simple trámite, lo haré y volveré a la oficina. Con la cura, unos analgésicos y antibióticos, en unos días estaré como nuevo.

Miguel, aún en desacuerdo, asintió guiñándole un ojo.

—Por cierto, antes de que llegases estábamos celebrando que Carlos va a ser padre.

—Mi enhorabuena —dijo Alexander, que levantó su vaso en dirección a Carlos—. ¿Tu primer hijo?

Semenov desconocía que Carlos y Marisa llevaban años intentando ser padres, pero su intuición le decía que el agente español era primerizo. Carlos, si bien le había hablado de Marisa, nunca había hecho referencia a sus hijos.

—Así es —afirmó Carlos.

—Pues prepárate para lo que te espera: noches sin dormir, carreras al pediatra al menor síntoma de enfermedad… Y lo peor, dejas de ser Carlos para pasar a ser el padre de… ¿Ya habéis decidido como se llamará?

La pregunta le pilló desprevenido. Él y Marisa habían discutido por el nombre que le pondrían a su retoño, pero eso fue al principio, antes de que descubriesen los problemas de concepción. Con los años, el nombre de su vástago dejó de importarles.

—No hemos hablado de eso. Todavía es pronto para asegurar que el embarazo seguirá adelante. Esta tarde Marisa va a la ginecóloga para que le confirme que todo está bien.

—Por supuesto que irá bien —aseguró Alexander riendo, lo que le hizo llevarse una mano a la herida y mostrar un gesto de dolor—. Y tendrás más. A pesar de lo que te he dicho antes, los hijos son una bendición. Disfrútalos porque crecen muy rápido y, cuando menos te lo esperes, dejarás de ser su héroe para pasar a ser una molestia.

Alexander elevó su vaso y, mirando a Carlos, añadió:

—Bueno, os tengo que dejar y volver a mis obligaciones. Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que sea. Yo intentaré encontrar a la rubia y al cerdo que me ha atacado en la base de datos. Por cierto, dadle recuerdos de mi parte a Boris cuando lo veáis.

Alexander se levantó con cierta dificultad del sofá y se encaminó hacia la salida de la *suite*. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, Carlos llamó su atención.

—Gracias, amigo. Y ve con cuidado, no me perdonaría que por nuestra culpa dejases viuda a Natasha y huérfanos a tus dos hijos.

—Lo haré —contestó Alexander, que, sin más dilación, salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

—¿Qué opinas, Carlos?

—Me pregunto por qué seguimos vivos —contestó cabizbajo.

Capítulo 11: Boris Nikitin y el FSB

Día 8. 24 de diciembre, 17:30 h. Moscú.

El teléfono de Carlos emitió el sonido de una llamada entrante. Lo sacó de su bolsillo, impaciente. Era Marisa y aceptó la videollamada, pero prefería hablar con ella a solas, sin la presencia de Miguel. La inquietud y el miedo se adueñaron de él. Entró en la habitación de la *suite* y cerró la puerta ante la atenta mirada de su compañero. Su mente evocaba imágenes de los frustrados intentos de ser padre removiendo su conciencia.

—Hola… ¿Carlos? No te veo.

—Hola, cariño. ¿Ya te ha visitado la doctora?

El rostro sonriente de Marisa lo sosegó.

—Sí. Ángeles ha confirmado que estoy embarazada de dieciséis semanas. El bebé está perfectamente, incluso me ha preguntado si quería conocer el sexo y le he contestado que cuando tú me acompañases. Carlos… Vamos a ser padres —añadió con una enorme sonrisa y alguna que otra lágrima.

—Enhorabuena, papi —le felicitó Sonia irrumpiendo en la pantalla. Ella también estaba radiante.

—¿No vas a decir nada? ¿Vas a seguir con esa cara de pasmado? —preguntó Marisa, que había vuelto a tomar el control de su teléfono móvil.

—Te quiero —respondió Carlos, reprimiendo las lágrimas que intentaban brotar de sus ojos—. Entonces nacerá…

—A principios de mayo, en primavera, como tú —se anticipó ella.

Se quedó dubitativo, sin saber qué decir. Había soñado tanto con ese momento, y, sin embargo, ahora que había llegado las palabras se negaban a brotar de su boca.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—Eufórica, pletórica… Muy feliz.

—Perdona si parezco indiferente, no es así. Ahora mismo me tiembla todo el cuerpo de la emoción. —Las lágrimas reprimidas comenzaron a rodar por sus mejillas. Se las secó con el dorso de la mano y continuó—: Me has hecho el hombre más feliz de la Tierra.

—¿Y Miguel? ¿Se lo has contado?

—Sí, y lo hemos celebrado hace un rato. Ahora está en el salón de la *suite*.

—¿Y tú? ¿Dónde estás?

—En la habitación —respondió él sentándose en la cama.

—Vuelve, Carlos. Volved los dos. Ahora te necesito más que tu país.

Él inspiró profundamente antes de contestar.

—Tienes mi palabra de que volveré lo antes posible. Si todo va bien, en uno o dos días me tienes en casa. Lamento muchísimo no pasar la Nochebuena contigo, acabo de darme cuenta de que hoy es veinticuatro de diciembre. Con el trajín de estos días y, puesto que aquí se celebra más adelante, se me había olvidado.

—No pasa nada, lo importante es que vuelvas a casa lo antes posible. ¿No son cristianos los rusos?

—Sí, pero ellos siguen el calendario juliano, celebran la Navidad el siete de enero. Entonces, ¿cenarás esta noche sola?

—No estoy sola —contestó ella mostrando su abdomen—. Cenaré algo ligero, veré una película y leeré algo antes de acostarme temprano. Últimamente tengo mucho sueño.

—¡Pues claro! Por eso estabas cansada estos días: el embarazo. Ahora te tengo que dejar. Feliz Navidad —dijo llevándose la mano a los labios y después a la pantalla. Marisa le devolvió el gesto.

Tras colgar, Carlos salió de la habitación. Miguel, recostado en el sofá, lo miraba como diciendo: «¿Me vas a contar lo que te ha dicho Marisa? ¿Te ha comentado algo sobre Sonia?».

—Vale, vale, lo pillo —dijo Carlos—. Marisa me acaba de confirmar que su ginecóloga le ha dicho que todo está bien. Seremos padres en mayo.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso. Bienvenido al club —le dijo con una sincera sonrisa—. ¿Te ha contado algo de Sonia?

—Mejor aún, la he visto. Estaba tan contenta como Marisa.

Miguel frunció el ceño, no era la respuesta que esperaba. No, su aún esposa no había preguntado por él.

Carlos, que advirtió el gesto apesadumbrado de su amigo, reaccionó con prontitud.

—No te preocupes. Solo le ha quitado el móvil a Marisa un momento para felicitarme. No ha tenido tiempo de explayarse. Seguro que piensa en ti. Por cierto, está muy guapa.

—Serás cabrón —le reprendió Miguel, lanzándole a Carlos una de las peras de la bandeja de frutas que este esquivó por poco.

Durante el resto de la tarde se dedicaron a preparar el encuentro con Boris Nikitin. Abandonaron la habitación a las siete, armados. Solicitaron un taxi en la recepción y salieron a esperarlo en la calle, pronto se arrepintieron. Era de noche y había dejado de nevar, pero la temperatura había descendido de manera notable. A pesar del abrigo y los guantes, el frío era tan intenso que parecía que fuesen desnudos. Ya había estado antes en Rusia, pero a Carlos no dejaba de sorprenderle que, en tan adversas condiciones climatológicas, la vida transcurriese con total normalidad, sobre todo si lo comparaba con los problemas que suponía en España una ligera nevada. Era más que evidente que en Rusia estaban preparados para bregar con esas inclemencias meteorológicas.

El taxi llegó en menos de cinco minutos, un Mercedes Benz gris oscuro. El portero del hotel se anticipó abriendo la puerta trasera derecha y, tras darle las gracias en ruso, los dos agentes se subieron al vehículo. Cuando se estaban ajustando los cinturones de seguridad, el taxista, vestido de forma impecable, les preguntó en inglés a dónde debía llevarlos. Miguel le facilitó la dirección y el taxi arrancó para internarse en el infernal tráfico de la metrópoli moscovita. Tras algo más de media hora llegaron a su destino, solo unos minutos antes de las ocho de la noche, la hora acordada. El taxímetro marcaba ocho mil quinientos cincuenta rublos, casi cien euros, una tarifa acorde al poder adquisitivo de los exclusivos clientes del Hotel Kempisky. Miguel extendió el brazo, le entregó dos billetes de cinco mil rublos al conductor y le dijo que se quedase con el cambio, a lo que este respondió con una sonrisa y deseándoles que pasasen un buen día.

Se apearon del taxi y entraron en el McDonald’s. Carlos utilizó su extraordinaria memoria fotográfica para escrutar a los comensales, mirando a derecha e izquierda, incluso en la barra, buscando cualquier persona sospechosa. Boris Nikitin se encontraba al fondo del establecimiento, en una mesa solitaria, observándolos. Hasta allí se encaminaron y se sentaron, Carlos al lado del agente ruso y Miguel enfrente.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —intervino Miguel. Boris seguía siendo el hombre corpulento que recordaba, con los ojos almendrados de un color azul cielo y una mirada que intimidaba —. ¿Qué tal van las cosas en el FSB?

—Bien. Me alegro de veros —respondió, más por cortesía que porque realmente se alegrase.

—Por cierto, acordamos que vinieses solo y acabo de ver a dos agentes —apuntó Carlos.

—¿Cómo dices? —preguntó Nikitin desconcertado.

—Me refiero al empleado de la barra, más pendiente de nosotros que de servir las comandas. También al hombre que acaba de entrar, en la segunda mesa a la derecha de la entrada. El que está solo y lleva una gorra con visera.

Todo transcurrió en unos segundos. El sujeto de la gorra se levantó apresuradamente y salió del establecimiento a la carrera. El supuesto empleado al que acababa de hacer referencia Carlos saltó la barra y abandonó el McDonald's corriendo, y tras él Boris, ante el estupor y el temor de los clientes. El perseguido se subió a un coche todoterreno que abandonó el lugar a gran velocidad y saltándose un semáforo en rojo. Nikitin hacía aspavientos mientras hablaba con el falso camarero, quien segundos después fue recogido por un automóvil con la sirena a todo volumen y las luces estroboscópicas azules encendidas en la parrilla de refrigeración. El coche arrancó y desapareció sorteando los vehículos que se iban apartando a su paso. Nikitin regresó y se sentó de nuevo, resoplando y maldiciendo en ruso.

—Por lo visto no era de los vuestros —afirmó Carlos con sarcasmo—. Al menos ya tenemos la seguridad de que no es el FSB quien nos está siguiendo, algo que ya imaginaba.

Nikitin, que se había sentado frente a Carlos, le lanzó una mirada reprobatoria no falta de vergüenza.

—¿Desde cuándo os siguen? —preguntó el ruso.

—Desde que tomamos el vuelo en Tel Aviv, posiblemente antes.

—¿Qué es lo que sabéis sobre Caballo de Troya?

Miguel y Carlos cruzaron sus miradas.

—Bastante, pero antes necesitamos saber el grado de implicación del Gobierno ruso —apuntó Carlos.

—El Gobierno ruso no tiene nada que ver con Caballo de Troya.

—Entonces, ¿a qué viene asaltar un barco pesquero?

—Es información confidencial.

—Boris, pensábamos que estabas dispuesto a colaborar —dijo Miguel, que, junto a Carlos, se levantó con intención de marcharse.

—Está bien, está bien. Volved a sentaros, por favor. —Los agentes españoles se sentaron—. Hace algo más de seis meses desapareció uno de los investigadores del Centro Estatal de Virología y Biotecnología en Novosibirsk: Anatolii Sorokin. Era el responsable de la Unidad de Agentes Patógenos de alto Riesgo. No conseguimos dar con él, es como si se lo hubiese tragado la tierra. Compró, bajo una falsa identidad, un billete de avión

a las Islas Caimán con escala en Londres, pero nunca llegó a tomar ese vuelo…

—Está muerto —le interrumpió Carlos.

Nikitin, con la mirada perdida, asintió antes de continuar.

—Eso creemos, pero sin el cadáver… En el registro de su piso no encontramos nada. Todo estaba revuelto, como si lo hubiesen registrado con mucha prisa pero concienzudamente. En el laboratorio, tras una exhaustiva inspección por parte de los miembros de la Unidad de Intervención ante ataques Biológicos y Químicos, se constató que un vial de viruela mayor apenas contenía carga vírica.

Una camarera morena, de ojos azules y con el pelo recogido en un moño, se acercó a la mesa; llevaba en su mano izquierda un dispositivo con pantalla táctil.

—¿Ya han decidido lo que desean tomar?

Carlos, que hacía bastante tiempo que no acudía al restaurante de comida rápida, recordó que solía pedir una hamburguesa Big Mac y una Coca-Cola, y así se lo indicó a la empleada, quien le sugirió el menú completo con patatas al ser más económico. Carlos aceptó la oferta y la camarera lo anotó en la pantalla, igual que lo que pidieron Miguel y Boris. Este último sacó una tarjeta bancaria de su cartera y se la ofreció a la empleada. Ella hizo el cargo utilizando un datáfono que llevaba colgado del cuello y se retiró.

—¿De qué variante? —preguntó Carlos.

—¿Qué? —contestó Nikitin, al que la pregunta le pilló por sorpresa.

—Que de qué variable era la cepa de la viruela robada.

—De la común.

—¿De la común o de la hemorrágica? —insistió Carlos, que le tendió su teléfono.

Nikitin comenzó a visionar varias fotografías deslizando su dedo pulgar sobre la pantalla del terminal, cada vez más inquieto.

—¿Qué es esto? ¿Dónde…?

—Son soldados españoles —le interrumpió Carlos—. Murieron hace días en la base española Miguel de Cervantes, en el Líbano. Fallecieron contagiados por la variante hemorrágica, pero no la normal, sino una modificada genéticamente.

—De acuerdo, lo admito —murmuró Boris mirando a un lado y otro del restaurante antes de continuar—. El vial contenía la variante hemorrágica, pero sin manipular.

—Joder, Boris, esto es muy grave. ¿Por qué no se alertó a la OMS y a la comunidad internacional?

El agente ruso se encogió de hombros antes de continuar.

—Ya sabéis cómo son estas cosas. El Gobierno ordenó que se silenciase y que investigáramos el paradero del contenido del vial. No es lo mismo que el incidente del Centro de Control de Enfermedades en Maryland, donde en 2014 se encontraron varios viales de Viruela de los años cincuenta. Estaba en juego la credibilidad sobre la seguridad de un laboratorio ruso, y no uno cualquiera. El Gobierno de España tampoco ha informado del brote de viruela en una base militar española.

—No es comparable —refutó Carlos elevando el tono de voz—. El brote de la base militar ha finalizado en unos días con la muerte de decenas de soldados, el resto del personal de la base está sano. La fuga de vuestro laboratorio ocurrió hace meses. ¿A qué esperabais? Sois los responsables de sus muertes. Además, pusisteis en peligro a la población dejando que el pesquero atracase.

—Ahí te equivocas. Si lo dejamos llegar hasta el puerto era porque esperábamos el vehículo que debía recoger la mercancía, y con él, al responsable de transportarla. Pero no había nadie esperando, y antes de que los marineros abriesen el portón de la bodega, un equipo de asalto con trajes de bioseguridad los neutralizó. Fueron detenidos y trasladados a una instalación donde permanecen aislados. Ninguno muestra síntomas de la enfermedad. La carga también se aisló dentro de un contenedor precintado y se está analizando. Junto con pescado congelado encontramos varias cajas con viales. En breve sabremos si es la cepa robada en el laboratorio, o como sugerís, una modificada.

—¿Como este? —Carlos le mostró una fotografía en su móvil. Era una instantánea del vial que habían encontrado en el escondite de Farid Abboud.

—Sí, igual. Rotulados con el nombre de *Poliomyelitis Vacine* —aseguró el ruso mientras Carlos fruncía el ceño y le lanzaba una mirada de reprobación.

—¿Puedes asegurar que no hay otros viales en algún lugar del mundo? No, ¿verdad? Un vial, Boris, un solo vial ha provocado un brote que ha matado a todos los contagiados en unos días.

—Ya. Y no me vas a explicar cómo llegó ese vial a tus manos —repuso el ruso.

—¿Qué importa eso ahora mismo? —dijo Carlos, clavando su mirada en la del ruso.

—De acuerdo. No podemos descartar que algún vial haya podido eludir nuestra vigilancia, como sucedió con el que encontrasteis, pero yo pensaba que estamos entre amigos y estabais dispuestos a colaborar —dijo Boris, recordando las palabras que Miguel había pronunciado unos minutos antes.

—Fue obra de un ladronzuelo. Lo debió robar, lo abrió y se contagió. Llegó a la base medio muerto, el resto te lo puedes imaginar.

Miguel, que asistía al cruce de acusaciones, decidió apaciguar los ánimos.

—Será mejor que nos tranquilicemos. —Apoyó su mano derecha sobre el hombro de Carlos y mostró una sincera sonrisa a Boris—. ¿Por qué no nos cuentas lo que sucedió después de recibir la orden de localizar el virus robado?

El agente ruso se tomó unos segundos antes de continuar con la conversación.

—Como os he dicho, no encontramos documentos escritos ni informatizados. Tampoco sirvió de nada el registro realizado en la casa de la exmujer, llevaban años separados, y ni ella ni las dos hijas tenían ninguna información relevante. Sabíamos que disponía de dos teléfonos móviles registrados a su nombre. Con la colaboración de las operadoras de telefonía, descubrimos que uno era de uso personal y profesional, pero desde el otro recibió llamadas de una serie de números telefónicos, siempre distintos, así como mensajes de correo electrónico. Por desgracia, las llamadas y los mensajes se hicieron desde teléfonos con tarifa prepago, uno ruso, el resto de algún país de Europa oriental, como Hungría o Serbia, también de países árabes: el Líbano, Siria…; cada uno de ellos utilizados para realizar una única llamada. Por lo visto, su interlocutor o interlocutores compraban un teléfono cada vez que lo llamaban, después se deshacían de ellos. Eran llamadas cortas, de apenas unos segundos.

Boris apuró su vaso de cerveza antes de continuar con su relato.

—En cuanto a los correos electrónicos, utilizaban la *Deep Web* desde cuentas creadas para cada mensaje. Los expertos informáticos solo han conseguido averiguar que, al igual que las llamadas, procedían de los países mencionados. Pero unos días más tarde, su exmujer recibió por mensajería un sobre que contenía una carta manuscrita de Sorokin. El desgraciado se había asegurado de que, si le sucedía algo, los que él consideraba responsables no saliesen impunes. En la carta, muy emotiva, se despedía de su ex y de sus hijas pidiéndoles perdón y blablablá, pero también incluía una serie de nombres, números de teléfono y direcciones de correo electrónico con los que pudimos desencallar la investigación, entre ellos Caballo de Troya.

—Y Dimitri Ivanov —preguntó Miguel.

—No, a ese nos llevó la investigación sobre Caballo de Troya, pero nunca dimos con él. La dirección de su domicilio era una tapadera y la empresa a su nombre también.

—Lo sabemos. Además, al tal Ivanov lo han ejecutado.

—¿Cómo que ejecutado? —inquirió incrédulo Nikitin.

—¿Vigilasteis la nave donde radicaba Derivados Petroquímicos Ivanov INC?

—Por supuesto. A pesar del estado ruinoso, pusimos vigilancia durante un día. —Carlos y Miguel soltaron una risotada—. ¿De qué os reís?

—¿Revisasteis el buzón?

—Pues claro que sí. Había algo de publicidad, nada más.

Los dos agentes españoles eran conscientes de que lo suyo fue un golpe de suerte, se hallaban en la nave justo cuando apareció el improvisado «cartero».

En ese momento, la camarera se acercó a la mesa y depositó dos bandejas con la comanda. Llevaba varias pajitas para sorber el refresco en el bolsillo de su camisa. Cuando fue a dejarlas sobre una de las bandejas, algunas fueron a parar al suelo. Ella se agachó para recogerlas y pidió disculpas.

—Buen provecho —dijo antes de alejarse caminado hacia la barra del establecimiento.

—El cadáver de Ivanov está en otra nave industrial, a unos centenares de metros de la que revisasteis. —Miguel le facilitó las coordenadas GPS a Boris y este las introdujo en su móvil, que empezó a sonar.

—Entonces no tenéis la matrícula, solo el modelo del 4x4. Pues vaya mierda, Evgeni. A ver si con tu descripción y la mía podemos dar con el individuo. —Miguel y Carlos dedujeron que hablaba con el falso camarero—. De acuerdo. Te envío unas coordenadas. Allí deberíais encontrar a Ivanov. Revisad la nave a conciencia y me llamas… ¿Que cómo lo sé? Me lo acaban de confirmar nuestros «invitados». Ahora debo colgarte, tengo otra llamada.

Nikitin escuchaba al tiempo que su rictus se tornaba sombrío.

—¿No hay ninguna duda?… De acuerdo, iré al hospital en un rato… Sí, evitaré el contacto con otras personas.

El agente ruso miró a los españoles.

—Me acaban de confirmar que los viales contienen una variante desconocida de la viruela. Todos los que formamos parte de la operación debemos guardar cuarentena por seguridad.

—Seguro que no es nada, Boris —le tranquilizó Miguel.

—Espero que tengas razón.

—Y otra cosa —intervino Carlos—, ¿crees que sería posible que en la autopsia a Ivanov buscasen anticuerpos para esta variante de la viruela?

Boris se tomó unos segundos antes de contestar con otra pregunta.

—Lo dices por la vacuna, ¿verdad? Si alguien ha desarrollado una nueva cepa con intención de utilizarla en un ataque, debería haberse protegido creando una vacuna.

—Es lo que dicta la lógica. Y eso incluye a las personas que hubiesen estado en contacto con los viales. No podían arriesgarse a que el virus se expandiese sin control. Por tanto, creo que sería conveniente extender la búsqueda de anticuerpos a los marineros del pesquero.

Carlos escribió su número de teléfono en una servilleta y se la entregó a Boris, quien asintió, cogió su abrigo, se levantó y pidió permiso a Miguel para que le dejase pasar. El agente español se puso en pie y agarró la mano del ruso.

—¿Hay algo más que debamos saber?

—Teníamos un infiltrado en la empresa iraní. Sospechaba que algo raro estaba ocurriendo en la petroquímica. También contactos diplomáticos con el Gobierno de Irán. Nos aseguraron que habían hecho varias inspecciones sin encontrar ninguna irregularidad. Las relaciones de Rusia con Irán son buenas y hay un diálogo fluido, pero está claro que utilizaban la instalación industrial como un laboratorio para generar una nueva variante de la viruela, aunque ya no queda nada en pie tras la explosión. Dudo que se puedan encontrar pruebas de la existencia de esa… «cocina». Fue un atentado, nosotros no tuvimos nada que ver. Y luego está lo de las muertes de Dumani y los directivos de la empresa, además de comisario de Blat, pero esto ya lo sabéis, ¿verdad?

Miguel escuchó las últimas palabras de Nikitin con los ojos abiertos como platos. «¿Está al tanto el FSB de nuestro nivel de implicación? ¿Sabrá Boris que fuimos nosotros los responsables de la muerte de Dumani?», se preguntó. Soltó la mano del agente y le dejó pasar.

—Gracias, Boris —intervino Carlos.

—Gracias a vosotros por la información sobre el virus. Por cierto, ¿queréis que os lleve a algún sitio antes de que ingrese en el hospital?

—No es necesario. Nos apetece ver la noche moscovita ahora que ya han colocado la iluminación navideña —respondió Miguel.

—Como queráis. No creo que nos volvamos a ver, al menos en un tiempo, pero tenéis mi teléfono —dijo el ruso. Se levantó y se encaminó hacia la salida, sin volverse y haciendo un gesto de despedida con la mano.

Miguel clavó su mirada en la de Carlos.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Si te refieres a si el FSB nos ha rastreado, lo dudo —musitó Carlos—. Nuestros cortafuegos informáticos son muy avanzados, pero no puedo descartarlo, aunque pienso que quizás tengamos el zorro dentro. Sí, Boris nos oculta algo, pero tampoco nosotros le hemos contado todo lo que sabemos.

—¿De verdad crees que hay un topo en el CNI?

Carlos se encogió de hombros.

—¿Acaso no lo era Ahmed? ¿Opinas que actuaba solo? —preguntó Carlos negando con la cabeza—. Tenía acceso a información confidencial. No deberíamos preocuparnos por el FSB, Miguel, nuestro enemigo es común.

—Los Elegidos.

—¿Quién si no? —afirmó con rotundidad Carlos—. La carta es bastante explícita, pero también hay que saber leer entre líneas.

—¿Alguna idea?

—En el vuelo a Moscú te dije que tenía una teoría, que debía confirmar algunas cosas durante nuestra investigación para tener un hilo del que tirar. Ahora las piezas del puzle comienzan a encajar, pero falta alguna para ver la imagen completa.

»Creo que esto es una cortina de humo —continuó Carlos—. Que estamos donde quieren que estemos, dando palos de ciego.

—¿Por qué lo dices? ¿Me vas a contar lo que esconde esa cabecita? —le apremió Miguel.

Carlos se agachó, observo la superficie inferior de la mesa y pasó su mano por debajo de los asientos. Sus dedos palparon un objeto metálico del tamaño y forma de una moneda de dos euros. La extrajo y se la entregó a Miguel con disimulo, sin dejar de mirar la barra del establecimiento.

—¡Pero qué coño! Es un micrófono. Será cabrón. Esto es cosa de Boris.

Carlos le arrebató el micrófono a Miguel, lo escrutó y lo lanzó dentro del vaso de Coca-Cola.

—Te equivocas —refutó Carlos—. No es ruso, es de fabricación estadounidense. ¿Crees que los servicios de inteligencia rusos van a comprar material de espionaje a los norteamericanos? Ha sido la camarera cuando, oportunamente, ha tirado las pajitas al suelo. Hace rato que no la veo.

Miguel se levantó de la mesa y se dirigió a la barra. Carlos observaba sentado cómo su compañero preguntaba a los camareros haciendo aspavientos con las manos. Cuando regresó, se sentó con cara de resignación.

—Tenías razón. Sus compañeros me han dicho que era su primer día en el restaurante y que se ha marchado hace un rato alegando que había vomitado y

se sentía indispuesta. No he insistido. Lo más probable es que haya entregado una documentación falsa para firmar el contrato, que su teléfono de contacto no esté operativo y sea de prepago.

—Y ni Boris ni Alexander podrán hacer nada para desenmascararla —añadió Carlos.

El teléfono de Miguel comenzó a sonar.

—Hablando del rey de Roma… Es Alexander —masculló Miguel.

—Hola, Alexander. ¿Algo nuevo sobre la rubia del hotel o de tu agresor?

—De la mujer, nada, no está registrada en la base de datos del Ministerio de Interior, pero el tipo que me atacó ya debe de estar muerto o en un hospital, más bien lo primero.

—No jodas. No me digas que…

—Tranquilo, no soy tan temerario. He recurrido a dos colegas… de los que les gusta pegar, aunque la paliza se la he dado yo, ellos se han limitado a inmovilizarlo mientras le sacudía como a un saco de boxeo.

—¿Le has sacado algo antes de machacarlo?

—Nada que os vaya a servir para vuestra investigación. Es un sicario. Se le condenó por un asesinato, cumplió la pena y ha vuelto a las andadas. Uno de mis colegas ha hecho una llamada anónima a la policía denunciando una pelea. Si lo encuentran con vida igual lo pueden relacionar con algún crimen reciente y…

—¿Podrías ir al grano, Alexander? —le interrumpió Miguel.

—Ha dicho que contactaron con él ayer. Al parecer, se anunciaba en la *Deep Web*. Alguien que abrió una cuenta en Tor le encargó el «trabajo», le entregó cinco mil euros que depositó dentro de un sobre en el buzón de su domicilio; el resto, otros cinco mil euros, se los daría utilizando el mismo método una vez me hubiese matado. La cuenta del pagador ha desaparecido de Tor, el navegador de la *Deep Web*, por tanto, no hay manera de saber de quién se trata.

—Gracias, Alexander.

—Ha sido un placer —apuntó el ruso con una risotada entrecortada por el dolor que le producía la herida—. ¿De verdad que no queréis protección? Esta gente va en serio.

Miguel pensó en las palabras de Carlos: «No sé por qué seguimos vivos». Empezaba a estar convencido de que no los querían matar, al menos de momento, mientras les siguiesen el juego.

—Te lo agradecemos, pero no es necesario. Ve con cuidado, Alexander. Pueden volverlo a intentar.

—Lo haré. Lo mejor que podéis hacer por mí es encontrar al malnacido que está detrás de todo esto.

—Igual son varias personas o una organización —sugirió Miguel.

—Pues encontradlos, y en lo que yo pueda ayudar… Ya sabéis que podéis contar conmigo. Por cierto, ¿qué tal ha ido la reunión con Nikitin?

—Interesante.

Semenov era consciente de que no le iban a revelar el contenido de la reunión, por lo que hizo otra pregunta.

—¿Cuándo os marcháis de Moscú?

—Muy pronto, puede que mañana mismo.

—Si no nos podemos despedir personalmente, avisadme cuando abandonéis el país —dijo el ruso.

—Por supuesto. Hasta la próxima, Alexander.

Tras colgar, Miguel le contó a Carlos los detalles de la conversación con Alexander.

—Es lo que cabría esperar —apuntó Carlos—. La mujer del hotel miró a la cámara desafiante. Nadie que sepa que puede ser reconocido haría eso. En cuanto al atacante de Alexander…, ha seguido un procedimiento similar al del sujeto del polígono industrial. Se han asegurado de que nadie los pueda encontrar a través de las comunicaciones.

—Aún no me has explicado tu teoría, lo ibas a hacer cuando te pusiste a buscar micrófonos —dijo Miguel.

—Te lo cuento en el hotel. Ahora deberías llamar al jefe, a Sainz de Rozas. Explícale la versión de Boris Nikitin y dile que mañana tomamos el primer vuelo a Madrid.

Miguel llamó a Sainz de Rozas. Tras dos tonos de llamada, el general descolgó.

—Señor, ya hemos concluido la misión en Moscú.

Miguel le expuso los pormenores del encuentro con Nikitin, pero obviando lo referente al incidente de Alexander Semenov.

—Entonces nos vemos mañana —dijo el general—. Acabo de reservaros dos billetes para el vuelo de Aeroflot que despega de Moscú mañana a las seis y cuarto de la tarde y aterriza en Madrid a las diez y media de la noche. Solo he conseguido asientos en la clase turista. Me alegro de que el FSB haya solucionado el asunto. Caso cerrado. Quiero hablar con vosotros en cuanto lleguéis, por separado; primero con Carlos y luego contigo.

—De acuerdo, señor. Allí estaremos —dijo Miguel, y colgó.

No le sorprendía la prisa de Sainz de Rozas por hablar con ellos personalmente, era lo habitual. El general siempre exigía la presencia inmediata de los agentes tras acabar una misión. Además, debía estar sometido a mucha presión por parte del Ministerio de Defensa, que tenía que preparar el terreno para la repatriación de los cadáveres de los soldados fallecidos en la base Miguel de Cervantes, así como las explicaciones sobre la causa de su muerte. Carlos no parecía tener la misma opinión.

Salieron del McDonald's y decidieron caminar por el tramo peatonal de la calle Arbat. La temperatura había descendido varios grados y estaba nevando. La iluminación navideña y los copos de nieve otorgaban al lugar un aspecto embelesador. La gente que entraba o salía a esas horas de los establecimientos de restauración era uno de sus atractivos, el otro lo constituían los antiguos edificios, algunos con centenares de años, todos rehabilitados; al fin y al cabo, se encontraban en el centro histórico de Moscú. Nadie parecía haberles seguido cuando llegaron al final de la calle y se encontraron delante de la estación de metro de Arbatskaya.

—¿Tomamos el metro? —preguntó Miguel—. Podríamos ir andando al hotel, no está a más de un kilómetro y medio, pero si la nevada se intensifica…

—Es el metro más bonito del mundo —afirmó Carlos—, con sus mosaicos, estatuas y las imponentes lámparas de tipo araña colgadas del techo. ¿Conoces la combinación de las líneas del suburbano para llegar al hotel?

—No, pero lo puedo mirar.

Miguel se aproximó a un lateral de la entrada al subterráneo que había sido diseñado para ser utilizado como refugio antinuclear. Encontró lo que buscaba: un panel con el plano del metro moscovita.

—Me cago en la madre que… Carlos, estos grafiteros son una plaga. ¿Por qué cojones piensan que pueden usar cualquier espacio público como un lienzo? Será mejor que bajemos, debe haber otro plano.

Y lo había, pero también pintarrajeado. Los agentes descendieron las escaleras hasta llegar a un vestíbulo diáfano y bien iluminado, donde la temperatura era confortable. Compraron dos billetes en una de las máquinas expendedoras de títulos de viaje, utilizando para ello la tarjeta de crédito. Accedieron a unas escaleras mecánicas que descendían más de cien metros y llegaron a un largo pasillo. Allí abajo les sorprendió encontrar varias tiendas donde los usuarios del metro apuraban las compras navideñas. Había mucha

más gente que en la calle, como si la vida se hubiese trasladado a las entrañas de la tierra atraída por la agradable temperatura.

Carlos miraba a un punto indeterminado, cavilando.

—Me temo que tenemos que dar un gran rodeo para llegar al hotel; de hecho, tardaríamos menos caminando —dijo Miguel, sacando de su ensimismamiento a su compañero. Había encontrado un plano del metro.

—Pues cogemos un taxi —propuso Carlos—. He visto pasar unos cuantos antes de acceder al metro.

Miguel le dio el visto bueno. Cuando salieron del metro la nevada se había intensificado y un par de centímetros de nieve cubría las calles. Antes de dos minutos, Carlos había conseguido que un taxi de color amarillo se detuviese a junto a ellos. Era un Ford Focus bastante nuevo. Carlos abrió la puerta trasera y los dos agentes se subieron al vehículo. Tras dar las buenas noches y abrocharse el cinturón de seguridad, Miguel le dijo al taxista que los llevase al hotel Baltschug Kempisky. El gesto del conductor, antes serio, se tornó risueño y comenzó a entablar una conversación con los que consideraba unos pasajeros adinerados, dispuestos a darle una buena propina.

Al menos, a esas horas, el tráfico era fluido. Desde la calle Mokhovaya, a la izquierda, se podía vislumbrar la monumental Armería y el Gran Palacio del Kremlin, ambos iluminados por potentes focos de luz que realzaban las coloridas fachadas de los históricos edificios. Una vez en la calle Moskvoretskaya, el taxi circulaba paralelo al río Moscova, hasta tomar un desvío para detenerse frente a la entrada del hotel. Cuatro mil quince rublos era lo que marcaba el taxímetro para menos diez minutos de un recorrido amenizado por la conversación con el rubicundo taxista, incluyendo la tarifa nocturna. Miguel le entregó un billete de cinco mil rublos y le dijo que se quedase con el cambio. Para entonces, el portero del hotel ya había abierto la puerta trasera y les esperaba con un paraguas, a pesar de que el tejadillo de la entrada impedía que los copos de nieve les alcanzasen.

Entraron en el vestíbulo del hotel e, instintivamente, hicieron un recorrido visual del espacio. No encontraron ningún sospechoso entre los pocos huéspedes, que a esas horas no superaban la media docena, tampoco en el pasillo de la séptima planta. Miguel pasó su tarjeta por el lector electrónico y ambos accedieron a la *suite*.

—Ya estamos en la habitación —dijo Miguel—. ¿Me vas a contar ahora tu teoría?

Carlos inspiró profundamente. Tras expirar, habló:

—Vas a tener que confiar en mí. Lo que te voy a contar puede parecer el delirio de una mente enferma. Necesito saber que cuento contigo antes de proseguir.

Miguel frunció el ceño. No tenía ni idea de lo que le iba a decir Carlos, y menos aún de lo que le iba a pedir que hiciese. Pero era su amigo.

—Está bien, tú ganas. Tienes toda mi atención.

—Entonces, será mejor que nos sentemos y pidamos bebida —sugirió Carlos.

Descolgó el teléfono de la *suite* y encargó una botella de *whisky* Macallan de quince años y cubitos de hielo. Cinco minutos más tarde llamaron a la puerta. Carlos se aproximó. A través de la mirilla, observó a un camarero de planta de mediana edad junto a un carrito con la botella y una cubitera. Abrió la puerta, lo invitó a pasar y caminó tras el empleado, que dejó el carrito junto a la mesita de madera.

—¿Desean que pase a recogerlo más tarde? —preguntó el camarero.

—No es necesario —contestó Miguel, ofreciéndole un billete de quinientos rublos que el hombre guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Muchas gracias. Les deseo que pasen una buena noche.

Cuando el camarero abandonó la *suite* y cerró la puerta, Carlos colocó la botella de Macallan y la cubitera sobre la mesa de cristal, tomó asiento en el sofá y Miguel también, pero delante de su amigo. Este último se recostó y Carlos sirvió el *whisky* en dos vasos que previamente había cogido del estante situado sobre la nevera. A continuación, utilizó las pinzas metálicas que sobresalían de la cubitera para añadir un par de cubitos de hielo en los vasos.

—¿Está bien así? —preguntó Carlos.

—Está perfecto. Veo que no te olvidas de las buenas costumbres. Me refiero al *whisky* —contestó Miguel señalando la botella ambarina.

—Hay cosas que no se olvidan.

—Y en tu caso creo que ninguna —dijo Miguel con una sonora carcajada.

Carlos bebió el destilado de malta de un trago y se volvió a servir ante la suspicaz mirada de su amigo.

—Creo que ha llegado el momento de contarte mi teoría.

Carlos comenzó a hablar, y, a medida que avanzaba su monólogo, el gesto ceñudo de Miguel pasó a ser de preocupación. Un escalofrío recorrió su espalda, al tiempo que un nudo se instaló en su garganta. Tomó un trago del vaso, pero el nudo seguía ahí.

Capítulo 12: Regreso a España

Día 9. 25 de diciembre. Aeropuerto de Moscú-Domodédovo.

Eran las cinco de la tarde cuando el taxi los dejó en el aeropuerto, a treinta y cinco kilómetros al sur del centro de Moscú. Continuaba nevando, pero la sensación de frío era menor. Carlos y Miguel, que mostraban unas considerables ojeras, se dirigieron al control de seguridad, donde depositaron las dos mochilas en la cinta del escáner, así como sus cinturones y el contenido de sus bolsillos en sendas bandejas. Antes de pasar por el arco de seguridad, Miguel mostró la falsa valija diplomática a uno de los agentes de seguridad; este utilizó el transmisor acoplado en la hombrera de su camisa. No había transcurrido un minuto cuando un soldado se personó y, con gesto serio, pidió a Miguel que le entregase la valija y su pasaporte diplomático, examinando detenidamente la maleta, más para impresionar que porque recelase de su contenido, puesto que era conocedor de la inviolabilidad del objeto que tenía en sus manos. Al fin, le hizo un gesto a Miguel para que atravesase el arco de seguridad. Carlos siguió a su compañero, al que en ese momento el soldado le hacía entrega de la valija y del pasaporte. Los dos recogieron sus mochilas y sus pertenencias de las bandejas y bajaron por las escaleras automáticas hasta la zona de salidas del aeropuerto; una vez allí, comprobaron la puerta de embarque de su vuelo en una de las pantallas y se dirigieron a la zona de restauración.

—Un momento —dijo Carlos, voy a comprar un recuerdo.

Entró en una de las tiendas del aeropuerto, pasó por varios pasillos donde estaban expuestos, en pulcros estantes, ropa, licores, alimentos envasados…, hasta que llegó a la zona de suvenires, entre ellos matrioskas, las famosas muñecas rusas multicolores, cuya originalidad consiste en que se encuentran huecas y en su interior albergan una nueva muñeca, y esta a su vez a otra, en un número variable pero siempre impar. Escogió una del tamaño de su mano y la abrió para comprobar que dentro había cinco más de tamaño decreciente, con distintas caras y vestidos pintados en la brillante y ligera madera. Pagó tres mil rublos a una sonriente cajera, que introdujo la matrioska en una bolsa de papel con el nombre del establecimiento y se la entregó. Eran más de treinta euros. «Seguro que en Madrid son más baratas, pero claro, según

figura en la etiqueta en inglés, están hechas a mano y eso se paga», pensó Carlos antes de mostrársela a Miguel.

—No me jodas, no podías ser más original, ¿verdad? —dijo Miguel riendo—. Además, seguro que está hecho en China, como todo.

—Pues aquí pone *Made in Russia* —aseguró Carlos, mostrándole a su amigo la base de la muñeca—. Además, estoy seguro de que a Marisa le encantará.

—Ahí te doy la razón —reconoció Miguel—. A ella le encantan estos detalles, como a…

—Sí, a Sonia también le gustan los detalles —completó la frase Carlos.

Miguel hizo un gesto de aprobación con la cabeza antes de hablar:

—Necesito un café con urgencia, o dos. Menuda noche, apenas he dormido dos horas.

—Pues nos fuimos a la cama a las tres de la madrugada. Yo he dormido como un lirón.

—Claro, si hasta roncabas.

—Siento que mis ronquidos no te hayan dejado dormir bien —se disculpó Carlos.

—Sabes perfectamente que no es eso.

—Estás preocupado por lo que te conté, ¿verdad?

—Más bien acojonado. Mejor vamos a por ese café, tú toma lo que quieras.

Los dos agentes entraron en una cafetería de la terminal, Carlos pidió un sándwich de cangrejo, un zumo de naranja y un *caffè latte*; Miguel un *espresso* largo y un cruasán. Después de pagar el abusivo precio del exiguo festín, ambos tomaron asiento en una de las pocas mesas libres, uno frente al otro, Miguel de cara a la entrada.

Mientras Carlos daba buena cuenta de la merienda, su compañero no dejaba de mirar en todas direcciones.

—¿Buscando a algún espía? —preguntó Carlos con un tono irónico—. La rubia no va a aparecer.

—Ya está bien de tanto cachondeo, ¿no? —contestó un airado Miguel.

—Eh, tranquilo —replicó Carlos alzando los brazos en señal de rendición —. Da igual que nos sigan, no nos van a hacer nada. —Y, estirando el cuerpo para aproximarse a su amigo, le susurró—: Estoy seguro de lo que tenemos que hacer. ¿No te irás a echar atrás ahora? Porque no lo puedo hacer solo.

—Por supuesto que no —musitó Miguel—. Lo empezamos juntos y lo acabaremos juntos.

Carlos se recostó en la silla e hizo un guiño. Sabía que Miguel no las tenía todas consigo, pero es que él tampoco. No albergaba ninguna duda sobre los pasos a seguir, pero era consciente del peligro al que se enfrentarían si tenía razón. En su fuero interno deseaba estar equivocado, que todo fuese un malentendido, pero su lógica y su intuición le decían que no una y otra vez. Solo faltaban un par de piezas en el puzle, la primera esperaba tenerla esa misma noche.

Media hora antes de la salida de su vuelo, y una vez superado el trámite del control de aduanas, ya estaban haciendo cola para embarcar, tras haberlo hecho con anterioridad los pasajeros de primera clase. Carlos no pudo evitar pensar que Sainz de Rozas les había reservado asientos de clase turista a propósito, como represalia por sus excesos escogiendo un alojamiento tan caro en Moscú. «La verdad es que fuimos muy generosos utilizando la tarjeta de crédito», pensó.

Una vez tomaron asiento y, tras las instrucciones de seguridad de los tripulantes de cabina, el capitán dio la bienvenida e indicó la duración del vuelo.

—Al menos tenemos vistas —afirmó Miguel mirando cómo el avión avanzaba con lentitud hasta la pista de despegue—. Creo que voy a intentar dormir un rato.

—Y yo —añadió Carlos.

En cuanto sonó la señal acústica que les permitía desabrocharse los cinturones, los dos agentes reclinaron los respaldos de sus asientos y cerraron los ojos. A Miguel le costó más conciliar el sueño, pero al final también se durmió.

Carlos se despertó unos minutos antes de que el capitán avisase de que estaban haciendo las maniobras de aproximación para aterrizar en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Zarandeó a Miguel, aún profundamente dormido, hasta que lo despertó.

—Buenas noches, bella durmiente. Ya estamos llegando.

—Joder, Carlos, he tenido unas pesadillas horribles.

—Casi se entera medio avión de tus sueños.

Miguel cruzó la mirada con su compañero, temiendo haber hablado en sueños más de la cuenta.

—¿He dicho…?

—No, tranquilo —le cortó Carlos—, eran solo palabras inconexas. Ahora será mejor que volvamos a colocar los respaldos en vertical y que nos abrochemos los cinturones de seguridad.

—Llegamos a la hora prevista —calculó Miguel mirando su reloj, después de haberse quitado unas legañas que parecían haberse enquistado en sus párpados.

Cuando el avión de Aeroflot aterrizó, algunos pasajeros aplaudieron tímidamente. El miedo a volar, algo que la naturaleza había reservado para aves e insectos, aún desataba esa espontánea reacción en algunos humanos.

Una vez el avión se detuvo en la terminal cuatro, y a pesar de las instrucciones que instaban a permanecer en sus asientos, la mayoría de los pasajeros se había levantado y algunos comenzaban a retirar sus equipajes de mano del compartimento superior. Los agentes españoles no, ellos permanecieron sentados, esperando que los dos pasillos se despejasen a medida que los viajeros abandonaban el avión a través del *finger*. Apenas quedaban una docena de personas en la aeronave, entonces se levantaron, recogieron las dos mochilas y la valija y se encaminaron a la salida, donde una azafata les dio las buenas noches. Ascendieron caminando a través del túnel articulado, donde ya se notaba el contraste de temperatura entre el invierno madrileño y el moscovita.

Algo debió verles un guardia civil, porque cuando se disponían a salir por el control de aduanas les hizo un gesto para que se detuviesen. Era mayor, mediría un metro y setenta centímetros, y mostraba un gesto serio; no le quedarían más de cinco años para jubilarse voluntariamente. La experiencia de años y su intuición seguía intacta. Dos hombres solos, bien vestidos, pero con un par de mochilas, era algo que debió despertar sus sospechas.

—Buenas noches. Podrían depositar sus…

Antes de que el sargento de la guardia civil acabase la frase, Carlos y Miguel le mostraron su identificación del Ministerio de Defensa.

—Disculpen —les dijo haciendo un saludo militar que los agentes le devolvieron.

—No hay nada que disculpar. Gracias por hacer tan bien su trabajo —le felicitó Miguel.

Tomaron un taxi que les llevó a la base aérea de Torrejón de Ardoz, donde Miguel había estacionado su Volskwagen Tiguan cinco días antes. Llegaron a la entrada de la base militar y el taxi se detuvo en la garita de control. Miguel y Carlos mostraron su documentación al soldado de guardia, que levantó la barrera, franqueando así el paso al taxi, del que anoto el número de la matrícula.

Miguel le iba indicando al taxista la ruta que debía seguir hasta llegar a su destino, en menos de tres minutos. Pagó el importe de la carrera y tanto él

como Carlos salieron del vehículo para subirse a continuación al Tiguan.

Llegaron a la sede central del CNI casi a media noche, después de haber hecho una parada en un almacén situado en el barrio de Carabanchel. Miguel estacionó el vehículo en una calle próxima, junto a un edificio de viviendas. Carlos salió del automóvil, miró a Miguel y este asintió. A continuación, se encaminó hacia el complejo donde se decidían las operaciones del espionaje español, se detuvo en la garita ocupada por un agente de seguridad de guardia, tras un cristal blindado con un intercomunicador.

—Buenas noches, señor —le saludó el agente—. No puede permanecer aquí. Por favor, abandone el lugar.

Carlos sacó su acreditación y la pegó en el cristal con la palma de su mano.

—Disculpe, teniente, no lo he visto por aquí antes. Le abro la puerta ahora mismo.

Un doble chasquido anunció la apertura de la puerta anexa al portón de herrería de dos hojas para el paso de vehículos. Carlos la empujo y accedió al recinto de varias hectáreas, recorrió los quinientos metros que lo separaban de la puerta principal y pasó su tarjeta de agente por el lector electrónico. Antes de cinco segundos, el lector emitió una luz verde, al tiempo que un sonido estridente avisaba del desbloqueo de la cerradura. Tiró de la manilla y entró en el amplio vestíbulo. Salvo otro agente de seguridad sentado detrás de la recepción, no había nadie.

—Buenas noches. ¿Me puede mostrar su acreditación?

—Aquí la tiene —dijo Carlos antes de entregársela.

—¿A dónde se dirige? —preguntó el empleado de seguridad al tiempo que comprobaba en el ordenador la identificación de Carlos.

—Al despacho del general Sainz de Rozas. Me ha citado.

El empleado le lanzó una mirada escrutadora antes de descolgar el teléfono.

—General. Hay un agente que… Sí, lo he comprobado… De acuerdo. El general le espera.

Carlos recogió su tarjeta identificativa y se encaminó al ascensor. Como recordaba, había infinidad de cámaras, y una de ellas parecía seguirle.

Salió del ascensor en la cuarta planta, giró a su izquierda y avanzó por el largo pasillo hasta el final del mismo, donde se encontraba el despacho de Sainz de Rozas. Llamó a la puerta, pero nadie contestó, entonces la abrió. Accedió al despacho del secretario del general que, tal y como le había comentado Miguel, no solía estar a esas horas. Una luz cálida procedente de

una lámpara de pie iluminaba la estancia. Anduvo hasta la puerta que tenía en frente y presionó el botón anexo. Escuchó el clic metálico que desbloqueaba el cierre, tiró del pomo y la abrió. El despacho del director del CNI estaba tal y como lo recordaba: una mesa ovalada de madera de roble presidía la estancia; alrededor, doce sillas; encima, varios ceniceros. Sí, en ese despacho los fumadores podían saciar su adicción a la nicotina en las largas reuniones. En las paredes las mismas fotografías del anterior edificio, cuando el CNI era el Centro Superior de Información de la defensa; los mismos cuadros y, enmarcada en un lugar destacado, la fotografía del Rey. Al fondo, el amplio escritorio de madera de cerezo, y tras él, sentado, Sainz de Rozas.

—Adelante, teniente. Por favor, tome asiento —le sugirió el general señalando con su mano una de las dos sillas situadas delante del escritorio.

Carlos se sentó y esperó a que Sainz de Rozas acabase de firmar unos documentos con su pluma Mont Blanc.

—Bien —continuó el director del CNI—. Le ruego que me disculpe si le he hecho venir a estas horas. Tengo por costumbre hablar con los agentes en cuanto regresan de una misión.

—No hay problema —dijo Carlos.

—Al final todo se ha solucionado gracias a la profesionalidad del FSB ruso. Menos mal, porque ese virus en las manos de un grupo terrorista podría haber causado una tremenda crisis sanitaria.

—¿Y los cuerpos de los fallecidos en la base Miguel de Cervantes? ¿Cuándo los van a repatriar?

—En unos días. Primero hay que avisar a los familiares de su muerte, de eso se encargará el general al mando de la base, luego debemos incinerarlos.

Carlos frunció el ceño antes de hablar, sentía la necesidad de mostrar su disconformidad.

—¿Pretende ocultar la causa de las muertes?

—Entiendo su ofuscación, teniente, pero una vez eliminado el peligro es innecesario e imprudente generar una alarma que dejaría en muy mal lugar al Gobierno ruso. El ministro de defensa, previa consulta con el presidente, ha llegado a un acuerdo con su homónimo ruso para mantener en secreto este asunto.

—¿Y el resto del personal de la base? ¿Mantendrán el secreto? ¿Y las familias? Lo pondrán en manos de la justicia, por no hablar de la prensa —refutó Carlos, cada vez más enojado.

El general se recostó en su silla, respiró profundamente y contestó mirando con condescendencia a Carlos.

—Es un mal menor comparado con lo que sucedería si se sabe la verdad.

—¿Necesita algo más de mí? ¿Me puedo retirar ya?

—Sí, creo que solo necesito que redacte un informe lo más preciso posible de todo lo ocurrido durante la operación Cervantes. Si me lo entrega en los próximos días, mejor. Gracias por su colaboración en esta misión. Puede seguir disfrutando de su retiro, y no olvide entregar su acreditación al salir. Por cierto, el teniente…, no veo a Miguel en…

—No lo busque con las cámaras. Está fuera de las instalaciones, esperando a que yo le avise para entrar. Le apetecía respirar un poco de aire fresco después del vuelo.

—Ah, bien, ya puede avisarle.

—¿Me permite una pregunta?

—Por supuesto, teniente.

—¿Quién asignó a Ahmed Abdeselam para esta misión?

El rostro del general se tornó sombrío.

—Yo asigno personalmente a todos los agentes de cada misión. ¿No estará insinuando lo que estoy pensando? En todas las agencias de inteligencia ha habido en algún momento agentes dobles, gente sin escrúpulos que se venden al mejor postor. Abdeselam era uno de ellos. Tengo que reconocer que nuestros servicios de contraespionaje no lo detectaron. Se abrirá una investigación interna para depurar responsabilidades.

Carlos negó con la cabeza, se levantó de la silla y se encaminó a la puerta, dándole la espalda a Sainz de Rozas, sin despedirse.

—General, esto no ha acabado —remarcó Carlos—. Sabemos lo de Tampa y esta noche tomamos un vuelo a Miami.

—Teniente, una última cosa.

Carlos giró el cuerpo y se encontró a Sainz de Rozas de pie, apuntándole con un revólver.

—Usted no va a ningún lado, y Miguel tampoco —continuó—. Levante las manos. Supongo que va armado.

—Así es —le confirmó Carlos señalando con su mirada el lado izquierdo de su pecho, indicando donde portaba el arma—. Dígame una cosa, ¿fue usted quien le dio la orden a Ahmed para que nos matase o solo es un mandado?

—Yo le di la orden antes de que partieran hacia el Líbano. Esto le supera, teniente. Nadie puede hacer nada por impedirlo. Ha llegado la hora de purgar a la humanidad, de que solo sobrevivan los mejores. Confiaba en que tras lo de Moscú darían el asunto por cerrado, pero no. Fue usted quien continuó dándole vueltas a la cabeza, ¿verdad? Le subestimé, y eso que ya me lo había

advertido Expósito. De todas maneras, qué más da, dentro de unos segundos estará muerto. Aquí no hay cámaras, y, como sabe, el despacho está insonorizado. Le mataré en defensa propia. Con sus antecedentes psiquiátricos por estrés postraumático no será muy difícil simular que ha sufrido un brote psicótico y me ha disparado, obligándome a hacer lo mismo para preservar mi vida.

—¿Y la vacuna? Porque usted es uno de los elegidos, o eso le han dicho. Le han prometido que recibirá la vacuna, pero aún no está vacunado. ¿Me equivoco?

Esas palabras hicieron dudar un instante a Sainz de Rozas, Carlos lo veía en su mirada.

—Saque su arma y déjela en el suelo, pero despacio —le exigió el general.

Carlos retiró con su mano derecha la chaqueta dejando a la vista la funda sobaquera con su pistola.

Todo sucedió en unos segundos. Un golpe seco se escuchó en la ventana blindada, detrás del general, y este se volvió. Carlos desenfundó su pistola y apretó dos veces el gatillo. La primera bala impactó en el brazo de Sainz de Rozas, la segunda en su cabeza, proyectando sobre el cristal de la ventana sangre y masa encefálica. El general cayó al suelo inerte, Carlos ni se molestó en comprobar el pulso de Sainz de Rozas, rodeó el escritorio, sacó su móvil, activó la función de linterna y lo aproximó a la ventana.

Antes de salir del despacho, verificó la grabación de video realizada por un pequeño dispositivo que llevaba prendido en la chaqueta. Para ello, lo enchufó con un cable mini USB a su teléfono móvil y lo reprodujo. Después, lo subió a la «nube» de un servidor de pago y lo asoció a las direcciones de correo electrónico de varios medios de comunicación, nacionales e internacionales. Lo programó para que el video fuese enviado de forma automática si él no accedía al enlace URL con su clave en intervalos de un máximo de veinticuatro horas.

Miguel no había estacionado su Tiguan en esa calle por casualidad. Nada más marcharse Carlos, extrajo del maletero del coche una pesada bolsa, abrió la puerta de un edificio de viviendas con una ganzúa y subió por las escaleras hasta la octava planta. Volvió a usar la ganzúa para acceder al terrado del edificio y caminó con sigilo para no llamar la atención de los vecinos de los pisos cuyo techo estaba pisando. Llegó hasta un muro orientado hacia el

edificio del CNI, abrió la bolsa y montó las piezas del fusil de precisión. Colocó el trípode sobre el muro y, usando la mirilla telescópica, localizó el despacho de Sainz de Rozas. El indicador marcaba 456 metros y una velocidad del viento de menos de un metro por segundo. Enfocó y pudo ver al general sentado en su silla, de espaldas a la ventana. Tenía un disparo preciso, al menos al cristal blindado del despacho. Pudo apreciar como conversaba con Carlos. Pasados unos minutos, el general sacó un revólver de un cajón y apuntó al frente. Al ver que Carlos iba a deshacerse de su pistola cargó el arma y disparó. El general se volvió hacia la ventana, un segundo después recibió un disparo en la cabeza que dejó su rastro de muerte impregnado en el cristal. Sainz de Rozas cayó y poco después vio cómo Carlos hacía señal lumínica acordada.

Desmontó el fusil, lo introdujo en la bolsa y bajó con sigilo por las escaleras. Salió a la calle, abrió el maletero de su automóvil, metió la bolsa y lo cerró. Escuchó el ladrido de un perro, cerca. Procedía de una de las viviendas del edificio que acababa de abandonar. Se mantuvo expectante, a la espera de que alguna de las ventanas se iluminase, pero no sucedió y el perro dejó de ladrar. Abrió la puerta del conductor, entró y se sentó, esperando.

Carlos golpeó una de las ventanillas traseras provocándole un sobresalto. Entró y se sentó en el asiento delantero, junto a Miguel.

—Buen trabajo, gracias —reconoció Carlos.

—¿Lo has grabado? —quiso saber Miguel.

—Todo, desde que entré hasta poco antes de salir del despacho. Ya está subido a la nube.

—Entonces, empieza la función.

—Así es —admitió Carlos, que colocó su mano izquierda sobre la derecha de su amigo—. Siento de veras no haberme equivocado.

Hubo unos segundos en los que sus miradas se encontraron, unas miradas cargadas de temor.

—Será mejor que nos vayamos —rompió el silencio Miguel, que arrancó el vehículo y abandono el lugar.

Moscú. 24 horas antes.

Carlos, recostado en el sofá de la *suite*, se había bebido el *whisky* de un trago. Se sirvió otro y comenzó a hablar mientras utilizaba el bloc de notas de la habitación para escribir algo que mostró a Miguel:

«No preguntes. Confía en mí y haz lo que te diga, en silencio».

Miguel, confuso, no habló.

—Mi teoría es que ese virus está en otro lado. Que bastaba sacar un vial de las instalaciones de Iran Research Oil y llevarlo a cualquier sitio del mundo para seguir fabricándolo. No dudo de que el FSB ruso vigilase las veinticuatro horas la fábrica, pero un vial cabe en un bolsillo. Lo malo es que es solo una teoría, no tenemos pruebas y no podemos tirar de ningún hilo, porque podría haberlo hecho cualquiera. Ojalá me equivoque, el tiempo dirá.

Carlos se inclinó sobre la mesa antes se seguir hablando.

—¿No querías que te contase mi teoría? —continuó—. ¿Entonces qué haces jugando al *Candy Crush*? ¿Qué te parece si dejamos los teléfonos móviles en la nevera, como hacen muchas familias estadounidenses cuando se reúnen? —sugirió Carlos, guiñándole un ojo a Miguel.

—Está bien, ahora meto mi móvil en el minibar.

—Aprovecha y llévate también el mío —dijo Carlos, que le tendió el móvil a su compañero, quien metió los dos teléfonos en una de las bandejas de la pequeña nevera y cerró la puerta.

—¿Crees que nos están grabando con nuestros móviles? —preguntó Miguel, que ya se había sentado.

—Es más que probable. En cualquier caso, mejor ser precavidos.

—¿Cuál es tu teoría, la verdadera?

—Cuando Boris Nikitin sacó a colación lo de las muestras de viruela que aparecieron en una instalación del Centro de Control de Enfermedades en Maryland, caí en la cuenta de que no fue el único caso. A pesar del secretismo de la administración norteamericana, la prensa publicó el registro en varias instalaciones sanitarias. Una en Salt Lake City, Utah; otra en Los Ángeles, California. Seguramente se hicieron más registros en 2014, pero me llamó la atención que hubo un último caso en Tampa, Florida. A diferencia de los demás, este registro se hizo hace once meses. Durante años, el virus pudo estar al alcance de algunas personas, como los responsables del CDC de Tampa. Alguien sin escrúpulos pudo hacerse con algún vial. Ese alguien puede que lo vendiese a Los Elegidos y estos estén fabricando la variante hemorrágica en cualquier lugar. En tal caso, el incauto ladronzuelo debe estar muerto.

El sonido estridente del móvil de Carlos llegó hasta sus oídos. Se levantó y sacó el teléfono del minibar. Había una llamada de un teléfono oculto. Descolgó.

—Carlos, soy Boris. La oficina del forense me acaba de confirmar que no hay rastro de anticuerpos de la viruela en el cadáver de Ivanov, tampoco en ninguno de los marineros. Los mayores afirman haberse vacunado cuando eran niños.

—Gracias, Boris.

Carlos colgó, volvió a dejar el teléfono en el pequeño frigorífico y se sentó en el cómodo sofá.

—¿Quién era?

—Boris Nikitin. Me ha confirmado lo que sospechaba, que Ivanov no ha recibido ninguna vacuna para la viruela. Los anticuerpos desaparecen con los meses, pero no en tan corto plazo de tiempo. Por otro lado, y por fortuna, los marineros no han contraído la enfermedad. O no existe la vacuna para esta nueva variante o se la reservan para los escogidos. Me inclino por la primera opción. En seis meses no es posible desarrollar una vacuna fiable, a no ser que… —Pensó en que, si su teoría era real y se habían apropiado de la cepa en Estados Unidos mucho antes que en Rusia, sí que podrían haber desarrollado una vacuna, pero seguía siendo poco probable.

—Continúa. A no ser que… —le instó Miguel.

—No es nada, solo elucubraciones sin mucho sentido.

—Entonces es un suicidio. ¡Están locos!

—¿Acaso no lo están los que se inmolan haciendo explotar bombas pegadas a su cuerpo? —repuso Carlos—. Por eso pienso que esto es cosa de un solo individuo. Si fuese una organización la responsable, dudo que todos estuviesen de acuerdo en jugarse la vida.

Miguel asintió.

—Creo que deberíamos llamar al CDC de Tampa —continuó Carlos—, hacernos pasar por periodistas del Miami Herald y marcarnos un farol. Pero mejor buscamos la forma de contactar con esa instalación federal abajo. En el vestíbulo hay una sala con ordenadores, usar los nuestros sería arriesgado.

—No sé si estás rematadamente loco o eres un genio —afirmó Miguel—, pero por intentarlo no perdemos nada.

Una vez en el vestíbulo, Carlos le dijo al recepcionista que iba a utilizar uno de los ordenadores, añadiendo que pagaría en efectivo, con la finalidad de no dejar rastro en la factura del hotel. El empleado le comentó que podía usar el que quisiera y los dos agentes entraron en la sala donde se encontraban los ordenadores. No había nadie, igual que en el vestíbulo, lo que les tranquilizó. Se sentaron delante de la pantalla y, en cuanto Carlos movió el ratón, en el monitor apareció el escritorio de Windows. Clicó en el icono de Google

Chrome y se abrió el famoso buscador, eso sí, en ruso. Tecleó CDC Tampa *contact* y en uno de los enlaces encontró lo que buscaba: un número de teléfono y un dominio URL, así como varias direcciones de correo electrónico. Memorizó el número de teléfono y miró su reloj.

—Son las cuatro de la tarde en Florida —dijo Carlos—, seguro que aún hay alguien trabajando en el CDC. Subamos a la habitación.

Nada más entrar en la *suite*, Carlos abrió su mochila y de ella extrajo un teléfono móvil. Era un antiguo modelo de la marca Nokia, con su cargador, que enchufó en la primera toma de corriente que encontró. Levantó la tapa y presionó la tecla de encendido. En unos segundos el móvil estaba operativo y con más del 50 % de carga.

El Escorial, Madrid. Cinco días antes.

Carlos había madrugado más de lo habitual y, a las cinco de la mañana, se enfundó el chándal y las zapatillas deportivas con cuidado de no despertar a Marisa. Salió del chalé y comenzó a correr en dirección al pueblo. Quince minutos más tarde se encontraba delante del locutorio, presionando insistentemente el timbre de la puerta. Sabía que Hasan vivía en la primera planta, donde pasados unos minutos observó cómo se iluminaba una de las ventanas, supuso que la del dormitorio del paquistaní. Hasan, abrigado con una bata de algún mercadillo, se asomó a la ventana.

—¡¿Qué coño quieres a estas horas?! Está cerrado —le increpó Hasan.

—Perdona. Es que anoche se me olvidó algo y lo necesito con urgencia —mintió—. Tengo un vuelo en tres horas y lo necesito.

—Un momento, ahora bajo —contestó el pakistaní después de maldecir en urdu.

Carlos, en el silencio de la noche, escuchó unos pasos y, poco después, como se abría la persiana automática.

—¿Qué se te ha olvidado?

—¿Puedo pasar? —preguntó Carlos.

—Adelante. No he visto nada en el suelo, tampoco donde te sentaste ayer.

Una vez dentro, Carlos le contó la verdad.

—Necesito dos tarjetas SIM de prepago para estos móviles —dijo, mostrándole un anticuado Nokia y un Motorola de la misma época con sus respectivos cables cargadores.

—¡Y para eso me despiertas a estas horas! Eres un cabrón. Vete de mi casa —le increpó empujándole hacia la puerta.

Carlos pudo sacar del bolsillo un fajo de billetes de cien euros que puso en la cara de Hasan, a quien la vista del dinero pareció apaciguar.

—¿Podemos llegar a un acuerdo? Estoy dispuesto a pagarte mil euros.

El paquistaní mostró una amplia sonrisa antes de hablar.

—Déjame que las busque. Creo que ahora mismo solo tengo de Orange —concretó, y comenzó a rebuscar detrás del mostrador. Antes de un minuto ya tenía las dos tarjetas en su mano, retractiladas y con el logotipo de la empresa de telecomunicaciones.

—Pero serán dos mil euros, por las molestias —añadió.

—De acuerdo —contestó Carlos—. Cárgalas con quinientos euros cada una y las registras a tu nombre.

—Ni hablar. No te conozco y no sé para qué las vas a utilizar. Igual eres un…

—¿Y así? —Carlos añadió a los tres mil euros otros tres mil. Hasan pareció dudar y Carlos aprovechó ese momento de indecisión para convencerlo—. Hasan, te aseguro que esto no te va a suponer ningún problema, puede que ni llegue a usar esas tarjetas.

—Está bien, pero si viene la policía les contaré la verdad.

Carlos se encogió de hombros y arqueó las cejas a modo de aceptación.

Hasan encendió el ordenador y dio de alta las tarjetas a su nombre; después, las insertó en los dos teléfonos, los enchufó con el cable cargador a una toma de corriente múltiple y los activó, pero faltaba escoger el código PIN, así que se los estregó a Carlos, que aún recordaba el antiguo PIN del teléfono de su mujer. Le sorprendió cómo habían cambiado los tiempos. Cuando los teléfonos solo servían para llamar y enviar mensajes SMS, tanto él como su Marisa podían usar los teléfonos del otro, había confianza. Con la llegada de los teléfonos con conexión a internet y las aplicaciones de las redes sociales el móvil se había convertido en parte del espacio personal.

«Sin duda es un progreso, pero también puede convertirse en un elemento de desconfianza. No es nuestro caso, pero conozco más de una pareja con problemas conyugales provocados por el secretismo que ingenuamente otorgan los teléfonos inteligentes», pensó resignado.

Introdujo la contraseña en los dos teléfonos, los guardó en los bolsillos con cremallera del pantalón deportivo, le dio las gracias a Hasan y salió corriendo del establecimiento.

Llegó al chalé unos minutos antes de las seis. No había ninguna luz encendida en la casa, cogió varias flores de hibisco del jardín y abrió con sigilo la puerta de entrada. Dejó las llaves en el recipiente metálico de la

mesita del recibidor y colocó las flores en un jarrón con agua. Aprovechando que Marisa no se había despertado, escondió el Motorola y su cargador con una nota en uno de los cajones de la misma mesita donde había dejado las llaves. Un espacio que sabía que solo utilizaban en verano, puesto que allí guardaban los espráis insecticidas, los repelentes de mosquitos y otros insectos propios de los meses de estío. Entró en la cocina y preparó el desayuno.

Suite del Hotel Kempinsky. Moscú. Un día antes.

—¡Pero qué coño!… No me jodas. ¿Te has traído esa reliquia de Madrid? —le recriminó Miguel en la habitación del hotel.

—Esta reliquia es un modelo de teléfono Nokia sin conexión a internet, y nos puede salvar la vida si no me equivoco —contestó Carlos—. Seguiremos utilizando los otros móviles para aparentar normalidad, pero sin desvelar nuestras intenciones, al menos hasta que sepamos si mi teoría es cierta.

—Lo que tú digas —afirmó Miguel, no sin cierta ironía.

Carlos sacó su móvil del minibar y llamó a Marisa.

—Feliz Navidad —dijo ella nada más ver la imagen de su marido en la pantalla.

—Feliz Navidad, cariño. Lamento haberme perdido el besugo que tan bien preparas en Nochebuena. Tengo una buena noticia: mañana por la noche volvemos a Madrid, pero antes debo… debemos pasarnos por el CNI.

—No te imaginas las ganas que tengo de verte, agente.

—Y yo a ti. —No mentía, pero tampoco podía asegurarle que se verían. «Ojalá me equivoque», pensó—. ¿Alguna novedad?

Marisa enfocó el móvil en su abdomen.

—A veces me cuesta creerlo.

—Pronto estaremos juntos y me encargaré de las labores domésticas. No deberías hacer ningún esfuerzo.

—Soy una mujer embarazada, no una impedida —dijo ella sonriendo.

—Tienes razón, pero ve con cuidado, y sobre todo, no te caigas.

—Estaba pensando en subirme a la escalerilla de aluminio para pintar la habitación del bebé —bromeó Marisa.

—Qué graciosa —contestó Carlos perfilando una sonrisa.

—Eso sí que te lo dejo a ti. Hay que preparar el «nido». Yo ya he encontrado por internet unas cunas preciosas, también un cochecito que me gusta mucho, de esos que imitan a los antiguos, con grandes ruedas.

Carlos cayó en la cuenta de que, si tenía razón, no solo comprometía su vida, sino la de su mujer y la del *no nato*. Un escalofrío recorrió su espalda.

—Hasta mañana, preciosa. Ahora tengo cosas que hacer. Te llamaré antes de ir a casa. ¿Me esperarás?

—Pues claro que sí, aunque como tengo más sueño del habitual igual me encuentras dormida en el sofá del comedor.

—Entonces te despertaré con un beso. Ahora tengo que colgar. Por cierto, me dejé una cosa en el mueble del recibidor, creo que donde los insecticidas. ¿Puedes comprobarlo? Es una caja pequeña.

—Ahora lo busco.

—Tranquila, no hay prisa, ya lo harás mañana. Un beso.

Carlos colgó.

Marisa encontró la caja donde le había dicho su marido. Intrigada, la abrió. Dentro estaba su antiguo Motorola con el cargador y una nota. La leyó y se mareó. Se sentó en el sofá y la releyó:

> «Hola, cariño. No te asustes, porque igual no es nada. Carga tu antiguo teléfono y tenlo a mano. Es una medida de precaución por si algo no sale bien. En tal caso, te llamaré a este terminal».

Marisa estaba confundida. Carlos siempre tenía un plan alternativo por si el primero no funcionaba. Lo hacía hasta con los viajes de vacaciones, pero no pudo evitar tener un mal presentimiento y un escalofrío recorrió su cuerpo. Se convenció a sí misma de que todo iba bien, de lo contrario, le habría llamado al Motorola; además, ya debería estar acostumbrada a las manías de Carlos. Se sirvió una copa de vino y se acostó.

A Carlos todavía le temblaban las manos, pero aún debían hacer otra llamada. Abrió la puerta del minibar, dejó su móvil y sacó el de Miguel.

—Llama a Alexander —le dijo a su compañero tendiéndole el teléfono—. Quedamos en despedirnos de él antes de salir de Rusia.

Miguel cogió el teléfono, localizó el número del agente ruso y lo pulsó en la pantalla táctil. Tuvo que esperar casi un minuto para escuchar la voz de Alexander.

—¿Ocurre algo? Estaba durmiendo.

—Perdona, no me había dado cuenta de la hora. Nos vamos mañana. Volvemos a Madrid.

—¿Queréis que os lleve al aeropuerto? Me quedaría más tranquilo.

—Te lo agradecemos, pero no es necesario, ya has hecho bastante por nosotros. Tomaremos un taxi.

—Como queráis. Me ha alegrado volver a veros. Quizás algún día podamos tomarnos unos vodkas.

—No te pongas sentimental que no va contigo.

Una sonora carcajada se escuchó al otro lado del teléfono.

—Joder, me tiran los puntos de la herida.

—¿Cómo evoluciona? —quiso saber Miguel.

—Bien. Con los antibióticos supongo que en una semana estaré como nuevo.

—Cuídate, Alexander, no bajes la guardia. Casi te matan e igual lo vuelven a intentar.

—Lo haré. Cuidaos vosotros también. Hasta la próxima, amigo.

—Gracias por todo, Alexander.

Miguel colgó y se quedó unos segundos mirando su teléfono.

—Te preocupa que le pueda pasar algo, ¿verdad? —intervino Carlos.

Miguel asintió con la cabeza. Volvió a dejar el móvil dentro del minibar y se giró hacia su amigo.

—¿Y ahora qué?

—La llamada al CDC de Tampa. La haré yo con el Nokia —dijo Carlos con seguridad—. Espero que no se percaten del prefijo. Si sucede, me inventaré cualquier excusa que justifique el origen de la llamada.

Carlos pulsó en el teclado del viejo teléfono el número que había memorizado en la sala de ordenadores de uso público del hotel, después activó el altavoz. Miró su reloj mientras escuchaba los tonos de llamada. Eran las 16:27 h en Florida. Al fin, alguien contestó en inglés:

—CDC de Tampa. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó una voz femenina.

—Soy un periodista del Miami Herald —contestó Carlos, procurando hablar un inglés con acento cubano—. ¿Me puede poner con el responsable del CDC?

—Un momento. No cuelgue.

—Buenas tardes. ¿Qué quiere la prensa de mí ahora? —se escuchó al otro lado de la línea telefónica. Por la ligera disfonía, Carlos dedujo que, o era un fumador empedernido, o superaba los sesenta años de edad. Se inclinó por la segunda opción.

—Mi nombre es Julián Rodríguez —se presentó Carlos—. Trabajo como periodista *free lance* para varios periódicos, entre ellos el Miami Herald. Tengo entendido que, antes del registro de noviembre del año pasado, alguien se quedó con unas muestras del virus de la viruela y…

—Voy a colgar ahora mismo —le interrumpió—. No tengo ganas de escuchar más gilipolleces de alguien que…

—Le aseguro que no le conviene. Escúcheme bien y no me interrumpa. Mi fuente es fiable. Usted, como director, tenía acceso a las muestras. Así que debió ser quien las robó.

Hubo un silencio antes de que el director volviese a hablar.

—Yo no era director entonces.

—Por tanto, fue cómplice.

—Escuche, no quiero problemas. ¿Qué es lo que pretende?

—Voy a sacar un artículo en el Miami Herald informando del robo de muestras de la viruela en el complejo que dirige. Si fue usted… ¿Puedo llamarle por su nombre?

—Michael, Michael Davis.

—Michael, si fuiste tú no hay nada que hacer para evitar que pases el resto de tu vida en la cárcel, pero si fue el anterior director u otra persona… Tú decides si te condenan por omitir el robo o colaboras, incluso puedes vender exclusivas. Tengo contactos en el FBI y la fiscalía. Seguro que puedo convencerlos de que a cambio de información pases de ser un delincuente a un colaborador necesario.

—Si ya lo sabes, ¿por qué haces esto, Juan?

—Julián —le corrigió Carlos—. Porque queremos un buen artículo, con todo tipo de detalles.

—¿Queremos? —preguntó nervioso el director.

—Sí. Bueno, yo soy el periodista que redacta las noticias, pero trabajo con otro colega que se encarga de las fotografías y los videos.

El agente decidió darle una vuelta de tuerca a su argumentación y presionar a Davis.

—¿Hay trato entonces, o publicamos lo que tenemos y vas de cabeza a prisión?

—Está bien, está bien. ¿Qué quieres saber?

—Todo —afirmó tajante Carlos.

De nuevo otro silencio, esta vez más largo. Carlos había dado en el clavo, un golpe de suerte, aunque eso significase que podía tener razón con su teoría, lo que le provocó una profunda desazón.

—Llamaron desde la oficina central de Washington, el veintiséis de noviembre. La secretaria le pasó la llamada al director, Anthony Mancuso. En ese momento yo era el subdirector y estaba en su despacho. Me pidió que saliera, pero antes pude deducir de la conversación que se trataba de un

registro. Cuando salió del despacho también abandonó el edificio principal. Yo lo seguí con cautela hasta la esquina. Anthony se encontraba delante de la puerta metálica de una construcción anexa, lo único que sabía de ella es que había sido utilizada como almacén décadas atrás, pero estaba en desuso. El director sacó unas llaves del bolsillo de su pantalón y comenzó a probarlas en la cerradura, ninguna consiguió abrir la puerta. Lo volvió a intentar hasta que al fin dio con la llave correcta. Se colocó unos guantes de nitrilo, una mascarilla quirúrgica y unos protectores plásticos en el calzado. Abrió la herrumbrosa puerta metálica y entró.

—Yo me acerqué hasta la puerta abierta, pero no la crucé —continuó Davis—. Desde la entrada vi que todo el mobiliario estaba cubierto con lo que debieron ser sábanas blancas, pero que ahora cubría el polvo, otorgándoles un aspecto grisáceo y de abandono. Las contraventanas estaban cerradas, por lo que la única iluminación provenía de unas lámparas de techo. Guiado por un ligero sonido asomé la cabeza. Al fondo de la pared derecha estaba Anthony, parcialmente cubierto por la puerta de un viejo frigorífico o un congelador de la marca Westinghouse. Cuando cerró la puerta del refrigerador, di un par de pasos hacia atrás, me volví y me dirigí con paso acelerado hasta el edificio principal. Entré en mi despacho y me senté tras el escritorio, mirando hacia el pasillo. Unos minutos más tarde vi pasar al director en dirección a su oficina, anexa a la mía. Me puse en pie y caminé hasta su puerta, la encontré abierta y entré. Anthony acababa de cerrar con llave uno de los cajones de su escritorio. Me invitó a pasar y me dijo que cerrase la puerta, me senté frente a él y se disculpó por haberme hecho salir de su despacho alegando que era un asunto confidencial, pero que ya me podía decir de qué se trataba. Me comentó que la llamada era de la central del CDC en Washington, que en un rato se presentaría un equipo de bioseguridad para retirar unos viales de viruela.

El director del CDC se tomó unos segundos en los que Carlos creyó adivinar un indicio de duda. Davis prosiguió:

—No había pasado ni una hora cuando cuatro hombres y una mujer, ataviados con trajes de bioseguridad de nivel tres, irrumpieron en las oficinas preguntando por el director. Poco después estábamos de nuevo dentro del viejo almacén. Uno de los efectivos, el que parecía estar al mando, sacó una caja y la abrió pidiéndonos que nos retirásemos. Se puso hecho una furia cuando comprobó que el precinto había sido manipulado y que en el interior de la caja faltaban varios viales. Exigió ver el libro de registro, puesto que cuando ese espacio estaba operativo no había ordenadores ni los datos estaban informatizados. Fue entonces cuando me enteré de que el almacén había sido

un laboratorio. En el libro de registro faltaban varias páginas, una de ellas era la que hacía referencia a los viales de la variante hemorrágica de la viruela.

—¿Has dicho la variante hemorrágica de la viruela? ¿Qué tipo de variante es esa? —preguntó Carlos, fingiendo su falsa ignorancia.

—Es una de las variantes más peligrosas. La tasa de mortalidad es muy elevada, casi del cien por ciento. Aunque las personas vacunadas están a salvo de todas las variantes.

—¿Qué sucedió después? —preguntó el español.

—Metieron la caja dentro de una nevera portátil y el que había abierto la caja amenazó con una investigación interna. Michael alegó que desconocía la existencia de esos viales y que nunca había entrado en lo que consideraba un almacén en desuso. Por lo visto, todos los directores habían recibido a lo largo de los años las mismas instrucciones: no acceder bajo ningún pretexto a ese edificio y asegurarse de mantener las llaves del mismo en la caja fuerte. Se marcharon. Dos meses más tarde, Anthony presentó su renuncia.

—¿Por qué no dijiste nada? —le interpeló Carlos.

—No tenía pruebas, solo la sospecha de que Anthony había cogido algo y lo guardaba en un cajón de su despacho. Nunca lo vi en posesión de los viales.

—Eso debería ser suficiente para la investigación interna.

—Yo era un directivo, me jugaba el puesto de trabajo. Además, la investigación no llegó a ninguna conclusión que incriminase a Anthony en la desaparición de los viales.

—Normal si no les contaste lo que viste —refutó Carlos.

—Anthony lo habría negado o me habría acusado a mí de haberlo hecho. Yo también conocía la combinación de la caja fuerte y podía haberme hecho con las llaves.

—¿No vio la secretaria como salíais?

—Manuela…, la secretaria tenía una relación sentimental con Anthony.

—¿Eran amantes?

—Sí. Ella mantuvo que había sido una mañana normal y que el director estuvo en su despacho todo el tiempo, esperando la llegada de los especialistas del CDC.

—¿Y el resto del personal?

—Estaban revisando una instalación de aire acondicionado en una empresa cárnica donde se había declarado un brote de *Legionella*.

—Entonces, ¿por qué renunció a su puesto el anterior director?

—Dijo que estaba cansado, que, puesto que disponía de unos ahorros, pensaba prejubilarse, trasladarse a algún cayo, comprar un pequeño barco y dedicarse a pescar mientras tomaba cerveza bien fría.

—¿Has vuelto a saber algo más de él? ¿Estaba casado?

—Sí, pero Olivia, su mujer, pidió el divorcio antes del incidente. Me lo dijo él mismo. No sé nada de Anthony desde la fiesta de despedida.

—¿No tenías el número de su teléfono móvil? —quiso saber el agente español.

—Por supuesto, y el de su domicilio también, el de casado. Lo llamé varias veces, pero siempre saltaba el mensaje automático: «teléfono apagado o fuera de cobertura». Llamé a su ex y me dijo que no sabía nada de Anthony, que por ella se lo podían haber comido los caimanes.

—¿Y los hijos?

—Tuvieron un hijo, David, se mató en un accidente de tráfico con veinticinco años. Creo que fue el detonante del deterioro en su relación conyugal. Anthony tenía una foto de David vestido de militar en su escritorio. Había servido en Afganistán tras el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York. Se sentía muy orgulloso de su hijo, y más de una vez le había sorprendido derramando alguna lágrima mientras miraba la fotografía.

—Nos vemos pasado mañana para completar el reportaje —añadió Carlos sin opción a réplica.

—¿Qué garantía tengo de que vas a cumplir tu parte del trato?

—Mi palabra es la garantía. Creo que no estás en condiciones de negociar.

—Está bien, nos vemos pasado mañana. Yo estoy en el CDC hasta las 18:00 h.

—O hasta que lleguemos —afirmó Carlos, que colgó y preguntó a Miguel —: ¿Lo has oído?

—Sí, y nos oculta algo —añadió Miguel.

—También te has dado cuenta, ¿verdad? Durante la conversación se ha tomado sus pausas para contestar, pero cuando le pregunté si había vuelto a hablar con el antiguo director ha hablado sin parar, como si lo hubiese ensayado. Bueno, ya le apretaremos sobre este asunto cuando lo veamos en persona.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Miguel.

—Vamos a necesitar nuevos pasaportes. Uno a nombre de Julián Rodríguez Mengol, el mío, y otro para ti con el nombre que quieras. También un rifle de precisión de largo alcance con mirilla, munición y silenciador. Y, por supuesto, los billetes de avión.

—¿Algo más? —preguntó Miguel con tono sarcástico—. ¿De dónde supones que podemos obtener todo lo que pides para mañana por…?

Miguel se quedó pensativo antes de continuar.

—Creo que ya sé cómo conseguirlo. Conozco a un falsificador que colabora con el CNI, Antonio Román. Podría pedirle los pasaportes para mañana, otra cosa es el rifle. Por cierto, ¿para qué lo necesitamos?

—Por si tengo razón y Sainz de Rozas está implicado. Me ha citado a mí en primer lugar. Intentaré llevarlo al límite y desconozco cómo va a reaccionar. Puede que intente matarme si forma parte de esta mierda y le digo que continuamos con la investigación en Florida. Así que necesito alguien que me cubra.

—Y ese soy yo, claro —afirmó Miguel—. Sabes tan bien como yo que los cristales del despacho del director del CNI están blindados.

—No es preciso que lo mates, solo que lo distraigas si ves que saca un arma. Del resto me encargo yo.

Miguel negó con la cabeza. Le costaba aceptar que el mismo hombre que había autorizado la operación pudiera ser una pieza del puzle de Caballo de Troya. No obstante, su compañero había ido acertando cada uno de los pasos de los autodenominados «Los Elegidos», incluso se había anticipado a los sucesos. Al menos se merecía el derecho a la duda. Sacó su móvil de la nevera y localizó en contactos el número de teléfono del falsificador, le pidió a Carlos el Nokia y volvió a dejar su móvil en el minibar. Tuvo que esperar varios tonos hasta que Román contestó.

—No quiero cambiarme de compañía de teléfono y tampoco…

—Antonio, soy yo, Miguel.

—Conozco a varios Migueles.

—Pero solo uno del CNI —concretó el agente—. Escúchame. Necesito dos pasaportes españoles a nombre de Julián Rodríguez Mengol y… Jorge Aparicio Montañés; una pequeña videograbadora, de esas que imitan un pin prendido a la ropa; dos gafas de pasta sin graduar, un bigote moreno y una perilla castaña oscura; además de un rifle HK417 con mirilla, munición y su bolsa. Con un cargador es suficiente.

—¿Y de dónde coño saco yo ese rifle?

—Antonio, no me tomes por gilipollas, los dos sabemos que puedes conseguirlo. Adelanta el dinero y te lo pago mañana con un plus de dos mil euros.

—Que sean cuatro mil.

—Está bien, cuatro mil.

—Lo intentaré, pero no te garantizo nada —dijo el falsificador.

—Lo necesito, Antonio.

—¿Puedo preguntarte por qué recurres a mí en lugar de al CNI?

—Puedes, pero no te voy a contestar.

—Al menos asegúrame que no me meto en un lío, Miguel.

—Tú siempre estás metido en líos. Por mi parte puedes estar tranquilo. Los pasaportes son para mí y un compañero. Las fotos nos las haces mañana por la noche con las gafas, la perilla y el bigote, y las incorporas a los pasaportes. ¿Puedes hacerlo en una hora?

—Sí.

—¿Y comprar dos billetes de avión para Miami mañana a la última hora?

—Un momento, tengo que comprobarlo.

Miguel escuchaba el sonido de un teclado. Tuvo que esperar varios minutos. Empezaba a ponerse nervioso cuando el falsificador contestó:

—Lo tengo. Hay un vuelo a Miami con salida de Madrid a las 01:35 h el día veintiséis de diciembre y hay plazas libres.

—Perfecto. Compra dos billetes de ida usando los datos de los pasaportes.

—¿Lo tengo que pagar yo? Son casi mil euros.

—Que añadiré al resto del dinero en efectivo —apuntó Miguel.

—De acuerdo —dijo resignado el falsificador.

—Entonces nos vemos mañana por la noche, sobre las once —dijo Miguel.

Ambos colgaron.

Pasase lo que pasase con el director del CNI, la determinación de Carlos era firme. Tenía que conocer el destino de los viales que había robado el antiguo responsable del CDC de Tampa.

Eran las tres de la madrugada y les esperaba una noche de insomnio, con los nervios a flor de piel y pensando en lo que podría ser la misión de sus vidas. Solo que esta vez, casi con total seguridad, sin el soporte del CNI.

Madrid. 25 de diciembre, 23:05 h.

Antonio Román subió la persiana automática en la fría noche madrileña, donde algunos viandantes volvían a casa o salían para ir a algún lugar de ocio; más de uno dando tumbos, producto del alcohol ingerido. Nadie les prestó atención, era la ventaja de hallarse en Carabanchel, un barrio periférico, obrero, de inmigrantes llegados de medio mundo, en el que cada uno iba a la suya sin importarle lo que hacían los demás. De haber estado en el adinerado

barrio de Salamanca, a algún vecino le habría llamado la atención la presencia de dos hombres trajeados frente a un establecimiento que a esas horas abría su puerta. Pero claro, no era una *boutique* de ninguna franquicia de moda. A uno de los mejores falsificadores del mundo tampoco se le habría ocurrido montar su negocio en una de las zonas de Madrid con más ricos por kilómetro cuadrado.

—Buenas noches —les saludó Román, que se dio media vuelta para adentrarse en el local seguido de Miguel y Carlos. Era una tienda de compraventa de electrodomésticos de segunda mano, tal y como rezaba en el cartel encima de la entrada.

Román bajó la persiana y cerró la puerta con llave. Al fondo, en el almacén, y oculta tras una estantería, había una puerta perfectamente camuflada. El falsificador corrió a un lado el mueble, abrió la puerta con un dispositivo de control remoto y entró junto a los dos agentes; colocó el mueble en su posición inicial y cerró la puerta accionando el mando a distancia. En contraste con la desvencijada tienda, el espacio en el que se encontraban era moderno y con una pulcritud propia de un hospital. Varios ordenadores e impresoras de última generación poblaban la amplia mesa blanca que presidía la estancia, perfectamente iluminada por lámparas fluorescentes instaladas en el techo.

—¿Os apetece un café? —les sugirió Román, señalando con la mano una cafetera eléctrica situada encima de una encimera de granito, donde también había una pila con un grifo.

—No, gracias, tenemos prisa.

—Lo comprendo. No toquéis nada —les instó, ofreciéndoles unos guantes de látex y dos gorros quirúrgicos de plástico—. Me gustan más que los de nitrilo, se ajustan bien a la mano y mejoran la sensibilidad de los dedos. No me apetece que vuestros colegas del CNI encuentren este escondrijo y vuestras huellas por doquier. Los gorros son para el pelo. Un solo cabello en un falso documento serigrafiado y adiós. También hay un sistema de extracción de aire para eliminar el polvo. Colocaos las gafas, la perilla y el bigote, y os hago las fotos.

Miguel se pegó el bigote y Carlos la perilla. Eran de pelo natural y podrían pasar por auténticos. Se colocaron las gafas y se sentaron en un taburete, delante del fondo blanco de una de las paredes, primero Miguel, después Carlos. Román les hizo las fotos con una cámara réflex digital.

—¿Y el rifle? —preguntó Miguel.

—Primero el dinero —exigió Román—. En total serán diez mil euros. Los cuatro mil acordados, cinco mil por el rifle y mil por los pasaportes. Te hago un descuento en los pasaportes y te regalo los complementos estéticos.

—Qué generoso —dijo Miguel con sarcasmo. Sacó un abultado sobre del interior de su chaqueta y comenzó a contar los billetes—. Aquí lo tienes.

El falsificador cogió el fajo de billetes, se encaminó a la caja fuerte, oculta tras una fotografía enmarcada de la Gran Vía madrileña, la abrió, dejó el dinero dentro, la cerró y abrió el armario situado debajo de la encimera. Sacó una bolsa de tela con cremallera y se la entregó a Miguel. Este la abrió, montó pieza a pieza el arma y quitó el seguro. Comprobó que no hubiese ninguna bala en la recámara, apuntó mirando a través de la mirilla y presionó el gatillo. Un clic metálico resonó en las paredes.

—Buen trabajo —continuó Miguel—. Volvemos antes de una hora.

Los dos agentes salieron de la tienda, se subieron al Volkswagen Tiguan y se dirigieron a la central del CNI, donde los esperaba el director. Cincuenta minutos más tarde y con los nervios a flor de piel por el asesinato de Sainz de Rozas, Miguel estacionó de nuevo su vehículo en una calle cercana a la tienda de Román. Los dos agentes dejaron sus armas reglamentarias y el rifle en el maletero del coche y sacaron las dos ligeras mochilas que siempre les acompañaban. Miguel bloqueó las puertas del Tiguan con el mando a distancia.

La persiana de la tienda estaba subida y Carlos presionó el timbre un par de veces. Acto seguido, una luz se encendió. Román abrió la puerta, entraron y la volvió a cerrar con llave. Apagó la luz por precaución —si alguna patrulla de policía pasaba por delante de una tienda iluminada, podrían pensar que la estaban robando, algo frecuente en el barrio—. Entraron en el cuarto oculto, se colocaron las gafas, el bigote y la perilla. Guardaron los falsos pasaportes en el bolsillo interior de la chaqueta, colocando los billetes de avión dentro de las mochilas. Miguel se despidió de Román con un abrazo.

—¿Y tu amigo? ¿Se le ha comido la lengua el gato? —preguntó mirando a Carlos, que clavó su mirada en la del falsificador antes de hablar.

—No te conviene que sepas mi nombre, pero si vienen preguntando por mí, ni yo ni Miguel hemos estado aquí. Y sobre todo, asegúrate de que sean agentes del CNI. Cuando aparezcan, si es que lo hacen, escóndete, llama a la policía y espera a que llegue una patrulla antes de abrirles.

—Esto no me gusta nada. ¿En qué cojones estáis metidos para que el CNI os busque?

—Tranquilízate. Nosotros no hemos estado aquí, ¿de acuerdo? —afirmó Miguel, que junto a Carlos ya se dirigía a la puerta.

Román les abrió y salieron. Escucharon como bajaba la persiana eléctrica mientras caminaban con paso firme.

—¿Podemos fiarnos de él? —quiso saber Carlos.

—Es de confianza. Si no encuentran ningún indicio de nuestro viaje, dudo que lo interroguen. Nadie nos ha seguido y los móviles ya no pueden usarlos para localizarnos. No me cabe duda de que revisarán las cámaras de seguridad del aeropuerto, pero creo que podemos pasar desapercibidos si evitamos mirar directamente a las cámaras de la terminal.

—Voy a llamar a Marisa —dijo Carlos—. Creo que tanto ella como Sonia y Miguelín deberían desaparecer un tiempo. Temo que las utilicen para doblegarnos. —Miguel asintió con aspecto preocupado—. Sería mejor que se lo explicases tú mismo a tu… A Sonia.

—No sé si es buena idea que la llame yo para decirle que por mi culpa está en este embrollo —contestó Miguel.

—Como quieras, pero en mi opinión te estás comportando como un cobarde —le dijo Carlos, sacando el viejo Nokia del bolsillo de su pantalón para llamar al teléfono de su mujer.

—Diga.

—Hola, cariño.

—¿Pero en qué andas metido? Esa nota…

—Déjame que te lo explique. La misión no ha acabado. El director del CNI ha intentado matarme y he tenido que defenderme.

Carlos escuchó un gemido ahogado.

—¿Lo has matado?

—Sí. Era él o yo. Estaba trabajando para los malos y ahora tenemos que seguir una pista.

Al otro lado de la línea Marisa lloraba desconsolada. Se enjugó las lágrimas con la manga del pijama y respiró profundamente antes de hablar.

—Ahora mismo no me apetece hablar contigo, Carlos. Tengo que pensar en nosotros, en lo que somos. No quiero volver a la antigua vida y enterarme de que te han matado.

—Te comprendo. Piénsalo bien, pero primero sal de casa y ve al chalé de San Rafael.

—Mira. No estoy dispuesta a…

—Escúchame —la interrumpió Carlos—. Coge lo más básico, haz la maleta, llama a Sonia y os vais con Miguelín unos días, hasta que esto pase.

Yo me encargo de solucionarlo.

—¿Que te encargas de solucionarlo? Así, tan fácil —dijo enojada—. Te has cargado al director del CNI. Vas a tener a todos los cuerpos de seguridad buscándote. ¿Por qué no te entregas y lo aclaras?

—Porque no hay tiempo. Si no actuamos rápido ya no habrá nada que hacer.

—¿Actuamos? ¿También está en esto Miguel? Tengo los nervios a flor de piel y te recuerdo que estoy embarazada. ¿Me vas a decir qué está pasando?

—Me encantaría, pero no puedo —le dijo mientras apretaba el puño y golpeaba con él la pared de un bloque de viviendas—. Cuanto menos sepas, mejor. Te pido que confíes en mí y en Miguel. Por favor, haz lo que te pido. Llamaré a Sonia para explicárselo.

—Y crees que lo va a dejar todo, el trabajo, la escolarización de Miguelín… por algo que desconoce.

—Eso espero. Apagad los teléfonos móviles y no os llevéis ningún dispositivo con conexión a internet. No hagas caso de lo que veas en la televisión. Te quiero, no lo olvides.

Marisa colgó sin despedirse y Carlos se quedó con la incertidumbre de si le haría caso. Volvió a teclear en el teléfono, pero Miguel se lo arrebató de la mano.

—Ya has tenido bastante. Tenías razón, soy yo quien debe hablar con Sonia.

Miguel marcó el número del teléfono móvil de su aún esposa. El teléfono comunicaba y no pudo evitar pensar con quién estaría hablando a esas horas de la noche. Esperó unos minutos que no les sobraban y volvió a intentarlo. Tras unos tonos, se cortó la comunicación.

«Maldita sea, debe pensar que es una llamada de una compañía de telecomunicaciones para ofrecerle una oferta». Volvió a llamar.

—Me quiere dejar en paz. No vuelva a llamar a este…

—Sonia, soy yo.

El rictus de ella cambió del enfado a la sorpresa. Miguel no la llamaba más que los días que le tocaba hacerse cargo de su hijo, o para excusarse si no podía hacerlo.

—Hola —fue su escueta respuesta.

—Necesito que me escuches y, sobre todo, que no me cuelgues. Tienes que irte con Miguelín a…

—Me lo acaba de contar Marisa —le interrumpió ella—. ¿Estáis locos o qué? Pretendes que huya esta noche como una delincuente, que desaparezca

con nuestro hijo. ¿Qué le digo al niño?

—De verdad que lo siento mucho, pero es por ti y por Miguelín.

—¿Por nosotros o por ti? Te recuerdo que yo no he hecho nada, has sido tú, mejor dicho, Carlos, quien ha matado a tu jefe. Que lo arregle él.

—No es tan sencillo, no lo ha hecho solo.

—¡Joder! Le has ayudado. ¿Es lo que pretendes decirme? ¿Por qué le haces caso? Ya sabes que no está bien de la cabeza.

—No digas eso, cariño, es injusto y lo sabes. Carlos no está loco. Tiene una mente prodigiosa y me ha salvado la vida en esta misión. Ahora solo intentamos que no muera más gente.

—Entre ellos supongo que me incluyes a mí y a mi hijo. Y no me llames cariño —dijo ella elevando el tono de voz.

—También es mi hijo. Llévate lo más necesario, despierta al niño y os vais con Marisa a San Rafael. Nada de teléfonos, tabletas u ordenadores.

—¿Cómo sabes que Marisa se va a San Rafael?

—Porque estoy con Carlos y acaba de hablar con ella. Excúsate en el trabajo, diles que tienes gripe y el niño también. Así tiene un justificante para faltar al colegio. Pero hazlo mañana desde el teléfono de Marisa.

—Mira, voy a hacerte caso, pero te doy cinco días para que aparezcas por casa… quiero decir, por mi casa. En caso contrario, yo y tu hijo volvemos a nuestras vidas y tú haces lo que quieras con la tuya.

—Te lo prometo, en cinco días estoy de vuelta. —Miguel no lo podía asegurar, pero diría cualquier cosa con tal de que Sonia y su hijo estuviesen a salvo—. Y gracias.

Sonia colgó como Marisa, sin despedirse. Entretanto, Miguel se quedó absorto, pensando, cabizbajo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Carlos sacándolo de su ensimismamiento.

—Imagínate. Está muy enfadada, aunque creo que se irá con Marisa.

—Ojalá lo hagan.

Marisa colocó en la maleta algo de ropa, un neceser con lo necesario para el aseo personal y un par de libros, de los que quedan pendientes de leer durante meses o años. Bajó las escaleras, cogió las llaves de su casa, las de su coche y las de la casa de San Rafael, las últimas las metió en el bolso que colgaba de su hombro. Abrió la puerta y la cerró con llave, introdujo esta en el bolso y metió la maleta en el maletero del Mini Cooper. Abrió la puerta de la valla,

arrancó el coche y lo detuvo lo justo para volver a cerrar la puerta. Después se dirigió a Madrid. Antes de abandonar Guadarrama se cruzó con un vehículo en el que no reparó, una berlina negra que se dirigía a su casa. Al llegar a la misma, una mujer introdujo un sobre en el buzón, una carta blanca sellada con lacre.

Marisa detuvo el coche en doble fila en la calle Velázquez, justo delante del portal donde Sonia la esperaba llevando en brazos a Miguelín, dormido. Se bajó del coche sin parar el motor y cogió una maleta y una mochila infantil, entre tanto, su amiga colocó al niño en uno de los asientos traseros y le abrochó el cinturón de seguridad. Marisa puso la maleta y la mochila en el maletero, haciendo maniobras para que cupiesen en el reducido espacio.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo, llorando a lágrima viva.

—Qué locura, ¿verdad? —le susurró al oído Marisa.

—Lo es —musitó Sonia—. Tengo miedo.

—Y yo. Será mejor que nos vayamos ya.

Sonia se sentó en el asiento del acompañante y Marisa puso rumbo a San Rafael.

Miguel estacionó el automóvil en un *parking* de larga estancia, uno que conocía muy bien, a fin de cuentas, lo había usado muchas veces cuando vivía muy cerca. Salieron a la calle y pararon un taxi al que se subieron.

—¿A dónde les llevo? —preguntó el taxista, un hombre calvo de unos cincuenta años.

—A la terminal cuatro de Barajas. —Aunque el nombre correcto del aeropuerto internacional de Madrid era Madrid Barajas-Adolfo Suárez, en homenaje al primer presidente español tras la dictadura franquista, todo el mundo seguía refiriéndose a al aeropuerto por el nombre del municipio donde estaba situado.

Durante el trayecto tuvieron que soportar la conversación futbolística del taxista. No es que no les gustase el fútbol, puesto que Carlos era aficionado del Real Madrid y Miguel del Atlético de Madrid, pero en ese momento no les apetecía hablar de nada, por lo que sus respuestas se limitaban a monosílabos: sí, claro, cierto…

Llegaron al aeropuerto a las 00:10 h con el tiempo justo de pasar el control de seguridad y el aduanero. Para dificultar el reconocimiento de las cámaras de seguridad, el recorrido por la terminal lo hicieron separados y con la cabeza agachada. De momento habían tenido suerte, de haberse descubierto

el cadáver de Sainz de Rozas el aeropuerto estaría atestado de policías, y solo se habían cruzado con uno. Accedieron al avión, un Airbus 340-600. No se extrañaron del precio de los billetes, puesto que el falsificador les había reservado dos asientos en fila veintiuno, junto a una de las puertas de emergencia, y, por tanto, más amplias. Se saludaron como dos desconocidos y depositaron las mochilas en el compartimento superior, tras lo cual se sentaron y se abrocharon los cinturones de seguridad. El avión despegó puntual. Les quedaban más de nueve horas de vuelo y no habían cenado, pero ninguno de los dos agentes tenía hambre, consecuencia del nudo en el estómago que ambos padecían. Una vez alcanzada la altura de crucero, bien por el cambio de presión o por la tensión de las últimas horas, el sueño comenzó a apoderarse de ambos, reclinaron sus asientos y se durmieron.

Capítulo 13: La pista norteamericana

Día 10. 26 de diciembre. Miami, Florida.

A Miguel le despertó el ruido del carrito que movían dos auxiliares de vuelo por el estrecho pasillo. Miró su reloj, todavía con el horario de España; había dormido más de ocho horas y tenía apetito. Colocó su asiento en posición vertical y, con disimulo, le dio un ligero codazo a Carlos. Este se despertó.

—Buenos días, acabo de despertarme y parece que están sirviendo el desayuno —dijo Miguel.

—Buenos días —balbuceó Carlos—. Aprovecharé para comer algo. ¿Y tú?

—También.

Pidieron dos desayunos; Carlos, un café con leche, tostadas con mantequilla y mermelada de fresa, un zumo embotellado de pera y un minibocadillo de salami; Miguel, lo mismo, salvo el café con leche, en su lugar se decantó por un café solo con hielo. Pagaron por separado y comieron con avidez para satisfacer la demanda de sus estómagos.

El comandante de la aeronave comunicó que estaban iniciando la maniobra de aproximación al aeropuerto Internacional de Miami, donde la temperatura era de 25 ºC y el cielo estaba parcialmente nublado.

Aterrizaron puntuales, a las 04:10 h. Los dos agentes ajustaron sus relojes al horario local. Como siempre, la mayoría de los pasajeros hicieron caso omiso a las indicaciones de seguridad y se levantaron de sus asientos antes de que el avión se detuviese. Carlos, cuyo asiento estaba junto al pasillo, recogió su mochila del compartimento superior y se unió a la improvisada cola de pasajeros; Miguel lo hizo poco después, cuando se abrió la puerta delantera del avión y comenzaron a salir los primeros pasajeros.

Fueron a una oficina de cambio de divisas, primero Carlos, después Miguel. Los dos cambiaron los cinco mil euros que cada uno llevaba en la mochila por dólares, asegurándose de disponer de billetes pequeños, aunque la mayoría, por razones de espacio, fuesen de cien dólares. De la misma forma que en el aeropuerto de Madrid, fueron hasta el control de inmigración por separado, evitando, en la medida de lo posible, que las cámaras obtuviesen imágenes completas de sus caras. Carlos llegó antes y le entregó el

pasaporte a una funcionaria de apariencia hispana, esta lo examinó y escrutó al agente español.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a los Estados Unidos? —le preguntó en español con acento mexicano.

—Turismo. No conozco Florida y he aprovechado las festividades navideñas para visitarla.

Tras una comprobación de rutina en el ordenador para descartar que Julián Rodríguez Mengol estuviese en la lista de criminales y supuestos terroristas, la funcionaria selló el pasaporte.

—¿Algo que declarar?

—No.

—Disfrute de su estancia, señor Rodríguez —le dijo la empleada entregándole el pasaporte.

Carlos se sintió aliviado cuando pasó junto a un par de agentes con dos perros policía. Aparte de los cinco mil dólares que contenía la maleta, llevaba treinta y cinco mil euros más pegados con cinta adhesiva a su cuerpo. «Los perros solo deben estar adiestrados para detectar drogas y armas», pensó.

Miguel también pasó el control aduanero sin problemas y se encontró con su compañero en la zona de tiendas y restauración. Entraron en el primer baño que localizaron, y después en los cubículos reservados para los inodoros, Carlos en uno, Miguel en otro. Echaron el pestillo, se quitaron la ropa y despegaron la cinta aislante utilizada para llevar adheridos a sus cuerpos los fajos de billetes, cuarenta mil euros en total que, sumados a los cinco mil que cada uno había cambiado por dólares, sumaban la cantidad máxima que habían podido sacar entre Moscú y Madrid sin que saltasen las alarmas de la sección financiera del CNI.

—Será mejor que compremos ropa de verano. Luego nos vemos en el Burger King —susurró Carlos mirando a su derecha, donde a unos doscientos metros había un rótulo luminoso de la famosa cadena de comida rápida.

Entraron en una tienda, compraron un par de camisas blancas de manga corta, unos pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. Pagaron en efectivo y volvieron a entrar en el baño de caballeros, donde se cambiaron de ropa y de calzado. Después, Carlos compró un ordenador portátil a mitad de precio que en España; en concreto, un MacBook Pro, lo introdujo en la mochila y se encaminó hacia el Burger King, donde sentado a una mesa estaba Miguel, consumiendo un refresco y un donut. Él se aproximó a la barra, que a esas horas estaba prácticamente vacía. Pidió un helado de chocolate y un café, pagó y se sentó dos mesas a la izquierda de donde se

hallaba Miguel. Se comió el helado y dejó la mitad del café, abundante pero demasiado aguado para el gusto español.

Los dos se levantaron y se dirigieron a la salida. Nadie parecía vigilarlos, pero, sin duda, ya se habría emitido una orden de detención internacional, por lo que tenían que extremar las precauciones. Aunque lo que más les inquietaba no era la policía o el FBI, si no los que les habían seguido desde el Líbano, distintas personas, pero con el mismo objetivo: matarlos en cuanto tuviesen ocasión de hacerlo. No podían alquilar un automóvil, porque los nombres de sus permisos de conducción no coincidían con los de los pasaportes. En la calle, la fila de taxis era considerable. Anduvieron hasta el primero de la cola, un Ford Crown Victoria amarillo.

—Buenos días —saludó Carlos al taxista, un hombre caucásico joven, de unos treinta y cinco años, obeso y sudoroso. Vestía una camisa blanca de talla XXXL y unos pantalones cortos a punto de reventar por el volumen de sus piernas.

No sin cierta dificultad, el taxista salió del vehículo, abrió el maletero y metió las dos mochilas. Los tres se subieron al taxi.

—¿Por negocios o por placer? —preguntó el taxista—. Mi nombre es Robert. ¿A dónde les llevo?

—De turismo, pero solo unos días. Al paseo marítimo de South Beach, por favor —contestó Miguel.

—¿No prefieren ir directamente al hotel? Si no lo tienen les puedo recomendar uno barato y limpio en Miami.

Los agentes imaginaron a qué se refería con «barato y limpio»: un antro de algún conocido al que, a cambio de una comisión, llevaba a los incautos turistas sin reserva en un hotel.

—Se lo agradecemos, Robert, pero ya tenemos hotel —apuntó Miguel—. Es que nos gusta disfrutar del amanecer en la playa.

—Como prefieran. Les dejaré cerca de un restaurante que abre temprano, en el mismo paseo marítimo, por si tienen apetito.

—Gracias —intervino Carlos, convencido de que el taxista conocía perfectamente el horario de apertura y cierre de todos los establecimientos de comida rápida y grasienta desde el aeropuerto hasta Miami.

Dado el escaso tráfico de la autopista, llegaron a South Beach antes de lo previsto, a las seis y diez. No había amanecido, pero el horizonte comenzaba a clarear.

—Son treinta y siete dólares con cincuenta, pero se lo dejo por treinta y siete.

En efecto, el taxímetro marcaba lo que les acababa de decir Robert. Miguel sacó dos billetes de veinte dólares y le dijo al taxista que se quedase con el cambio.

—Gracias. Espero que disfruten de su estancia en Florida —les deseó, y se giró para ofrecerle una tarjeta a Miguel, quien pensó que sería la tarjeta del taxista con su número de teléfono, pero no, se trataba de una entrada para un club de estriptis que, por educación, Miguel aceptó.

Salieron del taxi, recogieron las dos mochilas que les tendió Robert y, tras despedirse del taxista, buscaron un banco cerca de la playa y se sentaron mirando el mar, de espaldas a los pintorescos carteles de neón, una de las atracciones de South Beach que la mayoría de turistas inmortalizaba en sus fotografías y videos.

Carlos sacó el Nokia, entonces se percató de que no lo había apagado durante el vuelo. Tenía un mensaje de texto de Marisa:

> «Estoy con Sonia y Miguelín. Ya nos hemos instalado en la casa de San Rafael y hace un frío que pela. He encendido unos troncos en la chimenea, porque no sé cómo arrancar la calefacción.
>
> La habéis liado buena. Aún no hay un comunicado oficial, pero la prensa ya está en la central del CNI, lo estoy viendo en la televisión. De momento no quiero saber nada de ti. Por favor, no me llames, necesito tiempo para pensar en lo nuestro».

Miguel, que había notado el cambio de rictus de Carlos, le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Están bien Sonia y mi hijo?

—Eso creo. Marisa me ha mandado este mensaje —Carlos se lo mostró.

—¡Joder! Seguro que Sonia piensa lo mismo —aseguró alicaído Miguel.

—¿No te estarás arrepintiendo?

—No sé, Carlos… Es un asunto muy grave. Pueden morir miles de personas y…

—Millones, incluidas tu familia y la mía —replicó Carlos.

—Vale, millones, incluidas nuestras familias. Pero ¿qué probabilidades tenemos de impedirlo? ¿Por qué no se lo pasamos a la CIA o al FBI? Ya lo hemos hablado, pero sigo pensando que solos no podremos con esto.

—Yo no descarto recurrir a las agencias estadounidenses, pero tengo un presentimiento. Creo que de momento es mejor seguir solos.

—Tú y tus presentimientos —se lamentó Miguel.

—¿Acaso me he equivocado una sola vez en mi vida?

—No —respondió Miguel mientras frotaba con las manos sus muslos—. Júrame que llegado el momento pediremos ayuda.

—Está bien, te lo juro. Deberíamos irnos ya. Nos quedan más de cuatro horas hasta Tampa.

Podían haber tomado un vuelo a Tampa en el mismo aeropuerto y llegar en menos de una hora, pero les sobraba el tiempo y, sobre todo, era mucho más sensato hacer el trayecto en coche. Pararon un taxi y se subieron en la parte trasera. Entre ellos y el taxista había una mampara para evitar los atracos. Cuando le dijeron que les llevase a Tampa, el taxista, que debía estar acabando su turno de noche, cambió el rictus serio por una sonrisa; iba a ganar más esa mañana que en los siguientes días.

—¿Les apetece algo de música para amenizar el viaje? —sugirió el conductor nada más poner rumbo a Tampa.

—Por qué no —admitió Carlos.

—¿Alguna preferencia?

—¿Tiene música cubana?

—Por supuesto, en Miami la comunidad cubana es muy numerosa. Mi cuñado es cubano. Buena gente. ¿Son cubanos?

—Solo de ascendencia —apuntó Carlos, que ya había imprimido el acento de la isla caribeña en su inglés desde el inicio de la conversación.

—Si quieren pueden hablarme en español, lo comprendo bastante bien.

Los dos agentes se miraron, sabedores de que ya no podrían comentar los aspectos de la operación en presencia del taxista. Tendrían que hablar de temas banales durante las cuatro horas que duraba el viaje, y además con acento cubano. Al menos confiaban en que el taxista no reparase en su forzada entonación.

—¿Puede parar en el primer Walmart que encuentre abierto?

—En la autopista NI-75 no hay ningún supermercado Walmart, pero puedo poner el buscador en el navegador del taxi y desviarme en la salida más cercana a Tampa donde haya uno.

—Perfecto. Ya nos avisará.

El viaje se le hizo largo, muy largo. Ya habían agotado los temas de conversación cuando el taxista les indicó que iba a tomar una salida en Bradenton, cerca de Tampa, donde había un supermercado Walmart.

El vehículo se detuvo en el amplio aparcamiento, cerca de la puerta. Cogieron un carrito y entraron en la tienda. Metieron en el carrito una botella de agua y unas patatas fritas; también un par de gafas de sol y dos sombreros Panamá, para protegerse del sol, pero sobre todo de las cámaras de vigilancia.

Asimismo, adquirieron una bolsa de mano deportiva de grandes dimensiones, una cámara fotográfica réflex, una pequeña libreta y un bolígrafo; tras ello, se dirigieron a la sección de armas. Aunque con menos oferta de la esperada, esta incluía desde pequeñas pistolas a rifles con mira telescópica, así como el fusil de asalto AR-15, el más vendido en los Estados Unidos, una versión civil de un arma militar responsable de las mayores masacres en el país. Se acercaron al amplio mostrador, donde dos clientes estaban siendo atendidos.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó un hombre robusto de unos cincuenta años.

—Menudo arsenal —respondió con su mejor sonrisa Miguel—. Somos unos amantes de las armas de fuego, por seguridad… ya me entiende —dijo guiñándole un ojo al hombretón—, pero también porque me gusta hacer prácticas de tiro y cazar.

El agente, tratando de ganarse la confianza del vendedor, hizo una descripción muy detallada de las armas que conocía.

—Queremos dos pistolas Glock G19 con dos cajas de munición de 9 mm, un rifle Merkel Helix calibre 338, con visor y silenciador, además de una caja de munición para este.

—Excelente elección. ¿Me permiten sus documentos?

Tanto Miguel como Carlos pusieron sobre el mostrador sus pasaportes. Conocedores de que solo se podían vender armas a los ciudadanos norteamericanos, se la jugaban a una carta.

—Lo siento mucho, pero la normativa sobre venta de armas solo nos autoriza la venta a ciudadanos con residencia en los Estados Unidos.

Carlos sopesó la posibilidad de comprar las armas en el mercado negro, pero era peligroso y arriesgado, porque podrían haberse utilizado en algún crimen.

Ya se daban la vuelta cuando el dependiente llamó su atención y les hizo un gesto para que se acercasen. Lo hicieron. El empleado reclinó su cuerpo sobre el mostrador y comenzó a hablar en voz baja.

—Conozco a un tipo… un auténtico coleccionista de armas y un amigo. No suele vender armas, pero lo puedo llamar e igual hace una excepción.

—¿Están limpias? —susurró Carlos.

—Por supuesto —bisbiseó el empleado—. Las compra para su uso personal, creo que algunas ni las ha estrenado. Tiene armas de la guerra civil y es miembro del Club de Tiro de Tampa. Si esperan un momento…

El empleado uso su teléfono móvil. Aunque el tono de voz que utilizaba era bajo, los agentes pudieron seguir la conversación. Parecía haber llegado a

un acuerdo con el coleccionista, se despidió y colgó.

—Todo arreglado —dijo el vendedor mientras escribía en un papel—. Esta es su dirección en Tampa. Se llama John. ¿Entienden mi letra?

—Sí —afirmó Miguel tras echar un vistazo al papel.

—Acudan antes de una hora. Se ha comprometido a venderles el rifle; en cuanto a las pistolas, no puede asegurar que disponga de dos del modelo que quieren.

Se despidieron del empleado, pagaron en caja el contenido del carro, salieron de la tienda y, con las bolsas de papel en la mano se subieron al taxi.

—¿Ha ido bien la compra? —preguntó el taxista girándose hacia ellos.

—Perfectamente —afirmó Miguel—. Llévenos a esta dirección.

El taxista introdujo la dirección de la nota que le entregó Miguel en el GPS y se la devolvió. Llegaron a su destino antes de media hora.

—Son mil doscientos treinta dólares. Mil doscientos para redondear.

Carlos contó el dinero y le entregó un fajo de billetes, sin propina. Con el coste de las armas, los diez mil dólares con los que habían empezado su aventura americana se reducirían de forma considerable.

El taxi abandonó el lugar. La casa era uno de los muchos chalés que, de forma ordenada, flanqueaban ambos lados de la calle. Al del coleccionista, de madera pintada en blanco y dos plantas, se accedía por un corto sendero rodeado de césped bien cuidado y sin vallas que lo separasen de las propiedades aledañas. Una bandera de los Estados Unidos flanqueaba la corta escalera de tres peldaños que finalizaba en un porche. A la derecha de este, una tumbona invitaba a sentarse; a la izquierda, una mesa de hierro rodeada de cuatro sillas de madera pintadas de verde; en frente, la puerta. Carlos presionó el timbre y ambos escucharon unos pasos, cada vez más cercanos. Un hombre de unos sesenta años, alto y corpulento, abrió la puerta y la contrapuerta mosquitera. Con la luz solar pudieron ver que el hombre vestía una camisa de cuadros y unos pantalones vaqueros ajustados por un cinturón con la hebilla en forma de águila. Calzaba unas botas altas de piel de cocodrilo. A falta del sombrero, parecía un *cowboy* salido de una película; eso sí, orondo y blanco como la leche.

—¿John? —preguntó Miguel.

—Así me bautizaron. ¿Son los dos españoles del Walmart? Me ha dicho Steven que son unos amantes de las armas.

—Le ha informado bien —intervino Carlos.

—Pasen, por favor. Disculpen el desorden, pero desde que falleció Helen, que Dios la tenga en su gloria… pues que no es que se me dé muy bien la

limpieza y el orden —se excusó sonriendo por primera vez.

Desde la entrada se accedía directamente al salón, muy luminoso, gracias a los enormes ventanales de las paredes y no tan desordenado como había dicho John. Un par de sofás de piel con capacidad para seis personas presidían la estancia; delante, una mesa baja de madera oscura, sobre la que había una botella de cerveza que John se apresuró a recoger para tirarla en una papelera, y que, por el ruido que se escuchó, contenía más botellas.

—Soy Jorge Aparicio —se presentó Miguel ofreciéndole la mano a John, quien se la estrecho.

—Y yo Julián Rodríguez —dijo Carlos, que también estrechó la mano del hombretón.

—¿Quieren tomar algo fresco, una cerveza, un *whisky*? ¿O son de zumos y refrescos? —preguntó John con cierta sorna.

—Gracias, pero tenemos algo de prisa —le apremió Miguel—. ¿Podemos tutearnos, John?

—Pues claro que sí, aunque mi memoria comienza a fallar. Jorge y Juan, ¿no?

—Julián —le corrigió Carlos.

—Julián, Jorge, acompañadme a mi «refugio».

Los dos siguieron a John. Este abrió una puerta que daba a una escalera descendente de madera, encendió la luz y comenzó a bajar con dificultad por la angosta escalera, con Carlos y Miguel detrás, haciendo crujir los escalones. Lo que encontraron les dejó boquiabiertos. Ordenadas por antigüedad y calibre, en vitrinas que cubrían las paredes, pero también en expositores acristalados, las armas: pistolas, revólveres, escopetas, rifles, ametralladoras; granadas de mano, lanzagranadas, morteros, e incluso un antiguo cañón; lucían resplandecientes, como si de un museo se tratara.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo John orgulloso—. El trabajo de toda una vida, mi pasatiempo. Todo el armamento es legal, guardo las facturas de compra y las licencias en un archivador. Pero no os entretengo más. Por lo visto, buscáis dos Glock 19 y un rifle Merkel Helix calibre 338, con visor y silenciador, así como munición. Tengo las dos pistolas, una de exposición y otra que a veces me acompaña al campo de tiro. También el Merkel Helix, la mirilla telescópica y el silenciador, aunque el calibre es 308 no 338.

—Nos sirve —apuntó Carlos.

—¿Cuántas cajas de munición necesitáis? Porque de eso voy justo.

—Nos bastaría con un par de cajas para las pistolas y otra para el rifle —continuó Carlos.

—Un momento, voy a ver lo que tengo. —John se dirigió a un armario de la pared, abrió la doble puerta y cogió tres pequeñas cajas—. Las tengo. Ahora hablemos de dinero y del motivo de vuestro interés en comprar estas armas —afirmó, dejando las cajas de munición sobre una mesa que hacía las veces de barra y mostrador.

—Como tú, somos aficionados al tiro y la caza —intervino Miguel—, pero no te vamos a mentir. El rifle es para cazar ciervos, las pistolas para defensa personal. No es la primera vez que estamos en los Estados Unidos y, en alguna ocasión hemos sido atracados.

El anciano sopesó la respuesta de Miguel unos segundos y soltó una sonora carcajada.

—Sois hispanos, pero europeos y blancos. Os comprendo. Hay mucha chusma por las calles: negratas, latinos… Joder, que tenéis derecho a defenderos de toda esa gentuza. Yo siempre voy armado —añadió mostrando la funda sobaquera con un revólver.

Si albergaban alguna duda sobre los ideales de John, este acababa de despejarlas. Era un racista, un supremacista blanco. «Seguro que el cañón es de los confederados», pensó Carlos.

—¿Cuánto cuesta todo? ¿Podrías añadir dos fundas sobaqueras?

—Fundas no tengo, pero creo que eso no está sometido a la ley de armas. Podéis comprarlas en muchos comercios. En total… cinco mil dólares y os regalo la munición.

Los agentes reunieron el dinero y se lo entregaron a John. Cuando Miguel fue a coger el rifle, la mano del anciano se lo impidió, y, con rostro serio preguntó:

—Ahora quiero que me contéis la verdad. No quisiera ser cómplice de una organización criminal.

Carlos tuvo que pensar raudo en una respuesta convincente, antes de que Miguel atacase e inmovilizase al anciano.

—Tengo familia originaria de Cuba —comenzó a relatar—. Uno de los hermanos de mi abuelo, Santiago, emigró a Cuba con su familia en 1959. Fundó un próspero negocio de importación y exportación. Antes de que Castro tomase La Habana por la fuerza, huyó a Miami con parte de la comunidad de ascendencia española que tenía negocios en Cuba. Tuvo suerte, salvó su vida, y con su mujer y sus hijos comenzó una nueva vida aquí. Obtuvo la nacionalidad norteamericana y ayudó a financiar el desastre de Bahía Cochinos. Uno de sus hijos murió en el desembarco. Siempre pensó

que este país podía haber hecho mucho más para liberar Cuba de la tiranía comunista.

—Mi tío abuelo está muy enfermo —continuó Carlos—. Cáncer de colon en fase cuatro con metástasis en el hígado. Quería verlo antes de… —Una lágrima forzada rodó por su mejilla—. El caso es que yo quería estar con él y Jorge conocer Florida y cazar ciervos o venados. El rifle es para él —giró la cabeza hacia su compañero—. Pasamos unos días en Miami, adonde volveremos cuando Miguel satisfaga su instinto cazador.

Carlos se encomió a todos los santos que recordaba para que John no les pidiese el pasaporte, sellado ese mismo día.

John posó su mano sobre el hombro de Carlos antes de hablar.

—Acepta mis disculpas. Un cubano anticastrista es un patriota. Lamento lo de tu tío abuelo y la heroica muerte de su hijo. Yo también creo que Estados Unidos debería haber intervenido militarmente en Cuba, pero el marica de Kennedy prefirió pactar con los rusos. No me extraña que le volasen la cabeza en Houston.

—Gracias —dijo un afligido Carlos en una interpretación que sorprendió al propio Miguel, quien comprobó el armamento y lo introdujo en la bolsa de mano que habían comprado en Walmart. Después, le pidió a John que solicitase un taxi.

—¿Y cómo es que no habéis alquilado un automóvil?

—Porque la familia de Jorge nos ha llevado de un sitio a otro —contestó Miguel—. Además, ayer salimos de fiesta hasta esta madrugada, creo que nos llevaron a todos los clubes de Miami y no nos encontramos en disposición de conducir. —El español se llevó el dedo pulgar a la boca, emulando que bebía.

Se despidieron del anciano supremacista y esperaron el taxi fuera de la casa.

—¿Has pensado en dedicarte al cine o al teatro? Creo que te iría bien —musitó Miguel.

—Qué gracioso —respondió Carlos—. Mira, ya llega el taxi.

Se subieron al automóvil y, antes de llegar al CDC, le pidieron al taxista que se detuviese frente a una oficina bancaria y les esperase. Entraron en la entidad financiera ataviados con los sombreros, sacaron cinco mil euros y los cambiaron por dólares, primero Carlos, cinco minutos más tarde Miguel. Salieron por separado y subieron de nuevo al taxi. A las 10:47 h llegaron al CDC de Tampa, un edificio más pequeño que el que dedujeron de las fotografías, con fachada de ladrillo gris claro y dos plantas. Carlos entró, Miguel fue a hacer una inspección ocular del laboratorio donde un año antes

el antiguo director había substraído uno o varios viales de la variante hemorrágica de la viruela. Se trataba de un pequeño edificio de una sola planta que aparentaba abandono. Intentó mirar por una de las ventanas enrejadas, pero las contraventanas se lo impidieron.

—Buenos días. Soy Julián Rodríguez y tengo una entrevista con el director, Michael Davis —se presentó Carlos a la secretaria, una mujer madura, de unos cincuenta años, negra y con el pelo ensortijado.

La mujer tecleó en el ordenador antes de contestar.

—Buenos días, señor Rodrigues.

—Rodríguez —la corrigió Carlos.

—No aparece en la lista de visitas. Espere sentado un momento mientras consulto con el director.

Carlos, desde su asiento, observó como la secretaria descolgaba el teléfono e iniciaba una conversación al tiempo que le miraba.

—Tendrá que esperar un poco, el director está ocupado.

Carlos se levantó, pasó frente al escritorio de la secretaria y enfiló un largo pasillo haciendo oídos sordos a la mujer negra que le increpaba de pie, tras el mostrador. Llegó hasta una puerta con un cartel serigrafiado con la palabra director y, debajo, un pequeño rótulo pegado con el nombre de Michael Davis. Golpeó con sus nudillos un par de veces en la puerta sin obtener respuesta; entonces, agarró el pomo, lo giró y la abrió un poco hacia dentro, lo suficiente como para ver que no había nadie tras la mesa de madera repleta de carpetas. Estaba a punto de darse la vuelta cuando escuchó amartillar un arma, justo detrás de la puerta. Con un rápido movimiento utilizó la puerta como arma arrojadiza. Con toda la fuerza que pudo la abrió hasta sentir un quejido ahogado de quien recibió el brusco impacto, así como el sonido metálico del arma al caer al suelo cerámico. Tras la puerta se escondía un hombre al que inmovilizó usando sus brazos como cepos en el cuello del sujeto.

—Por favor, no me mate. Tengo mujer e hijos —le imploró, mientras un charco de orina se comenzaba a formar alrededor de sus zapatos de piel negra.

—¿Es Michael Davis?

—Sí. Le daré lo que quiera, pero no me mate —contestó con dificultad por la opresión en su garganta.

El hombre estaba aterrado. Carlos aflojó la presión que ejercía sobre el cuello y con el pie alejó el revólver, que fue a parar debajo de un archivador. Lo soltó, se colocó frente al director, cerró la puerta y se situó cara a cara con Davis.

—Soy Rodríguez, el periodista del Miami Herald con el que habló por teléfono. ¿A qué viene tanto miedo? Solo se trata de una entrevista.

—Pensaba que era uno de ellos —contestó Davis con los ojos desorbitados.

—Creo que será mejor que nos sentemos. No voy armado. —Carlos giró sobre sí mismo y se remangó las perneras del pantalón para demostrar que no llevaba ningún arma. Ambos se sentaron, el director tras su escritorio, Carlos enfrente.

Alguien llamó a la puerta y abrió. Era la secretaria.

—Lo siento, señor Davis, no he podido evitarlo. ¿Quiere que llame a la policía?

—No, Joselyn. Olvidé decirle que tenía una entrevista con el señor Rodríguez y un compañero suyo.

—Aparicio, Jorge Aparicio. Debe estar a punto de llegar —añadió Carlos, girándose hacia la secretaria—. Por cierto, admita mis disculpas. Tengo el defecto de la impaciencia.

—Puede volver a su puesto, Joselyn. Indíquele al señor Aparicio el camino hasta mi despacho cuando llegue —le pidió el director.

La secretaria cerró la puerta.

—¿Me puede decir quiénes son «ellos»?

—No fui muy sincero cuando hablé con usted por teléfono. Aunque Anthony dejó el puesto de director, seguí en contacto con él por teléfono, incluso nos llegamos a ver un día en su barco, una pequeña embarcación de diez metros de eslora que había convertido en su vivienda. Navegamos por la bahía y me confesó que sentía miedo. Me contó que había recibido varias llamadas de un número oculto que no atendió; que días más tarde lo volvieron a llamar, pero esta vez desde un número telefónico con el prefijo de Nueva York. Descolgó y habló con un hombre de avanzada edad que no se identificó. Le dijo que estaba interesado en comprar los viales de viruela. Anthony le aseguró que no los tenía, que se los habían llevado los especialistas del CDC. Por lo que me contó, el anciano insistió, llegándole a ofrecer un millón de dólares. Anthony le colgó, pero lo volvió a llamar con un tono amenazante. Al día siguiente, la guardia costera encontró su barco a la deriva, sin nadie dentro…

—Lo sabemos —mintió Carlos—. Pero continúe, por favor.

—Rastrearon la zona ante la extraña desaparición, tras contrastar que ninguno de los familiares o amigos tenía noticias de su paradero. Unos días

más tarde, un pescador encontró la mitad de una mano en sus redes de pesca. Salió en la prensa, incluida la foto de lo que quedaba de la mano.

Davis extrajo un portafolio de unos de los cajones de su escritorio y le mostró a Carlos una fotografía recortada de algún periódico. En ella se podían apreciar los restos de una mano en avanzado estado de descomposición.

—Esa mano era de Anthony —continuó Davis.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Fíjese bien. En la palma de la mano, muy cerca del inicio del dedo pulgar, hay una herida suturada con puntos. Fui yo quien le hizo esa cura cuando se cortó en el barco mientras preparaba cebo. Como buen médico, Anthony disponía de todo lo necesario en un maletín, desde agujas e hilo de sutura hasta antibióticos. Los dedos se los debieron cortar para evitar la identificación de las huellas dactilares.

—¿Y no se lo comunicó al comisario encargado del caso? —preguntó Carlos, al tiempo que Miguel se incorporaba a la reunión.

Carlos tomó notas en la libreta, más por aparentar ser un periodista que por necesidad, puesto que su prodigiosa memoria fotográfica lo hacía innecesario.

—Parece un trozo de mano —intervino Miguel.

—Así es… Jorge. Y según Davis, del anterior director —le informó Carlos—. ¿Por dónde íbamos?… Ah, sí. Por su silencio.

—Nunca me confirmó que hubiese robado los viales —dijo Davis—, hasta que llegó esta carta.

El director del CDC extrajo una carta del portafolio.

—La recibí el mismo día que se publicó la aparición de la mano —continuó Davis, que le tendió la carta a Carlos—. Lo asesinaron.

Carlos leyó la carta en voz alta:

«Hola Michael.

Te escribo esta carta hoy porque no he tenido el valor de contártelo cara a cara.

Aunque lo sospechabas y no te lo dije, me apropié de uno de los viales de viruela del almacén. Aún no me explico por qué lo hice. Espero que algún día me puedas perdonar. Pensé en eliminarlo, sobre todo después de la llamada que recibí, pero esa voz era tan intimidatoria; incluso sabía el nombre de mi ex. Conocían mi número de teléfono y darían conmigo, así que acepté la oferta. Sé que no debí hacerlo, que tenía que haberme volado la cabeza de un tiro, pero soy

un cobarde y temía por mi vida. He quedado con él, o ellos, esta noche, en el muelle de Tampa.

Haz lo que debas hacer, lo dejo en tus manos, amigo. Te dejo escrito el teléfono de Nueva York desde el que me llamó el anciano».

Carlos tomó notas en su libreta y continuó leyendo:

«Espero que reúnas el valor para facilitarle toda la información a la policía. Puede que acabe con mis huesos en la cárcel, pero no me da buena espina todo esto y, sobre todo, no quiero que el virus acabe en las manos equivocadas».

—Eso es todo lo que sé —sentenció Davis.

—¿Y por qué no hizo lo que le pedía su amigo? ¿Cómo es que no se puso en contacto con la policía? —preguntó Miguel.

Davis agachó la cabeza, la levantó y miró al techo antes de fijar su mirada en Miguel.

—Yo soy cómplice del robo del virus desde el momento en que me lo confesó Anthony, incluso puede que antes. Aun así, me disponía a denunciarlo, pero entonces vi en la televisión lo del barco y pensé que ya era tarde. Tengo familia, señor… Aparicio. Luego me llamaron y pensé que podía ser mi oportunidad para librarme de la cárcel, quedar como un buen ciudadano e incluso recibir alguna oferta por contar la historia. Más tarde caí en la cuenta de que podía ser una encerrona de quien hubiera matado a Anthony. Que igual lo habían torturado y les había dado mi nombre, que ustedes podían ser los mismos que mataron a mi amigo. Tuve un ataque de pánico, cogí el revólver de casa y lo traje al despacho, esperando su visita.

Miguel y Carlos cruzaron sus miradas, en silencio. Los dos sabían que, de haber confesado todo el antiguo director, Davis ya habría muerto. Y lo mejor, tenían un número de teléfono que podía no llevarles a ningún lado o, por el contrario, convertirse en un hilo del que tirar.

—¡Esto es una auténtica bomba editorial! —afirmó Carlos con euforia—. Ya me imagino el titular de la portada del periódico: «La viruela robada en el CDC de Tampa acaba en manos de un desconocido dispuesto a todo».

Miguel tomó unas fotografías de Davis en el despacho y del interior del edificio antes de que el director les acompañase hasta la entrada.

—¿Puedo hacer unas fotografías del lugar donde se robó el virus? —preguntó el agente.

—Imposible —contestó con rotundidad Davis—. No está autorizada la entrada al laboratorio si no es por una causa de fuerza mayor.

Miguel asintió y guardó la cámara en su funda.

—¿Cuándo lo publicarán?

—Amigo —intervino Carlos—, ahora nos toca hacer una labor de investigación que puede llevarnos tiempo. Debemos intentar averiguar quién está detrás del asesinato de Anthony Mancuso y confirmar que tiene en su poder el virus.

—Pensaba que eso lo haría la policía —afirmó Davis.

Carlos soltó una sonora carcajada que desconcertó al director del CDC.

—Si cada caso se dejase en manos de la policía nos quedaríamos sin trabajo —repuso el agente—. Además, antes de publicarlo tiene que recibir el visto bueno del redactor. Ni siquiera sabemos a qué periódico o cadena de televisión lo enviaremos. Creo que esta noticia merece un alcance nacional. Si es imprescindible, contactaremos con la policía, o mejor aún, con el FBI. Tenemos contactos en la agencia. ¿Podría pedirnos un taxi?

—Por supuesto —afirmó el director del CDC antes de despedirse estrechando las manos de los agentes.

Una vez solos, esperando el taxi, Miguel preguntó algo que estaba cavilando desde hacía rato:

—¿Por qué sigue vivo Davis?

—Nos ha mentido, al menos en parte —contestó Carlos—. Opino que la versión buena está más cerca de lo que nos contó por teléfono en Moscú.

—Pero se vieron y estuvieron navegando juntos. Si estaban siguiendo a Mancuso habrían sido testigos de su encuentro —replicó Miguel.

—Puede que no llegasen a verse.

—Entonces, ¿cómo sabía lo de la herida?

Carlos ya no escuchaba, en unos segundos había llegado a una conclusión. Volvió a entrar en el CDC y se acercó al mostrador.

—Hola de nuevo, Joselyn. ¿Recibió en algún momento el señor Davis la visita del anterior director del CDC?

—Sí, se presentó sin avisar un día, hace meses, y se dirigió directamente al despacho del director. Creo que fue un viernes, porque los viernes por la tarde mi exmarido viene a buscar a mi hija para llevársela el fin de semana, y eso que le tengo dicho que lo haga en mi casa, pero siempre se presenta aquí. Así que, con tal de que no montar una escena, me traigo a Martha y…

—Disculpe —la interrumpió Carlos—, ¿cómo sabía que se trataba de Anthony Mancuso? ¿Lo llegó a conocer en persona antes de esa visita?

—No. —Joselyn señaló con su mirada hacia una pared que tenía enfrente —. Las fotografías de los antiguos directores de este CDC están enmarcadas en la pared por orden cronológico. Las veo cada día y ya las he memorizado.

—¿Notó algo raro en Davis?

La secretaria, con la mirada perdida, pensó unos segundos antes de contestar.

—Ahora que lo dice… llevaba vendada una mano, la izquierda. Me llamó la atención por lo aparatoso del vendaje.

—Y cuando salió del despacho, ¿aún llevaba el vendaje?

—No sabría qué decirle.

—Hay cámaras de seguridad, podría comprobarlo —insistió Carlos.

—Lo lamento mucho, pero las grabaciones las tiene la empresa de seguridad que las instaló. Puede pedírselo al director, él las solicita y se las envían. ¿Desea que lo llame?

—No. Se lo agradezco, pero no es importante. Una cosa más. ¿Duró mucho la visita de Mancuso?

—No lo creo, eso sí que se lo puedo confirmar. Los viernes por la tarde el director tiene la agenda muy apretada por el descanso del fin de semana. Además, se reúne con el equipo del CDC para repasar los casos de la semana y ultimar los detalles del trabajo pendiente. No debió estar con el antiguo director más de diez minutos.

—Gracias. Que pase un buen día —le deseó Carlos antes de salir a la calle, donde lo esperaba Miguel, sentado en la parte trasera de un taxi.

—¿Alguna novedad? —preguntó Miguel frunciendo el ceño.

—Como te dije antes, nos ha mentido —le susurró al oído Carlos, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Y la carta? —le interpeló Miguel en voz baja.

—Más tarde —contestó Carlos mirando de soslayo al taxista—. ¿Ya le has dicho a donde vamos?

—No, esperaba que me lo dijeses tú.

—¿Tienes hambre?

—Un poco. Me crujen las tripas.

—A Tampa, por favor —le dijo Carlos al taxista—. Pare en un McDonald’s del centro de la ciudad.

El taxi se detuvo frente al conocido establecimiento de restauración presidido por una eme. Era grande, de dos plantas. Entraron con las gafas de sol y los sombreros. Pidieron un par de menús hipercalóricos: dos hamburguesas, Miguel de vacuno, Carlos de pollo; dos cervezas, un par de

ensaladas y dos helados, además de patatas fritas. Buscaron una mesa apartada en la planta baja, lejos de curiosos y se sentaron, pero sin perder de vista la puerta de entrada.

—Fue Mancuso quien se presentó de improviso en el CDC con la mano vendada, con la única finalidad de que Davis le suturase la herida —intervino Carlos—. Solo estuvieron reunidos diez minutos, según me ha confirmado la secretaria. No creo que Davis supiese nada hasta que recibió la carta, ató cabos y dedujo que lo habían matado tras obtener el virus.

—O sea, que no navegaron juntos, pero se vieron —afirmó Miguel—. Si estaban siguiendo a Mancuso también habrían visto a Davis… Un momento. No lo seguían ni contactaron con él cuando visitó a Davis, por eso está vivo. Tampoco recibió ninguna llamada de Mancuso.

—Exacto, es la única explicación posible, cualquier otra implica la muerte de Davis, incluida que fuese el actual director el que facilitase la información a los malos. De ahí su miedo y que me recibiese con un revólver.

—¿Cómo? —preguntó Miguel.

—Antes de que entrases en el despacho, cuando estabas revisando el exterior del laboratorio, Davis, detrás de la puerta, amartilló un arma. Yo lo escuché, lo reduje y lo desarmé. Logré convencerle de que éramos periodistas. Por cierto, ¿qué tal la inspección ocular del laboratorio?

—Apenas se veía nada dentro, las contraventanas me lo impedían. Por fuera nadie diría que ese edificio se utilizaba para trabajar con patógenos, pero claro, es muy antiguo.

Carlos asintió, sacó el ordenador portátil de su mochila y lo colocó encima de la mesa. Se disponía a buscar noticias locales sobre la desaparición del Anthony Mancuso cuando Miguel le pidió el viejo Nokia.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó Carlos.

—Necesitamos ayuda. Déjame la libreta y no te preocupes, es seguro.

Miguel marcó uno de los pocos teléfonos del CNI que recordaba. Tras un par de tonos, una voz al otro lado de la línea contestó.

—Está llamando a un teléfono no autorizado. Por favor, cuelgue ahora mismo y no vuelva a llamar.

—Mariano, soy yo.

—¡Joder, Miguel! ¿Por qué me llamas? —susurró Mariano con tono inquieto—. La que habéis liado tú y Carlos. Hay una orden de detención internacional contra vosotros y los agentes del CNI tienen orden de eliminaros. Esta llamada quedará registrada y os localizarán.

—No si tú no quieres —repuso Miguel.

—Dame un buen motivo para borrarla del registro. ¿Qué coño haces en Estados Unidos? —Había localizado el origen de la llamada—. ¿Estás con Carlos?

—Mariano, escucha lo que tengo que decirte, no disponemos de mucho tiempo. Nos enviaron a una misión en la base militar Miguel de Cervantes, en el Líbano. El motivo fue un brote de viruela con una mortalidad del cien por cien, una operación de alto secreto. Éramos cuatro. Ahmed Abdeselam mató a Marcos Moreno y casi acaba con nosotros dos si no es por la astucia de Carlos, que disparó a Sainz de Rozas en defensa propia. Yo fui testigo de ello. Seguimos una pista relacionada con la misión que al final nos condujo hasta él. El director del CNI era un traidor, formaba parte de la conspiración. —Omitió hablarle de la grabación para eludir alargar la conversación.

—Mira, Miguel, confío en ti —musitó Mariano—, pero Carlos… Joder, ese tío estuvo en tratamiento psiquiátrico y…

—Carlos está perfectamente —le interrumpió Miguel—, y sabes como yo que es el mejor agente de campo que ha pasado por el CNI. No puedo darte más datos por tu propia seguridad, y apelo a tu amistad. Necesito que me facilites el teléfono de una agente del FBI.

—Querrás decir de la CIA —le corrigió Mariano.

—No, del FBI. Linda O'Sullivan, de Washington D. C., si no ha cambiado de destino.

Miguel conocía personalmente a Linda de una operación contra el narcotráfico con ramificaciones en Málaga, Tijuana y Miami. Se pondría en contacto con ella llegado el momento, seguramente ese mismo día. No podía estar seguro de su reacción, ni siquiera de si iba a colaborar con dos agentes españoles en busca y captura, pero no le quedaba otra. Recurrir a los agentes del CNI en Estados Unidos era un suicidio. Además, eran los estadounidenses los que podían estar al tanto de Caballo de Troya, como el FSB en Rusia. La CIA y otras agencias de seguridad quedaban descartadas, porque no había llegado al nivel de complicidad que tenía con Linda.

—El teléfono de O'Sullivan está en la agenda de mi teléfono móvil —continuó Miguel—, pero como sabes, me tuve que deshacer de él. Tú deberías tener acceso a mi agenda.

—¿La de tu teléfono? —preguntó el agente de Madrid—. Lo dudo, porque no pudimos rastrear vuestros teléfonos tras el… después de la muerte de Sainz de Rozas. Un momento… Esto es raro, pero el sistema me indica que se intervinieron vuestros teléfonos a partir del veinte de diciembre.

—¿Quién dio la orden?

—¿Sainz de Rozas?

—Menudo hijo de puta —espetó Miguel—. Se hizo con Pegaso, claro. Entonces doy por hecho que descargó toda la información de nuestros teléfonos.

—Así es. Ahora mismo estoy con el tuyo, buscando en la agenda. ¿Cómo has dicho que se llama la agente del FBI?

—O'Sullivan, Linda O'Sullivan.

—Aquí la tengo. Apunta.

Miguel anotó en la pequeña libreta el teléfono de la agente del FBI.

—Otra cosa. Tengo un número de teléfono de Nueva York. ¿Podrías entrar en el servidor de la compañía telefónica y localizar al titular y la dirección del mismo?

Miguel le dijo el número de teléfono que aparecía en la carta de Anthony Mancuso.

—Eso me va a llevar algo de tiempo —calculó Mariano—. ¿Para cuándo lo quieres?

—Para ayer.

—Está bien. No cuelgues.

Miguel tuvo que esperar unos minutos, que aprovechó para dar buena cuenta de la hamburguesa y la ensalada.

—¡¿Miguel?! —escuchó de pronto.

—¿Ya lo tienes?

—Esa línea telefónica fue dada de baja el siete de febrero. Se trataba de un número protegido, oculto para todos menos para la compañía telefónica. Si alguien te lo ha dado es que el titular desbloqueó la función para hacer llamadas.

—Dime que tienes el nombre y la dirección del propietario.

—¿Acaso lo dudas? —contestó Mariano con una risa ahogada—. Toma nota. He intentado localizar otra línea telefónica con el mismo nombre y dirección, en este caso se trata de un teléfono fijo.

Miguel iba anotando toda la información con la mano libre.

—Por cierto, ¿te ves capaz de buscar toda la información posible sobre el sospechoso? —preguntó Miguel.

—¿Eso incluye usar Pegaso o tenéis suficiente con algo menos confidencial?

—Nos interesa conocer detalles de su vida: dónde nació, su edad, qué estudió, si tiene hijos… Lo que puedas conseguir.

—Puede que entonces me vea obligado a utilizar el programa espía del CNI… Si entro con Pegaso a los servidores de la compañía telefónica, y con ello a sus dispositivos conectados a internet, es posible que les salte alguna alarma.

—¿Ha sucedido con anterioridad?

—No que yo sepa.

—Pues entonces lo dejo a tu elección, Mariano.

—Está bien, lo intentaré. ¿Os llamo al número de teléfono desde el que me estás hablando?

—Sí, pero hazlo desde una cabina telefónica o cualquier teléfono público. No utilices tus líneas ni las del CNI.

—Es lo que había pensado.

—Gracias, compañero. Te debo una.

—Eso da igual ahora mismo. Espero no tener que arrepentirme, lo que implica que volveréis con vida y nos veremos las caras. Ahora borraré todo esto del servidor del CNI. Buena suerte.

—Lo mismo te deseo —dijo Miguel, que colgó y dirigió su mirada a Carlos, quien escuchaba las palabras de Miguel, intentando descifrar el contenido de la conversación.

—¿Ha habido suerte? —quiso saber Carlos.

—Mucha —respondió Miguel pensativo—. Tenemos el nombre, la dirección y el teléfono de ese malnacido. También el número de teléfono de mi contacto en el FBI.

—Linda O’Sullivan, del FBI. ¿Estás seguro de que podemos confiar en ella?

—Eso espero, porque es nuestra única posibilidad.

—Entonces contacta primero con ella, mejor desde una cabina telefónica. Le explicas la situación y tanteas su reacción, y, según sea esta, vamos en autobús a Washington para hacerle una visita.

»¿Y el sujeto?

—Aquí lo tienes —dijo Miguel extendiéndole la libreta.

—Es un nombre hispano —remarcó Carlos.

Capítulo 14: El señor Hoffmann

Día 10. 26 de diciembre. Nueva York.

Sabía que había cometido un tremendo error llamando desde su teléfono móvil a Mancuso, el único desde que planificó e inició su ambicioso proyecto. Aunque la probabilidad de que lo localizasen era remota, no era tan estúpido como para desecharla. Golpeó con su vieja mano la mesita que tenía delante, haciendo tambalearse el vaso de cerveza que reposaba en su superficie, junto a una pequeña y clásica lámpara de mesa, con el pie de madera y la tulipa de color marrón claro; la única fuente de luz de su biblioteca a esas horas, sin contar con la procedente de la chimenea de mármol de Carrara, donde unos troncos ardían, otorgando al espacio de lectura un aspecto espectral. Las llamas se reflejaban en las cristaleras de las estanterías de madera que cubrían las cuatro paredes, alguna con incunables de la época en que se inventó la imprenta, e incluso anteriores.

Sacó su reloj de oro de bolsillo, con una cadena del mismo metal que acababa en una pinza prendida en el dobladillo del bolsillo y abrió la tapa. Las manecillas marcaban las doce menos diez de la noche. Hacía años que dormía mal, se acostaba tarde y se despertaba varias veces durante la noche; según su doctor, «cosas de la edad»; según él, las pesadillas que le atormentaban desde aquella fatídica tarde en Hamburgo, cuando solo contaba siete años de edad. El reloj era una herencia de su padre, en el reverso de la tapa estaba la fotografía de su madre, en blanco y negro. Desde aquella maldita tarde, era el único recuerdo que guardaba de ella. Si no fuese por la instantánea no sería capaz de evocar su hermoso rostro, sus ojos almendrados y azules, sus prominentes mejillas, casi siempre rubicundas; sus labios carnosos, pintados de carmesí; su larga melena, rubia y ondulada.

Sí, aquella tarde formaba parte de esos recuerdos que quedan anclados en la memoria, imborrables. Era primavera y salía de la elitista escuela en las afueras de la ciudad, donde unas horas antes había escuchado las alarmas que anunciaban los bombardeos aéreos. El sótano del edificio se había habilitado como improvisado refugio. Allí, junto al resto de alumnos, temblando de miedo y en un silencio únicamente roto por los lejanos estruendos de las

explosiones, él, Andreas Hoffmann, esperaba aterrado el final de las detonaciones.

Buscaba con la mirada a su madre, Anke, quien cada día, sin falta, acudía a recogerlo a la escuela, pero no estaba esperándolo. Cuando la turba de estudiantes ya se había marchado, se quedó solo en el patio, frente al portón de acceso a la escuela. Entonces vio a su padre, que en ese momento salía de la parte trasera del Mercedes-Benz, una vez que Luther, el chofer, le abrió la puerta. Otto, su padre, se quitó el sombrero y se encaminó hacia él. Cuando lo alcanzó se puso en cuclillas, apoyó sus corpulentas manos sobre sus pequeños hombros y agachó la cabeza, la alzó y pudo ver los ojos turquesa de su progenitor; habían perdido su perenne luminosidad, un velo vidrioso los cubría.

—Hijo, tienes que ser fuerte… Tenemos que ser fuertes —dijo entre lágrimas, que se enjugó con el pañuelo que llevaba en el bolsillo izquierdo de su impecable traje gris de casimir—. Estamos solos… Mamá y el bebé han muerto.

—¿Albert y mamá?… ¿Cómo? —preguntó incrédulo—. ¡No! Yo los he visto. Estaban bien esta mañana.

—Andreas… tenemos que aceptarlo.

—Entonces… ¿Están en el cielo? ¿No los veremos nunca más? —preguntó derramando las primeras lágrimas. Sus padres eran creyentes y habían inculcado en Andreas sus ideas religiosas.

—Así es, hijo. Están ahí arriba —dijo el padre apuntando con su dedo índice a un cielo que amenazaba lluvia—. Nosotros no los podemos ver, los llevaremos en nuestros corazones, pero ellos nos observarán cada día.

Otto Hoffmann era un industrial farmacéutico de éxito. La guerra lo había enriquecido más, puesto que tenía un contrato con el Ministerio de Defensa para suministrar medicamentos a los soldados del Tercer Reich, aunque en el último año había reconvertido la fábrica para producir *Zyklon B*, el cianuro de hidrógeno utilizado en las cámaras de gas de los campos de concentración, el que acabó con la vida de millones de personas. Llevaba con orgullo fingido una insignia que le había colocado el propio Adolf Hitler. No compartía la ideología nacionalsocialista, pero tenía que aparentarlo; era eso o la muerte. La huida a otro país la había descartado por la oposición de Anke ante el imparable avance del cáncer de su suegra, la baronesa Von Lehmann, cuyo linaje se remontaba al Medievo. Ingrid Von Lehmann guardaba una estrecha relación con el defenestrado Káiser, Guillermo II. La baronesa repudiaba todo lo que había creado Hitler, a quien consideraba un usurpador sin escrúpulos y

un enfermo mental. A pesar de su delicado estado de salud, acudió al entierro del Kaiser en 1941.

Sin vivienda donde alojarse tras el bombardeo que destruyo su casa y causó la muerte de su familia, Otto Hoffmann decidió, a petición de su suegra, trasladar su domicilio al castillo de la baronesa. Situado a más de setenta kilómetros de Hamburgo, era un lugar seguro para Andreas.

Otto había perdido a toda su familia en la guerra, a sus hermanos en el frente ruso y a sus padres y hermanas en un bombardeo aliado. Además, en el castillo también se encontraba el resto de la familia materna que había sobrevivido a la guerra: el tío Dieter, hermano de su madre y heredero del título, y su mujer, la tía Ebba; así como sus primos, Agatha y Bruno, con los que solía compartir trastadas que la abuela no acostumbraba a reprenderles.

Pero no duró mucho su estancia en la residencia de la abuela. Un día, su padre se presentó en su habitación con dos maletas. Le dijo que solo podía llevarse su mascota, August, un perro de trapo rescatado de las ruinas de su casa y que lo había acompañado desde que era un bebé. La abuela irrumpió en la habitación y comenzó a increpar a su yerno. Entonces, su padre le pidió que les dejase solos. Salió de la habitación, cerró la puerta y esperó en el pasillo de pie, con August apretado contra su pecho, escuchando la discusión.

—Eres un cobarde. Afronta como un hombre tus errores —arremetió la abuela.

—No lo comprende, baronesa. —Otto siempre se refería a su suegra por su título nobiliario—. Andreas ya ha perdido a su madre y a su hermano. La guerra está perdida y los rusos llegarán pronto. ¿No querrá que se quede sin padre?

—Colaboraste con los nazis, te lo mereces —insistió la abuela.

—¿Cómo puede ser tan cruel? Sabe tan bien como yo que no me quedó más remedio que hacerlo. Su hija no quiso abandonarla, por eso no huimos de esta locura, por usted.

—Te enriqueciste a costa del sufrimiento de los demás y eres un miembro destacado del partido.

—Para usted es muy fácil decirlo —replicó Otto—. Nació rica en el seno de una familia de la nobleza. Yo abomino todo lo que tenga que ver con el Tercer Reich, pero tenía que sobrevivir, yo y mi familia, que también es la suya.

—¿Y adónde piensas ir?

—Lejos, lo más lejos que pueda.

—No voy a consentir que te lleves a mi nieto.

—Es mi hijo y me necesita más que a usted. Al fin y al cabo, solo le quedan…

—¡Dilo, Otto! Crees que no sé que me estoy muriendo.

—Discúlpeme, baronesa. Tenemos que tomar un vuelo e iniciar una nueva vida. No me lo ponga más difícil de lo que ya es, por favor.

Lloraba cuando su padre abandonó la habitación con un sonoro portazo.

—Vámonos, hijo.

Intentó coger una de las maletas, pero no pudo alzarla, era como si estuviese pegada al suelo; más adelante descubriría por qué.

—Déjalo, Andreas, pesa mucho.

Su padre cogió las dos maletas y ambos salieron del palacio. Fuera les esperaba Luther, dentro del resplandeciente Mercedes-Benz y con el motor en marcha.

—¿Adónde vamos, papá? —preguntó gimoteando.

—Muy lejos de aquí. Hoy haremos un viaje en avión.

—¿Por qué?

Su padre clavó su mirada en sus ojos antes de contestar.

—Mi vida corre peligro… No puedo… no podemos quedarnos en Alemania.

—¿No volveré a ver a la abuela?

—Quizás más adelante —mintió, porque no tenía ninguna intención de regresar a aquel país.

Llegaron al aeropuerto y se despidieron de Luther, al que su padre entregó una pequeña bolsita de tela. Accedieron a la terminal, abarrotada de gente que gritaba y se empujaba. No sin dificultad, su padre se abrió camino hasta la pista del aeropuerto, con las dos maletas en la mano izquierda y agarrándole de su manita con la mano derecha, casi arrastrándolo. Se dirigieron hacia un avión, su padre entregó los pasajes y sus documentos identificativos a una azafata y accedieron al interior de la aeronave. Se sentaron después de que su progenitor colocase las maletas en el compartimento superior. El avión iba repleto, en su mayoría por familias.

Cuando aterrizaron y descendieron del avión, en la pista los estaba esperando un hombre con una horrenda cicatriz que abarcaba desde la frente al pómulo izquierdo, solo interrumpida por un parche que cubría su ojo y que le recordaba a un pirata, y así lo llamaría en adelante al hablar con su padre: «el señor pirata». Este alzó el brazo derecho en un saludo que ya había interiorizado como un comportamiento normal, su padre devolvió el saludo con menos ímpetu. En la escuela, él y el resto de niños también lo hacían. Les

hablaban de la superioridad de la raza aria, de la derrota de los enemigos de su país y de las ratas judías. Entonces recordó las reuniones en su casa, con su padre como anfitrión; a muchos hombres, algunos militares y, a veces, si se trataba de una comida, también mujeres. Tras la comilona, los hombres se reunían a puerta cerrada en la biblioteca, las mujeres en el salón, donde sí le dejaban estar.

El señor pirata les escoltó hasta una salida privada del aeropuerto, subieron a un coche y les llevó hasta una casa en una colina. Antes de entrar en la vivienda se detuvo en un mirador desde el que se apreciaba una gran ciudad, y tras ella el mar.

—¿Dónde estamos, papá?

—En Lisboa, la capital de un país que se llama Portugal.

—¿Como Berlín?

—Exacto, hijo. Entremos, Rudolf nos espera. —El nombre del señor pirata era Rudolf.

Esa noche durmieron en la casa del señor pirata, pero al día siguiente, temprano, su padre lo despertó. Le dijo que se vistiese y no olvidase a August. Con su perro de trapo entre los brazos, acompañó a su padre hasta el coche de Rudolf. Llegaron al puerto y, una vez allí, su padre se despidió del señor pirata. Un enorme barco destacaba entre los demás. Su progenitor entregó los pasajes a un tripulante y subieron por una escalera que se balanceaba con sus pasos, él con August en una mano y la otra cogida por su padre, quien de nuevo portaba las maletas en la mano libre.

—¿Adónde vamos, papá?

—A otro país, se llama Argentina —dijo su padre.

Tras más de una semana de navegación y tantas vomiteras que había perdido la cuenta, el barco atracó en Buenos Aires. Cuando descendieron por la escalera, varios hombres los estaban esperando. Todos subieron a un gran automóvil, todos hablaban en alemán. Se adentraron en el tráfico de la ciudad y por fin llegaron a su destino: una enorme casa rodeada de una valla de piedra coronada por alambre de espino. Su hogar durante los siguientes tres años.

En esa época, las reuniones en su casa eran habituales. El padre había encontrado trabajo de farmacéutico en una empresa, pero cada vez parecía más alicaído. Cuando le preguntaba siempre respondía lo mismo: «echo de menos a mamá y al bebé». Pero Andreas sabía que no se trataba de eso, sino de las discusiones en las reuniones con el resto de alemanes que a escondidas

escuchaba. Lo acusaban de traidor, de no hacer nada por la causa, incluso llegaron a amenazarlo.

Andreas había leído *Mein Kampf*. Se lo había regalado uno de los asistentes a las veladas que se organizaban en casa. Se sentía identificado y fascinado por las ideas de Adolf Hitler, al tiempo que odiaba a los enemigos del Tercer Reich, los asesinos de su familia. Su padre lo desconocía; además, repudiaba todo lo concerniente con el nacionalsocialismo, puesto que, según él, era la causa de su desgracia.

Un día, pasados tres años de la llegada a Argentina, le dijo que tenían que volver a irse. Andreas le preguntó si volvían a Alemania.

—No, hijo, yo no puedo volver aún —contestó—. Vamos a iniciar una nueva vida en Estados Unidos. Con nuevos nombres y documentos.

Le mostró los falsos pasaportes. El suyo iba a nombre de Andrés Aguirre; el del padre, Oswaldo Aguirre.

—Ya no podrás llamarme Otto en público, aunque de hecho, siempre me llamas papá, pero lo harás en español o en inglés cuando lo aprendas. Yo te llamaré Andrés. Es importante que lo recuerdes.

Andreas estaba histérico, le dijo que estaba harto de viajar por su culpa, que era un mal alemán. Entonces, recibió la primera bofetada de su padre en su corta vida. No lloró, al menos entonces, su orgullo se lo impedía. Tampoco le volvió a dirigir la palabra en el barco que les llevó a Nueva York. Allí descubrió el secreto de las dos maletas. Antes de desembarcar en la Isla de Ellis, Otto las abrió. Dentro, debajo de la ropa, había unos trozos de metal, eran pequeños lingotes de oro que se fue atando a su cuerpo desnudo; en los brazos y las piernas, además del abdomen y el tórax, para lo que requirió la ayuda de su hijo. También una bolsa de terciopelo que contenía piedras que refulgían con la luz, como las que llevaba su madre en los pendientes; en este caso, las introdujo en otra bolsa mayor, debajo de una gran cantidad de canicas. Con las maletas descargadas de peso, su padre se hizo cargo de una, la otra se la entregó a él, la que portaba la bolsa de canicas.

Descendieron del barco e hicieron cola en el control de inmigración, que superaron sin problemas, Andreas hablando con los agentes en español, su padre en inglés. Un pequeño ferri los dejó en Manhattan. En esta ocasión no había nadie esperándolos. Se alojaron unos días en un céntrico hotel con todas las comodidades, mientras su padre cambiaba el oro por dólares en distintas casas de cambio.

En menos de un mes ya estaban instalados en una preciosa casa de Los Hamptons, en Long Island. Un año más tarde, Otto Hoffmann ya había

fundado una nueva empresa farmacéutica. Tenían personal de servicio en la casa: chófer, jardinero, cocinera, limpiadoras… Andreas estudiaba en un exclusivo colegio de Nueva York, la escuela Dwight, donde almorzaba. Allí entabló amistad con los herederos de las mayores fortunas de la ciudad, chicos altivos, algunos racistas. Estos últimos eran los que más le interesaban. De ideales supremacistas, desconocían el peligro de los judíos, pero odiaban a los negros y a la creciente comunidad hispana. Cuando les enseñó el ejemplar de *Mein Kampf* en alemán sus ojos se abrieron como platos. Les dijo que lo había conseguido de un nazi en Argentina, donde había estudiado alemán. Se reunían en el recreo, donde día tras día les iba traduciendo el libro al inglés. El caso es que se ganó su confianza y, a partir de entonces, se convirtió en el líder de «Los Elegidos». Así se hacían llamar nueve chicos de diez años que mantuvieron la amistad hasta la muerte, pues él era el único que seguía vivo; y solo, muy solo.

Se enamoró una vez, una sola, cuando cursaba medicina en la Universidad de Columbia. Ella estaba sentada en un banco de Central Park, cerca de la universidad. Era una soleada mañana de primavera y vestía un traje largo con motivos florales, ceñido a su estrecha cintura con un fino cinturón negro. Estaba comiendo un sándwich mientras leía un libro apoyado sobre sus piernas. Cuando alzó la cabeza y lo miró, Andreas trastabilló y cayó de bruces al suelo. Escuchó cómo reía la chica y se levantó todo lo rápido que pudo en un vano intento de salvar su orgullo. Sacudió con sus manos el polvo de los pantalones de pinza y, al erguirse, allí estaba ella. Su larga melena rubia brillaba con los rayos de sol que atravesaban las hojas de una magnolia. Tenía un gran parecido con su madre: los ojos azules, los pómulos prominentes y pecosos, los labios carnosos, pintados también de un rojo carmesí.

—¿Te has hecho daño? —preguntó mostrándole su perfecta sonrisa.

—No… No ha sido nada.

—Me llamo Evelyn —se presentó ofreciéndole su mano, que él estrechó con delicadeza.

—Yo soy Andrés, Andrés Aguirre.

—Encantada. No pareces hispano.

—¿Y cómo son los hispanos? Morenos, de tez oscura, bajitos… Son estereotipos —dijo sonriendo—. Yo provengo de Argentina. La mayoría de los argentinos somos descendientes de españoles e italianos. ¿Qué estabas leyendo?

—¿Me estabas espiando?

Notó como se ruborizaba. Ella también se debió dar cuenta, porque enseguida cambió de conversación.

—¿Estudias en Columbia?

—Sí, medicina.

—Vaya, un médico. Doctor, ¿me podría decir si tengo bien el pulso?

Él tomó su brazo y palpó la muñeca.

—Está perfectamente, señorita. Yo diría que mejor que bien —dijo con picardía.

Los dos soltaron una carcajada al unísono, la primera de muchas.

Era finales de los años cincuenta, lejos de la revolución sexual de la década de los sesenta y principios de los setenta. Pero poco les importaba a Andreas y a Evelyn, que aprovechaban cualquier oportunidad para dar rienda suelta a sus desenfrenadas hormonas. La amaba, y ella a él. Había tenido relaciones con otras chicas, pero Evelyn fue la primera que despertó esos sentimientos en Andreas, la primera y la última. Se levantaba cada mañana pendiente de la próxima cita; se acostaba pensando en el último encuentro, en el olor de su piel, en la calidez de sus labios.

A medida que avanzaba su relación decrecía su interés por Los Elegidos. Cada vez le costaba más inventarse una excusa para ausentarse de las reuniones que organizaban sus antiguos compañeros de la escuela y del instituto.

Ya había sido presentado formalmente como su novio ante los padres de Evelyn, quienes, tras sus iniciales reticencias por su origen hispano —paradojas del destino—, lo acogieron con orgullo como un miembro más de la familia; especialmente después de conocer a su padre, un prominente miembro de la sociedad neoyorkina gracias a su éxito empresarial. Pese a la oposición inicial de Andreas por tratarse de los enemigos de Alemania durante la segunda guerra mundial, y posiblemente los asesinos de su madre y su hermano, padre e hijo habían obtenido la nacionalidad estadounidense a los cinco años de su llegada.

El noviazgo podía haber cambiado el destino de Andreas, pero un trágico suceso lo impidió. Una tarde de verano sonó el teléfono de casa. Era un caluroso sábado y lo descolgó su padre en el despacho. Unos minutos más tarde su progenitor llamó a la puerta de su habitación y entró sin esperar respuesta. Andreas, que estaba leyendo un cómic sentado en el borde de la cama, revivió la escena sucedida en Hamburgo: su padre se acercó, se puso en cuclillas y, como entonces, apoyó sus manos sobre los hombros de Andreas y fijó su mirada en la de su hijo antes de hablar.

—Andreas —le susurró en alemán—, Evelyn ha sufrido un desgraciado accidente, se ha caído del caballo golpeándose en la cabeza con una roca. Los servicios médicos no han podido hacer nada por salvarla.

—¡No!… ¡No puede ser!… ¡Evelyn no! —gritó sumido en la incredulidad.

Se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas alrededor de la habitación, en estado de *shock*. Conmocionado, cogió las llaves de su automóvil, pero su padre lo detuvo antes de que llegase a la puerta de salida de la casa, ante la mirada de Juana, la cocinera, y de John, el mayordomo, alertados por los gritos. Andreas se desmoronó y comenzó a llorar apoyado en la pared, y así permaneció más de media hora, sin decir palabra, pensando en Evelyn, hasta que su padre lo convenció para sentarse en el enorme sofá de piel del salón. Allí, desconsolado y enjugándose las lágrimas con la mano, recibió el cálido abrazo de su padre. Empezó a comprender el dolor que había sufrido su progenitor, su estado anímico, e incluso por qué no había rehecho su vida con otra mujer. Sabía que, a un hombre como él, maduro y rico, no le habían faltado pretendientas; más de una noche lo había visto llegar ebrio y oliendo a perfume de mujer. Ahora entendía el porqué: había amado tanto a Anke… Aún la amaba, como él a Evelyn. «Un amor tan grande es difícil de superar», concluyó.

Al entierro de Evelyn acudió la flor y la nata de la sociedad neoyorkina, incluido el alcalde de «La Gran Manzana». Su muerte fue portada de todos los periódicos de Nueva York. Los integrantes de Los Elegidos tampoco faltaron al entierro.

Con el alma rota y la rabia enardecida, Andreas buscó amparo en el grupo de amigos que nunca le habían fallado. Volvió a implicarse en turbios asuntos relacionados con las agresiones a negros e hispanos, incluso con el Ku-Kux-Klan y la mafia italiana. Era conocedor del atentado que acabaría con la vida de Kennedy, un presidente más interesado en sus amantes que en el devenir del país; un incompetente que permitió la instalación de lanzaderas de misiles soviéticos en Cuba en lugar de invadir la isla y apartar a Fidel Castro del poder. Se alegró de su muerte. Los sucesivos presidentes tenían más agallas, iniciaron la guerra de Vietnam y promovieron los golpes de estado en Hispanoamérica cuando el comunismo empezaba a tener un papel relevante en esos países.

Cada uno de los miembros de Los Elegidos accedieron con el tiempo a puestos de poder; él como prestigioso neurocirujano, otros eran congresistas y senadores, incluso un secretario de estado y un miembro del Tribunal

Supremo; el resto, influyentes celebridades en distintas profesiones, desde cineastas a empresarios. Todos moviendo los hilos del poder en Estados Unidos.

Viajó a Alemania cuando terminó sus estudios de medicina, solo, puesto que su padre prefirió no acompañarlo, no por miedo a ser detenido, algo muy improbable, pese a que fue lo que argumentó. Andreas estaba convencido de que el motivo era que no quería enfrentarse a los fantasmas del pasado. Desde que abandonaron Alemania, podrían contarse con los dedos de una mano las llamadas que hizo a la baronesa, que falleció a los diecinueve meses de su marcha. Después nada, ni una mísera carta a su cuñado, el nuevo barón Von Lehmann.

Al llegar a Hamburgo, esta vez en avión, le sorprendió la rapidez con la que se había llevado a cabo la reconstrucción de la ciudad. «Sin duda, es una raza superior», pensó. Alquiló un automóvil y, con la ayuda de una guía urbana que había comprado en el aeropuerto, condujo hasta la dirección de su casa, aquella que su madre le había obligado a aprenderse de memoria. En el lugar que antes había sido su hogar ahora habían construido un edificio de oficinas. No se bajó del coche, ni siquiera para llamar a la puerta de las dos casas que quedaban en pie, donde seguramente seguían residiendo las señoras Müller y Braun, vecinas y amigas de la familia, en cuyas viviendas había disfrutado jugando con sus amigos de la infancia, en especial con Arnold y Bernard, de su misma edad. Tampoco lo hizo cuando llegó a la entrada de la imponente propiedad de los Von Lehmann, su única familia. Algo intangible parecía aferrarle al asiento del vehículo, una fuerza que le impedía salir. Y así se quedó, mirando abstraído la verja de entrada a la residencia durante más de una hora, llorando, como el niño que fue, como Andreas, el crío que ahora ocupaba el lugar de Andrés.

Volvió a los Estados Unidos. A su padre le había dado un infarto del que ya se había recuperado cuando lo visitó en el que había sido su hogar. Ahora vivía en un lujoso ático frente a Central Park que pagó su progenitor ante su insistencia en abandonar la casa de Los Hamptons. Lo encontró sentado en el salón, en un sillón orejero, leyendo y demacrado. Parecía haber envejecido diez años, incluso tenía más canas. Hizo intención de levantarse cuando vio a su hijo, pero este se lo impidió, se sentó a su lado y se abrazaron.

—¿Qué tal el viaje a Alemania? —le preguntó con la misma mirada melancólica de siempre.

—Bien —fue la escueta respuesta de Andreas.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras?

—Cansado, hijo. El doctor me ha recomendado que no vuelva a trabajar, que es demasiado estresante para mi corazón. ¿Me imaginas sin trabajar? Yo, que nunca he dejado de hacerlo. A todos nos llega nuestra hora, pero me niego a pasar mis últimos años cultivando plantas en el jardín y recibiendo visitas de cortesía —dijo riendo.

Y así fue. Tres años más tarde, cuando estaba explorando a un paciente con una neuropatía en el Hospital NewYork Presbyterian, un compañero le informó del ingreso de su padre. Acabó la exploración, expidió varias recetas médicas y se despidió del paciente. Bajó por las escaleras todo lo rápido que sus piernas le permitían, llegó a la planta de cuidados intensivos y fue buscando box por box hasta encontrar a su padre, con una mascarilla de oxígeno cubriéndole la nariz y la boca, así como una vía para administrarle el suero fisiológico y otra para el sedante. El jefe del servicio se acercó.

—Hola, Andrés. He sido yo quien me he puesto en contacto con neurología para que te avisasen.

—¿Cómo está mi padre, Martin?

El doctor negó con la cabeza antes de contestar.

—Su estado es crítico. No creo que supere esta noche. Ha tenido varios infartos cardíacos, lo hemos estabilizado y ahora mismo está en coma inducido.

—Tengo que hablar con él.

—Sabes tan bien como yo que si lo despertamos morirá.

—Me importa una mierda, Martin. Se va a morir igualmente. Por favor, despertadlo —pidió casi como una súplica.

—Está bien, pero no lo alteres.

Andreas asintió. El jefe de cuidados intensivos retiró la sedación y se despidió con una palmada en el hombro. Poco a poco, su padre fue recuperando la conciencia. Abrió los ojos y miró a su hijo. Intentó hablar, pero la mascarilla de oxígeno le dificultaba la fonación. Andreas se la retiró.

—Hijo, me muero —susurró en alemán, lo que provocó que, de forma instintiva, Andreas comprobase que no hubiese ningún sanitario cerca y que el paciente más próximo estuviese dormido.

—No, papá, aún no ha llegado tu hora —mintió, en alemán, con los ojos vidriosos y sonriendo.

—No hace falta que finjas, Andreas. ¿Crees que no sé a qué te has dedicado estos años? Eras un niño y no sabes lo que sucedió. El *Führer*… Hitler embaucó a la mayoría de los alemanes con su palabrería, después ya fue tarde. Cualquier opositor o sospechoso de serlo era ejecutado. La SS, sus

perros guardianes, tenían ojos y oídos en todos lados. Lo llegué a conocer personalmente cuando…

—No es necesario, papá —intervino Andreas—. Son cosas del pasado.

—No me interrumpas, me queda poco tiempo y no quiero discutir contigo. Conocí a Hitler cuando me condecoró por los servicios a la patria. Nunca olvidaré esa mirada, era como un pozo oscuro y sin fondo. No había un alma en ese cuerpo, hijo. No abandonamos antes Alemania por el estado de la baronesa, tu abuela. Estaba muriéndose por un linfoma, y tu madre no quería alejarse de ella en ese estado. Yo respeté su decisión, pero cuando… cuando murieron Anke y Albert hice lo que tenía que hacer, buscar un sitio seguro para los dos.

Andreas estuvo a punto de replicar, de decirle que había sido un cobarde y un traidor, pero decidió guardar silencio.

—Sí, fui un cobarde —continuó su padre, que parecía haberle leído el pensamiento—, pero no en el sentido que piensas. Estuve a punto de participar en actos de sabotaje y en uno de los frustrados atentados contra ese hijo de puta. No lo hice, porque siempre antepuse la seguridad de nuestra familia. No temía por mi vida, sino por la vuestra; también por la de la baronesa, la de tus tíos y tus primos. De haber caído yo os esperaba un infierno. Créeme, hijo, no hay nada de patriótico en el nacionalsocialismo. Es el infierno en la tierra. Espero que recapacites.

—No sé a qué te refieres, papá.

—No me mientas, Andreas, no ahora que me estoy muriendo. Los Elegidos sois unos ignorantes peligrosos. El odio solo genera más odio y muerte.

La voz del anciano se fue apagando. Andreas tuvo que aproximar su oído para escuchar las últimas palabras de su padre.

—Llévame con ellos, con Anke y Albert. Júrame que lo harás.

—Te lo juro.

Otto cerró los ojos y expiró su último aliento. Las alarmas saltaron y pronto se encontraron rodeados de médicos y enfermeros. Le pidieron a Andreas que se apartase e iniciaron las maniobras de reanimación con un desfibrilador. Tras cada descarga de las paletas, el cuerpo de su padre se agitaba como un muñeco. Después de cinco minutos, el electrocardiograma permanecía plano. El jefe de servicio indicó la hora de la muerte, se acercó a Andreas y le dio el pésame.

—Lo siento, Andrés. No hemos podido hacer nada más —se disculpó Martin.

—Gracias, y perdona por ser tan grosero contigo. Había llegado su hora —se lamentó Andreas, que salió del servicio de cuidados intensivos para dirigirse a la planta de neurología. Allí comunicó el deceso de su padre y se marchó a casa, sabiéndose el heredero y director ejecutivo de una de las mayores empresas farmacéuticas del país, también uno de los hombres más ricos de Nueva York.

Cumplió su palabra. Por un lado, se celebró una ceremonia de despedida en el cementerio Woodlawn, en el Bronx, donde acudió la flor y la nata de la sociedad neoyorkina. Nunca imaginó que su padre, un inmigrante, pudiese congregar a tanta gente en su funeral. Pese al desprecio que a veces le despertaba, Otto, o mejor dicho, Oswaldo Aguirre, se había granjeado el aprecio y la admiración de sus nuevos compatriotas. Por otro lado, trasladó el cadáver de su padre a Hamburgo en un vuelo privado. Allí recibió sepultura en el panteón familiar del cementerio Ohlsdorf, en una ceremonia religiosa íntima, acompañado únicamente de su familia: sus tíos y sus primos. Había avisado previamente por teléfono al barón Dieter Von Lehmann, su tío, pidiéndole discreción.

Tenía intención de volver inmediatamente a Nueva York, pero la tía Ebba le convenció de lo contrario.

—Andreas, quédate al menos una noche —le suplicó entre lágrimas—. Puede que no te volvamos a ver. Tienes tu habitación tal y como la dejó tu abuela.

—De acuerdo, me quedaré esta noche en el palacio —aceptó.

Cenó acompañado de su única familia. Después habló con sus primos, Agatha y Bruno, así como con sus parejas. Ambos se habían casado, pero solo Bruno tenía descendencia: Marlene, una niña de ocho años que le recordaba a su madre. Departieron entre risas durante varias horas en los jardines del palacio. Hacía tiempo que Andreas no se sentía tan bien. Cuando sus primos se marcharon, su tía llamó su atención.

—Andreas, tu tío quiere hablar contigo. Te espera en la biblioteca. ¿Te acompaño?

—Gracias, pero no es necesario. Aún recuerdo donde está.

—Entonces me retiro a mi habitación, ha sido un día intenso y necesito descansar. Buenas noches. Me alegro de que hayas venido, aunque sea en tan penosas circunstancias.

—Yo también, tía.

Ebba subió las escaleras de acceso a la primera planta y él se encaminó a la biblioteca, uno de sus lugares favoritos para jugar cuando era un niño.

Abrió la puerta corredera y se encontró en la misma estancia que recordaba. Nada parecía haber cambiado, las enormes estanterías acristaladas, distribuidas en dos plantas, ocupaban todas las paredes.

—Acompáñame, por favor —le pidió su tío, invitándole con un gesto a tomar asiento frente a él, en uno de los gastados sofás de piel.

Se sentó.

—¿Un coñac? —sugirió Dieter, señalando una botella ambarina.

—Gracias, pero creo que ya he bebido bastante esta noche.

—Como quieras.

Su tío se incorporó con cierta dificultad y fijó su mirada en la de Andreas.

—Entiendo que no nos visitases cuando viniste a Hamburgo. Me lo contó tu padre por teléfono.

Andreas, sorprendido, era incapaz de responder. Un nudo en su garganta se lo impedía.

—Sé que desconoces todo lo referente a las llamadas telefónicas —prosiguió su tío—. Otto y yo empezamos a hablar poco después de que os instalaseis en Nueva York. Siempre me mantuvo al corriente de tu vida. Lamento la muerte de tu novia… No recuerdo su nombre… ¿Hellen?

—Evelyn. Se llamaba Evelyn —intervino Andreas.

—Sí, Evelyn. Una chica preciosa, simpática e inteligente, según me contó Otto.

—Lo era —dijo con los ojos vidriosos.

—La amabas con todo tu corazón, ¿verdad? Como tu padre a Anke y a ti. Por tu madre se quedó en Alemania, por ti se marchó; por ti y por nosotros, para protegernos a todos de las represalias.

—Eso me dijo antes de morir. No entiendo por qué no volvió a Alemania, ya nadie lo iba a perseguir.

—Por los recuerdos y por tu culpa. No sabes la de veces que intenté convencerle para que volviera, pero no quería alejarse de ti. Creía que te casarías con Evelyn, que formarías una familia y reconducirías tu vida. Después de la muerte de tu novia se quedó para vigilarte e intentar que no hicieses nada de lo que pudieses arrepentirte toda tu vida.

Andreas se levantó del sofá indignado. Se sentía traicionado por su padre y no tenía la más mínima intención de aguantar la reprimenda de su tío.

—¿A dónde piensas que vas? ¡Siéntate ahora mismo y escúchame, aunque sea por el recuerdo de tu madre! —le exigió tajante su tío.

Volvió a sentarse, frunciendo el ceño. Sin dar opción a réplica, el barón continuó con su monólogo:

—Tu padre fue un buen hombre que sufrió mucho, en parte por tu culpa. Te amó como solo se puede amar a un hijo, de forma incondicional.

—Para ti es fácil decirlo. Tú no perdiste a tu madre siendo un niño —objetó Andreas, removiéndose inquieto en el sofá.

—Es cierto, y entiendo tu dolor y tu ira, pero no eres el único. Cientos de miles de niños perdieron a sus padres en la guerra, a los dos. Tú al menos tenías a tu padre.

—Un cobarde y un traidor —añadió Andreas, aguantando la mirada de su tío mientras una lágrima recorría su mejilla.

—No se te ocurra volver a repetir esas palabras delante de mí, o te juro por la memoria de tu madre que te abofetearé como cuando eras un crío, porque lo sigues siendo: un niño consentido. Otto fue uno de los hombres más valientes que he conocido. Hay que tener cojones para lidiar con esos nazis hijos de puta como lo hizo él. Tragarse el orgullo cuando los recibía en casa y arriesgarse a fabricar, a veces, *Ziklon-B* defectuoso para salvar algunas vidas de los campos de concentración. No te lo había contado, ¿verdad?

—No. Puede que no conociese del todo a mi padre. Creo que no ha sido una buena idea quedarme esta noche en el palacio. Me marcho, tío. Pide disculpas de mi parte a la tía y a mis primos. Diles que he tenido que regresar a Estados Unidos por una urgencia.

—Tranquilo, lo haré —aseguró Dieter—. Y esta conversación quedará entre tú y yo. Solo una cosa más. Querías a tu padre, ¿verdad?

—Sí, joder. A pesar de todo lo quería —dijo sin poder contener las lágrimas. Se levantó, salió de la biblioteca seguido por su tío y se encaminó hasta la puerta de salida.

—¡Andreas! —bramó su tío antes de que saliese. Él se giró pensando que lo iba a abroncar de nuevo—. Nosotros somos tu familia y también te queremos. No lo olvides nunca.

Asintió, giró el pomo de la puerta y caminó apresurado hasta salir de la finca. Entonces, abrumado por las emociones, se sentó en la acera, apoyando su espalda contra la pared, con los brazos alrededor de sus piernas flexionadas y la cabeza entre ellas comenzó a sollozar.

Pasó la noche sin dormir, recorriendo las calles de la que había sido su ciudad, donde las alarmas antiaéreas habían sido sustituidas por el gorjeo de las palomas y, ya de madrugada, por el trinar de los gorriones. Llamó desde una cabina telefónica al piloto del avión privado, que se alojaba en un céntrico hotel. Tomó un taxi y lo recogió junto a la azafata en la entrada del hotel.

Volvió a Nueva York.

—Señor, ¿necesita algo más? —Era el mayordomo, Andrew, quien lo sacó de sus recuerdos; la única persona junto a John, su guardaespaldas, en quienes podía confiar.

—No, gracias. Puedes retirarte. Que descanses —le deseó Andreas.

Andrew, pecoso, espigado y de exquisitos modales, vivía con él. Carecía de familia propia, pero tenía un hermano en Nueva York. Su madre y el resto de su familia vivían en su Escocia natal, adonde acudía una vez al año para visitarlos, en vacaciones. Era fiel y discreto. Se encargaba, en la práctica, de casi todos los asuntos domésticos, y estaba al frente del servicio, que completaba Ángela, la cocinera, y Daisy, la limpiadora; además del chófer, James.

John era diferente. De ascendencia italiana y exmarine, lo había rescatado de la calle, donde lo conoció en una reyerta que acabó con varios heridos graves y la llegada de la policía. Utilizando como única arma sus miembros, había noqueado a tres individuos que intentaban abusar de una joven. Le conmovió su gesto altruista y le impresionó su capacidad en la lucha cuerpo a cuerpo. Es lo que estaba buscando para su protección personal; así que asumió los gastos de su defensa y de la fianza, librándolo así de la cárcel. Tras varios meses de prueba, en los que intervino su teléfono, comprobó que era de fiar, nunca había informado a nadie de sus desplazamientos o conversaciones. Lo contrató y no se arrepintió. Pese a su aspecto rudo, poseía una gran inteligencia y era muy observador.

Volvió a mirar la hora en el reloj de bolsillo. Las agujas doradas marcaban las tres y media de la madrugada. Se levantó del sofá emitiendo un quejido provocado por su avanzada artrosis. Abandonó la biblioteca y, caminando, llegó hasta su habitación, donde lo esperaba August, su perro de trapo.

El teléfono de Carlos sonó. Se trataba de una llamada desde un número desconocido.

—Creo que se trata de Mariano —dijo extendiendo su mano para darle el Nokia a Miguel, quien descolgó.

—¿Diga?

—Hola, Miguel. Ese tipo, Andrés Aguirre, es de lo más interesante. Tiene ochenta y nueve años y es una de las mayores fortunas de Nueva York. Posee una empresa farmacéutica, pero no se prodiga en los medios y apenas hay información sobre él. Heredó la empresa de su padre, los dos llegaron a los

Estados Unidos desde Argentina en 1947. Obtuvo la nacionalidad norteamericana pocos años después. Fue a una de las mejores escuelas y estudió medicina en la Universidad de Columbia. He encontrado una nota de prensa donde aparece en el funeral de su novia, una chica de buena familia con la que estaba comprometido. También aparece en el funeral de su padre. No hay más fotografías de él. Deduzco que elude a la prensa.

»¿Os envío las fotografías? La primera es de 1958, la otra de 1965. Su cara debe haber cambiado mucho desde entonces.

—Un momento, Mariano —le pidió Miguel, quien miró a Carlos—. Necesito una cuenta de correo electrónico para que nos envíe las fotos de Andrés Aguirre.

Carlos escribió una dirección de *e-mail* en una servilleta y se la pasó a su compañero.

—Tengo una dirección adonde las puedes enviar —continuó Miguel—. Toma nota.

—Perfecto. Os envío las fotografías y la información más relevante desde el cibercafé donde me encuentro tomando un tentempié.

Carlos, con el puño cerrado, levantó el pulgar de su mano derecha en señal de aprobación.

—Gracias por todo, Mariano.

—De nada. Andad con cuidado —les recomendó el agente de ciberseguridad antes de colgar.

—¿Crees que nos servirán esas fotografías? La más reciente tiene más de cincuenta años, aunque hay rasgos faciales que no cambian en la vida.

—No te preocupes —intervino Carlos—. Utilizaré un programa que hace una predicción del supuesto rostro de una persona según su edad. No es como el del CNI, pero puede servirnos.

—Entonces, ¿llamo a la agente del FBI?

—No, de momento nos vamos a Nueva York en autocar. Ya llamarás a O’Sullivan, pero primero debemos asegurarnos de que Aguirre sigue en su domicilio.

Capítulo 15: Nueva York

Día 12, 28 de diciembre. Nueva York.

El viaje desde Tampa a Nueva York duró casi veinte horas; veinte horas y un día de retraso. Puesto que no había ningún autobús de línea por la tarde, habían pasado la noche en un motel cerca de la estación de autobuses. Antes de subirse al autobús, por la mañana, habían comprado tinte y se habían teñido el cabello de color castaño claro, al igual que el bigote de Miguel y la perilla de Carlos. Acordaron echar varias cabezadas alternativamente. Aún desconfiaban de que los pudiesen estar siguiendo, pero, sobre todo, de que algún policía o agente fuera de servicio los identificase.

Nada más llegar a «La Gran Manzana», de madrugada, tomaron un taxi hasta el discreto hotel que Carlos había reservado por internet, en Little Italy. Se ducharon y, sin perder más tiempo, se desplazaron en metro hasta la estación 57 St. Caminaron por la Séptima Avenida hasta alcanzar la esquina con la calle 59, junto a Central Park.

El edificio donde residía Andrés Aguirre tenía veinte plantas y lo coronaba un lujoso ático del que solo se apreciaba la valla de madera de la terraza, poblada de vegetación. Frente a la entrada principal y cruzando la calle, había una coqueta cafetería. Con las fotografías y las imágenes del portátil, mostrando el supuesto aspecto que debería tener Andrés Aguirre a sus ochenta y nueve años, se apostaron dentro de la cafetería, junto al ventanal que cubría toda la fachada. Después de varios cafés y unos riquísimos donuts, cuando estaban a punto de desistir y dejar la vigilancia para más tarde, vieron salir por la puerta de entrada a un hombre corpulento, con todo el aspecto de un guardaespaldas, y tras él, un anciano enjuto y alto. Era Aguirre. Carlos tomó unas fotografías antes de que una limusina se detuviese delante de los dos hombres. Tanto el guardaespaldas como Aguirre subieron a la parte trasera del vehículo, que arrancó y se perdió entre el tráfico de la calle.

—Es él —afirmó Carlos mostrándole a Miguel las instantáneas de la cámara.

—Ahora nos toca averiguar si hay alguien más en la vivienda —apuntó Miguel.

Carlos saltó como un resorte del asiento y se dirigió a la barra.

—Buenos días, ¿podrías hacerme un favor? —preguntó con acento cubano y su seductora sonrisa a una camarera de unos cuarenta y cinco años y de nombre Yudi, tal y como constaba en la tarjeta identificativa prendida en el uniforme, a la altura de sus senos.

—Lo que quieras, encanto —contestó, reclinándose sobre la barra, dejando a la vista su generoso escote.

—Verás, me gustaría que hicieses un pedido de una caja de cruasanes.

—¿Y por qué no lo haces tú, guapetón?

—Porque es una sorpresa. Te pago por adelantado.

Carlos sacó de su cartera un billete de cien dólares que introdujo con sutileza en el escote de Yudi.

—Tiene suerte —dijo la camarera.

—¿Quién?

—La mujer a la que envías los cruasanes.

—No es una mujer.

—¿Estás solito? Yo salgo a las cinco de la tarde.

—Ahora mismo tengo una relación, pero si sale mal estás la primera en la lista —le dijo Carlos, esbozando una sonrisa. Anotó el nombre, el teléfono y la dirección de Aguirre en una servilleta que deslizó sobre el mármol de la barra—. Quiero que la entrega se haga personalmente —añadió Carlos.

Ella cogió la servilleta, sacó su teléfono móvil e hizo el encargo.

—Pero si es aquí enfrente —afirmó extrañada Yudi.

—Por eso estoy aquí con mi amigo —afirmó, señalando con su cabeza la ubicación de Miguel—, para que en cuanto se haga la entrega, preguntarle al repartidor qué impresión le ha provocado.

—¿Tu amigo tiene pareja?

Carlos no respondió, en su lugar, besó en la mejilla a Yudi y le dio las gracias. Se volvió y fue hacia la mesa, donde tomó asiento.

—¿A qué viene ese repentino ímpetu? No me dirás que ahora te gustan las camareras maduras —preguntó Miguel con ironía.

—Qué gracioso eres. Le he pedido que encargue una caja de cruasanes para Aguirre. La entrega la hará un empleado de una empresa de reparto. Cuando lo haya hecho, lo abordaremos y le preguntaremos a quién le ha dado la caja. Puede que haya suerte y sepamos algo más.

No habían transcurrido ni diez minutos cuando un ciclista de Uber Eats llamaba al interfono de la puerta, sosteniendo con la mano libre una pequeña caja de cartón. Los agentes observaron como hablaba gesticulando. Poco

después, alguien que parecía el portero del edificio salió, intercambió unas palabras con el motorista y volvió a entrar. Al fin, el joven pudo acceder al interior. Siete minutos más tarde apareció de nuevo en la puerta; para entonces, Carlos y Miguel ya lo estaban esperando junto a la bicicleta. Había comenzado a nevar.

—Buenos días —saludó Carlos.

—Tengo prisa. Si quiere hacer un pedido llame a la central —contestó el joven.

Ya se subía a la bici cuando Carlos extrajo un billete de cien dólares de su billetera, se lo mostró al empleado de Uber Eats y lo introdujo en unos de los bolsillos de la chaqueta de este.

—El pedido que acabas de entregar lo he hecho yo, mejor dicho, mi secretaria —aclaró Carlos—. Era una sorpresa, y me gustaría saber si, como he solicitado, se lo entregaste personalmente al señor Aguirre.

—Se ve que no conoces este barrio —repuso el joven—. Aquí las entregas se suelen hacer al recepcionista, es él quien lleva el pedido al domicilio. No obstante, ante mi insistencia, me ha dejado subir hasta el ático. Me ha abierto la puerta el mayordomo, que, sorprendido ante el contenido de la caja, ha llamado a la cocinera para saber si había hecho ella el encargo. Tampoco tenía ni idea del pedido. El mayordomo me ha dicho que tenía que tratarse de un error y que me llevase la caja. Yo he llamado a la central y me han confirmado el nombre y la dirección de entrega. He dejado la caja en el suelo y me he largado. Tengo muchos pedidos que repartir, así que si no necesita nada más…

—No, gracias. Mi secretaria se ha debido equivocar de planta.

—Seguro, porque en esa solo había una vivienda —sentenció el joven, que se subió a la bicicleta y abandonó el lugar a toda velocidad.

—Bueno, ya sabemos que hay un portero, un mayordomo y al menos otra empleada, la cocinera —intervino Miguel—. Además de cámaras de seguridad, la que hemos visto en la fachada, como mínimo otra más por planta y seguro que varias más en la vivienda de Aguirre.

—Creo que ha llegado el momento de llamar a Linda O’Sullivan —sugirió Carlos—. Vamos a necesitar ayuda para acceder a la vivienda del viejo. De momento, un equipo para intervenir las cámaras de vigilancia —dijo entregándole a Miguel el teléfono móvil.

—Prefiero utilizar un teléfono público —apuntó Miguel.

—¿No decías que era de confianza?

—Eso creo, pero no tengo el grado de complicidad que me permita asumir riesgos innecesarios. Y tú deberías llamar a Marisa, no hagas el gilipollas como yo. Lucha por vuestra relación.

—¿Y qué le digo? ¿Que lo siento? No es verdad. Está en juego la vida de millones de personas, incluida ella y mi futuro hijo… o hija —repuso Carlos mientras caminaban por la calle 59, bajo una nevada que empezaba a teñir el suelo de blanco.

—Discúlpate. Dile que es lo más importante en tu vida… Yo que sé, cualquier cosa antes de que todo se vaya a la mierda.

Carlos asintió.

Llegaron a una cabina telefónica y Miguel se frotó las manos para entrar en calor, extrajo del bolsillo posterior de su pantalón el papel donde había anotado el número de teléfono que le había facilitado Mariano desde Madrid, sacó unas monedas de otro de los bolsillos y las introdujo en la ranura del teléfono, cruzando los dedos. Tras un par de tonos, escuchó una voz al otro lado de la línea telefónica. Era la de Linda.

—FBI. Agente O’ Sullivan. ¿En qué puedo ayudarle?

—Linda, soy Miguel Gómez, del CNI. ¿Te acuerdas de mí?

—Joder si me acuerdo —bisbiseó—. Hay un cartel con tu cara y la de tu compinche en el panel de búsquedas de la entrada a las oficinas del FBI. Además, la Interpol ha emitido una orden internacional de búsqueda y captura contra ti y el otro. ¿También es un agente del CNI?

—Lo es. El mejor. Se llama Carlos Fernández. Necesitamos ayuda, no para escondernos, sino para evitar un atentado en el que estaba implicado el jefe del CNI español. Lo mató Carlos en defensa propia. Yo estaba allí, tienes que creerme.

—Dame un motivo para creerte, Miguel.

—¿Tienes un ordenador a mano?

—Delante de mis narices —le confirmó Linda.

—Busca información sobre Iran Oil Research, puede que esté clasificada.

Se hizo un silencio interminable. Miguel estaba a punto de colgar pensando en que estaban rastreando la llamada cuando oyó la voz de Linda.

—Vale. Es una empresa iraní que ha estado en el punto de mira de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. Explotó hace unos días y sus directivos aparecieron muertos.

—Nosotros estábamos trabajando con una pista que nos llevó a esa empresa y a su vinculación con la desaparición de una cepa del virus de la viruela que acabó con la vida de decenas de soldados españoles en la base

Miguel de Cervantes, en el Líbano. Tenemos motivos fundados para sospechar que tu país está en peligro. ¿Te suena Anthony Mancuso?

—¿Por qué debería saber algo de ese Mancuso? —repuso ella.

—Era el antiguo director del CDC de Tampa. ¿Sigues en la sede del FBI en Washington?

—No, pedí el traslado a Nueva York por motivos familiares y me lo concedieron.

—Mucho mejor, porque estamos en Nueva York. ¿Podríamos vernos esta tarde?

Otro silencio.

—De acuerdo —confirmó la agente—. ¿Te va bien a las siete de la tarde en la estatua del Toro de Wall Street?

—Perfecto. Allí estaremos. Ve sola y sin trucos. Otra cosa, consigue la información que puedas obtener de Andrés Aguirre. Apunta.

Miguel le dio los datos personales, la dirección y el teléfono de Aguirre.

—Apuntado. Me suena ese nombre, ¿quién es?

—La punta del iceberg, si no nos equivocamos. ¿Podrías conseguir un equipo para intervenir cámaras de seguridad?

—Lo veo muy complicado para esta tarde. Además, tengo que registrar la salida del aparato y justificar en qué lo voy a usar.

—Entonces, mejor no lo cojas del FBI —sugirió Miguel—. Seguro que sabes dónde obtener uno.

—Es posible. Conozco una tienda de comestibles que es una tapadera para la venta ilegal de todo tipo de artefactos de espionaje. Puedo intentarlo, pero saldrá caro.

—Por eso no te preocupes. Tráelo esta tarde y te lo pagamos.

—Te acabo de decir que no sé si lo tendrán —repuso ella con tono de reproche.

—Disculpa —se excusó Miguel—. Haz lo que puedas, no te pido más, pero sobre todo recaba toda la información de la que dispongas del tal Aguirre.

—Lo haré. Nos vemos esta tarde.

—Gracias, Linda. Hasta esta tarde —se despidió Miguel, que colgó.

Volvieron al hotel en metro. Se vistieron con ropa más acorde con la adversa y fría climatología. Salieron en busca de un lugar donde comer, discreto y sin cámaras. Lo encontraron en una bocacalle. Era un restaurante italiano con una suculenta y económica carta gastronómica. Entraron y se sentaron a una mesa apartada de la puerta, con vistas a la estrecha calle,

donde un manto de nieve comenzaba a cubrir las tapas de los contenedores de basura. La decoración y la música ambiental iban acorde con la actividad del establecimiento, con mesas provenzales cubiertas por coloridos manteles de tela, sillas de madera de pino pintadas de azul, paredes repletas de imágenes de platos de pasta y *pizzas*, así como botellas de vino Chianti vacías con la clásica base de mimbre en el centro de las mesas.

Solo había unos cuantos comensales que daban buena cuenta de los platos de pasta. No vieron nada sospechoso; de hecho, desde que llegaron a Madrid nadie los había seguido, pero no podían bajar la guardia.

Un camarero entrado en años se acercó a la mesa.

—*Buona sera*. Buenas tardes —saludó, dejando en la mesa dos cartas con el nombre y la descripción de los platos que servían en el establecimiento—. ¿Ya han decido qué van a beber o prefieren revisar la carta?

—Buenas tardes —respondió Carlos—. Todavía no. Preferimos echarle un vistazo a la carta de vinos.

—Está en la última página —concretó el camarero, dándose la vuelta y caminando hacia la cocina.

—¿Qué tal un Chianti? —propuso Miguel mirando la carta.

—Me parece bien. Yo pediré una *pizza* margarita.

—Yo una marinara. Voy a salir un momento para llamar a Marisa —añadió Carlos, que aún no se había quitado el abrigo que compró en Moscú.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta de salida. Ya en la calle, refugiado de los copos de nieve bajo el techado exterior del restaurante, sacó el teléfono de su abrigo y marcó el número de Marisa.

—Ya era hora. Lo único que sé de ti es por las noticias —reprendió Marisa a su confuso marido.

—Pensaba que me habías dejado claro que no querías saber nada de mí.

—Estaba ofuscada. ¿Qué esperabas? Me dices que regresas a casa y, en lugar de eso matas a un hombre, te vas del país y me haces esconderme con Sonia y Miguelín, como si fuésemos delincuentes.

—Es por vuestra seguridad, ya te lo expliqué. ¿Habéis recibido alguna llamada o visita?

—La de Laureana. Le llamó la atención ver las luces encendidas y se presentó esta mañana. Me reconoció y se ofreció a ayudarnos con la chimenea, puesto que estaba embozada. También nos preparó un guiso de patatas para chuparse los dedos y que Miguelín…

—¿Preguntó por mí? —la interrumpió Carlos.

—Pues claro que preguntó por ti, pero tranquilo, no tiene ni idea de que te están buscando. Dice que desde que llegó internet al pueblo solo ve canales por cable, películas y series.

—¿Y si baja al pueblo? ¿Y sus hijos?

—Sus hijos viven en Madrid y ha nevado mucho. Así que no te preocupes, estamos aisladas y no se puede bajar al pueblo. Menos mal que Laureana tiene de todo, si no nos morimos de hambre y de frío.

—Lo siento mucho, de verdad —se disculpó Carlos—. De haber sabido lo que iba a ocurrir no habría aceptado esta misión. Te juro que…

—No me jures nada. No sé en qué andáis metidos, pero volved con vida. Hay una criatura en camino y necesitará un padre, aunque sea un desastre de progenitor.

A Carlos le pareció oír una risotada, seguramente de Sonia, pendiente de la conversación.

—¿Cómo están Sonia y Miguelín?

—Miguelín encantado, haciendo muñecos de nieve y jugando con la consola. Sonia está muy nerviosa. Imagínate, ha tenido que dejar el trabajo y a sus compañeros, mentirle al colegio diciendo que su hijo estaba enfermo. Su vida, Carlos, ha dejado su vida, y luego está lo de Mi… Vaya, que lo está llevando muy mal.

—Lo lamento de veras, Marisa. Eres lo que más quiero en este mundo. Estoy deseando abrazarte… —Un nudo en la garganta le impedía seguir hablando.

—Pues entrégate, cuenta la verdad —le pidió ella a punto de llorar.

—Lo haré, pero cuando acabemos con esto.

—¿Tan importante es? —se interesó Marisa.

—Lo es. Pueden morir millones de personas.

Marisa comenzó a sollozar y Carlos no encontraba la forma de consolarla, de quitarle el miedo de encima, un desasosiego que también se había apoderado de él.

—Te amo —es lo que alcanzó a decir Carlos antes de colgar.

Entró en el restaurante, cabizbajo y cariacontecido, y se sentó a la mesa, delante de Miguel.

—¿Qué ocurre, Carlos? ¿Están bien?

—Sí —musitó en español; en los espacios públicos utilizaban el inglés para comunicarse.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara? Joder, que hay confianza —bisbiseó Miguel.

Carlos tomó la copa de vino que le sirvió su compañero y la vació de un trago antes de levantar la mirada y continuar hablando.

—Están bien, preocupadas, pero bien.

Carlos le contó a Miguel su conversación con Marisa justo antes de que el anciano camarero les sirviera las dos *pizzas*.

—Será mejor que comamos —sugirió Miguel, apoyando su mano sobre el hombro de Carlos.

Tras el postre —varias raciones de tiramisú acompañado de unas copas de *limoncello*—, salieron en dirección al hotel. La nevada comenzaba a decrecer, aunque el frío era intenso y la nieve empezaba a congelarse, convirtiendo su andadura en una suerte de pasitos alternados con resbalones. Ya en la habitación, Carlos montó el fusil para cerciorarse de que funcionaba a la perfección. Lo volvió a desmontar y lo guardó en la bolsa de mano.

A las seis de la tarde abandonaron el hotel; un taxi les esperaba fuera. Se subieron y llegaron a la calle Broadway en veinte minutos, tiempo más que suficiente para prepararse. El taxi se detuvo junto a la fuente de Bowling Green, el parque más antiguo de Nueva York. En el otro extremo del pequeño parque urbano estaba el famoso Toro de Wall Street, la escultura en bronce de Arturo Di Modica.

Miguel se sentó en un banco mientras Carlos cruzaba la calle para adentrarse en un edificio. Aprovechando que un residente salía, entró antes de que la puerta se cerrase. Tomó el ascensor y subió hasta la última planta. Una vez allí, accedió al rellano que daba acceso al terrado y, con la ayuda de una ganzúa abrió la puerta. Un súbito golpe de aire casi le hizo perder el equilibrio. El viento arreciaba, por lo que caminó con cautela sobre el resbaladizo suelo hasta alcanzar el muro del terrado. Desde allí solo veía edificios, ni rastro de Bowling Green. Se desplazó al extremo opuesto, lo que se saldó con una caída sin consecuencias. Desde allí podía ver el pequeño parque, así que montó el rifle y enfocó con la mirilla telescópica a Miguel, que permanecía sentado en el banco.

—En posición, delante de ti —dijo Carlos, que había fijado un micrófono en su cabeza, a escasos centímetros de su boca.

Miguel, que lo escuchó gracias al diminuto auricular insertado en su oído izquierdo, carecía de micrófono, por lo que alzó la mano derecha con el dedo pulgar apuntando hacia arriba, indicando que había recibido el mensaje. Cuando faltaban cinco minutos para las siete de la tarde, se levantó del banco y caminó hasta el Toro de Wall Street. Entonces, alguien le tocó el hombro, lo que hizo que, de forma instintiva, se volviese dispuesto a responder a una

amenaza, pero se encontró cara a cara con Linda O'Sullivan, vestida con el uniforme del FBI.

—¡Joder, Linda! ¿No podías llamarme por mi nombre? Te gusta asustar a la gente, ¿verdad?

Ella soltó una sonora carcajada.

—Es que con ese bigote y las gafas me ha costado reconocerte.

Carlos había rastreado la zona a través del visor, comenzando por el parque y las calles adyacentes, para seguir con los terrados de los edificios circundantes. Apreció un reflejo en lo alto de uno de esos monstruos de hormigón, enfocó y comprobó que se trataba de una mujer vestida de negro. El reflejo procedía de la mirilla de un fusil que en ese momento estaba apuntando hacia abajo.

—¡Salid de allí cagando leches! Tirador apostado y apuntando.

Miguel agarró el brazo de Linda y tiró de ella, justo en el momento en que la agente escuchó un silbido muy familiar, el de un proyectil a una velocidad de más de mil metros por segundo.

Carlos apuntó y disparó un segundo después de que lo hiciese la tiradora. La bala atravesó el cráneo de la mujer, que desapareció detrás del muro, muerta.

—Abatido el objetivo —escuchó Miguel por el auricular, tumbado en el suelo junto a Linda.

—¿Has venido sola? —se atrevió a preguntar Miguel.

—Pues claro que sí —repuso ella con rotundidad mientras se levantaba, se sacudía el uniforme y localizaba su arma reglamentaria en la funda sobaquera —. ¡Me han disparado! ¿Qué coño está pasando aquí?

—Que tenemos un ángel de la guarda —respondió Miguel apuntando con su mano hacia la posición de Carlos.

—¿No te fías de mí? ¿Acaso pensabas que iba a venir con la «caballería» para deteneros? —repuso ella enojada.

—Lo siento, pero es que ya intentaron matarnos en Madrid. Es una historia muy larga.

—Pues empieza a contármela desde el principio, pero mejor dentro de un bar irlandés que está aquí al lado.

Cuando Carlos entró en el bar y se sentó a la mesa, después de comprobar que no había más amenazas, Miguel ya le había resumido a O'Sullivan la mayor parte de la operación.

—Carlos, te presento a la agente especial Linda O'Sullivan. Linda, te presento al agente de inteligencia Carlos Fernández.

—Encantado de conocerla —saludó Carlos estrechándole la mano a la agente del FBI, una mujer alta y esbelta, pecosa; con facciones británicas y el cabello pelirrojo.

—Miguel me acaba de contar vuestro periplo hasta llegar a Nueva York y yo le he dicho lo que sé. Gracias por salvarme la vida.

—De nada. ¿Le ha dicho a alguien que habíamos quedado en vernos?

—No —respondió la agente.

—Entonces ha debido saltar alguna alarma cuando ha buscado información sobre Andrés Aguirre —afirmó Carlos—. Supongo que lleva un móvil.

—Sí —dijo Linda mostrándoselo, al igual que el equipo de intervención de cámaras de vigilancia.

—¿Puedo tutearte, Linda?

—Por supuesto.

—Entonces, deshazte del teléfono, pero antes haz una llamada a la oficina del FBI diciendo que estás enferma. Puede que esté intervenido. Y vayámonos ya de aquí antes de que nos encuentren.

—¿A dónde? —preguntó Linda.

—Al hotel donde nos alojamos, en Little Italy. Y olvídate de volver a la oficina del FBI, porque si vas arriesgas tu vida. Es probable que tengáis un topo dentro. Llama también a tu familia y diles que hagan lo mismo con los móviles, que los abandonen o los destruyan, y que vayan a esta dirección. —Carlos le tendió la tarjeta del hotel y el Nokia—. Que salgan ya y se lleven solo lo imprescindible, que no hablen con nadie ni abran la puerta a desconocidos.

—No puedo dejar mi trabajo así, de buenas a primeras —refutó ella—. Tengo investigaciones en curso y…

—Acaban de intentar matarte… de matarnos, y no pararán hasta que lo consigan. Has levantado la liebre y te han seguido hasta aquí. ¿Qué más necesitas? —añadió Carlos furioso.

—Está bien —aceptó Linda—. ¿Cuánto va a durar esto?

—Espero que poco. Por desgracia, presiento que el atentado puede ser inminente —dijo Carlos.

La agente llamó al FBI de Nueva York y después a su familia, fue al baño y sumergió su móvil en la cisterna del inodoro, tras lo cual, volvió a la mesa, donde los agentes españoles, ya en pie, estaban pagando la cuenta.

—Linda, vienes conmigo, y tú —dijo Carlos mirando a Miguel—, ve al hotel, espera a la familia de Linda y asegúrate de que les den alojamiento.

—Pensaba que el mando lo tenía yo —dijo Miguel sonriendo—. ¿A dónde vais?

—A hacerle una visita a la tiradora. Igual lleva algún documento que la identifique, puede que hasta un teléfono.

Salieron del bar. Miguel tomó un taxi. Carlos y Linda cruzaron la calle Broadway y entraron en un edificio.

—Agente O'Sullivan. FBI —pronunció Linda mientras mostraba su placa al portero, sin detenerse.

Tomaron el ascensor y alcanzaron la azotea del inmueble. Carlos abrió la puerta con la ganzúa y accedieron al terrado. Frente a ellos, junto al muro que delimitaba el amplio espacio al descubierto, había un cuerpo tendido boca arriba, sobre un charco de sangre que teñía la nieve de un bermellón intenso. Se acercaron apuntando con sus pistolas a derecha e izquierda. El rostro, aunque desfigurado por el impacto de la bala, era el de una mujer de unos treinta años, con los ojos abiertos y una mueca en su boca. Carlos encontró la documentación en el bolsillo del pantalón de la fallecida, le echó un rápido vistazo y la guardó en el bolsillo de su abrigo. Continuó con el registro y localizó el teléfono móvil de la mujer, que empezó a vibrar. Deslizó su dedo sobre la pantalla táctil aceptando la llamada de un tal Rocky.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? ¿Has acabado con ellos? —escuchó al otro lado de la línea.

—Rocky, ¿verdad? Tu amiguita está muerta, y puede que pronto tú también lo estés —amenazó Carlos.

—¿Quién coño eres?

—Tu mayor pesadilla —dijo Carlos, que colgó—. ¿Sabes de alguien de fuera de la agencia que pueda localizar esta llamada? —le preguntó a Linda.

—Conozco a un *hacker* que lo puede intentar, pero podríamos poner en riesgo su vida.

—Eso carece de importancia ahora, porque si no detenemos esto, pronto estará muerto.

—Pues a qué esperamos —le apremió ella.

Ya en la calle, Carlos siguió a Linda. Con paso apresurado llegaron hasta el automóvil de esta, subieron. Con la sirena y las luces estroboscópicas circularon a toda velocidad por las calles de Manhattan. Linda aparcó en un callejón de China Town, se bajaron del vehículo y ella presionó el botón de un interfono.

—Diga.

—Soy Linda. Necesito tu ayuda, Christian.

—Joder. Estoy cenando. ¿No puedes venir mañana?

—No, tiene que ser ahora.

Un zumbido anunció el desbloqueo de la puerta metálica y entraron. Se trataba de un antiguo almacén, vacío, pero con cámaras de vigilancia. La agente condujo a Carlos hasta un montacargas, abrió las puertas correderas, se subieron y las volvió a cerrar; presionó un botón y ascendieron, despacio, muy despacio. El montacargas se detuvo, la agente abrió la puerta y se encontraron en un espacio diáfano con grandes ventanales en una de las paredes, la del fondo. Una cama y las vigas de hierro rompían la monotonía del lugar, sin contar con unas grandes mesas repletas de monitores. Tras una de ellas se encontraba un joven de no más de veinte años, que se levantó cuando entraron en lo que parecía su nicho natural. Era bajito y rechoncho, con una incipiente alopecia a pesar de su edad. Vestía una sudadera negra con capucha y unos holgados pantalones de color naranja. Se apresuró a tirar a la papelera los restos de comida china.

—¿Qué quieres ahora, O'Sullivan? ¿Y este quién es? Ya sabes que no me gustan los desconocidos.

—Es un agente español y no tenemos tiempo para presentaciones —repuso Linda mientras llegaba a las mesas, junto a Carlos—. Necesito que localices las llamadas de este teléfono y a su propietario, y lo quiero ahora.

Linda le entregó en móvil de la francotiradora a Christian. Este lo enchufó en el ordenador y comenzó a teclear.

—Es de una mujer, Adele Peterson.

—Se corresponde —intervino Carlos, que mostró a Linda la licencia de conducir de la mujer que había matado.

—¿Y las llamadas recientes? —inquirió la agente.

—Desde este teléfono se han hecho pocas llamadas. Tampoco es que tenga una agenda muy grande. Debe ser una mujer poco sociable y…

—Por favor, tenemos prisa —le interrumpió Carlos.

—Hay varias llamadas entrantes del mismo número de teléfono, de un tal Rocky… He entrado en el servidor de la compañía de este tipo y os puedo dar su dirección. Es… Apunta tío.

—No es necesario —dijo Carlos, que memorizó la dirección—. ¿Está cerca?

—Sí —contestaron al unísono Linda y Christian.

—A diez minutos en coche. Vámonos —le apremió la agente a Carlos.

Capítulo 16: La huida

Día 12. 28 de diciembre, 20:30 h. Nueva York.

Andreas recibió la noticia en su biblioteca, poco después de cenar. El anciano estaba iracundo. No solo habían fallado en el intento de ejecutar a la agente del FBI y a los dos agentes españoles, sino que estos habían matado a la tiradora y se habían hecho con su documentación y su teléfono, imposible de localizar, pero del que sin duda habrían obtenido información; y lo peor: sabían donde vivía; Andrew le había informado de la extraña entrega de los cruasanes.

Su plan inicial de quedarse hasta el final y huir a la paradisiaca isla de la Polinesia se había ido al traste. Había subestimado a los agentes del CNI y ahora tenía que adelantar su partida, pero el plan seguía adelante. Mandó recoger todo lo imprescindible para el viaje y colocarlo en dos maletas. Había dado órdenes precisas al mayordomo para que no dejase entrar a nadie sin autorización judicial, lo que le otorgaría, al menos, un día más. Se despidió de Andrew y del resto del servicio, dejando entrever que regresaría. Bajó hasta la calle acompañado de su inseparable John, quien llevaba las dos maletas y una mochila. La limusina les estaba esperando. El chófer introdujo las maletas y la mochila en el gran maletero mientras John le abrió la puerta trasera y se sentó con dificultad. El guardaespaldas entró, cerró la puerta al tiempo que lo hacía James, el chófer, quien arrancó con destino al aeropuerto Teterboro, en Nueva Jersey, a diecinueve kilómetros de Manhattan, donde llegaron una hora más tarde. Se dirigieron caminando hacia una puerta accesoria, eludiendo así las cámaras de seguridad de la entrada principal y, sobre todo, el control aduanero. Un agente de seguridad al que había llamado John les condujo hasta un hangar.

Tuvo que renunciar a usar su propio *jet* por precaución, por lo que se vio obligado a alquilar un vuelo privado con destino a Madagascar, evitando así sobrevolar el espacio aéreo de todos los Estados Unidos. Una vez allí, tomaría otro vuelo que lo llevaría a la isla que había comprado con documentación falsa en una pequeña república, en medio del Océano Pacífico, donde nadie lo encontraría.

Linda estacionó el Ford Expedition gris oscuro sobre la acera. Con el arma apuntando al suelo, presionó varios botones del interfono de la puerta de entrada al edificio, ninguno de Rocky. Alguien desbloqueó la cerradura electrónica y subieron por las escaleras pegados a la pared; primero, Linda; tras ella, Carlos, que también había desenfundado su pistola. Al llegar al rellano de la quinta planta, la agente del FBI asomó la cabeza. Vislumbró un largo y ruinoso pasillo, apenas iluminado por las escasas bombillas que aún funcionaban. Avanzaron. Se escuchaban discusiones y una pestilente mezcla de orina y basura les acompañó hasta la puerta que buscaban. Los dos agentes se situaron a ambos lados de la entrada, con sus armas en posición de ataque. El timbre no funcionaba, por lo que Linda golpeó con sus nudillos varias veces la puerta.

Silencio. Nadie contestó.

—FBI. Abra la puerta o nos veremos obligados a entrar a la fuerza —gritó la agente, lo que provocó que varias cabezas se asomasen por diferentes puertas unos segundos, para volver a desaparecer inmediatamente.

Carlos pegó su oreja a la parte inferior de la puerta. No escuchó nada, miró a Linda y negó con la cabeza. La agente se colocó frente a la puerta y la embistió con su hombro, una vez, dos veces, a la tercera la cerradura cedió arrancando parte del marco de madera.

—FBI. Salga con los brazos en alto y las manos detrás de la cabeza —ordenó Linda.

La vivienda estaba a oscuras, solo los rayos de la luna que se colaban por una ventana aportaban algo de claridad a medida que sus retinas se habituaban a la negrura del lugar. Carlos localizó un interruptor y la estancia se iluminó. Se trataba de un salón con decoración de los años setenta. Una cocina se vislumbraba a la derecha y Carlos irrumpió en ella, apuntando con su pistola, sin encontrar a nadie. Al otro lado del salón nacía un pasillo. Entraron en todas las estancias de la vivienda sin hallar a Rocky; había huido. Inspeccionaron meticulosamente la vivienda, y al no descubrir nada de interés, la abandonaron ante la curiosa mirada de una niña con un oso de peluche entre sus brazos.

—Se ha ido —dijo con desparpajo la cría.

—¿Quién se ha ido? —le preguntó Linda en cuclillas, mientras acariciaba el cabello de la niña.

—El señor que vive ahí —dijo señalando con un dedo la puerta descerrajada.

—Me llamo Linda y soy policía, ¿y tú?

—Clarise, señora policía.

—¿Cuándo se ha marchado ese señor?

—No sé, hace un rato.

—¿Iba solo o acompañado?

—Solo lo he visto a él.

—¿Lo conocías, Clarise?

La niña, que no debía tener más de cuatro años, se encogió de hombros.

—Me daba miedo, pero un día me dio un caramelo y ya no le tengo miedo.

—¿Por qué te daba miedo? —intervino Carlos.

—Tiene una marca en la cara muy fea —dijo la niña, llevándose un dedo a la cara y moviéndolo desde la mejilla hasta la mandíbula, describiendo una cicatriz, una quemadura o una mancha de nacimiento.

—¡Dejen en paz a mi hija! —les increpó una mujer rolliza con el pelo grasiento, que se acercó y cogió a la niña en brazos, se dio la vuelta y entró en una de las viviendas, desapareciendo tras un sonoro portazo.

—¿Crees que merece la pena interrogar a los vecinos? —preguntó Carlos.

—No, aquí la policía no es bienvenida. No vamos a sacarles nada sobre Ricky.

—Es lo que imaginaba —afirmó Carlos—. Ese individuo se ha largado. En uno de los armarios faltaba ropa. Creo que a estas horas está muerto o muy lejos de aquí. Será mejor que volvamos al hotel y recapitulemos.

Cuando llegaron al hotel, escucharon una intensa discusión en la recepción. Entraron. Miguel, encolerizado, insultaba al recepcionista delante de la familia de Linda y sin percatarse de su presencia.

—¡Miguel! Déjamelo a mí —le instó la agente federal, que mostró su placa—. ¿Qué sucede?

—Menos mal —dijo aliviado el empleado del hotel—. Este señor —señaló con su dedo a Miguel— pretende que aloje a todas estas personas.

—¿Y cuál es el problema? ¿No tiene habitaciones libres?

El recepcionista, Luis, según constaba en la tarjeta que colgaba del bolsillo de su camisa, señaló con la cabeza un cartel de derecho de admisión donde destacaba una frase: «No se admiten menores de edad».

—Verá, Luis… Esta es mi familia y creo que puede hacer una excepción. De lo contrario, mañana, a primera hora, me aseguraré de que varios inspectores de hacienda y de sanidad se personen en el hotel. Creo que podemos llegar a un acuerdo.

—Deje que haga una llamada, yo soy un mandado.

El recepcionista cogió su teléfono móvil y entró en el cuarto de limpieza. No había transcurrido ni un minuto cuando salió.

—De acuerdo. He hablado con el gerente y no tiene inconveniente en hacer una excepción. ¿Cuántas habitaciones?

Linda miró de reojo a sus familiares, entre los que se encontraba Marion, su hija de diez años.

—¿Tiene habitaciones triples? —preguntó la agente.

—Ahora mismo dos.

—Entonces, tres dobles y una triple.

Luis le entregó las cuatro llaves electrónicas, haciendo hincapié en las correspondientes a las habitaciones triples.

Linda miró a los agentes españoles.

—Luego hablamos. ¿Cuál es vuestra habitación?

—La doscientos dos —respondió Miguel.

Tomaron el ascensor por turnos, primero Linda con parte de su familia, después Carlos y Miguel con el resto. Ya en la habitación, Miguel le relató a Carlos lo que le había contado a Linda en el bar: un resumen de la operación hasta su encuentro en Nueva York. También le dijo que la agente del FBI estaba a punto de informarle de aquello que había descubierto sobre Aguirre cuando Carlos irrumpió en el bar y se la llevó.

Alguien llamó a la puerta.

—Debe tratarse de Linda —dedujo Miguel.

Carlos se aproximó a la puerta con su arma desenfundada, echó un vistazo por la mirilla y comprobó que, en efecto, era Linda. Abrió la puerta y la agente entró.

—Tienes una hija muy guapa —dijo Miguel, sentado en una de las dos camas.

—¿Cómo sabes que es mi hija?

—Porque se parece muchísimo a ti.

—Sí, es guapa y también respondona. No le parece bien que nos hayamos ido de casa para alojarnos es este cuchitril.

—¿Y el resto de la familia? —intervino Carlos—. ¿Te has asegurado que no hayan traído consigo móviles, tabletas u ordenadores?

—Sí, pero comprenderás que no haya hecho un registro exhaustivo. Mis tíos, mis primos y sus familias están confundidos. He hablado con ellos y les he asegurado que es una situación provisional. Cuestión de unos pocos días, porque lo es, ¿verdad? —preguntó mirando a los dos agentes.

—Así es, Linda. Vamos a estar poco tiempo aquí —le aseguró Carlos invitándola a sentarse en la otra cama, la que no ocupaba Miguel—. Y ahora, ¿por qué no nos cuentas lo que has averiguado de Andrés Aguirre y de Anthony Mancuso?

—Andrés Aguirre llegó a Nueva York en 1947, junto a su padre, Oswaldo Aguirre, en un barco procedente de Argentina. El padre fundó una empresa farmacéutica y ambos obtuvieron la nacionalidad norteamericana en 1952. Oswaldo Aguirre llegó a ser una persona muy conocida en la ciudad, donde se codeaba con la élite. Falleció en 1975, dejando a su hijo como dueño y director ejecutivo de la farmacéutica, pero no fue enterrado aquí, sino en Alemania.

Miguel frunció el ceño.

—¿Por qué en Alemania y no en Argentina? ¿En qué cementerio?

—No se sabe.

—Curioso —apuntó Carlos—. Continúa, por favor.

—Nada más llegar, con diez años, su padre lo escolarizó en la prestigiosa escuela Dwight. Siete años más tarde se matriculó en la Universidad de Columbia, donde cursó los estudios de medicina. Aquí empieza lo interesante. Desde su etapa escolar, había entablado amistad con ocho jovencitos. Esta relación se prolongó en el tiempo, hasta la muerte de los ocho. Los nueve crearon algo así como una comunidad secreta, Los Elegidos, de orientación xenófoba. —Los dos agentes cruzaron sus miradas, algo que no le pasó desapercibido a Linda—. Sí, los mismos que firmaron la carta que recibisteis en Moscú, y unos de los motivos por los que empecé a dar credibilidad a vuestra historia. El caso es que se les relacionó con organizaciones supremacistas, la mafia, el Ku-Kux-Klan, incluso con el asesinato de John Fitzgerald Kennedy y varios golpes de estado en Hispanoamérica. Pero fueron investigados por el FBI y no se encontraron pruebas de su implicación. Estamos hablando de varios congresistas y senadores, también de un juez del Tribunal Supremo.

—Ricos e intocables —añadió Miguel.

—Así es —afirmó Linda, resignada—. Aguirre hijo, como su padre, nunca llegó a formar una familia. En cuanto a Anthony Mancuso, se abrió una investigación interna por parte del CDC. A pesar de las sospechas, no se hallaron pruebas de que robase ningún vial de la viruela. Lo iban a cesar por negligencia, pero se anticipó jubilándose. La agencia le hizo un seguimiento durante unas semanas, cuando se dedicaba a pescar y vivía en un barco de su propiedad. El caso es que no se encontró nada sospechoso, ni siquiera en el

registro que se realizó en el barco en una falsa inspección de la Guardia Costera. Por tanto, se dio el caso por cerrado. Después desapareció en el mar. Un accidente, hasta que Miguel me ha contado lo del nuevo director del CDC de Tampa y la llamada con la que localizasteis a Aguirre.

—¿Crees que se podría tratar de un alto cargo nazi? Me refiero al padre —preguntó Miguel—. Viniendo de Argentina, donde se instalaron muchos dirigentes y militares alemanes tras la Segunda Guerra Mundial…

Linda se encogió de hombros.

—Quién sabe. Aunque lo dudo, porque estaban siendo buscados por los aliados para llevarlos ante la justicia, incluso después de los juicios de Núremberg. Oswaldo Aguirre solo se relacionaba con estadounidenses, ninguno afín al fascismo.

—En lo concerniente a Iran Oil Research —continuó Linda—, es un asunto de la CIA. Al parecer, la agencia informó al FBI ante la posibilidad de que la empresa tuviese negocios en los Estados Unidos. Seguían de cerca la actividad de la empresa, pero por la posibilidad de que fuese una tapadera de la carrera nuclear iraní. Ahora niegan cualquier implicación en la explosión de las instalaciones o en el asesinato de los directivos de la empresa.

—Porque fue cosa de Aguirre —dijo Carlos.

—Recapitulemos —propuso Miguel—. Tenemos a un padre, nazi o no, y a su hijo, que llegan a Estados Unidos en 1947. El padre se enriquece y, tras su muerte, el hijo hereda la empresa, una farmacéutica. Andrés Aguirre forma parte de una organización secreta de corte fascista cuyos miembros nunca fueron enjuiciados por sus supuestas actividades. Continúa con su vida de rico. Soltero y sin hijos, sin nada que perder, consigue hacerse con la viruela hemorrágica en Rusia, pero se descubre la trama Caballo de Troya y es abortada por el FSB ruso, que niega, al igual que la CIA, su implicación en la voladura intencionada de las instalaciones de Iran Oil Research, donde se produce a escala industrial el virus. Antes del abordaje del barco que llevaba los viales de viruela a Rusia, todos aquellos relacionados con Caballo de Troya desparecen o son ejecutados, para evitar filtraciones.

Miguel se quedó pensando antes de proseguir con su exposición.

—Por otro lado, nuestro jefe, al tanto de todo, intenta ejecutarnos cuando le informamos de que seguimos una pista en Florida. Desaparecen unos viales de la misma cepa en el CDC de Tampa. El principal sospechoso es ejecutado. Su sucesor recibe una carta que nos lleva hasta Andrés Aguirre; nos ponemos en contacto contigo —dijo mirando a Linda— y una mujer intenta matarnos

de nuevo, y Rocky, el supuesto inductor, huye. Los tres estamos solos y sin posibilidad de ayuda externa. ¿Me dejo algo?

Carlos respondió:

—La empresa farmacéutica. Puede que se haya utilizado para reproducir el virus. Linda, ¿conoces su ubicación?

—Si te refieres a la fábrica, en realidad hay varias distribuidas por todo el país. La más cercana, la primera en fundarse, está en el Bronx.

—Pues deberíamos hacerle una visita —propuso Carlos—. Igual que a Andrés Aguirre. Propongo ir primero a la fábrica, esta misma noche. Contar con una agente del FBI nos debería servir para entrar sin demasiados problemas.

—De acuerdo —afirmó Miguel.

Los dos agentes miraron a Linda, que parecía dubitativa.

—Está bien, contad conmigo. Esperadme en la recepción, tengo que decirle a mi hija que saldré esta noche.

Cuando Linda bajó, salieron del hotel, se subieron al automóvil de la agente y circularon hacia el norte de Manhattan. Cruzaron el río Hudson a través del puente de la avenida Willis, donde un camión de bomberos los rebasó. Se adentraron en una intricada confluencia de calles y tomaron una de ella en dirección este. Empezaron a escuchar el sonido de unas sirenas, llegaron a un polígono industrial y entonces lo vieron: una intensa llamarada ascendía hacia el cielo desde un vetusto edificio de ladrillo. Linda estacionó el coche junto al perímetro de seguridad que había establecido la policía. Bajó y se encaminó a un vehículo policial; mientras tanto, Carlos y Miguel, a petición de la agente del FBI, permanecieron dentro del automóvil, observando el incendio.

Linda entabló conversación con uno de los policías.

—Es la fábrica de Aguirre —dijo Linda de pie y con gesto serio cuando regresó—. Al parecer, ha comenzado a arder hace menos de media hora. El vigilante de seguridad dio aviso a los bomberos, que ahora intentan apagar el fuego.

Una gran deflagración lanzó a la agente contra su automóvil. La onda expansiva había alcanzado a los camiones de bomberos y a las ambulancias que se adentraron en el perímetro de seguridad. Carlos y Miguel salieron del vehículo para atender a Linda, que, tendida en el suelo boca arriba emitía gemidos de dolor. Miguel palpó con cuidado su cuerpo para determinar el origen de sus dolencias. No encontró indicios de fracturas óseas, pero sí varias contusiones en el tórax y el abdomen, además de un corte en la frente

de unos cinco centímetros del que brotaba mucha sangre. Sacó un pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo izquierdo del pantalón, lo colocó encima de la herida y presionó con fuerza para detener la hemorragia. Carlos regresó con un sanitario, este, con la ayuda de los agentes, la tumbó en una camilla que empujó hasta la ambulancia más próxima, donde le suturaron la herida y la exploraron. A pesar de la insistencia en trasladarla a un centro hospitalario para descartar lesiones internas, Linda se negó.

—Gracias, pero estoy mejor. Con un analgésico se me pasará. Si empeoro esta noche, yo misma iré al hospital.

—Lo que usted decida, yo no puedo obligarla —afirmó resignado el médico—. Pero si aumenta el dolor abdominal o de cabeza, ni se le ocurra conducir hasta el hospital. Llame a una ambulancia o que la lleve uno de estos caballeros —dijo mirando a Carlos y Miguel.

—Delo por hecho —aseguró Carlos.

El doctor le administró un analgésico antiinflamatorio por vía venosa, ella se levantó de la camilla, dio las gracias al doctor y a su ayudante y, en compañía de los agentes españoles, regresó a su automóvil. Miguel se anticipó y se sentó en el asiento del conductor. Ella no protestó, ocupó el asiento del acompañante y Carlos el posterior.

—¿Te duele mucho? —preguntó Miguel. Ella asintió—. Necesito que actives el GPS del coche e introduzcas la dirección del hotel.

Linda hizo lo que le pidió Miguel y, tras abrocharse los cinturones de seguridad, abandonaron el lugar.

—Ha sido intencionado, igual que en Irán —afirmó Carlos—. No creo en las casualidades. Ya han sacado el virus de la fábrica, lo que desconozco es si lo han hecho hoy o con anterioridad. Ahora el problema es saber dónde se encuentra Hoffmann y cuándo piensa utilizarlo.

Miguel miró por el retrovisor a Carlos.

—Puedo entender que haya un demente intentando acabar con la vida de millones de personas, pero me cuesta aceptar que haya gente dispuesta a ayudarle.

—¿Después de tantos años en este trabajo te sorprende? —intervino Carlos—. Las voluntades se compran o se consiguen con el miedo o el engaño. Siempre ha sido así.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Linda—. ¿Vamos a por Aguirre?

—No —afirmó Carlos tajante—. Tienes que descansar y a ver cómo pasas esta noche. En cualquier caso, es casi seguro que Aguirre se ha marchado. Fuera cuales fuesen sus planes, sabe que su intento por acabar con nuestras

vidas ha fallado. Ha ordenado arrasar la fábrica. Aunque puede que no sirva para nada, mañana iremos a su vivienda, por si podemos encontrar algo que nos sirva de ayuda para conocer sus intenciones, pero esta noche intentaremos descansar.

Capítulo 17: El plan

Día 13. 29 de diciembre. Little Italy, Nueva York.

Salió del hotel. Era de noche y caminó por calles desiertas de gente. Sin saber cómo, llegó a Times Square, donde no había ni un alma. Miró su reloj, que marcaba las doce de la noche. «Qué extraño. La ciudad que nunca duerme y está todo cerrado», pensó. La ansiedad y el miedo se adueñaron de él. Comenzó a gritar «¿Hay alguien?». No obtuvo respuesta y empezó a caminar, luego a correr por las calles vacías. «¡No!, ¡no!, ¡no!», repetía angustiado. Entonces, escuchó una voz que pronunciaba su nombre, primero a lo lejos, luego a su lado.

—¡Carlos! ¡Carlos! Despierta.

Abrió los ojos y se encontró con los de Miguel. Había tenido una pesadilla. Se encontraba en una habitación, pero ¿dónde?

—Estás sudando y no parabas de gritar. Espero que no hayas despertado a nadie.

—¿Dónde estamos?

—Dónde coño vamos a estar, en la habitación del hotel, en Nueva York —espetó Miguel—. ¿No recuerdas que cuando llegamos me ofrecí a acompañar a Linda a su habitación por si empeoraba? ¿Que ella me dijo que no era necesario y que nos acostamos?

—Sí… ya me acuerdo. La explosión de la fábrica. Ella estaba herida. ¡Mierda! Parecía tan real… Lo siento, Miguel, lamento haberte despertado. ¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana —contestó, mesándose el bigote artificial—. Deberíamos dormir algo más, ¿no te parece? Ya me contarás más tarde lo de la pesadilla. Intenta contar ovejitas y no me des otro susto.

Se habían acostumbrado hasta tal punto a la perilla y el bigote de pega, que ya ni se molestaban en quitárselos antes de acostarse.

Carlos se dio la vuelta en la cama. Avergonzado y desconcertado, se volvió a dormir.

El avión aterrizó en la improvisada pista de tierra. Allí, entre árboles baobab, les esperaba otro *jet*, el que les llevaría a la isla de la Polinesia. Había desestimado la oferta de la compañía de vuelos privados de ofrecerles una azafata, por lo tanto solo quedaba el tripulante de cabina, que se disponía a quejarse de nuevo por el cambio de destino cuando John le disparó en la cabeza, lo arrastró hasta el baño y limpió como pudo los restos de sangre y masa encefálica. Dado que no habían seguido la ruta contratada y que se encontraban en un inhóspito lugar, lejos de cualquier población, la empresa propietaria tardaría días o semanas en localizar su avión, un avión que explotaría en cuanto despegasen.

A cien metros y ajeno al asesinato, les esperaba el tripulante que les llevaría a su destino definitivo, un hombre negro, alto, de unos cuarenta años, con el cabello rasurado y que vestía un uniforme azul, lo que le provocó un mal presentimiento a Andreas.

Tras las oportunas presentaciones, subieron la escalerilla y se sentaron, Andreas junto a la ventanilla y John custodiando las dos maletas en la fila de asientos contigua. El avión despegó y el flamante *jet* en tierra estalló cuando John presionó el botón de un pequeño dispositivo negro del que sobresalía una diminuta antena.

El primero en despertarse fue Carlos. Se vistió sin hacer ruido y bajó al bar anexo al hotel, donde pidió un café y un par de donuts. Se sentó a una mesa y contempló cómo se ponía en marcha la ciudad más importante del mundo, donde se tomaban la mayoría de decisiones económicas que marcarían el devenir del resto de naciones. Se levantó, pidió un par de cafés para llevar, un batido de chocolate caliente y una caja de cruasanes. Pagó y volvió a la habitación.

—¿Dónde estabas? —preguntó irritado Miguel en cuanto lo vio entrar por la puerta.

—Buenos días —contestó Carlos mostrándole las bolsas con el desayuno —. También he comprado para Linda y su hija. No hace falta que me des las gracias. ¿Qué te parece si desayunamos con ellas?

—Primero explícame qué te ha sucedido esta madrugada.

—Solo ha sido una pesadilla —repuso Carlos, restándole importancia. Tampoco le apetecía rememorar una experiencia tan vívida.

—Como quieras —afirmó resignado Miguel—. Voy a la habitación de Linda y le traslado tu invitación.

Miguel llamó a la puerta donde se alojaban Linda y su hija, Marion. Esperó paciente con las bolsas de comida y bebida. Advirtió como lo observaban por la mirilla de la puerta antes de que esta se abriese.

—Buenos días, Miguel.

—Buenos días, Linda. ¿Cómo te encuentras? Carlos ha tenido la deferencia de traernos el desayuno, también para Marion —dijo mostrándole a la niña las bolsas de papel.

Marion, en pijama, se escondía detrás de su madre. No aparentaba ser tan rebelde como había comentado Linda la tarde anterior.

—Es un amigo, hija —aseveró en un intento de tranquilizarla—, y nos está invitando a desayunar. Anda, vístete mientras voy a ver a la abuela, a los tíos y a tus primos. Ahora vuelvo.

Linda cerró la puerta.

—Tengo que ver cómo está la familia —dijo ella—. Por cierto, con el analgésico ya casi no noto dolor.

—Me alegro. No tardes mucho o el café y el chocolate se enfriarán.

—Dame cinco minutos. Quedamos en vuestra habitación.

Miguel asintió, bajó por las escaleras y entró en la habitación, donde encontró a Carlos despejando una de las dos mesitas de noche.

—¿Cómo está Linda? —preguntó Carlos.

—Mejor. En unos minutos vendrá con su hija a desayunar.

Cuando Linda y Marion llegaron, se encontraron con una improvisada mesa entre las dos camas. Sobre la mesa había dos vasos de café y uno de batido de chocolate. Miguel miró a Marion y dio unos golpecitos con la palma de la mano en el borde de la cama, donde se encontraba sentado, pero la niña prefirió sentarse con su madre en la otra cama, lo que obligó a Carlos a levantarse y sentarse junto a su compañero.

—Al menos está caliente, menudo brebaje —se quejó Miguel—. A ver cuándo aprendéis a hacer café.

Linda rio antes de hablar.

—Pues a mí me gusta.

—Donde esté un buen café *espresso* que se quite esto —repuso Miguel alzando el vaso de plástico—. ¿Y el chocolate? ¿Te gusta, Marion?

La niña se limitó a asentir mientras masticaba con avidez un trozo de cruasán.

Carlos miraba la mesita, pensando, ausente.

—¡Eh, tú! Despierta —le increpó Miguel, dándole un codazo en el costado—. ¿Dónde estás? Desde luego aquí no. Disculpadle, Carlos es un buen tipo, incluso simpático, pero a veces se queda en blanco, y más hoy, que ha tenido pesadillas.

Carlos reaccionó a las palabras de Miguel. Le miró a los ojos con una expresión seria, de reproche. Después giró la cabeza hacia Marion.

—No le hagas caso —dijo, sonriendo y llevándose el dedo índice a la sien, girándolo.

Marion rio y su madre le dio un achuchón.

—Ves como son simpáticos, ya te lo dije anoche. Si ya has desayunado, ve a la habitación de la abuela. Es la 306, dos puertas más allá de la nuestra. Tus primos ya están despiertos y puedes jugar con ellos. Luego subo yo.

Marion cogió un par de cruasanes, salió y cerró la puerta.

—Carlos, gracias por el desayuno. La verdad es que tienes mala cara —sostuvo Linda.

—No he dormido bien, eso es todo —dijo él esbozando una sonrisa.

—¿Cuál es el plan para hoy? —preguntó la agente.

—Visitar la vivienda de Aguirre. Como os comenté ayer, ya debe haberse marchado —dijo Carlos—, y aunque lo dudo, puede que encontremos algo que lo implique y que nos ayude a saber cómo, cuándo o dónde se producirá el atentado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que habrá un atentado? —replicó ella.

—Por los indicios. Aguirre se puso en contacto con Mancuso, a quien el actual director del CDC de Tampa afirma haber visto abrir el refrigerador de donde desaparecieron viales del virus. Mancuso es asesinado y una de las fábricas farmacéuticas de Aguirre salta por los aires. El mismo patrón que Caballo de Troya, con la diferencia de que el FSB lo descubre y Aguirre lo sabe. Elimina a todos aquellos que conocen algo del plan, pero no lo aborta. Los rusos intervienen varias cajas con viales de la viruela y se cuelgan una medalla. Fin de la historia para la inteligencia rusa, pero no para Aguirre, que nos hizo seguir un rastro llamado al fracaso a propósito, para ganar tiempo y perpetrar su macabro plan aquí, un plan del que nadie sospecha nada, salvo nosotros.

»Cuando Miguel se pone en contacto contigo y empiezas a investigar saltan las alarmas. Aguirre nos localiza y ordena asesinarnos, pero sale mal, nos pierde la pista y por primera vez es consciente de que vamos por delante de él. Blanco y en botella.

—¿Qué significa blanco y en botella? —preguntó Linda.

—Es una expresión popular en España. Significa que es obvio —contestó Miguel.

—Obvio e inminente —añadió Carlos—. Pronto, la investigación policial encontrará algún indicio, descubrirá que hay trabajadores desaparecidos y atará cabos, pero antes de que eso ocurra se producirá el atentado —sentenció —. Y ahora vayamos al domicilio de Aguirre.

Linda tardó algo más de media hora en llegar. Estacionó el vehículo en un *parking* subterráneo de la Séptima Avenida, a menos de quinientos metros de su destino. Los tres agentes tomaron el ascensor y salieron a la calle, donde columnas de vapor emergían de las rejillas del alcantarillado. En cinco minutos se encontraron frente al exclusivo edificio. La agente localizó en la acera la trampilla destinada a las líneas telefónicas y de comunicación. Vestida con el uniforme del FBI, se plantó en medio, delante de la portezuela que en ese momento estaba abriendo Miguel. Los dos agentes descendieron los peldaños de una escalerilla metálica hasta llegar al fondo, encendieron la linterna que les había prestado Linda y buscaron el cajetín de cableado del edificio. Lo encontraron a unos pocos metros, rompieron el precinto de seguridad, lo abrieron y localizaron la conexión del ático de Aguirre. Conectaron el dispositivo para intervenir las cámaras de seguridad y, tras unos segundos, en la pantalla del aparato fueron apareciendo de forma alternativa las imágenes de video de las distintas estancias. En la cocina había una mujer con facciones latinas, frente a la isla y cortando unas verduras; en la biblioteca, un hombre sentado y leyendo un libro, el mayordomo; en una de las habitaciones, otra mujer, más joven que la cocinera y que pasaba la aspiradora.

Miguel grabó las escenas de todas las estancias donde había cámaras de seguridad con el dispositivo y las reprodujo en bucle. De esa manera, las cámaras no grabarían su inminente visita a la vivienda de Aguirre. Salieron a la calle y, junto con Linda, se presentaron en la puerta principal. La agente presionó el botón del ático. Pasaron unos segundos hasta que la luz LED de la cámara se activó y escuchó la voz de un hombre.

—Buenos días. ¿Qué desea?

Ella colocó su placa delante de la cámara.

—FBI. Abra la puerta.

Un zumbido anunció el desbloqueo de la puerta del edificio. Una vez dentro, el portero, un hombre de unos sesenta años, delgado, con el pelo canoso y peinado hacia atrás, hizo un amago de levantarse, pero cuando Linda

pasó junto a él, precedida de Carlos y Miguel y mostrando su acreditación, el anciano frustró su intento de incorporarse. Entraron en el ascensor y Carlos pulsó el botón del ático. La puerta corredera del elevador se abrió y se encontraron con un amplio recibidor con varias plantas ornamentales, un sofá y una mesita, así como varios cuadros de escenas de caza que debían costar el sueldo de varios años de los tres agentes. La puerta de acceso a la vivienda ya estaba abierta y tras ella se encontraba un hombre espigado que aparentaba menos edad de la que tenía. Vestía un impecable traje de mayordomo: pantalón gris marengo a rayas negras, camisa blanca con cuello *wing* y puño doble; corbata negra con nudo Windsor, chaleco gris plata y levita negra; zapatos negros de cordones y guantes blancos de algodón.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles? —les saludó con un marcado acento británico.

—Buenos días. Soy la agente especial O'Sullivan, y estos caballeros son compañeros míos. Queremos hablar con Andrés Aguirre.

—Lo lamento, pero el señor Aguirre no se encuentra en casa en estos momentos. Ya se lo dije ayer a los policías que vinieron.

—En tal caso, tenemos que entrar para realizar una inspección —dijo Linda con gesto serio.

—¿Me puede mostrar la orden judicial? —repuso el mayordomo, que ya había perdido el aplomo inicial—. Sin orden judicial no pueden entrar. Los policías lo comprendieron y me informaron de que volverían con la orden. Así que…

—¿Le sirve esta? —le interrumpió Carlos, apuntándole con su pistola—. ¿Cómo se llama?

—Andrew —contestó, dando un paso hacia atrás y con las manos a la altura de la cabeza, al tiempo que Linda lanzó una mirada fulminante al agente español.

—Andrew, no tenemos mucho tiempo —continuó Carlos—. ¿Verdad que va a ser buen anfitrión y nos va a facilitar las cosas?

El mayordomo asintió y, sin bajar las manos, les franqueó el paso.

—Por favor, vaya delante —le dijo Carlos.

—Estamos cometiendo varios delitos: allanamiento y amenaza con arma de fuego —le susurró Linda a Carlos.

—Lo sé. Tú eres una agente del FBI, pero nosotros somos espías y no nos regimos por los convencionalismos —musitó Carlos.

Linda chasqueó la lengua, sacó de su chaqueta tres pares de guantes de nitrilo, se puso un par en sus manos y les ofreció los otros dos a Carlos y a

Miguel. El mayordomo intentó evitar las estancias donde en esos momentos se encontraban las dos empleadas, pero Miguel le exigió exactamente eso.

Al entrar en la cocina encañonada por un extraño, la cocinera no pudo reprimir un grito. Carlos se llevó el dedo índice a la boca, indicando a la mujer que se mantuviese en silencio. El chillido llamó la atención de la limpiadora, que corrió hasta la cocina. Nada más entrar, Miguel, que se había situado junto a la puerta, la interceptó, le tapó la boca con su mano y la inmovilizó.

—¿Verdad que vas a ser una buena chica y no vas a gritar cuando te quite la mano de la boca?

La limpiadora, temblorosa y aterrada, asintió con la cabeza.

Cuando Miguel la liberó, esta corrió hacia donde se encontraban la cocinera y Andrew para abrazarlos, sollozando.

—No tenemos la más mínima intención de hacerles daño —dijo Carlos, aún con la pistola en la mano—, pero para ello deben colaborar. ¿Queda claro?

Los tres improvisados rehenes asintieron.

—¿Nos pueden decir sus nombres? —preguntó Miguel—. A Andrew ya lo conocemos.

—Yo soy Ángela y ella es Daisy —dijo la cocinera.

—¿Sois empleados a tiempo completo o venís cada día a trabajar para Aguirre? —prosiguió Miguel.

—Los tres vivimos aquí —aclaró Andrew—. Pero tenemos un día libre a la semana, el domingo. Ellas lo aprovechan para visitar a sus familiares y yo lo destino a actividades culturales.

Carlos cacheó al mayordomo y Linda a las dos mujeres, buscando teléfonos móviles o cualquier elemento cortante. Introdujeron todos los objetos que encontraron en una bolsa de plástico que Carlos metió en su mochila. Les obligaron a sentarse en el suelo y los inmovilizaron colocándoles unas bridas en los tobillos y las muñecas, con las manos detrás de la espalda. Asimismo, les introdujeron un trapo de cocina en la boca y lo fijaron con cinta americana que había cogido Linda del coche.

—Ahora toca buscar —dijo Carlos no muy convencido—. Yo iré a la biblioteca que parece utilizar Aguirre como despacho, vosotros revisad el resto de cuartos.

A la biblioteca se accedía a través de una puerta corredera de doble hoja con cristales translúcidos. Nada más entrar, Carlos quedó deslumbrado ante la visión de la imponente biblioteca. La pared que daba a la calle disponía de

acceso a una gran terraza; delante, una amplia mesa de madera noble hacía las veces de escritorio; tras ella, una silla ergonómica de piel; al otro lado, un par de sillas similares. Una lámpara de mesa de estilo *vintage* de color verde con pie cromado destacaba sobre el escritorio, justo encima de un vade de piel que Aguirre debía usar para escribir. Un porta notas, varias bandejas para folios, un cubilete repleto de estilográficas, bolígrafos y rotuladores, así como un teléfono completaban la mesa. Le llamó la atención la ausencia de un ordenador, un fax o una impresora.

El suelo era de madera oscura y barnizada, lo que le otorgaba un refinado estilo. En una de las esquinas había una mesa baja con una lámpara de pie acoplada y un sofá individual de terciopelo verde oscuro, así como un mueble bar con frigorífico incluido. Las dos paredes laterales estaban repletas de libros perfectamente alineados en las estanterías y protegidos del polvo con cristaleras.

Lo primero que hizo fue registrar los cajones del escritorio, para su sorpresa sin cerraduras. La mayoría estaban vacíos, el resto contenían documentos relativos a su actividad profesional, nada que le fuese de ayuda. Bajo la mesa había una trituradora de papel y una papelera; al examinarla, encontró un trozo de papel en el fondo, perfectamente recortado. Lo sacó y leyó el contenido, una frase inconexa. Miró la trituradora y dedujo que Aguirre, antes de marcharse, se había deshecho de información impresa.

Se dirigió a la pared de la izquierda y, con su visión fotográfica rastreó los libros. La mayoría eran clásicos, de filosofía e historia, algunos incunables. Acto seguido, hizo lo mismo con la pared opuesta, la que estaba junto a la mesita y que presidía una chimenea de piedra. En unas de sus baldas le llamó la atención un libro. Su mirada se detuvo de forma automática, era estrecho en comparación con los que lo rodeaban y sobresalía un par de centímetros. Agudizó la vista y le pareció ver un título en alemán en el lomo. Abrió la puerta de vidrio e intentó alcanzarlo sin conseguirlo. Solo unos centímetros separaban su mano del libro. No encontró ninguna escalera y salió al pasillo.

—¡Linda! ¡Miguel! —vociferó—. Cuando los dos agentes llegaron hasta él preguntó:

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada —negó Linda.

—Yo tampoco —aseguró Miguel—. He revisado el baño principal y el dormitorio de Aguirre. Lo único que puedo confirmar es que ese hombre tiene un gusto exquisito, tanto el mobiliario como la ropa lo corroboran. Me ha llamado la atención la ausencia de fotografías.

—Es curioso, porque en el despacho tampoco había ninguna fotografía —añadió Carlos, que miró a Linda, quien negó con la cabeza—. Se las habrá llevado, lo que implica que no piensa volver, al menos en un tiempo, y eso reafirma que estoy en lo cierto en cuanto al ataque biológico y su inminencia. Puede que incluso lo haya adelantado a la fecha prevista, sabedor de que, más pronto que tarde, la policía lo descubrirá. Miró a Linda, la más alta de los tres.

—¿Cuánto mides?

—¿En pies o en centímetros?

—Da lo mismo.

La agente le dijo su estatura a Carlos: un metro noventa, cinco centímetros más que él. «Suficiente», pensó.

—Acompáñame. Necesito que cojas un libro que yo no alcanzo.

Carlos le indicó el libro, Linda se apoyó sobre la punta de sus pies, aumentando así unos centímetros el alcance de su mano, retiró el libro y se lo pasó a Carlos.

—¡Joder! ¡Si es el *Mein Kampf*¡ —espetó Miguel.

—Y en alemán —apuntó Carlos tras ojear las primeras páginas—. Hay una dedicatoria, también en alemán: «Para el jovencito Andreas Hoffmann. Espero que disfrutes de la lectura del libro que todo patriota debe leer y memorizar». Y la firma nada menos que Alois Brunner, desaparecido tras la segunda guerra mundial y el brazo ejecutor de Adolf Eichmann, el arquitecto de la solución final en los campos de exterminio. La edición es de 1941.

Del libro cayó un pequeño sobre amarillento que se apresuró a recoger del suelo Linda. Lo abrió y extrajo un papel.

—¿Qué hay escrito? —preguntó Miguel.

—Los nombres de Los elegidos, seguidos de unas fechas y una cruz cristiana. Creo que se trata del día de su defunción.

Miguel tomó el libro entre sus manos y lo sacudió, pero no cayó nada más de él. Fue pasando las hojas por si había algo escrito o subrayado. No encontró nada y negó con la cabeza, mirando a Carlos.

—Parece que ya sabemos el verdadero nombre de Aguirre: Andreas Hoffmann —intervino Carlos—. Su padre y él debieron huir a Argentina, como muchos altos mandatarios nazis que encontraron refugio en España, Sudamérica e incluso en países árabes. Pero eso ahora mismo da igual. Tenemos que hablar con Daisy.

—¿Con quién? —le interpeló Miguel.

—Con la limpiadora —le aclaró Linda.

Ya en la cocina, Carlos quitó la mordaza a la empleada.

—¿Dónde deposita la basura, en concreto la de la papelera del despacho de su jefe?

—La lanzo dentro de una bolsa por la trampilla que tienen delante —dijo, intentando girar la cabeza para señalar el lugar—, junto con la de los residuos orgánicos y la destinada a los envases. El señor no está de acuerdo con el reciclaje, dice que es un negocio, pero lo hago por el medio ambiente, ya sabe, la contaminación… Amalia, la limpiadora del edificio, se encarga de llevarlas a sus respectivos contenedores.

—¿Dónde están esos contenedores y con qué frecuencia los vacían los empleados municipales? —preguntó Carlos, nervioso y ante la curiosa mirada de Miguel y Linda, que no entendían el propósito del interés de Carlos por la basura.

—Frente a la entrada de servicio. El contenedor de basura orgánica lo vacían a diario, pero los otros no. Al menos es lo que me comentó Amalia —contestó Daisy.

—¿De qué color es la bolsa? —se interesó Carlos.

—Azul claro, como el resto —respondió ella.

Carlos volvió a amordazarla.

—Una última pregunta. ¿Aguirre utilizaba un ordenador en su despacho o en algún otro lugar de la casa?

Los tres negaron con la cabeza.

—Ahora nos tenemos que ir. Si no los liberan antes de dos días, llamaremos a alguien para que lo haga —dijo Carlos, lo que provocó la agitación del mayordomo y el llanto ahogado de las dos mujeres.

—Falsa alarma —le dijo Linda al recepcionista sin detenerse, mientras caminaban por el vestíbulo en dirección a la salida.

Localizaron los contenedores donde les había dicho la limpiadora. Carlos destapó el destinado al papel y cartón, se apoyó en el borde, cogió impulso y se adentró ante la curiosa mirada de algunos viandantes.

—¿A qué viene tanto interés por la basura? —preguntó Miguel sin obtener respuesta.

Carlos se tranquilizó al percatarse de que el contenedor estaba casi lleno, por lo que dedujo que no lo habían vaciado, al menos antes de que se fugase Aguirre, pero maldijo para sí mismo que hubiese tantas bolsas de color azul claro. Fue desgarrándolas una a una hasta que encontró la que contenía los papeles triturados. Aun así, siguió buscando, por si otro vecino también había decidido eliminar documentos con una trituradora de papel. Era la única, se la pasó a Linda, salió del contenedor y se quitó los guantes de nitrilo.

—Aguirre, Hoffmann, o como coño se llame, se deshizo de documentación antes de marcharse —dijo Carlos.

—¿No pretenderás que intentemos recomponer esto como si fuese un puto puzle? —protestó Miguel.

Carlos miró a su compañero.

—¿Se te ocurre algo mejor?

Miguel se encogió de hombros, cariacontecido. Linda tampoco dijo nada.

—Pues entonces, ¿a qué esperamos? —les apremió Carlos—. Nos espera una tarde muy entretenida.

Llegaron a la isla, su isla. La podía ver a través de la ventanilla, con la pista de aterrizaje provisional rodeada de cocoteras. Una pista que desharían los operarios nada más aterrizar. Durante el largo vuelo, John, pistola en mano, había obligado al piloto a desviarse de la ruta y a volar bajo para evitar que lo localizasen los radares, lo que les había hecho ganarse varios bocinazos de otros tantos buques de carga y de un petrolero.

Tomaron tierra con dificultad en la pista cubierta de hierba y gracias a la pericia del piloto que, en cuanto detuvo el *jet*, recibió un disparo en la nuca. Primero salió del avión John, que ayudó a descender por la corta escalerilla a su jefe.

Un Jeep Wrangler de color verde paró junto a la escalerilla. Subieron al todoterreno, el conductor arrancó y se adentró en la jungla siguiendo una senda bacheada hasta llegar a una casa colonial perfectamente camuflada con el entorno. Por encima de la selva, Andreas podía divisar la colina, a menos de un kilómetro. Había sido horadada para crear el laboratorio con todo lo necesario para producir a escala industrial el virus, que aguardaba dentro de un pequeño congelador portátil en una de las dos maletas; la otra, aparte de ropa y medicación, contenía una considerable cantidad de lingotes de oro. Ocho décadas después, él estaba emulando a su padre cuando huyeron de Alemania. Sonrió al recordarlo y entró en la vivienda acompañado por John.

Linda estacionó el vehículo a unos metros del hotel. Cuando estaban llegando a la entrada, vio a su familia comiendo en el bar anexo. Entró y habló con ellos, dedicándole más tiempo a su hija, que parecía enfurruñada.

—¿Pido algo para llevar y comemos en vuestra habitación? —preguntó la agente al salir.

—Quédate con tu hija. Nosotros encargaremos una *pizza* y empezaremos a reordenar los recortes en la habitación —sugirió Carlos sin esperar la opinión de Miguel.

—Lo siento y gracias. Está en una época muy mala —dijo girando la cabeza hacia el bar—. Enseguida estoy con vosotros.

—No te preocupes —la tranquilizó Miguel—. Tómate el tiempo que necesites. Total, dudo que encontremos nada entre tanto papelito.

Eran las cinco de la tarde cuando Linda llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de los agentes españoles. Carlos le franqueó la entrada y cerró la puerta. El envase de cartón de la *pizza* estaba en la papelera, junto a dos latas de cerveza. Encima de las camas, una suerte de *collage* cubría la superficie. En el suelo también había fragmentos de papel.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó ella.

—De momento estamos intentando juntar los trozos que conforman cada hoja —respondió Miguel sin dejar de mirar la infinidad de fragmentos de papel que recubrían casi por completo el edredón de su cama.

—Échale una mano a Miguel, yo me apaño solo —sugirió Carlos—. Ese cabronazo es muy listo. Ha triturado todo lo que ha podido, incluso prospectos de medicamentos. No estaba seguro de que no encontrásemos los documentos que lo implicasen o que pudieran servir para impedir el ataque biológico. Empiezo a pensar que se los ha llevado consigo.

Carlos volvió a mirar los fragmentos de papel que cubrían su cama. De pronto, su memoria fotográfica se activó. Sus ojos iban de un lado a otro de manera vertiginosa. Sus manos comenzaron a recoger recortes y a ordenarlos sobre la almohada. De vez en cuando, iba a la otra cama, donde se afanaban Linda y Miguel, y, ante la mirada atónita de estos, se apropiaba de algunos papeles que colocaba con el resto. Completó un folio manuscrito, lo leyó y siguió con su frenética actividad. Para entonces, Miguel y Linda ya había dejado de buscar, observaban anonadados cómo Carlos comenzaba a completar otra hoja. Cuando finalizó, echó un último vistazo a ambas camas.

—He encontrado algo —habló al fin—. La primera es una carta de un tal Larry Ellison —dijo señalando a la izquierda de la almohada—. La leo.

> «Todo en orden. Suelo acudir cada año y nadie sospechará de un bombero. Ya me llegaron los dispositivos.
>
> Estoy deseando darle su merecido a tanto cretino. A la hora acordada comenzaré a soltarlos y abandonaré el lugar. Aunque con tanta gente puede que no llegue a la hora prevista para confirmarles por teléfono que la operación ha tenido éxito. Lo haré desde una

cabina telefónica, como me indicaron. Después iré al punto de reunión en el muelle.

Si hay algún cambio de última hora, les pido que me lo comuniquen por el conducto habitual.

Atentamente.

Larry Ellison».

Miguel miró a Linda.

—Es un bombero el que perpetrará el atentado y tenemos su nombre.

—¿Estás insinuando que llame a todos los parques de bomberos de Nueva York y que pregunte por Larry Ellison, si es que es aquí donde se producirá el atentado?

—Nosotros te ayudaremos con las llamadas —se ofreció Miguel—. Nos haremos pasar por antiguos amigos de Ellison. Tú puedes hacer lo mismo.

—No —intervino Carlos—, es demasiado arriesgado. Si algún empleado del cuerpo de bomberos le dice que han preguntado por él, tomará más precauciones, puede que incluso aborte el atentado.

—¿Y no se trata precisamente de eso, de que no se produzca el ataque? —replicó Linda.

—Es una posibilidad, pero no hay ninguna garantía mientras no encontremos a ese sujeto —le corrigió Carlos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Miguel con tono reprobatorio.

—Encontrarlo. No hay rastro de ningún sobre de cartas, lo que nos habría venido de perlas para conocer el origen del manuscrito. O lo tiró a la basura con anterioridad o lo recibió en otro lugar. Creo que al viejo no le va mucho la tecnología, ya habéis visto cómo negaban sus sirvientes la presencia de un ordenador o una impresora en la vivienda. Apuesto a que sigue usando uno de esos antiguos teléfonos móviles con teclas y que…

—El despacho —dijo de pronto Linda—, mejor dicho, su despacho en el edificio de Aguirre Inc.

—¡No jodas! —se quejó Miguel—. O sea, que Aguirre tiene un edificio de una corporación y lo dices ahora.

—Lo siento. Igual todavía estamos a tiempo de hacerle una visita, está a tres manzanas de aquí.

—¿Pará qué? —dijo Carlos—. Seguro que Aguirre no ha dejado ni una sola prueba que lo incrimine. Además, la policía ya debe haber hecho un registro, igual que en su ático.

El inspector Thomas Robinson había llamado al timbre de la puerta varias veces sin obtener respuesta. El dispositivo estaba compuesto por él, su ayudante —el subcomisario Alejandro Gómez—, y seis efectivos más, el doble que en un registro normal, pero es que el ático de Aguirre tenía una extensión descomunal, según había comprobado en el registro de la propiedad. Se dirigió por señas a uno de los policías, el más corpulento, que llevaba un ariete de hierro con asas y le instó a utilizarlo. A pesar de la fortaleza de la puerta blindada, esta cedió en la segunda embestida, haciendo saltar fragmentos del marco. Entraron y se situaron en un lado del enorme recibidor, pegados a la pared y con las armas desenfundadas apuntando al suelo.

—¡Policía! Salgan despacio y con las manos en alto.

El silencio era absoluto. Los policías, precedidos por el comisario, avanzaban con lentitud por el pasillo, junto a las paredes. A pesar de ser mediodía, todas las luces de las estancias que iban encontrando estaban encendidas. Una especie de gemido ahogado se escuchó cuando llegaban al final del pasillo, procedía de una puerta a su izquierda.

—¡Policía! Salgan con los brazos en alto y no les sucederá nada —repitió el inspector.

Ahora eran varios los gemidos que se escuchaban. Robinson asomó la cabeza un instante por la puerta abierta y pudo ver a tres personas inmovilizadas y sentadas en el suelo: el mayordomo que el día anterior había exigido una orden de registro y dos mujeres. Señaló con el dedo a seis policías y les indicó que registrasen el resto de la vivienda. Él y el subcomisario Gómez, su mano derecha, entraron en la cocina apuntando a derecha e izquierda con sus pistolas reglamentarias.

—Les voy a quitar las bridas y las mordazas de sus bocas —dijo el comisario con un tono apacible y mostrando una pequeña tijera—. Cuando acabe, quiero que se levanten con las piernas separadas y las manos en alto.

Robinson los cacheó e hizo un gesto negativo mirando a Gómez, que bajó su arma.

—Esta es la orden de registro —exhibió Robinson—. Ahora voy a hacerles una serie de preguntas. Respondan solo a lo que les pregunte. Comenzaré por usted, Andrew, ¿verdad? Siéntese, por favor. Alejandro, acompaña a las señoras fuera de la cocina y cierra la puerta al salir.

El mayordomo, aún tembloroso, se sentó en una de las seis sillas que rodeaban la amplia mesa de la cocina. El inspector iba a acomodarse en otra silla cuando recibió una llamada en su teléfono móvil. Descolgó.

—Inspector, soy White, de Criminalística. Además de los cadáveres hallados en el interior de la fábrica, se ha encontrado un acelerador de incendios, en concreto un disolvente parafínico, además de restos de ciclotri metilentrinitramina.

—White, no soy químico.

—Perdón. También se conoce como C1 o T4. Es un potente explosivo que…

—Sí, lo conozco —le interrumpió el inspector—. O sea, que ha sido intencionado.

—Eso parece, inspector.

—¿Se sabe ya el nombre de las víctimas?

—El equipo de forenses está trabajando en ello. Los cuerpos estaban mutilados y calcinados. Al parecer, se encontraban donde se originó la deflagración. Todavía se están recuperando restos de los cadáveres en la fábrica farmacéutica. De momento, se sabe que al menos son seis los fallecidos.

—Más bien diría que asesinados —concretó el inspector.

—Se han recibido varias llamadas de familiares de algunos empleados de la fábrica, preocupados porque no regresaron a casa. La mayoría afirman que eran científicos.

—Farmacéuticos, imagino.

—No exactamente. Se trata de virólogos, inmunólogos y un ingeniero genético, al menos tres de ellos. La identificación va a tardar. No va a quedar más remedio que recurrir a las muestras de ADN en varios de los finados.

—Gracias, White. Mantenme informado de cualquier novedad —dijo antes de colgar.

Robinson se sentó frente al mayordomo. El inspector sacó una pequeña libreta y un bolígrafo y los dejó sobre la mesa.

—Andrew, ¿desea tomar algo? ¿Quizás un vaso de agua?

—No, gracias.

—Como prefiera. ¿Me puede decir qué ha pasado aquí? ¿Dónde está el señor Aguirre?

El mayordomo le explicó al inspector los hechos con todo detalle, al menos lo que creía recordar. También le reiteró que Aguirre estaba de viaje y que desconocía su destino. Entretanto, Robinson no dejaba de tomar notas en su libreta.

—O sea, que una agente del FBI se presentó mostrándole su placa y, al pedirle la orden judicial, uno de los dos hombres que la acompañaban le

encañonó con una pistola. —El comisario extrajo su móvil y comenzó a manipularlo. Antes de dos minutos le mostró la pantalla a Andrew—. ¿Era este el uniforme de la agente federal?

—Sí, el mismo —aseguró el mayordomo.

Robinson amplio la imagen y se la volvió a mostrar al mayordomo, quien frunció el ceño al comprobar que se trataba de un disfraz que se vendía por internet.

—No se preocupe, suele pasar. También se venden disfraces de la policía de Nueva York, pero al igual que el del FBI y otros de las fuerzas de seguridad, las copias no son exactas, de lo contrario, incurrirían en un delito, tanto los vendedores como los compradores. Son pequeños detalles que pueden pasar desapercibidos para aquellos que no están familiarizados con los uniformes —apuntó el comisario, que volvió a buscar en su teléfono—. ¿Y la placa, era como esta?

—No estoy seguro, solo me la mostró un segundo.

—¿Apreció en algún momento que la agente se sintiese intimidada o intranquila?

—No, hablaba con los hombres con absoluta normalidad.

El inspector, que ya había dejado de tomar notas, inspiró antes de proseguir.

—¿Se fijó en si llevaban guantes?

—Ahora que lo dice, creo que sí, de color azul.

—¿Cómo este? —Robinson sacó un guante de nitrilo del bolsillo de su chaqueta y lo expuso sobre la mesa.

—Yo diría que sí —respondió el mayordomo.

—¿Estaría dispuesto a describir el aspecto de la mujer y de los dos hombres?

—Por supuesto. La agente… la mujer tenía el pelo…

—No lo hará aquí —le interrumpió Robinson—. Tenemos que hacer un retrato robot, y para ello deberá acompañarnos a comisaría, donde está el especialista con su equipo informático. ¿Le supone algún problema?

—En absoluto, siempre que no implique estar todo el día fuera de la vivienda.

—No suele tardar más de media hora, pero al tratarse de tres testigos nos llevará más tiempo. Los tres estarían de vuelta para el almuerzo. Iremos a hablar con el chófer. Me dijo ayer que debería estar en la limusina estacionada en el aparcamiento.

Andrew asintió. El comisario le pidió que abandonase la cocina, interrogó a la cocinera y más tarde a la limpiadora. No encontró contradicciones entre lo que le había contado el mayordomo y las dos mujeres, salvo por un detalle: la limpiadora le contó el interés de los asaltantes por la bolsa de basura para el papel. Instó a los tres empleados a permanecer en la cocina y cerró la puerta, tras lo cual, se reunió con los seis agentes y su ayudante en el pasillo.

—Está todo patas arriba —intervino uno de los policías—. Han hecho un registro exhaustivo de toda la vivienda.

—Sobre todo en la habitación principal y en la biblioteca, que hace las veces de despacho. Ni rastro de ordenadores, tabletas o móviles —comentó otro agente, el restó asintió—. Hay multitud de huellas dactilares. ¿Quiere que tomemos muestras?

—No será necesario, llevaban guantes. ¿Pero qué buscaban y por qué? —murmuró Robinson—. Matthew, baja un momento a revisar los contenedores de basura del edificio, en concreto el de papel. Por otro lado, me acaban de comunicar que el incendio fue provocado, igual que la explosión posterior. Como temíamos, han confirmado la muerte de al menos seis personas, al parecer, técnicos cualificados.

Matthew regresó antes de cinco minutos y, resollando, se dirigió al comisario.

—Alguien ha desgarrado las bolsas con el papel.

—¡Joder! —se lamentó Robinson—. Ya sabemos que buscaban: información.

»Lewis. Céntrate en la identificación de los asesinados.

»Caroline. Intenta encontrar si alguien ha comprado un uniforme del FBI femenino en las últimas cuarenta y ocho horas, tanto en las tiendas de disfraces de la ciudad como por internet.

»Matthew. Localiza el paradero de Aguirre.

»El resto, a trabajar en lo que pueda esconder Aguirre: sus últimos movimientos, las finanzas personales y empresariales, también sus conocidos.

Los agentes abandonaron la vivienda, todos excepto Gómez, que se quedó con los empleados mientras Robinson se dirigía al estacionamiento subterráneo del edificio para hablar con el conductor.

Salió del ascensor y buscó la limusina, una Mercedes S600 Pullman. La encontró estacionada en una de las enormes plazas del aparcamiento. Se encaminó hacia el vehículo y, al llegar a su altura, vio al chófer con la cabeza inclinada hacia abajo, embelesado con su teléfono móvil y ajeno a su presencia. Golpeó con los nudillos la ventanilla del conductor sacándolo de su

ensimismamiento. Le mostró la placa de policía y esbozó una sonrisa. El chófer dejó el teléfono en la bandeja situada bajo el panel de instrumentos y bajó la ventanilla.

—¿James Anderson? Soy el inspector Thomas Robinson y quería hacerle unas preguntas. ¿Le importa si me siento en el asiento del acompañante, junto a usted? Siempre he querido saber qué se siente al sentarse dentro de una limusina.

El chófer hizo un amago de salir del coche, pero Robinson se lo impidió apoyando su mano sobre el marco de la puerta.

—No es necesario que me abra la puerta, no soy su jefe —ironizó Robinson, que rodeó la parte frontal del vehículo. Abrió la puerta y la cerró tras acomodarse en el asiento—. La verdad es que es muy amplio, y cómodo —dijo mirando al conductor, todavía desconcertado por la presencia del inspector—. ¿Adónde llevó ayer por la noche al señor Aguirre?

—¿Me puede mostrar de nuevo su identificación? —le preguntó Anderson.

Robinson chasqueó la lengua, sacó la cartera del bolsillo de su chaqueta y la abrió.

—¿Satisfecho? Ahora respóndame —dijo con un tono firme y fijando su mirada en la del conductor.

—Al aeropuerto de Teterboro.

—¡Guau! A Nueva Jersey. Y supongo que le acompañaba su guardaespaldas, John Green.

—Así es. John siempre escolta al señor Aguirre.

—Y por casualidad no sabrá a dónde volaron.

—Lo lamento, pero no me facilitaron esa información.

El comisario negó con la cabeza.

—James… James… James. ¿Sabes que si me mientes estás incurriendo en un delito de obstrucción a la investigación? Te doy diez segundos para que recuperes la memoria.

—Le juro que no lo sé —aseguró el chofer con la frente perlada de sudor.

Robinson sacó su teléfono móvil y llamó a Matthew para informarle de que Aguirre había utilizado un vuelo privado desde el aeropuerto de Teterboro. Colgó y miró al chófer.

—Está bien, te creo, pero vas a tener que acompañarme a la comisaría para tomarte declaración.

Entraron en la comisaría con el mayordomo, la cocinera y la limpiadora; el chófer llegó más tarde en transporte público, y el inspector le acompañó a

un despacho para que le tomasen declaración. En otra sala, el especialista en retratos robot fue configurando las tres caras de los asaltantes: la de la supuesta agente del FBI y las de los dos hombres que la acompañaban. Puesto que repetía el proceso con cada descripción de los empleados de Aguirre, el trabajo se demoró más de una hora. Tras finalizarlo, Robinson escrutó con detenimiento las imágenes que le mostraba el agente en el monitor de su ordenador. Las de las dos mujeres eran poco precisas comparadas con las de Andrew. Supuso que, debido a su profesión de mayordomo, estaba familiarizado con recordar las facciones de los visitantes. Su rostro se tornó serio y le pidió al agente que imprimiese los retratos robot del mayordomo.

—Me cago en la leche —espetó el inspector al ver las imágenes en papel.

Se levantó de la silla, abandonó el lugar y se encaminó hacia la entrada de la comisaría, donde en un panel se exponían fotografías de delincuentes. Cotejó los retratos robot con las imágenes del panel y encontró lo que buscaba: las fotografías de dos asesinos españoles en búsqueda y captura, y, debajo de cada una, la misma advertencia: extremadamente peligroso, con formación militar y posiblemente armado.

—El folio que hay al lado es un extracto bancario de los pagos hechos por Aguirre en el último mes —afirmó Carlos—. Si os fijáis, aquí aparece un apunte interesante —dijo señalando con su dedo—. Se trata de una transferencia a nombre de L. Ellison por un importe de medio millón de dólares, así como el número de la cuenta bancaria del destinatario. Lo malo es que, tanto la cuenta de Aguirre como la de Ellison pertenecen a un banco de Panamá, un paraíso fiscal del que no obtendremos ninguna información, puesto que son cuentas opacas y el titular de las mismas se identifica con un código que solo conoce él. Pero hay una posibilidad. ¿Por qué no llamas a Mariano y le preguntas si puede entrar en el servidor del Departamento Bomberos de Nueva York? —sugirió mirando a Miguel.

—¿No te parece que ya hemos abusado demasiado de su confianza? Además, no creo que acepte. ¿Por qué no recurrimos al *hacker* de Linda? Parece muy experimentado.

—No me fío de él —repuso Carlos.

—¿Cómo sabes que es un bombero de Nueva York y no de otra ciudad? —preguntó Miguel.

—Es un presentimiento.

—O sea, que es por un presentimiento tuyo. Muy bien —dijo Miguel aplaudiendo—. ¿Y si todo esto es un montaje? Puede que lo haya dejado a propósito para desorientarnos.

Carlos puso sus manos sobre los hombros de Miguel en un intento de tranquilizarlo antes de continuar.

—Por favor, tenemos que intentarlo —dijo casi implorando y ofreciéndole el Nokia a su compañero.

—Está bien —aceptó resignado Miguel, que cogió el teléfono y llamó a Mariano—. Hola, Mariano. Necesito que nos hagas otro favor.

—No me jodas, Miguel —masculló el experto en ciberseguridad—. Tengo una reunión en media hora.

—¿Con el nuevo jefe?

—No, aún no se sabe quién sustituirá de Sainz de Rozas. Se rumorea que nombrarán a un almirante de la Marina. No cuelgues, voy a salir del edificio, aquí hay muchos oídos.

Miguel esperó con el teléfono pegado a la oreja. Tras unos minutos escuchó la voz de Mariano.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que entres en el servidor del Departamento de Bomberos de Nueva York y compruebes si trabaja allí un tal Larry Ellison.

—¡¿Te has vuelto tan loco como Carlos?! Ya saben que tomasteis un vuelo a Miami. Han activado a los agentes durmientes de Florida y van a por vosotros. Me juego no solo el puesto, sino la cárcel. Si la policía descubre la intrusión, provocaré un conflicto entre los gobiernos de Estados Unidos y España.

Carlos, que escuchaba la conversación, le arrebató el teléfono a Miguel.

—Soy el loco, Mariano, Carlos Hernández. Si alguien se contagia con ese virus, en un mes habrá cientos de millones de muertos, millones en España; también familiares tuyos y míos.

—¿Y por qué no se lo decís a la policía neoyorkina, al FBI o a la CIA? Tenéis pruebas.

—Pero no tenemos credibilidad. Recuerda que hay una orden de búsqueda y captura internacional contra nosotros.

Un silencio.

—Lo haré, pero esta tarde, después de la reunión. Ya os llamo yo.

—Gracias, Mariano. Lamento ponerte en esta tesitura —se disculpó Carlos—. Hablamos más tarde. —Colgó.

—Si no os importa, voy a ver cómo está mi familia. Después estaré un rato con mi hija —dijo Linda—. Volveré dentro de una hora o algo así, pero si hay alguna novedad avisadme.

Los dos espías asintieron y Linda abandonó la habitación. En cuanto cerró la puerta, Miguel clavó sus ojos en los de Carlos.

—Sé lo que estás pensando. No te fías de Linda.

Carlos chasqueó con la lengua antes de hablar.

—Sabes tan bien como yo que el detalle de las oficinas no es algo banal. Que se le olvide a una profesional como ella decirnos que Hoffmann —ya había decidido dejar de referirse al anciano como Aguirre— era propietario de unas oficinas a nombre de la empresa, no es normal. —Apoyó sus manos en la ventana, dándole la espalda a Miguel, entonces la vio salir, cruzar la calle y perderse entre la multitud.

—Quizás me lo iba a contar cuando nos dispararon —sugirió Miguel—. Todo se precipitó, y después se le pudo olvidar mencionarlo entre tanto trasiego. ¿No pretenderás que la apartemos de la investigación? Puede sernos de mucha utilidad.

Carlos negó con la cabeza y se volvió.

—Deberíamos ser cautelosos con ella, nada más.

Capítulo 18: Esperando una respuesta

Día 14. 30 de diciembre. Océano Pacífico.

Hoffmann no madrugó, había dormido mal. A pesar de que el ventilador de techo mitigaba en parte la alta temperatura y la elevada humedad de la isla, pasar del crudo invierno neoyorkino a un ambiente tropical hizo mella en el sueño del anciano, eso y el *jet lag*. Miró la hora en el reloj de bolsillo que había dejado sobre la mesita de noche, antes de acostarse. Las manecillas marcaban las seis y media, fue entonces cuando cayó en la cuenta de que seguía con la hora de Nueva York y que, en la isla, eran dieciocho horas más. En ese lugar del mundo se daba la llegada al nuevo día.

Se aseó y se vistió con ropa ligera y cómoda: una camisa blanca y un pantalón de lino del mismo color, que se ajustó con un delgado cinturón de cuero negro. Se calzó unos mocasines de color *beige* y salió de la habitación. En el salón, con muebles de mimbre y bambú, junto a una alacena, se encontraba de pie la asistenta, una mujer polinesia de pequeña estatura, morena y con una larga melena azabache recogida en una coleta. Le recibió con una sonrisa y juntando las palmas de sus manos a la altura de la barbilla.

—Disculpe mi mala memoria. ¿Cómo se llama?

—Emma, señor. He preparado el desayuno que me pidió su asistente —dijo solícita, mirando a John Green, que se encontraba en pie, junto a la mesa —. El zumo es de naranja, pero le sugiero que pruebe los zumos naturales que preparo con las frutas tropicales que yo misma recojo cada día.

—Se lo agradezco, Emma, pero tengo un poco de prisa. Mañana estaré encantado de degustar ese zumo. Si necesito algo más ya le aviso.

La mujer salió del salón y Andreas se sentó a la mesa, John hizo lo mismo.

—¿Has desayunado ya? —preguntó el anciano.

—No, le estaba esperando.

—Tengo la certeza de que tu apetito será mucho mayor que el mío. Cuando tenía tu edad, mi estómago me exigía un opíparo desayuno. Sin embargo, ahora… *Bon apeétit*, John.

—Buen provecho, señor.

Sobre la mesa, además de dos grandes vasos de zumo de naranja, había una jarra con café y otra más pequeña con leche; además de cereales, tostadas, mantequilla, mermelada de fresa y queso. Unos plátanos, una piña troceada y varios mangos completaban el desayuno.

—¿Hablaste con el personal de la planta? —preguntó Hoffmann mientras untaba mantequilla en una tostada.

—Así es. Ayer por la noche hablé con los técnicos y les informé de que hoy le entregaría dos viales con el virus. Tanto el personal como las instalaciones del laboratorio están listos para empezar la producción. ¿Desea estar presente?

—Por supuesto.

Después de desayunar subieron al Jeep. John se sentó en el asiento del conductor, Andreas en uno de los asientos posteriores. Tras unos veinte minutos de un viaje por un tortuoso y bacheado camino que hizo mella en la espalda del anciano, llegaron a la entrada del complejo: un enorme portón metálico, abierto y custodiado por un hombre fornido que portaba un subfusil automático.

El tubo volcánico había sido adaptado como laboratorio, pero también hacía las veces de vivienda de los empleados, tanto de los científicos como de los técnicos de mantenimiento; en total, más de veintitrés personas, todas seleccionadas por sus convicciones y con el futuro asegurado, sin familia ni nadie que les echase de menos. Además, incluía una zona de almacenamiento de comida y bebida, alimentos congelados y envasados como para sobrevivir aislados varios años. El pescado, el agua y la fruta la obtenían de la privilegiada naturaleza que les otorgaba la isla.

La obra de remodelación del tubo volcánico, supervisada por un ingeniero, la realizaron albañiles, electricistas y técnicos de climatización, que ahora se dedicaban a labores de mantenimiento. Un barco transportó hasta la isla al personal, el material de construcción, las herramientas y los vehículos, así como los alimentos, las bebidas y los fármacos, estos últimos para el dispensario con un pequeño quirófano, del que se hacía cargo un joven médico. Porque se podía asumir la pérdida de un obrero, pero no la de uno de los científicos, incluido el médico. El navío se contrató a una mafia indonesia, una de las que no preguntan cuando hay mucho dinero de por medio y en efectivo y, sobre todo, que no hablan. Hoffmann no había dejado ningún cabo suelto, o eso pensaba.

El Jeep se adentró en la cueva, de no menos de treinta metros de anchura y otros tantos de altura en algunos tramos. Se detuvo junto a una puerta de

doble hoja, cerrada y con el logotipo de peligro biológico; sobre un fondo amarillo, tres medias lunas negras con un círculo del mismo color en el centro, y debajo, un letrero bien visible: solo personal autorizado. John abrió la puerta y, nada más entrar notaron la presión negativa en forma de una corriente de aire detrás de sus espaldas. En la estancia, de un blanco inmaculado, había un lavabo con un grifo monomando y una ducha desinfectante en la pared izquierda; en la derecha, y pendiendo de unos colgadores, varios trajes de bioseguridad de nivel cuatro, de color azul, daban el único toque de color al cuarto.

Uno de los científicos salió por la puerta de enfrente.

—Buenos días —saludó. Se duchó, se quitó el traje de bioseguridad y les tendió la mano—. Me llamo Claude Fournier, soy virólogo y el jefe del equipo de investigadores que les esperan dentro.

John y Andreas le estrecharon la mano.

—Puedo ayudarles con los trajes —continuó, señalando con su cabeza a los incómodos pero imprescindibles uniformes para acceder a una instalación donde se trabajaba con microorganismos mortales.

—Gracias, pero sabemos usarlos. Yo soy John Green, el asistente del señor Aguirre.

El virólogo miró al anciano con detenimiento.

—Entonces, usted es Andrés Aguirre.

—El mismo —dijo Hoffmann.

—Por favor, pónganse el traje de bioseguridad y acompáñenme al laboratorio.

Los tres se cubrieron con el incómodo traje y atravesaron la puerta, con Fournier encabezando el grupo.

Nada más entrar, Hoffmann notó de nuevo como la corriente de aire a su espalda le impulsaba hacia el interior. El aséptico espacio era de grandes dimensiones. En la pared de enfrente, a unos veinte metros, había varias cabinas de seguridad biológica tipo III para trabajar con agentes muy patógenos. A la izquierda, más cerca, los monitores encendidos de varios ordenadores, y, junto a ellos, un número equivalente de microscopios ópticos, así como uno electrónico. En la pared de la derecha, unos pequeños tanques estancos para el cultivo de virus y otros patógenos destacaban por el sonido que emitía el agitador integrado. Y, al fondo, una puerta.

—Da acceso al estabulario y a la sala de cultivo celular —intervino Fournier.

Para entonces, seis hombres en pie los miraban a través de las pantallas plásticas que cubrían sus rostros. Fournier fue presentándoselos uno a uno a Hoffmann.

John, que llevaba en su mano izquierda el cilindro congelador con los dos viales del virus de la viruela, se lo entregó a su jefe.

—¿Hace los honores? —preguntó el anciano, dándole a Fournier el envase.

El virólogo desenroscó el tapón con cuidado, se dirigió hacia un congelador y abrió una de las dos puertas del mismo, quedando fuera de la visión del resto, lo que aprovechó para colocar el primero de los viales de plástico en una gradilla de poliespán, junto a otro con el mismo volumen de líquido congelado, pero sin el virus, que colocó en otra gradilla al lado del segundo, con la viruela. Nadie notaría la diferencia, puesto que el contenido de los dos viales se mezclaría en otro mayor antes de proceder a su cultivo.

En Nueva York ya había pasado dos horas sin noticias de Mariano, lo que inquietaba a Carlos. Miguel, que no paraba de mirar su reloj, también estaba preocupado.

—Se ha debido alargar la reunión a la que ha acudido —afirmó Miguel.

—Eso espero —dijo Carlos—. Voy a aprovechar para llamar a Marisa.

El agente sabía que era prácticamente imposible que localizasen a su mujer, a Sonia y a Miguelín, porque la casa de San Rafael, propiedad de Laureana, no estaba en alquiler, y solo iban ellos de vez en cuando. La descubrieron un par de años atrás en una caminata por los frondosos bosques de la montaña segoviana.

A diferencia de las urbanizaciones, las dos viviendas estaban aisladas. Se habían quedado sin agua en las cantimploras y llamaron a la puerta de la primera casa, pero nadie les abrió. Una mujer salió de la otra vivienda alertada por la presencia de la pareja, era Laureana, una anciana menuda, de tez rubicunda y ojos azules, con el pelo canoso recogido en un moño. Les preguntó qué necesitaban y les invitó a café. Les contó que la casa a la que habían llamado estaba deshabitada, pero perfectamente conservada y con los suministros dados de alta por una cuestión sentimental, puesto que había sido su hogar hasta que se casó con Rogelio y se trasladaron a vivir al viejo corral, rehabilitado como vivienda antes de desposarse, y donde se encontraban sentados a una mesa en ese momento. Les contó que, tras la muerte de sus padres y la de su único hermano, soltero, la casa familiar quedó deshabitada.

También que ella se había hecho cargo del mantenimiento después del fallecimiento de su marido.

Laureana cogió un juego de llaves que colgaban de un gancho, junto a la puerta de entrada, les pidió que la acompañasen y les mostró la vivienda, antigua, pero con el encanto de las casas añejas. Las paredes eran de piedra granítica, igual que la chimenea que presidía la cocina, completamente amueblada y con unas preciosas vistas al bosque. En el salón, al que se accedía directamente desde la puerta de entrada, llamaba la atención una alhacena de madera sin puertas que abarcaba casi la totalidad de una de las paredes. La vajilla cerámica estaba colocada sobre pequeños soportes tallados en la madera; arriba, los platos; debajo, los vasos y las jarras. Encima del mueble, las ollas de cobre relucían con los rayos de luz que se filtraban por las pequeñas ventanas.

A Marisa le encantó la casa y le preguntó a la propietaria si la alquilaba. Esta le contestó que no, pero que si estaban interesados y era por unos días, no tenía inconveniente en hacerlo. Desde entonces, él y Marisa había acudido cada verano huyendo del calor de Madrid, también algún que otro fin de semana. Laureana siempre rechazó su dinero, porque, según ella: «Cuando ellos estaban se sentía acompañada y con eso ya se daba por pagada». Tal era su confianza que incluso les dio una copia de la llave.

Carlos sacó el móvil de su bolsillo y llamó a Marisa.

—¿Cómo va todo? —preguntó ella nada más descolgar.

Carlos miró su reloj de pulsera. Marcaba las seis y media de la tarde en Nueva York, lo que implicaba que en España eran las doce y media de la noche.

—Vaya, no había caído en la cuenta de la diferencia horaria —se disculpó.

—No pasa nada. Miguelín ya está acostado y nosotras estamos viendo *La gata sobre el tejado de zinc* en la televisión.

—Muy buena película. Estamos a la espera de… Bueno, no es importante. ¿Cómo estáis?

—Aisladas. Ha nevado mucho y la nieve se ha helado. Menos mal que Laureana está acostumbrada y es previsora. Tiene de todo, hasta pescado congelado.

—Entonces no…

—No, no hemos recibido ninguna visita —le interrumpió Marisa—, ni siquiera de la Guardia Civil, que, en caso de aislamiento suele acercarse para

ver si los vecinos atrapados por la nevada están bien o tienen alguna necesidad. Quién sabe, igual se pasan por aquí en cualquier momento.

—Espero que no —dijo Carlos receloso.

—Según los meteorólogos, a partir de mañana suben las temperaturas —comentó ella.

—Mejor que así sea.

—Algo no va bien, ¿verdad? —preguntó Marisa—. Lo noto en tu voz.

Carlos se tomó unos segundos antes de contestar.

—Nada que deba preocuparos —dijo él, consciente de que no estaba siendo sincero—. Solo estamos un poco encallados.

—¿Eso es todo? —le interpeló ella con incredulidad.

—Sí, no es más que eso. ¿Y Sonia y Miguelín? ¿Cómo lo llevan? —preguntó en un intento de cambiar de tema.

—El niño bien, aunque empieza a echar de menos a sus amigos del colegio. Sonia algo peor. Está demasiado acostumbrada a acudir al trabajo cada día y se siente ociosa.

Carlos creyó entrever un reproche en las palabras de Marisa. Desde que se retiró del CNI y del ejército, ella había abandonado su puesto de trabajo en unos grandes almacenes para estar con él. Aunque nunca se había quejado, presentía que añoraba su trabajo y a sus compañeros.

—Un beso, cariño. Te dejo que sigas viendo la película. Otro beso para Sonia.

—¡Carlos!

—Dime.

Un silencio.

—Nada… que te quiero.

—Y yo a ti. Te llamo pronto. Creo que estamos cerca del fin de la misión. —«Para bien o para mal», pensó Carlos, que colgó.

—Ya estoy aquí de nuevo. ¿Alguna novedad? —preguntó Linda en cuanto Miguel le abrió la puerta—. He salido un momento para telefonear a mi supervisor desde una cabina telefónica. No podía haber sido más oportuna, porque acababa de llamarme a casa y al móvil y, al no responderle, estaba a punto de contactar con mi familia.

Carlos suspiró aliviado al comprobar que la escapada de la agente del FBI tenía una explicación lógica, aunque seguía desconfiando de ella.

—He tenido que improvisar —continuó Linda—. Le he dicho que, al no encontrarme bien, el móvil se me ha caído dentro del inodoro cuando estaba orinando y que ha quedado inservible. También le he contado que tengo

problemas con el servicio de telefonía y de internet, que he llamado a la compañía telefónica, pero que esos inútiles aún no han solventado el problema.

—Todavía estamos esperando la llamada de Madrid —intervino Miguel.

—Si no me necesitáis, voy a cenar con la familia. Creo que esta noche toca *pizza* a domicilio —dijo la agente esbozando una sonrisa.

—Buen provecho —le deseó Carlos—. Nosotros comeremos fuera, ¿verdad? —afirmó mirando a Miguel, que asintió.

—Gracias y que disfrutéis de la cena —respondió ella antes de salir y cerrar la puerta.

En la comisaría, el inspector Robinson dejó en libertad a las dos mujeres. Lamentó no haber llegado antes que los asaltantes y así haber conseguido los documentos que estos seguramente encontraron en el contenedor de basura. Se preguntó qué hacía una agente federal con dos peligrosos delincuentes buscados por la justicia española.

Lo primero que se le ocurrió fue llamar al FBI, pero lo descartó. La relación entre la agencia federal y la policía metropolitana era, además de mala, casi inexistente. Los federales siempre les exigían información sobre los casos que consideraban de su competencia, pero rara vez compartían con la policía lo que sabían sobre una investigación, y si en ese caso estaban implicados dos fugitivos peligrosos y una agente del FBI, lo negarían.

Bajó a la sala de interrogatorios, donde había dejado al chófer de Aguirre, con la esperanza de que aún no hubiese acabado su declaración. Quería estar presente, aunque solo fuese al final del interrogatorio. Entró en la sala, cerró la puerta y se sentó junto al policía. Se limitó a escuchar las respuestas de James Anderson, pendiente de los gestos de este. Tras muchos años de experiencia, había aprendido a interpretar la gesticulación de los sospechosos, a detectar las mentiras y si ocultaban algo.

—¿Me puedo marchar ya? —preguntó Anderson una vez que el policía le informó de que ya no tenía más preguntas.

El agente miró entonces al inspector.

—Se puede ir, pero no abandone la ciudad, por si tenemos que hacerle más preguntas.

Cuando se quedaron a solas, el agente le proporcionó al inspector sus impresiones sobre la declaración del chófer. Acto seguido, reprodujo el video grabado.

—¿Qué opinas, Sean? —se interesó el comisario.

—No he encontrado incoherencias en la declaración. En mi opinión, es sincero.

—No lo dudo, pero algo me dice que sabe más de lo que nos ha contado —añadió Robinson—. Creo que debería hablar de nuevo con él.

El móvil del inspector comenzó a emitir el sonido de una llamada entrante cuando ya se disponía a abandonar la sala de interrogatorios. Era Matthew.

—Hemos estado en las oficinas de Aguirre. Allí nos han corroborado que está de viaje, que ha sido improvisado. La secretaria de Aguirre afirma que este le dijo que era un asunto urgente y confidencial. Reconoce que no es habitual que no le informe de sus viajes, pero que no es la primera vez que lo hace. He preguntado por el plan de vuelo en el aeropuerto de Teterboro. Por lo visto, no utilizó su avión privado, sino que contrató los servicios de una compañía aérea, en concreto… sí, aquí lo tengo, Air Templeton, y con piloto incluido. El vuelo tenía como destino Londres, pero la compañía asegura que no tomó tierra allí y que han perdido el contacto con el piloto. La última localización del vuelo es de la torre de control del Aeropuerto Internacional de Nairobi, en Kenia.

—Entonces se confirma que está huyendo —dijo Robinson—, y empieza a tomar cuerpo la teoría de que Aguirre está detrás de la destrucción de su fábrica y del asesinato de seis de sus empleados.

»Buen trabajo, Matthew. Sigue la pista de ese vuelo. Mañana a las ocho en punto de la mañana te quiero en mi despacho, junto al resto del equipo. Ahora llamaré a los demás. Tengo algo que comentaros sobre los asaltantes de la vivienda de Aguirre.

—Allí estaré. ¿Habrá desayuno? —preguntó el policía.

—¿Pero es que solo pensáis en comer? Sí, habrá desayuno. Me acercaré antes a Anthony’s a por el café, el de la máquina de la comisaría cada día es peor. También compraré una caja de donuts de camino. Buenas noches, Matthew —se despidió el comisario antes de colgar. Después llamó al resto de agentes para convocarles a la reunión del día siguiente.

Miguel y Carlos callejearon bajo una intensa nevada hasta encontrar un restaurante chino. Entraron y se sentaron a una mesa presidida por un farolillo rojo, lejos de la entrada pero con visión directa a la misma. En un acto mecánico, los dos agentes hicieron una rápida inspección visual del local y de sus comensales: un par de parejas y una mesa muy animada en la que una

docena de personas de distintas edades y sexos, con sombreros de Papá Noel, reían a carcajadas bajo los efectos del alcohol.

—¡Qué romántico! —bromeó Miguel; Carlos respondió ladeando la cabeza y mostrando una sonrisa fingida.

Una bajita y rolliza camarera china les dio las buenas noches, dejó dos cartas sobre la mesa y les preguntó qué querían para beber.

—Una cerveza china —dijo Carlos.

—Lo mismo —afirmó Miguel.

La camarera se retiró y, antes de un minuto, ya les había dejado dos copas y sendas botellas de cerveza abiertas sobre la mesa.

—Me parece que la chinita se ha pasado a la comida yanqui —se pitorreó Miguel.

Carlos, que aún no había deglutido su primer trago de cerveza, no pudo reprimir un ataque de risa y acabó expulsando el líquido espumoso por su boca, yendo a parar parte de este al rostro de Miguel.

—Lo siento, tío —se disculpó sin parar de reír, mientras unas lágrimas se mezclaban con la cerveza que goteaba de su nariz. Se secó con la servilleta y se la ofreció con sorna a Miguel, que soltó una sonora carcajada.

—Creo que lo necesitábamos —dijo Miguel—. Porque lo que he dicho de la camarera no es para tanto.

Carlos volvió a reír de forma descontrolada, una de esas risas contagiosas, lo que desató otra carcajada de Miguel y provocó la mirada reprobatoria de la pareja que tenían más cerca.

—¿Ya saben lo que van a pedir? —preguntó la camarera con gesto serio.

—Denos un par de minutos más —alcanzó a decir Miguel, haciendo un esfuerzo para contener la risa que pugnaba por salir.

Tras dar buena cuenta del arroz tres delicias, los fideos con gambas y el pato al limón, Miguel pagó la cuenta, propina incluida, y los dos espías salieron del restaurante. Justo en ese momento se cruzaron con un joven agente de la Policía Metropolitana que entraba al local. Aunque el policía no se fijó en ellos, puesto que estaba sacando dinero de su billetera, la adrenalina de los dos se disparó. Sobre la acera había un vehículo policial, pero el agente sentado en el asiento del conductor consultaba su teléfono móvil y tampoco reparó en ellos. Caminaron con paso firme y doblaron a la derecha en la primera esquina, una calle en contra dirección, para evitar que el automóvil de la policía pasase a su lado cuando recogiesen la comida del restaurante, que a todas luces era lo que habían ido a buscar.

Ya en la habitación del hotel, Carlos dejó el teléfono móvil sobre la mesita de noche. Los dos agentes se sentaron en sus respectivas camas, sin hablar ni quitar el ojo del Nokia.

—Esto no me gusta —dijo Carlos mirando su reloj de pulsera—. Ya han pasado más de cuatro horas y Mariano sigue sin llamarnos.

—¿Crees que lo han descubierto? —preguntó Miguel inquieto.

—No sé qué pensar, pero es una posibilidad. Nos lo jugamos todo a una carta: localizar al bombero.

Llamaron a la puerta. Miguel observó a través de la mirilla y abrió.

—Hola, Linda. ¿Qué tal la cena?

—Bien, gracias. ¿Y vosotros, dónde habéis cenado? Ha llamado…

—¿Mariano? —la interrumpió Carlos—. No, no ha llamado.

La agente federal captó de inmediato el gesto de preocupación en el rostro de los dos.

—La esperanza es lo último que se pierde —afirmó Linda, aunque comprendía la inquietud de Miguel y Carlos.

—Será mejor que vuelvas con tu hija y os acostéis —sugirió Carlos—. No va a llamar porque estés con nosotros.

—Está bien. Lamento no tener a nadie de confianza en la agencia, como vosotros. Podría llamar a Phil, mi exmarido, pero la relación acabó mal y solo hablamos lo imprescindible. Me extrañaría mucho que se arriesgase por mí.

—Ya haces bastante. Ve con tu hija y descansa —dijo Miguel, que aunque no llegó a conocer a Phil, sabía que él y Linda se habían conocido en el FBI.

—Pues me marcho. Mañana a primera hora me tenéis de vuelta.

Salió y cerró la puerta de la habitación.

Carlos encendió el televisor y sintonizó la CNN. Media hora después, como suponía, no había visto ninguna noticia referente a la búsqueda de dos delincuentes españoles. Trató infructuosamente de encontrar algún canal español y apagó el televisor.

—Será mejor que durmamos —propuso Miguel—. Si Mariano llama durante la noche ya nos despertaremos.

Carlos asintió, conectó el cargador al teléfono móvil y lo enchufó en una toma de corriente con un adaptador para las clavijas de Estados Unidos. Cuando ambos se cubrieron con las mantas de sus camas, apagó la luz de la habitación. Supuso que le esperaba una noche de insomnio, pero se equivocó. Después de una hora, su cuerpo se rindió al agotamiento mental y se sumió en un sueño profundo. Volvió a soñar que caminaba de noche por las calles

vacías de Nueva York. Mirase donde mirase no veía a nadie, ni siquiera alguna luz en las ventanas de los edificios. Ni un solo coche circulando. Se despertó sobresaltado y sudando. Una llamada entrante procedente del móvil desveló a los dos agentes. Ambos se incorporaron y se sentaron en el borde de sus respectivas camas con sus calzoncillos como único abrigo. Miguel encendió la luz de la habitación y Carlos miró su reloj de pulsera y abrió la tapa del móvil. El número de teléfono era desconocido y Carlos dudó en descolgar, pero lo hizo. La familiar voz de Mariano se escuchó al otro lado de la línea.

—Lo siento. La reunión se ha alargado mucho y mi jefe me ha ordenado que rastree y escuche las conversaciones de varios teléfonos. Al parecer, se ha activado una célula terrorista a la que seguimos la pista desde hace dos años. En cuanto he podido salir he conducido hasta Atocha, he estacionado mi coche y he buscado una cabina telefónica. Me ha costado un huevo encontrar una que funcionase. Me cago en Telefónica. La madre que los parió. Media hora buscando…

—Mariano —le interrumpió Carlos—, aquí son las dos de la madrugada. ¿Tienes algo sobre el bombero?

—Lo siento, no he tenido tiempo. Mañana, en cuanto pueda, me pongo con ello.

—Entonces hasta mañana. Gracias y buenas noches —se despidió Carlos, que colgó.

—Nada, ¿verdad? —quiso saber Miguel.

—Habrá que esperar hasta mañana. Será mejor que intentemos dormir algo más —sugirió Carlos.

Miguel asintió sin mucha convicción, apagó la luz y se volvió a acostar. Carlos sabía que esta vez no pegaría ojo.

Capítulo 19: Un golpe de suerte

Día 15. 31 de diciembre. Nueva York.

—¿Celebrará la entrada del nuevo año aquí, señor Aguirre? —preguntó la asistenta polinesia.

—¿Dónde si no? —contestó el anciano sonriendo—. Pero no lo haré con el horario de aquí, sino cuando sean las 24:00 h en Nueva York. Nunca me pierdo la celebración retransmitida por la Fox, aunque no esté en Estados Unidos.

Andreas rememoró la última vez que acudió con Evelyn a Times Square. Era la noche del treinta y uno de diciembre de 1957. La Séptima Avenida estaba abarrotada de gente y la euforia se desató cuando la célebre esfera luminosa acabó su descenso por el asta del edificio One Times Square. Evelyn le deseó un feliz año nuevo, se alzó sobre la punta de sus pies y le besó. Él la abrazó y prolongó el cálido beso, hasta que sus acompañantes, varias parejas, sobre todo compañeros de la universidad, les instaron a brindar con champán, que, a falta de copas, bebieron directamente de la botella.

—Cuando lo desee les sirvo el desayuno. Estaré en la cocina —informó la asistenta.

—Gracias, Emma. Por cierto, John, ¿está todo preparado? ¿Has comprobado si funciona?

Cuando la asistenta se retiró, John le pidió a su jefe que lo acompañase hasta una habitación cerrada con llave. La abrió, encendió la luz y le franqueó la entrada a Hoffmann. La estancia era amplia y decorada con un estilo sobrio. Carecía de ventanas y el mobiliario contaba con una amplia mesa cuadrada de madera rodeada de seis sillas del mismo material, un sofá de cuero con una mesita de cristal y un gran televisor de pantalla plana colgado en la pared de enfrente. John lo encendió con un mando a distancia y enseguida apareció en esta un documental de la cadena Fox. A un lado, una mesa de oficina pegada a otra de las paredes soportaba un monitor de un ordenador que John se apresuró a desbloquear tras tomar asiento en una de las dos sillas ergonómicas.

—Como puede ver, todo funciona como había solicitado —afirmó John.

La mafia indonesia que había contratado para abastecer de material a la isla también se encargó de suministrar conexión vía satélite a la casa, tanto de internet como de televisión, radio y telefonía móvil. El ingeniero de la isla fue el que puso en marcha la instalación de telecomunicación, asegurándose de que las conexiones estuviesen operativas antes de que el barco zarpase de vuelta.

Carlos no había conseguido pegar ojo después de la llamada de Mariano, y, por los continuos movimientos en la cama de al lado, supuso que Miguel tampoco había podido conciliar el sueño. Antes de que amaneciese se levantó con sigilo. Su reloj marcaba las 06:17 h.

—Tú tampoco has dormido, ¿verdad? —preguntó Miguel, que encendió la luz de la mesita de noche—. La llamada de Mariano me desveló.

—Aún nos quedan al menos ocho horas hasta recibir la llamada de Madrid —dijo Carlos—. Le he estado dando vueltas a la carta del bombero. En ella habla de unos dispositivos, no de uno solo, por tanto, la idea es utilizarlos para dispersar el virus, que debe estar aislado. Por otro lado, afirma que acude cada año al lugar y por eso lo reclutaron. Habla en plural, lo que indica que pudieron contactar con él como hicieron con nosotros en Moscú.

—Mediante una carta. Los Elegidos —afirmó Miguel.

—O por teléfono, como hicieron con el «cartero» del polígono industrial —insinuó Carlos—. En la carta dice que después del atentado les llamará desde una cabina telefónica, y que más tarde acudirá al muelle. Le debieron engañar dándole a entender que alguien lo recogería para ponerlo a salvo. No tengo claro que Larry Ellison sepa lo que contienen esos dispositivos. Quizás le dijeron que era algún gas tóxico o un patógeno menos mortal, o al menos no tan contagioso. Lo que no sabe es que lo van a asesinar, como han hecho con todos aquellos que conocían o sospechaban de la existencia del virus de la viruela. Un sicario no necesita saber el motivo por el que mata a alguien.

—¿Y un evento donde se precise la presencia de los bomberos? —dijo Miguel.

Carlos frunció el ceño, él también había pensado en esa posibilidad. «¿Pero cuál?», se preguntó.

—Podría ser cualquier situación en la que se requiera la presencia de equipos de emergencia y que se repita cada año: un partido de beisbol u otro deporte de masas, una convención multitudinaria, una manifestación… ¿Quizás Linda nos pueda ayudar?

A las siete y media de la mañana, el inspector Robinson ya se encontraba en la sala de reuniones de la comisaría. Dejó sobre una mesa la caja de donuts y salió a tomar un café a Anthony's, el bar adonde acudían los policías de servicio, pero, sobre todo, una vez acabada su jornada. Varios agentes le saludaron cuando lo vieron entrar. Se sentó en un taburete de la barra y el propietario le sirvió café en una taza. Se conocían desde que Robinson se incorporó a la Unidad de Homicidios, de eso hacía diecisiete años y dos divorcios.

—¿Cómo se presenta el día? —preguntó el camarero mientras le servía un café.

—Complicado.

—Menuda sorpresa.

—Este es de los malos, Anthony —afirmó Robinson, llevándose el vaso de café a la boca—. Prepárame seis vasos de café hirviendo en una bandeja de esas que tienes de cartón desechable.

—Ahora mismo —dijo Anthony, que sabía por experiencia cuando no convenía preguntarle más de la cuenta a un policía.

Robinson apuró su café, dejó un billete de veinte dólares en la barra y, sin esperar al cambio, se despidió de Anthony. Cogió la caja con los seis vasos humeantes y se encaminó hacia la puerta del bar. Un policía le abrió al ver que portaba la bandeja con ambas manos, le dio las gracias, cruzó la calle y entró en la comisaría empujando la puerta de la misma con su hombro. Se dirigió al ascensor y, haciendo equilibrio con la mano que sostenía la bandeja, pulsó el botón de la segunda planta. Cuando el ascensor se detuvo, salió y fue hasta la sala de reuniones.

—Buenos días, jefe —saludó Lewis—. Por cierto, muy buenos los donuts.

—Coño, podías haber esperado al resto, ¿no te parece? —le recriminó Robinson, que no había acabado de colocar la bandeja con los cafés sobre la mesa cuando entraron Caroline y Matthew, solo un minuto antes de que también lo hicieran Dylan y Charlotte.

Los agentes dieron buena cuenta de los bollos famosos por el orificio circular y se sentaron, café en mano, en las sillas dispuestas frente a la blanca pizarra de melanina que presidía la estancia.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó el inspector en pie, junto a la pizarra—. Uno por uno, por favor.

El primero en intervenir fue Lewis:

—¿No viene Alejandro?

—No, el subcomisario padece gastroenteritis —informó Robinson, instando a Lewis para que continuase.

—Las pruebas para identificar a tres de los seis cadáveres tardarán un par de días, puesto que el estado de los mismos hace que sean necesarios exámenes de ADN. Pero las placas dentales de los otros tres han permitido al departamento forense ponerles un nombre: se trata de Noah Brown, genetista; Grace Rodríguez, virióloga; y Joseph Harper, ingeniero genético. Podemos llegar a concluir que, según las denuncias de desaparición de los familiares, uno de los no identificados sería Gabriel Clark, inmunólogo.

—He preguntado en todas las tiendas de disfraces de la ciudad —intervino Caroline—. Nadie ha comprado un uniforme femenino del FBI en las últimas semanas. Ahora estoy intentando…

El sonido estridente de una llamada entrante en el teléfono de Matthew interrumpió a la agente. El policía observó la pantalla y descolgó ante la mirada reprobatoria de Robinson. El agente sostenía el terminal entre su hombro y el lado izquierdo de su cabeza, al tiempo que tomaba notas en una pequeña libreta.

—Lo lamento y gracias. Envíeme una copia del informe en formato PDF —dijo el agente antes de colgar—. Tengo malas noticias. Ha aparecido el avión que tomó Aguirre, en Madagascar, en concreto… —miró la libreta— en la región de Toliara, en el suroeste de la isla; eso sí, calcinado y con el piloto asesinado. —Las últimas palabras provocaron cierto revuelo entre los agentes —. Dejé aviso en la compañía aérea, Air Templeton, para que me llamasen en cuanto tuviesen noticias del vuelo.

—Por lo visto —continuó Matthew—, un pastor encontró el avión y el cadáver y dio aviso a la policía, que, tras identificar el avión por la matrícula del fuselaje, abrió una investigación y dio aviso a la AOC, la agencia que expide los certificados de operador aéreo, y esta, a su vez, se puso en contacto con la Administración Federal de Aviación de los Estados Unidos, que acaba de notificar el siniestro a Air Templeton.

—¿Y Aguirre y su escolta? —le interpeló Robinson.

—Solo han notificado el hallazgo de un muerto.

—Contacta con la policía de Madagascar. Intenta recabar toda la información que puedas. Si se muestran reticentes, ofréceles datos sobre nuestra investigación. Diles que el vuelo llevaba al menos dos pasajeros buscados por asesinato.

—Pero si no hay una orden de búsqueda internacional —apuntó Matthew —, entonces no…

—La habrá —le interrumpió el comisario—. Yo mismo me encargaré de los trámites. Por cierto, Caroline, ¿qué ibas a decir antes de la llamada?

—Que he comenzado a buscar en internet, pero es un trabajo colosal.

—Déjalo, no creo que puedas sacar nada en claro. ¿Conoces a alguien de la agencia?

—¿Del FBI?

—Pues claro.

—No directamente, jefe, pero conozco a una persona que sí.

—Pues intenta averiguar si hay alguna investigación federal sobre Aguirre. Dudo que consigas algo, pero por intentarlo no perdemos nada. ¿Y vosotros? —preguntó mirando hacia los agentes del equipo que aún no habían intervenido.

—El juez se niega a autorizarnos la inspección de las cuentas de Aguirre —expuso Charlotte—. Argumenta que no tenemos pruebas sólidas que lo justifiquen, que solo son circunstanciales.

—Y tiene razón, pero ahora todo ha dado un giro —aseguró Robinson—. Inténtalo de nuevo aportando información sobre el asesinato del piloto y la huida de los sospechosos. Pídele al juez permiso para consultar las llamadas y sus comunicaciones telemáticas. Andrew, consigue una copia del informe que la Administración Federal de Aviación envió a Air Templeton para que Charlotte se la entregue al juez.

Andrew levantó su dedo pulgar en señal de aprobación.

—He indagado sobre el pasado de Aguirre —intervino Dylan—. Con diez años llegó a los Estados Unidos procedente de Buenos Aires en compañía de su padre, Oswaldo Aguirre, en concreto, el diecisiete de marzo de mil novecientos cuarenta y ocho. —El agente sacó su libreta y continuó con la explicación—. El barco que los traía desde Argentina atracó en la Isla de Ellis, que por entonces era el lugar de mayor entrada de inmigrantes del país. Oswaldo Aguirre consiguió en un tiempo récord poner en marcha una de las empresas farmacéuticas más importantes del estado y que hoy en día es propiedad de su hijo, Andrés Aguirre, nuestro hombre. Obtuvieron la nacionalidad en solo dos años. Además, el padre se granjeó rápidamente la amistad de la flor y la nata de Nueva York, a los que recibía con frecuencia en su casa de Los Hamptons. —Andrew emitió un breve silbido, conocedor de que en ese barrio solo residían los más adinerados de Nueva York—. Hasta el alcalde acudió al entierro de Oswaldo Aguirre cuando este falleció de un infarto en mil novecientos sesenta y siete. Bueno, en realidad no fue un

entierro, sino un acto de despedida, puesto que su cuerpo fue trasladado hasta Alemania, donde supuestamente recibió sepultura.

—¿Cómo dices? —le interpeló Robinson—. ¿Estás seguro de que no llevaron el cuerpo del padre a Argentina en lugar de a Alemania?

—Sí —aseguró Dylan—. Aquí tengo una copia del permiso de traslado del cadáver en un vuelo privado a Hamburgo.

Dylan se levantó de la silla y se la entregó al inspector, quien, tras echarle un vistazo se la devolvió. Robinson cayó entonces en la cuenta de que muchos nazis huyeron tras la Segunda Guerra Mundial a países como Brasil o Argentina, y que no podía descartar la teoría de que Oswaldo Aguirre, si es que ese era su verdadero nombre, hubiese acabado en los Estados Unidos. El porqué lo desconocía, puesto que al contrario que en los países sudamericanos, donde en aquellos años los nazis gozaban de impunidad, en Estados Unidos eran perseguidos. Pero solo era una teoría. «En cualquier caso, lo importante ahora es localizar al hijo y detenerlo», se autoconvenció.

—¿Algo más sobre Aguirre hijo, Dylan? —quiso saber Robinson.

—Se graduó en medicina y cirugía, y, tras especializarse en neurología, ejerció como neurocirujano en el mismo hospital donde falleció su padre, el NewYork Presbyterian, donde permaneció mientras pudo compaginar su actividad sanitaria con la dirección de la empresa farmacéutica. Dejó su puesto en el hospital en mil novecientos setenta y siete para dedicarse exclusivamente a la actividad industrial.

—Intenta averiguar dónde fue enterrado el padre de Aguirre —dijo Robinson.

Dylan asintió con la cabeza.

—Tengo algo que contaros —continuó el comisario—. Los dos hombres que asaltaron la vivienda de Aguirre junto a la agente del FBI tienen orden de búsqueda y captura internacional. Son dos españoles y los reconocí gracias al retrato robot del mayordomo. Sus fotografías están expuestas en la entrada de la comisaría, junto a la del resto de delincuentes peligrosos. Salvo que en esas fotos no llevan gafas, tampoco la perilla y el bigote que describió el personal de servicio. Al parecer, son dos individuos peligrosos y pueden ir armados.

—Aquí hay algo que no cuadra —apuntó Caroline—. Dos delincuentes y una agente del FBI indagando sobre Aguirre y este se da a la fuga. No creo que sea una coincidencia.

—Tienes razón, Caroline —afirmó Robinson—. Las casualidades no existen. Llama a la policía española y, si puedes contactar con el agente

federal, pregúntale también por estos dos individuos. Si no tenéis nada más que añadir, a trabajar —les instó Robinson.

El reloj de Carlos marcaba las ocho y media de la tarde. Deambulaba inquieto de un lado al otro de la habitación mientras Miguel veía la televisión.

—Joder, me va a estallar la cabeza de tanto darle vueltas al asunto —masculló captando la atención de su compañero, que apagó el televisor y se puso en pie.

—Cálmate, ya llamará. Ahora es la una y media de la madrugada en Madrid —intentó tranquilizarlo Miguel.

—Que me calme. ¡Tú qué coño sabes! —espetó de pronto Carlos, que se encaró con Miguel—. No estabas allí, en Irak. Tú no viste como esos cabrones pisoteaban a Esteban, a Salva, a… Me espías y me llamas a mi casa, a nuestro hogar, el mío y el de Marisa, para que ayude a mi país. Me metes en una operación con un tío que casi nos mata a todos y dirigida por otro que también intentó matarme. ¿Y ahora dónde estamos? Escondidos en un hotel de Nueva York, como unos delincuentes a la espera de que en cualquier momento nos detengan o algo peor.

—¡Eh, que cada uno tenemos lo nuestro! —replicó Miguel con los brazos en alto—. Además, nadie te ha obligado a estar aquí. ¿O me vas a negar que no echabas de menos formar parte de una misión como esta? Naciste para ser lo que eres ahora, un espía que va a evitar que un lunático se cargue a millones de personas.

Miguel lo cogió por los hombros, pero Carlos se zafó y le dio un puñetazo que casi lo derriba. Se sentó sobre la cama, se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar.

—No estuviste allí… no estuviste allí —repitió entre sollozos.

Miguel, viendo el estado de Carlos, se acercó, se puso en cuclillas y volvió a poner sus manos sobre los hombros de su amigo.

—Lo siento mucho —se disculpó Carlos, que alzó su mirada anegada de lágrimas hasta encontrar la de Miguel—. No sé lo que me ha sucedido. Tú también tienes problemas. Sonia, Miguelín…, y corres el mismo riesgo que yo.

—Se llama síndrome de estrés postraumático —dijo Miguel—. No eres el primero que veo en esta situación, y tú también los has visto. La incertidumbre que estamos viviendo puede haber desenterrado los fantasmas del pasado.

—Mira a ver si hay hielo en la nevera —sugirió Carlos—. Tenemos que evitar llamar la atención, y un sujeto con un moratón en la cara no es que ayude mucho.

Miguel abrió la puerta del minibar y después la del pequeño congelador, sacó una cubitera y extrajo los cubitos de hielo que esta contenía, los envolvió en un pañuelo y se lo colocó en la mejilla izquierda.

—¿Mejor? —preguntó Carlos, que ya se había puesto en pie.

—Duele un poco. Tienes un buen crochet de derecha —dijo Miguel, esbozando una sonrisa.

Llamaron a la puerta. Carlos se enjugó las lágrimas con su camisa, echó un vistazo por la mirilla de la puerta y la abrió.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Linda al ver a Miguel.

—Nada. Estábamos practicando un poco de boxeo y a Carlos se le ha ido la mano —contestó Miguel—. No tendrás por casualidad un analgésico antiinflamatorio.

—Aquí no, pero en la habitación tengo aspirinas. Ahora vuelvo.

—Gracias —dijo Carlos cuando la agente federal abandonó la habitación.

—No hay de qué. No creo que sea buena idea decirle a Linda que nos zurramos cuando ella no está —convino Miguel soltando una carcajada.

Linda regresó al cabo de unos minutos con varios comprimidos de aspirina. Miguel se tomó uno acompañándolo con un trago de agua del grifo del baño.

Carlos le hizo un gesto a la agente para que se sentase en una de las camas, él se sentó en la otra, frente a Linda y Miguel, que seguía comprimiendo su mejilla con el hielo envuelto en un pañuelo de tela.

—Hemos llegado a la conclusión de que el bombero activará varios dispositivos con el virus en algún tipo de evento que se repite cada año y que requiere la asistencia de servicios de emergencia. ¿Se te ocurre alguno?

—¿Públicos o privados? —le interpeló Linda.

—Ambos.

—¡Uf! Esto es Nueva York. En esta ciudad se celebran multitud de actos: deportivos, empresariales…; también convenciones, conciertos… Por poner un ejemplo deportivo, a lo largo de una semana puede haber más de diez partidos de fútbol, baloncesto, beisbol o hockey hielo. Ahora mismo me vienen a la cabeza unos cuantos acontecimientos. También puedo hacer una llamada a la central y preguntar por los próximos eventos y las fechas, argumentando que es para darle una sorpresa a mi hija cuando me recupere, pero solo me van a decir aquellos a los que puedan asistir menores de edad.

—Es un esfuerzo titánico y no hay manera de acotar el día ni el lugar —se lamentó Carlos—. Ojalá Mariano nos saque de dudas dándonos la dirección del puñetero bombero. Por cierto, ¿has cenado? —le preguntó Carlos a Linda.

—No. Mi familia, incluida Marion, sí que acaban de bajar al restaurante de al lado.

—¿Unas *pizzas*? —sugirió Miguel.

—Si no hay más remedio —respondió Carlos.

—A mí me parece bien —afirmó ella—. Ya las encargo yo —dijo echándose de forma instintiva la mano al bolsillo trasero de su pantalón, hasta que cayó en la cuenta de que ya no tenía teléfono móvil.

Carlos le ofreció el Nokia.

—¿Te sabes el teléfono de memoria?

—Sí, es de los pocos que recuerdo, dado que desde joven solía llamar a esa pizzería, mi favorita. Entonces no había móviles.

Apenas habían acabado de cenar cuando sonó el teléfono. Miguel saltó de la cama, pero Carlos se anticipó. El número era desconocido. «Tiene que ser Mariano», se autoconvenció Carlos antes de descolgar.

—¿Diga?

—¿Carlos?

—Sí, Mariano, soy yo. Ya era hora. Nos tenías con los nervios a flor de piel.

—Lo siento, pero esto no es tan rápido como sale en las películas. Además, he tenido que esperar a la hora del almuerzo para salir del recinto de la sede del CNI e inventarme una excusa, puesto que siempre como en mi puesto de trabajo. Una vez fuera, he buscado una jodida cabina de teléfono que funcionase, que es desde donde os llamo. He encontrado a dos Larry Ellison que trabajan como bomberos en Nueva York. ¿Os digo los parques de bomberos en los que están destinados y su dirección?

—Pues claro que sí, no te jode. Para eso llevamos esperando casi veinticuatro horas.

—Tranquilo, ¡eh! —dijo enojado Mariano—. No soy imbécil. Me refería a que si querías la dirección del trabajo, la de su domicilio o ambas.

—Ambas. Y perdona, Mariano. Son los nervios y tensión acumulada.

—Disculpas aceptadas. Apunta.

—No es necesario, tengo buena memoria.

Carlos estuvo unos segundos más al teléfono antes de despedirse.

—Nos vamos —dijo nada más colgar—. Ya lo tenemos.

Robinson ya había tramitado toda la documentación necesaria para emisión de una orden de búsqueda y captura internacional contra Aguirre y su guardaespaldas. Se disponía a entrar en su despacho cuando sonó su teléfono móvil. Era Matthew.

—Tengo algo —dijo el agente—. El inspector de policía encargado del caso me ha dicho que en la zona de aterrizaje había otras rodadas de un despegue; que, puesto que había llovido con intensidad un día antes de hallar los restos del avión que usó Aguirre, no tenía ninguna duda de que tomó otro vuelo en el mismo lugar y abandonó Madagascar, ya que no encontraron marcas de ningún vehículo ajeno a los que intervinieron en la investigación. El inspector ha preguntado a la gente del lugar: unas seiscientas personas que se dedican sobre todo al pastoreo y la agricultura y distribuidas en tres pueblos. Según sus testimonios, todos niegan haber visto a algún desconocido.

»El inspector también solicitó un informe de los vuelos civiles del día en cuestión a todos los aeropuertos de la región, algunos solo válidos para vuelos de avionetas. Ninguno ha reportado que en sus radares ese día hubiesen observado nada fuera de lo normal.

—¿Cómo es posible que no hayan detectado un vuelo? —quiso saber Robinson.

—Un vuelo rasante a unas decenas de metros del suelo queda fuera del alcance de los radares convencionales, pero podría haberlo visto alguien, como de hecho sucedió. Varios ganaderos afirman haber visto tres aviones el mismo día, uno sobre las 13:00 h, el segundo alrededor de las 15:00 h y el último veinte minutos más tarde, en dirección al este. Al comisario le contaron que en los tres casos volaban a poca altura, hasta el punto de poder describir que se trataba de *jets* a reacción.

—¿Y por qué cambiar de avión pudiendo continuar con el que despegó de Nueva Jersey?

—Puede que por el combustible —apuntó Matthew—. Es posible que no tuviesen suficiente para llegar a su destino, lo que les obligaba a repostar en un aeropuerto e identificar el vuelo. Aunque bien podrían haber contratado un camión cisterna, esto igual era más complejo que alquilar otro vuelo o implicaba más testigos a los que eliminar. Sea por el motivo que fuese, tomaron ese vuelo.

—Hay algo más —continuó Matthew—. La madrugada del día siguiente, los capitanes de varios cargueros y un petrolero denunciaron al llegar a sus

puertos de destino haber visto un avión que los sobrevoló a poca altura, en concreto en el Océano Índico y el Pacífico sur, con pocas horas de diferencia.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquirió Robinson.

—Me lo comentó el inspector al cargo de la investigación… Espera un momento, es que tiene un nombre difícil de recordar, lo tengo apuntado en…

—No importa —lo interrumpió su jefe—. Continúa, por favor.

—El inspector también solicitó a la Autoridad Aeroportuaria de Madagascar un informe de los vuelos privados que abandonaron la isla después de las 15:00 h. Este organismo recibió el aviso del avistamiento de los barcos y lo relacionó con el vuelo sobre el que preguntaba.

Robinson, que hasta ese momento sostenía en el teléfono móvil con la mano izquierda, mientras que con la derecha agarraba el pomo de la puerta, la abrió, entró en el despacho y se sentó en su silla. Sacó un papel de un cajón y anotó escuetamente lo que le acababa de contar Matthew.

—¿Me escuchas? —se oyó al otro lado de la línea.

—Perdón. Acabo de entrar en mi despacho y me he acomodado en la silla para tomar unas notas. Por tanto, Aguirre se dirigió vete a saber dónde. Lo que sí conocemos es que, por la autonomía de esa clase de aviones, no puede haber superado el meridiano ciento ochenta. Eso nos sitúa en la inmensidad del Océano Pacífico, con miles de islas de norte a sur. Y, por supuesto, desconocemos la nueva empresa aérea que contrató Aguirre, Hoffmann, o como se llame. ¿No es así?

—Así es. La policía de Madagascar lo ha intentado en vano, aunque siguen investigando el origen del avión.

Robinson se recostó en la silla, mirando al techo, consciente de lo difícil que sería localizar al anciano y su guardaespaldas. Respiró profundamente y retomó la conversación.

—Llámame si hay alguna novedad. Buen trabajo, Matthew.

Los dos colgaron.

No habían pasado ni diez minutos cuando recibió otra llamada, esta vez de Charlotte. Descolgó.

—Acabo de revisar las cuentas de Aguirre —dijo la agente—. En apariencia todo está bien, pero me he puesto en contacto con el Servicio de Impuestos Internos. El funcionario que me ha atendido, previa solicitud formal por fax, me ha comentado que Aguirre está siendo investigado por supuesta evasión de impuestos a través de empresas fantasmas en Panamá, donde debe tener una o varias cuentas bancarias.

—Eso nos lleva a un callejón sin salida, puesto que los paraísos fiscales, como es el caso de Panamá, son muy opacos. No conseguiremos ninguna información de sus tejemanejes en Centro América. No obstante, gracias, Charlotte.

Tras colgar, Robinson miró su reloj.

—Joder, son cerca de las nueve de la noche y no he hablado con el chófer —masculló.

Descolgó el terminal de su mesa y llamó a la vivienda de Aguirre. Respondió el mayordomo. Su ligero acento británico y el tono de voz lo constataban.

—Residencia de Andrés Aguirre. ¿Qué desea?

—Andrew, ¿verdad? Soy el inspector Robinson. ¿Está James Anderson en el aparcamiento?

—Lo dudo, inspector. Si no hay trabajo extra, a las seis de la tarde acaba su horario y se marcha. Ahora se lo confirmo.

Robinson supuso que, debido a su profesión y a la discreción que el trabajo de mayordomo llevaba asociado, Andrew debió dejar su llamada en espera mientras intentaba hablar con el chófer, porque no escuchó nada, aunque la espera fue breve.

—Inspector, acabo de hablar con el señor Anderson. Se encuentra en su domicilio. Como he supuesto que deseaba hablar con él, se lo he hecho saber. ¿Tiene su dirección y su teléfono?

—Sí, gracias por las molestias.

Robinson colgó, buscó la declaración del chófer en su ordenador y localizó en el encabezado de la primera página tanto la dirección como el teléfono de Anderson. Descolgó y lo llamó. El chófer debía estar esperando la llamada, pues al primer tono descolgó.

—¿Anderson, James Anderson?

—Sí, soy yo. Y supongo que usted es el inspector…

—Robinson —le interrumpió—. Necesito verle ahora mismo. —La inflexión de la voz del inspector era contundente, como si no albergase la posibilidad de una negativa.

—Tenía intención de salir, pero puedo posponerlo.

—Entonces en media hora estoy en su domicilio.

—Aquí lo espero —dijo el chófer.

El inspector se ajustó la funda sobaquera de su pistola, se colocó el abrigo de lana gris, salió del despacho y lo cerró con llave. Bajó las escaleras y se

detuvo un momento ante el mostrador, tras el que se encontraba el agente de guardia.

—Jonathan, ¿verdad? —El agente asintió—. Voy a salir un rato. Si alguien pregunta por mí y es importante, le das mi número de móvil.

—De acuerdo, inspector —afirmó el agente.

El frío era intenso cuando llegó a su automóvil oficial. Sacó las llaves del vehículo del bolsillo de su pantalón, entró, se sentó y cerró la puerta. Se frotó las manos antes de arrancar el automóvil y abandonó el estacionamiento reservado para los coches policiales. El tráfico a esas horas era intenso, con continuas retenciones, por lo que no dudó en encender las luces estroboscópicas del salpicadero para sortear los atascos en dirección a Queens.

Llegó unos minutos después de la hora acordada y estacionó el vehículo policial en una zona reservada para carga y descarga. Salió del coche y se encaminó hacia el edificio donde residía el chófer. Pulsó un botón del interfono de la puerta del bloque de viviendas. Una pareja de jóvenes se besaba en las escaleras de acceso, ajenos a su presencia. La cámara del videoportero se iluminó y escuchó el timbre indicador del desbloqueo de la cerradura de la puerta; la abrió, se adentró en el portal y tomó el ascensor. Cuando las puertas del elevador se volvieron a abrir, salió y miró a ambos lados del largo y poco iluminado rellano. Pudo distinguir a lo lejos a James Anderson. Se acercó y le tendió su mano al chófer, que se la estrechó.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó Robinson.

—A eso ha venido, ¿no? —contestó Anderson, en apariencia tranquilo. Con un gesto de la cabeza invitó al agente a entrar en su casa y cerró la puerta.

Robinson se encontró en un salón desordenado y falto de limpieza. La estancia aparentaba ser de los años setenta, con las paredes de papel pintado. Un mueble alto con estanterías y un televisor de tubo catódico llamó su atención. Había en él una serie de fotografías enmarcadas; en una de ellas, descolorida por el paso de los años, se podía contemplar una pareja de recién casados. Otra, más reciente, mostraba una mujer de mediana edad, así como varias de un par de niños.

—¿Sus hijos? —quiso saber el inspector.

—No, son mis sobrinos, los hijos de mi hermana. Yo no estoy casado.

—¿Puedo? —preguntó Robinson señalando con su cabeza a la mesa de madera que presidía el salón, aunque no esperó la autorización del anfitrión para sentarse en una de las sillas.

—¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias —respondió Robinson—. Me ha dicho por teléfono que pensaba salir. No lo entretendré más de media hora, puede que incluso menos.

—¿Qué es lo que quiere saber que no haya contado ya?

—Como chófer de Aguirre, ¿lo llevó a algún lugar inusual en los últimos días o semanas?

—No —fue la escueta respuesta de Anderson.

—¿Y a su guardaespaldas?

Un incómodo silencio se instaló en el salón antes de que el chófer hablara.

—Una vez, hace más o menos un mes, el señor Aguirre me pidió que llevase a John, quiero decir, al señor Green, adonde este me indicase.

—¿Adónde lo llevó?

—A la estación de bomberos sesenta y cinco, en la calle 43 oeste. Yo detuve la limusina frente a la salida de los camiones de bomberos, con la ventanilla del acompañante bajada. Antes de que un policía me apremiase desde la distancia para que despejase el lugar, vi como John se acercaba a un bombero… Larry, creo que lo llamó John.

—En su opinión, ¿cree que podrían ser amigos o conocidos?

—Sí, debían conocerse, porque se dieron un breve abrazo.

—¿Escuchó algo más de la conversación?

—No, no puede escuchar nada más, ya que, a instancias del policía, estacioné el vehículo unos metros más adelante.

—¿Cuánto tiempo estuvieron hablando? —insistió Robinson.

—Unos diez minutos, quizás quince.

—¿Y Green?, ¿se volvió a encontrar con ese tal Larry?

—Ni idea. Yo al menos no lo volví a llevar a la estación de bomberos.

—¿Podría darme una descripción del bombero?

—Creo recordar que era caucásico, alto, corpulento y rubio, con el cabello corto.

—¿Nada más?

—¿A qué se refiere, inspector?

—A si llevó a Green a otro lugar inusual.

—No.

Robinson no apreció signos que indicasen que Anderson estuviese mintiendo.

—Gracias, ya hemos acabado. Buenas noches y feliz año nuevo —dijo Robinson, que se levantó y se dirigió a la puerta, salió y la cerró. Se encaminó

al ascensor, en ese momento ocupado, y decidió bajar por las escaleras. Aún estaba descendiendo cuando sonó su teléfono. Era Caroline.

—Jefe, he hablado con la policía española. Al preguntar por los dos sospechosos, el agente que me ha atendido me ha puesto en espera, creo que ha desviado la llamada. Tras un par de minutos, alguien que no se ha identificado me ha preguntado directamente si los individuos estaban en Nueva York. Le he contestado que teníamos indicios de que sí y me ha colgado.

—Qué descortés, ¿no? ¿Qué le has contado al agente de policía antes de que transfiriese la llamada?

—Poca cosa, que estaban involucrados en un asalto a una propiedad privada.

—¿Estás segura de no haberle dicho a quien pertenece la vivienda?

—Absolutamente. Además, hace un momento he conseguido contactar con mi amigo. El agente del FBI sabe menos que nosotros.

—Me imagino que tu amigo habrá tratado de sonsacarte información —insinuó Robinson ya en la calle, cerca del vehículo policial.

—Pues sí. Le he dicho que una mujer entró en comisaría a poner una denuncia, vio el cartel de los delincuentes en la recepción, los reconoció y le comentó al agente de guardia que los había visto ayer en Central Park.

—¿Y se lo ha tragado?

—Creo que no —contestó ella—. Me ha pedido los datos de la denunciante, pero le he contestado que al final no llegó a interponer la denuncia.

—O sea, que sabe que les seguimos la pista —afirmó Robinson—. En cualquier caso, bien hecho, Caroline. Una cosa es informar a la policía española y otra involucrar al FBI. Aunque no descarto que se personen en la comisaría, insistan en que les facilitemos todo aquello que sepamos sobre los dos sujetos y nos quiten el caso. Por tanto, más nos vale que nos demos prisa en encajar las piezas del puzle.

Después de despedirse de Caroline, Robinson subió al coche y lo condujo hasta la calle 43 oeste. Cuando llegó a la estación de bomberos detuvo el vehículo, salió y se dirigió al primer empleado que vio: un bombero que estaba comprobando una manguera.

—Soy el inspector Robinson —dijo desplegando la cartera con la acreditación y la placa—. Necesito hablar con el responsable de esta compañía.

—Entonces, pregunte por el capitán Johnson —contestó el bombero—. Suba a la primera planta por esa escalera —dijo señalando con su mano hacia el fondo del edificio—. Lo encontrará en su despacho o en la sala de reuniones. No tiene pérdida.

Robinson le agradeció su cordialidad, caminó hasta el inicio de la escalera metálica y la subió. Al llegar a la primera planta se encontró en un pasillo por el que fue avanzando hasta llegar al despacho del capitán Thomas Johnson, es lo que rezaba en una placa anexa a la puerta, que permanecía abierta. Antes de entrar dio un par de golpes con sus nudillos en el marco de madera, captando de forma inmediata la atención de un hombre vestido de paisano, con una chaqueta de cuero y unos pantalones vaqueros. Más cerca de los sesenta que de los cincuenta años, aparentaba estar en buena forma física. Calvo, de ojos azules y cara ruda surcada por multitud de arrugas, en ese momento se encontraba de pie, con un portafolio en sus manos. El despacho era sobrio, como su inquilino, salvo por la cantidad de condecoraciones enmarcadas en las paredes.

—Buenas noches. Soy el inspector Robinson, de la Policía Metropolitana. Supongo que usted es el capitán al mando de esta estación.

—Supone bien —contestó Johnson, señalando con su mentón la mesa que presidía la estancia y sentándose tras ella, frente al inspector—. ¿A qué debo de nuevo la visita de los agentes de la ley?

—¿Cómo dice? —quiso saber Robinson.

—Ya ha pasado antes una agente del FBI acompañada de dos hombres preguntando por un bombero. Les he dicho que acababa de salir con cuatro compañeros en un camión hacia Times Square.

—No será Larry Ellison por quién han preguntado, ¿verdad?

—Pues sí —afirmó Johnson—. Mire, no sé qué se traen entre manos, pero deberían coordinarse mejor.

—¿Y le han comentado por qué buscaban a ese bombero en particular?

—No. En cuanto les he dicho que había salido se han marchado como alma que lleva el diablo.

—¿A qué hora han llegado?

—Le puedo decir a la hora que se han marchado, poco después de las 23:00 h. Aún conservamos un antiguo reloj que marca las horas en punto con un sonido algo desagradable —añadió mirando a la pared de enfrente.

Robinson giró la cabeza y pudo ver un reloj de madera con agujas doradas sobre la puerta. Sin ser un experto, diría que tenía unos cien años. «Media

hora antes y los habría pillado», se lamentó. Sacó su teléfono del bolsillo del abrigo y llamó a la comisaría.

—¿Jonathan?

—Está llamando a la comisaría de policía de…

—Soy el inspector Robinson —lo interrumpió—. ¿Puedes hacerle una fotografía al cartel de delincuentes en búsqueda y captura y me lo envías a mi teléfono móvil?

—Puedo hacer algo mejor. Si me dice de quién se trata, busco la imagen en el ordenador y se lo envío. Así se garantiza que la fotografía tenga una buena resolución.

—¿Y lo puedes hacer ahora mismo?

—Sí.

—No recuerdo sus nombres, pero son dos delincuentes españoles. En la orden de búsqueda y captura dice que son peligrosos y que pueden ir armados.

—Un momento… Vale, ya tengo sus nombres. Espere… Enviado. ¿Lo ha recibido?

—Sí —afirmó Robinson, que abrió la aplicación de mensajería donde pudo ver las dos fotografías—. Gracias, Jonathan —dijo, y colgó—. ¿Son estos los hombres que acompañaban a la agente del FBI? —le preguntó al capitán de los bomberos mostrándole las dos fotografías.

Johnson se acercó para ver mejor la pantalla.

—¿La puede ampliar?

Robinson agrandó la imagen y se la volvió a enseñar a Johnson. El jefe de bomberos tardó unos segundos en contestar.

—Yo diría que sí, aunque, a diferencia de las fotografías, los dos llevaban gafas. Además, uno tenía bigote y el otro una perilla.

—Muchas gracias —dijo Robinson al tiempo que se levantaba de la silla para estrechar la mano del capitán. Con el teléfono aún en la mano, llamó uno a uno a todos los miembros del equipo y los convocó en la comisaría media hora más tarde.

Capítulo 20: La hora decisiva

Día 15. 31 de diciembre, 21:50 h. Nueva York.

Linda, Miguel y Carlos acudieron primero a la vivienda del bombero. Podía no estar de servicio, pero sí armado, de modo que era más seguro abordarlo en su casa y así prevenir que una bala perdida hiriese a alguien.

Linda presionó el botón del interfono sin obtener respuesta, por lo que apretó de forma aleatoria varios botones más. Al escuchar el sonido de la apertura de la puerta entraron en el portal, subieron por las escaleras pegados a la pared y con las armas desenfundadas a la altura del pecho. Cuando llegaron a la segunda planta, la agente asomó la cabeza por la esquina que daba al rellano. No vio a nadie. Del mismo modo que habían subido por las escaleras, se desplazaron por el largo pasillo que finalizaba en una ventana. Una vez en la puerta de la vivienda de Larry Ellison, se dispusieron a ambos lados de la misma; Linda y Carlos a la derecha, Miguel a la izquierda. Este último llamó al timbre, se puso en cuclillas y pegó su oreja a la puerta. Tras unos segundos negó con la cabeza. Linda presionó de forma insistente el timbre.

—FBI. Abra la puerta —dijo en voz alta.

Una anciana salió de la puerta contigua ataviada con una bata. Al verla, la agente le instó a que entrase de nuevo en su casa y cerrase la puerta. La mujer giró la cabeza y se retiró un mechón de pelo que cubría su oreja.

—¿Qué decía? —preguntó la anciana—. No escucho muy bien por el oído derecho. —«Ni por el izquierdo», pensó Carlos—. ¿Buscan a Larry? Es bombero y hoy tiene servicio nocturno.

A ninguno de los tres se les escapó el detalle. La abuela era el prototipo de la típica cotilla, pendiente siempre de la vida de sus vecinos.

—¿Lo ha visto salir? —preguntó Linda elevando el tono de voz.

—Lo he escuchado salir. ¿Saben? Da unos portazos tremendos cuando cierra la puerta. No es mal hombre, pero…

—¿A qué hora ha salido? —preguntó Carlos.

—¡Oiga, no me chille! Es un mal educado —respondió ella. En ese momento, un hombre y una mujer se asomaron al rellano, pero al verlos armados volvieron a entrar en casa.

—No le grites a la señora, es una falta de respeto —dijo Miguel en voz alta y reprimiendo una carcajada.

—Usted sí que es educado. La gente está perdiendo los modales. Es una vergüenza.

—Querríamos saber si recuerda la hora a la que salió esta tarde el señor Ellison —continuó Miguel.

—¿Ha hecho algo malo?

—No se preocupe —contestó Linda—. No es nada importante. Vuelva a su casa.

Los tres se giraron para abandonar el lugar cuando la mujer habló.

—¡Ah! Sí, ahora me acuerdo. Larry se ha ido a las siete y media de la tarde. ¿Saben que tiene un coche nuevo? Uno de esos extranjeros de lujo.

—Gracias por la información, señora —dijo Miguel.

—Mildred, me llamo Mildred, y aquí me tienen para lo que quieran. Siempre es un placer colaborar con la policía. El barrio cada vez es más inseguro. El otro día, unos sinvergüenzas atracaron a…

—Disculpe —la interrumpió Carlos—, pero tenemos que detener a un delincuente antes de que se nos escape.

—Está bien, está bien. No les entretengo más. Hagan su trabajo.

Los tres bajaron las escaleras lo más rápido que pudieron, salieron a la calle y se subieron al coche. Linda arrancó el vehículo, este salió derrapando hasta que los neumáticos recuperaron la adherencia y aceleró de nuevo.

—Llegaron a la estación de bomberos 65 a las 22:47 h. Se bajaron del todoterreno y entraron a toda prisa en las instalaciones. Linda se identificó y preguntó por el responsable al primer bombero con el que se encontró. Subieron las escaleras y, ya en la primera planta, se toparon con un hombre no uniformado que salía de una habitación con un vaso de plástico en la mano.

—¿Johnson? ¿Thomas Johnson? —preguntó la agente.

Al verla vestida con el traje del FBI, Johnson se sobresaltó.

—¿Qué sucede? —alcanzó a decir el capitán.

—¿Podemos hablar con usted un momento? —le interpeló Linda.

—Sí, claro. Es café —dijo mirando el vaso que sostenía en su mano derecha—. ¿Les apetece?

—No, gracias, tenemos un poco de prisa —apuntó Carlos.

—¿Me acompañan a mi despacho?

Johnson y los tres agentes entraron en el despacho. El capitán cerró la puerta, se sentó tras su escritorio y, tras dar un sorbo de café, depositó el vaso

sobre la mesa de madera y les hizo un gesto para que se sentasen.

Linda se identificó y presentó a Carlos y a Miguel como dos compañeros, sin decir sus nombres.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles —se ofreció Johnson.

—Estamos buscando a Larry Ellison —dijo Linda con gesto serio.

—¿Larry? ¿Se ha metido en algún problema?

—Eso nos tememos. ¿Está aquí? —quiso saber Linda.

—No, acaba de salir con el primer camión, junto a cuatro compañeros, con destino a Times Square —contestó cariacontecido.

—Tenemos esta fotografía de él —dijo Carlos extendiendo su brazo para mostrarle la pantalla de su Nokia—. ¿Nos puede confirmar que se trata de Larry Ellison?

El capitán se incorporó de la silla para aproximar su rostro al móvil y volvió a sentarse antes de hablar.

—Sí, es Larry.

—¿A qué hora ha salido el camión? —preguntó Linda.

—Hace unos… —El capitán miró el reloj de pared—. A las 22:30 h, minuto arriba minuto abajo. Es el primero de los dos equipos de bomberos que acuden cada año para garantizar la seguridad de la celebración por el año nuevo. Larry es el encargado de delimitar y asegurar el perímetro de los fuegos artificiales, en la azotea del edificio One Times Square. Del resto de edificios de la zona, desde donde también se lanzan cohetes de artificio, se encargan sus cuatro compañeros. También se ocupan de apagar los rescoldos tras finalizar el espectáculo pirotécnico.

Linda fue la primera en levantarse del asiento y agradeció al capitán su colaboración, la siguieron Carlos y Miguel. Los tres se despidieron de Johnson con un apretón de manos y salieron, primero del despacho y después del parque de bomberos. Subieron al automóvil, Linda arrancó el vehículo y se incorporó al denso tráfico. Nadie habló hasta que Carlos rompió el silencio.

—Debí suponerlo. Es un psicópata peligroso, de los que escenifican sus crímenes. Siente la necesidad de retar al mundo, de decir: «aquí estoy yo y esta es mi obra». Y qué mejor escenario que aquel del que todo el mundo está pendiente: el inicio de un nuevo año en la capital del mundo.

—No tenías por qué saberlo —intentó aliviarle Miguel—. Podía haber sido en cualquier lugar concurrido.

—En cualquier lugar no, Miguel —contestó Carlos airado, furioso consigo mismo.

Eran las 23:35 h cuando Linda estacionó el vehículo en la Séptima Avenida, a unos doscientos metros del primer control policial. A pesar de llevar las luces estroboscópicas del salpicadero encendidas y de los sonidos intermitentes de la sirena, el trayecto desde la estación de bomberos les llevó el doble de tiempo de lo normal.

—¿Me dejas tu ordenador portátil? —le preguntó la agente a Carlos—. Creo que sé cómo llegar al Edificio One Times Square eludiendo los controles policiales y la muchedumbre. Hay una red de cloacas y pasadizos subterráneos. Una vez escuché a un compañero hablar de su existencia y de que la policía la rastreaba en busca de explosivos cuando había eventos en Times Square. Puedo entrar en el servidor del Ayuntamiento y acceder con mi acreditación de agente federal al plano del subsuelo de la zona.

—¿Y eso no hará que sepan dónde nos encontramos? —preguntó Miguel desde el asiento trasero.

—Es posible, pero qué más da ya eso —afirmó Linda.

Carlos, que estaba sentado en el asiento delantero, abrió su mochila, encendió el portátil, lo desbloqueó y se lo pasó a ella. Linda se conectó a la red wifi municipal gratuita y tecleó unos comandos.

—¡*Voilà*! Aquí está —dijo mostrándole a Carlos un plano subterráneo de la zona que este memorizó de inmediato—. Voy a hacer una captura de pantalla, puesto que allí abajo no llegará la señal inalámbrica.

Salieron del coche a la atestada avenida. Miguel abrió el maletero para coger la bolsa con el fusil, pero Carlos se anticipó.

—Hoy me toca a mí —afirmó Carlos—. Ve con Linda y atrapa a ese cabrón antes de las doce. Yo os cubriré desde arriba.

—Como quieras —contestó Miguel.

Se pusieron en marcha con Linda pendiente de la pantalla del ordenador. Unas decenas de metros más adelante esta se detuvo, le pasó el portátil a Miguel, se colocó en cuclillas, agarró un asidero metálico y tiró de él abriendo una trampilla. Sacó su linterna y la encendió iluminando la abertura. Una escalera de hierro descendía en vertical.

—¿Nos vamos? —dijo mirando a Miguel, que asintió.

Cuando los perdió de vista en su descenso, Carlos cerró la trampilla. Con la vista en Times Square, se echó a un lado y esperó junto a la puerta de un edificio. Esta se abrió y de ella salió una pareja con una bolsa de confeti, sombreros rojos brillantes y matasuegras en los labios. Colocó su pie evitando el cierre de la puerta y accedió al portal. Entró en el ascensor y pulsó el botón de la última planta. Salió del ascensor y subió un tramo de escaleras que

acababa en una puerta. Por el frío aire que se colaba a través del resquicio entre la puerta y el marco de esta, supo que era el acceso al terrado. Sacó la ganzúa del bolsillo del pantalón y abrió la puerta en unos segundos.

Allí arriba hacía un viento gélido. Carlos cerró la puerta y rodeó con sigilo la estructura exterior del cuarto de máquinas del ascensor, mirando hacia delante, rastreando de derecha a izquierda.

Una vez comprobado que no había nadie más que él en la terraza, corrió hasta el muro que tenía enfrente. Tuvo suerte, desde allí se veía perfectamente el terrado de edificio One Times Square, con la fachada iluminada para la ocasión y la bola acristalada esperando la hora de su descenso, una caída que marcaría la llegada del nuevo año. Sacó el rifle de la bolsa, lo montó y se aseguró de tener una buena visión de la terraza por la mira telescópica.

Linda y Miguel avanzaban en su viaje subterráneo por el alcantarillado con la única compañía de las ratas. Tras tomar dos bifurcaciones, la agente, atenta a la pantalla del ordenador, se detuvo y alumbró la pared izquierda, hacia una herrumbrosa puerta semiabierta. Atravesaron los escasos tres metros que les separaban de esta y se adentraron en una galería de servicios. La escasa iluminación proporcionada por las lámparas de las paredes permitía ver las tuberías de agua y el cableado destinado a las comunicaciones. Caminaron con paso acelerado durante cinco minutos más, entonces, Linda apuntó con la linterna a una escalera metálica vertical que ascendía unos diez metros, introdujo el ordenador portátil en la parte delantera su pantalón, soportándolo con el cinturón, y comenzó a subir, seguida de cerca por Miguel. A medida que se acercaban al final de la escalera el ruido de la calle aumentaba. Una rejilla de acero les separaba del mundo exterior. La agente empujó con su mano derecha hasta que la rejilla cedió y ambos salieron. Se había equivocado, en lugar de encontrarse dentro del edificio se hallaban en la calle, cortada al tráfico y a la gente, a unos pocos metros una de las entradas, custodiada por un policía y un agente de seguridad privada. Ninguno de los dos, enfrascados en una conversación, se percató de la llegada de Linda y Miguel.

—Buenas noches —saludó la agente federal mostrando su placa—. Agente especial O’Sullivan. Tenemos órdenes de acceder al edificio. Un potencial terrorista se encuentra dentro.

—Un momento, por favor. Tengo que llamar a la central para informar y pedir…

—Hágalo —lo interrumpió Linda—. Nosotros no podemos esperar.

La agente y Miguel entraron ante la atónita mirada de los dos hombres.

—Sube por el ascensor, yo lo haré por la escalera —sugirió Miguel.

—Son… —Linda comprobó el número de plantas en la botonera del ascensor—. Veinticinco plantas.

—Veintiséis si contamos la terraza —concretó Miguel—. No te preocupes, no podemos dejar que se escape. Nos vemos arriba.

Desde su posición y a través de la mirilla del rifle, Carlos observó la presencia en la terraza de varias personas: tres técnicos de una empresa de pirotecnia, un par de policías, una mujer, quien supuso que era la responsable municipal encargada de que todo saliese como estaba previsto, así como un bombero que ya había delimitado el área de seguridad. No pudo identificarlo por el casco que le cubría gran parte de la cara, pero estaba seguro de que se trataba de Ellison, más aún cuando este se alejó del resto y se situó fuera de la vista de ellos.

El bombero se arrodilló, sacó de su mochila unos veinte pequeños artefactos del tamaño de una mano y los depositó en el suelo. Unos segundos después, estos se elevaron y comenzaron a volar hacia abajo, en distintas direcciones. Carlos dejó el rifle y abandonó corriendo el terrado, tomó el ascensor y descendió hasta la planta baja. Ya en la calle, recogió del suelo un par de barritas luminosas que alguien había perdido, localizó la trampilla por la que unos minutos antes habían descendido Linda y Miguel, la abrió y, con las barritas sostenidas por la presión de su mordida, descendió por la escalera. Confiando en su memoria fotográfica se adentró en el subsuelo, en dirección al edificio One Times Square.

Miguel, que subía por la escalera entre la planta quince y la dieciséis, se cruzó con un bombero con el casco puesto y que bajaba rápidamente.

—Un momento —dijo el agente, pero el bombero hizo caso omiso y continuó descendiendo.

Miguel lo seguía con el arma en su mano cuando le sorprendió un fogonazo y, al mismo tiempo, escuchó el silbido del proyectil rozando su oreja derecha. Abrió fuego, pero el bombero ya había doblado la esquina de la escalera. Escuchó un quejido tras él. Linda estaba sentada en uno de los escalones, comprimía su abdomen con la mano ensangrentada. Se acercó a ella.

—Joder, no he visto que fuese armado —se lamentó Miguel—. Retira la mano y déjame que vea esa herida.

—No, atrapa o mata a ese cabrón, yo puedo aguantar —le instó Linda.

Miguel venció su inicial reticencia a dejarla sola y bajó de dos en dos los escalones. Se encontraba en la planta once cuando escuchó una voz

amenazante.

—Ni un paso más o te vuelo la tapa de los sesos. ¿Quién eres y qué haces siguiéndome?

Se detuvo y sintió la fría presión del metal en su nuca. Estaba a punto de realizar una rápida maniobra para desarmar al bombero cuando escuchó la detonación. De forma inmediata, sintió una húmeda y cálida sensación en su cabeza y cuello, y, un segundo después, percibió como se desplomaba el bombero a su lado. Se giró y vio a través del casco destrozado lo que quedaba de la cara de Ellison, inerte.

Carlos se acercó y comenzó a rebuscar en los bolsillos del bombero.

—Me podías haber matado —le recriminó Miguel.

—No hace falta que me des las gracias —dijo Carlos con un tono sarcástico, arrodillado en el suelo y sin mirar a su compañero.

—Ya me dirás cómo has llegado hasta aquí, pero comienza explicándome qué buscas.

—Aquí está —dijo Carlos mostrando un pequeño mando a distancia. Miró su reloj de pulsera y comprobó que quedaban menos de dos minutos para las doce de la noche, un minuto y cincuenta seis segundos, según el temporizador del mando a distancia. Pulsó el botón de apagado del dispositivo deteniendo la cuenta atrás.

Los drones, siguiendo el patrón establecido por el *software* que incorporaban, volvieron al punto de despegue. Ninguno de los presentes en la terraza se percató del aterrizaje de los pequeños dispositivos. Estaban pendientes de la bajada de la esfera que marcaría un nuevo año.

—¡Quietos, policía! ¡Tiren sus armas y levanten los brazos! No se les ocurra hacer ninguna tontería si estiman sus vidas —escucharon los dos agentes a su espalda.

Miguel y Carlos hicieron lo que les reclamó el supuesto policía. Debía haber subido por las escaleras al escuchar los disparos, puesto que jadeaba, y no estaba solo.

—Hay una agente federal herida unos pisos más arriba —alcanzó a decir Miguel antes de que se abalanzasen sobre él, inmovilizándolo en el suelo boca abajo. Lo mismo hicieron con Carlos.

—Vaya, la agente fantasma —afirmó Robinson—. Lewis, pide un par de ambulancias y avisa al equipo de la Científica. Caroline, sube con Dylan cuando hayáis acabado de esposarlos y comprobad el estado de la agente. Charlotte, pide refuerzos y te quedas conmigo y Lewis sin quitarles el ojo a

estos dos. Yo llamo al juez de guardia y al forense —añadió Robinson tras comprobar que Ellison había muerto.

Diez, nueve, ocho… Se escuchaba desde el rellano vociferar al unísono a los reunidos en Times Square. Cuando acabó la cuenta atrás, una explosión de algarabía acompañaba a los destellos y al estallido pirotécnico.

Robinson quería estar presente cuando llegasen el forense y el juez, pero creyó oportuno interrogar antes a los dos hombres. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya. Así que les leyó sus derechos, les instó a ponerse en pie y, en compañía de Lewis, bajó con los detenidos hasta la calle. Lewis los introdujo en la parte trasera de un coche patrulla, cerró la puerta y se sentó en el asiento del conductor, junto a Robinson. Arrancó el vehículo y se dirigió a la comisaría.

Una vez en la sala de interrogatorios, Robinson les instó a sentarse a una mesa de acero inoxidable, les colocó unas esposas adaptadas para los tobillos, les quitó las de las muñecas para volver a esposarlos, pero esta vez con las manos delante. Se sentó frente a ellos mientras Lewis permanecía de pie junto a la puerta, colocó en posición una videograbadora y la puso en funcionamiento.

—Pueden guardar silencio y negarse a contestar mis preguntas. También pueden llamar a un abogado o se les asignará uno de oficio. —En ese momento apagó la grabadora—. Pero no se lo aconsejo, porque de ustedes depende que les encierre en el calabozo, avise al fiscal y les ponga a disposición judicial. A no ser que se haya producido un milagro y no tengan nada que ver con el asesinato de Larry Ellison.

Carlos miró de soslayo a Miguel y este asintió. Aún era el jefe de la misión y necesitaba su aprobación.

—¿Cómo está Linda?

—La agente O’Sullivan ha sido trasladada a un centro hospitalario, donde se le practicará una intervención quirúrgica. En principio, su vida no corre peligro.

—Somos dos espías del CNI español —intervino Miguel.

—Vaya, esto se pone interesante —dijo Robinson—. ¿Qué les llevó a investigar a Andrés Aguirre y a matar a Larry Ellison?

—Desde hace once días estamos siguiendo la pista de un atentado con armas biológicas, y eso nos ha llevado hasta aquí. Andrés Aguirre, o mejor dicho, Andreas Hoffmann, había preparado todo para que esta noche, a las 24:00 h, un virus modificado de la viruela fuese dispersado en Times Square. El responsable de diseminarlo era Ellison.

La cara de Robinson se tornó circunspecta, al tiempo que un sudor frío perlaba su frente.

—No se preocupe —continuó Carlos—. Abortamos el atentado para el que utilizaron drones, pero desconocemos dónde se encuentran estos dispositivos. Sería conveniente que rastreasen la zona y el espacio aéreo para localizarlos, puesto que la carga vírica sigue en cada uno de esos aparatos. Yo de usted avisaría para que se active el protocolo contra ataques nucleares, químicos y bacteriológicos. Por cierto, ¿cómo nos encontró?

Carlos quería saber hasta qué punto Robinson estaba al tanto de las actividades de Hoffmann. De ello dependería lo que le contase de la operación.

—Un golpe de suerte. El mayordomo de Aguirre demostró una extraordinaria capacidad de reconocimiento facial. En cuanto vi los retratos robot recordé haber visto esas caras en el panel de los delincuentes más buscados de la comisaría. A pesar de las gafas, el bigote y la perilla, se trataba de ustedes. Una llamada a la policía española confirmó nuestras sospechas.

—Por otro lado —continuó el inspector—, el chófer de Aguirre nos puso sobre la pista de Ellison. Se había reunido con el guardaespaldas de Aguirre en la estación de bomberos 65, donde trabajaba el hombre que se han cargado esta noche. Hablé con el capitán poco después que ustedes y O’Sullivan. El resto ya lo se pueden imaginar.

—¿Me dejaría utilizar mi ordenador portátil? —preguntó Carlos.

El agente español podía haber usado cualquier dispositivo con conexión a internet, pero el material que pretendía mostrar al inspector era demasiado delicado como para permitir que lo pudieran descargar, al menos de momento.

—No había ningún ordenador entre sus pertenencias cuando lo detuvimos —apuntó Robinson.

—Porque lo llevaba Linda, quiero decir, la agente O’Sullivan —intervino Miguel.

—Entonces estará requisado en el almacén. Lewis, acércate al almacén y trae el dichoso portátil.

Antes de diez minutos, el policía estaba de vuelta con el MacBook Pro y lo dejó sobre la mesa. Carlos le mostró las esposas a Robinson.

—Lo siento, pero no se las pienso quitar. Apáñese como pueda —dijo el inspector.

No sin dificultad, Carlos abrió el portátil, lo encendió y lo desbloqueó.

—Necesito la clave de la red wifi —solicitó Carlos.

Robinson se la dio y el agente español introdujo el nombre de usuario y su clave para conectarse al servidor remoto en cuya nube había guardado el archivo, lo localizó y lo abrió. Giró el portátil para que Robinson pudiese ver el video.

—Lo grabé con una minicámara. La fecha y la hora aparecen en el margen inferior derecho. La persona que ve era el director del CNI: Fernando Sainz de Rozas.

A medida que visionaba el corto video, el inspector pasó de la sorpresa inicial al estupor.

—El impacto en el cristal de la ventana es…

—Una bala —dijo Miguel—. El disparo lo hice yo con un rifle desde un edificio cuando Sainz de Rozas sacó el arma con intención de matar a Carlos. Una maniobra de distracción.

—Y supongo que si están aquí es porque no entregaron el video a las autoridades españolas.

—Supone bien —afirmó Miguel—. Yo era el responsable de la operación y esta no había acabado. Sabíamos que habían utilizado un frustrado atentado en Rusia para confundirnos. El tiempo corría en nuestra contra, perderlo con explicaciones e interrogatorios cuando sospechábamos que iban a atentar en estados Unidos no era una opción. Nos ha ido de unos segundos.

—Puedo…

Antes de que Robinson acabase la frase, Carlos se incorporó, cogió el portátil y lo apagó.

—Lo siento, pero es información reservada, a no ser que me suceda algo y no pueda entrar en el servidor cada día; en cuyo caso, el video está programado para ser enviado a medios de comunicación españoles e internacionales.

—Lo tienen todo previsto —dijo Robinson.

—Es nuestro trabajo. Verá, inspector, Hoffmann, Aguirre para usted, está loco, pero es muy inteligente. Espera una llamada de Ellison desde una cabina telefónica que confirme que el atentado ha tenido éxito.

—Le propongo un trato —continuó Carlos—. Yo le facilito el número de teléfono de Hoffmann y usted lo llama, pero tengo que acompañarle a la cabina telefónica.

—¿Y por qué debo aceptar el trato? —repuso Robinson.

—Porque solo yo puedo darle el número de teléfono al que debe llamar. Podrían pinchar el terminal de la cabina telefónica e intentar localizar la ubicación de ese cabrón. ¿Hay trato?

—De acuerdo —dijo resignado Robinson—. Pero no pienso quitarle las esposas de las manos.

»Solo una pregunta más. Si tan peligroso es ese virus, ¿por qué no soltarlo en cualquier sitio y después huir a un lugar remoto?

—Porque necesita mandar un mensaje —respondió Carlos—. Decirle al mundo que tiene el poder, y, para ello, necesita escenificarlo en un lugar y un evento en apariencia infranqueable por las medidas de seguridad.

Alguien llamó en ese momento a la puerta y entró. Era Dylan.

—Jefe, los encargados de la pirotecnia del edificio One Times Square estaban buscando al bombero asesinado para que apagase las brasas cuando encontraron esto.

El agente introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un objeto, lo que provocó el estremecimiento de todos los presentes en la sala.

—¿Qué sucede? —preguntó Dylan al observar el gesto de inquietud en sus caras—. Hay al menos veinticuatro más como este amontonados en el terrado. Los técnicos, a los que he dejado esperando a que otro bombero se hiciese cargo, afirman que cuando llegaron allí no estaban.

—¿Has abierto ese cacharro? —le interpeló Robinson.

—No, y parece intacto, como el resto.

—Déjalo en el suelo, quédate quieto e intenta recordar dónde has estado después de recogerlo y con quién. Según los detenidos contiene un virus peligroso.

Robinson, siguiendo el protocolo, llamó por teléfono a la oficina CBRN para notificar el incidente al organismo estatal responsable de los ataques químicos, bacteriológicos, radiológicos y nucleares, y, a continuación, a la unidad policial de intervención en estos casos.

En la isla, Hoffmann, en compañía de John, había visto la retrasmisión en directo de la llegada del año nuevo en Times Square. Ya había brindado con champán Krug 1928 por una nueva era, pero el tiempo transcurría y no tenía noticias de Ellison.

—Ya ha pasado media hora y ese capullo aún no ha llamado —afirmó irritado Andreas, que no dejaba de caminar alrededor de la sala de comunicaciones.

—Igual no ha encontrado todavía una cabina telefónica libre —intentó tranquilizarlo el guardaespaldas—. Es una noche de mucho ajetreo y con un

excesivo tráfico. Puede que esté atrapado en un atasco junto con el resto del equipo de bomberos.

—O igual se ha arrepentido a última hora y está denunciándonos.

—Lo dudo, señor. Ha cobrado una parte de lo pactado y está implicado. Él no es de esos.

—¿Estás seguro de tus palabras? ¿Tan bien crees conocerlo?

—Pondría la mano en el fuego por su lealtad —dijo con rotundidad John.

—En ese caso, no le importará que lo llamemos. Tienes su número de teléfono, ¿verdad?

—No, lo tenía en la agenda del móvil que, a instancia suya, desmonté y tiré antes de llegar al aeropuerto de Teterboro. Además, no creo que sea una buena idea. Deberíamos ceñirnos al plan establecido.

—¿Deberíamos? ¿Quién te crees que eres? —le increpó Hoffmann—. Este es mi jodido plan. Tú solo eres un títere, igual que el resto. Tendrías que haber memorizado su número de teléfono.

Lewis, que aún estaba en la escena del asesinato esperando a la policía científica, escuchó el sonido de una llamada entrante que procedía del cadáver. Se agachó y localizó el terminal en uno de los bolsillos del bombero. Miró a Charlotte y esta le dio el visto bueno. Se colocó unos guantes de nitrilo lo más rápido que pudo, cogió el teléfono y descolgó. Callado, se limitó a escuchar.

—¿Dónde coño te has metido, Larry? Llevamos esperándote en el camión más de veinte minutos. Espero que tengas una buena excusa.

—Le habla el agente Lewis Miller, de la Policía Metropolitana. Si pregunta por Larry Ellison, está muerto.

—¿Cómo que muerto? ¿Qué le ha pasado?

—Ahora mismo no le puedo dar más detalles, señor…

—Fraser, Duncan Fraser.

—Fraser. ¿Sabe si tiene algún familiar al que llamar?

—Sí, un hermano con el que no tiene mucha relación —contestó el bombero—. Creo que vive en Dallas, pero no dispongo de su número telefónico. Quizás en la estación de bomberos alguien…

—No importa —lo interrumpió el policía—. Ya nos encargamos nosotros de localizar a sus familiares. Para cualquier información adicional póngase en contacto con el inspector Robinson en el número… ¿Tiene algo donde apuntar?

—Sí, un momento… Diga.

Lewis le facilitó el número de teléfono de la centralita de la comisaría y colgó. Dejó el móvil en mismo bolsillo donde lo había cogido y utilizó su teléfono para llamar a Robinson.

—Hola, Lewis —saludó el inspector—. Tenemos una situación delicada en la comisaría. Si me llamas porque han llegado los de la Científica o el juez, diles que…

—No —le interrumpió el agente—, te llamo porque un bombero cabreado acaba de telefonear a Ellison. Al parecer, lo están esperando en el camión.

—¿Al teléfono móvil del fiambre?

—Exacto. Le he dicho que estaba muerto y que si querían más aclaraciones contactasen contigo a través del número de la centralita de la comisaría.

—¿Le has dicho que lo han asesinado?

—No, no le he dado ningún detalle.

—Perfecto. Ahora a ver si hay suerte y se retrasan en llamarme. Bastante lío tengo ya aquí.

Carlos se levantó de la silla con intención de hablar, pero el inspector le mostró la palma de su mano indicándole que esperase.

—¿Has estado en contacto con Dylan cuando ha bajado?

—No, antes de irse en la ambulancia con la agente del FBI, Caroline me ha dicho que había subido al terrado, pero yo no lo he visto. ¿Le ha pasado algo?

—Tranquilo, Dylan está en la sala de interrogatorios conmigo. Ha debido bajar por el ascensor —dijo mirando a Dylan, que asintió—. Coge el teléfono de Ellison y ven a la comisaría cagando leches. Que Charlotte se encargue del papeleo con la policía científica y el forense.

—Pero no puedo llevarme…

—Yo asumo la responsabilidad —le cortó Robinson—. Tú trae el teléfono.

—Está bien, jefe.

Cuando Lewis se disponía a arrancar el coche patrulla, vio como llegaban al lugar varios vehículos policiales de la unidad de riesgos químicos y bacteriológicos. Miró el móvil dentro de la bolsa de pruebas y se temió lo peor.

Llegó a la comisaría, estacionó el vehículo y salió en dirección a la sala de interrogatorios. Nada más entrar se encontró a Dylan, de pie y con cara de

circunstancias. Los dos detenidos estaban en ese momento hablando con Robinson, que alzó la cabeza al verlo entrar.

—¿Has traído el terminal?

—Sí —afirmó Lewis mostrando la bolsa que contenía el teléfono móvil.

—Toma asiento y déjalo sobre la mesa —le instó Robinson.

El agente se sentó junto al inspector y dejó la bolsa encima de la mesa de interrogatorios. Robinson se colocó unos guantes, extrajo el teléfono y lo roció con el espray desinfectante que unos minutos antes había utilizado para esterilizar el dron que había traído Dylan. Esperó unos segundos y lo secó con unos pañuelos de papel que extrajo de un dispensador situado encima de la mesa. Al encenderlo, apareció una pantalla de desbloqueo.

—Me cago en… —El inspector no terminó la frase. Se quitó los guantes y cogió su teléfono. Llamó al inspector jefe para ponerle al tanto de la situación. Colgó, buscó en la agenda telefónica e hizo otra llamada. Tras esperar varios tonos, su interlocutor descolgó. Al otro lado de la línea se escuchaba música y mucho jolgorio.

—Un momento, inspector, voy a un lugar más silencioso… Dígame.

—Perdona, Phillips —se disculpó Robinson—. Sé que no estás de servicio, pero necesito que vengas lo antes posible a la sala de interrogatorios de la comisaría. Tenemos una urgencia.

El agente Phillips era un experto en ciberseguridad. Sus habilidades eran conocidas por todos en la comisaría. Ya había desbloqueado con anterioridad varios teléfonos móviles.

—Me despido de los invitados y… —miró su reloj— en media hora estoy allí.

—Si puede ser en quince minutos, mejor —le instó Robinson, quien temía que el equipo CBRN se presentase en cualquier momento y echase a perder el plan que había urdido con el agente del CNI.

No había guardado el teléfono cuando este empezó a vibrar, y, antes de que sonase descolgó.

—Inspector, soy el agente de guardia de la entrada. Hay un par de periodistas que insisten en su derecho a informar sobre lo ocurrido en el edificio One Times Square esta noche. Les he dicho que no sé de lo que me están hablando.

—Lo que nos faltaba, los medios de comunicación —masculló Robinson —. Seguro que ha sido alguno de los pirotécnicos. Ahora todo el mundo se cree con derecho a tener su minuto de gloria.

—No le he escuchado bien.

—Diles que esperen —le conminó Robinson.

Phillips vio a los periodistas en la recepción. Los años de servicio hacían que un policía distinguiese sin dificultad a estos profesionales. Y, aunque no podía asegurarlo, dedujo que su presencia estaba relacionada con la llamada de Robinson. Pasó de largo, se dirigió a la sala de interrogatorios y entró.

—Gracias por venir —dijo Robinson ofreciéndole un par de guantes de nitrilo—. Necesito que desbloquees este móvil.

Lo primero que hizo Phillips tras colocarse los guantes fue examinar visualmente el terminal.

—Un momento, ahora vuelvo —dijo el agente antes de salir por la puerta. Un par de minutos después regresó con un ordenador portátil. Conectó el teléfono móvil al ordenador mediante un cable USB, presionó varios botones laterales del teléfono y comenzó a teclear en el portátil—. Esta es la clave numérica de desbloqueo, y este el patrón de deslizamiento para acceder al teléfono —dijo mostrando la pantalla del ordenador a Robinson, que anotó en su libreta los dos datos.

Phillips desconectó el teléfono móvil del ordenador, introdujo la clave PIN, deslizó el dedo por la pantalla del terminal y se lo entregó al inspector.

—Ahora ya puede acceder a la información que contiene —afirmó el agente—. Porque supongo que es eso lo que desea, ¿verdad?

—Entre otras cosas —respondió Robinson mientras metía el teléfono en el bolsillo de su chaqueta con su mano enguantada.

—Entonces me vuelvo a la fiesta.

—Me temo que eso no va a ser posible, al menos hasta que te autoricen los compañeros del CBRN.

—¿Qué tiene que ver todo esto con los expertos en prevención e intervención de amenazas químicas, biológicas y radioactivas?

—Es una historia muy larga, Phillips…

Robinson no había acabado la frase cuando dos agentes vestidos con un traje de seguridad estanco se identificaron a través del respirador incorporado en la mascarilla facial. Uno de ellos, recogió el dron del suelo y lo introdujo en un recipiente de cierre hermético.

—No se muevan de aquí —dijo el otro—. Vamos a comprobar la integridad y el contenido del dispositivo en el laboratorio. Si no detectamos fugas, podrán salir.

—Ya sabemos lo que contiene y es muy peligroso —afirmó Carlos—. Solo dígannos si ha habido algún escape.

El técnico, que había reparado en que su interlocutor estaba esposado, contestó:

—Sabemos hacer nuestro trabajo. Buenas noches.

—A la mierda —espetó Robinson pasados diez minutos—. Nos vamos.

—De acuerdo, pero le agradecería que me las quitase —dijo Carlos, que se levantó y le mostró al inspector sus manos esposadas.

—No será necesario. La cabina de teléfono está aquí al lado.

—¿No se fía de mí?

—No me fío de nadie. No es nada personal —apuntó Robinson, que se colocó el abrigo y salió de la sala seguido de Carlos.

El agente español aceptó la reticencia de Robinson a quitarle las esposas. Él habría hecho lo mismo.

En la entrada principal, además de los dos periodistas y el agente de guardia, también había otro agente apostado en la calle. Robinson se encaminó hacia la puerta trasera, la salida de emergencia. Estaba a punto de empujar hacia abajo la barra de la puerta cuando cayó en la cuenta de que saltaría la alarma. Entonces, fue hacia los vestidores, siempre seguido por Carlos, entró y se encaminó hacia la pared del fondo. En lo alto, a unos dos metros del suelo, había unos ventanucos que solo se podían abrir desde dentro. Eran estrechos, pero no tanto como para que no pudiesen salir por ellos. Colocó uno de los bancos que utilizaban para cambiarse de ropa pegado a la pared y se subió, abrió la pequeña ventana y se impulsó con las manos apoyadas en el marco inferior, hasta quedar con medio cuerpo fuera del edificio. No observó a nadie en el callejón a esas horas, así que hizo un último esfuerzo y salió. Carlos lo tenía más difícil al estar maniatado, por lo que requirió, en última instancia, la ayuda de Robinson, que tiró de él hasta que consiguió sacarlo.

Una vez en el callejón trasero de la comisaría, Carlos siguió a Robinson. Tras doblar la primera esquina a la derecha alcanzaron una cabina telefónica situada a unos pocos metros. El inspector sacó del bolsillo de su abrigo el teléfono móvil del bombero y después su libreta.

—9, 5, 3, 4. Es el PIN —dijo Carlos—. Y, si me lo deja, también desbloqueo el patrón de deslizamiento.

Robinson miró de reojo a Carlos y frunció el ceño antes de hablar.

—No, gracias. Le felicito por su buena memoria, pero lo haré a mi manera.

Buscó en la agenda telefónica del móvil y encontró un nombre: John G. «Tiene que ser el número de teléfono del guardaespaldas», pensó.

—Maldita sea —protestó el inspector—. Solo aparece el teléfono del guardaespaldas. No puedo llamarle haciéndome pasar por Ellison, no es Aguirre, lo conoce personalmente.

—No es ese el número al que debe llamar. ¿Puedo? —preguntó Carlos mirando el terminal.

—¿No había dicho que conocía el número de teléfono de Aguirre?

—Le corrijo, lo que le he dicho es que solo yo puedo darle ese número de teléfono.

Robinson le entregó el terminal y Carlos comenzó a buscar. Encontró el número de la que fue la novia de Hoffmann: Evelyn. Se trataba de un número de teléfono móvil con prefijo de Estados Unidos, pero en los años cincuenta no existían los teléfonos móviles.

—Lo tengo —dijo Carlos mostrándole el número que aparecía en la pantalla del móvil—. Aún estamos a tiempo de que acepte la llamada.

Robinson le arrebató el móvil a Carlos, descolgó el teléfono de la cabina y, tras comprobar que estaba operativo, introdujo varias monedas. Después, uso su teléfono móvil para llamar.

—Andrew, anota este número de teléfono y pínchalo. Es el de la cabina de la esquina.

—Un momento —dijo el agente una vez hubo apuntado el número—. Salgo de la sala de interrogatorios y voy a la de ciberseguridad… Vale, ya lo tengo. Puedes hacer esa llamada.

Robinson marcó el número de teléfono que había memorizado Carlos en el teclado mecánico. Escuchó como descolgaban y algo parecido a una respiración forzada.

—No sé quién eres, pero te has olvidado de la palabra mágica —dijo una voz de anciano al otro lado de la línea—. Ellison debía pronunciar «Anke» antes de continuar hablando.

—Soy el inspector Thomas Robinson, de la Policía Metropolitana de Nueva York. Ellison está muerto y su plan ha fracasado.

—Inspector, no dudo de sus aptitudes profesionales, tampoco pretendo mancillar su orgullo con estas palabras, pero sabe que el mérito no es suyo. No tengo la menor intención de seguir conversando con usted, aunque estoy dispuesto a hacerlo con el agente español.

—Quiere hablar contigo —bisbiseó Robinson tendiéndole el auricular a Carlos.

—Hoffmann, la partida ha terminado. Ha fracasado.

—Carlos Hernández, ¿verdad? Debo reconocer que lo he subestimado, y nada me satisface más que enfrentarme a tan digno rival.

—Pues a mí me importas una mierda —arremetió Carlos—. No tienes nada de lo que presumir. Fallaste en Rusia y ahora en Estados Unidos. No dudes de que te encontraremos. Nada me satisfaría más que meterte una bala entre ceja y ceja.

—Debería haber aprendido a controlar sus emociones, Carlos. La ira no le llevará a ningún lado. Y por cierto, la partida no ha terminado.

Una risa histriónica precedió el final de la llamada. Hoffmann colgó.

—¿Lo tienes? —preguntó Robinson a Lewis.

—Lo lamento, jefe. La llamada ha ido rebotando de servidor en servidor, de país en país. Aguirre se ha asegurado de que no podamos rastrear sus comunicaciones.

—Lo hemos intentado. Gracias Lewis, vuelve a la sala de interrogatorios. Nos vemos allí. —Colgó.

—Lo sabías, ¿verdad? —preguntó Robinson clavando su mirada en la de Carlos—. Me has colado un farol, ¿por qué?

—¿Y si nos tuteamos? —sugirió Carlos en un intento de congeniar con el inspector.

—No somos amigos.

—Pero sí colegas, y estamos en el mismo bando. Ya te he dicho que Hoffmann es muy inteligente. Un sociópata, es verdad, pero nadie como él iba a permitir que lo localizasen con una simple llamada. ¿Dónde le perdisteis la pista? —quiso saber Carlos.

—En algún punto del Pacífico. Creemos que no más allá del paralelo ciento ochenta. Después de deshacerse de un *jet* de alquiler y de su piloto, en Madagascar, donde tomó otro vuelo privado.

—Podía haber sido peor. Solo hay que buscar en unos centenares de islas.

El comentario arrancó una sonrisa al comisario.

—También está el avión con el que voló desde Madagascar —continuó Carlos—, y ha necesitado ayuda para montar este tinglado.

—Estoy convencido de que la CIA dará con él —mintió Carlos.

«La partida no ha terminado», fue la última frase del anciano antes de colgar. Eso solo podía significar que Hoffmann pensaba llevar a cabo su maquiavélico plan, y no podía asegurar que la agencia de espionaje estadounidense lo abortase.

—¡Carlos! —escuchó decir a Robinson, que lo sacó de su ensimismamiento—. Estáis en peligro, ¿me equivoco?

—Por desgracia no. El CNI activó a los agentes durmientes en Florida, que es por donde entramos a los Estados Unidos. Después de la llamada que hicieron a la policía española, el CNI ya debe saber que estamos en Nueva York. Habrán intervenido el teléfono desde el que llamaron, y solo es cuestión de minutos u horas que se presenten en la comisaría. Tienen orden de eliminarnos.

Silencio.

Robinson, pensativo, inspiró profundamente por la nariz el helado aire nocturno antes de hablar.

—Tenéis que abandonar el país y volver a España para solucionar vuestra situación. Ese video que me has mostrado es muy esclarecedor.

Otro silencio.

—No podemos, al menos con los pasaportes con los que entramos.

—En eso puedo ayudaros. Conozco a un falsificador que me debe un favor.

—¿Y tú?, ¿qué harás, Thomas? ¿Te vas a jugar tu carrera y tu libertad por unos desconocidos? Ya sabes lo que les sucede a los policías en la cárcel.

—Servir y proteger, es el juramento que hice. No voy a permitir que asesinen a dos hombres que han evitado una catástrofe. Ya me inventaré algo. Confío en mi equipo y sé que no me darán la espalda. —Robinson no estaba siendo sincero. Impediría, en la medida que pudiese, que cualquiera de sus subordinados sufriese represalias. Iba a asumir toda la responsabilidad—. Pero antes tenemos que acabar de grabar una declaración. Haremos que parezca que sois dos curiosos de origen cubano. Os colasteis en el edificio One Times Square para demostrar la falta de seguridad y tener vuestro minuto de gloria en las redes sociales.

—¿Y las cámaras de seguridad del edificio? Se nos verá armados, incluso puede que disparando a Ellison.

—El edificio está casi vacío y solo hay grabaciones de los espacios ocupados. Ni siquiera en la entrada. El propietario está forrado, pero es un tacaño de cuidado. Y en cuanto a las armas… —Robinson sacó de los amplios bolsillos de su abrigo un par de bolsas de plástico, una en cada mano. Contenían las pistolas de Carlos y Miguel—. Suerte que aún no las he dejado en el almacén de pruebas.

El inspector se adelantó unos metros, se puso en cuchillas y miró a un lado y otro de la calle, entonces arrojó las dos bolsas por un sumidero humeante del alcantarillado. Se incorporó y volvió junto a Carlos.

—¿Y qué pasa con Linda O’Sullivan? —preguntó Carlos.

—Eso es cosa del FBI. No se han puesto en contacto con nosotros, al menos de momento. Ahora voy a llamar al falsificador para advertirle de la urgencia de esos pasaportes.

Robinson se separó unos metros de Carlos e hizo la llamada. Tras unos minutos de una intensa conversación colgó y regresó.

—¿Algún problema? —quiso saber Carlos.

—Nada importante. Digamos que a nadie le gusta que lo despierten cuando está solo y ha decidido dormir en lugar de celebrar el nuevo año. Y ahora tenemos que acabar un interrogatorio.

Carlos era consciente de que la solución que le había expuesto Thomas era insuficiente. Había demasiados cabos sueltos y, con suerte, solo apartarían al inspector del servicio. «Pero ¿acaso no he hecho yo lo mismo?», pensó. Se juró a sí mismo que haría lo que estuviese en su mano para ayudar a ese hombre íntegro. «Servir y proteger», había dicho. No podía estar más de acuerdo.

Ya en la sala de interrogatorios, el inspector comunicó a su equipo la decisión que había tomado, verbalmente a los dos presentes y al resto por teléfono, salvo a Caroline; con ella hablaría en persona después de que esta se deshiciese del teléfono móvil con el que había llamado a España.

Pese a las reticencias iniciales, los agentes acataron la decisión de su superior. Uno a uno, y fuera del alcance auditivo de los agentes españoles, Robinson se comprometió a asumir toda la responsabilidad y les dijo que eran libres de actuar según su conciencia.

Tras finalizar el interrogatorio apagó la cámara de video, les quitó las esposas y le entregó un papel a Carlos que solo contenía una dirección, la del falsificador. En la entrada principal les estaba esperando un taxi.

—Suerte, Thomas —le deseó Carlos al inspector—. Le llamaré un día de estos.

—Gracias a los dos —dijo el inspector estrechándoles las manos. Se dio media vuelta y cabizbajo entró en la comisaría.

Los dos agentes entraron en la parte posterior del taxi. Saludaron a la taxista, una rolliza mujer asiática a la que Carlos entregó el papel con la dirección que minutos antes le había dado Thomas.

—Entonces al Bronx —dijo la mujer al leer el papel, que arrancó el taxi justo cuando un vehículo del CBRN estacionaba en el aparcamiento de la comisaría.

Cuando se apearon del vehículo, un hombre de unos cincuenta años fumaba un cigarrillo apoyado en la pared. No había nada destacable en sus

facciones y no le prestaron mayor importancia. Llamaron al timbre de lo que parecía un almacén y el sujeto se aproximó.

—Vienen por lo de los documentos, ¿verdad?

Los dos asintieron. El falsificador tiró el cigarrillo al suelo y aplastó la colilla con uno de sus relucientes zapatos. Abrió la puerta, entraron y la cerró con llave, sin tan siquiera presentarse. En realidad, era una tienda de empeños con la única iluminación de las luces de emergencia. Un chasquido precedió la apertura de una puerta perfectamente camuflada en la pared, tras el mostrador.

Entraron.

Al igual que les había ocurrido con el falsificador de Madrid, y como en un *déjà vu*, se encontraron en una sala tan pulcra y aséptica como la de un quirófano.

—Robinson me ha dicho que les haga un par de pasaportes norteamericanos, también que les comprase billetes de avión para viajar a Madrid. Les he conseguido un par de asientos en el vuelo de Iberia que despega a las 06:00 h del aeropuerto John Fitzgerald Kennedy.

Carlos miró su reloj. Eran las 03:20 h. Lo que implicaba que apenas disponían de dos horas y cuarenta minutos para tomar el vuelo que aterrizaría en Madrid a las 19:00 h.

—He tenido que improvisar sus nombres para los pasajes, los mismos que aparecen en sus nuevos pasaportes. Ahora lo primero son las fotografías —dijo, señalando con su cabeza un taburete situado delante un fondo blanco.

Solo tuvieron que esperar quince minutos para que el falsificador les entregase los documentos, uno a nombre de Terry Adams y otro cuyo titular era Charles Osborne. A Carlos le tocó el de las famosas bodegas de Jerez de la Frontera, lo que le hizo esbozar una sonrisa.

—Aquí tienen sus tarjetas de embarque. —Miguel hizo ademán de coger los pasajes, pero el falsificador retiró la mano que los sostenía—. Incluyen una maleta por pasajero, aunque creo que solo viajarán con el equipaje de mano —añadió al ver las mochilas de los agentes.

—¿Qué le debemos? —preguntó Carlos.

—Solo el importe de los billetes, cuatrocientos cincuenta y dos dólares.

Miguel abrió su mochila, extrajo cinco billetes de cien dólares y se los entregó al desconfiado hombre. Aún les quedaban diez mil doscientos sesenta dólares y cuarenta centavos.

—Quédese con el cambio. ¿Podría pedir un taxi?

—Sí, pero dos números más abajo de la calle.

De la misma manera que los recibió se despidió de los agentes cuando llegó el taxi, fumando un cigarrillo, sin mirarlos.

Sin saber muy bien si era porque veía la premura en sus rostros, o porque el taxista conducía así, al límite de la velocidad permitida, llegaron a la terminal de salidas del aeropuerto en veinte minutos.

Lo primero que hicieron fue comprar un par de maletines en una de las pocas tiendas abiertas a esas horas en el aeropuerto. Entraron en un baño de caballeros, vaciaron el contenido de las mochilas y lo colocaron dentro de las pequeñas maletas. Repartieron el dinero a partes iguales y depositaron las mochilas en uno de los contenedores para el plástico que había a la salida del baño. Pasaron el control de seguridad sin problemas, localizaron su vuelo en una de las pantallas y, tras comprobar la puerta de embarque de su vuelo, se dirigieron al establecimiento de restauración más cercano. A pesar de llevar más de doce horas sin probar bocado, ninguno de los dos tenía hambre, pero sí sed. Cogieron dos latas de cerveza del refrigerador, pagaron en la caja dieciséis dólares por las bebidas y se sentaron a una mesa, vigilantes.

—¿Cómo estás? —se interesó Miguel.

—Cansado. ¿Y tú?

—Igual. Supongo que nos toca negociar, ¿verdad?

—Sí, pero antes tenemos que saber con quién —apuntó Carlos, que sacó el viejo Nokia de su bolsillo y se lo pasó a Miguel—. Llama a Mariano, se cabreará, pero menos que si lo llamo yo.

—Son las… —Miguel miró su reloj de pulsera—. Once y diez de la noche en Madrid.

Carlos se encogió de hombros, ladeó su cabeza y perfiló una sonrisa fingida.

Miguel contuvo un exabrupto y marcó el número de teléfono del especialista del Centro Criptológico Nacional. Después de varios tonos, la voz de Mariano se escuchó al otro lado de la línea.

—Diga.

—Buenas noches, Mariano. Te llamo porque…

—Un momento —lo interrumpió—… ¿¡Qué pasa ahora, Miguel!? Estoy en el balcón de mi casa y he dejado a mi mujer con la palabra en la boca.

—¿Ya han nombrado al sustituto de Sainz de Rozas?

—No.

—Entonces, el máximo responsable del CNI es Ansuátegui.

—Sí, Felipe Ansuátegui, el secretario general. ¿Por qué lo preguntas?

Carlos escribió algo en una servilleta y la deslizó sobre la mesa para que Miguel pudiese leer el contenido.

—Porque tenemos que contactar con él y necesitamos que nos des su número de teléfono personal y su dirección de correo electrónico.

—No tengo ni idea de qué es lo que pretendéis, pero no estoy dispuesto a seguir con este juego.

—No es ningún juego, Mariano. Nuestra vida está en peligro por cumplir con nuestro deber.

Silencio.

—Mañana a primera hora os lo envío, pero ¿adónde?

Carlos le pasó otra servilleta manuscrita.

—Te llamaremos nosotros —dijo mirando a su compañero, sin saber qué estaba maquinando Carlos.

—Está bien, pero espero que este asunto no acabe salpicándome —se quejó Mariano antes de colgar.

—¿De qué va todo esto? ¿No habría sido mejor enviarle el video y que él se lo reenviase a Ansuátegui? —preguntó Miguel.

—Eso le daría al secretario general una ventaja que no pienso concederle. El vuelo aterrizará sobre las siete de la tarde en Madrid, entonces comenzará la partida. Y ahora, si me disculpas, voy a llamar a Marisa.

Carlos recogió el móvil de la mano que le extendió Miguel, aún meditabundo, y marcó el número de teléfono de su mujer.

—Hola, cariño. Me tenías preocupada. ¿Ya has arreglado el mundo?

—Buenas noches. Te llamo porque volvemos a Madrid. Llegaremos mañana por la tarde, pero antes de vernos tengo que aclarar unas cuestiones.

—Eso mismo me dijiste la última vez, cuando volviste de Rusia, y no nos llegamos a ver —contestó ella, enojada.

—Ahora es distinto. Respondiendo a tu pregunta, creo que el mundo está más seguro. Llegó el turno de arreglar el mío y el de Miguel. El nuestro. ¿Cómo estás?

—Hastiada, cansada de estar encerrada, igual que Sonia y Miguelín.

—Lo siento mucho, de verdad. Mañana nos vemos y hablamos largo y tendido. Ahora tengo que colgar.

Carlos sabía que era harto improbable que pudiese cumplir su palabra, antes de encontrarse con Marisa debía ocuparse de garantizar su seguridad y la de Miguel, y desconocía el tiempo que le llevaría.

El vuelo despegó a la hora prevista. Les quedaban siete horas para aterrizar en el aeropuerto de Barajas. En cuanto se apagaron los indicadores

luminosos de los cinturones de seguridad, ambos reclinaron sus asientos.

—Nos vendría bien dormir algo —sugirió Miguel.

—Supongo que sí —contestó Carlos con una sonrisa forzada.

—¿Qué pasa? —se interesó Miguel.

—Pienso en Linda, en Thomas…

—¿Thomas?

—El inspector Robinson —aclaró Carlos—. Su situación no es mejor que la nuestra, y que mejore, al menos en parte, dependerá de cómo nos vaya a nosotros.

Capítulo 21: El regreso

Día 16. 1 de enero, 18:30h. Madrid.

El comandante del Airbus A350 comunicó que estaban realizando la maniobra de aproximación al aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, donde la temperara era de 5 ºC. También que aterrizarían a las 18:55 h, cinco minutos antes de la hora prevista.

Carlos y Miguel apenas pudieron dormir tres horas seguidas, primero por el llanto de un bebé, y más tarde porque sus estómagos les exigían algo de relleno. Así, tras cinco horas de vuelo, a las 17:00, hora de Madrid, los dos pidieron un menú que incluía una ensalada, una bebida a elegir —escogieron cerveza— y algo que sabía a tortilla fría; también un café, caliente y aguado.

Después de dar buena cuenta del insípido y escaso refrigerio, Carlos abrió el compartimento superior y luego su maletín, sacó el MacBook Pro y volvió a cerrar la tapa del compartimento; desplegó de nuevo la bandeja que habían usado para comer, donde colocó el ordenador portátil y lo encendió; activó el servicio VPN —lo que impedía que lo rastreasen— y se conectó a la red wifi de la aeronave.

—Es hora de llamar a Mariano —le dijo a Miguel entregándole el teléfono móvil.

Este se levantó de su asiento y caminó por el pasillo hasta el baño. Entró, cerró la puerta y echó el pestillo. Buscó las últimas llamadas salientes, seleccionó la penúltima y la opción llamar. Tras dos tonos escuchó la voz de Mariano al otro lado de la línea.

—¿Miguel?

—Buenas noches. ¿Lo tienes?

—Sí, apunta.

Miguel anotó el número de teléfono y la dirección de correo electrónico en la libreta que siempre llevaba encima.

—Gracias. Puede que esta noche o mañana haya bastante revuelo —aventuró Miguel—, pero tú como si nada.

—Oír y callar —apuntó Mariano.

—Exacto. Nos vemos pronto. Cuelgo.

El agente presionó el botón de vaciado del inodoro y salió del diminuto baño. Se sentó junto a Carlos y le entrego la libreta. Carlos accedió al servidor en cuya nube había alojado el video y lo descargó, abrió la cuenta de correo electrónico cifrada que había creado para la ocasión en un proveedor suizo, introdujo la dirección de correo de Ansuátegui en el campo destinado a ello y, en el del asunto tecleó: «Video de Sainz de Rozas, el traidor». El texto era muy escueto: «Es muy instructivo. Esté atento al teléfono», escribió. Envió el correo electrónico y apagó el ordenador.

—Por favor, deposite el dispositivo en el compartimento superior, coloque la bandeja en su posición y abróchese el cinturón de seguridad —le pidió una azafata con amabilidad.

—Perdón, no me había dado cuenta —se disculpó Carlos, que se levantó y colocó el MacBook Pro dentro del maletín, dejando a la azafata que cerrase el compartimento antes de sentarse de nuevo.

Cuando el avión se detuvo en la terminal cuatro del aeropuerto, agradeció que el vuelo estuviese a media ocupación. Esta vez sí tenían prisa.

Sin maletas que recoger, los dos agentes cambiaron los dólares por euros y se dirigieron al control de aduanas, donde se había formado una pequeña cola. Carlos se colocó primero y Miguel tres puestos más atrás.

En la cabina de la aduana, una agente de la Guardia Civil bastante joven recogió el pasaporte que Carlos había dejado en la bandeja metálica corredera.

—¿Su primera vez en España? —preguntó en inglés la mujer a través del horadado artificio circular adherido al cristal.

—Sí, negocios —contestó Carlos masticando un chicle para imprimir a su voz el acento nasal propio de los estadounidenses.

Un escalofrío recorrió su espalda al ver que la agente introducía sus datos en un ordenador y miraba el monitor. Unos segundos que se le hicieron interminables, hasta que la mujer le selló el pasaporte y se lo entregó.

—Bienvenido a España, y que disfrute de su estancia.

—Gracias —alcanzó a decir él mientras recogía el pasaporte y lo introducía en el bolsillo del abrigo que lo acompañaba desde Moscú.

Poco después, Miguel se reunió con su compañero y los dos se encaminaron hacia la salida de la terminal, eludiendo, en la medida de lo posible, las cámaras de videovigilancia del aeropuerto. Una vez fuera, Carlos sacó el teléfono móvil del bolsillo derecho de su pantalón y marcó el número de teléfono que Miguel le había dado en el avión. Después de escuchar varios

tonos de llamada colgaron. Volvió a llamar y, esta vez sí, el secretario general del CNI descolgó.

—Buenas tardes, Ansuátegui. ¿Ha visto el video?

—¿Cómo ha conseguido este teléfono?

—Soy un espía, debería saber que puedo hacerlo. ¿Lo ha visto? —insistió.

—Sí, lo acabo de ver.

—Entonces no hace falta que me identifique. Pues resulta que, si no llegamos a un acuerdo, en una hora lo recibirán los medios de comunicación nacionales, también algunos internacionales. Y, si me ocurre algo, en… —Carlos miró su reloj— dos horas y seis minutos sucederá lo mismo. Esto es aplicable al agente Expósito y a nuestros familiares.

—¿Qué quieren?

—Que nos veamos en media hora en la estatua del Oso y el Madroño de la Puerta del Sol.

—¿A las ocho? No sé si podré llegar en media hora.

—Más le vale, porque no pensamos esperar. Y ni se le ocurra tratar de detenernos o ya sabe lo que sucederá. Las redacciones ya deben haber cerrado la edición de los periódicos de mañana, pero las emisoras de televisión y radio no van a dejar pasar la oportunidad de emitir tan macabro incidente, eso sin contar con las redes sociales.

Carlos colgó, abrió la tapa trasera del Nokia y extrajo la batería, que guardó junto al móvil en el mismo bolsillo del que había sacado el teléfono. De esa manera garantizaba la imposibilidad de que los localizasen. Solo encontrarían su última ubicación en la parada de taxis de la terminal.

Los dos agentes abrieron las puertas traseras de un taxi, entraron, cada uno por su lado, y se sentaron.

—Buenas tardes —saludó Carlos en español.

—Buenas tardes —respondió el taxista, un hombre de apariencia pakistaní —. ¿A dónde les llevo?

—A la Puerta del Sol.

El hombre hizo amago de introducir el destino en el GPS, activó el taxímetro y arrancó. La Puerta del Sol era una de las plazas madrileñas más concurridas. Cualquier taxista, por novato que fuese, sabía cómo llegar sin necesidad de utilizar la tecnología.

A los veinticinco minutos ya habían llegado a su destino.

—Aquí está bien —le indicó Miguel al taxista, que detuvo el vehículo al inicio de la Calle de Alcalá. Desde allí podía ver la famosa escultura situada

en la parte oriental de la plaza. Realizada en piedra y bronce, representa a un oso encaramado a un madroño, uno de los símbolos de Madrid.

Carlos, que se había bajado unos cientos de metros más atrás, en la intersección con la calle de Sevilla, se internó en la estación de metro homónima.

—Buenas tardes —se despidió Miguel después de pagar al conductor.

Recorrió la escasa distancia que le separaba del pequeño monumento y se apostó junto a él, vigilante. Decenas de viandantes caminaban bajo la iluminación navideña, lo que le hizo recordar que, casi veinticuatro horas antes, la plaza ofreció un aspecto bien distinto: había estado a rebosar de gente esperando las campanadas de fin de año.

«Y en el reloj de antaño, como de año en año. Cinco minutos más para la cuenta atrás», musitó el popular estribillo de la banda musical por excelencia de los años ochenta: Mecano. En ese preciso momento, un BMW de color negro cuyo modelo no podía precisar, pero que aparentaba ser de la serie 4, frenó a pocos metros de él. Del vehículo se bajaron Ansuátegui y un agente cuya cara le resultaba familiar.

—¿Dónde está Hernández? —preguntó airado Ansuátegui, mientras el otro, al que Miguel identificó como un guardaespaldas, lo cacheaba intentando no llamar la atención.

—Esperando mis instrucciones —contestó Miguel.

—Vayamos al grano. ¿Qué es lo que quieren?

—En primer lugar, que desactiven a los agentes que nos tienen que dar caza y el protocolo de seguimiento.

—De acuerdo.

—Ahora —exigió Miguel.

El secretario general sacó su teléfono móvil, llamó y dio orden de anular la operación de localizar y eliminar a los dos agentes.

—¿Qué más?

—Que retiren inmediatamente la orden de búsqueda y captura internacional.

—Eso tendrá que esperar como mínimo hasta mañana, cuando el juez que la ha emitido esté en su despacho y lo estime oportuno.

—De acuerdo. Hay otra cosa más: exigimos una rueda de prensa oficial exonerándonos del asesinato de Sainz de Rozas.

—Eso no puede ser.

—Por supuesto que sí. Mañana acudiremos protegidos al juzgado, con el video como prueba irrefutable de que fue un asesinato en defensa propia. La

fiscalía, de acuerdo con nuestro abogado, pedirá el sobreseimiento del caso y el juez nos pondrá en libertad sin cargos.

—Dudo que el juez haga tal cosa. Puede que después de la vista previa de mañana les deje en libertad, pero con cargos, puesto que hay un asesinato que esclarecer.

Miguel pasó su mano por la espalda de Ansuátegui y la colocó sobre el hombro de este.

—¿Qué tal si damos un paseo?… Digamos que hasta el otro lado de la plaza —sugirió el agente ante la atenta mirada del guardaespaldas, que iba a intervenir cuando Ansuátegui lo detuvo mostrándole la palma de la mano.

—Tranquilo, Bernardo. Voy a hablar a solas con el agente. Ahora vuelvo.

Los dos se alejaron caminando hasta la acristalada estación de metro de Sol.

—Me gusta —dijo Miguel mirando la obra—. Al principio la consideraba una excentricidad impropia de un lugar tan castizo, pero con los años valoro la originalidad.

—A mí me recuerda a la pirámide del Louvre —apuntó Ansuátegui, provocando que Miguel esbozase una sonrisa.

—No lo había pensado, pero visto así… Felipe, ¿verdad?

—Así me llaman mis allegados, Miguel.

—Verás, Felipe, el asunto está claro, contar la verdad o hacerlo maquillándola. Por otro lado, no me vengas ahora con lo de la separación de poderes y la imparcialidad de la justicia. El caso lo lleva la Audiencia Nacional, ¿no es así?

—Sí, el juez asignado es Rodolfo Gonzálvez, pero no acabo de entender lo que pretendes decirme.

Miguel soltó una sonora carcajada antes de volver a hablar.

—La verdad es que Sainz de Rozas, director de Centro Nacional de Inteligencia, nombrado por el ministro de defensa con el beneplácito del de interior, estaba implicado en una trama para provocar el mayor holocausto que ha vivido la humanidad. El exterminio en los campos de concentración nazis o las purgas de Stalin pasarían a ser meras anécdotas de hemeroteca en comparación con lo que pensaba provocar un loco y sus seguidores. Estamos hablando de cientos, puede que miles de millones de muertos. Ya sabe lo que sucedió en la base Miguel de Cervantes.

—Estoy al tanto de la situación en la base militar —dijo Ansuátegui.

—Pues bien —continuó Miguel—, Carlos y yo, o mejor dicho, Carlos con mi ayuda, lo ha evitado. Para ello hemos tenido que matar, incluyendo a la

raaata del CNI —alargó la «a», evidenciando la animadversión que sentía por su exjefe—. Podemos contar la cruda verdad y provocar un pánico innecesario, o decir que Sainz de Rozas era un agente doble que, al ser descubierto por dos de sus subordinados, intentó asesinarlos y estos, en defensa propia, lo mataron. Que huyeron del país siguiendo la pista de la organización criminal a la que pertenecía y que regresaron para contar la verdad.

Ansuátegui frunció el ceño, introdujo sus manos en los bolsillos de su abrigo, inspiró con intensidad y exhaló una bocanada de aire.

—¿Qué pasó en los Estados Unidos? ¿Disteis con el cerebro de la banda?

—Es una larga historia. En realidad no era una banda, era… Los agentes durmientes no saben nada, ¿verdad? Y tampoco se lo dijisteis al FBI ni a la CIA. Claro, es eso —afirmó Miguel negando con la cabeza.

—Es un asunto interno.

—Ya. ¡¿Y de verdad pensabas que la agencia estadounidense no se interesaría por el asesinato de Sainz de Rozas?! ¿Que no lo relacionaría tarde o temprano con la orden de búsqueda y captura contra nosotros? Pues lo saben, el FBI y la CIA están al corriente.

Las palabras de Miguel incomodaron a Ansuátegui, que miró al estrellado cielo de Madrid, pensando que en ese preciso momento un satélite espía del Gobierno Estadounidense podía estar grabándolos desde el espacio, a más de treinta y cinco kilómetros de altura. Era lo que pretendía Miguel a instancias de Carlos: incluir a la CIA en la ecuación.

—Era… es un solo hombre —continuó Miguel captando la atención de secretario general—. Andrés Aguirre, aunque su verdadero nombre es Andreas Hoffmann.

Miguel le contó someramente lo que había sucedido en Estados Unidos y el secretario general pareció darse por satisfecho con las explicaciones.

—Mejor la verdad maquillada —dijo al fin Ansuátegui, cabizbajo, consciente de que estaba ante el final de su carrera en el CNI. Por una cuestión de honor debía presentar su dimisión antes de que lo destituyesen. Tendría que avisar al ministro de defensa, pero lo haría después de la vista previa en la Audiencia Nacional. «Solo Dios sabe de lo que es capaz un político por mantenerse en su puesto», se dijo a sí mismo.

—Entonces nos vemos mañana por la mañana. Te llamaremos para que prepares la pantomima de esposarnos. Eso sí, entraremos en el juzgado con la cara cubierta, a salvo de las cámaras de los reporteros, a los que avisarás antes de que lleguemos a la Audiencia Nacional. Ese juez, Gonzálvez, ¿no es el que

se hizo famoso por investigar la vinculación del anterior ministro de interior con las mafias de tráfico de personas? Un hueso duro de roer.

—Lo es, pero también es afín al nuevo gobierno. Esperemos que eso ayude.

—Lo siento por ti, Felipe. Lástima que no hubiesen designado a un sucesor para Sainz de Rozas.

—No pasa nada, gajes del oficio. Por cierto, buen trabajo, Miguel.

—Gracias, pero solo cumplimos con nuestra obligación —dijo Miguel, que estrechó la mano de su superior, sabedor de que lo sería por poco tiempo —. Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió Ansuátegui, que sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón.

Miguel se adentró en la estación de metro. Compró un billete en la máquina expendedora y se dirigió hasta el andén de la línea 2, tomó el primer convoy que llegó y se apeó en la estación del Retiro, donde también se bajaron tres personas más: una joven pareja y una anciana. Nadie le seguía. Subió las escaleras y salió al exterior. Caminó por la calle Alcalá hasta la siguiente esquina y giró en la calle Velázquez. A menos de cien metros lo esperaba Carlos, junto a su Volskwagen Tiguan.

La elección del lugar de encuentro con Ansuátegui no había sido casual. El aparcamiento subterráneo de larga estancia donde había estacionado su coche tras la muerte de Sainz de Rozas estaba a dos paradas de metro más cinco minutos andando.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Carlos.

—Tal y como habías predicho. Ansuátegui ha aceptado las condiciones, incluso se ha tragado lo de la CIA.

—No lo descartes —añadió Carlos—. El FBI ya estará al tanto, pero la CIA debe haber hecho sus propias indagaciones, y tras el revuelo de ayer… Además, con Hoffmann libre, ¿quién piensas que se va a hacer cargo de su búsqueda?

—Los rusos —dijo riendo Miguel.

—Tampoco los podemos excluir —añadió Carlos con ironía.

—¿Nos vamos?

—¿Llevas suficiente gasolina en el coche? —quiso saber Carlos.

—De sobra para llegar a San Rafael.

Por el camino y mientras conducía, Miguel le contó a su compañero la conversación con Ansuátegui. Carlos, a su vez, le habló sobre la estrategia a seguir en cuanto amaneciese.

Haciendo gala de la potencia del Tiguan, quince minutos antes de la media noche Miguel estacionó el vehículo donde le indicó Carlos, junto a un camino que se abría en la ladera de un poblado bosque. Miguel sacó una linterna de la guantera, comprobó que funcionaba y se la entregó a Carlos. Los dos agentes salieron de vehículo y se internaron en el pinar. El vaho que acompañaba a sus respiraciones daba crédito del intenso frío de la sierra segoviana.

—¿Está muy lejos? —preguntó Miguel.

—Algo menos de un kilómetro —respondió Carlos—. No nos debería llevar más de quince minutos llegar a la casa.

Alcanzaron un claro del bosque donde se situaban las dos casas, primero la que alojaba a Marisa, Sonia y Miguelín, y, más al fondo, la de Laureana. En ambas se apreciaba luz en las ventanas y también el humo que surgía de las chimeneas. Carlos subió los dos peldaños que lo separaban de la rústica puerta de madera maciza, se quitó las gafas y pulsó el timbre. Alguien corrió la cortina de la ventana de la cocina, pero fue tan fugaz que ni él ni Miguel pudieron distinguir de quién se trataba. Solo unos segundos después, Marisa abrió la puerta y se llevó la palma de la mano a su boca. Sin mediar palabra, abrazó a su marido y comenzó a llorar. Sonia, que estaba de pie un metro más atrás, salió de la casa, se detuvo delante de Miguel e intentó darle una bofetada, pero el agente se anticipó, agarró la mano de su todavía esposa y ella no pudo contenerse.

—¡¿Cómo has podido hacernos esto?! —le reprochó mientras una lágrima corría por su mejilla.

—Lo siento mucho —se disculpó Miguel—. ¿Y el niño?

—Arriba, durmiendo. ¿Quieres que lo despierte?

Miguel, que no había soltado la mano de Sonia, ni esta había hecho intención de liberarla, se tomó unos segundos antes de hablar.

—Creo que ya es hora de volver a la normalidad. Os llevaré a casa.

—¿Ahora?

—Si te parece bien, por supuesto.

—Sí, claro. Es que… Bueno, que me ha pillado por sorpresa. Ahora subo a por Miguelín, y mejor te quedas esta noche en casa, puedes dormir en el sofá.

—No quiero molestar.

—No molestas, Miguel —dijo ella esbozando una sonrisa.

—Entonces no se hable más. Te ayudaré a recoger las cosas.

»Llevo a mi familia a casa —dijo Miguel con orgullo cuando pasó junto a Carlos y Marisa.

—Ya lo he oído —respondió Carlos—. ¿Nos vamos?

—Sí —contestó Marisa—. Tengo el coche donde siempre, y puedo llevarlos también a ellos, un poco apretados, eso sí.

—¿Estará transitable el camino?

—Eso espero. Ha subido la temperatura estos dos últimos días. ¿Qué camino habéis tomado para llegar?

—El del pinar.

—¿Y cómo está?

—La verdad es que no nos hemos encontrado con nieve helada.

—Entonces dudo que tenga problemas para conducir el Mini Cooper.

—Buenas noches, Carlos —saludó Laureana—. He escuchado ruidos y he mirado por la ventana… ¿Y esa perilla?

—Buenas noches. La moda —respondió Carlos mesándose la pequeña barba.

—Pues déjame decirte que pareces un chivo.

—Ahí tengo que darte la razón, Laureana —intervino Marisa riendo.

—He visto que vienes acompañado. ¿El marido de Sonia?

—Sí —contestó la pareja al unísono.

—Es que debería traer ropa de cama y una toalla.

—No es necesario, nos vamos —dijo Carlos.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó la anciana.

—Es un compañero de trabajo. Tuvimos que ausentarnos unos días por un encargo y no queríamos dejarlas solas. En la urbanización de Guadarrama ha habido varios robos, y su piso —dijo Carlos señalando con la cabeza a la entrada de la casa— lo desvalijaron a plena luz del día.

—Vaya por Dios. Por aquí también han hecho de las suyas los cacos. Menuda gentuza. Esto antes no pasaba. ¿Y cómo es que no me habías dicho nada? —preguntó Laureana mirando a Marisa.

—Es que me daba vergüenza. Pensaba que me tomarías por una miedosa.

—¡Bah! Eso es una tremenda bobada. La de miedo que he pasado yo aquí cuando mis hijos eran pequeños y había lobos. Ya no tengo miedo. Sé que vivo un tiempo regalado y cuando me llegue la hora estaré preparada.

Sonia salió por la puerta con la maleta, y Miguel detrás, con su hijo en brazos.

—Acabamos de contarle a Laureana lo del robo en tu piso —dijo Marisa guiñando un ojo a su amiga—. Que por eso y mi miedo a quedarme sola en el

chalé vinimos aquí juntas.

—Sí, pero ahora que ya han vuelto nuestros maridos nos volvemos —añadió Sonia.

—Buenos hombretones tenéis para cuidaros —afirmó Laureana—. Me ha encantado pasar estos días con vosotras dos y Miguelín. Estoy acostumbrada a la soledad, pero de vez en cuando algo de compañía no está de más.

Laureana reparó en Miguelín, en brazos de su padre.

—¡Angelito! Está dormido —continuó la anciana, que besó al niño en la frente—. No os angustiéis por recoger y apagar las luces, el fuego y la calefacción, que ya me encargo yo.

Carlos ayudó a recoger las escasas pertenencias de Marisa y las colocó en la maleta de ella. Salieron de la casa y se despidieron de Laureana con dos besos en la cara, uno en cada mejilla, el mismo ritual que repitieron Sonia y Miguel. Los cuatro adultos y el niño se adentraron en un camino que terminaba en una pista de grava. Allí estaba estacionado el vehículo de Marisa, que con el mando a distancia desbloqueó las puertas.

—Buena señal —dijo Marisa—. Al menos no se ha agotado la batería. Vosotros id delante, que abultáis más, nosotras y Miguelín iremos en los asientos traseros.

Una vez dentro del coche, Carlos arrancó el vehículo. En cinco minutos, y sin incidencias, el Mini abandonó el camino para adentrarse en una calle solitaria, la misma donde Miguel había estacionado su automóvil. Carlos giró a la izquierda hasta alcanzar el Tiguan, detuvo el coche y de él salieron Sonia y Miguel, de nuevo con su hijo en brazos, también Carlos.

—Desde aquí a la autopista solo hay cinco minutos —dijo Carlos tras recoger su maletín del Tiguan—. Ya no hace falta que corras.

—No lo haré, hay un niño en el coche —apuntó Miguel, que ya había dejado a Miguelín en el asiento trasero, junto a Sonia.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Carlos. Tú tampoco aprietes mucho el acelerador, en ese coche también viaja un niño.

—No lo hará, porque conduciré yo —sentenció Marisa.

Cuando estaban llegando al chalé, un vehículo en contradirección llamó la atención de Carlos. Era un modelo compacto, una furgoneta de las que solía usar el CNI en sus operaciones. Creyó distinguir al menos cuatro ocupantes, todos hombres.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marisa al ver la cara circunspecta de Carlos.

—Nada, pero ve despacio.

Cuando llegaron al portón de entrada, Carlos cogió el maletín del asiento trasero, se bajó del vehículo y comprobó que la cerradura no hubiese sido manipulada, sacó su llave y la abrió. Su coche no estaba en el mismo sitio donde lo había dejado antes de partir con Miguel hacia el Líbano.

—Moviste mi coche para sacar el tuyo, ¿verdad? ¿Lo dejaste tal y como está ahora?

—Pues claro que lo moví —contestó Marisa—, de otro modo, ¿cómo narices habría sacado el Mini? Y no sé si lo dejé como está ahora. Recuerda que salí a toda prisa y muy inquieta. ¿Me vas a contar qué está pasando?

Carlos hizo caso omiso a la pregunta de su esposa. La puerta de entrada de la casa estaba cerrada. Introdujo la llave y con un giro de ciento ochenta grados la abrió. Lo normal sería necesitar dos giros completos para desbloquear la cerradura. «Puede que con las prisas a Marisa se le olvidase cerrar bien la puerta, pero también cabe otra posibilidad», pensó. Encendió la luz del salón y dejó el maletín junto a la puerta. Cuando se incorporó, vio un sobre con una nota encima de la mesa y realizó una rápida inspección ocular. Tenía la certeza de que agentes del CNI habían entrado en el chalé, buscando cualquier indicio que les llevase a localizarlo. En apariencia no había nada anormal en la estancia, solo en apariencia. Observó que en la estantería dos libros estaban colocados fuera de su lugar: *Platero y yo*, de Juan Ramón Giménez, y *Rimas y Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer.

—Hay una carta —dijo Marisa en el umbral de la puerta de entrada.

Carlos se apresuró y cogió el sobre antes de que lo hiciese Marisa. Leyó primero la nota adjunta:

«Hola, Hernández.

Esta carta estaba en el buzón cuando un equipo inspeccionó tu vivienda la noche que mataste a Sainz de Rozas. Leí el contenido y parece una amenaza en toda regla.

En tu ausencia, otros agentes han retirado las videocámaras que colocaron los primeros. Confío en que lo hayan dejado todo tal y como estaba.

Nos vemos mañana.

Un saludo,

Felipe Ansuátegui».

Acto seguido sacó la carta del sobre y la leyó:

«Estimado señor Hernández.

Damos por hecho que ha sido usted o su amigo quien ha matado a Sainz de Rozas, quien, como habrá deducido, ya era hombre muerto.

Esperamos y deseamos, por su bien, que haya dado por finalizadas sus pesquisas. En caso contrario, si es que no lo hace antes el CNI, nosotros nos encargaremos de acabar con su vida y la de su mujer.

Por cierto, acepte nuestra enhorabuena por su futura paternidad.

Confiamos en que atienda nuestra petición y así pueda disfrutar de su retoño.

Esperando que esta interesante relación haya llegado a su fin, nos despedimos.

Los Elegidos».

—¿Qué pone? —quiso saber Marisa.

—Nada que nos importe ahora mismo.

Carlos se guardó la carta y la nota en uno de los bolsillos del abrigo, algo que alarmó a Marisa, más aún tras percibir el tono de inquietud en las palabras de Carlos.

—Entonces, ¿por qué no me lo dejas leer?

—Es trabajo. Ya sabes que no te puedo contar todo lo que hago.

—Esa carta ha llegado a nuestro hogar. Creo que es algo más personal —refutó ella.

Carlos intentó cambiar de tema. Se aproximó, agarró a Marisa por la cintura y, fijando su mirada en la de ella, añadió:

—Cariño, el mundo es menos inseguro ahora que hace dos días.

—Por tanto, no es seguro, ¿verdad?; Quiero decir, el mundo.

—Nunca lo ha sido y dudo mucho que algún día lo sea. El secretario general del CNI me ha escrito para informarme de que habían retirado las cámaras que previamente habían instalado.

Marisa se llevó la mano a la boca antes de hablar.

—¿Quieres decir que han estado aquí poco antes de que llegásemos?

Carlos asintió.

—¿Estás seguro de que no nos están vigilando?

—Bastante seguro. Hemos llegado a un acuerdo esta noche.

—¿Y cuáles son los términos de ese acuerdo?

Carlos se recostó en el sofá y dio unas palmaditas sobre el asiento, invitándola a sentarse a su lado. Marisa se sentó y Carlos le contó todo lo referente al pacto con Ansuátegui, pero ni una sola palabra del contenido de la carta ni de Hoffmann, tampoco de que el peligro seguía presente. Cuando acabó su explicación, ella aparentó darse por satisfecha. Carlos se levantó del

sofá y recogió el maletín del suelo, lo colocó sobre la mesa del salón y lo abrió para sacar el MacBook Pro de su interior.

—Tengo que hacer un par de llamadas, pero antes debo usar el ordenador.

—Es nuevo —afirmó ella en cuanto vio como lo sacaba del maletín.

—Sí, lo compré en Estados Unidos. Por cierto, mucho más barato que en España —contestó Carlos mientras encendía el portátil y lo desbloqueaba.

—¿Tardarás mucho?

—Creo que no.

—Entonces te espero en la cama. Si tienes hambre, en el congelador hay una bandeja con canelones —dijo Marisa.

—De acuerdo. En cuanto acabe subo.

El inspector Robinson sostenía con sus manos una caja de cartón que contenía sus pertenencias. Se disponía a salir de la comisaría cuando el agente de guardia llamó su atención:

—Inspector, tiene una llamada. Es de un número oculto, pero insiste en que se trata de un asunto urgente relacionado sobre un caso de asesinato que lleva usted.

Robinson dejó la caja sobre el mostrador, lo rodeó y entró abriendo una portezuela. El agente le ofreció el teléfono inalámbrico mientras él seguía atendiendo llamadas por otras extensiones, con los auriculares y el micrófono reposando sobre su cabeza.

—Hola, Thomas. Soy el espía español que te ha causado tantos dolores de cabeza. Llamaba para saber qué tal va todo por allí.

—¡Carlos, cómo no! Pues me pillas saliendo de la comisaría. Me han suspendido de empleo y sueldo, de momento un mes. Lo tomaré como unas merecidas vacaciones, que buena falta me hacen.

—Vaya, lo siento. ¿Y el resto de tu equipo?

—Solo acataron mis órdenes.

—Ya. Los has exculpado, ¿verdad? —dejó caer Carlos.

—Es una forma de decirlo. El… el sujeto que os entregó los documentos me llamó en cuanto os recogió el taxi para llevaros al aeropuerto. ¿Tuvisteis algún contratiempo durante el viaje? —musitó Robinson.

—Ninguno, gracias.

—Por cierto, poco después de que os marchaseis de la comisaría llegaron los del CBRN.

—Lo sé, porque vimos llegar el vehículo de los especialistas en ataques químicos y biológicos cuando tomamos el taxi.

—Pues se lio una buena. Poco después se personaron cuatro agentes federales con una orden en la que asumían el caso. Pese a las instrucciones de los del CBRN de que no tocasen nada, lo hicieron, vaya si lo hicieron. Requisaron nuestros móviles y sacaron toda la información que contenían con unos dispositivos, los mismos que utilizaron después para extraer el contenido de mi ordenador y de los de los miembros de mi equipo. Y Dylan en pie, más tieso que un palo de escoba, junto al dron, hasta que los especialistas descartaron que hubiese fugas. Un poco cómico, la verdad.

—Entonces, ¿no detectaron ningún escape en las cápsulas que portaban los drones?

—Eso sí que nos lo confirmaron antes de que llegasen los del FBI. Al parecer, esos aparatos voladores llevaban incorporado un *software* que, una vez activado, les marcaba las coordenadas exactas donde debían liberar el virus mediante un pulverizador. Pero al interrumpir la orden antes de la hora prefijada, las 24:00 h, el mismo programa informático los devolvía al punto de partida: la terraza del One Times Square. En total, veinticinco drones. Eso también estaba en el programa.

—¿Sabes algo de Linda O'Sullivan?

—Aunque los federales nos prohibieron intentar contactar con ella cuando saqué el tema a colación, nos dijeron que su vida no corría peligro. Imagino que también le espera una sanción.

—O una expulsión del FBI —apuntó Carlos—. Por cierto, ¿cómo se tomaron los federales que nos dejaseis libres?

—¿De verdad es necesario que te conteste? Acabo de sacar mis cosas de mi despacho.

—No —respondió Carlos, consciente de la obviedad.

—Pero no me preocupa, sé que hice lo correcto. Además, a cada cerdo le llega su San Martín. Más pronto que tarde la CIA les quitará el caso. Es un asunto de seguridad nacional, y Aguirre… mejor dicho, Hoffmann, ha huido a algún lugar del Pacífico. De encontrarlo se encargará la agencia de inteligencia.

—¿Crees que lo encontrarán?

—No te quepa duda. Si lo hicieron con Bin Laden…

—Espero que esta vez no tarden diez años —advirtió Carlos, que recordó las últimas palabras de Hoffmann: «la partida no ha terminado». «Puede que ahora mismo esté produciendo el virus en algún lugar del mundo», pensó.

—¿Y vosotros? ¿Cómo os está yendo en España?

—Hemos llegado a un acuerdo con nuestro jefe provisional. Ya no nos siguen ni nos vigilan.

—Lo suponía. Siempre hay que guardarse una buena carta en la manga, y ese video que me mostraste es un «as».

—Pero seguimos pendientes de la justicia. Mañana saldremos de dudas. Disfruta las «vacaciones», Thomas.

—Suerte, Carlos.

Después de colgar, el agente español marcó un largo número de teléfono. No albergaba muchas esperanzas de que atendiese su llamada, pero lo hizo.

—Buenas noches. ¿Qué quiere? —Era la voz del general Javier Ramírez.

—General, soy el agente Carlos Fernández. Nos dio un plazo y lo hemos cumplido.

—Gracias, teniente. Ya he recibido autorización para repatriar los cadáveres. ¿Han encontrado el origen del virus?

—Sí —fue la escueta respuesta de Carlos.

—¿Y lo han aislado?

—Por el momento, sí.

—No es muy tranquilizadora su respuesta.

—Es la que estoy autorizado a contarle —mintió Carlos—. ¿Ha habido algún infectado más en la base o fuera de ella?

—En eso estoy igual que usted, he recibido órdenes muy explícitas sobre el asunto; de hecho, no deberíamos estar teniendo esta conversación. Pero puede estar tranquilo.

Carlos interpretó la última frase como una confirmación implícita de que no había fallecido nadie más y que el brote de viruela se contuvo en la base militar del Líbano.

—Ya veo. Se han dado prisa —dejó caer Carlos—. Ánimo, le va a hacer falta para comunicar la muerte de los soldados a sus familiares.

—Sobre eso también he recibido instrucciones. Si no tiene nada más que preguntarme tengo que colgar. Ya es hora de que me acueste.

—Solo una cosa más. ¿Por qué nos dio un plazo de trece días y no de diez o quince?

—Porque es mi número de la suerte.

—Todos tenemos supersticiones.

—Igual es que todos las necesitamos.

—Buenas noches, general.

—Buenas noches, teniente.

Nada más colgar, Carlos miró su reloj. Eran más de las doce y media.
—Hora de dormir —musitó.

Capítulo 22: La hora de Caín

Día 17. 2 de enero. Guadarrama, Madrid.

El despertador comenzó a emitir un zumbido estridente cuyo volumen aumentaba con los segundos. Un sonido familiar, pero no por ello agradable.

Carlos se despertó y le dio un manotazo al despertador, deteniendo así la molesta melodía. Se sentó en su lado de la cama, encendió la luz de la mesita de noche y se desperezó extendiendo sus brazos hacia atrás, inspirando profundamente por la boca, completamente abierta.

—Te acostaste tarde —escuchó a su espalda.

Él se giró y besó a Marisa.

—Debería haberme ido a dormir antes —admitió Carlos.

—Dúchate mientras preparo el desayuno —propuso ella.

Carlos frotó todos los rincones de su esculpido cuerpo, mesó el cabello con champú y se abandonó a los placenteros chorros de agua caliente que recorrían su piel. Su cuerpo lo agradeció, su mente también. Se secó con una toalla y salió de la ducha. Más que un baño, el vapor de agua que colmaba toda la estancia le confería el aspecto de una sauna sueca.

Se quitó la perilla artificial y se afeitó. Acabo el ritual de acicalamiento peinando un cabello que pedía a gritos un corte de pelo. Salió del baño y sacó del armario un traje negro y una camisa blanca de cuello francés, así como una corbata gris pizarra de seda italiana y un par de calcetines largos de algodón, a juego con la corbata. Escogió un cinturón negro de piel curtida con una hebilla cromada y unos zapatos Oxford, negros y relucientes. Y, vestido de esa guisa bajó al salón comedor.

—Mucho mejor así. Menos mal que no es una jueza ante quien tienes que testimoniar, de lo contrario estaría celosa —bromeó Marisa.

Él recuperó el apetito perdido al ver el desayuno habitual de cada día, del que dio buena cuenta manteniendo impoluto el traje.

—Lo echaba de menos —apuntó Carlos.

—¿El desayuno?

—Todo. El desayuno, mi casa… y sobre todo a ti —dijo extendiendo sus brazos sobre la mesa para tomar las manos de su mujer.

—Has quedado a las siete y media con Miguel y son las seis y media.

—¿Me estás metiendo prisa? ¿Acabo de llegar y ya quieres deshacerte de mí? —preguntó perfilando una sonrisa.

—Mira que llegas a ser tonto. Espabila, no vaya a ser que llegues tarde ante su señoría.

—¡Señor, sí señor! —bromeó de nuevo Carlos—. Solicito permiso para cepillarme los dientes.

—Permiso concedido, teniente —respondió ella, que comenzó a reír.

Cuando bajó de nuevo al salón, Carlos encendió el portátil y comprobó el video que debía exculparle. La amenaza de hacerlo público había funcionado. Descolgó el teléfono de casa y escuchó el aviso del contestador automático informándole de que tenía once mensajes. Dos eran de su padre y tres de su suegra, todos de preocupación por no dar con él y Marisa e instándoles a devolver las llamadas; el resto, de un mutismo sospechoso.

—Marisa, tu madre y mi padre han dejado varios mensajes en el contestador. Yo tengo que hacer un par de llamadas. En cuanto acabe deberías llamarles.

—¿Y qué les digo?

—La verdad, pero maquíllala para que no se alteren demasiado.

Carlos llamó a casa de Sonia, después del segundo tono de llamada escuchó la voz de Miguel.

—Buenos días, Carlos.

—Buenos días, Miguel. ¿Estás listo?

—Lo estoy. ¿Me recoges en el aparcamiento?

—Espérame allí.

—¿Crees que funcionará?

—Soy optimista por naturaleza.

—Entonces nos vemos, ¿en media hora?

—Más bien cuarenta y cinco minutos —precisó Carlos—. No interesa que me pare una patrulla de tráfico por exceso de velocidad.

—Hasta dentro de un rato —se despidió Miguel, que colgó.

Carlos llamó entonces a Ansuátegui. Esta vez tuvo que esperar un poco más. El identificador y localizador de llamadas del teléfono móvil del secretario general del CNI debía estar haciendo el trabajo para el que fue diseñado.

—¿Hernández?

—Buenos días, señor. ¿Le va bien a las ocho en el *parking* Villa de París, en la calle Marqués de la Ensenada?

—¿Acaso tengo otra opción?

—Me temo que no. ¿Ha avisado a los medios de comunicación? —preguntó Carlos.

—Oportunamente, alguien ha filtrado la noticia.

—Ya. Recuerde que entraremos con el rostro cubierto.

—No lo olvido.

—Entonces, hasta dentro de un rato —se despidió Carlos, que colgó.

Metió el portátil dentro del maletín, que cerró y dejó en el suelo. Se cubrió con el abrigo y le dio un beso a Marisa.

—¿Tardarás mucho? —se interesó ella.

—Espero que no, pero con un juez de por medio nunca se sabe.

Ella se quedó en el umbral de la puerta, con la bata color burdeos de vellón ceñida a su ahora menos estrecha cintura y los brazos en jarras. Él abrió el portón, se subió al Seat Toledo, lo arrancó y condujo hasta la calle. Miró por el retrovisor y allí seguía Marisa, como siempre que acudía al trabajo, como si cada despedida pudiera ser la última. Se bajó del automóvil y cerró el portón. Alzó la vista y le dedicó a su mujer la mejor sonrisa que podía ofrecerle, ella hizo lo propio y se quedó esperando hasta que perdió de vista el coche.

Carlos llegó a la calle Velázquez y detuvo el vehículo en doble fila. Miguel se subió al asiento del acompañante.

—¿Y esa risita? Tú no has dormido esta noche en el sofá —afirmó Carlos.

—Vale, no he dormido en el sofá. ¿Necesitas detalles?

—No hace falta, me lo puedo imaginar por las ojeras. Entonces, ¿ha habido reconciliación?

—Supongo. De momento, Sonia me ha dicho que puedo pasar otra noche en casa. Eso en el caso de que el juez nos deje libres.

—Has dicho «casa», no «su casa».

—Es que también es la mía, al menos pago la hipoteca —contestó Miguel sin abandonar la sonrisa.

—Como tú digas, pero esto pinta muy bien. Enhorabuena, macho.

Ya en la calle Marqués de la Ensenada, Carlos condujo el Seat Toledo hasta la entrada del estacionamiento subterráneo. En frente, detenidas en doble fila, dos berlinas de color negro y cristales tintados reflejaban los primeros rayos de sol de esa fría mañana. Apoyados en una de ellas estaban Ansuátegui y un agente con gafas de sol. El coche de Carlos descendió por la rampa hasta la máquina expendedora de tiques, el agente retiró el billete y la barrera se levantó permitiendo el paso. Estacionó el vehículo en una de las

plazas libres del primer sótano, salieron del coche y se encaminaron hacia la salida de peatones, y de ahí hasta la berlina donde les esperaba Ansuátegui.

—¿Están listos? —preguntó el secretario general del CNI.

Miquel y Carlos asintieron. El agente con gafas de sol los maniató con las esposas a la altura de la zona lumbar y les ayudó a entrar en la parte posterior del vehículo, posicionando sus cabezas de modo que no se golpeasen con la carrocería. Una vez sentados, les cubrió la cabeza con dos pasamontañas cortaviento que solo dejaba a la vista la mitad superior de la cara. Las dos berlinas arrancaron, tomaron la primera calle a la izquierda hasta el Tribunal Supremo y después giraron en el primer cruce a la derecha para adentrase en la calle Orellana.

La entrada de la sala de lo penal de la Audiencia Nacional estaba repleta de periodistas que intentaban en vano saltarse el cordón policial. Los dos coches oficiales accedieron al aparcamiento subterráneo y poco después se detuvieron. Dos agentes condujeron a Carlos y a Miguel hasta el ascensor, subieron y ascendieron tres plantas. Al abrirse la puerta del elevador se encontraron en una antesala. Les quitaron los pasamontañas y el abogado que solía hacerse cargo de la defensa de los agentes del CNI, Julián del Álamo, se presentó.

—Buenos días, soy vuestro abogado. Como ya nos conocemos me ahorraré los preámbulos. Agentes —dijo mirando a los dos hombres que les escoltaban—, si no les importa, desearía intercambiar unas palabras con mis clientes.

Una vez a solas, Del Álamo, que llevaba la correspondiente toga sobre un traje del que solo se apreciaba el pantalón negro, los observó antes de volver a hablar.

—Tengo el video que de manera anónima me ha enviado alguien en un DVD, supongo que autorizado por vosotros dos. ¿Cierto?

—Así es —confirmó Miguel, quien a instancia de Carlos había facultado a Mariano para enviárselo al abogado. Carlos entretanto asentía.

—Solo quiero asegurarme que no ha sido manipulado. Por tanto, lo reproduciré y lo corroboráis.

Del Álamo sacó una tableta de su ajado maletín de piel marrón con cierre de broche, introdujo un lápiz de memoria, seleccionó el archivo de video y se lo mostró.

—Es tal cual —afirmó Carlos después de haber visionado junto a Miguel el video de la muerte de Sainz de Rozas.

—Dado el contenido del mismo y, teniendo en cuenta que podría tratarse de un asunto de seguridad nacional, no he pedido la conveniente certificación de autenticidad al Centro Criptológico Nacional, pero puede que el juez lo solicite. Por otro lado, el mismo DVD también contiene varios archivos que demuestran un seguimiento, rastreo y volcado de información de vuestros teléfonos móviles hasta que estos fueron inutilizados. Imagino que esto último es cosa vuestra.

—Así es —confirmó Miguel—. Nosotros inutilizamos nuestros terminales cuando Sainz de Rozas confesó haber dado la orden de eliminarnos.

—Después de haberlo matado —concretó el abogado.

—Sí —ratificó Carlos.

—Ahí llega el Fiscal de la Audiencia Nacional —dijo Del Álamo señalando con su mentón hacia el ascensor—. En primer lugar, los letrados presentaremos los alegatos y las pruebas. Después, lo normal es que el juez os tome declaración. Yo estaré siempre presente. Ahora entremos.

La sala era rectangular y algo pequeña, pero muy luminosa. Una tarima dividía en dos la estancia; sobre ella, con forma de «u» invertida, el estrado; al fondo y en medio, el juez, bajo una fotografía del Jefe del Estado; a los lados, las sillas de los letrados.

—¿Me pueden explicar qué es lo que está sucediendo? —preguntó Gonzálvez, el magistrado—. Primero no se presenta el secretario judicial y ahora los dos detenidos sin custodia policial.

—Señoría, ¿podemos acercarnos el fiscal y yo?

—Adelante —dijo con tono resignado Gonzálvez.

Desde su posición, sentados a unos diez metros del estrado, ni Carlos ni Miguel podían escuchar lo que estaban exponiendo tanto el fiscal como su abogado.

—¡¿Cómo que retira los cargos?! —escucharon vociferar al juez, claramente irritado.

—Señoría, ahora hay nuevas pruebas que obligan a la fiscalía a tomar esta decisión. Ha aparecido un video que ha sido analizado por el Centro Criptológico Nacional, quien verifica su autenticidad. Este es el informe y el video. —El fiscal depositó el documento y un DVD sobre el estrado.

—¿El abogado de la defensa ha recibido ese video? —preguntó el juez mirando a Del Álamo.

—Sí, señoría. Con su venia, creo que es esencial que lo visualice —recomendó el abogado defensor, más tranquilo al conocer que el video ya había sido certificado por la autoridad competente.

Ante la ausencia del secretario judicial, fue el mismo juez quien, tras leer el informe, se levantó, introdujo el DVD en lector óptico y pulsó la tecla de reproducir ante la atenta mirada de Carlos y Miguel.

Una vez finalizada la visualización, Gonzálvez se recostó sobre su silla ergonómica, mirando a un lugar indeterminado, mientras los presentes en la sala esperaban su pronunciamiento.

—Señoría, creo que…

—Un momento, abogado.

El juez abrió un portafolio y miró a Carlos.

—Señor Fernández, ¿reconoce el video que acaba de ver? —dijo mirando a Carlos, quien se sorprendió de que lo hubiese llamado utilizando su apellido de agente, no el real; lo que implicaba que, desde el principio de la instrucción el CNI había preservado su identidad. «Daban por hecho que nos iban a eliminar y a deshacerse de nuestros cuerpos», dedujo Carlos.

—Sí, señoría. Lo grabé yo.

—Entonces, ¿reconoce ser el autor de los disparos que acabaron con la vida del general Sainz de Rozas?

—Sí, en defensa propia.

—Limítese a responder a las preguntas que le haga. ¿Me puede aclarar en qué andaba metido el CNI? ¿Qué es eso del virus y las muertes que comentaba con Sainz de Rozas?

—Me temo que no estoy autorizado a contárselo.

—Le advierto que está incurriendo en un delito de obstrucción a la justicia.

El teléfono móvil del juez comenzó a vibrar, este hizo caso omiso, pero ante la insistencia retiró su toga, sacó del bolsillo su terminal y observó la pantalla.

—Me disculpan. He olvidado apagarlo, pero debo atender esta llamada.

»Hola, Sebastián. Podrías llamarme más tarde, o mejor te llamo yo. Es que estoy en la vista previa del caso… Ah, que ya lo sabes. Un momento, no cuelgues —dijo arqueando las cejas antes de hablar—: ¿Les importa si hacemos un receso de un cuarto de hora para atender esta llamada? Es urgente.

Como si lo supiera con antelación, el fiscal había comenzado a guardar documentos en su cartera. Del Álamo lo emuló, y los dos letrados, junto con Miguel y Carlos, abandonaron la sala.

En la antesala, Ansuátegui, que estaba hablando por teléfono, colgó al verlos.

—Creo que el tal Sebastián es Sebastián Soria, el presidente del Consejo General del Poder Judicial —bisbiseó el abogado.

—Eso implicaría que la maquinaria se ha puesto en marcha —dijo Miguel mirando a Ansuátegui.

Habían trascurrido veinte minutos y la puerta de la sala permanecía cerrada. Carlos, que en todo momento permaneció junto a la puerta, solo pudo escuchar una suerte de monólogo del juez interrumpido por silencios que atribuyó a su interlocutor. Aunque sin llegar a oír con nitidez las palabras de Gonzálvez, si creyó discernir que hablaba con distintas personas.

—Pasen. Y ocupen sus asientos —les instó Gonzálvez en cuanto abrió la puerta. Lívido y con la frente perlada de sudor, el juez carraspeó antes de intervenir—: Acepto la retirada de los cargos propuesta por la fiscalía. Los acusados recuperan su libertad desde este momento y pueden presentar cargos contra el Estado. Se les devolverán sus pasaportes y todos los objetos personales que les pudieran haber sido requisados. ¿Está de acuerdo la defensa?

—Sí, señoría, pero estimo necesario, para un total resarcimiento, que la orden de búsqueda y captura internacional de mis dos defendidos sea revocada.

—Lo pensaba hacer, pero gracias por recordármelo, letrado. Transmitiré formalmente a la Interpol la revocación de la orden con carácter inmediato. ¿Tiene algo más que añadir el fiscal?

—No, señoría.

—Entonces, enviaré copia de las conclusiones a la defensa y a la fiscalía, así como al presidente de la Audiencia Nacional. Doy la vista previa por finalizada. Pueden marcharse.

—Ya os dije que todo iba a ir bien —dijo Del Álamo nada más salir a la antesala—. El video era contundente.

—No ha sido el video —negó Carlos—. Esto es cosa del CNI y del Ministerio de Defensa.

Miguel se dirigió hacia la posición de Ansuátegui seguido de cerca por Carlos.

—Yo he cumplido la parte del trato —afirmó el secretario general del CNI—. Ahora espero que cumpláis vuestra parte.

Ansuátegui le entregó a Carlos una tableta con el logotipo del CNI en medio de la pantalla.

—¿Está delirando? El video es nuestro seguro de vida, no pienso eliminarlo —dijo con rotundidad Carlos.

—Lo suponía, pero tenía que intentarlo —admitió Ansuátegui esbozando una sonrisa—. No me queda entonces otra opción que confiar en vuestra palabra.

—Somos hombres de honor —intervino Miguel—. No dudes de que cumpliremos con nuestra parte del trato. El problema es que hay mucha gente que sabe la verdad: los soldados que sobrevivieron en la base Miguel de Cervantes, el general Ramírez y los de la UME; también los técnicos que identificaron la variante del virus y sus jefes, por no hablar del FBI y la CIA.

—Todos son soldados y acatarán las órdenes. Respecto a la agencia de inteligencia estadounidense, esta madrugada he tenido ocasión de intercambiar unas palabras con su director. Está al tanto de todo gracias a la colaboración de una agente del FBI y de un inspector de la Policía Metropolitana de Nueva York. Imagino que sabéis a quiénes se refiere. Me ha asegurado que pondrá todos los medios necesarios para localizar a Hoffmann, al que ya apodan el hijo de Caín. Al parecer, su padre fue un industrial alemán que colaboró de manera intensa con el Tercer Reich, nada menos que fabricando el *Ziklon B*, utilizado en los campos de exterminio nazis a partir de 1942. De tal palo tal astilla. También me ha felicitado por el operativo que impidió el atentado en Nueva York, y me ha pedido que transmita personalmente su gratitud a los dos agentes que participaron.

—Sin nombres, por supuesto —apuntó Carlos, sabedor de que la CIA conocía perfectamente sus identidades. «Es una demostración de respeto y un mensaje velado de que no interferirán en nuestras vidas, ni profesionales ni personales», concluyó.

—Por supuesto —le confirmó Ansuátegui—. Por otro lado, me ha comentado que, si proseguimos con la investigación, le complacería que compartiésemos información y que ellos, en reciprocidad, harían lo mismo.

—¿Y qué le has contestado? —quiso saber Miguel.

—Que lo tendrá que decidir el próximo director del CNI. *Alea jacta est.* La suerte está echada —repitió en español—. Sin acritud —añadió el secretario general ofreciendo su mano.

Carlos sopesó la conveniencia de corresponder al gesto de alguien que había ordenado matarlos, aunque dadas las circunstancias, era lo que se esperaba, por lo que decidió estrechar la mano de Ansuátegui, igual que Miguel.

—Hay una salida libre de periodistas —dijo el secretario general del CNI —. Uno de mis hombres os acompañará. Por cierto, creo que deberíais revisar el coche.

»Ah, se me olvidaba —continuó—. Esta tarde habrá una conferencia de prensa en la sede del Ministerio de Defensa.

Ya en la calle y ajenos al ajetreo de periodistas de la entrada principal, Miguel y Carlos caminaron hasta la entrada del aparcamiento subterráneo. Carlos sacó el tique de su bolsillo y lo introdujo en el cajero automático, abonó el importe de la estancia del vehículo en efectivo y los dos agentes se encaminaron hacia el Seat Toledo. Antes de entrar, Carlos revisó el maletero, desbloqueó las puertas con el mando a distancia, echó un vistazo a los asientos traseros y palpó por debajo de los delanteros. Se sentó en el asiento del conductor y abrió la guantera. Allí, sobre la documentación del vehículo, había dos sobres con el nombre de los dos agentes y dos pequeñas bolsas de plástico. Cada sobre contenía un documento de identidad y un pasaporte nuevo.

—Ahora me llamo Carlos Herranz, ¿y tú?

—Miguel del Pozo —respondió su compañero y amigo.

—Como la marca de embutido —remarcó Carlos riendo.

Cuando detuvo el Seat Toledo junto a la puerta del edificio donde vivían Sonia y Miguelín, Carlos buscó la mirada de Miguel y le preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Pues no estoy seguro. Depende de Sonia.

—No me refería a eso, Miguel, sino a qué piensas hacer. ¿Vuelves al trabajo?

—No veo por qué no, pero eso lo dejo para mañana. Me he comprometido a recoger a mi hijo a la salida de la escuela. Después pasaremos a buscar a Sonia e iremos los tres al cine a ver la última de Harry Potter. ¿Y tú?

—Ya veremos —respondió Carlos—. De momento me toca hacer de marido y futuro padre. Hablamos, ¿vale?

—Eso seguro, Herranz.

—Pues hasta luego, Del Pozo —se despidió Carlos de su amigo cuando este bajó del coche y antes de que cerrase la puerta del mismo.

Metió la primera marcha y se perdió entre el denso tráfico de Madrid, que ya había despertado a un nuevo y frío día de invierno mesetario. Llegó a la entrada del chalé y, cuando estaba abriendo el portón para introducir el automóvil, Marisa apareció corriendo, lo abrazó y lo besó con varias lágrimas recorriendo sus mejillas.

—He pasado mucho miedo, mucho —dijo ella sin dejar de abrazarlo—. Pensaba que te detendrían.

—Mujer de poca fe. Venga, vayamos dentro, que hace frío y no quiero que te resfríes.

El día trascurrió como cualquier otro, como si los últimos diecisiete no hubiesen existido. Carlos desbrozó el huerto y, como siempre, preparó la comida; ella la cena.

A media tarde había comenzado a nevar, de manera que, cuando acabaron de cenar, un fino manto blanco cubría el jardín y el huerto.

Carlos encendió el televisor y se sentó junto a Marisa, que leía una novela titulada *Últimas noches en París*, de una autora que él desconocía.

Estaba viendo un programa sobre las costumbres de diversas localidades españolas cuando el presentador interrumpió la emisión y dio paso a una conexión en directo con la sala de prensa del Ministerio de Defensa. Una joven reportera copó la pantalla y, micrófono en mano, se presentó y anunció la comparecencia del ministro de defensa, que apareció instantes después tras el atril y a un lado de las banderas de España, la Unión Europea y la OTAN.

—Buenas noches. El motivo de esta rueda de prensa es aclarar las dudas sobre la detención y posterior puesta en libertad de los presuntos asesinos del director del CNI. Tras tomarles declaración esta mañana en sede judicial, el magistrado de la sección seis de la Audiencia Nacional, Rodolfo Gonzálvez, ha decretado la puesta en libertad sin cargos de los dos acusados. La sentencia… —el ministro abrió un portafolio—, leo textualmente:

> «Yo, Rodolfo Gonzálvez Puig, magistrado de la sala sexta la Audiencia Nacional, en referencia a las diligencias sobre el asesinato de don Fernando Sainz de Rozas, director del Centro Nacional de Inteligencia.
>
> Exculpo mediante esta sentencia a los dos acusados de los delitos de asesinato por grave defecto de forma y por no encontrar indicios razonables de su implicación en la causa abierta.
>
> Por tanto, ordeno su inmediata puesta en libertad».

»Tengo que añadir que, esta mañana, el secretario general del CNI me ha presentado su dimisión, la cual he aceptado. He dado órdenes explícitas para que se abra una investigación interna en el CNI a fin de esclarecer los posibles errores en la investigación y depurar responsabilidades.

»Solo atenderé cinco preguntas —informó el ministro.

—Alicia González, de Siete Días. Señor ministro, ¿está de acuerdo con la decisión del Juez Gonzálvez?

—El ministerio acata la decisión judicial, como no podría ser de otra manera; pero en el caso que nos concierne, estamos además de acuerdo.

—José Carlos Garrido, de La Verdad. Entonces, ¿admite que desconocen al asesino o los asesinos del general Sainz de Rozas?

—Los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado están trabajando en una nueva línea de investigación. No les quepa duda de que encontraremos a los responsables de su muerte.

—Elisenda Roca, de El Punto. ¿Da credibilidad a los rumores sobre la dimisión del juez Gonzálvez?

—No puedo ni debo opinar sobre rumores.

En la sala de prensa se comenzó a escuchar el incesante timbreo de multitud de teléfonos móviles, cada vez más. Casi de forma simultánea, los periodistas sacaron sus terminales ante la mirada inquieta del ministro de defensa. Un creciente murmullo se extendió por la sala.

De pronto, todos los reporteros levantaron sus manos para poder intervenir y al ministro no le quedó otra que elegir, y lo hizo. Señaló a uno de los periodistas de un medio de comunicación conocido por su afinidad al Gobierno.

—Teodoro Rubiales, de Onda Radio. Acaba de darse a conocer la repatriación de los cuerpos de al menos catorce soldados fallecidos en la base Miguel de Cervantes, en el Líbano. ¿Nos puede indicar la causa de su muerte y el número exacto de fallecidos?

El rostro del ministro se tornó circunspecto. El sudor comenzaba a perlar su frente cuando buscaba con la mirada a su asesor sin encontrar respuesta.

—¡Señor ministro! ¿Qué ha sucedido en la base militar española? —preguntó uno de los periodistas.

—¿Se trata de un atentado? —le interpeló otro.

Las preguntas iban en aumento, a la par que el silencio del ministro, quien por fin habló:

—Doy por finalizada la rueda de prensa —dijo mientras se dirigía a la puerta del estrado, escoltado por dos agentes y entre el abucheo generalizado de los periodistas.

La reportera de la televisión pública volvió a aparecer de nuevo en pantalla, pero no le dio tiempo a decir nada, puesto que la conexión se interrumpió para dar paso a una cuña publicitaria sobre una película programada para emitirla al día siguiente.

—¡Será cabrón! ¡A ver cómo te escapas de esta! —espetó Carlos captando la atención de Marisa.

—¡Pero bueno! Parece que estés viendo un partido de fútbol —comentó ella.

—Esto tiene que ser cosa de Ramírez. Se la ha jugado bien jugada —dijo al tiempo que soltaba una sonora carcajada.

—¿Quién es Ramírez?

—Un hombre que sabe cuando hay que hacer lo correcto. Por cierto, ¿qué estás leyendo? —preguntó Carlos en un intento de cambiar de tema.

—Una historia de amor y desamor que se desarrolla en París durante la Segunda Guerra Mundial.

—Entre un soldado y una mujer. Ya me imagino.

—Pues te equivocas, porque es entre dos mujeres —repuso ella.

—Entonces igual me interesa. ¿Hay mucha pasión?

—Siempre pensando en lo mismo.

—Ya que ha salido el tema, ¿has hablado con la doctora sobre las relaciones sexuales en tu estado?

—Me las ha prohibido. Es broma —dijo Marisa riendo al ver la cara de Carlos—. Me ha dicho que puedo seguir teniendo relaciones, pero con precaución. El tema de las posturas, básicamente.

—Entonces toca Kamasutra. ¡Qué bien! —añadió él.

—Mira que eres burro. No tienes remedio.

—Me voy a servir una copa de vino. Quieres tomar algo —preguntó Carlos.

—No, gracias.

—Ahora vuelvo, —dijo él.

Cuando estaba a punto de entrar en la cocina el teléfono de casa sonó. Carlos detuvo el intento de Marisa de levantarse para atender la llamada apuntándose con el dedo índice, poniendo de manifiesto que él descolgaría, y así lo hizo.

El número de teléfono que aparecía en la pantalla del teléfono inalámbrico era el de la vivienda de Sonia, aunque bien podría ser Miguel. Descolgó y la voz que escuchó al otro lado de la línea le sacó de dudas.

—¿Carlos?

—Sí, el mismo que viste y calza. Me llamas por la conferencia de prensa, ¿verdad?

—¡Ha sido alucinante!

—Lo ha sido —admitió Carlos.

—Esto tiene que ser cosa de Ramírez —apuntó Miguel—. El ministro va a tener que dar muchas explicaciones. ¿Crees que Ramírez ha enviado los

cuerpos de los soldados sin incinerar?

—De lo que estoy seguro es que ha enviado los cuerpos o sus cenizas antes de lo acordado. Solo había que fijarse en la cara del ministro de defensa para saber que no tenía ni idea. Ayer hablé con él y me dijo que tenía instrucciones sobre el procedimiento a seguir con los cadáveres.

—¿Lo ves capaz de haber avisado a la prensa?

—Quién sabe —dudó Carlos—. Lo más probable es que haya filtrado la noticia haciéndose pasar por otra persona o utilizando algún contacto de confianza.

—¿Y lo de que el juez piensa dimitir? —quiso saber Miguel.

—¿Te preocupa?

—Hasta cierto punto, sí. Imagina que dimite en los próximos días. Enseguida lo relacionarían con nuestra puesta en libertad.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —sugirió Carlos—. Además, no veo factible que su supuesta dimisión lleve asociado que admita las presiones recibidas en nuestro caso.

—Ojalá tengas razón.

—Ya continuaremos con esta conversación mañana. Ahora me voy a tomar una copa de vino, o dos. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Miguel.

Después de colgar, Carlos sacó una botella de la enoteca: un Ribera del Duero que guardaba para una ocasión especial. «Y qué mejor ocasión que celebrar el embarazo de Marisa con un buen vino», razonó.

Descorchó la botella y sirvió el líquido de color teja propio de un gran reserva en una copa, lo agitó y acercó la copa a su nariz para percibir la fragancia a roble, cuero y regaliz. Lo cató y asintió dándose por satisfecho con la elección. Entonces sucedió.

Una nefasta premonición lo asaltó. Como siempre, sin avisar, sin lógica ni ningún elemento ambiental ni mental que lo justificase. Era algo congénito, una maldición que lo acompañaría de por vida atormentándolo, porque alguien iba a morir, o quizás ya había muerto; alguien próximo, casi siempre un familiar. Y tenía que sobrellevarlo en silencio, ocultándolo para no generar inquietud en los demás hasta que sucediese. Eso era lo peor: saber que iba a ocurrir, pero desconocer cuándo, cómo y quién sería la próxima víctima del destino.

Pensó en el hijo que esperaba. Recordó a Hoffmann. «¿Habrá cumplido su amenaza soltando el virus de la muerte? Y en tal caso, ¿cuánto tardará en

acabar con la vida de mis seres queridos, incluso con mi propia vida?», elucubró.

Un escalofrío recorrió su espalda en sentido ascendente cuando el teléfono sonó. La copa de vino cayó al suelo haciéndose añicos y tiñendo de rojo oscuro el suelo de la cocina.

—Ya has roto algo. Desde luego no se te puede dejar solo —le reprochó Marisa, que esta vez se adelantó a su marido y descolgó.

Vio como se llevaba la mano a la boca, porque ella siempre se cubría la boca con la mano cuando recibía una mala noticia o estaba asustada. Y esta vez él no sabía por qué, o sí lo sabía y se negaba a creerlo. Alguien había muerto y su corazón cabalgaba desbocado.

—¿Cuándo ha pasado? —preguntó Marisa a su interlocutor—. Ya… Sí, está conmigo. Te lo paso.

Ella miró a Carlos.

—Tu padre ha muerto. Es tu hermana Clara —balbuceó ella antes de entregarle el teléfono.

Paradójicamente, se sintió aliviado. Le dolía mucho la muerte de su padre, como no podía ser de otra manera, pero no era el peor de los escenarios posibles que su cabeza había barajado en unos segundos.

—Hola, Clara. ¿Cómo ha ocurrido?

—Un infarto, Carlos. Mamá me ha llamado hace menos de media hora, en cuanto lo ha visto desplomarse en el suelo del salón. Estaba fuera de sí, no paraba de decir que no respondía, que no respiraba… —Un gemido ahogado se escuchó al otro lado de la línea—. He llamado a emergencias, he dejado a Marcos con los niños y he ido en coche hasta casa. Cuando he llegado la ambulancia se lo estaba llevando… No me han dejado verlo… no he podido despedirme.

—Me has dejado de piedra, si me pinchan no sangro. Ya no hay nada que hacer…

—Ha muerto en la ambulancia… Eso nos han dicho cuando hemos llegado a urgencias del hospital. Mira que le dije que se cuidase que no…

—No es culpa de nadie, Clara. A todos nos llega la hora.

Clara seguía hablando a trompicones, alternando las frases con los llantos, pero Carlos ya no escuchaba, tampoco hablaba, un nudo en la garganta se lo impedía.

Juan Hernández había sido un buen padre y marido. Nunca les había fallado, pero él sí, su hijo, y cuando más necesitaba su apoyo. Todo comenzó tras el cierre de la fábrica donde su padre había trabajado desde que se

trasladó del pueblo a Valladolid. Tenía cincuenta y un años y mucha experiencia. Buscó trabajo con ahínco durante meses, más de un año, pero fue en vano y comenzó a beber al tiempo que su madre fregaba escaleras. Salía cada día temprano de casa, sobrio, pero volvía ebrio por la tarde y se acostaba.

Al principio tenía crisis de ansiedad y la familia se volcó con él, pero la depresión y el alcoholismo establecieron una barrera invisible y difícil de franquear. Las discusiones en casa eran el pan nuestro de cada día. No obstante, nunca se mostró violento, más bien al contrario, estaba de buen humor bajo los efectos del alcohol. Su madre escondía las botellas, pero él siempre acababa encontrándolas.

Y entonces él, su hijo, le dio la espalda, cuando más lo necesitaba.

—Tenía que haber hablado con él, con mi padre —bisbiseó—. Darle las gracias y pedirle perdón, pero ahora ya es tarde.

—Carlos, ¿me escuchas?

—Sí, sigo aquí. ¿En qué hospital has dicho que está? —preguntó, enjugándose con el dorso de la mano una lágrima que caía por su mejilla.

—En el Río Ortega.

—En poco más de dos horas estamos allí —aseguró Carlos tras recibir la aprobación de Marisa.

—No corras con el coche, que te conozco.

—No pisaré el acelerador más de lo necesario. Tengo que cuidar de Marisa, más ahora, en su estado.

—No me digas que…

—Lo hablamos más tarde. Por cierto, no nos llaméis a los móviles porque los hemos perdido.

Andreas se levantó como pudo. Estaba herido, aunque solo era una herida superficial. John y la asistenta se habían llevado la peor parte, ambos yacían en el suelo de la habitación de seguridad, acribillados a balazos. Varios de los mercenarios que había contratado como personal de seguridad irrumpieron en la casa esa noche y comenzaron a disparar encolerizados cuando John les informó de que estaban incomunicados. Todas las comunicaciones habían dejado de funcionar y el ingeniero, la única persona en la isla capaz de solventar el problema, había muerto víctima de los que exigían comunicación.

La enfermedad, que se había mostrado en primer lugar entre los investigadores, se había extendido. La mayoría de los trabajadores estaban

contagiados, habían contraído la viruela, y tras las primeras muertes cundió el pánico. Los mercenarios comenzaron a disparar contra todos aquellos que aparentasen estar enfermos.

Pudo ver como unas horas antes abandonaban la isla en las dos únicas lanchas neumáticas de que disponía el embarcadero. Pero estaban demasiado lejos de las rutas comerciales marítimas, a más de mil kilómetros, una garantía para evitar ser localizados. Así pues, si a los hombres armados no los mataba el virus lo haría la sed o una tormenta.

Le dolía mucho la cabeza y la fiebre le provocaba convulsiones. Aun así llegó hasta el baño, abrió el grifo y bebió toda el agua que pudo. Cuando alzó la cabeza vio su rostro reflejado en el espejo. Tal era la deformación facial que le habían provocado las pústulas sanguinolentas que el anciano apenas se reconocía. Sacó su reloj de bolsillo y lo abrió, como cada día. La imagen de su madre le hizo retroceder al día en que todo empezó, como siempre, pero esta vez no pensaba en ella, sino en su padre. Sonrió. Nunca había dejado de considerado un traidor a su patria, y ahora, en el ocaso de su vida, no iba a cambiar de opinión. El caso es que Otto Hoffmann le había dado la espalda a su país. Un traidor, sí, pero no un cobarde. Un padre y esposo ejemplar que se había jugado la vida por su familia. Un luchador incansable que le había dado todo, que lo protegió hasta su muerte.

El fallecimiento de su padre había conmocionado a la sociedad neoyorkina y él iba a morir solo, huyendo como el asesino que era, sin que nadie lamentase su ausencia.

Una lágrima corrió por su desfigurada mejilla antes de desplomarse y expirar su último aliento, con el reloj en una mano y en la otra una antigua fotografía, de un niño rubio cogido de la mano de un adulto, sonriendo a la cámara, con la Estatua de la Libertad al fondo.

Nota del autor

Estimado lector. Si ha llegado hasta aquí, lo más probable es que haya leído la novela. Espero que haya disfrutado de la lectura y, en tal caso, le agradecería que recomendase *El hijo de Caín*. Los autores, sobre todo aquellos que, como es mi caso, autopublicamos nuestras historias, dependemos en gran medida de las recomendaciones de los lectores.

Cuando la historia que acaba de leer se fue forjando en mi cabeza estaba finalizando *El Visitante*; es decir, meses antes de que el brote de SARS-CoV-2, iniciado en China, fuese declarado como pandemia por la OMS.

Es libre de pensar que esta novela es oportunista, porque incluso yo mismo me replanteé muchas veces la conveniencia de continuar con un proyecto que podía calificarse de arribista. Ahora, visto el resultado, creo que he hecho lo correcto.

El ser humano cada vez es menos consciente de su vulnerabilidad. En la medida que los avances científicos y técnicos tienen más relevancia en nuestra sociedad, la creencia de que podemos controlarlo todo nos hace tener una falsa sensación de seguridad. Depositamos nuestra confianza en los expertos para solventar cualquier peligro, pero no todo es previsible, y mucho menos evitable. Entonces, cuando sucede algo como la aparición de un nuevo agente patógeno, la sociedad entra en un estado de alarma o pánico.

Estas situaciones, que se han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad y mucho antes, nos deberían servir de aprendizaje y de cura de humildad, de aceptación de lo inevitable. Ya sea un virus o un asteroide, el peligro siempre estará ahí.

Las instituciones y las localizaciones de la novela existen, aunque en algunos casos con otros nombres. Por el contrario, los protagonistas son fruto de la imaginación del escritor.

Gracias por leer y confío en que nos volvamos a encontrar en la próxima aventura.

Pueden contactar conmigo en:

jonvendon@protonmail.com
Twitter: @jonvendon
Instagram: @jonvendon
Facebook: Jon Vendon.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Chelo y Ana, por haberles privado de mi presencia durante mis largos periodos de escritura. Os recompensaré.

También mi muestra de gratitud para todos los lectores y lectoras que siempre han depositado su confianza en mí.

A Alba, por su excelente trabajo de maquetación. A Montse, por la corrección ortotipográfica. También a María, por su incondicional ayuda y apoyo. A Maribel Brandis, gran amiga y excelente pintora, por su ayuda con la portada.

Y por supuesto, a usted, que, sin conocer mi obra, ha apostado por leer *El hijo de Caín*.


EL
HIJO
DE
CAÍN
JON VENDON
Lectulandia